

Timothy Snyder

Tierra negra

El Holocausto como historia
y advertencia



de

En esta historia épica de exterminio y supervivencia, Timothy Snyder presenta una nueva explicación de la gran atrocidad del siglo xx, y revela los riesgos a los que nos enfrentamos en el siglo xxi. En *Tierras de sangre* (Galaxia Gutenberg, 2011) Timothy Snyder exploraba lo que ocurrió en Europa del Este entre 1933 y 1945 cuando las políticas nazi y soviética provocaron la muerte de unos catorce millones de personas. Basado en nuevas fuentes de Europa del Este y testimonios olvidados de supervivientes judíos, *Tierra negra* presenta un análisis profundo de las ideas y medidas que permitieron lo peor de esas políticas: el exterminio nazi de los judíos. Este enfoque pionero de un crimen sin precedentes hace inteligible el Holocausto y, por tanto, aún mucho más aterrador.

El Holocausto comenzó en la mente de Hitler, con la idea de que la eliminación de los judíos restauraría el equilibrio del planeta y permitiría a los alemanes lograr los recursos que necesitaban desesperadamente. Esa cosmovisión sólo podría realizarse si Alemania destruía a otros Estados, por lo que el propósito de Hitler era una guerra colonial en la propia Europa. En las zonas sin Estado casi todos los judíos murieron. Algunas personas, los pocos justos, los ayudaron sin apoyo alguno de instituciones. Las dificultades casi insuperables a las que tuvieron que enfrentarse confirman los peligros que plantean la destrucción del Estado y el pánico ecológico.

Tras analizar las lecciones del Holocausto, Snyder concluye que no hemos comprendido la modernidad y hemos puesto en peligro el futuro. El siglo xxi está empezando a parecerse a los primeros tiempos del siglo xx, ya que la creciente preocupación por los alimentos y el agua trae consigo desafíos ideológicos al orden global. Nuestro mundo es más parecido al de Hitler de lo que nos gustaría admitir y para salvarlo necesitamos ver el Holocausto tal y como fue, y a nosotros mismos como somos realmente. *Tierra negra* nos revela un Holocausto que no sólo es historia sino advertencia.



Timothy Snyder

Tierra negra

El Holocausto como historia y advertencia

ePub r1.0

FLeCos 01.04.2017

Título original: *Black Earth. The Holocaust as History and Warning*
Timothy Snyder, 2015
Traducción: Paula Aguiriano, Inés Clavero, Irene Oliva y David Paradela

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2



Para K. y T.

*Im Kampf zwischen Dir und der Welt,
sekundiere der Welt.*

En la lucha entre el mundo y tú,
ponte de parte del mundo.

FRANZ KAFKA, 1917
(traducción de Joan Parra)

*Im Kampf zwischen Dir und der Welt,
Ten jest z ojczyzny mojej.
Jest człowiekiem.*

Es de mi patria.
Es un ser humano.

ANTONI SŁONIMSKI, 1943

*Schwarze Milch der Frühe wir trinken sie abends
wir trinken sie mittags und morgens wir trinken sie nachts
wir trinken und trinken.*

Leche negra del alba la bebemos de tarde
la bebemos temprano y en medio del día la bebemos de noche
bebemos bebemos.

PAUL CELAN, 1944
(traducción de José Aníbal Campos)

לכל איש יש שם
שנחנו לו המזלוח
ונחנו לו שכניו

Cada hombre tiene un nombre
dado por las estrellas
dado por sus vecinos.

ZELDA MISHKOVSKI, 1974

Prólogo

En el distrito de moda en Viena, el sexto, la historia del Holocausto está en las aceras. Delante de los edificios donde en su día vivieron y trabajaron judíos, acomodadas entre los adoquines que en su día tuvieron que fregar con las manos desnudas esos judíos, yacen pequeñas placas de metal cuadradas, con nombres, fechas de deportación y lugares de muerte.

En la mente de un adulto, las palabras y los números conectan el presente y el pasado.

La visión de un niño es distinta. Un niño parte de las cosas.

Un niño que vive en el distrito sexto observa cómo, día tras día, por la acera de enfrente de su calle, avanza una cuadrilla de obreros, edificio tras edificio. Mira cómo levantan la acera, igual que lo harían para arreglar una tubería o instalar algún cable. Una mañana, mientras espera el autobús del colegio, ve a los hombres, hoy justo al otro lado de la calle, echar a paladas y apisonar el humeante asfalto negro. Las placas conmemorativas aparecen como objetos misteriosos en manos enguantadas y reflejan un destello de sol pálido.

«*Was machen sie da, Papa?*» «¿Qué hacen, papá?» El padre del niño se queda callado. Mira hacia la calle en busca del autobús. Duda, empieza una respuesta: «*Sie bauen...*». «Construyen...» Se detiene. No es fácil. Entonces llega el autobús, que les tapa la vista, y con un resuello de aire y gasolina abre una puerta automática a otro día corriente.

Setenta y cinco años antes, en marzo de 1938, en las calles de toda Viena, había judíos limpiando la palabra «Austria» del suelo, borrando un país que dejaba de existir con la llegada de Hitler y sus ejércitos. Hoy, en esos mismos adoquines, los nombres de esos mismos judíos son un reproche para una restaurada Austria que, como la propia Europa, sigue sin estar segura de su pasado.

¿Por qué fueron perseguidos los judíos de Viena a la vez que Austria era borrada del mapa? ¿Por qué se les envió a morir asesinados en Bielorrusia, a mil kilómetros de distancia, cuando ya existía un odio patente a los judíos en la misma Austria? ¿Cómo pudo un pueblo asentado en una ciudad (un país, un continente) ver cómo de pronto se ponía un violento fin a su historia? ¿Por qué los desconocidos matan a los desconocidos? ¿Y por qué los vecinos matan a sus vecinos?

En Viena, igual que, por lo general, en las grandes ciudades de la Europa central y occidental, los judíos tenían un papel destacado en la vida urbana. En las tierras al norte, al sur y al este de Viena, en la Europa oriental, multitud de judíos llevaban más de cinco siglos habitando de forma ininterrumpida sus pueblos y ciudades. Y entonces, en menos de cinco años, más de cinco millones fueron asesinados.

Aquí la intuición nos falla. Acertamos al asociar el Holocausto con la ideología nazi, pero olvidamos que muchos de los asesinos no eran nazis o ni siquiera alemanes. Pensamos ante todo en los judíos alemanes, a pesar de que casi todos los judíos asesinados en el Holocausto vivían fuera de Alemania. Pensamos en campos de concentración, aunque pocos de los judíos asesinados llegaron a ver uno. Acusamos al Estado, aunque el asesinato sólo fuera posible una vez destruidas sus instituciones. Culpamos a la ciencia, y al hacerlo refrendamos un elemento importante de la cosmovisión de Hitler. Acusamos a las naciones y nos permitimos las simplificaciones que emplearon los propios nazis.

Recordamos a las víctimas, pero tendemos a confundir conmemoración con comprensión. El monumento conmemorativo del distrito sexto de Viena se llama Recordar para el futuro. ¿Deberíamos confiar, ahora que el Holocausto ha quedado atrás, en que un futuro reconocible nos espera? Compartimos el mundo tanto con los criminales olvidados como con las víctimas conmemoradas. El mundo está cambiando; renacen miedos muy conocidos en la época de Hitler y a los que Hitler dio respuesta. La historia del Holocausto no se ha acabado. Su precedente es eterno y la lección aún no se ha aprendido.

Una explicación didáctica de la masacre de los judíos de Europa debe ser planetaria, porque el pensamiento de Hitler era ecológico: veía a los judíos como una herida de la naturaleza. Una historia así debe ser colonial, ya que Hitler deseaba guerras de exterminio en las tierras vecinas donde habitaran judíos. Debe ser internacional, puesto que no fueron sólo los alemanes los que asesinaron a judíos y no ocurrió sólo en Alemania, sino también en otros países. Debe ser cronológica, en el sentido de que al ascenso al poder de Hitler en Alemania, que es sólo una parte de la historia, le siguió la conquista de Austria, Checoslovaquia y Polonia, acontecimientos que reformularon la Solución Final. Debe ser política, en sentido específico, ya que la destrucción alemana de los Estados vecinos creó zonas donde, en particular en la Unión Soviética ocupada, pudieron inventarse técnicas de aniquilación. Debe ser multifocal, y proporcionar nuevas perspectivas más allá de las de los propios nazis, emplear fuentes de todos los bandos, judíos y no judíos, y de todas las zonas de la masacre. No se trata sólo de una cuestión de justicia, sino de comprensión. Un dictamen así también debe ser humano: debe registrar tanto el intento por sobrevivir como el intento por asesinar, describir tanto a los judíos que trataban de vivir como a los pocos no judíos que intentaban ayudarlos, aceptar la complejidad innata e irreducible de los individuos y las relaciones.

Una historia del Holocausto debe ser contemporánea: debe permitirnos experimentar lo que queda de la época de Hitler en nuestras mentes y en nuestras vidas. La cosmovisión de Hitler no provocó el Holocausto por sí sola, pero su coherencia oculta generó nuevos tipos de política destructiva y nuevos conocimientos

sobre la capacidad humana para la masacre. La combinación exacta de ideología y circunstancias del año 1941 no volverá a producirse, pero tal vez sí algo parecido. En consecuencia, el esfuerzo por comprender el pasado pasa en parte por hacer el esfuerzo necesario para comprendernos a nosotros mismos. El Holocausto no es sólo historia, sino advertencia.

INTRODUCCIÓN

El mundo de Hitler

Nada se puede saber del futuro, pensaba Hitler, excepto los límites de nuestro planeta: «La superficie de un espacio medido con precisión». La ecología significaba escasez, y la existencia, la lucha por la tierra. La estructura inmutable de la vida residía en la división de los animales en especies, condenados a un «aislamiento interno» y a una lucha constante hasta la muerte. Hitler estaba convencido de que las razas humanas eran como las especies. Las razas superiores aún estaban evolucionando desde las inferiores, lo que significaba que la reproducción entre ellas era posible pero pecaminosa. Las razas debían comportarse como las especies: aparearse con sus semejantes y procurar la muerte a sus no semejantes. Esto, para Hitler, era una ley, la ley de la lucha racial, tan cierta como la ley de la gravedad. La lucha jamás podía acabar y su resultado era incierto. Una raza podía triunfar y prosperar, y también se podía hacer que muriera de hambre y se extinguiese.^[1]

En el mundo de Hitler, la ley de la selva era la única ley. Las personas debían reprimir toda tendencia a la compasión y ser todo lo codiciosas que pudieran. De este modo, Hitler rompía con las escuelas de pensamiento político que presentaban a los seres humanos diferenciándolos de la naturaleza por su capacidad de imaginar y crear nuevas formas de asociación. Partiendo de este supuesto, los pensadores políticos intentaban describir no sólo las formas de sociedad posibles, sino las más justas. Para Hitler, sin embargo, la naturaleza era la única brutal y abrumadora verdad, y toda la historia y sus intentos de pensar de otra forma eran una mera ilusión. Carl Schmitt, filósofo del derecho y prominente nazi, explicaba que la política surgía no de la historia o los conceptos, sino de nuestro sentido de enemistad. Nuestros enemigos raciales eran elegidos por la naturaleza y nuestra labor consistía en luchar, matar y morir.^[2]

«La naturaleza –escribió Hitler– no conoce de fronteras políticas: sitúa formas de vida sobre el globo terrestre y las libera para que jueguen por hacerse con el poder.» Dado que la política era naturaleza, y la naturaleza era lucha, el pensamiento político era imposible. Esta conclusión es la expresión llevada al extremo del lugar común del siglo XIX que preconizaba que las actividades humanas podían entenderse como biología. En las décadas de 1880 y 1890, pensadores serios y divulgadores influidos por la idea de la selección natural de Darwin sugirieron que las viejas cuestiones sobre el pensamiento político quedaban resueltas por este gran adelanto en la zoología. Cuando Hitler era joven, la interpretación de Darwin, que presentaba la competencia como un bien para la sociedad, llegó a influir en todas las principales formas de la política. Para Herbert Spencer, el defensor británico del capitalismo, un

mercado era como una ecoesfera en la que los mejores y más fuertes sobrevivían. Los beneficios que conllevaba una competencia sin trabas justificaban sus males inmediatos. Los opositores al capitalismo, los socialistas de la Segunda Internacional, también abrazaron una serie de analogías biológicas. Llegaron a ver la lucha de clases como algo «científico» y al hombre como a un animal más, en vez de como a un ser que se diferenciaba por su creatividad y por tener una esencia específicamente humana. Karl Kautsky, el teórico marxista más destacado del momento, insistía con pedantería en que las personas eran animales.^[3]

Aun así, estos liberales y socialistas se veían constreñidos, fuesen o no conscientes de ello, por el apego a las costumbres y a las instituciones; las rutinas mentales derivadas de la experiencia social les impedían llegar a conclusiones más radicales. Estaban éticamente comprometidos con bienes como el crecimiento económico o la justicia social y les parecía atractivo o práctico imaginar que la competencia natural conllevaría dichos bienes. Hitler tituló su libro *Mein Kampf* (*Mi lucha*). Partiendo de esas dos palabras, y a lo largo de dos extensos volúmenes y dos décadas de vida política, fue narcisista hasta la saciedad, consecuente sin la más mínima piedad y eufóricamente nihilista donde otros no lo eran. El incesante conflicto de las razas no era un elemento más de la vida, sino su esencia. Afirmarlo no era construir una teoría, sino observar el universo tal y como era. La lucha era la vida, no un medio para conseguir un fin; no se justificaba por la prosperidad (capitalismo) o la justicia (socialismo) que supuestamente conllevaba. Para Hitler, la cuestión no era en absoluto que el fin deseado justificase los cruentos medios. No había fin, sólo crueldad. La raza era real, mientras que los individuos y las clases eran construcciones efímeras y erróneas. La lucha no era una metáfora o una analogía, sino una verdad total y tangible. Los débiles tenían que ser dominados por los fuertes, ya que «el mundo no está hecho para pueblos cobardes». Y eso era todo lo que había que saber o creer.^[4]

La cosmovisión de Hitler rechazaba las tradiciones religiosas y seculares, aunque también dependía de ellas. Aunque no fuese un pensador original, aportó una solución concreta a una crisis tanto de pensamiento como de fe. Como muchos antes que él, intentó acercar el uno a la otra. Lo que tramaba, sin embargo, no era una síntesis elevada que salvase tanto al alma como a la mente, sino una colisión irresistible que destruyese a ambas. La ciencia, en teoría, validaba la lucha racial de Hitler, aunque él llamase a su objeto «el pan de cada día». Con estas palabras, evocaba uno de los textos cristianos más famosos, a la vez que alteraba profundamente su significado. «Danos hoy –piden quienes rezan el Padre Nuestro– nuestro pan de cada día.» En el universo que describe la oración, existe una metafísica, un orden más allá de este mundo, unas nociones del bien que avanzan de una esfera a otra. Quienes rezan el Padre Nuestro le piden a Dios: «Perdona nuestras

ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden. Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal». En «la lucha por las riquezas de la naturaleza» de Hitler, era pecado no acaparar todo lo que se pudiera y un crimen permitir que los demás sobrevivieran. La piedad violaba el orden de las cosas porque permitía propagarse a los débiles. Lo que los humanos tenían que hacer era rechazar los mandamientos bíblicos, afirmaba Hitler. «Si existe un mandamiento divino que pueda aceptar —escribió—, es éste: “Preservarás la especie”».»^[5]

Hitler sacó partido de imágenes y tropos a los que los cristianos estaban muy acostumbrados: Dios, las oraciones, el pecado original, los mandamientos, los profetas, el pueblo elegido, el mesías; incluso la conocida estructura tripartita cristiana del tiempo: primero el paraíso, luego el éxodo y, por último, la redención.^[6] Vivimos en la inmundicia y debemos esforzarnos por purificarnos a nosotros y al mundo para que podamos regresar al paraíso. Contemplar el paraíso como la batalla de las especies en vez de como la armonía de la creación significaba aunar la añoranza cristiana con el aparente realismo de la biología. La guerra del todos contra todos no era un sinsentido aterrador, sino más bien el único sentido que tenía el universo. La recompensa de la naturaleza era para el hombre, como en el Génesis, pero sólo para aquellos hombres que seguían la ley de la naturaleza y luchaban por ella. Así en el Génesis, como en *Mi lucha*, la naturaleza era un recurso para el hombre: pero no para todos, sólo para las razas triunfadoras. El Edén no era un jardín, sino una trinchera.

El conocimiento del cuerpo no era el problema, como en el Génesis, sino la solución.^[7] Los triunfadores debían aparearse: después del asesinato, pensaba Hitler, el siguiente deber humano era el sexo y la reproducción. Tal y como él lo concebía, el pecado original que conducía a la caída del hombre era de la mente y el alma, no del cuerpo. Para Hitler, nuestra desafortunada debilidad es que seamos capaces de pensar, que nos demos cuenta de que quienes pertenecen a otras razas también pueden hacerlo y, en consecuencia, los consideremos seres humanos como nosotros. Los humanos abandonaban el cruento paraíso de Hitler no por haber conocido la carne. Los humanos abandonaban el paraíso por haber conocido el bien y el mal.

Cuando el paraíso cae y los humanos se separan de la naturaleza, un personaje que no es ni humano ni natural, como puede ser la serpiente del Génesis, carga con la culpa. Si los humanos no eran en realidad más que un elemento de la naturaleza, y si la ciencia consideraba que ésta consistía en una cruenta lucha, algo ajeno a la naturaleza debía de haber corrompido a la especie. Para Hitler, el portador del conocimiento del bien y el mal a la Tierra, el destructor del Edén, era el judío. Era el judío el que les había contado a los humanos que estaban por encima del resto de animales y que tenían la capacidad de decidir su futuro por sí mismos. Era el judío el que había introducido la falsa distinción entre política y naturaleza, entre humanidad y lucha. El destino de Hitler, tal y como él lo veía, consistía en redimir el pecado original de la espiritualidad judía y restaurar el paraíso de la sangre. Puesto que el

Homo sapiens sólo puede sobrevivir mediante una matanza racial incontrolada, el triunfo judío de la razón sobre el impulso significaría el fin de la especie. Lo que la raza necesitaba, según Hitler, era una «cosmovisión» que le permitiese triunfar, lo que significaba, en última instancia, «fe» en su propia misión absurda.^[8]

La manera en que Hitler presentaba la amenaza judía revelaba su particular amalgama de ideas religiosas y zoológicas. Si el judío triunfa, escribió Hitler, «entonces la corona de su victoria será la corona fúnebre de la especie humana». Por un lado, la imagen de Hitler de un universo sin seres humanos aceptaba el veredicto de la ciencia sobre un planeta antiguo en el que la humanidad había evolucionado. Tras la victoria judía, escribió, «la Tierra retomará una vez más su camino a través del universo completamente despoblada, como ocurrió hace millones de años». Al mismo tiempo, como dejó claro en el mismo pasaje de *Mi lucha*, esa vieja Tierra de razas y exterminio era la creación de Dios. «Por lo tanto, creo actuar de acuerdo con los deseos del Creador. En la medida en que domine a los judíos, estaré defendiendo la obra del Señor.»^[9]

Hitler concebía una división de la especie en razas, pero negaba que los judíos fuesen una. Los judíos no eran una raza inferior ni superior, sino una no raza o una contraraza. Las razas obedecían a la naturaleza y luchaban por la tierra y el alimento, mientras que los judíos obedecían a la extraña lógica de la «no naturaleza».^[10] Al negarse a darse por satisfechos con la conquista de un determinado hábitat, se resistían a los imperativos básicos de la naturaleza y convencían a otros para que actuaran de forma parecida. Insistían en dominar el conjunto del planeta y sus pueblos y, con esta finalidad, inventaban ideas generales que alejaban a las razas de la lucha natural. El planeta no tenía nada que ofrecer salvo sangre y tierra y, a pesar de ello, los judíos asombrosamente generaban conceptos que permitían ver el mundo menos como una trampa ecológica y más como un orden humano. Las ideas sobre la reciprocidad política, prácticas en las que los humanos reconocen a otros humanos como tales, procedían de los judíos.

La crítica básica de Hitler no era la habitual. Que los seres humanos eran buenos pero una civilización demasiado judía los había corrompido, sino más bien que los humanos eran animales y cualquier ejercicio de deliberación ética era en sí mismo un signo de corrupción judía. El mismo intento de establecer un ideal universal y esforzarse por alcanzarlo era precisamente lo que lo hacía detestable. Heinrich Himmler, el subordinado más importante de Hitler, no seguía todos los vericuetos de la forma de pensar de Hitler, pero captó las conclusiones: la ética como tal era el error, la única moral era la fidelidad a la raza. La participación en la masacre, mantenía Himmler, era una buena acción, ya que proporcionaba a la raza armonía interna, así como unidad con la naturaleza. La dificultad de ver, por ejemplo, miles de cadáveres judíos marcaba la trascendencia de la moral convencional. Las

constricciones temporales por el asesinato eran un sacrificio encomiable por el futuro de la raza.^[11]

Toda actitud no racista era judía, según Hitler, y toda idea universal, un mecanismo de dominio judío. Tanto el capitalismo como el comunismo eran judíos. Su supuesto abrazo de la lucha no era más que una mera tapadera para el deseo judío de dominar el mundo. Toda idea abstracta de Estado también era judía. «No existe el Estado –escribió Hitler– como fin en sí mismo.» Tal y como aclaró, «el objetivo supremo de los seres humanos» no era «la preservación de ningún Estado o gobierno dados, sino la preservación de su especie». Las fronteras de los Estados preexistentes acabarían borradas por las fuerzas de la naturaleza en el transcurso de la lucha racial: «No debemos desviarnos de las fronteras del Bien Eterno por la existencia de fronteras políticas».

Si los Estados no eran impresionantes logros humanos, sino frágiles barreras que debían ser superadas por la naturaleza, se deducía que la ley era más bien particular que general, un artefacto de superioridad racial más que una vía de igualdad. Hans Frank, abogado personal de Hitler y gobernador general de la Polonia ocupada durante la Segunda Guerra Mundial, mantenía que la ley se construía «sobre los elementos de supervivencia de nuestro pueblo alemán». Las tradiciones jurídicas basadas en elementos más allá de la raza eran «abstracciones sin sangre». La ley no tenía otro fin que la codificación de las intuiciones momentáneas de un *führer* sobre el bien de su raza. El concepto alemán de *Rechtsstaat*, un Estado que operaba bajo el imperio de la ley, no tenía fundamento. Como explicó Carl Schmitt, la ley estaba al servicio de la raza, y el Estado también lo estaba, por lo que la raza era el único concepto pertinente. La idea de un Estado que se atuviese a normas legales externas era una farsa maquinada para suprimir a los fuertes.^[12]

En la medida en que las ideas universales penetraban en las mentes no judías, afirmaba Hitler, debilitaban las comunidades raciales en beneficio de los judíos. El contenido de las diversas ideas políticas no hacía al caso, ya que éstas no eran más que meras trampas para idiotas. No había liberales judíos ni nacionalistas judíos ni mesías judíos ni bolcheviques judíos: «El bolchevismo es el hijo ilegítimo del cristianismo. Ambos son invenciones de los judíos». Hitler veía a Jesús como un enemigo de los judíos cuyas enseñanzas habían sido pervertidas por Pablo para convertirse en otro falso universalismo judío: el de la piedad hacia los débiles. Desde san Pablo a León Trotski, mantenía Hitler, no había habido más que judíos que adoptaban diversos disfraces para seducir a los ingenuos. Las ideas no tenían orígenes históricos ni vínculos con la sucesión de acontecimientos o la creatividad de los individuos. Eran meras creaciones tácticas de los judíos y, en ese sentido, eran todas iguales.^[13]

De hecho, para Hitler no existía la historia humana como tal. «Todos los acontecimientos históricos mundiales –afirmaba– no son más que la expresión del impulso de autopreservación de las razas, para bien o para mal.» Lo que debía quedar

grabado del pasado era el intento incesante de los judíos por deformar la estructura de la naturaleza. Esto continuaría ocurriendo mientras los judíos habitasen la Tierra. «Es el judaísmo –escribió Hitler– el que siempre destruye este orden.» Los fuertes deberían matar de hambre a los débiles, pero los judíos podían arreglar las cosas para que fuesen los débiles quienes matasen de hambre a los fuertes. No se trataba de una injusticia en el sentido normal, sino de una vulneración de la lógica del ser. En un universo deformado por las ideas judías, la lucha podía producir consecuencias impensables: no la supervivencia de los más aptos, sino su propia muerte por inanición. De esto se deducía que los alemanes siempre serían las víctimas mientras los judíos siguiesen existiendo. Como raza superior, los alemanes lo merecían casi todo y tenían casi todo que perder. El poder antinatural de los judíos «asesina el futuro».^[14]

Aunque Hitler tratase por todos los medios de definir un mundo sin historia, sus ideas se veían alteradas por sus propias experiencias. La Primera Guerra Mundial, la más sangrienta de la historia, librada en un continente que se creía civilizado, acabó con la convicción generalizada entre muchos europeos de que los conflictos sucedían por una buena causa. Algunos europeos de la extrema derecha o de la extrema izquierda, sin embargo, extrajeron la lección contraria. El derramamiento de sangre, para ellos, no había sido lo bastante grande y el sacrificio quedaba incompleto. Para los bolcheviques del Imperio ruso, marxistas disciplinados y voluntaristas, la guerra y las energías revolucionarias que conllevaba eran la ocasión para empezar la reconstrucción socialista del mundo. Para Hitler, como para muchos otros alemanes, la guerra acabó antes de estar verdaderamente decidida, con los miembros de las razas superiores apartados del campo de batalla antes de obtener lo que merecían. Por supuesto, el sentimiento de que Alemania debía ganar estaba extendido, no sólo entre los militaristas o los extremistas. Thomas Mann, el más grande entre los escritores alemanes y más tarde opositor de Hitler, habló del «derecho a dominar, a participar en la administración del planeta» de Alemania. Edith Stein, brillante filósofa alemana que desarrolló una teoría de la empatía, consideraba «incuestionable que ahora seremos derrotados».^[15] Con la llegada de Hitler al poder, fue capturada en su convento y asesinada por judía.

Para Hitler, la conclusión de la Primera Guerra Mundial vino a demostrar la perdición del planeta. Su interpretación del resultado fue más allá del nacionalismo de sus compatriotas alemanes y su respuesta a la derrota sólo se asemejó en apariencia al resentimiento general por los territorios perdidos. Para Hitler, la derrota alemana demostraba que había algo corrupto en toda la estructura del mundo; era la prueba de que los judíos habían llegado a dominar los métodos de la naturaleza. Si unos cuantos millares de judíos alemanes hubiesen sido gaseados al inicio de la guerra, mantenía, Alemania habría ganado.^[16] Creía que los judíos tenían la

costumbre de someter a sus víctimas a la muerte por inanición y contemplaba el bloqueo naval británico a Alemania durante (y después de) la Primera Guerra Mundial como la aplicación práctica de este método. Era un ejemplo de una situación permanente y la prueba de que se avecinaba más sufrimiento. Mientras fuesen los judíos los que mataran a los alemanes de hambre y no los alemanes quienes hicieran lo propio con quien les pareciese oportuno, el mundo estaría en desequilibrio.

De la derrota de 1918 Hitler sacó conclusiones aplicables a cualquier conflicto futuro. Los alemanes siempre vencerían si los judíos no se inmiscuían. Pero puesto que los judíos dominaban todo el planeta y habían penetrado con sus ideas las mentes de los alemanes, la lucha por el poder debía tomar dos formas. Una guerra de mera conquista, por muy abrumadoramente victoriosa que fuese, jamás bastaría. Además de matar de hambre a las razas inferiores y hacerse con sus tierras, de forma simultánea los alemanes tenían que derrotar a los judíos, cuyo poder global y universalismo insidioso socavarían cualquier próspera campaña racial. Por tanto, los alemanes tenían los derechos de los fuertes contra los débiles, pero también los de los débiles contra los fuertes. En calidad de fuertes, tenían que dominar a las razas más débiles con las que se topasen; en calidad de débiles, debían liberar a todas las razas de la dominación judía. De esta forma, Hitler aunó dos grandes fuerzas motivadoras de la política mundial de su siglo: el colonialismo y el anticolonialismo.

Hitler entendía tanto la lucha por la tierra como la lucha contra los judíos en términos drásticos y de exterminación, pero aun así establecía diferencias. La lucha contra las razas inferiores por el territorio se refería al control de partes de la superficie terrestre. La lucha contra los judíos era ecológica, ya que no incumbía a un territorio o a un enemigo racial específico, sino a las condiciones de vida en la Tierra. Los judíos eran «una plaga, una plaga espiritual, peor que la peste negra». Al luchar con ideas, su poder era omnipresente y cualquiera podía ser su cómplice, a sabiendas o no. La única forma de eliminar dicha plaga era acabar con ella de raíz. «Si la naturaleza concibió a los judíos para que fuesen la causa material del declive y la caída de las naciones —escribió Hitler—, también dotó a dichas naciones con la posibilidad de una reacción prometedoras.» La eliminación tenía que ser integral: con que quedase una sola familia judía en Europa, podría llegar a infectar todo el continente.^[17]

La caída del hombre tenía solución; el planeta tenía cura. «Un pueblo liberado de sus judíos —afirmó Hitler— retorna al orden natural de forma espontánea.»^[18]

Las opiniones de Hitler sobre la vida humana y el orden natural eran totales y circulares. Se daba respuesta a todas las cuestiones sobre política como si fuesen cuestiones sobre la naturaleza, y a todas las cuestiones sobre la naturaleza haciendo referencia de nuevo a la política. El propio Hitler dibujó el círculo. Si la política y la naturaleza no eran fuentes de experiencia y perspectiva, sino estereotipos vacíos que

existen tan sólo en relación el uno con el otro, entonces todo el poder se concentraba en manos del que hacía circular los clichés. La razón se sustituía con referencias; la argumentación, con conjuros. La «lucha», como revelaba el título del libro, era «mía»: de Hitler. La idea totalizadora de la vida como lucha depositaba en la mente de su autor todo el poder para interpretar cualquier acontecimiento.

Al equiparar la naturaleza con la política, se abolía no sólo el pensamiento político, sino también el científico. Para Hitler, la ciencia era una revelación consumada de la ley de la lucha racial, un completo evangelio del derramamiento de sangre, no un proceso de hipótesis y experimentación. Ofrecía un léxico sobre el conflicto zoológico, no una fuente de conceptos y procedimientos que permitiesen un conocimiento cada vez mayor. Planteaba una respuesta pero ninguna pregunta. La labor del hombre era someterse a este credo, no empeñarse en imponer las engañosas ideas judías sobre la naturaleza.^[19] El hecho de que la cosmovisión de Hitler exigiese una única verdad circular que lo abarcase todo la hacía vulnerable al pluralismo más simple: por ejemplo, que los humanos pudiesen cambiar su entorno de forma que, a su vez, cambiase la sociedad. Si la ciencia podía modificar el ecosistema de manera que el comportamiento humano se viese alterado, todas las afirmaciones de Hitler serían infundadas. Su lógica circular, en la que la sociedad era la naturaleza porque la naturaleza era la sociedad y los hombres eran animales porque los animales eran hombres, se derrumbaría.

Hitler admitía que los científicos y especialistas tenían su finalidad dentro de la comunidad racial: fabricar armamento, desarrollar las comunicaciones, mejorar la higiene. Las razas más fuertes debían tener mejores armas, mejores radios y mejor salud, lo mejor para dominar a los más débiles. Para él, esto representaba el cumplimiento del mandato de la naturaleza, la lucha, no una violación de sus leyes. Los avances técnicos probaban la superioridad racial, no la evolución del conocimiento científico general. «Todo lo que hoy admiramos en este planeta – escribió Hitler –, la erudición y el arte, la tecnología y las invenciones, no son más que el producto creativo de unos pocos pueblos, y puede que, originariamente, de una sola raza.» Ninguna raza, por muy avanzada que fuera, podía cambiar la estructura básica de la naturaleza mediante ninguna innovación.^[20] La naturaleza sólo tenía dos variantes: el paraíso, donde las razas superiores masacran a las inferiores, y el abismo, donde unos judíos sobrenaturales les niegan a las razas superiores la recompensa que merecen y, si pueden, los matan de hambre.

Hitler comprendió que la ciencia agrícola planteaba una amenaza particular a la lógica de su sistema. Si los humanos podían intervenir en la naturaleza para producir más alimentos sin hacerse con más tierras, todo su sistema se vendría abajo. Por lo tanto, lo que hizo fue rechazar la importancia de lo que ocurría delante de sus propios ojos, la ciencia de lo que más tarde se llamó la «revolución verde»: la hibridación de cereales, la distribución de pesticidas y fertilizantes químicos, la expansión del riego. Incluso «en el mejor de los casos», hizo hincapié, el hambre debe sobrepasar las

mejoras en los cultivos. Todas las mejoras científicas tenían «un límite». De hecho, ya se habían probado todos «los métodos científicos de trabajo de la tierra» y todos habían fracasado. No se podía imaginar ninguna mejora, presente o futura, que garantizase a los alemanes el alimento procedente «de su propia tierra y territorio». Sólo se podía salvaguardar su sustento mediante la conquista de territorios fértiles, no mediante una ciencia que hiciese más fértil su territorio. Los judíos, de forma deliberada, fomentaban lo contrario con el fin de apagar la sed alemana de conquista y preparar al pueblo alemán para la destrucción. «Siempre es el judío –escribió Hitler en relación con esto– el que intenta y logra implantar estas formas letales de pensamiento.»^[21]

Hitler tenía que proteger su sistema de los descubrimientos humanos, que le suponían un problema al mismo nivel que la solidaridad humana. La ciencia no podía salvar a la especie porque, en última instancia, todas las ideas eran raciales, simples derivados estéticos de la lucha. La noción contraria, que las ideas pudiesen realmente reflejar la naturaleza o cambiarla, era una «mentira judía» y una «estafa judía». Hitler afirmaba que «el hombre jamás ha conquistado la naturaleza en ningún ámbito».^[22] La ciencia universal, como la política universal, debía contemplarse no como una promesa humana, sino como una amenaza judía.

El problema del mundo, tal y como lo veía Hitler, era que los judíos separaban mediante engaños la ciencia de la política y hacían falsas promesas de progreso a la humanidad. La solución que él proponía pasaba por exponerlos a la brutal realidad: que la naturaleza y la sociedad eran una sola y única cosa. Los judíos debían ser segregados y obligados a habitar territorio inhóspito y despoblado. Eran poderosos en el sentido de que su «no naturaleza» atraía a otros hacia ellos. Eran débiles por su incapacidad para hacer frente a la brutal realidad. Reasentados en algún escenario exótico, serían incapaces de manipular a otros con sus conceptos sobrenaturales y sucumbirían a la ley de la jungla. La primera obsesión de Hitler era un escenario natural extremo, «un estado anárquico en una isla». Más tarde, sus ideas se reorientaron hacia las estepas siberianas. «Le resultaba indiferente», decía, que se enviase a los judíos a un lugar o a otro.^[23]

En agosto de 1941, aproximadamente un mes después de que Hitler hiciese esa observación, sus hombres comenzaron a fusilar a judíos en masacres a escala de decenas de miles a la vez en medio de Europa, en un escenario que ellos mismos habían convertido en anárquico, junto a fosas cavadas en la tierra negra de Ucrania.

1

Espacio vital

No obstante la premisa de Hitler de que los humanos eran simples animales, su propia intuición humana le permitió transformar su teoría zoológica en una suerte de visión política del mundo. La lucha racial por la supervivencia también era una campaña alemana por la dignidad, decía, y sus limitaciones no eran sólo biológicas sino británicas. Hitler pensaba que los alemanes no eran, en su rutina diaria, salvajes que arañaban comida de la tierra. Al desarrollar sus ideas en *Raza y destino*, escrito en 1928, dejó claro que garantizar un aprovisionamiento regular de alimentos no era una simple cuestión de sustento físico, sino también algo necesario para poder tener la sensación de control. El problema con el bloqueo naval británico durante la Primera Guerra Mundial no había consistido sólo en las enfermedades y las muertes que acarreó, durante el conflicto y en los meses entre el armisticio y el acuerdo final, sino en que el bloqueo había obligado a los alemanes de clase media a infringir la ley para poder conseguir la comida que necesitaban o que creían necesitar, lo que les había hecho temer por su seguridad personal y desconfiar de la autoridad.^[1]

La economía política de las décadas de 1920 y 1930, tal como Hitler la entendía, estaba supeditada al poder naval británico. Según él, la defensa británica del libre comercio era una tapadera política para conseguir dominar el mundo. Para los británicos tenía sentido apostar por la farsa de que el librecambismo significaba el acceso a alimentos para todo el mundo, ya que tal creencia disuadiría a otros de intentar competir con la armada británica. De hecho, los británicos eran los únicos que podían defender sus propios canales de abastecimiento ante una posible crisis y, por la misma razón, también podían impedir que los alimentos llegasen a otros países. Así fue como los británicos impusieron el bloqueo a sus enemigos durante la guerra: una clara vulneración de sus propios principios de libre comercio. Hitler enfatizó que esta capacidad para garantizar o negar el alimento era una forma de poder. Él mismo llamó a esta ausencia de garantía de alimentos para todos, salvo para los británicos, la «guerra económica pacífica».^[2]

Hitler sabía que los alemanes no se abastecían con alimentos de su propio territorio en los años veinte y treinta, pero también era consciente de que no habrían muerto de hambre si lo hubiesen intentado. Alemania podría haber obtenido de su propio suelo las calorías necesarias para alimentar a su población, pero sólo a cambio de sacrificar parte de la industria, las exportaciones y las divisas extranjeras. Una Alemania próspera necesitaba mantener relaciones comerciales con el mundo británico, pero este patrón comercial se podía complementar, pensó Hitler, con la conquista de un imperio que nivelase la balanza entre Londres y Berlín. En cuanto

consiguiera las colonias apropiadas, Alemania podría conservar su excelencia industrial a la vez que desplazar su dependencia alimentaria desde las vías marítimas controladas por los británicos al interior de su propio imperio. Si Alemania controlase territorio suficiente, los alemanes contarían con todos los tipos y las cantidades de alimentos que desearan, sin ningún coste para la industria alemana. Un imperio alemán lo bastante grande podría autoabastecerse y convertirse en una «autarquía económica». Hitler idealizó al campesino alemán, no como un pacífico labrador de la tierra, sino como el heroico domador de tierras lejanas.^[3]

Los británicos debían ser respetados como una raza análoga, constructora de un gran imperio. La idea era introducirse en su red de poder sin provocarlos. Tomar territorios que pertenecían a otros no amenazaría, o eso imaginaba Hitler, al gran imperio marítimo. A largo plazo, esperaba estar en paz con Gran Bretaña «sobre la base de una división del mundo». Esperaba que Alemania se convirtiese en una potencia mundial a la vez que evitaba una «batalla apocalíptica con Inglaterra».^[4] Para él, se trataba de un argumento tranquilizador.

También resultaba tranquilizador que dicha alteración del orden mundial, dicha reglobalización, se hubiese logrado con anterioridad, en el pasado reciente. Para diversas generaciones de imperialistas alemanes, y para el propio Hitler, el imperio modélico era Estados Unidos de América.^[5]

Estados Unidos enseñó a Hitler que la necesidad se confundía con el deseo, y que ese deseo nacía de la comparación. Los alemanes no eran meros animales en busca de alimento para sobrevivir, ni siquiera una sociedad ansiosa de seguridad en una impredecible economía global británica. Las familias se fijaban en otras familias: de su misma calle, pero también, gracias a los medios de comunicación modernos, de todo el mundo. Al poder comparar niveles de vida y al hacerse internacionales dichas comparaciones, las ideas sobre cómo se debería vivir la vida no se podían medir con magnitudes como la supervivencia, la seguridad o incluso el confort. «Gracias a la tecnología moderna y la comunicación que posibilita –escribió Hitler–, las relaciones internacionales entre los pueblos se han hecho tan fluidas y estrechas que los europeos, a menudo sin darse cuenta, toman las condiciones de vida estadounidenses como punto de referencia para su propia vida.»^[6]

La globalización condujo a Hitler hasta el sueño americano. Detrás de cada imaginario guerrero racial alemán había una imaginaria mujer alemana que quería más y más. La idea de que el nivel de vida era algo relativo y basado en la percepción del éxito de los demás se podría representar mediante la expresión «hay que luchar por tener tanto o más que el vecino». En sus momentos más estridentes, Hitler instó a los alemanes a ser como las hormigas y los conejos, que piensan sólo en reproducirse y sobrevivir. Aun así, su propio miedo secreto, que apenas escondía, era muy humano, puede que incluso muy masculino: el ama de casa alemana. Era ella quien

subía aún más alto el listón de la lucha natural. Antes de la Primera Guerra Mundial, cuando Hitler era joven, la retórica colonial alemana había jugado con el doble sentido de la palabra *Wirtschaft*, que significa tanto «hogar» como «economía».^[7] Se había instruido a las mujeres alemanas para que equiparasen el confort con el imperio. Y como el confort era siempre algo relativo, la justificación política de las colonias era inagotable. Si el referente comparativo del ama de casa alemana era Mrs. Jones en vez de *Frau* Jonas, entonces los alemanes necesitaban un imperio comparable al de Estados Unidos. Los hombres alemanes tendrían que luchar y morir en alguna frontera lejana para redimir a su raza y al planeta, mientras que las mujeres apoyaban a sus hombres, encarnando la lógica despiadada del deseo insaciable de hogares cada vez más prósperos.

La inevitable presencia de Estados Unidos en el imaginario alemán era en última instancia la razón, según Hitler, por la que la ciencia no podía dar una solución al problema del sustento. Aunque las invenciones mejorasen realmente la productividad agrícola, Alemania no podía seguir el ritmo de Estados Unidos apoyándose sólo en esto. La tecnología se daba por descontada en ambos países; la variable era la cantidad de tierra cultivable.^[8] Alemania, por lo tanto, necesitaba tanta tierra y tanta tecnología como los estadounidenses. Hitler proclamó que la lucha constante por la tierra era la voluntad de la naturaleza, pero también entendió que el deseo humano de un confort relativo cada vez mayor podía asimismo generar un movimiento perpetuo.

Si la prosperidad alemana siempre iba a ser relativa, entonces jamás se lograría el éxito final. «Las perspectivas para el pueblo alemán son desoladoras», escribió un ofendido Hitler. A esa queja le siguió esta aclaración: «Ni el actual espacio vital ni el conseguido mediante la restauración de las fronteras de 1914 nos permiten llevar una vida comparable a la del pueblo estadounidense». Como mínimo, la lucha continuaría mientras existiese Estados Unidos, y eso significaba que iba a prolongarse durante mucho tiempo. Hitler veía a Estados Unidos como la próxima potencia mundial, y a la población nuclear estadounidense («los alemanes puros de raza y sin corromper») como un «pueblo de clase mundial» que era «más joven y sano que los alemanes» que se habían quedado en Europa.^[9]

Mientras escribía *Mi lucha*, Hitler descubrió la palabra *Lebensraum* (espacio vital) y la adaptó a sus propios fines. En sus escritos y discursos, el término expresaba toda la amplitud de significado que él asignaba a la lucha natural, que iba desde la lucha racial permanente por la supervivencia física hasta la guerra sin fin por la percepción subjetiva de tener el nivel de vida más alto del mundo. El término *Lebensraum* se introdujo en la lengua alemana como equivalente de la palabra francesa *biotope*, o «hábitat». En un contexto más social que biológico puede tener otro significado: el confort del hogar, algo parecido a «sala de estar». Que una sola palabra contuviese estos dos significados alentaba la idea circular de Hitler: la naturaleza no era sino la

sociedad, la sociedad no era sino la naturaleza. Por tanto, no existía ninguna diferencia entre que un animal luchase por su existencia física y que las familias prefiriesen llevar vidas más agradables. En ambos casos se trataba del *Lebensraum*.^[10]

El siglo xx traería una guerra sin fin por un confort relativo. Robert Ley, uno de los primeros camaradas nazis de Hitler, definió *Lebensraum* como «más cultura, más belleza: eso es lo que debe tener la raza, de lo contrario perecerá». El propagandista de Hitler, Joseph Goebbels, definió el objetivo de una guerra de exterminio como «un gran desayuno, un gran almuerzo y una gran cena». Decenas de millones de personas tendrían que morir de hambre, pero no para que los alemanes sobreviviesen en el sentido físico de la palabra. Decenas de millones de personas tendrían que morir de hambre para que los alemanes lograsen alcanzar un nivel de vida que fuese insuperable.^[11]

«Una cosa que tienen los estadounidenses y a nosotros nos falta –se lamentaba Hitler– es la sensación de inmensos espacios abiertos.»^[12] Repetía lo que los colonialistas alemanes llevaban décadas diciendo. Cuando Alemania se unificó en 1871, el mundo ya había sido colonizado por otras potencias europeas. Su derrota en la Primera Guerra Mundial le costó las pocas posesiones de ultramar que había obtenido. Así que, en el siglo xx, ¿dónde estaban las tierras expuestas a la conquista alemana? ¿Dónde la frontera de Alemania, su doctrina del destino manifiesto?

Todo lo que quedaba era el continente de origen. «Para Alemania –escribió Hitler– la única posibilidad de tener una política agraria sólida era la adquisición de tierras dentro de la propia Europa.» Era más que obvio que no había ningún lugar cercano a Alemania que estuviese inhabitado o ni tan siquiera poco poblado. La clave residía en imaginar que los «espacios» europeos estaban de hecho «abiertos». El racismo era la idea que convertía las tierras pobladas en potenciales colonias y la fuente de las mitologías en las que se inspiraban los racistas provenía de la reciente colonización de África y Norteamérica. La conquista y la exploración de estos continentes por parte de los europeos dieron forma a la imaginación literaria de los europeos de la generación de Hitler. Igual que millones de niños nacidos en las décadas de 1880 y 1890, Hitler jugó a las guerras africanas y leyó las novelas del Oeste americano de Karl May. El propio Hitler afirmó que May le había abierto los «ojos al mundo».^[13]

A finales del siglo xix los alemanes tendían a ver el destino de los indígenas americanos como un precedente natural del destino de los indígenas africanos bajo su control. Una de sus colonias era el África Oriental Alemana –actualmente Ruanda, Burundi, Tanzania y parte de Mozambique–, donde Berlín asumió el poder en 1891. Durante un levantamiento en 1905, la rebelión Maji Maji, los alemanes aplicaron la táctica de la inanición, asesinando al menos a 75 000 personas. Una segunda colonia

era el África del Sudoeste Alemana, hoy Namibia, donde unos tres mil colonos alemanes se hicieron con el control de alrededor del 70% del territorio. Otro levantamiento en esa zona, en 1904, llevó a los alemanes a negarles a las poblaciones nativas, los herero y los nama, el acceso al agua hasta que cayeron «víctimas de la naturaleza de su propio país», tal y como se recoge en la historia militar oficial. Los alemanes hicieron prisioneros a los supervivientes en un campamento de una isla. La población herero se vio reducida de unos ochenta mil a unos quince mil individuos. Para el general alemán que llevó a cabo estas políticas, la justicia histórica hablaba por sí sola. «Los indígenas deben dejar vía libre –afirmó–. Fijense en Estados Unidos.» El gobernador alemán de la región comparaba el suroeste africano con Nevada, Wyoming y Colorado. El dirigente civil de la oficina colonial alemana veía las cosas de forma bastante similar: «La historia de la colonización de Estados Unidos, sin duda el mayor empeño colonial que el mundo ha conocido, incluyó como primer acto la completa aniquilación de los pueblos indígenas». Comprendía la necesidad de una «operación de aniquilación». El geólogo de Estado alemán exigía una «Solución Final para la cuestión indígena».^[14]

Una famosa novela alemana sobre la guerra en el África del Suroeste alemana aunaba, como lo haría Hitler, la idea de la lucha racial con la de la justicia divina. El asesinato de los «negros» representaba «la justicia del Señor» porque el mundo pertenecía a «los más vigorosos». Como la mayoría de europeos, Hitler era racista con los africanos. Declaró que los franceses estaban «ennegreciendo» su sangre mediante los matrimonios mixtos y participó de la agitación europea generalizada cuando los franceses emplearon tropas africanas en la ocupación de la región alemana de Renania tras la Primera Guerra Mundial. Pero el racismo de Hitler no era el de un europeo que desdeña a los africanos. Concebía el mundo entero como un «África» y a todos sus habitantes, incluidos los europeos, en términos raciales. En esto, como en tantas otras cosas, era más coherente que el resto.^[15] El racismo, después de todo, partía del derecho a juzgar quién era humano del todo. Como tales, las ideas de superioridad o inferioridad racial podrían aplicarse según se deseara y fuese conveniente. Incluso sociedades vecinas, que podrían parecer no tan distintas de la alemana, podían definirse como racialmente diferentes.

Cuando Hitler escribió en *Mi lucha* que la única oportunidad de colonización para Alemania era Europa, desechó, por poco práctica, la posibilidad de regresar a África. La búsqueda de razas inferiores a los que dominar no requirió de más viajes, pues éstas existían también en Europa. En el siglo XIX, al fin y al cabo, el mayor escenario del colonialismo alemán no había sido la misteriosa África, sino la vecina Polonia. Prusia se había hecho con territorio habitado por polacos en los sucesivos repartos de la República de las Dos Naciones a finales del siglo XVIII. Los antiguos territorios polacos pasaron así a formar parte de la Alemania unificada que Prusia creó en 1871. Los polacos constituían aproximadamente el 7% de la población alemana y eran mayoría en las regiones orientales. Se vieron sometidos primero a la *Kulturkampf* de

Bismarck, una campaña contra la religión católica romana cuyo principal objetivo era eliminar la identidad polaca nacional, y después a campañas de colonización interna subvencionadas por el Estado. La literatura colonial alemana sobre Polonia, que incluía grandes éxitos de ventas, caracterizaba a los polacos como «negros». Los campesinos polacos tenían la tez morena y se referían a los alemanes como «blancos». Los aristócratas polacos, fantasiosos e inútiles, lucían pelo y ojos negros, al igual que las bellas mujeres polacas, seductoras que, en este tipo de relatos, casi siempre atraían a los inocentes hombres alemanes hacia la ignominia y la fatalidad racial.^[16]

Durante la Primera Guerra Mundial, Alemania perdió África del Suroeste. En Europa oriental la situación era distinta. Aquí las fuerzas alemanas parecían estar ensamblando, entre 1916 y 1918, un inmenso nuevo feudo para su dominio y explotación económica. En primer lugar, Alemania unificó sus territorios polacos anteriores a la guerra y los arrebatados al Imperio ruso para formar un reino polaco títere, que sería gobernado por un monarca afín. El plan de posguerra consistía en expropiar y deportar a todos los terratenientes polacos cercanos a la frontera germano-polaca. A principios de 1918, después de que la Revolución bolchevique sacase a Rusia de la guerra, Alemania estableció una cadena de Estados vasallos al este de Polonia, desde el mar Báltico al mar Negro; el más grande de todos era Ucrania. Alemania perdió la guerra en Francia en 1918, pero nunca llegó a ser totalmente derrotada en el campo de batalla de Europa oriental. Este nuevo feudo de Europa del Este fue abandonado sin que, podría parecer a los alemanes, nunca se hubiese perdido de verdad.^[17]

La pérdida total de las colonias africanas durante y después de la guerra posibilitó que se suscitara una nostalgia imprecisa y maleable sobre el dominio racial.^[18] Las novelas populares sobre África, con títulos como *Amo, ¡vuelve!*, sólo podían cobrar sentido después de una ruptura total como ésta. Los alemanes continuaron considerándose buenos colonizadores, incluso cuando su propio feudo de colonización se volvió inestable e impreciso, proyectado en el futuro. La novela de Hans Grimm *Un pueblo sin espacio*, que vendió medio millón de ejemplares en Alemania antes de la Segunda Guerra Mundial, hacía referencia a la difícil situación de un alemán que se había marchado de África para acabar sufriendo la frustración causada por el confinamiento dentro de una Alemania pequeña y un sistema europeo injusto.

El problema insinuaba su propia solución. Dado que el racismo era la imposición de una jerarquía de derechos sobre el planeta, podía aplicarse a los europeos que vivían al este de Alemania. África como lugar físico se había perdido, pero «África» como forma de pensar se podía universalizar. Tras la experiencia en Europa oriental, se había convenido que los vecinos también podían ser «negros». Se podía imaginar que los europeos quisieran tener «amos» y ceder «espacio». Después de la guerra, resultaba más práctico considerar el retorno a Europa oriental que a África. Aquí,

como en tantos otros casos, Hitler derivó unos sentimientos imprecisos hacia unas conclusiones concisas e implacables. Presentó como raza inferior al grupo cultural más grande de Europa, los vecinos orientales de Alemania, los eslavos.

«Los eslavos nacen como una masa servil –escribió Hitler– que clama a gritos a su amo.» Se refería principalmente a los ucranianos, que poblaban una extensión de tierra muy fértil, y también a sus vecinos: rusos, bielorrusos y polacos. «Necesito Ucrania –afirmó– para que nadie sea capaz de volver a matarnos de hambre, como en la última guerra.» La conquista de Ucrania garantizaría «un modo de vida a nuestro pueblo mediante la asignación de *Lebensraum* para los próximos cien años». Se trataba de una cuestión de justicia natural: «Resulta inconcebible que un pueblo superior tenga que subsistir a duras penas en un terreno demasiado limitado para él, mientras que las masas amorfas, que no contribuyen en nada a la civilización, ocupan extensiones infinitas de uno de los terrenos más ricos del planeta». A la vez que se tomasen las tierras de los ucranianos, comentó Hitler, se les podría ofrecer «pañuelos, abalorios de cristal y todas esas cosas que les gustan a los pueblos colonizados». Un único altavoz en cada pueblo «les proporcionaría no pocas ocasiones para bailar, y sus habitantes nos estarían agradecidos». La propaganda nazi sencillamente eliminaría a los ucranianos de la vista. Una canción nazi para las colonas describía Ucrania de este modo: «No hay ni granjas ni hogares, allí la tierra pide a gritos un arado». Erich Koch, elegido por Hitler para gobernar Ucrania, se refería a la inferioridad de los ucranianos con cierta simplicidad: «Si me topo con un ucraniano digno de sentarse conmigo a la mesa, debo hacer que lo fusilen». Hasta en las amenazas de asesinato por cuestión de raza, el comedor era el telón de fondo.^[19]

Con la llegada de la ocupación alemana en 1941, los propios ucranianos vieron la conexión con África y Estados Unidos. Una mujer ucraniana, culta y reflexiva en un modo inconcebible para el racismo nazi, anotó en su diario: «Somos como esclavos. A menudo me viene a la mente el libro *La cabaña del tío Tom*. En su momento vertimos lágrimas por esos negros, ahora resulta obvio que nosotros estamos pasando por lo mismo». No obstante, el colonialismo en Europa oriental difería del comercio de esclavos estadounidense o la conquista de África en un aspecto. Exigía dos proezas de la imaginación: el deseo de acabar no sólo con los pueblos sino también con las entidades políticas que fuesen parecidas al Estado alemán. La preocupación de Hitler con la lucha racial por la naturaleza ocluía tanto a las naciones como a sus gobiernos. Siempre resultaba legítimo destruir Estados; si eran destruidos, eso significaba que tenían que ser destruidos.^[20]

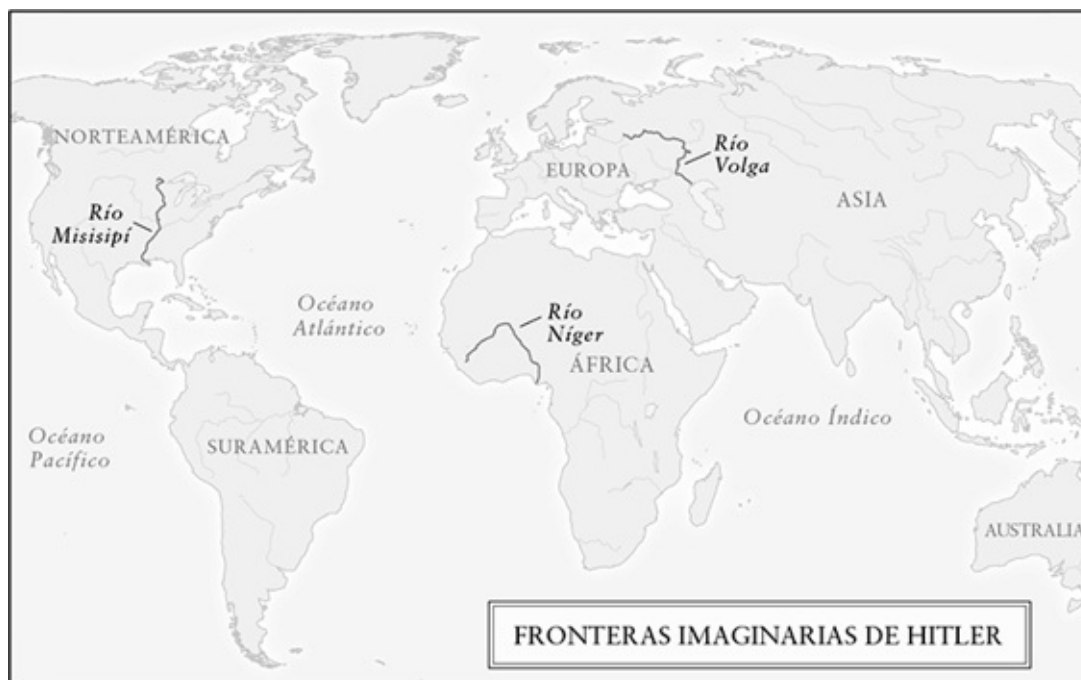
Algunos Estados, afirmó Hitler, invitaban al ataque. Las razas inferiores eran incapaces de construir un Estado, de modo que los que parecían ser sus gobiernos eran un espejismo: una fachada para el poder judío. Hitler defendía que los eslavos nunca se habían gobernado a sí mismos. Las tierras al este de Alemania siempre

habían sido gobernadas por «elementos extranjeros». El Imperio ruso había sido creado por «una clase alta y una *intelligentsia* básicamente alemanas»; sin esta tradición de liderazgo alemán, «los rusos seguirían viviendo como conejos». Los ucranianos eran por naturaleza un pueblo colonial y, como dirían los administradores coloniales alemanes, «negros». Después de que Alemania se viese forzada en 1918 a retirar sus tropas y entregar su nuevo imperio, la mayor parte de Ucrania, igual que la mayoría de territorios del Imperio ruso, se consolidó como parte de un nuevo Estado comunista conocido como Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (Unión Soviética o URSS). Hitler afirmaba que la URSS era la expresión de una «cosmovisión» judía.^[21] La idea del comunismo era un mero engaño que había llevado a los eslavos a aceptar su «nuevo liderazgo en el pueblo judío».

El comunismo era el ejemplo más próximo a la afirmación de Hitler de que las ideas universales eran judías y todos los judíos siervos de las ideas universales. La proclamada identificación entre los judíos y el comunismo –el mito judeobolchevique– era para Hitler la demostración oportuna tanto de la fuerza sobrenatural como de la debilidad terrenal de los judíos. Demostraba que los judíos podían granjearse un poder destructor sobre las masas con sus ideas antinaturales. «El bolchevismo de la comunidad judía internacional intenta desde su centro de control en la Rusia soviética corroer el núcleo mismo de las naciones del mundo», escribió. A pesar de ello, este aparente infortunio era en realidad una oportunidad. Al asesinar a los miembros más fuertes de las razas eslavas dentro de la Unión Soviética, los judíos estaban haciendo el trabajo que los alemanes tendrían que hacer en cualquier caso. El comunismo judío resultaba en este sentido, según Hitler, «propicio para el futuro». La Revolución bolchevique de 1917, pensaba Hitler, era por lo tanto «una mera preparación» para el posterior retorno de la «dominación alemana».^[22]

La interpretación que hizo Hitler de la Revolución bolchevique como proyecto judío distaba de ser insólita: Winston Churchill y Woodrow Wilson la entendían de la misma forma, al menos al principio. Un corresponsal del *Times* londinense veía a los judíos como la fuerza al frente de la conspiración bolchevique mundial. Lo que sí resultaba insólito era la conclusión implacablemente sistemática a la que llegaba Hitler: que Alemania podría hacerse con el poder global mediante la eliminación de los judíos de Europa del Este y el derrocamiento de su supuesta ciudadela soviética. No se trataba más que de una forma de autodefensa, ya que la victoria del bolchevismo mediante cualesquiera insidiosos medios conllevaría, tal y como él mantenía, la «destrucción, o lo que es más, la exterminación final, del pueblo alemán». Mediante un enfrentamiento directo, sin embargo, la amenaza judía podía ser eliminada. La destrucción de los judíos soviéticos provocaría que la Unión Soviética «se desintegrara de forma inmediata». Acabaría siendo una «construcción de naipes» o un «gigante con pies de barro». Los eslavos pelearían «como indios», con idéntico resultado. Después, en el este, «un proceso similar se repetiría por segunda vez, como en la conquista de América».^[23] Una segunda América se podría

crear en Europa en cuanto los alemanes aprendiesen a ver a los demás europeos de la misma forma que veían a los indígenas americanos o africanos y a considerar el mayor Estado de Europa como una frágil colonia judía.



En este *collage* racista, los europeos se intercalaban con los africanos y los nativos americanos. Hitler comprimía toda la historia imperial y un racismo total en una formulación muy breve: «Nuestro Misisipí debe ser el Volga y no el Níger».^[24] El río Níger, en África, había dejado de ser accesible para el imperialismo alemán después de 1918, pero África seguía siendo fuente de imágenes y de nostalgia colonial. El Volga, la frontera oriental de Europa, era la línea que Hitler imaginaba como límite más lejano del poder alemán. El Misisipí no era sólo el río que corría de norte a sur por el medio de Estados Unidos; también era la línea más allá de la cual Thomas Jefferson quería que se expulsara a todos los indios. «¿Quién –preguntaba Hitler– se acuerda de los indios de Norteamérica?» Para Hitler, África era la fuente de referencias imperiales pero no el emplazamiento real del imperio; su emplazamiento real era Europa oriental, y había que rehacerla igual que se había rehecho Norteamérica.

La destrucción de la Unión Soviética, pensaba Hitler, permitiría a la raza superior pertinente matar de hambre a los subhumanos pertinentes por las razones pertinentes. Una vez que los alemanes sustituyesen a los judíos como amos de las colonias, los alimentos procedentes de Ucrania podrían ser desviados desde las inútiles poblaciones soviéticas hacia las agradecidas ciudades alemanas y hacia una Europa sumisa. El axioma de Hitler según el cual la vida era una guerra de hambre y su propuesta de una campaña de inanición contra los eslavos quedaron reflejados en los documentos programáticos formulados tras su ascenso al poder en Alemania en 1933. Un plan de hambre creado bajo la autoridad de Hermann Göring predecía que

«muchas decenas de millones de personas en este territorio pasarán a ser innecesarias y morirán o tendrán que emigrar a Siberia». Así pues, de acuerdo con una segunda ronda de programas, diseñados bajo la autoridad de Heinrich Himmler, los alemanes podían comenzar la colonización.^[25]

La concepción judeobolchevique permitió que el retrato que presentó Hitler de un ecosistema planetario contaminado por ideas judías cristalizara en un programa específico. El mito judeobolchevique parecía definir el punto en que la aplicación de la fuerza alemana podría ganar un imperio y restablecer el planeta. También permitía una política de guerra y exterminación que sería decisiva para los judíos y, de un modo diverso, para los alemanes. La idea de que el poder judío era global e ideológico parecía hacer que los judíos se aferrasen al territorio más débil en vez de al más fuerte. Si se podía eliminar a los judíos, entonces ya no podrían seguir extendiendo sus falsas ideas de solidaridad humana y, por lo tanto, su dominio planetario se debilitaría. De este modo, el mito judeobolchevique seducía a los guerreros con la promesa de un triunfo fácil.

Si la guerra no marchaba según lo planeado, si la Unión Soviética no podía ser destruida tan fácilmente, la idea de la hegemonía judía sobre el conjunto del planeta podría regresar a la primera línea de la retórica y la política.^[26] Si los judíos no salían debilitados tras un primer ataque sobre territorio soviético, en ese caso tendría que intensificarse la guerra contra ellos. Si Alemania tuviese que luchar contra un enemigo global, parecería no haber ninguna alternativa a una campaña total contra los judíos, ya que en una guerra prolongada éstos podían atacar desde cualquier punto y en cualquier momento. Los judíos detrás de las líneas, en lugares bajo control alemán, tendrían que ser exterminados. Esta posibilidad latente dentro de las ideas de Hitler fue llevada a la práctica: no se asesinó primero a gran escala a los judíos de Berlín, sino a los de las fronteras del poder alemán en el este soviético. Conforme cambiaban las tornas de la guerra, la matanza masiva se desplazó hacia el oeste desde la Unión Soviética ocupada hasta la Polonia ocupada y de ahí al resto de Europa.

El mito judeobolchevique parecía justificar un ataque preventivo sobre un determinado territorio valioso contra un enemigo intrínsecamente planetario. Vinculaba la eliminación de los judíos con la subyugación de los eslavos. Si esta conexión podía establecerse en la teoría y los alemanes lograban promover la guerra en el este, sería muy difícil que Hitler fracasase en la práctica. La imposibilidad de conquistar a los eslavos serviría de pretexto para exterminar a los judíos.^[27]

La idea judeobolchevique, una influencia fundamental de la Segunda Guerra Mundial, tenía sus orígenes en la Primera, y llegó a la mente de Hitler tras una peculiar experiencia alemana durante la caída del Imperio ruso, en el frente oriental de la Primera Guerra Mundial.

Desde la perspectiva de Berlín, la Primera Guerra Mundial se combatió en un

frente occidental contra Francia (y Reino Unido y, más tarde, Estados Unidos) y en un frente oriental contra el Imperio ruso. Alemania se vio rodeada por enemigos en ambos flancos y tuvo que intentar eliminar rápidamente a uno para poder derrotar al otro. El ataque a Francia de 1914 fracasó, lo que condenó a Alemania a una larga batalla en dos frentes. Bajo estas circunstancias, los diplomáticos alemanes buscaron recursos no militares para eliminar al Imperio ruso del conflicto, como por ejemplo instigar a la revolución. En abril de 1917, tras una primera revolución en Rusia, Alemania organizó el traslado de Vladímir Lenin, líder de los bolcheviques, desde Zúrich a Petrogrado en un tren blindado. Lenin logró, junto a sus camaradas, organizar una segunda revolución en noviembre.^[28] Procedió entonces a la retirada del Imperio ruso de la guerra. En un principio, esto se tomó por una formidable victoria alemana.

Antes de las revoluciones de 1917, el Imperio ruso había sido tierra natal de muchos más judíos que ningún otro país del mundo, a la vez que un Estado con un antisemitismo muy activo. Los judíos eran sometidos a formas oficiales de discriminación y eran objeto de pogromos, cada vez más intensos y frecuentes; aunque éstos no estaban organizados por el Estado, los súbditos imperiales rusos que los perpetraban creían cumplir con la voluntad del zar. La probabilidad de emigrar del Imperio ruso era casi doscientas veces más alta para los judíos que para los pertenecientes a la etnia rusa: por una parte, porque era más probable que se quisieran marchar y, por otra, porque las autoridades imperiales estaban encantadas de verlos partir. Durante la Primera Guerra Mundial, los judíos, en su mayoría, se vieron excluidos de los órganos de gobierno.^[29]

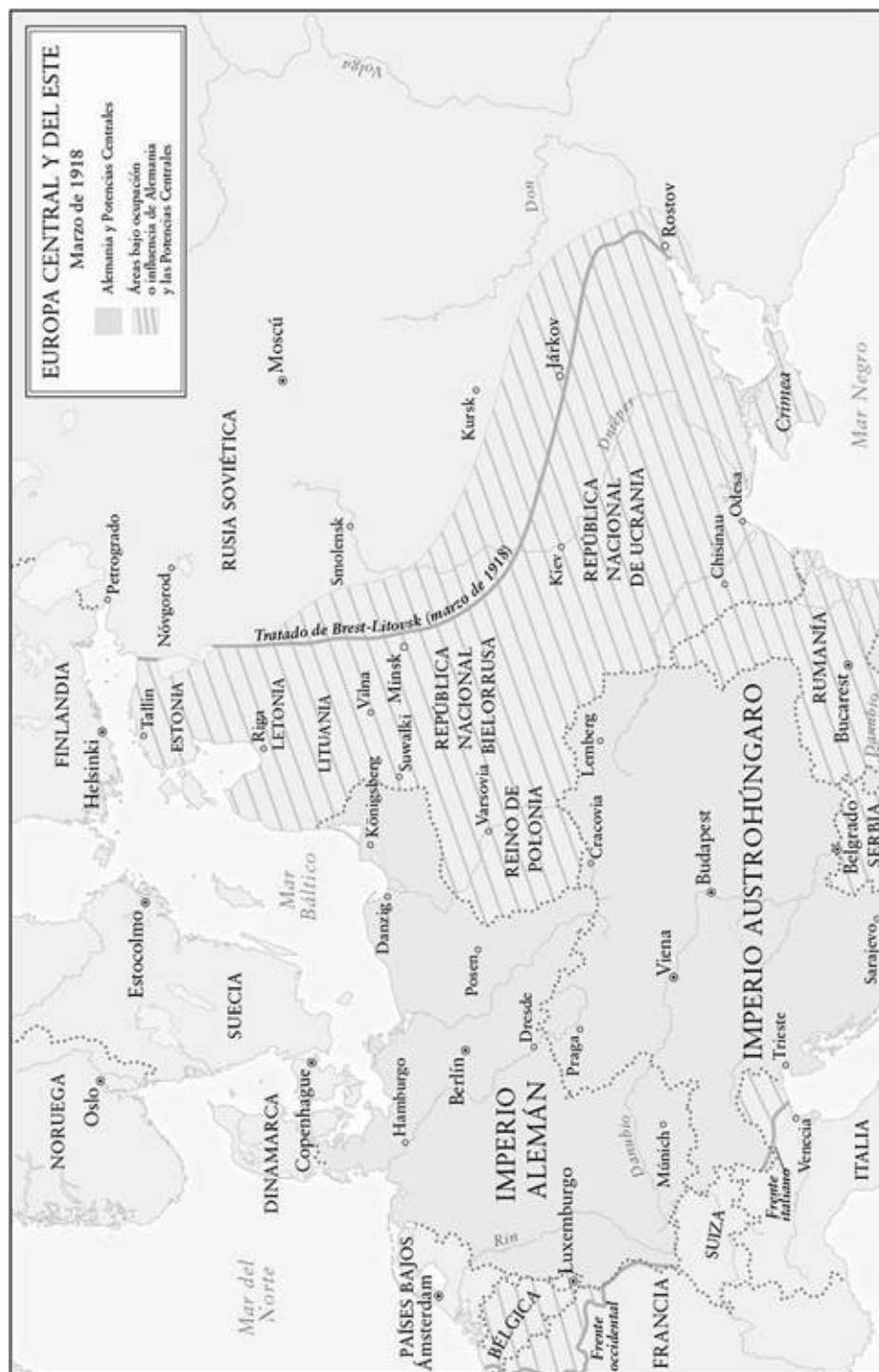
Los judíos habitaban las regiones occidentales del Imperio ruso, que los soldados imperiales rusos atravesaban en avanzada o en retirada al entrar en combate contra sus enemigos alemanes y austríacos. Al marchar sobre las tierras del Imperio austrohúngaro en el otoño de 1914, las tropas se encontraron con que algunos judíos tenían granjas en propiedad (lo que era ilegal bajo el Imperio ruso) y no dudaron en expropiarlos de inmediato. En enero de 1915, una serie de circulares imperiales oficiales culpaba a los judíos de sabotaje. Ese mes el Ejército imperial ruso expulsó a varios cientos de miles de judíos de cuarenta ciudades cercanas a Varsovia. Los habitantes polacos se hicieron con las propiedades de los judíos y se las quedaron. Cuando los alemanes hicieron retroceder a los rusos hacia el este en 1915, los soldados imperiales culparon a los judíos y llevaron a cabo alrededor de cien pogromos. El líder derechista del Parlamento ruso (y posterior ministro del Interior) lo justificó haciendo referencia a los planes de una oligarquía judía internacional. Mientras tanto, el Imperio ruso deportó a alrededor de medio millón de judíos de sus hogares con el argumento de que podían colaborar con los invasores. El ejército era el encargado de las deportaciones, por lo que soldados y oficiales podían saquear a los judíos que, como ellos, eran súbditos imperiales rusos. Esta expulsión masiva del corazón de las tierras judías, acompañada de robos sistemáticos y frecuente violencia,

fue uno de los trastornos más importantes que haya experimentado la vida tradicional judía en la historia.^[30]

En la mente de los europeos, la deportación rusa alteró la cuestión judía. Decenas de miles de judíos huyeron del Imperio ruso, lo que provocó que en las ciudades europeas se tuviese la impresión de que los judíos del este de repente estaban por todas partes. Las deportaciones marcaron las vidas de muchos de los revolucionarios judíos más importantes del siglo xx, tanto de izquierdas como de derechas. Cuando eran muy jóvenes, Menájem Beguín y Abraham Stern, que más tarde se convertirían en radicales de derechas, fueron desplazados. Dentro del Imperio ruso, los judíos deportados desde el frente se dirigieron a las ciudades más importantes, como Moscú, Petrogrado y Kiev, donde a menudo se los rechazaba por espías y se les negaba trabajo y techo. Después de la Revolución de febrero de 1917, mientras el imperio se tambaleaba para transformarse en república, los judíos fueron emancipados formalmente y se convirtieron en ciudadanos. De los aproximadamente sesenta mil judíos que se encontraban en Moscú en ese momento, alrededor de la mitad eran refugiados.^[31] Muchos de ellos se unieron a Lenin en su segunda Revolución rusa en noviembre de ese mismo año. Lenin agradeció a los judíos su apoyo decisivo en la ciudad donde establecería su capital.

A partir de noviembre de 1917, los judíos de repente eran miembros en igualdad de condiciones de un nuevo Estado revolucionario en vez de una minoría religiosa oprimida dentro de un imperio. Una amplia mayoría de los judíos intentó regresar a sus hogares en 1918 para, en muchos casos, encontrarlos ocupados por otras personas. Los vecinos de los judíos no querían devolver lo que habían tomado y, en vez de eso, a menudo los agredían. Mientras se pasaba de un régimen a otro, los judíos seguían siendo el blanco de todas las partes implicadas. Los primeros pogromos tras la revolución los llevó a cabo el Ejército Rojo; pero la ideología de sus comandantes era internacionalista y los oficiales intentaban a menudo frenar la violencia antisemita.

El otro bando por lo general no se mostró tan comedido. Los hombres que empuñaron las armas contra la revolución de Lenin no representaban a ningún movimiento coherente; lo más parecido a una ideología de la contrarrevolución era el antisemitismo. Para lograr el apoyo de la población, los contrarrevolucionarios vincularon el antisemitismo religioso tradicional con la sensación de amenaza presente y describieron a los bolcheviques como un moderno Satán. Mientras la guerra civil proseguía de forma implacable, dando muerte a millones de personas, los periodistas y propagandistas que se oponían a la revolución desarrollaron el mito judeobolchevique. Algunas de sus ideas estaban extraídas de *Los protocolos de los sabios de Sion*. La noción de poder judío global parecía explicar la doble catástrofe: la revolución y la derrota militar, y transformó la victoria de una idea universal sobre una nacional en una conspiración de un grupo reconocible de personas a las que podía castigarse.^[32]



Alemania apoyó a los revolucionarios en 1917 para poco después encontrarse del lado de los contrarrevolucionarios. Durante el caos posterior a la revolución de Lenin, Alemania construyó una cadena de Estados clientelistas entre el mar Báltico y el mar Negro. El más importante de todos era Ucrania. El plan alemán para 1918 era retirar tropas del este para librar una batalla definitiva en el frente occidental y, a la vez, abastecer a los alemanes con los cereales ucranianos. Al tratado que firmaron los alemanes con el Estado ucraniano en febrero de 1918 lo llamaron la «Paz del Pan» y fue muy popular en Alemania. Las tropas alemanas sacaron rápidamente al Ejército

Rojo de Ucrania, pero el plan de utilizar a Ucrania para ganar la guerra fracasó, sobre todo por la resistencia de los campesinos, las milicias y los partidos políticos ucranianos. No obstante, gran parte del país fue prácticamente colonia alemana durante seis memorables meses de 1918. La imagen de Ucrania como cuerno de la abundancia caló en las mentes alemanas en una época de bloqueo y de hambre.^[33]

Cuando Alemania fue derrotada en el frente occidental y se vio obligada a firmar el armisticio de noviembre de 1918, el comisario político de Lenin para asuntos de guerra, León Trotski, desvió su atención hacia los abandonados Estados clientelistas de Alemania en lo que habían sido los confines occidentales del Imperio ruso. En Letonia, Lituania, Bielorrusia y Ucrania, los soldados y oficiales alemanes se quedaron para luchar contra el Ejército Rojo de Trotski. Ucrania, en 1919, se derrumbó y cayó en una complicada guerra civil en la que fueron asesinados varios cientos de miles de judíos a manos de soldados de todos los bandos: los bolcheviques, los ejércitos antibolcheviques conocidos como el Movimiento Blanco y, sobre todo, los soldados del Estado independiente ucraniano. La mayoría de los autores de estos crímenes, con independencia de sus identidades o lealtades, se habían instruido en la violencia contra los judíos en el seno del Ejército imperial ruso. Sus víctimas judías eran muy a menudo personas que ya habían sido deportadas durante la guerra conforme a la política imperial rusa y que, por lo tanto, carecían de seguridad o contactos en el lugar en que se encontraban.^[34]

Los adeptos a la tesis judeobolchevique vencidos se contaban entre los cientos de miles de súbditos imperiales rusos sometidos que inundaron la Alemania derrotada. Uno de ellos llevaba consigo una copia de *Los protocolos de los sabios de Sion*, que apareció en traducción al alemán en enero de 1920. Entre quienes huían del Estado de Lenin había alemanes de la región báltica, que podían trasladar la idea judeobolchevique al alemán sin necesidad de ningún texto. Dos de ellos eran Max Erwin von Scheubner-Richter y Alfred Rosenberg, dos de las primeras influencias nazis de Hitler. En 1919 y 1920, después de haber hablado con personas que conocían los *Protocolos* y de haberlos leído él mismo, Hitler asimiló el mito judeobolchevique y la noción de que los judíos matan por inanición. Estas ideas eran en la época objeto de intenso debate. En julio de 1920, el representante del poder soviético en Berlín declaró que la mayoría de los judíos eran burgueses, se habían opuesto a la revolución y no tenían ningún futuro en territorio soviético. No gobernarían, sino que serían «destruidos». Esta perspectiva no convencía a los alemanes, que buscaban una llave única para el impulso revolucionario, una que pudiese girarse hacia cualquiera de los dos lados, hacia la revolución o la contrarrevolución. En ese preciso momento, Scheubner-Richter se encontraba en Múnich recaudando dinero y hombres para organizar una expedición armada contra los bolcheviques, con especial énfasis en la liberación de Ucrania.^[35]

La idea judeobolchevique tiene un origen histórico específico: una extensión del antisemitismo de la Rusia oficial, una adaptación de las visiones apocalípticas

cristianas en tiempos de crisis, una explicación del derrumbamiento del antiguo orden imperial, un grito de batalla durante una guerra civil y una forma de consuelo después de la derrota. Cuando comenzó el movimiento nazi, la contrarrevolución armada estaba en marcha en Rusia y en Ucrania, y su victoria aún era una posibilidad real en la mente de las personas que le importaban a Hitler. Por un corto espacio de tiempo, en 1920 parecía que el Ejército Rojo fuera a dirigirse hacia Alemania. Mientras los soldados bolcheviques avanzaban sobre Varsovia en agosto de ese año, todo hacía creer que pronto tendría lugar el enfrentamiento final entre las fuerzas de la revolución y las de la contrarrevolución. Pero tras una sorprendente y decisiva victoria polaca en esa batalla y en la guerra, y con la consolidación del sistema europeo posterior a 1921, el problema tomó otro cariz.^[36]

El intento de Scheubner-Richter de armar un ejército antibolchevique se vino abajo en 1922. Durante la marcha codo con codo con Hitler en Múnich en 1923, el *putsch* nazi era, en su opinión, el bandazo final hacia el este. Cuando Scheubner-Richter fue asesinado y Hitler encarcelado, algunos nazis vieron el fracaso como un triunfo, no tanto de la joven República de Weimar en Alemania como del poder judeobolchevique al que creían estar haciendo frente. Mientras Hitler redactaba *Mein Kampf* en la cárcel, en 1924, los bolcheviques se convirtieron menos en un grupo concreto de rivales políticos y más en una forma de vincular sus ideas sobre los judíos a una porción de territorio. Para Hitler, que sabía poco sobre el Imperio ruso y que pensaba en grandes términos abstractos, la idea judeobolchevique no representaba el final de la lucha rusa, sino el principio de la cruzada alemana; no un mito surgido de acontecimientos dolorosos, sino un rayo de luz de la verdad eterna.

El mito judeobolchevique parecía proporcionar la pieza que faltaba en el plan completo de Hitler, en el que unía lo local con lo planetario, la promesa de una guerra colonial victoriosa contra los eslavos con una lucha anticolonial gloriosa contra los judíos. Un único ataque a un único Estado, la Unión Soviética, podría solucionar todos los problemas de los alemanes de un plumazo. La destrucción de los judíos soviéticos significaría la eliminación del poder judío, lo que permitiría la creación de un imperio oriental que reproduciría la historia de las fronteras estadounidenses en Europa oriental. El imperio racial alemán revisaría el orden global e iniciaría el restablecimiento de la naturaleza de un planeta contaminado por los judíos. Si se ganaba la guerra, los judíos podrían eliminarse cuando conviniese. Si los eslavos inferiores impedían de algún modo el avance de los alemanes, los judíos tendrían que atenerse a las consecuencias. De cualquier modo, la búsqueda del imperio racial traería las políticas de erradicación judía.^[37]

En la ecología de Hitler, el planeta había sido saqueado por la presencia de los judíos, que desafiaban las leyes de la naturaleza mediante la introducción de ideas que corrompían. La solución pasaba por exponer a los judíos a una naturaleza purificada,

un lugar en el que importase más la lucha encarnizada que el pensamiento abstracto, en el que los judíos no pudiesen manipular a nadie con sus ideas porque no habría nadie con ellos. Los exóticos escenarios que Hitler imaginaba para la deportación de los judíos, Madagascar y Siberia, nunca caerían en manos alemanas. Sin embargo, sí que lo haría gran parte de Europa. No mucho tiempo después de que Hitler publicase sus ideas sobre el pan de cada día y el mandamiento de la autopreservación, los europeos obligaban a los judíos a rezar el Padre Nuestro y los mataban si no lo hacían. La propia Europa se convirtió en el antijardín, un paisaje con trincheras.^[38]

Durante una marcha de la muerte, Miklós Radnóti escribió un poema para que fuese descubierto en su ropa cuando se exhumasen sus restos de la fosa: «Yo la raíz fui una vez la flor / bajo este oscuro peso mis ramas / viene el vellón del hilo / sierra de muerte que gime en lo alto».^[39]

2

Berlín, Varsovia, Moscú

No basta con tener una cosmovisión para conseguir el poder. El mito judeobolchevique proporcionaba una imagen del enemigo, no una política exterior. El *Lebensraum* era una manera de entender el imperio, no una estrategia militar. El problema para Hitler, el ideólogo, era que ni la política alemana ni los Estados vecinos ni el orden europeo podían borrarse de un plumazo. Después de salir de la cárcel en 1924, Hitler aprendió algunas lecciones prácticas, aunque en ningún momento cambió de opinión acerca de su teoría. Como joven veterano de la Primera Guerra Mundial, Hitler creía que una acción drástica, el intento de golpe de Estado en Múnich en 1923, sería suficiente para transformar Alemania. Pero estaba equivocado. El golpe fracasó y su compañero Scheubner-Richter fue asesinado por las fuerzas del Estado. No obstante, Hitler llegó al poder diez años después del *putsch* fallido convertido en un político bastante más ladino y, gracias al respaldo de sus compañeros de partido y a un apoyo popular considerable, logró transformar el Estado alemán. Hitler podía pensar que la Unión Soviética era un nido de judíos cobardes, pero estaba equivocado. Aun así, ocho años después de tomar el poder en Alemania, se las ingenió para emprender una guerra contra Moscú e iniciar una Solución Final.

Para que su cosmovisión transformara el panorama mundial, Hitler necesitaba un aire nuevo como político, así como aplicar otro tipo de estrategias. Para llegar de la anarquía en la teoría al exterminio en la práctica, hacía falta renovar el Estado alemán y destruir los Estados vecinos. Para asesinar a los judíos europeos, los Estados que había que eliminar eran precisamente los que estuviesen habitados por judíos. La gran mayoría de los judíos europeos vivía fuera de Alemania, y Polonia, en concreto, era el país donde la concentración era mayor. Además de ser la gran patria de los judíos, era el país que separaba Alemania de la Unión Soviética. De alguna manera o de otra, Polonia tenía que entrar dentro de los planes de Hitler para acabar con el pueblo judío y con el Estado soviético.

Durante los seis primeros años de mandato, Hitler consiguió modificar el Estado alemán, pero fracasó a la hora de conseguir una alianza con Polonia para sus guerras. Si Polonia y Alemania hubiesen luchado juntas en 1939 contra la Unión Soviética, sin duda el resultado también habría sido catastrófico para los judíos europeos. Sin embargo, el Holocausto, tal y como lo conocemos, es la consecuencia de una guerra germano-soviética contra Polonia.^[1] La Segunda Guerra Mundial, que empezó en septiembre de 1939 como una campaña que pretendía destruir el Estado polaco y exterminar a su población, fue el resultado del éxito de Hitler en Alemania, de su

fracaso para embarcar a Polonia en su sueño expansionista, y del deseo de la Unión Soviética de mantener una guerra de agresión.

A simple vista, una alianza germano-polaca parecía más verosímil que una alianza germano-soviética. Durante la segunda mitad de los años treinta, los nazis y los soviéticos se enfrascaron en una injuriosa lucha propagandística en la que se presentaban los unos a los otros como el auténtico demonio. Varsovia y Berlín, sin embargo, parecían tener mucho en común. Desde 1935 hasta 1938, tanto Alemania como Polonia ejercían presión territorial sobre sus vecinos, al mismo tiempo que sostenían un grandilocuente discurso de transformación global. Tanto los líderes de Berlín como los de Varsovia culpaban al orden mundial de las limitaciones en el flujo de alimentos, materias primas y seres humanos. Ambos situaban el problema judío en el centro de su retórica diplomática y estaban de acuerdo en que resolverlo era una cuestión de justicia internacional. Ambos hacían hincapié en la amenaza del comunismo soviético.

La decisión de Alemania de invadir Polonia en 1939 se explica, a menudo, con los argumentos de Hitler y sus propagandistas: o bien alegando que era una campaña berlinesa de reajuste de las fronteras, o bien por la resistencia de Varsovia a ésta. Sin embargo, esto no tenía prácticamente nada que ver. En realidad, los motivos de la guerra entre Alemania y Polonia venían de sus profundas diferencias en torno a las cuestiones judía y soviética, encubiertas durante años por la diplomacia polaca. Hitler deseaba contar con el apoyo de Varsovia para sus ambiciosas campañas contra Moscú y los judíos, pero también destruirla tan pronto como esa alianza resultara insostenible, como sucedió en 1939. En cualquier caso, para Hitler, Polonia no era más que un elemento de su plan maestro: o bien una ayuda para su gran guerra oriental, o bien un territorio donde comenzarla. Hitler consideraba más la primera opción que la segunda, que en realidad fue una rápida improvisación ante el inesperado fracaso de las relaciones diplomáticas entre Alemania y Polonia a principios de 1939. En todo momento, Polonia fue un actor con voluntades y objetivos propios. Ambos países terminaron por enfrentarse porque sus políticas exteriores se basaban en un análisis muy diferente de la política global y del papel de los Estados.

La posición global de Berlín después de que Hitler tomara el poder se podría calificar de recolonialista. Los imperios eran justos y necesarios, y los mejores imperios eran los raciales. Reino Unido y Estados Unidos eran dos modelos rivales de supremacía racial. Un imperio alemán restablecería el equilibrio mundial. La tierra era por naturaleza un lugar de imperios enfrentados; lo que era antinatural era la existencia de un imperio judío, la Unión Soviética, y la influencia judía en Londres, Washington, París y demás lugares. Alemania formaría un imperio redentor que vendría a sustituir la decadente dominación judía. Desde el punto de vista de Hitler, el

papel de Polonia en este proyecto recolonialista era ayudar a Alemania: siendo aliado o neutral durante la guerra, y convirtiéndose en satélite o títere después de ella. Según su plan, la violencia no sería necesaria para modificar la frontera germano-polaca ya que Polonia cedería voluntariamente territorio a Alemania a cambio de parte del botín que obtendrían tras la conquista conjunta de la URSS. En última instancia, resultaba indiferente, ya que Polonia caería bajo la dominación de Alemania durante la propia guerra.

La actitud global de Varsovia, por el contrario, podría calificarse como descolonialista. La historia de Polonia era la de la partición de la República de las Dos Naciones entre sus imperios vecinos en 1795 y la creación de un Estado nación en 1918. Para los polacos, los imperios no tenían ninguna legitimidad especial y, por una cuestión de lógica histórica y de justicia, estaban dando paso a los Estados nación. Los imperios podían ser destruidos, en eso estaban de acuerdo con los nazis, pero quienes debían ocupar su lugar eran los Estados nación y no los regímenes raciales. Todas las naciones desempeñaban un papel más o menos equivalente en la historia en su lucha por la libertad. La mayoría de los políticos influyentes de Polonia veía el Estado nación como un valor intrínseco y un éxito colectivo del pasado reciente. La prosaica definición conservadora del Estado como monopolizador de la violencia y garante del respeto a las leyes era, para muchos polacos, un logro tan increíble como valioso. Ningún líder polaco, a pesar de su retórica grandilocuente en cuestiones de política internacional, podía imaginar que Polonia pudiera desbancar a una de las potencias mundiales. A diferencia de Hitler y algunos nazis, los dirigentes polacos no teorizaban sobre el poder en la sombra de los judíos en la URSS o el resto de imperios, como tampoco fantaseaban sobre las flaquezas secretas de las grandes potencias. El sistema imperial, del que la URSS formaba parte en cierto modo, terminaría por ceder a la presión de la liberación nacional. Mientras tanto, los imperios marítimos como Reino Unido y Francia habían abierto sus puertas a millones de judíos polacos desplazados. Varsovia esperaba que los judíos polacos se rebelaran contra los imperios, que formaran Estados judío-polacos y, de algún modo, extendieran la influencia polaca allá donde se asentasen, y lo más factible era que esto sucediera en Palestina. Israel era lo más lejos que llegaban los sueños de Varsovia.

Tanto Berlín como Varsovia estaban a favor de expulsar de Europa a millones de judíos. Para Hitler, formaba parte de un gran proyecto de restauración ecológica: la eliminación de los judíos tras una victoria alemana repararía el planeta. El Estado alemán era un medio para aquel fin: podía, y sería, transformado y además corría cierto riesgo. El antisemitismo tenía probablemente más seguidores en Polonia que en Alemania, al menos antes de 1933, pero nadie con ideas similares a las de Hitler llegó al poder en Varsovia. Mientras que la política alemana planteaba la destrucción de los Estados donde vivía el pueblo judío, la opción de Polonia era crear un Estado para los judíos. La esencia encubierta de la política exterior alemana de finales de los años

treinta consistía en construir un enorme imperio racial en el este de Europa; la de Polonia, en crear un Estado de Israel en Palestina con los territorios cedidos por la Sociedad de Naciones al Imperio británico.

Tanto el recolonialismo nazi como el descolonialismo polaco eran actitudes, cada una a su modo, bastante radicales. Ambas suponían un desafío al orden imperial vigente: la primera pretendía renovar sus fundamentos y basar el orden mundial en el principio racial, y la segunda preveía su inevitable desaparición y la creación, en su lugar, de Estados poscoloniales. Ambas políticas exteriores podían parecer similares, especialmente a los ojos de un Führer en Berlín que necesitaba aliados. Sin embargo, a un nivel básico de teoría política, la oposición no habría podido ser más simple: en contra o a favor del Estado tradicional.

Esta diferencia de actitudes en relación con el Estado provenía en gran medida de experiencias e interpretaciones contrarias de la Primera Guerra Mundial y fue una causa fundamental de la Segunda. Para los patriotas polacos, 1918 fue un año de milagros: un Estado polaco independiente, ausente en los mapas de Europa durante más de un siglo, emergió de nuevo. Para los alemanes, fue el año de una derrota militar inimaginable, seguida del Tratado de Versalles un año después, con sus humillantes concesiones territoriales, muchas de ellas a la nueva Polonia.

Después del fracaso de su golpe de Estado, Hitler aprendió a ser más diplomático y canalizó la energía del resentimiento alemán para perseguir sus extraordinarias ambiciones personales. Explotó el amplio consenso alemán en cuanto a la necesidad de revisar el orden político europeo, a pesar de que su objetivo era destruirlo. Se presentó a sí mismo como un fiel defensor de la autodeterminación nacional, a pesar de que no creía en los derechos nacionales. Asimismo, aprendió a suavizar su manera de presentar la amenaza judía. Dejó de decir en público que el cristianismo era tan judío como el bolchevismo. Se permitiría a los cristianos alemanes modificar su doctrina en lugar de obligarles a abandonarla, a la vez que se los arrastraba hacia una lucha mayor que despojaría a dicha doctrina de todo su significado. Para Hitler, sus compatriotas alemanes tan sólo eran útiles en la medida en la que se los podía unir para emprender una disparatada guerra por una futura prosperidad racial. Dicho de otro modo, los alemanes fueron tremendamente frívolos al seguir preocupados por las mismas nimiedades que durante la República de Weimar de los años veinte. Pero eso Hitler no se lo podía decir. Y no lo hizo.^[2]

Después de salir de la cárcel, Hitler seguía pareciendo un radical en comparación con los socialdemócratas del Gobierno o con los conservadores tradicionales, pero ahora, en su radicalismo cabía el diálogo con sus contrincantes políticos y tenía como objetivo captar votantes.^[3] El éxito llegó a principios de los años treinta, cuando la economía mundial entró en depresión y tanto el comunismo como el capitalismo parecían haber fracasado. Esto abrió la puerta a que los nacionalsocialistas

presentaran el capitalismo y el comunismo como opciones disparatadas y abocadas al fracaso, y, de paso, se postularan a sí mismos como salvadores y no como revolucionarios. En aquel momento, Hitler no insistió, como lo había hecho en *Mi lucha*, en que el exterminio de los judíos era la única opción para proteger a Alemania y al resto del mundo de aquellos dos sistemas supuestamente judíos. En sus campañas electorales de 1932 y de 1933, Hitler presentó su nacionalsocialismo como una fórmula para alcanzar la estabilidad y el sentido común, en contraposición a la locura de las ideologías comunistas y capitalistas.

En realidad, el nacionalsocialismo aspiraba a destruir el comunismo para formar un gran imperio que protegería a Alemania de las vicisitudes del capitalismo global. Como objetivo no tenía nada de conservador. Hitler no presentaba su anticomunismo como una cruzada militar contra un gran poder, sino como una preocupación por sus implicaciones en la economía alemana y por mantener llena la tripa de su electorado. Durante la primavera de 1933, la colectivización agraria en la URSS hizo pasar penurias a millones de campesinos soviéticos, y Hitler aprovechó el fantasma del hambre para disuadir a los alemanes de votar a la izquierda. Cuando en el *Sportpalast* de Berlín hablaba de «millones de personas muriendo de hambre», se dirigía a la clase media y a sus miedos. Cuando añadía que la Ucrania soviética «podía ser un silo para el mundo entero», hablaba a sus seguidores nazis. Hitler ocultaba un sentido del *Lebensraum*, la conquista sangrienta del hábitat, detrás de otro: la promesa de confort físico.^[4]

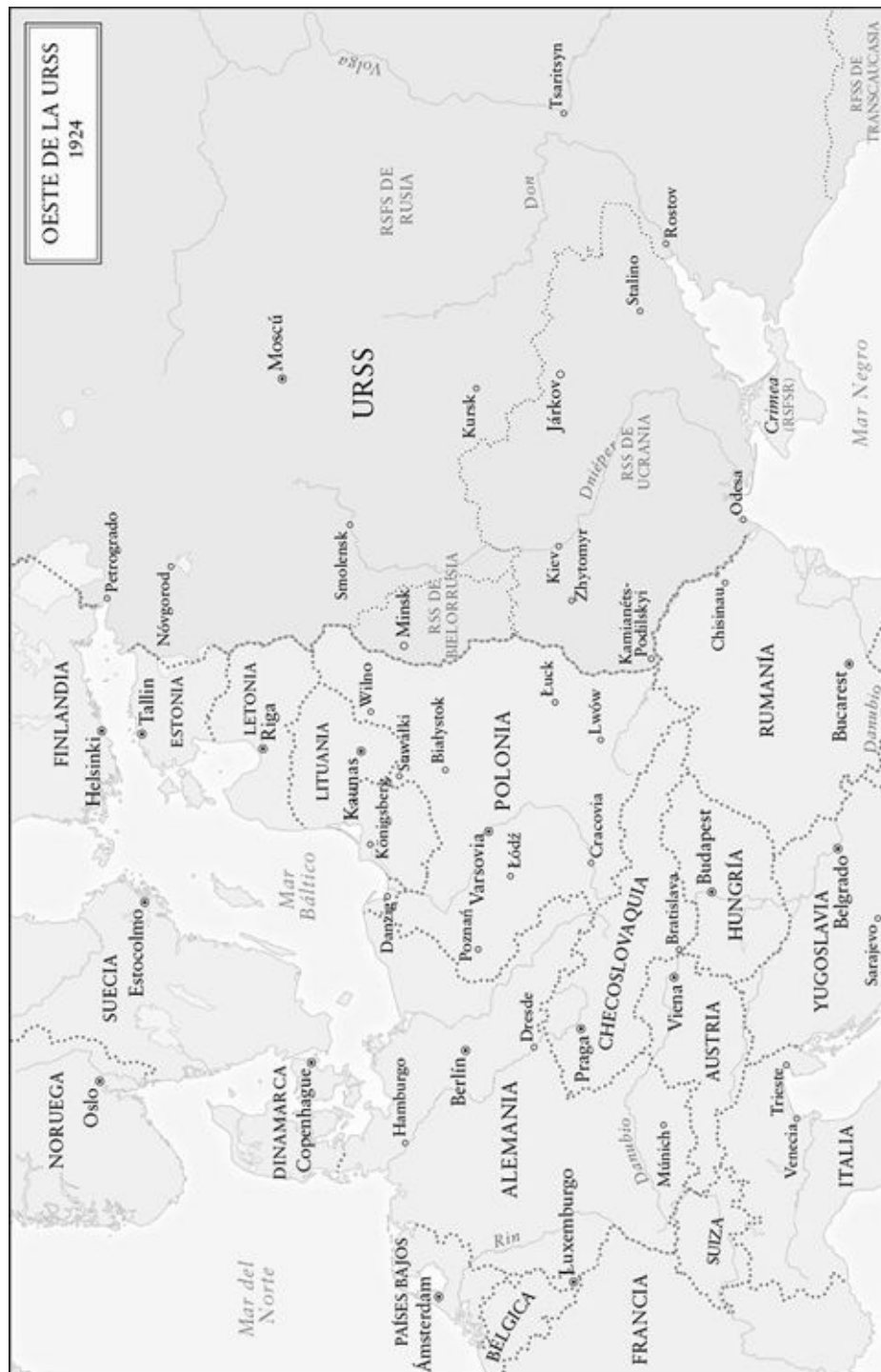
En 1933, Hitler salió victorioso de unas elecciones democráticas durante una larga crisis constitucional en Alemania que ya había centralizado el poder en el despacho del canciller. Su Partido Nacionalsocialista, que sólo había conseguido 28 escaños en 1928, obtuvo la friolera de 230 en julio de 1932, y 196 en noviembre de 1932. En enero de 1933, Hitler fue nombrado canciller de un gobierno de coalición apoyado por los conservadores y nacionalistas, que se creían capaces de controlarlo.^[5] Esto fue un error. Hitler utilizó el incendio del Parlamento, ocurrido en febrero, para recortar los derechos de los ciudadanos alemanes e instaurar un Estado de excepción permanente que le permitió gobernar sin contar con la aprobación parlamentaria.

Durante las semanas y los meses que siguieron a la llegada al poder de Hitler en la primavera de 1933, sus seguidores emprendieron pogromos y boicots contra los comercios judíos. Los casi cincuenta mil judíos polacos que había en Alemania no sufrieron aquellas represiones, ya que su nacionalidad polaca los protegía de la opresión nazi, como lo haría durante los cinco años siguientes. Esto se hizo más notorio cuando los judíos de Polonia emprendieron un contraboicot y se negaron a comerciar con Alemania.^[6] Los boicots y las palizas a judíos alemanes parecían algo muy bárbaro en comparación con lo que se había hecho antes, pero no eran más que un ínfimo anticipo del tremendo conflicto político que Hitler tenía en mente. Necesitaría una guerra, y no una guerra cualquiera. Pero para eso, no sólo necesitaba

tener el poder en Alemania, sino también reconfigurar el poder alemán.

Después de su victoria de 1933, Hitler se centró en la política interior durante más de seis años antes de comenzar su primera guerra. Un largo periodo sin lucha armada para un hombre cuya teoría requería con urgencia un sacrificio de sangre para restaurar la naturaleza. Hitler había aprendido tácticas, e incluso cierto tacto, de su golpe fallido de 1923, pero sus estrategias electorales no funcionaban como programa. No es lo mismo disfrazar unos objetivos personales extremistas para ganar poder, que, una vez en él, tomar decisiones a diario. Hitler no creía en las instituciones, y amoldar los órganos administrativos alemanes a sus planes personales tampoco habría bastado para satisfacerle. Ni siquiera era un nacionalista alemán. A su modo de ver, los alemanes eran presuntamente superiores al resto del mundo, pero la jerarquía tenía que ponerse en práctica mediante una guerra racial. Iba a necesitar medidas especiales para llevar a los alemanes hacia esa guerra, así como técnicas poco corrientes para encaminar a su Estado hacia la meta de la anarquía.

Eran una tarea colosal, pero las tácticas del Führer estaban a la altura.



Al principio, según el propio Hitler, su fuente de inspiración fue el «modelo balcánico». Como muchos políticos de su era, Hitler veía en los Estados nación de los Balcanes, surgidos un siglo antes de un Imperio otomano en decadencia, la relación idónea entre política interior y exterior. Serbia y el resto de los Estados balcánicos habían demostrado cómo conseguir «un objetivo concreto en cuanto política exterior» mediante «conflictos militares».^[7] El militarismo balcánico contaba con una economía política específica. Los dirigentes de los Estados nación con mercados internos limitados y exportaciones básicamente vinculadas a la agricultura querían

ampliar su economía, y justificaban la expansión del territorio nacional con el pretexto de liberar a los compatriotas abandonados en el lado equivocado de la frontera. La guerra se presentaba a los votantes como una liberación. En realidad, la expansión ampliaba la base impositiva. El único objetivo de la política interior, según Hitler, era movilizar la energía y los recursos necesarios para conseguir más espacio vital en el exterior.

Hitler era, en cierta medida, un militarista al estilo balcánico. Su argumento para convencer, en Alemania y fuera de ella, de la necesidad de ampliar el ejército fue el clásico argumento balcánico de la autodeterminación. Así, la política interior se convirtió en el arte de acumular recursos y de manipular la opinión pública no sólo para que la guerra fuera posible, sino para que pareciera inevitable. A pesar de que a Hitler no pareciera importarle demasiado la situación de los alemanes en el extranjero, sabía que con este tipo de nacionalismo podía despertar la sensibilidad del pueblo alemán. Hitler renovó las fuerzas armadas sobrepasando todos los límites anteriores y, aparentemente, sobrepasando también lo razonable. En 1935, se restableció el servicio militar obligatorio y los presupuestos militares aumentaron extraordinariamente año tras año. Para construir esta máquina de guerra, Hitler acumuló una deuda que sólo podría saldarse con una guerra, una condición que se convirtió en argumento para iniciarla. El antiguo dilema de las prioridades presupuestarias –cañones o mantequilla– podía resolverse al estilo balcánico: mantequilla mediante cañones. En palabras del propio Hitler: «De las lágrimas de la guerra brotará para la prosperidad el pan cotidiano».^[8]

Hitler respetaba el modelo balcánico, pero lo veía como un primer escalón, no como un fin en sí mismo. Aunque necesitaba controlar el Estado alemán, la expansión de éste no era su verdadera meta. Comprendía la utilidad del nacionalismo alemán, pero en realidad no era un nacionalista. Los sentimientos nacionales de sus compatriotas eran lo que él llamaba una «fuerza conquistadora del espacio» capaz de conducirlos hacia la lucha de razas, donde por fin cumplirían con su misión en la vida. Era necesario poner en juego el amor por la patria para conseguir sacar a los alemanes del país y llevarlos a reinos ajenos que pudieran dominar. En palabras de una mujer alemana que comprendió bien a Hitler: «La propensión a los espacios limitados es algo que se pega como un chicle al pueblo alemán, y tiene que ser superado».^[9] Para su ambicioso plan del *Lebensraum*, Hitler introdujo siete innovaciones con respecto al modelo balcánico: el partido-Estado, el emprendimiento de la violencia, la exportación de la anarquía, la hibridación de las instituciones, la creación de la no estatalidad, la globalización de los judíos alemanes y, por último, la redefinición de la guerra.

A diferencia de los líderes balcánicos, a quienes respetaba a regañadientes, Hitler no era un rey que innovaba a partir de unas nociones de legitimidad y soberanía ya

establecidas. Él no era la personificación dinástica de un pueblo con obligaciones e intereses, sino más bien un representante perspicaz, según su manera de ver las cosas, de una raza abocada a una eterna lucha sangrienta. El apóstol de la naturaleza debía adaptar las instituciones tradicionales a su propia visión del futuro, y eso implicaba transformarlas antes de comenzar la guerra. Desde la posición legal de canciller de una república que se tambaleaba, y con gran cantidad de instituciones heredadas, Hitler y los nazis crearon algo nuevo.

La reconciliación teórica entre la antigua y la nueva Alemania fue el partido-Estado. Lenin, una década antes en la Unión Soviética, había sido el inventor de esta síntesis. El Estado soviético estaba presente en todos los ámbitos posibles: en la Administración, en el Parlamento, en el sistema judicial, en el Gobierno, en el ejecutivo, incluso en la constitución. En realidad, el Estado estaba subordinado al Partido Comunista, que en teoría velaba por los trabajadores y sus intereses. El partido, a su vez, estaba dirigido por un Comité Central, dirigido por un Politburó formado por unos pocos hombres y, en la práctica, dominado por uno solo. Lenin contaba con las ventajas y las desventajas de la revolución, el partido de Hitler no. Y así, la asimilación nazi del Estado al partido, la *Gleichschaltung*, se fue produciendo de forma gradual.^[10]

En 1934, Hitler fue nombrado oficialmente «Führer y Canciller del Reich». Este cargo poco preciso situaba a Hitler como cabeza de un cuerpo racial y de un Gobierno. Hitler era un colonialista racial en la teoría, y un detractor de la República de Weimar en la práctica. En nombre de la consolidación racial, eliminó las libertades básicas de la república y se burló de su constitución. Y aun así, en general, sus burócratas siguieron considerando el Gobierno de Hitler como una continuación legítima de la Administración.^[11]

Por supuesto, la propia noción de partido-Estado adolecía de una contradicción intrínseca. El Partido Nazi se basaba en la asunción de un conflicto racial interminable, mientras que los Estados tradicionales ostentan el derecho de controlar y limitar la violencia. El conflicto debía mantenerse y, al mismo tiempo, canalizarse. Por consiguiente, la existencia del partido-Estado dependía de la segunda innovación de Hitler: el emprendimiento de la violencia.

La definición clásica de Estado, según el sociólogo alemán Max Weber, es la institución que busca monopolizar la violencia legítima. Durante los años veinte y principios de los treinta, Hitler quiso desacreditar a la República de Weimar demostrando que ésta no era capaz de llevar tal fin a cabo. Las guardias armadas de Hitler, conocidas como SA y SS, actuaron como un desmonopolizador de la violencia antes de que Hitler tomara el poder en 1933. Las palizas o las reyertas que iniciaban no hacían sino poner en evidencia las flaquezas del sistema en vigor. Siguiendo el ejemplo de Benito Mussolini tras su llegada al poder en Italia, Hitler también

mantuvo sus cuerpos paramilitares. A menudo, después de una revolución, los disidentes profesionales se convierten en subordinados del Estado, actúan más como sirvientes del orden que como alteradores, pero las SA y las SS se mantuvieron como organizaciones del partido incluso después de que éste hubiese ganado el Estado. Si bien sus miembros vestían uniforme y ostentaban cargos, no ocupaban ninguna posición particular dentro de la jerarquía del Estado.^[12] Las SS y las SA eran organizaciones del poder, pero no de un poder limitado por un Estado convencional; su autoridad suprema era el bien de la raza, como lo definía su Führer. Después de la llegada de Hitler al poder en 1933, se convirtieron en emprendedores de la violencia que buscaban formas y medios para asesinar al servicio del gran proyecto del imperio racial, aunque el Estado alemán ya estuviera en manos de los nazis.

Sin embargo, esta innovación, a su vez, planteaba un problema fundamental: ¿cómo podían esos emprendedores propagar la violencia en Alemania, cuando lo que Hitler necesitaba era una guerra extranjera y, por ende, la fuerza del país para luchar? ¿Cuánta sangre se podía derramar en el mismo país que Hitler necesitaba como base para su guerra global por la raza? Si había que adiestrar en la violencia a gente habituada a ella, ¿dónde se pondría en práctica ese adiestramiento? Los dirigentes de la Unión Soviética se habían enfrentado a estos mismos problemas y los habían resuelto con elegancia. El conflicto requerido por la teoría debía continuar, pero no en el territorio controlado por sus teóricos. El papel del Partido Comunista consistía en guiar a los trabajadores a través de la dolorosa lucha de clases; pero, por supuesto, después de la revolución, era inadmisibles que tal cosa existiera dentro de la Unión Soviética. Los bolcheviques sostenían que su Estado era la apacible patria del socialismo y un modelo de armonía futura para el resto del mundo. La política exterior soviética partía del principio de que una lucha de clases fuera de la Unión Soviética derrocaría el sistema capitalista en el mundo y generaría nuevos aliados. Así pues, era razonable y legítimo que la política exterior soviética diese su apoyo a este proceso histórico. En otras palabras, las autoridades soviéticas monopolizaron la violencia dentro de su propio país y exportaron la revolución.

La tercera innovación de Hitler, la exportación de la anarquía, planteaba una solución parecida al problema de cómo legitimar y fomentar la violencia sin perder la autoridad.^[13] Desde 1933, Alemania era una base clave para realizar unas operaciones en el extranjero que, a su vez, transformarían el país. Las instituciones alemanas se modificaron para transformar al pueblo alemán, pero sobre todo para preparar el camino para un tipo de violencia sin precedentes fuera de Alemania. La revolución se haría fuera, y una vez terminada, salvaría a los alemanes, que entonces podrían mejorar su propio país. El Estado alemán debía preservarse con celo para permitir la destrucción de otros Estados: un logro que establecería el nuevo orden racial.

Las líneas generales de esta solución emergieron en junio de 1934, poco más de un año después de la ascensión de Hitler al poder, con la «purga» de uno de los equipos de emprendedores de la violencia, los *Sturmabteilung* (SA), más populistas y con más fuerza, a manos del otro, un cuerpo armado de élite conocido inicialmente como *Schutzstaffel* (SS). Las SA y su líder, Ernst Röhm, eran fieles a la ideología nazi desde una lectura literal y antipolítica. Röhm se imaginaba que sus hombres de las SA formarían un nuevo tipo de ejército y promoverían la revolución desde dentro. Concebía una segunda revolución que siguiera a la toma del poder de Hitler en 1933. Hitler, por su parte, pensaba que era necesario un periodo previo de transformación política en Alemania antes de completar la revolución que se haría en el extranjero. Durante la Noche de los Cuchillos Largos, las SS detuvieron y ejecutaron a Röhm y a algunos líderes de las SA, mientras que la propaganda se encargó de denunciar a las víctimas como homosexuales. Como ocurría con frecuencia en las acciones nazis, un aparente conservadurismo camuflaba un fondo rotundamente radical. El filósofo del derecho Carl Schmitt explicaba que Hitler protegía la única ley verdadera, la de la raza, posicionándose contra la ley tal y como se había entendido convencionalmente. La supresión de las SA le permitió a Hitler tranquilizar a los comandantes de las fuerzas armadas, que veían a las SA como una amenaza.^[14]

Mientras que las SA estaban en la línea del anarquismo juvenil de Hitler, las SS comprendían la necesidad de un nuevo género de política racial, radical pero paciente.^[15] Las SS no eran ni un rival directo de las fuerzas armadas ni una amenaza para el orden en Alemania. Su comandante, Heinrich Himmler, coincidía con Hitler en que Alemania era un terreno político en el que el cambio se produciría de manera gradual. Las SS, más que reivindicar un poder revolucionario dentro del país, participaron en la destrucción de otros Estados. Esto suponía una división del trabajo con el ejército en el futuro y no una competición en el presente. Había que encajar la existencia de las instituciones alemanas útiles con las exigencias de la ley de la jungla; las acciones emprendidas en el presente en Alemania prepararían el terreno para el futuro conflicto en el que residía la esencia del nacionalsocialismo. El ejército alemán allanaría el camino derrotando a los ejércitos, y las SS restaurarían el orden racial natural suprimiendo los Estados y eliminando a los seres humanos.

Esta misión de supremacía diferida permitía a los jóvenes que se alistaban en las SS conciliar el racismo con el elitismo, y la ambición con el sentido del destino. Así, podrían creer que defendían lo mejor para Alemania, aun cuando la existencia de su organización transformara el Estado alemán.^[16]

Después de su triunfo en la Noche de los Cuchillos Largos, las SS implantaron la cuarta innovación: la hibridación de las instituciones. Se redefinió el concepto de crimen, se fusionaron las organizaciones raciales y estatales y se cambió de puesto a los cuadros del país. En 1935 se produjo una reforma significativa: Himmler

reorganiza las SS y los órganos policiales como un único órgano de protección de la raza. Himmler, al servicio del movimiento racial más que del Estado tradicional, estuvo al mando tanto de las SS como de la policía alemana desde 1936. Los servicios secretos de las SS, el *Sicherheitsdienst* (SD), propusieron una nueva definición del crimen político. No se trataba de un crimen contra el Estado: el Estado sólo tenía validez siempre y cuando representase a la raza. Considerando que la política no es otra cosa que biología, el crimen político era entonces un crimen contra la raza alemana. El brazo derecho de Himmler, Reinhard Heydrich, a quien Hitler llamaba «el hombre del corazón de hierro», estaba al mando del SD.^[17]

En 1937, Himmler creó el cargo de «oficiales superiores de las SS y de la policía», estableciendo así un nuevo nivel de autoridad que unificaba las dos cadenas de mando bajo unos pocos hombres escogidos por Himmler y subordinados a él. Estos nuevos cargos tendrían un papel importante fuera de Alemania durante la guerra. El conjunto de leyes e instituciones policiales de Alemania eran un estorbo para estos nuevos dirigentes; más adelante, podrían instaurar el nuevo orden político en el este sin todas esas molestias. En septiembre de 1939, Heydrich fue nombrado jefe de una nueva institución llamada Oficina Central de Seguridad del Reich, que unía el SD (institución racial y de partido) con la Policía de Seguridad (institución estatal). Heydrich fue el encargado de crear los *Einsatzgruppen* (grupos de operaciones), que acompañarían a las tropas alemanas a los territorios conquistados. Los *Einsatzgruppen* eran también una organización híbrida, donde se mezclaban miembros de las SS con otros miembros de la policía. La propia policía era asimismo un cuerpo híbrido: los oficiales de la policía eran reclutados para las SS, y a los de las SS se les asignaban puestos en la policía. La policía secreta del Estado (la Gestapo), los detectives de la policía criminal (Kripo) e incluso los uniformados miembros de la Policía del Orden (Orpo) se convertirían en los guerreros raciales de Himmler.^[18]

Entre las limitadas responsabilidades de las SS en Alemania antes de la guerra se encontraban los campos de concentración, pequeñas zonas dentro del país donde el Estado carecía de jurisdicción. Este precedente de la no estatalidad era la quinta innovación de Hitler. Himmler estableció el primer campo de concentración en 1933 en Dachau; sería un lugar donde el Partido Nacionalsocialista (en contraposición al Estado alemán) podría castigar al pueblo de manera extralegal y como los líderes del partido considerasen necesario.^[19] El enemigo social y político era el enemigo de la raza, y los campos tenían que dar cabida a todos estos grupos diferentes. Socialistas, comunistas, disidentes políticos, homosexuales, criminales y «maleantes»; todos ellos fueron internados en los campos, al margen de la protección normal del Estado y aislados de la comunidad nacional alemana. Su trabajo ayudaría a Alemania a prepararse para una guerra que acabaría con otros Estados.

El aspecto más importante de estos campos fue el hecho de que sentaran

precedente. El sistema de los campos de concentración en la Alemania de los años treinta no era muy expansivo: era comparable a los asentamientos de las colonias alemanas de la década de 1890, y su homólogo soviético coetáneo, el gulag, era más de cien veces mayor. Los campos alemanes fueron cruciales ya que permitieron demostrar que la voluntad del Führer y el alambre de espino eran capaces de separar a los órganos coercitivos de la ley y del Estado. En este sentido, los campos de concentración eran terrenos de entrenamiento para la misión global de las SS fuera de Alemania: la destrucción de los Estados a manos de las instituciones raciales. El número de muertos en todos los países europeos del Este, donde las SS destruirían el Estado, sería mucho mayor al total de muertos en los campos de concentración alemanes en los años treinta.

La sexta innovación política de Hitler fue la globalización de los judíos.^[20] En realidad, los judíos eran una minoría dentro de la población de Alemania, pues representaban menos del 1%. La mayoría de los judíos estaban integrados en la sociedad alemana en cuanto al idioma y la cultura. De hecho, la alta cultura alemana de principios del siglo xx, incluyendo mucho del modernismo tan apreciado hoy en día, fue en gran medida obra de los judíos. La mayoría de los alemanes no se encontraba con judíos en su día a día, ni era particularmente hábil diferenciando a los judíos de quienes no lo eran. Así pues, para fortalecer la comunidad nacional alemana, la *Volks Gemeinschaft*, era necesario crear una nueva óptica racial.

Después del ascenso de Hitler al poder, los requisitos para poder pertenecer al Estado alemán y al Partido Nazi eran los mismos. En 1933, los judíos fueron excluidos de los servicios públicos y de la abogacía. Según las disposiciones de las leyes de Núremberg de 1935, los judíos eran ciudadanos de segunda clase. Para el filósofo del derecho nazi Carl Schmitt, dichas leyes formaban parte de una «constitución de la libertad», ya que representaban la distinción arbitraria entre amigo y enemigo que, a su entender, normalizaría la política. A partir de 1938, los judíos tampoco pudieron ejercer ninguna actividad comercial, médica o jurídica en Alemania. La constante desaparición de los judíos de la vida pública pretendía alentarlos a marcharse del país y replantear la cosmovisión alemana del mundo. En la vida cotidiana, estas medidas contra los judíos obligaban a los alemanes a pensar en ellos, a identificarlos y a definirse a sí mismos como «arios», como miembros de un grupo que excluía a los judíos con quienes compartían el país.^[21]

Entretanto, la propaganda nazi mostraba un empeño firme en incluir a los judíos alemanes dentro de un grupo imaginario: la conspiración internacional judía. Los judíos ya no eran considerados individuos, sino miembros del *Weltjudentum*, el judaísmo mundial. La consigna a la hora de quemar libros era muy clara: en Heidelberg todas las obras de «judíos, marxistas o de orígenes similares» iban a la hoguera; en Gotinga, los libros se quemaban junto a una inscripción con el nombre de

«Lenin», fundador del Estado soviético. De esta manera, el judío se convertía en bolchevique, y el propio fuego consumaba su unión. Poco tiempo después, ya no serían los libros sino los propios judíos a los que se quemaría junto a esos signos.^[22]

La globalización del judío alemán en la década de 1930 fue un hito importante aunque limitado. Desde el punto de vista de Hitler, el judío permanecía dentro del alemán, y su extracción sólo podría conseguirse eliminando a los judíos del planeta, algo que todavía no se podía organizar de ninguna forma concreta. Más adelante, la experiencia demostraría que para matar a los judíos, primero había que desplazarlos físicamente fuera de Alemania. Con algunos cientos de excepciones, los alemanes no asesinaron a los judíos alemanes dentro del territorio de su patria común de la preguerra. Más allá de sus fronteras, los alemanes que invadían y ocupaban los países vecinos donde se había eliminado la autoridad política y los judíos no gozaban de ningún tipo de protección describían generalmente a éstos en los términos impersonales que dictaba la propaganda. Los judíos de fuera de Alemania fueron la gran mayoría de víctimas del Holocausto. La globalización del racismo triunfó cuando se combinó con la guerra mundial.

La última innovación de Hitler fue la nueva definición de la guerra. Su idea del militarismo iba más allá de la preparación para una guerra convencional, como en los Balcanes. Además de apropiarse de territorios que pudieran considerarse étnicamente cercanos, como hizo el modelo balcánico, el Führer pretendía destruir a los Estados por completo y dominar a las razas. «Nuestra frontera –decía el lema de las SS– es la sangre.»^[23] En 1938, Hitler eliminó el cargo de ministro de la Guerra y tomó el control de las fuerzas armadas. Himmler, Göring, Heydrich y demás líderes nazis planeaban una guerra de exterminio, hambrunas y colonización en el este de Europa.

Por extraño que parezca, este plan no estaba pensado contra su vecino del este. En sus escritos de los años veinte, Hitler no le daba ninguna importancia a Polonia, y ésta sólo aparece a partir de 1933, cuando Hitler llega al poder y ve a Polonia como un posible aliado para sus planes. Esto resulta aún más incomprensible teniendo en cuenta que Polonia era el país donde vivía la mayor parte de los judíos de Europa: los ciudadanos judíos de Polonia superaban en número a los de Alemania unas diez veces. En algunas ciudades polacas como Varsovia o Łódź había casi tantos habitantes judíos como en toda Alemania. Y, además, Polonia era el país que separaba Alemania de la Unión Soviética, el lugar donde debía producirse la verdadera revolución hitleriana.

La guerra fue siempre el objetivo de la política de Hitler. El hecho de que se produjese era principalmente el resultado de sus designios y de sus logros en Alemania. No obstante, Hitler se equivocó con Polonia al considerarla un mero instrumento de la gran empresa alemana. Al contrario, Polonia se comportó como un agente político, como un Estado soberano.

El desastre alemán de 1918 había sido un milagro para Polonia. Prácticamente todas las consecuencias de la Primera Guerra Mundial que resultaron amenazadoras para los alemanes fueron estimulantes para Polonia. El Tratado de Versalles de 1919, símbolo de injusticia en Alemania, fue un pilar del orden jurídico en el que un Estado polaco independiente podía existir. Cuando las tropas alemanas se retiraron del este, el nuevo ejército polaco pudo llenar el vacío de poder. Los polacos lucharon contra el Ejército Rojo por la tierra que había pertenecido a algunos Estados clientelares de Alemania. Polonia ganó la guerra polaco-soviética, y el Tratado de Riga de 1921 definió la frontera polaca oriental con la Unión Soviética.^[24]

Polonia era un Estado nuevo que aglutinaba territorios de los tres antiguos imperios: el ruso, el austrohúngaro y el alemán. Los judíos estaban muy presentes prácticamente por todo el país, por lo que la interacción con ellos formaba parte de la vida cotidiana del resto de ciudadanos polacos. La mayoría de los médicos, abogados y comerciantes eran judíos, por lo que participaban en el mundo del conocimiento, el poder y el dinero. Los judíos aportaban más de un tercio de los impuestos, y las empresas judías representaban casi la mitad del comercio exterior.^[25] En Polonia había casi tantos judíos asimilados como en Alemania, la diferencia estaba en que por cada judío polaco asimilado había diez que hablaban yiddish y practicaban su religión de forma más o menos ortodoxa. En Polonia, los judíos disponían de un sistema paralelo de enseñanza, de prensa y de partidos.



En Polonia, la cuestión de la fidelidad al Estado no se resolvía simplemente con respuestas a las preguntas del censo sobre lengua o religión. Imaginar que sólo se identificaban con el Estado quienes únicamente hablaban polaco implicaría ceder al nacionalismo étnico. No todos los polacoparlantes eran leales al Estado ni se sentían identificados con él. La mayoría de los polacos eran campesinos, y la mayoría de los campesinos esperaban algún gesto del Estado para obsequiarle con su lealtad. La Polonia rural sufría una tremenda superpoblación, y el desempleo era desorbitadamente alto. La reforma agraria era lenta e insuficiente. En lugar de distribuir la tierra de las explotaciones más grandes, el Estado polaco actuó como intermediario en las negociaciones de las compras y como fuente de crédito para los compradores. El campesinado estaba descontento con la lentitud de las transacciones y dolido por la desaparición de los créditos durante la Gran Depresión. La mayoría quería poseer sus propias tierras y mantener su derecho tradicional al uso conjunto de las tierras comunales, un deseo ideológicamente contradictorio pero comprensible en la práctica: si toda la tierra se privatizaba y se repartía entre sus propietarios, el antiguo derecho al uso de pastos y bosques no se podría aplicar. Durante el medio siglo anterior, muchos campesinos polacos habían emigrado a América, pero en las décadas de 1920 y 1930, las nuevas leyes estadounidenses les pusieron freno. El nuevo Estado de Polonia asimiló e integró a muchísimos campesinos, pero tuvo que lidiar con la considerable insatisfacción que se respiraba en las zonas rurales. ^[26]

El patriotismo polaco provenía de la *intelligentsia*, un grupo social principalmente

formado por los hijos de los terratenientes nobles y de la clase media emergente, entre los que se encontraban los hijos de los judíos más prósperos. En lo político, la sociedad polaca estaba dividida en dos facciones con ideas contrarias en cuanto al diseño y los propósitos del nuevo sistema de gobierno. El movimiento más popular fue el conocido como Movimiento Nacional, liderado por Roman Dmowski, que se mostraba a favor de la reforma agraria siempre y cuando beneficiase a los polacos más que a los ucranianos y a los bielorrusos, muy presentes en algunas regiones del este de Polonia y terriblemente pobres. La segunda formación con más fuerza, que venía del Partido Socialista Polaco de Józef Piłsudski, apoyaba la reforma agraria por principio, pero una vez en el poder cedió ante las voces de los propietarios de la nobleza, a quienes veía como bastiones del Estado.^[27]

Las diferencias de los dos movimientos en cuanto a la cuestión nacional y la cuestión judía eran abismales. Los nacionaldemócratas partían del principio de que la tradicional tolerancia de su país había conducido a la Confederación de las Dos Naciones y al fracaso en el siglo XVIII, y de que sólo se podía confiar en los polacos puros. En general, insistían especialmente en la necesidad de crear una nación de campesinos polacoparlantes, consideraban a los ucranianos y al resto de eslavos (cerca de un cuarto de la población) como potencialmente asimilables, pero veían a los judíos (alrededor de una décima parte de la población) como extranjeros. A pesar de que el movimiento tuviera un origen secular y laico, así como influencias de la concepción darwinista de la vida como lucha, con el tiempo terminó por asimilar ciertos valores religiosos tradicionales e ideas antisemitas, como la responsabilidad de los judíos en la muerte de Jesús. Como en la Iglesia católica, entre los nacionaldemócratas existía una tendencia a identificar a los judíos con el bolchevismo. La elevada presencia de judíos en Polonia convertía el antisemitismo en una cuestión política más candente que en Alemania, pero, por otra parte, los antisemitas como Dmowski lo tenían más complicado para crear una única imagen, uniformada y estereotipada de los judíos. Aunque las teorías conspiratorias y la concepción judeobolchevique estaban presentes tanto en la propaganda religiosa como en la secular, los antisemitas polacos consideraban que los judíos eran más un problema de Polonia que del planeta en general.^[28]

El rival de Dmowski, Józef Piłsudski, planteaba su concepción de la política desde el Estado, no desde la nación. Alababa las tradiciones de la antigua Confederación de las Dos Naciones y creía que sus principios tolerantes aún podían aplicarse.^[29] Para él, los individuos eran ciudadanos de un Estado, con el que tenían obligaciones recíprocas. Comenzó como un revolucionario socialista e incluso cuando se alejó de sus ideales de juventud mantuvo la convicción de que la violencia revolucionaria estaba justificada. Tenía menos seguidores que Dmowski, pero contaba con la ventaja de la iniciativa. Mientras que su oponente consideraba imprescindible fundar la nación sobre los cimientos del campesinado para lograr alcanzar un Estado, Piłsudski estaba dispuesto a unir las fuerzas que estuviesen

disponibles en el momento preciso.

El momento de Piłsudski fue la Primera Guerra Mundial. Se había preparado para una crisis europea formando las Legiones Polacas en el seno de la monarquía de los Habsburgo. La idea era luchar junto a las fuerzas de los Habsburgo como unidades polacas y así obtener una recompensa política para los polacos dentro del imperio; en caso de garantizarse ésta, emplearía las fuerzas armadas en otros menesteres. Mientras los imperios iban cayendo, también puso en marcha una organización militar polaca secreta cuya misión era conseguir la independencia y unas fronteras favorables. Piłsudski logró llegar al poder en Varsovia e incluso ganar la guerra contra el Estado revolucionario de Lenin entre 1919 y 1920. Sin embargo, fracasó a la hora de convencer a la mayoría de los polacos de que aceptasen su visión del Estado. Un antiguo compañero socialista, Gabriel Narutowicz, fue elegido primer presidente de Polonia y, poco después, un fanático nacionalista lo asesinó. De resultados de ello, Piłsudski se retiró de la política de aquel Estado por cuya existencia tanto había luchado.^[30]

Cuando en 1926 regresó al poder, fue por un golpe de Estado contra la derecha nacional democrática y su dominio de la sociedad polaca, y contra la amenaza de una izquierda comunista a la que, según él, los nacionaldemócratas favorecían con su chovinismo. En lugar de cambiar la constitución de la república, manipuló las instituciones y dio con la manera de conseguir mayorías parlamentarias maleables. Creó una entidad electoral, el Bloque No Partidista de Colaboración con el Gobierno, que contaba con el apoyo de las minorías nacionales, entre ellas los judíos tradicionales. El Agudat Yisrael, un partido judío ortodoxo, fue uno de los pilares de este régimen; las sinagogas adoptaron resoluciones para votar al Bloque de Piłsudski y los rabinos acompañaban a sus fieles a las urnas. Entre los dirigentes del Bloque había judíos seculares y ucranianos.^[31]

Piłsudski trajo una falsa democracia combinada con una pizca de liberalismo renovado.^[32] A partir de 1926, mantuvo las apariencias democráticas para conservar un aire de legitimidad y mantener a los nacionaldemócratas alejados del poder. Es posible que su régimen autoritario retrasara lo peor. Los años que transcurrieron entre su golpe de Estado en 1926 y su muerte en 1935 fueron testigos del colapso económico mundial, el auge de la extrema derecha por toda Europa, la llegada de Hitler al poder y el inicio del *Gleichschaltung*, así como la consolidación del poder de Iósif Stalin y las hambrunas que trajeron las colectivizaciones soviéticas. Piłsudski concebía el Estado de una forma que comenzaba a estar pasada de moda: como un privilegio igual para todos los ciudadanos. Sus gobiernos abolieron todas las discriminaciones legales contra el pueblo judío y crearon unas bases legales para las cuestiones culturales y religiosas en las comunidades locales judías.

El profundo respeto de Piłsudski por el Estado, en contraposición al auténtico desprecio que sentía Hitler por el mismo, se vislumbraba en la suerte que corrieron las instituciones de las que se sirvió para llegar al poder. Hitler tenía las SA y las SS,

y Piłsudski las Legiones y la Organización Militar Polaca. Los hombres y las mujeres que sirvieron en dichas formaciones paramilitares fueron integrados en las instituciones estatales convencionales, tanto después de la guerra como en 1926, cuando Piłsudski regresó al poder. La mayoría de los hombres y las mujeres a quienes el dirigente polaco había concedido poder habían servido en las Legiones o en la Organización Militar Polaca. Algunos de ellos se vieron involucrados en las conspiraciones urdidas por Piłsudski, pero no formaron ninguna estructura alternativa basada en aspiraciones a una anarquía zoológica o en una supuesta superioridad racial (algunos, de hecho, eran judíos). Sin duda los veteranos de estas organizaciones creían en el mito romántico de Piłsudski como salvador de la nación y el culto general al mesianismo secular, el elemento espiritual del patriotismo particular de su líder. La idea principal era que el sufrimiento del pueblo polaco sobre la tierra traería su liberación y la de otros, también sobre esta tierra.^[33]

Con el tiempo, estas ideas adquirieron un carácter más nostálgico que estimulante, ya que la independencia polaca conseguida en 1918 se veía cada vez más amenazada tanto por el este como por el oeste. En 1933, con Hitler en el poder, los antiguos camaradas de lucha de Piłsudski, ahora diplomáticos, espías y soldados, veían el Estado básicamente como un logro que había que proteger de Berlín y de Moscú.

Józef Piłsudski era enemigo declarado de la Unión Soviética. Había vencido al Ejército Rojo en el campo de batalla durante la guerra polaco-soviética, y, para él, Stalin era un criminal. Sus sentimientos hacia la Unión Soviética, a diferencia de los de Hitler, nacían de un conocimiento profundo del Imperio ruso. Hitler, que exhibía convicciones rotundas sobre la historia y el carácter racial de los rusos, ni hablaba su lengua ni había puesto jamás los pies en el Imperio ruso o en la URSS. Piłsudski nació como súbdito del Imperio ruso, y aprendió a maldecir en ruso durante cinco años de exilio político en Irkutsk, una costumbre que mantuvo durante toda su vida; había recorrido los montes Urales, que para Hitler eran tan míticos como los Hiperbóreos, y había sido deportado a Siberia, donde Hitler soñaba con deportar a los judíos.

Para Piłsudski, ni Rusia ni la izquierda eran conceptos abstractos. Cuando era estudiante en Járkov en 1886, se unió a Naródnaia Vólia, el grupo revolucionario populista que inspiraría a los bolcheviques de la generación siguiente. Un año después, su hermano mayor participó en una conspiración junto al hermano mayor de Lenin para asesinar al zar. Piłsudski también fue acusado de cómplice y condenado a cinco años de exilio en Siberia. A su regreso, participó en la formación del entonces secreto Partido Socialista Polaco y se encargó de editar su periódico, *El obrero*. Era un revolucionario ruso en la medida en que operaba ilegalmente desde la clandestinidad con sus compañeros rusos, judíos y socialistas de todos los orígenes posibles del Imperio ruso.^[34]

Piłsudski era perfectamente consciente de que había judíos de izquierdas. Algunos pertenecían al movimiento socialista ruso y estaban en contra de la independencia de Polonia; otros, con quienes luchaba, querían una autonomía judía, y, por último, estaban los de su propio Partido Socialista Polaco. Los judíos formaban parte de los compañeros y amigos de su juventud y, en cierta medida, de su madurez política. Conocía a los polacos, judíos o no, que habían participado en la Revolución bolchevique. Para él, eran individuos con un nombre y un pasado que habían cometido un terrible error. Piłsudski pensaba que la formación del Estado debía preceder al régimen socialista.^[35] Durante y después de la Primera Guerra Mundial, conspiró y luchó junto a muchos judíos miembros de sus Legiones y de la Organización Militar Polaca. Entre sus círculos, la conspiración judeobolchevique se consideraba una locura. La Unión Soviética era una amenaza extranjera real, mientras que la cuestión judía era un asunto político doméstico.

Piłsudski y sus compañeros pensaban que el imperio era una incubadora de naciones y que el progreso pasaba por la liberación nacional. Como personas que habían participado activamente en la creación de un Estado nación independiente a partir de territorios del desaparecido Imperio ruso, creían que este mismo proceso podría repetirse dentro de la Unión Soviética. La principal cuestión nacional, a sus ojos, era Ucrania. Donde Hitler y los nazis veían un terreno para colonizar, Piłsudski y sus compañeros veían un país vecino y un posible aliado político. De hecho, para muchos líderes polacos Ucrania era su hogar. Piłsudski era de Lituania, pero había estudiado en el este de Ucrania. Muchos de los tenientes de Piłsudski eran polacos de Ucrania, y buena parte de la guerra de 1919-1920 contra los bolcheviques se había librado ahí. Miles de polacos de Ucrania habían muerto luchando, al igual que miles de polacos de otras procedencias. Los polacos de Ucrania miraban al país con algo de sentimentalismo y, a veces, con cierta condescendencia, pero siempre lo consideraron un lugar habitado por seres humanos. A diferencia de los nazis, ningún jefe de Estado polaco habría sido capaz de ver Ucrania como una tábula rasa o como una tierra sin pueblo.^[36]



Cuando Piłsudski retomó el poder en 1926, algunos de sus compañeros del Ministerio de Exteriores y de los servicios secretos comenzaron un proyecto conocido como prometeísmo.^[37] Inspirándose en el titán de la mitología griega que bendijo a la humanidad con la luz y la maldijo con la esperanza, este movimiento, entre otras cosas, apoyaba a las naciones oprimidas en contra de los imperios, en particular, la causa de Ucrania frente a la Unión Soviética. La URSS se había formado como una unión de repúblicas formalmente nacionales. Los dirigentes soviéticos pensaban que podrían reclutar unas nuevas élites no rusas y no judías si reconocían la existencia de las otras nacionalidades en combinación con una acción afirmativa. Su optimismo se basaba en la fe marxista en el futuro triunfo de la clase obrera y en el socialismo que vendría tras este éxito. Los prometeístas polacos abordaban el asunto desde un planteamiento histórico diferente y no veían las naciones soviéticas como clases sociales, sino como actores de la historia que, con el apoyo adecuado, lograrían debilitar la Unión Soviética. El prometeísmo era la cara oculta de la política exterior de Polonia, estaba financiado con presupuestos secretos y manejado por personas de confianza. Su núcleo se encontraba en la provincia de Polonia de carácter más

ucraniano, Volinia, donde el Gobierno polaco había apoyado oficialmente a la cultura ucraniana para ganarse la atención y la simpatía de los ucranianos de la Unión Soviética.

Naturalmente, tanto el apoyo a los movimientos nacionales dentro de la Unión Soviética como el proyecto del prometeísmo estaban al servicio de los intereses de Polonia. Además, muchos de quienes colaboraron en ellos también estaban convencidos de que así perpetuaban una tradición ética: la del sacrificio de una nación por el bien de las demás. La Primera Guerra Mundial confirmó, más que negó, su nacionalismo radical. El lema de los patriotas románticos del siglo XIX era «¡Por vuestra libertad y por la nuestra!». Todos se sacrificarían, y todos acabarían triunfando.

Piłsudski tenía razón al considerar la URSS una sólida construcción política y una amenaza constante para Polonia, pero se equivocaba al verla como una especie de Imperio ruso renovado. Hitler, por su parte, comprendía bien la novedad y el radicalismo de la URSS, pero erróneamente reducía las ideas y los objetivos de sus dirigentes a una dominación mundial de los judíos. Los ideólogos soviéticos tildaban a Piłsudski y a Hitler de «fascistas», pasando por alto las diferencias significativas entre un defensor autoritario del concepto de Estado y un anarquista biológico y belicista. Sin embargo, los marxistas acertaron al comprender que el régimen de propiedad privada, dominante tanto en Alemania como en Polonia, era tan diferente al sistema soviético que en Berlín y en Varsovia el comunismo era algo casi imposible de entender.

Los sistemas soviético, polaco y alemán se podían definir en función de su relación con la tierra. Tanto los comunistas como los capitalistas tenían que hacer frente al dilema de mantener la estabilidad en las zonas rurales sin dejar de satisfacer a las poblaciones urbanas. En la Unión Soviética de los años veinte, la población urbana estaba integrada principalmente por una clase obrera más bien teórica que vivía en ciudades aún en construcción y cuya alimentación dependía de un campesinado que, en algunos lugares, como en Ucrania, mantenía un vínculo muy fuerte con sus tierras. Los nazis exportaron el problema de la tierra convirtiéndolo en un asunto de conquista extranjera. Los gobiernos polacos intentaron, sin éxito, solucionarlo de manera más o menos legal. Stalin encaró el problema y sacó conclusiones lógicas: el campo y los campesinos soviéticos podían dar paso a un futuro de obreros y de ciudades, y lo harían. Los polacos no tenían ninguna visión gloriosa de la utopía campesina, y el concepto alemán del *Lebensraum* dependía de un triunfo en el extranjero. Los soviéticos creían que su revolución se haría en casa y que quienes sufrirían los costes serían los campesinos, una clase que, de todas maneras, no tenía un hueco dentro del socialismo.^[38]

En Moscú, Varsovia y Berlín, la tierra fue siempre una cuestión tanto de política

internacional como interna. Si Alemania era recolonialista y planeaba conquistar tierras de otros imperios, y Polonia era decolonialista y esperaba liberar al resto de imperios de la emigración de sus ciudadanos, la Unión Soviética era autocolonialista. Stalin pretendía aplicar a sus propios súbditos las mismas políticas que él mismo consideraba imperialistas cuando se aplicaban a pueblos nativos. Puesto que la Unión Soviética estaba aislada del mundo capitalista pero necesitaba seguir el paso del desarrollo capitalista, la única opción era explotar todos los recursos, también los humanos, disponibles dentro de las fronteras soviéticas. La URSS era el país más grande del mundo, de hecho, cubría una sexta parte de la masa terrestre del planeta; así pues, semejante idea era razonable en Moscú, pero no en Berlín o en Varsovia. El elemento clave de la autocolonización de Stalin fue la colectivización agraria, que comenzó formalmente en 1930: se confiscaron las tierras de labranza privadas, con lo que algunos campesinos se convirtieron en jornaleros de una agricultura controlada, y otros, en obreros en las ciudades o en los campos de trabajo.^[39]

Esta política suscitó una resistencia masiva y acarrió importantes hambrunas: primero en el Kazajistán soviético, donde más de un millón de personas murieron por el descabellado empeño de obligar a los pueblos nómadas a instalarse en unos terrenos que el propio Estado les confiscó poco después, y más adelante, en el sur de la Rusia soviética y en toda Ucrania, territorios muy fértiles donde los campesinos perdieron su tierra para entregarla al colectivo. Durante la segunda mitad de 1932, Stalin abordó la hambruna en Ucrania como un problema político, culpó de ella a los propios ucranianos y alegó que la crisis era obra de los servicios secretos polacos. El Gobierno soviético, durante el otoño y el invierno que siguieron, aplicó una serie de medidas específicas en la Ucrania soviética para asegurar que las muertes por inanición se concentraran allí y no en otros lugares. Entre 1932 y 1933, unos 3,3 millones de ucranianos murieron horrible e innecesariamente de inanición y enfermedad.^[40]

Desde el inicio de las colectivizaciones, miles de campesinos huyeron de la Ucrania soviética y cruzaron la frontera polaca; pueblos enteros imploraban una guerra de liberación. Un campesino prometió que «si estallase una guerra y entrase el ejército polaco, la gente besaría los pies de los soldados polacos y atacaría a los bolcheviques». Otro expresó su deseo de que «Polonia o algún otro Estado llegase cuanto antes para liberarlos de la opresión y la miseria».^[41] El informe de los guardias de la frontera polaca encargados de entrevistar a los refugiados soviéticos decía lo siguiente: «La población anhela una intervención armada por parte de Europa».

Una hambruna masiva y deliberada en una de las regiones más fértiles de la tierra era algo que no podía pasar desapercibido, pero Berlín y Varsovia reaccionaron de maneras bastante diferentes. Al mismo tiempo que dejaban constancia de la catástrofe, la policía fronteriza de Polonia y los oficiales del servicio secreto no pasaron por alto que después de las primeras olas de emigración, las fuerzas

soviéticas estaban cada vez más presentes en las fronteras, lo que acrecentaba la campaña del hambre.^[42] Una vez fueron conscientes de esta política de colectivización tan letal y moderna, los prometeístas polacos comenzaron a preguntarse si habían entendido del todo a la Unión Soviética. Con esta nueva incógnita sobre la mesa, algunos se preguntaban si sus intentos anteriores de utilizar la cuestión nacional eran política y moralmente correctos. La política exterior de Polonia tomó otro rumbo. En 1931, Polonia había aceptado negociar un pacto de no agresión propuesto por los soviéticos, pacto que ambos países firmaron en julio de 1932. Este acuerdo separaba a Polonia de sus antiguos clientes ucranianos y de la cuestión ucraniana. También entrañaba ciertos riesgos morales.

Los diplomáticos polacos en la Ucrania soviética, en una posición ética comprometida, fueron testigos de las consecuencias de la colectivización. El cónsul en Járkov, la capital de la República Socialista Soviética de Ucrania, calculaba que cinco millones de personas habían muerto de hambre, una cifra un tanto baja para el conjunto de la Unión Soviética pero algo elevada para Ucrania. En febrero de 1933, él mismo notificó que recibía en su despacho a hombres que acudían para llorar por sus hijos y sus mujeres, que se morían de hambre. Otro diplomático escribió sobre Járkov: «En la calle uno ve cadáveres y personas que agonizan». Cada noche, se retiraban cientos de cuerpos sin vida; los habitantes de Járkov se quejaban de que la policía no los recogía con suficiente rapidez. Los servicios secretos polacos denunciaron, con razón, que el hambre era aún peor fuera de las ciudades. Los campesinos dejaban el campo para ir a Járkov a mendigar en la calle. La policía intentaba quitarlos de en medio; cada día, unos dos mil niños eran capturados. A pesar de que el número de muertos subió de los cientos de miles a los millones, en 1933 el jefe del servicio secreto de Polonia escribió acerca del pacto con los soviéticos: «Queremos ser fieles, aunque continuamente seamos víctimas de sus provocaciones y chantajes».^[43]

Los ucranianos podían interpretar la salida de los polacos de la cuestión ucraniana como una traición, y de hecho lo era. El principal experto polaco en el asunto de las nacionalidades señaló una de las consecuencias del pacto entre los dos países: «La firma de este pacto anuló la esperanza de un rescate exterior, por lo que el poder soviético, con potestad para condenar a su población, se convirtió en el señor absoluto de la vida y la muerte. En la primavera de 1933, la extinción masiva de la población rural confirmó esta afirmación».^[44] La última esperanza que les quedaba a los campesinos ucranianos, según decían ellos mismos, era la invasión alemana de la URSS y la destrucción del orden soviético.

Los diplomáticos polacos, acostumbrados a tratar la nacionalidad y la lealtad como problemas políticos, comenzaron a preguntarse cómo se las ingeniarían los alemanes en la Ucrania soviética si alguna vez llegaban a invadirla. Según uno de estos diplomáticos: «Los alemanes tendrán que pensar largo y tendido sobre cómo se acercarán al pueblo ucraniano, desde una perspectiva material y moral, y sobre cuáles

serán los lemas y de qué manera se cumplirán». Estos matices se le habían escapado a Hitler. Él planeaba invadir la Unión Soviética y quedarse con Ucrania, pero con el objetivo de la colonización racial, no el de la liberación nacional. Para él los ucranianos y los soviéticos no eran sujetos políticos, ni siquiera eran seres humanos.

La hambruna política de la Ucrania soviética realineó las relaciones exteriores de los principales poderes regionales, dejando así el escenario preparado para la Segunda Guerra Mundial. En 1930, cuando empezaron las colectivizaciones en masa, tanto Stalin como los dirigentes soviéticos temían las consecuencias de sus propias políticas y buscaban relaciones amistosas con Piłsudski para evitar una intervención de Polonia durante el caos derivado de la colectivización. El Gobierno polaco, que había reducido el presupuesto militar durante la Gran Depresión y que estaba algo confuso por las implicaciones morales de la intervención, se mostró aquiescente, y Moscú y Varsovia firmaron un pacto de no agresión en julio de 1932. Berlín estaba muy atento a la posibilidad de que ese pacto se dirigiera contra sus intereses. Piłsudski encomendó a su nuevo ministro de Exteriores, Józef Beck, nombrado en noviembre de 1932, la tarea de conseguir un acuerdo similar con Alemania para equilibrar la balanza. Era el momento oportuno para una iniciativa como ésta. Piłsudski había intentado, sin éxito, despertar interés en Europa para emprender una acción preventiva contra Hitler,^[45] y a Hitler le interesaba acercarse a Varsovia. En enero de 1934, Berlín y Varsovia firmaron un pacto de no agresión y acordaron que su frontera común no se podría modificar mediante la fuerza.

Para los dirigentes polacos de 1933 y 1934, hacer frente a Hitler y a Stalin manteniendo el *statu quo* era un fin en sí mismo. Para Berlín, el acuerdo era un primer paso hacia el grandioso plan de la guerra oriental y la colonización del territorio soviético. Hitler era consciente de que la paz con Polonia no había sido bien recibida en Alemania, pero no le importaba: para él las cuestiones territoriales con Polonia eran un trampolín hacia el futuro imperio oriental. Esperaba llegar a un acuerdo con Polonia para que ésta le cediera de forma voluntaria algunos territorios a cambio de la tierra que conseguirían de la Unión Soviética. Así las cosas, los revanchistas tradicionales alemanes obtendrían lo que deseaban y se verían envueltos en la guerra que Hitler deseaba. Después del pacto, la desinformación antipolaca desapareció de la prensa alemana. Joseph Goebbels, el maestro de la propaganda nazi, pronunció una conferencia en Varsovia sobre un tema delicado: «La Alemania nacionalsocialista como elemento para la paz en Europa». Por su parte, Beck se comprometió a impedir que se celebrara en Polonia un congreso internacional de organizaciones judías, y Piłsudski, por entonces un hombre de edad avanzada y salud delicada, comenzó a aparecer en las publicaciones militares alemanas como el genio que había demostrado en 1920 cómo se podía derrotar al Ejército Rojo mediante rápidas batallas de embolsamiento. Sus memorias fueron publicadas en alemán con

un elogioso prólogo del ministro de Defensa. Hitler se preguntaba en voz alta qué se necesitaría para establecer una alianza militar total con Polonia y comunicó a sus generales que eso era lo que deseaba y esperaba.^[46]

Moscú tenía su propia visión de aquel nuevo equilibrio diplomático provocado por la catástrofe ucraniana. Mientras que Varsovia creía que los pactos de no agresión con Moscú y Berlín eran la prueba de su política favorable a mantener el *statu quo*, y Berlín veía su compromiso con Varsovia como un punto de partida para su campaña conjunta contra la Unión Soviética, Moscú interpretó el acercamiento germano-polaco como la señal inequívoca de que Polonia y la Unión Soviética jamás serían aliados. En la guerra europea que Stalin preveía, Polonia mantendría una actitud hostil o neutral hacia la URSS. En otras palabras, el Estado de Polonia no tenía ningún valor para la Unión Soviética y debía ser eliminado en cuanto se presentara la oportunidad. Entonces se supo que la amplia minoría polaca en los confines occidentales de la URSS había sido rehén de la posibilidad de algún acuerdo futuro soviético-polaco. Cuando Stalin dejó de pensar que Polonia podía ser un aliado, los ciudadanos soviéticos de origen polaco pasaron a ser elementos de los que podía prescindirse. Los polacos de la Unión soviética podían ser culpados de los fracasos de la política soviética (como el genocidio ucraniano) y castigados en consecuencia.^[47]

Durante los cinco años que transcurrieron entre el pacto de no agresión germano-polaco, en enero de 1934, y la brecha en las relaciones diplomáticas entre ambos países, en enero de 1939, en la Unión Soviética el pueblo polaco fue víctima de una campaña de limpieza étnica. La primera ola de deportaciones de polacos soviéticos desde regiones fronterizas de la Ucrania y la Bielorrusia soviéticas comenzó apenas unas semanas después de que Polonia y Alemania firmaran el pacto y continuó hasta 1936. Entonces, los comunistas polacos de la URSS fueron acusados de formar parte de una amplia conspiración polaca para acabar con el orden soviético. Fueron interrogados y se «descubrió» su «complot», lo que sirvió para justificar la Operación Polaca de 1937 y 1938, la acción étnica más multitudinaria y sangrienta de la Unión Soviética durante la época del Gran Terror. Más de cien mil ciudadanos soviéticos fueron ejecutados por ser presuntos espías soviéticos. Fue la mayor masacre étnica ocurrida en tiempos de paz de la historia.^[48]

Cuando comenzó la Operación Polaca, Stalin ordenó que «la escoria del espionaje polaco» fuese destruida «por el bien de la URSS».^[49] En cuanto se presentase la ocasión de suprimir el Estado polaco, la aprovecharía. Polonia era entonces el hogar de la gran mayoría de los judíos europeos, más de tres millones. La aniquilación de su forma de gobierno sería crucial para su destino.

3

La promesa de Palestina

Por supuesto había espías polacos en la Unión Soviética de los años treinta, algunos de ellos con una misión bastante inusual. El 8 de junio de 1935, el servicio secreto militar de Polonia ordenó a sus agentes en la Ucrania soviética que recorrieran todos los campos de batalla de la guerra polaco-soviética que tuvo lugar entre 1919 y 1920.

[1] Su misión no era preparar otra campaña, sino conmemorar una pasada. Józef Piłsudski había muerto un mes antes y debían recoger con discreción una bolsita de tierra de cada uno de aquellos lugares para su túmulo.

El final de la vida política reabrió la cuestión del carácter del Estado polaco. Piłsudski había ejercido una autoridad personal, y los antiguos camaradas («los coroneles») que pretendían sucederlo tuvieron que lidiar con una política popular en una época de depresión económica. El Partido Nacional Democrático, viejo enemigo de Piłsudski, decidió explotar la popularidad del antisemitismo para desafiar al régimen que los compañeros de éste habían establecido a su muerte. Ambas partes consideraron que al fomentar los pogromos, que constituían tanto un acto de racismo como una violación de la ley, estaban atacando al Estado. El nuevo régimen disfrutaba de mayores poderes formales que el propio Piłsudski, ya que aprovechaba una constitución autoritaria concebida cuando él aún vivía. A pesar de que la mayoría de sus sucesores no eran antisemitas convencidos, trataron de enfrentarse al desafío de los nacional demócratas adoptando políticas públicas en esa línea. Así, los herederos de Piłsudski comprometieron la premisa moral básica de su ideario: que Polonia era un Estado, no una raza.[2]

En 1935, la responsabilidad de la cuestión judía se transfirió del Ministerio del Interior al Ministerio de Asuntos Exteriores. Los judíos ya no eran ciudadanos corrientes que debían ser integrados y protegidos por el Estado, sino extranjeros en cierta medida: un problema global, objetos cuyo futuro podría negociarse con funcionarios de otros países. La agrupación política de Piłsudski, que había gozado de mucha popularidad entre los judíos, fue reemplazada por un partido único del que éstos fueron excluidos. El Campo de Unidad Nacional (*Obóz Zjednoczenia Narodowego*, OZN), creado en 1937, se declaró partidario de que alrededor de un 90% de los judíos de Polonia emigraran del país. Dichas políticas, que gran parte del centro y la izquierda polacos consideraban una despreciable traición a los principios y las tradiciones, pretendían evitar los pogromos organizados por los nacionalistas. La esposa del líder del OZN era judía, algo inconcebible para un nazi.[3] De todos modos, a la vista de la realidad polaca anterior, a partir de 1935 el cambio fue sustancial e inequívoco.

El hombre responsable de la política judía era Wiktor Tomir Drymmer, un estrecho colaborador del ministro de Exteriores polaco Józef Beck. Con experiencia en el servicio secreto militar, Drymmer era el encargado formal tanto de las cuestiones de personal como de los asuntos consulares del ministerio. También era director de la Oficina de Emigración, que gestionaba la salida de ciudadanos. Polonia defendía la postura oficial de que los imperios de ultramar debían o bien permitirles el acceso a los recursos de las colonias, o bien permitir la migración de ciudadanos polacos a dichos territorios. Este análisis trascendía la política judía. En un momento en el que el desempleo rural superaba el 50%, Varsovia hacía presión por el derecho de todos sus ciudadanos a emigrar. En el caso de los judíos, los diplomáticos polacos subrayaban las consecuencias dramáticas del bloqueo de las rutas migratorias: antes de la Primera Guerra Mundial, aproximadamente ciento cincuenta mil judíos abandonaban Europa cada año; en la década de 1930 eran una pequeña fracción de esta cifra. A la hora de «buscar una salida para su excedente de población», el Gobierno polaco pensaba «principalmente en los judíos».[4]

La cuestión del asentamiento de los judíos europeos concernía a toda Europa, y en este contexto Polonia se situaba en algún lugar entre los nazis (los judíos debían ser eliminados y la emigración parecía la manera más práctica de lograrlo) y los sionistas (los judíos tenían derecho a un Estado propio que tendría que fundarse en una colonia existente).

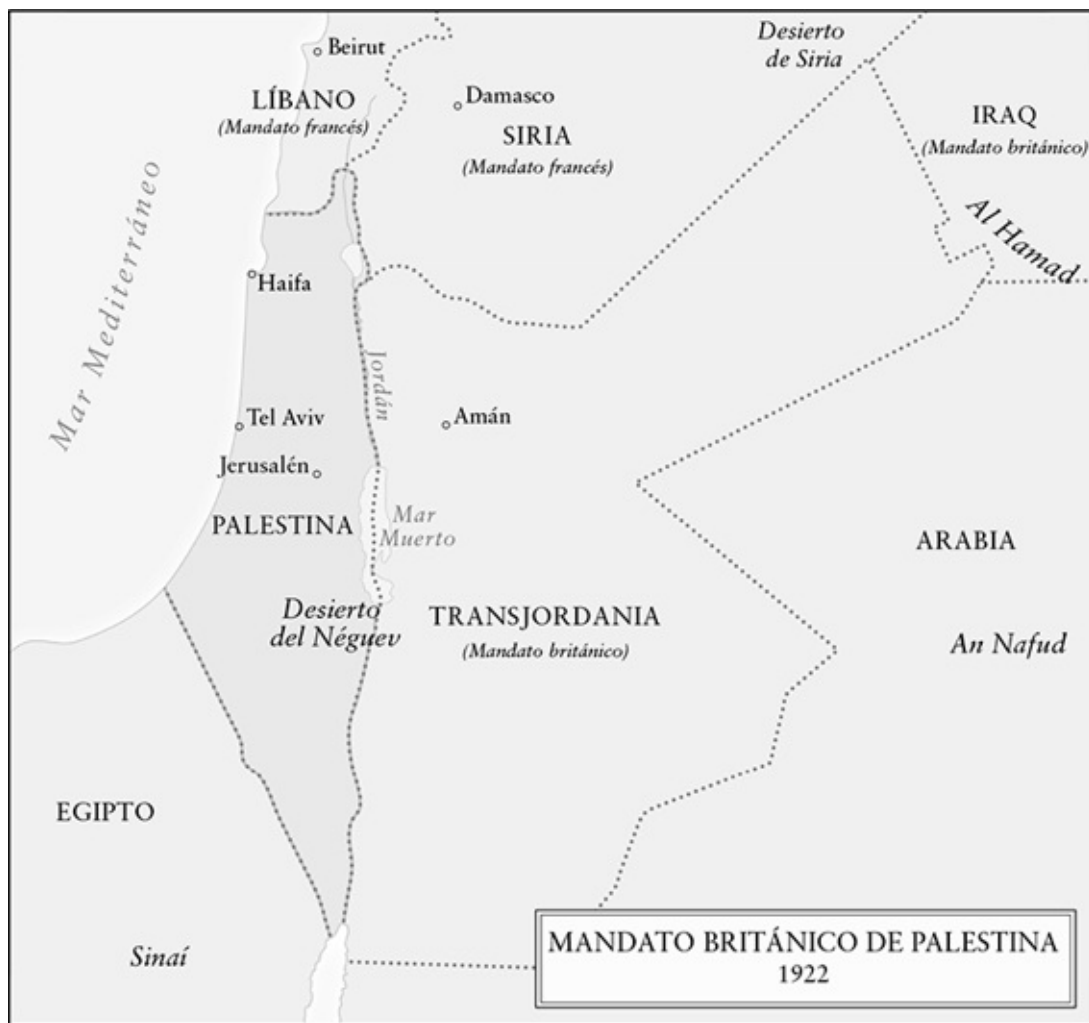
El debate acerca de dónde debían asentarse los judíos europeos llevaba abierto desde el siglo XIX, y políticos e ideólogos de tendencias muy diversas proponían los mismos lugares. En 1885 el antisemita Paul de Lagarde (en realidad un alemán llamado Bötticher) introdujo en el debate la isla de Madagascar, una colonia francesa en el océano Índico frente a la costa sureste africana. La idea se recibió con mayor o menor hostilidad o simpatía. Tenía partidarios en el Reino Unido y, naturalmente, entre los alemanes, incluida la élite nazi. Sólo en francés podía decirse «*Madagassez les Juifs*», pero no todos los franceses que se planteaban la idea eran enemigos de los judíos. Algunos sionistas también consideraron la opción de Madagascar, aunque la mayoría la rechazaron.[5]

Las autoridades polacas también se permitieron fantasear con la idea de colonizar Madagascar. La propuesta de poblar la isla con ciudadanos polacos surgió por primera vez en 1926; en aquel momento lo que se tenía en mente era la emigración de campesinos polacos provenientes de unas zonas rurales superpobladas. Una década después, tras la muerte de Piłsudski, la idea volvió aplicada a los judíos. En octubre de 1936, Beck propuso la emigración de judíos polacos a Madagascar al primer ministro francés Léon Blum, quien permitió que los polacos enviaran a la isla una delegación formada por tres hombres. El representante del Gobierno polaco consideró que unos cincuenta mil judíos podrían asentarse inmediatamente; una cantidad

significativa que, sin embargo, no habría afectado al equilibrio de la población de Polonia. El delegado de la Asociación Judía para la Emigración pensó que podrían instalarse 400 familias. El experto en agricultura de Palestina opinaba que incluso esta cifra era excesiva. Por su parte, los habitantes de Madagascar rechazaban cualquier tipo de asentamiento polaco. En cuanto a los nacionalistas franceses, les preocupaba que el proyecto de colonización tuviera éxito y Polonia se hiciera con la isla. Mientras tanto, la propaganda pro-Madagascar del régimen polaco se le volvió en contra: al saber que la colonización de la isla era posible, los nacionalistas exigieron: «¡Madagascar sólo para los polacos!».

Beck y Drymmer mostraron un especial interés por el futuro de Palestina, un antiguo dominio otomano bajo autoridad británica. El declive y hundimiento del Imperio otomano había sido una lección para muchos dirigentes europeos. Por un lado, Hitler tendía a ver la creación de los Estados nación de los Balcanes a partir del Imperio otomano como un ejemplo positivo de militarismo, y los polacos interpretaban la misma situación como una liberación nacional que se extendería de Europa hacia Asia. Por lo general, los territorios europeos arrebatados a los imperios tras la Primera Guerra Mundial se convirtieron en Estados nación, mientras que los territorios asiáticos pasaron a formar parte de los imperios francés o británico, en ocasiones en forma de «mandatos» de la Sociedad de Naciones; no se creía que estos lugares estuvieran preparados para la soberanía y, por lo tanto, se asignaban a las grandes potencias para que los tutelaran políticamente. Palestina, extraída del extinto distrito otomano de Siria, era uno de dichos mandatos. A pesar de que el territorio albergaba una minoría judía más bien reducida cuando el Reino Unido tomó su control en 1920, la política británica presentó Palestina como un futuro hogar nacional judío. Esta idea respondía a las intenciones de los sionistas, que esperaban que algún día se llegara a un acuerdo para establecer la plena categoría de Estado.^[6]

La política de Hitler sobre la cuestión judía obligó a todas las potencias a posicionarse en relación con el futuro de Palestina. En torno a ciento treinta mil alemanes judíos emigraron durante los años posteriores al ascenso al poder de Hitler y unos cincuenta mil de ellos se establecieron en Palestina. Su llegada redujo la ventaja demográfica de los árabes locales, que solían considerar la región parte de una patria propia más extensa. Pensando que una migración judía prolongada podría conducir al éxito del sionismo, los líderes árabes organizaron acciones políticas: primero se produjeron revueltas en abril de 1936, después se formaron comités de huelga y se convocó una huelga general que se prolongó hasta octubre. Esto convirtió 1937 en el momento de la verdad para los Estados europeos con interés declarado por el futuro de Palestina: Reino Unido, la Alemania nazi y Polonia.^[7]



La primera reacción de Londres a los disturbios árabes fue proponer la división de Palestina. Al ver que esto provocaba un caos político aún mayor, los británicos restringieron la migración judía mediante cuotas. Según su visión del mundo, Palestina no era más que una parte diminuta de los extensos territorios árabes y musulmanes del Imperio británico. Contentar a los judíos en la cuestión de Palestina podía suponer un distanciamiento de los musulmanes en todo Oriente Próximo y el sur de Asia. Berlín aclaró en 1937 su actitud respecto al sionismo y a un posible Estado de Israel. Palestina resultaba atractiva a los alemanes por ser un lugar en el que los judíos podrían asentarse siempre que esto no tuviera implicaciones políticas definidas en Oriente Próximo. Sin embargo, en la primavera de 1937, al cónsul alemán en Jerusalén le preocupaba que la creación del Estado de Israel a partir de Palestina debilitara la posición de Alemania en el mundo. Ese mismo junio, el ministro de Exteriores alemán transmitió la postura oficial a todas las embajadas y consulados: las instituciones debían oponerse a la formación de un Estado judío en Palestina, ya que el Estado de Israel se convertiría en un nodo de la conspiración judía mundial.^[8]

La postura polaca difería tanto de la británica como de la alemana. Londres estaba interesado en la creación de un Estado judío (en algún punto distante e indeterminado), pero se oponía a incrementar la migración judía por el momento.

Berlín se oponía a la creación de un Estado judío pero quería que los judíos abandonaran Alemania lo antes posible y se dirigieran a algún punto distante e indeterminado. Varsovia abogaba tanto por la migración masiva de judíos de Europa como por un Estado judío en Palestina. En público, el ministro de Exteriores polaco y otros diplomáticos solicitaron al Reino Unido que suavizara las restricciones migratorias y creara una patria nacional judía cuanto antes. Polonia tenía ideas muy específicas de qué características debía tener dicha entidad: «Una Palestina judía e independiente, lo más extensa posible y con acceso al mar Rojo». Con esto se referían a ambos lados del río Jordán. En privado, estos diplomáticos incluso plantearon a sus colegas británicos la cuestión de la península del Sinaí, en Egipto. En 1937, las fuerzas armadas polacas comenzaron a ofrecer armas y adiestramiento a la Haganá, la principal fuerza autodefensiva sionista en Palestina.^[9]

El sionismo fue el movimiento político judío, activo durante medio siglo, cuyos partidarios identificaban el futuro del pueblo judío con la colonización de Palestina y la creación de un Estado. En general, creían que lo conseguirían mediante la cooperación con el Imperio británico y otras grandes potencias. A pesar de que las posturas políticas de sus defensores eran muy diversas y de que había varias facciones, en la década de 1930 muchos sionistas eran de izquierdas, y su planteamiento se basaba en comunas agrarias que transformarían tanto la antigua tierra judía como al pueblo judío moderno. En Polonia, la ideología del sionismo comprendía todo un abanico de partidos políticos, de la extrema izquierda a la extrema derecha. Para consternación de los líderes sionistas de Londres y Nueva York, la política de esta ideología en Polonia tuvo un gran efecto sobre el rumbo del movimiento en su conjunto.

El movimiento sionista mundial se escindió en septiembre de 1935, precisamente cuando los sucesores de Piłsudski estaban revisando las políticas hacia los judíos. En ese momento Vladímir Jabotinski emergió del movimiento de los Sionistas Generales con un programa revisionista y alentó a los judíos de Europa a plantearse una rápida migración en masa, al tiempo que llamaba a la creación inmediata del Estado de Israel en los mandatos de Palestina y Transjordania. Esta versión del sionismo agradó a los nuevos líderes polacos, y en junio de 1936 Jabotinski presentó su «plan de evacuación» al ministro de Asuntos Exteriores, afirmando que, con el tiempo, Palestina podría absorber a ocho millones de judíos.^[10] Cuando su iniciativa se presentó en la prensa unas semanas después, el objetivo específico era poblar Palestina a ambos lados del río Jordán con un millón y medio de judíos a lo largo de los siguientes diez años.

Jabotinski pretendía que Polonia heredara el Mandato de Palestina de manos del Reino Unido. Incluso propuso que se les concediera el Mandato de Siria, que más adelante podrían intercambiar por el de Palestina o aprovechar para negociar con los

árabes en su conjunto.^[11] Este estilo de política internacional seguía la línea de la diplomacia polaca: una iniciativa imaginativa para convertir algo inexistente en una ventaja. De hecho, la facilidad para llegar a un acuerdo entre Jabotinski y los líderes del país no se debió simplemente a sus intereses comunes. A pesar de haber explicado su propuesta en Varsovia en inglés, Jabotinski, como la mayoría de líderes polacos, había nacido bajo el Imperio ruso y había recibido su educación en dicha lengua. Así, la idea de construir un Estado nación a partir de imperios que dividían territorios nacionales históricos era común.

Para 1936, la base del poder de Jabotinski era polaca. El revisionismo era un movimiento joven fundamentado en organizaciones paramilitares. La mayor de ellas, con diferencia, era Beitar, la juventud judía paramilitar de derechas de Polonia, cuyos miembros prometían dedicar sus vidas al «resurgimiento del Estado judío con mayoría judía a ambas orillas del Jordán». El modelo de Beitar eran las Legiones Polacas de la Primera Guerra Mundial, que habían preparado el camino para la independencia aprovechando las condiciones favorables de una guerra entre imperios. Al igual que los polacos de las Legiones, los judíos de Beitar se entrenaban con armas y aguardaban el momento apropiado de un conflicto generalizado. Una amplia mayoría de miembros de la organización eran productos del sistema educativo polaco a los que habían imbuido su mensaje fundamental de mesianismo secular («Nuestro sueño: ¡morir por nuestro pueblo!»). Cuando Beitar se enzarzaba con organizaciones judías de izquierdas, sus miembros cantaban canciones patrióticas polacas, y en polaco. Miembros uniformados de la organización marchaban armados en las ceremonias públicas junto a los pioneros y los soldados del país. Las instituciones polacas organizaban su entrenamiento armado, impartido por integrantes del ejército. Menájem Beguín, uno de los líderes de Beitar, apeló a los miembros del grupo a defender las fronteras de Polonia en caso de guerra. En sus periódicos escribían acerca de sus dos patrias, Palestina y Polonia, y utilizaron las dos banderas, la sionista y la polaca, hasta el final de su existencia en el país; en el levantamiento del gueto de 1943, izaron ambos estandartes en el edificio más alto de Varsovia.^[12]

Tanto Menájem Beguín como otro prometedor activista de Beitar, Isaac Shamir, admiraban a los poetas románticos polacos del siglo XIX y los citaban en las reuniones de judíos. El gran poeta de la nueva derecha judía, Uri Zvi Greenberg, pasó la década de 1930 en Polonia. El mesianismo secular de Beguín y Shamir y el movimiento Beitar eran muy similares a su versión polaca, desarrollada durante el largo periodo de nación sin Estado en el siglo XIX: sacrificio en esta tierra por el cambio en esta tierra.^[13]

Tras la muerte de Piłsudski en mayo de 1935, los espías polacos no eran los únicos enviados en prolongadas misiones para encontrar el terreno simbólicamente apropiado para su conmemoración. Algunos miembros de Beitar traían puñados de

tierra de su propio lugar sagrado, Tel Jai, en Palestina, donde su héroe, Yosef Trumpeldor, había sido asesinado por los árabes («Beitar» fue la última posición en la tercera guerra judeo-romana; más adelante el nombre se reinventó como acrónimo hebreo del «Pacto de Yosef Trumpeldor»). En vida, tanto Trumpeldor como Piłsudski habían sido súbditos del Imperio ruso, ambos se habían esforzado por reconciliar la justicia nacional y la social, y ambos habían comandado legiones cuyo objetivo era formar cuadros militares para ejércitos y Estados nacionales. Piłsudski había salido victorioso de la guerra de independencia contra la Unión Soviética en 1920, y Trumpeldor había sido asesinado ese mismo año, de manera que quizá el vínculo entre ambos tras su muerte no era tan extraño. Un gran número de miembros de Beitar asistieron al funeral al aire libre de Piłsudski, al que llegaron en formación sobre motocicletas con banderas polacas y sionistas. Jabotinski habló de los «sacrificios eternos e indestructibles en el altar de la patria». El difunto se convirtió en una figura de culto para ambas tradiciones: tanto para los líderes polacos como para los revolucionarios judíos.^[14]

Sin embargo, la controversia en torno al legado de Piłsudski era inevitable. El político había llevado una vida extravagante y había hecho uso de la violencia en diversas situaciones. ¿Cuál de sus facetas era el modelo para el futuro judío? ¿Sería el Piłsudski de las legiones, que se declaraba leal a un imperio y al mismo tiempo se preparaba para una guerra en la que dicho imperio tendría que hacer concesiones? Así veía la situación Jabotinski, y en un primer momento su punto de vista definió el de Beitar. Sin embargo, a medida que el tiempo pasaba, el Piłsudski de la Organización Militar Polaca, que hacía uso del terrorismo y de la propaganda, fue resultando más atractivo a los rebeldes judíos. Cada enfoque tiene su propia lógica política; cada uno depende de cómo se juzgue el contexto histórico: la lógica de las legiones supone que un imperio en tiempos de guerra crea deudas que tendrán que pagarse en tiempos de paz; la lógica del terrorismo supone que el miedo puede destruir un sistema débil y abrir paso a uno nuevo. A finales de los años treinta, Menájem Beguín desafió a Jabotinski al apoyar el terrorismo político en lugar de a las legiones. En un congreso de Beitar en Varsovia, en septiembre de 1938, Beguín cuestionó abiertamente el criterio de Jabotinski.^[15]

Para 1938, la élite gobernante polaca apoyaba la opción más radical disponible dentro del sionismo revisionista: una organización militar nacional conspirativa que operara en Palestina y prefiriera hacer uso del terrorismo para provocar un contexto favorable en lugar de esperar a que se produjera por sí solo. Tras los disturbios árabes y la huelga general de 1936 y las concesiones británicas a los mismos en 1937, los miembros de Haganá no se pusieron de acuerdo acerca del futuro. Algunos de los más jóvenes, los más radicales y los posicionados más a la derecha abandonaron Haganá para fundar *Irgún Zvai Leumi*, la Organización Militar Nacional, bautizada y creada a imagen de la Organización Militar Polaca y popularmente conocida como «Irgún». El núcleo del nuevo Irgún eran judíos de Polonia que habían pertenecido a

Beitar, movimiento que a partir de marzo de 1939 y bajo el liderazgo de Beguín en Polonia fue convirtiéndose cada vez más en la tapadera del Irgún.^[16]

El Irgún se comunicaba con el Gobierno polaco a través de su cónsul en Jerusalén, Witold Hulanicki, el cual tenía instrucciones de presentarse como el «representante de un Estado con intereses similares a las aspiraciones sionistas y que podría contribuir a la realización de las mismas». Hulanicki solía estar enterado de las acciones del Irgún antes de que se produjeran. Desde su punto de vista, el Irgún era «un instrumento político muy cómodo y muy necesario (para mí)», y tenía a Abraham Stern, uno de sus líderes, por un agente polaco.^[17]

Abraham Stern era hijo de la revolución. Había nacido en 1907 en Suwałki, un pueblo judío-polaco cerca del bosque de Augustów, en los confines occidentales del Imperio ruso. De niño fue deportado junto con su familia y otros cientos de miles de judíos, y se convirtió en uno de los muchos jóvenes judíos radicalizados por la caída de la Rusia imperial. Vivió con su familia en Bashkiria durante aproximadamente seis años; después conoció las grandes ciudades de la Rusia posrevolucionaria y se hizo comunista antes de regresar a Suwałki, en lo que ya era la Polonia independiente. Stern llegó a venerar a Piłsudski y su nuevo Estado polaco tanto como había admirado a Lenin y su nuevo Estado soviético. Emigró a Palestina en la década de 1920 y comenzó a estudiar en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Sus profesores lo tenían por una de las grandes esperanzas de los estudios humanísticos judíos. Sin embargo no tenía medios para subsistir, y en 1929 empezó a pasar hambre.^[18]

A pesar de ser un lingüista y escritor de talento, en los años treinta Stern prefirió la política a la literatura. Viajó por Europa buscando apoyo para un Estado judío independiente, primero por la Italia de Mussolini y más adelante por la Polonia de Piłsudski. Aunque había emigrado pronto de Polonia y por lo tanto no era producto de Beitar, se sentía muy cómodo en esa cultura. Escribía poemas románticos sobre el despertar de los corazones de piedra y el resucitar de los muertos, y lo hacía en polaco. A modo de ejercicio, componía poemas en sus tres lenguas revolucionarias simultáneamente: ruso, hebreo y polaco. En un poema en estos dos últimos idiomas, escribió sobre las lágrimas derramadas por su infancia feliz, su juventud agitada y su madurez fallida. Stern creció rodeado de las grandes fuerzas revolucionarias del este de Europa: la revolución comunista, la construcción del Estado polaco y el sionismo. Era un hijo de la revolución que quería convertirse en un padre de la revolución. «La realidad no es lo que parece —escribió—, sino lo que la fuerza de voluntad y el deseo de alcanzar un objetivo hacen de ella.»^[19]

Hulanicki, el cónsul de Polonia en Jerusalén, describió a Stern a sus superiores del Ministerio de Exteriores como el «líder ideológico» de los «elementos radicales» del Irgún. En febrero de 1938, Hulanicki escribió a Drymmer a Varsovia pidiéndole que recibiera a Stern. Éste propuso a Drymmer, con el apoyo de Hulanicki, que

Polonia entrenara a instructores para el Irgún. La élite del Irgún se convertiría así en un cuerpo de oficiales para un futuro ejército revolucionario judío que conquistaría Palestina. Los soldados serían miles de combatientes entrenados de Beitar traídos de Polonia. Uno de los hombres del Irgún se imaginaba a «soldados armados, batallones enteros desembarcando simultáneamente de múltiples naves en varios puntos a lo largo de la costa de Eretz Israel (tierra de Israel)».[20]

Drymmer apoyó la idea. Pocas semanas después se inició el entrenamiento de campo en la región de Volinia, en el sureste de Polonia (donde Beitar había sido entrenado por el ejército durante décadas) y el entrenamiento de personal en Rembertów (una base militar a las afueras de Varsovia). Volinia se convirtió en una zona de paso para la emigración clandestina e ilegal de judíos con instrucción militar hacia el Mandato británico de Palestina. Henryk Józewski, gobernador de dicha región, donde más de dos tercios de los estudiantes judíos asistían a escuelas sionistas, era simpatizante del sionismo revisionista.[21]

El primer encontronazo entre las políticas alemana y polaca con relación a los judíos no se produjo en Europa, sino en Asia. La opresión nazi provocó la emigración de judíos alemanes a Palestina, lo que desencadenó las revueltas árabes que radicalizaron el sionismo de derechas y dieron lugar a una nueva opción para la política internacional de Polonia: apoyar al Irgún.

A pesar de que los líderes polacos respondían a las intervenciones británicas, alemanas, árabes y judías, sobre las que tenían muy poca influencia, su política seguía una línea más o menos coherente. En cierto modo, el pequeño grupo de dirigentes que establecieron las políticas internacionales a partir de 1935 pasaban de una forma de prometeísmo a otra. El prometeísmo inicial, bajo Piłsudski, suponía que Varsovia podría ayudar a los pueblos vecinos del este, sobre todo a los ucranianos, a liberarse del dominio de Moscú. La variante emergente incluía el apoyo a la nación judía contra el poder británico en Palestina. Cuando las autoridades polacas abandonaron la línea antisoviética que tanto admiraba Hitler, se unieron a una conspiración prosionista que a los nazis, de haber sabido de ella, les habría resultado incomprensible.[22]

Hubo cierta continuidad entre los miembros del primer y el segundo prometeísmo. El gobernador de la región de Volinia que apoyaba el sionismo revisionista, Józewski, había sido el activista más importante del prometeísmo. Sus héroes eran Piłsudski y Jabotinski, al que calificaba de «apóstol del mundo judío». Su provincia había sido el punto de partida de los espías ucranianos a principios de los años treinta y se convirtió en el campo de adiestramiento de los revolucionarios judíos a finales de esa misma década. Drymmer, el alto cargo del Ministerio de Exteriores responsable de la cuestión judía, había sido prometeísta y agente de la Organización Militar Polaca en Ucrania.[23] Tadeusz Pełczyński, director del servicio

secreto militar que organizaba el adiestramiento del Irgún, también era un veterano de la misma organización, así como prometeísta. Witold Hulanicki, el cónsul polaco en Jerusalén, era otro producto más de la Organización Militar Polaca.

La continuidad era tanto ideológica como personal. Para los dirigentes de Varsovia, apoyar a los judíos de derechas significaba apoyar a compañeros anticomunistas. Los sionistas revisionistas quizá se llevarán algún día a millones de judíos polacos a Palestina; mientras tanto, apartaban a unos cuantos jóvenes judíos exaltados del comunismo, apalizaban a los jóvenes judíos que escogían la extrema izquierda y apoyaban al Gobierno polaco contra la Unión Soviética. Todos estos veteranos del conspiracionismo polaco comprendían que, al igual que sus compatriotas en el pasado, los judíos necesitaban obtener la categoría de Estado. El anhelo por la creación de un Estado que sentían los jóvenes judíos, a los que apoyaban y con los que en ocasiones entablaban amistad, era comparable a la nostalgia que sentían los polacos de mayor edad cuando recordaban la fundación del suyo. Por lo tanto, el prometeísmo judío les brindaba a los ciudadanos del país la oportunidad de revivir una juventud cuyos logros parecían en peligro. Un diplomático judío explicaba así a un confuso partidario de la corriente general del sionismo su apoyo a los revisionistas: «Emocionalmente, son a quienes sentimos más próximos».

[24] Del prometeísmo ucraniano al judío se extendió el optimismo básico de que la liberación de las naciones de los imperios a los que pertenecían era un cambio positivo que cabía esperar de la historia. Los polacos conservaban la tradición fundamental de usar a los débiles como arma para enfrentarse a los imperios y crear Estados. Aún encarnaban cierto romanticismo elitista en la política, la creencia de que la habilidad para crear Estados era cosa de unos pocos, sensibles y valerosos, que con el tiempo arrastrarían a las masas. Y mantenían su preferencia por las medidas secretas.

Sin embargo, entre el primer y el segundo prometeísmo existían ciertas diferencias reveladoras que se correspondían con el profundo cambio en la política polaca con respecto a los judíos en 1935. [25] A partir de ese año, el régimen se mostró mucho más pesimista en cuanto a la posibilidad de cambio en la Unión Soviética. Los polacos que habían trabajado para el movimiento prometeísta o bien se convirtieron en críticos liberales del nuevo régimen, o bien viraron hacia la versión derechista de dicha idea. Para el primer prometeísmo, las minorías nacionales de otro país eran problema de dicho país, como por ejemplo los ucranianos de la Unión Soviética. El primer prometeísmo también había incluido a las naciones musulmanas de la URSS. Si a los prometeístas les interesaba la ciudad de Jerusalén antes de 1935, era en tanto que centro de los movimientos nacionales islámicos. El segundo prometeísmo consideraba que una minoría nacional en Polonia era una carga para Polonia. Los judíos ya no eran vistos como ciudadanos de una república, sino como un problema nacional que podía resolverse aquí o allá, o quizá una fuerza nacional que podía desplegarse en el extranjero. Jerusalén ya no era la ciudad de los musulmanes del

momento, sino la ciudad de los judíos (polacos) del futuro. Ya no había rastro de la solidaridad expresada en el lema: «¡Por vuestra liberación y la nuestra!». La consigna del segundo prometeísmo habría podido ser: «¡Por que nos libremos de vosotros!».

De acuerdo con la primera tendencia, Polonia debía respaldar los derechos de las minorías para dar ejemplo y desestabilizar los regímenes vecinos que no lo hacían. Según el segundo prometeísmo, era lícito crear las condiciones que provocaran el deseo de emigrar en los propios ciudadanos del país. El régimen autoritario establecido en Polonia a partir de 1935 consintió el uso de la presión económica para alentar a los judíos a marcharse del país. La policía impedía los pogromos, pero frente a los boicots de negocios judíos actuaba como si se tratara de una opción económica legítima. El Parlamento ratificó la prohibición del sacrificio *kosher*, aunque nunca llegó a ponerse en práctica. La sociedad civil se movía en la misma dirección. Las organizaciones profesionales con presencia destacada de judíos tuvieron que volver a registrar a sus miembros. La mayoría de universidades no reaccionó cuando los estudiantes judíos recibieron palizas e intimidaciones hasta lograr que se sentaran en las últimas filas de las aulas, conocidas como «bancos gueto». Gran parte del clero de la Iglesia católica romana, tanto en Polonia como en el resto de Europa, siguió argumentando que los judíos eran responsables de los males de la modernidad en general y del comunismo en particular.^[26]

A diferencia del régimen nazi, el Gobierno polaco no presentaba a los judíos como la mano oculta detrás de las crisis globales y, en consecuencia, de todas las desgracias del país. Los judíos eran representados más bien como seres humanos cuya presencia resultaba económica y políticamente indeseable. La visión de un futuro sin la mayoría de los judíos del país era sin duda antisemita, pero no era el tipo de antisemitismo que identificaba a los judíos con los principales males ecológicos o metafísicos del planeta. A diferencia del caso de Alemania, su oposición tenía sentido. El Partido Socialista polaco, la agrupación de mayor peso en Varsovia, se oponía a la línea del Gobierno, al igual que el alcalde de la ciudad.^[27] El partido judío, conocido como el «Bund», comprometido con el socialismo en Europa y con los judíos que quedaban en Polonia, obtuvo excelentes resultados en los comicios locales de 1938. De hecho, el valor de la actividad de los judíos en el conjunto de la economía polaca era mayor en 1938 que al inicio de la Gran Depresión. La innegable salud de la política y el comercio judíos al término de los años treinta hacían que la situación en Polonia fuese bastante diferente de la de Alemania.

Los líderes nazis veían en Polonia lo que querían ver. Puede que cierta confusión en Berlín fuera inevitable. El éxito local de los judíos en el país vecino era invisible desde Berlín, mientras que las restricciones oficiales a la vida judía recibían buena prensa en el país germano. Los miembros más ambiciosos del prosionismo polaco eran clandestinos, mientras que el antisemitismo oficial era público. Es posible que

los líderes nazis interpretaran lo que veían en Polonia como una señal de que la amistosa política exterior alemana iniciada en 1934 había funcionado y podía extenderse a más lugares.

Los diplomáticos polacos, a falta de mejores ideas, cultivaron este malentendido tanto tiempo como les fue posible. Para Piłsudski, y después para Beck, el pacto de no agresión germano-polaco firmado en enero de 1934 era el contrapunto del tratado de no agresión acordado en julio de 1932 con la URSS. Para Hitler, constituía una plataforma de reclutamiento para una futura cruzada antisoviética. Al igual que la mayoría de sus políticas de los años treinta, era importante por lo que prometía para el futuro. En mayo de 1934, Hitler ya se preguntaba en público a qué tendría que comprometerse Polonia en una alianza contra la Unión Soviética. En conversaciones con el embajador Józef Lipski ese mismo agosto, Hitler llamó a Polonia «el escudo oriental» de Alemania. El siguiente enero declaró que ambos países se verían obligados a ir a la guerra juntos contra la URSS. Tal como Hitler explicó a Beck más tarde, en 1935, el pacto germano-polaco debía entenderse como parte de un gran plan.^[28]

En Varsovia enseguida se dieron cuenta de las implicaciones de dicho plan. Hermann Göring, el hombre plenipotenciario de Hitler en cuestiones polacas, se mostraba bastante comunicativo con sus interlocutores en el país.^[29] Durante una cacería en el bosque de Białowieża con oficiales polacos en enero de 1935, Göring desveló el gran proyecto de la invasión germano-polaca de la URSS, en la que Polonia se llevaría Ucrania como botín. A Lipski, el embajador polaco en Berlín, todo aquello le resultaba inverosímil y pidió a Göring que no le repitiera semejantes ideas a Piłsudski cuando todos regresaran a Varsovia. Göring lo hizo de todos modos, pero fue ignorado; en cualquier caso, Piłsudski estaba ya muy enfermo. Tras su muerte, Göring hizo propuestas similares al menos en cuatro ocasiones más, unas veces ofreciendo a los polacos tierras de Ucrania, y otras, del norte de la Rusia soviética. Estas proposiciones nunca convencieron a nadie en Varsovia a pesar de que el aluvión por parte de Göring y otros se prolongó durante años.

Más adelante Göring regresaría a Białowieża a cazar, pero sería una vez comenzada la guerra, cuando Polonia hubiese sido destruida y las SS hubiesen limpiado el bosque de judíos.^[30]

Los cultos a la personalidad están abiertos a interpretaciones *post mórtem*. Los sucesores de Piłsudski lucharon por preservar el *statu quo* poniendo en práctica lo que consideraban su testamento político, establecido entre 1932 y 1934: un equilibrio diplomático entre la Alemania nazi y la Unión Soviética. Aquellos que querían cambiar Europa recordaban al Piłsudski joven: Beitar veía al legionario de la Primera Guerra Mundial en 1918; el Irgún, al conspirativo creador del Estado perteneciente a la Organización Militar Polaca de 1919; y los nazis, al comandante que había

derrotado al Ejército Rojo en 1920. Hitler lo consideraba un «gran patriota y hombre de Estado» que, habiendo derrotado una vez a los bolcheviques, sin duda habría aprovechado cualquier oportunidad para volver a hacerlo.^[31] Los dirigentes polacos, a pesar de intervenir de buena gana en la revolución judía en Palestina, tenían una concepción mucho más conservadora de las directrices de Piłsudski para Europa en la década de 1930. Polonia debía mantenerse equidistante de ambas amenazas mortales: la Alemania nazi y la Unión Soviética.

La esperanza era que, si Polonia lograba permanecer neutral entre lo que Piłsudski llamaba «Estados totalísticos», no podría producirse una guerra. Los polacos consideraban que cualquier guerra los incluiría necesariamente como aliados o bien de los soviéticos o bien de los alemanes, ya que cualquier guerra entre ellos tendría que desarrollarse en territorio polaco. Su plan era impedir la guerra rehusando participar, detener a dos fuerzas en movimiento interponiéndose con firmeza entre ellas. Aunque hasta el propio Piłsudski comprendía que esa estrategia funcionaría durante unos pocos años en el mejor de los casos, sus herederos se apegaron a la influencia de la neutralidad y pasaron a considerarla una doctrina. Esto les impidió, por un lado, percibir la escalada de la ambición de Hitler y, por otro, comprender que Stalin había olvidado al Estado polaco y esperaba una oferta del líder alemán.^[32]

Inmediatamente después de la muerte de Piłsudski, Göring propuso una invasión germano-polaca conjunta de la Unión Soviética, una oferta que repitió en febrero de 1936. A lo largo de ese año, Hitler también hizo llamamientos similares. Jan Szembek, número dos de Beck en el Ministerio de Exteriores, informó de sus prolongadas conversaciones con Hitler durante las Olimpiadas de Berlín en agosto de 1936: «La política de Hitler con respecto a nosotros está determinada por la convicción de que Polonia será su aliado natural en los futuros conflictos contra los soviéticos y el comunismo». Ese mismo noviembre, Alemania y Japón dieron inicio al Pacto Antikomintern.^[33] Aunque en apariencia se trataba de un acuerdo defensivo contra el comunismo internacional, rápidamente se convirtió en la base de una alianza militar. Berlín pidió a Varsovia que se uniera al Pacto en febrero de 1937, seis meses antes de que Italia se convirtiera en su tercer miembro. Varsovia rehusó en aquella ocasión, tal como haría en al menos cinco ocasiones más.

Fue una época difícil para los diplomáticos polacos. A diferencia de los alemanes, los japoneses y los italianos, ellos sí tenían experiencia con el poder comunista e intuían las consecuencias que podría tener un conflicto con la URSS. Muchos de los dirigentes del país de finales de los años treinta habían luchado contra los soviéticos entre 1919 y 1920 y habían perdido camaradas a manos del Ejército Rojo y de la policía secreta soviética, que en aquella época era conocida como la «Checa». Algunos de ellos habían visto los cuerpos torturados de sus amigos y familiares en fosas comunes, y no lo habían olvidado. En 1936, los diplomáticos polacos que servían en la Unión Soviética recibieron instrucciones sobre cómo comportarse en caso de arresto por parte del NKVD, el nuevo nombre de la policía secreta soviética.^[34]

A partir de 1937 estos mismos funcionarios comenzaron a presentar o leer informes sobre el preocupante número de personas de etnia polaca que desaparecían en la Ucrania y la Bielorrusia soviéticas, así como en las grandes ciudades de Rusia.



Las instrucciones generales de la sede del servicio secreto polaco en Varsovia dejaban claro que la posición desastrosa del país con respecto a la Unión Soviética no mejoraría con una invasión alemana.^[35] Polonia no tenía capacidad para penetrar en territorio soviético, y una intervención alemana únicamente empeoraría las cosas. La política de la equidistancia no sólo implicaba ser el escudo oriental de Alemania, sino también el escudo occidental de la URSS. Por supuesto los diplomáticos polacos no

explicaron esta nefasta situación a sus homólogos alemanes; como buenos diplomáticos, trataron de aprovechar al máximo los deseos de sus interlocutores sin concedérselos. Eludieron la propuesta de una alianza germano-polaca contra la Unión Soviética el mayor tiempo posible, y cuando finalmente se vieron obligados a dar una respuesta categórica, rehusaron categóricamente.

En verano de 1938, Göring intentaba tentar de nuevo a los polacos con la fértil tierra de Ucrania. El asunto llegó a un punto crítico en octubre, cuando Hitler les presentó una «solución integral» a todos los problemas de la relación entre ambos países. Un golpe de efecto como aquél era muy del estilo de Hitler, seguramente convencido de estar ofreciendo a Polonia un acuerdo más que razonable. Las reclamaciones de territorio polaco eran moderadas en comparación con la opinión mayoritaria en Alemania: que se permitiera a Danzig, una ciudad libre de la costa báltica, volver a formar parte de Alemania, y que se permitiera a las autoridades alemanas construir una autopista extraterritorial a través de Polonia, entre el grueso del territorio alemán y sus distritos prusianos no contiguos. Ambas condiciones eran negociables y, efectivamente, se negociaron. El verdadero problema era qué recibiría Polonia «a cambio». Tal como el ministro de Exteriores alemán Joachim von Ribbentrop explicó al embajador Lipski, los alemanes preveían para el futuro próximo «actuaciones conjuntas en materia colonial, la emigración de los judíos de Polonia y una política conjunta con respecto a Rusia fundamentada en el Pacto Antikomintern».^[36]

Ribbentrop dio mucha relevancia a los beneficios que supuestamente obtendría Polonia del territorio ucraniano una vez conquistaran la Unión Soviética. Sus palabras cayeron en saco roto. La decisión de no intervenir en la URSS se había tomado en Varsovia ya en 1933. Los líderes polacos ya no creían que agentes externos pudieran transformar fácilmente Ucrania. Calculaban que los alemanes podrían tomar Moscú con su ayuda, pero no veían que a esto pudiera seguirle una victoria política. Eran muy conscientes de que una invasión conjunta implicaría un intenso movimiento de tropas alemanas alrededor o a través del país y preveían que una guerra de esas características convertiría Polonia en un mero satélite de Alemania.

En las semanas críticas de finales de 1938, Alemania y Polonia también conversaron sobre la cuestión judía.^[37] Hitler había explicado a Lipski en septiembre que contaba con una actuación conjunta antijudía de Alemania, Polonia y Rumanía. En noviembre, Hitler alabó a las autoridades polacas por llevar a cabo una lucha vital contra los judíos. En el momento de su propuesta de una «solución integral» y en los debates posteriores con los diplomáticos polacos, Hitler subrayó la relación entre una alianza antisoviética y la expulsión de los judíos de Europa, en primera instancia de Polonia y Rumanía. Desde su punto de vista, la destrucción de la Unión Soviética formaba parte de una campaña mayor contra la amenaza global judía, pero sus interlocutores polacos no seguían el mismo razonamiento.

En estas negociaciones ambos países parecían desear el mismo resultado: la emigración de millones de judíos europeos a Madagascar. A pesar de que, en apariencia, ambas partes hablaban de la misma isla y de la misma actuación, en realidad se referían a ideas muy diferentes. Los alemanes estaban en lo cierto al pensar que los líderes polacos temían a la Unión Soviética y querían deshacerse de la mayoría de los judíos polacos. Para los polacos se trataba de problemas distintos, y el intento de solucionar uno de ellos podía agravar el otro. En cualquier caso, se oponían a una guerra de agresión contra la URSS y sencillamente no comprendían la intención de Alemania de invadir el país al mismo tiempo que deportaban a los judíos de Europa. Una deportación en masa requeriría la cooperación de las potencias coloniales, tanto la británica como la francesa, que obviamente no colaborarían con países que trataran de alterar el orden mundial por la fuerza. En términos estrictamente logísticos, la idea tampoco parecía tener sentido: ¿cómo organizaría Polonia la deportación de millones de judíos al tiempo que el país se movilizaba para la guerra? ¿Se apartaría de las filas a decenas de miles de oficiales y soldados judíos de la armada polaca? En la medida en que los polacos comprendían las intenciones de Alemania, se mostraban recelosos.^[38]

Más importante era lo que los polacos no comprendían. No entendían una característica concreta del pensamiento nazi: el propósito de lograr algo difícil o incluso imposible con la secreta certeza de que el fracaso abriría el camino a una opción aún más radical. No veían que, para los nazis, Madagascar no era sólo un lugar, sino una etiqueta, un marcapáginas en un libro ardiendo. Era un sinónimo de la Solución Final; o, en palabras de Himmler, de «la extirpación completa del concepto de lo judío».^[39] Para los polacos, Madagascar era una isla real en el océano Índico real, una posesión real del Imperio francés real, el destino real de una delegación de exploración, el objeto real del debate político real, uno de los dos lugares (junto con Palestina) que entraban en seria consideración para la migración masiva de judíos polacos. Los líderes polacos no comprendían que para los nazis el problema no era la viabilidad de un plan de deportación, sino la creación de un contexto general que permitiera la destrucción de los judíos de una manera u otra. Dada su propia obsesión con la idea de Estado, los polacos no vieron venir el contexto caótico en el que las agresiones germanas destruirían gobiernos y abrirían la puerta a lo inconcebible. Los líderes alemanes continuaron hablando de Madagascar incluso después de que sus hombres asesinaran a los judíos que debían emigrar allí.

La visión política de Varsovia sólo abarcaba la idea de un Estado de Israel. Si se producía una crisis europea, quizá los rebeldes judíos como Abraham Stern fueran capaces de organizar una revuelta, y ésta quizá desembocara en un Estado judío que acogería a millones de judíos polacos. Los oficiales del ejército del país ya habían comenzado a instruir a los rebeldes del Irgún que liderarían dicha revuelta y a los

jóvenes de Beitar, que serían sus soldados. En diciembre de 1938, mientras Hitler y Ribbentrop insistían en su «solución integral», Drymmer dio instrucciones explícitas acerca del objetivo final de la política polaca en relación con Beitar y el Irgún: Varsovia apoyaba a ambas organizaciones con el propósito de que estuvieran dispuestas a luchar por el Estado judío cuando la crisis se produjera.^[40]

A lo largo de 1938, los Estados europeos empezaron a derrumbarse bajo la presión nazi. Cuando el año terminó, la crisis parecía estar a la vuelta de la esquina.

Los destructores del Estado

«¡De la noche a la mañana! Todo sucedió de la noche a la mañana.» Años más tarde, Erika M. seguía sin poder ocultar su asombro ante el hundimiento de Austria, ante el final de su país, la noche del 11 de marzo de aquel decisivo 1938.

Quizá, aquella Austria en que Erika había pasado una infancia judía muy feliz, «la existencia más maravillosa que un niño pueda llevar», no era más que un invento poco verosímil. En 1914, al inicio de la Primera Guerra Mundial, «Austria» era meramente la denominación informal de algunas regiones germanófonas de la gran potencia conocida como Imperio austrohúngaro. Con el fin de la guerra y la consiguiente derrota del imperio, se procedió a la creación de Austria como una nueva república que sería la nueva patria de esa población germanófona, entre la que se contaban unos doscientos mil judíos que, en su mayoría, vivían en la capital, Viena. Al principio, fueron pocos quienes creyeron que el pequeño país alpino pudiera sobrevivir. *Lebensunfähig*, incapaz de sobrevivir: ése fue el dictamen de economistas y políticos por igual. La población era de sólo siete millones de habitantes, en comparación con los cincuenta y tres de los dominios del Imperio austrohúngaro. Las tierras más ricas del viejo régimen habían ido a parar al nuevo Estado de Checoslovaquia. La separación de Austria de otros territorios que acabaron en manos de Polonia, Hungría, Yugoslavia y Rumanía destruyó un mercado interno dinámico y de grandes dimensiones. La mayoría de austríacos o bien tenían un sentimiento débil de identidad nacional, o bien se consideraban alemanes.^[1]

Los líderes del nuevo país intentaron fundarlo como la República de Austria Alemana e incluyeron en su constitución la promesa de perseguir la unificación con el Estado alemán, de mayor tamaño y con el que limitaba al norte. Esto era justo lo que los vencedores de la Primera Guerra Mundial –estadounidenses, británicos y, sobre todo, franceses– querían evitar. Precisamente una alianza entre Viena y Berlín había sido el detonante, desde la óptica de París y Londres, de la guerra más cruenta de la historia de la humanidad. No habían caído más de un millón de soldados franceses para que Alemania acabase la guerra en posesión de territorios austríacos con los que no contaba al inicio, y por eso los tratados de paz firmados en Versalles y en Saint-Germain en 1919 prohibían explícitamente que Alemania y Austria se unieran. Se trataba, claro está, de una violación llena de resentimiento del principio de autodeterminación nacional, la causa moral que el presidente estadounidense Woodrow Wilson había esgrimido ante los aliados occidentales cuando Estados Unidos se unió al conflicto en el frente occidental en 1917.

La contradictoria Austria de principios del siglo xx quedó grabada en la mente de

Hitler y en la de muchos otros europeos durante las dos décadas siguientes. Hitler no sentía ninguna afinidad con el Imperio austrohúngaro, su tierra natal, ni con la Viena cosmopolita, donde había fracasado como pintor. Veía la ciudad como una mezcla poco saludable de razas que se mantenía unida sólo como consecuencia de los planes inicuos de los judíos, que detentaban el verdadero poder. Al mudarse de Viena a Múnich en 1912, creía haber abandonado una ciudad no alemana por una alemana. Al parecer, se trasladó a Alemania para eludir el servicio militar obligatorio en el ejército de los Habsburgo, pero en 1914 se alistó como voluntario en el alemán y sirvió como mensajero en las trincheras durante la Primera Guerra Mundial. Alemán por elección, compartía la misma opinión que muchos soldados y políticos alemanes: que el viejo régimen multinacional estaba condenado por su propia naturaleza. Para Hitler, Austria tenía un pasado indigno de los alemanes y un futuro indigno de mención. Él era un austríaco que se había unido a Alemania; en algún momento todos los demás (excepto los judíos, claro está) harían lo propio.^[2]

Aunque Hitler no situase a Austria entre sus principales preocupaciones durante las décadas de 1920 y 1930 –ese lugar siempre lo ocupó la Unión Soviética–, daba por descontado que Austria y Alemania acabarían uniéndose algún día. Su Partido Nacionalsocialista, incluidos sus brazos paramilitares, las SA y las SS, estaban activos tanto en Austria como en Alemania. En Austria en particular, era obvio que la labor de estas organizaciones raciales estaba enfocada hacia algo más ambicioso que una transformación interna de Alemania; después de todo, Austria y Alemania nunca antes en la historia habían estado unidas bajo un mismo Estado nacional. Su posible anexión, o *Anschluss*, formaba la parte del programa nazi que más importaba a los austríacos.^[3]

Pero para Erika M., una muchacha judía cuya vida había transcurrido por completo en la Austria independiente y cuyo mundo cambió para siempre el 11 de marzo de 1938, Austria era algo real. En el transcurso de las dos décadas posteriores a la Primera Guerra Mundial se había construido un Estado austríaco, a pesar de todo. Del viejo imperio había heredado los principales partidos políticos con experiencia en política de masas. El Partido Socialdemócrata, formación mayoritaria cuando se instauró el país después de la guerra, perdió de inmediato todo el crédito por su intento fallido de fusionar la nueva república con Alemania. No obstante, los socialdemócratas estuvieron al frente de la metrópolis vienesa sin interrupción y fueron el primer partido socialista en gobernar en solitario una ciudad de un millón o más de habitantes. Construyeron un Estado del bienestar en miniatura conocido como «la Viena roja», que demostró no sólo ser popular sino también tener éxito.^[4]

Fuera de Viena, el más destacado era el Partido Socialcristiano, que, al igual que su rival socialista, tenía un nutrido historial en procesos democráticos que se remontaba al Imperio. A diferencia de los socialdemócratas, sin embargo, nunca habían creído en una posible unificación con una Alemania idealizada. Se sentían identificados con la religión católica romana, el único rasgo que diferenciaba a la

mayoría de los austríacos de la mayoría de los alemanes, y algunos eran monárquicos, pues recordaban con cierto afecto el antiguo imperio multinacional.

Los judíos eran relativamente más numerosos en Austria que en Alemania y participaban en los dos principales movimientos políticos austríacos. La mayor parte de los judíos austríacos vivían en Viena, donde la mayoría votaba a los socialdemócratas. No obstante, también podía encontrarse a judíos en las organizaciones conservadoras: el líder del movimiento monárquico austríaco, por ejemplo, lo era.^[5]

El conflicto político más relevante en Austria se daba entre estas dos tradiciones autóctonas: la derecha y la izquierda.^[6] En 1927, los socialdemócratas, que acababan de ganar las elecciones, organizaron una huelga general en la capital, pero se mostraron reticentes a intentar hacerse con el poder total. En 1934, los socialcristianos apoyaron a los paramilitares de derechas en las disputas con los paramilitares de izquierdas, lo que dio lugar a los enfrentamientos que desembocaron en una breve guerra civil: el ejército regular austríaco respaldó a la derecha, y la izquierda resultó aplastada. Como final simbólico, la artillería del ejército bombardeó los grandes complejos de viviendas públicas, el orgullo de la Viena roja, que se habían construido en las colinas a las afueras de la ciudad. Posteriormente, los socialdemócratas fueron ilegalizados y los socialcristianos se transformaron en la sección más numerosa de la coalición derechista conocida como Frente Patriótico. Los políticos y periodistas vinculados a los socialdemócratas huyeron del país, entre ellos una cifra considerable de judíos.

Los nazis nunca fueron el partido mayoritario en Austria y nunca ganaron ningunas elecciones; ostentaban un tercer puesto, posición significativa, aunque distante en términos de popularidad.^[7] Sin embargo, tras la humillación de los socialistas y a la vista del modelo de Hitler al otro lado de la frontera a partir de 1933, los nazis podían suponer un reto para el autoritario régimen austríaco. Los nazis austríacos asesinaron al canciller Engelbert Dollfuss el 25 de julio de 1934, pero su golpe no derivó en el levantamiento nacional que esperaban. Por el contrario, los asesinos fueron detenidos y ejecutados. Los judíos austríacos veían el régimen de Dollfuss como una barrera frente al nacionalsocialismo. Aunque el Frente Patriótico se pareciese mucho a una organización fascista, con sus propios uniformes y saludos –e incluso su propia versión de una cruz diseñada para competir con la *Hakenkreuz* o cruz gamada nazi–, su política era bastante distinta. Reconocía a Austria como «la mejor Alemania» y a los austríacos como alemanes, pero no reconocía a los alemanes como raza, y, aunque era obvio que había antisemitas en el movimiento, el Frente Patriótico no instituyó políticas antisemitas a la manera de Hitler. A pesar de la existencia de un antisemitismo considerable en la derecha e incluso en la izquierda, los judíos continuaron trabajando al servicio de los ministerios austríacos y viviendo sus vidas como ciudadanos austríacos, con toda la tranquilidad que les era posible.

El ascenso de Hitler al poder en Alemania en 1933 planteaba la cuestión austríaca

desde un nuevo punto de vista económico.^[8] La recuperación de Alemania tras la Gran Depresión creó un atractivo que no podía reducirse sólo a razones de tradición o nacionalismo. Los austríacos que encontraban trabajo en Alemania quedaban impresionados. Al igual que sus vecinos de Europa del Este, Austria era un país agrícola y como tal se había visto sacudido por la Gran Depresión. El Frente Patriótico, no obstante su iconografía radical, se encontraba entre los gobiernos europeos más conservadores en cuanto a política económica. Mientras que la Alemania nazi acumulaba un enorme déficit presupuestario, Austria, bajo el Frente Patriótico, proseguía una ajustada política fiscal y monetaria y acumulaba divisas extranjeras y reservas de oro. Desde la óptica de Hitler, ésta era otra razón más, y una cada vez más apremiante, por la que era preciso realizar la *Anschluss* de Austria con el Reich: Alemania necesitaba su dinero.

Al tiempo que Alemania reafirmaba su lugar dentro de Europa, Austria perdía sus aliados. En 1934, durante el fallido golpe nazi en Austria, la Italia fascista se manifestó en defensa de Austria. Benito Mussolini, el *duce* fascista de Italia, seguía manteniendo la esperanza de crear una esfera de influencia en los Balcanes, Hungría y Austria. Dos años más tarde, después de que Hitler hubiese comenzado a rearmar Alemania, Mussolini tuvo que aceptar el papel de socio (y pronto de socio minoritario), se lavó las manos en la cuestión austríaca y dejó el asunto en las de Hitler. De este modo, en lo que se conoció como el «acuerdo de caballeros» de 1936, se concedió la amnistía a los miembros del Partido Nazi en Austria y algunos de ellos se incorporaron al Gobierno. Los nazis austríacos utilizaron su acceso a la esfera pública para insistir sobre el punto de la *Anschluss*. Ese mismo octubre, la Alemania nazi y la Italia fascista anunciaron su «Eje», lo que para Viena significó su aislamiento político: según el dicho de la época, el Eje era el espetón en el que se asaba Austria.

En febrero de 1938 Hitler emplazó al canciller austríaco, Kurt von Schuschnigg, a su residencia en los Alpes bávaros. Como su predecesor Dollfuss, Schuschnigg representaba a los socialcristianos y al Frente Patriótico, y por lo tanto, a la derecha soberana austríaca que se oponía a la *Anschluss*. Hitler exigió concesiones que habrían significado el fin de la soberanía austríaca y Schuschnigg se dejó intimidar, pero tras su regreso a Viena recobró la confianza: desafiando a Hitler, convocó un referéndum sobre la independencia austríaca. Hitler empleaba el lenguaje de la autodeterminación para insistir en la exigencia alemana de lo que él consideraba sus territorios, así que dejó decidir al pueblo austríaco. Schuschnigg estaba convencido de que ganaría el referéndum: la pregunta estaba cargada de todas las aspiraciones necesarias para dejar claro que la respuesta era «sí»; la votación sería abierta en vez de secreta; las papeletas se emitirían con las respuestas ya impresas; gran parte de la población austríaca estaba verdaderamente a favor de la independencia en 1938, y, pasara lo que pasara, el suyo era un régimen autoritario que podía amañar los resultados en caso necesario.

Los días 9 y 10 de marzo de 1938 se consagraron a la propaganda a favor de la independencia austríaca: por la radio, en los periódicos y, como manda la tradición austríaca, con señales pintadas en las calles de Viena. El principal eslogan propagandístico era sencillamente Österreich: Austria. Abandonado por su antiguo aliado, Italia, e ignorado por Gran Bretaña y Francia, el país no contaba con apoyos externos. En la campaña para conseguir respaldos internos, Schuschnigg esperaba atraer la atención de las potencias europeas exponiendo sus argumentos en contra de las demandas de Hitler. Hitler, consciente de los riesgos, amenazó con la invasión; ante esta segunda ronda de amenazas, Schuschnigg cedió: no se celebró ningún referéndum.

Erika M. tenía razón: realmente todo cambió de la noche a la mañana. La tarde del 11 de marzo los austríacos se reunieron en torno a la radio para oír un importante anuncio del canciller. Era viernes por la noche, pero la familia de Erika, como otros judíos practicantes, se saltó el sabbat para escuchar la radio; aunque probablemente no se tratase de un caso de amenaza inminente a una persona en particular, lo que en teoría justificaba la vulneración de la ley judía, los judíos vieneses no se equivocaban al pensar que este discurso radiofónico era un asunto de vida o muerte. A las 19.57, Schuschnigg anunció su decisión de no defender a Austria frente a Hitler: justo en ese momento, el Estado austríaco dejó de existir efectivamente. El poder formal pasó a un jurista nazi austríaco, Arthur Seyß-Inquart, cuyo programa incluía la supresión de la propia institución que en ese momento gobernaba. La opinión popular asimiló el significado del fin de Austria mucho más rápido de lo esperado incluso por los nazis de Viena o Berlín. Esa misma tarde aparecieron multitudes en las calles que coreaban a gritos eslóganes nazis y buscaban judíos a los que golpear. Esa primera noche de desgobierno en Austria fue mucho más peligrosa para los judíos que las dos décadas precedentes, desde la independencia austríaca. Su mundo había desaparecido.^[9]

A la mañana siguiente comenzó el reclutamiento de los «grupos de limpieza»: los miembros de las SA austríacas, a través de listas, de información personal y de la facilitada por los viandantes, identificaban a los judíos y los forzaban a arrodillarse y fregar el suelo con cepillos. Se trataba de un ritual de humillación: los judíos, que a menudo ejercían la medicina, la abogacía u otras profesiones liberales, se veían de repente de rodillas y llevando a cabo un trabajo de baja categoría delante de multitudes que se burlaban de ellos. Ernest Pollak recordaba el espectáculo de los «grupos de limpieza» como «una diversión para la población austríaca». Un periodista describió a «las delicadas rubias vienesas peleándose por ver de cerca el edificante espectáculo de un cirujano judío, de aspecto lívido, arrodillado y con las manos en el suelo delante de media docena de jóvenes vándalos con brazaletes con la esvástica y látigos». Mientras tanto, las muchachas judías sufrían abusos sexuales y los ancianos eran obligados a realizar ejercicio físico en público.^[10]

La destrucción simbólica de su estatus trajo consigo y permitió el robo a los judíos. Hasta el 11 de marzo de 1938, alrededor del 70% de las propiedades inmobiliarias de la Ringstrasse, la bonita avenida circular que rodea el primer distrito de Viena, habían pertenecido a los judíos; a partir de la madrugada del 12 de marzo, ese porcentaje empezó a disminuir por horas. Sus negocios se marcaban como judíos, se robaban sus automóviles, las SA habían confeccionado listas de pisos judíos que sus miembros querían para sí mismos, y ésta era su oportunidad; profesores de universidad y jueces judíos fueron expulsados de sus despachos. Los judíos austriacos empezaron a suicidarse: 79 en marzo y 62 más en abril.^[11]

Los «grupos de limpieza» también eran políticos. Los judíos limpiaban lugares específicos de las calles, trabajaban con ácido, cepillos y las manos desnudas para eliminar un tipo exacto de marca; borraban una palabra que se había pintado sobre las avenidas vienesas sólo unos días antes: «Austria». Esa palabra había sido el eslogan de la propaganda para el referéndum de Schuschnigg, de la cual los judíos podían ahora ser vistos como sus organizadores, y era asimismo el nombre de un Estado en el que los judíos habían sido ciudadanos. Los judíos estaban borrando Austria y lo hacían en medio de corros de espectadores, ante miradas y sonrisas de burla.

Los austríacos se separaron de sus compatriotas y del Estado que desaparecía no sólo mediante su conducta o sus expresiones, sino también mediante los alfileres que lucían en las solapas: al igual que la propaganda en las aceras, otro ejemplo de la cultura política austríaca. No sólo los nazis sino incluso ciudadanos que habían sido socialdemócratas o socialcristianos antes del once de marzo comenzaron a lucir alfileres nazis en la solapa. Que se quedasen mirando cómo los judíos frotaban el suelo no era en absoluto sinónimo de una posición neutral o un simple acto de observación. La mera condición de espectador dejaba constancia de la línea divisoria del nuevo grupo y hacía recaer sobre él la culpa por el pasado. Nosotros observamos, ellos actúan. Los judíos eran los responsables de Austria, del viejo orden, no nosotros: su castigo de ahora es prueba de su complicidad en aquel entonces, y nuestra separación es prueba de nuestra inocencia. De este modo se eliminó perfectamente su complicidad, con toda la mala fe. En un instante, la violencia de raza sustituyó a dos décadas de experiencia política.^[12]

El escritor satírico Karl Kraus escribió en 1922 que Austria era un laboratorio del fin del mundo. Se había convertido en feudo de experimentación para los alemanes, con algunas enseñanzas sorprendentes. Un judío vienés recordaba que «de pronto los austríacos se hicieron antisemitas y enseñaron a los alemanes cómo tratar a los judíos».^[13] No había habido leyes de Núremberg austríacas ni limitaciones a los judíos en la vida pública ni exclusión social de los judíos: hasta el día del discurso de Schuschnigg, los judíos habían sido ciudadanos iguales al resto, tenían un papel destacado en la economía y algunos habían desempeñado importantes funciones dentro del régimen. El fin del Estado austríaco acarreó en cinco semanas una violencia contra los judíos austríacos comparable al sufrimiento que los judíos

alemanes llevaban cinco años soportando bajo Hitler. Quienes mandaban en Austria eran casi todos nazis, pero operaban en unas condiciones de hundimiento del Estado que les permitían avanzar cada vez más rápido. Resulta irónico que las SA, que habían sido humilladas en Alemania en la Noche de los Cuchillos Largos en 1934, llevasen a cabo algo parecido a la «segunda revolución» que sus líderes asesinados habían querido, sólo que en Austria en vez de Alemania.

Lo que los nazis austríacos lograron en cuestión de horas y días sirvió en efecto de inesperada inspiración para los nazis alemanes. El propio Hitler estaba encantado y sorprendido por el apoyo inmediato a la anexión. En Heldenplatz, la gran plaza al pie del castillo real de Viena, Hitler proclamó la *Anschluss* el 15 de marzo, cuatro días después de la capitulación de Schuschnigg. Junto a Hitler estaban los líderes nazis que supieron sacar provecho del caos creado por las SA y redirigirlo hacia sus propios objetivos. El 28 de marzo Hermann Göring exigió una redistribución ordenada de las propiedades judías robadas y antes de finales de 1938 un 80% de los negocios judíos en Austria se habían vuelto arios, superando holgadamente el ritmo de la propia Alemania. En agosto, Adolf Eichmann, el jefe de la sección judía del SD de Reinhard Heydrich, estableció en Viena una Oficina Central de Emigración Judía. [14]

En 1938, unos sesenta mil judíos abandonaron Austria, en comparación con los aproximadamente cuarenta mil que se fueron de Alemania, y la mayoría de esos judíos alemanes emigraron después de que los nazis llevasen a la práctica las lecciones que habían aprendido en Viena. [15]

En 1935 los judíos alemanes habían quedado reducidos a ciudadanos de segunda clase. En 1938 algunos nazis descubrieron que la forma más eficaz de separar a los judíos de la protección del Estado era destruirlo. Cualquier discriminación legal sería complicada por sus consecuencias imprevistas en otros aspectos de la ley y la burocracia. Incluso asuntos que pudieran parecer simples, como la expropiación o la emigración, avanzaban a paso bastante lento en la Alemania nazi. Tras la destrucción de Austria, en cambio, sus judíos dejaron de disfrutar de cualquier tipo de protección estatal y se convirtieron en víctimas de una mayoría que deseaba distanciarse del pasado y alinearse con el futuro. La no estatalidad abrió la puerta a un abanico de oportunidades para aquellos que estaban dispuestos a la violencia y al robo. Por la misma lógica de la *Anschluss*, el propio Estado nazi tuvo que cerrar esa puerta, ya que Austria estaba destinada a convertirse en parte de Alemania y el caos promovido por las SA anularía su propia capacidad de gobierno. Pero incluso un momento de no estatalidad temporal tuvo consecuencias profundas. En marzo de 1938, por primera vez, los nazis pudieron hacer con los judíos lo que les vino en gana; el resultado fue la humillación, el dolor y la huida.

Abraham Stern, sionista radical y cliente del régimen polaco, se encontraba por casualidad en Europa central en ese momento. Estaba de visita en Varsovia, donde llevaba a cabo negociaciones con las autoridades polacas tras un congreso de sionistas revisionistas celebrado en Praga en enero de 1939. Durante el viaje de regreso de Polonia a Palestina, paró en Austria y habló con las nuevas autoridades nazis sobre la emigración de unos cuantos compañeros derechistas a Palestina; uno de los hombres a los que sacó creía que Stern había «negociado con Eichmann». Éste era el tipo de cosas que las autoridades polacas tenían la esperanza que Stern hiciera, aunque a una escala muchísimo mayor.^[16]

El 5 de marzo de 1938, día de la *Anschluss*, los diplomáticos polacos estaban preparando una petición prosionista a los estadounidenses. Pedían al Departamento de Estado de Estados Unidos que presionase al Ministerio de Asuntos Exteriores británico para que abriese Palestina a la inmigración judía desde Europa. En general, los polacos instaban a los diplomáticos estadounidenses a que apoyasen un Israel independiente con unas fronteras lo más amplias posibles.^[17] La fecha escogida no fue ninguna casualidad. La mayor consecuencia de la *Anschluss* fue justo lo contrario de lo que deseaban los dirigentes polacos. Tanto la política alemana como la polaca tenían el objetivo de expulsar a los judíos; ahora una Alemania ampliada estaba despachando a los judíos hacia Polonia. Alrededor de veinte mil de los judíos que estaban en Austria eran ciudadanos polacos, muchos de los cuales solicitaron y obtuvieron el derecho a regresar a su país de origen. Dado que Estados Unidos y Palestina seguían bloqueados (salvo para temerarios como Stern), Polonia sólo podía esperar una mayor inmigración judía mientras se extendía el poder alemán.

Los diplomáticos polacos trabajaban sin tregua para abrir Palestina a la población judía, pero no estaban en condiciones de ejercer presión. La represión alemana de los judíos había llevado a Reino Unido no a suavizar su línea sobre la inmigración judía a Palestina, sino más bien a endurecerla. El Ministerio de Asuntos Exteriores polaco, tras la *Anschluss*, pidió a su Parlamento que revisara la documentación de todos los ciudadanos que llevasen residiendo en el extranjero más de cinco años. La petición fue concedida el 31 de marzo de 1938 y, aunque la legislación y la mayoría de la correspondencia burocrática interna eludía la palabra «judío», la finalidad de la nueva medida era clara: bloquear la nueva ola de retorno de judíos polacos. Tal y como lo expresó el propio Drymmer, el objetivo era «excluir a los que no fuesen dignos y sobre todo deshacerse del elemento destructivo», con lo que no cabía duda de que se refería a los judíos. Se trataba de un cambio cualitativo en la política de ciudadanía polaca, ocasionada por la presión de la *Anschluss* y las limitaciones a la migración en Palestina y Estados Unidos, inspirados en los ejemplos alemanes. Hasta 1938 los diplomáticos polacos, independientemente de sus sentimientos personales, habían intervenido en representación de todos los ciudadanos polacos, incluidos los judíos.^[18]

Los nazis comprendieron las implicaciones de la iniciativa polaca para los

alrededor de sesenta mil judíos de nacionalidad polaca que residían en Alemania en 1938. Si estas personas perdían la nacionalidad polaca mientras vivían en Alemania, resultaría muy difícil expulsarlos después a Polonia. Berlín solicitó a Varsovia un aplazamiento en la aplicación de la ley polaca, y el aparato coercitivo alemán se movilizó para asestar su mayor golpe hasta el momento. Con la aprobación de Himmler, Heydrich preparó la expulsión forzosa de unos diecisiete mil judíos de nacionalidad polaca a través de la frontera germano-polaca la noche del 28 de octubre: se trataba de una terrible práctica masiva de coacción para los patrones de la época, y también era la primera acción de calado de este tipo llevada a cabo por las SS, cuya capacidad para la violencia se expandió con rapidez en la frontera alemana. La deportación por sorpresa de los judíos de Alemania a Polonia suponía un extraño contraste con las palabras de Hitler, que justo en ese momento debatía con el Gobierno polaco una política común sobre la cuestión judía.^[19]

En las capitales europeas, en 1938, la destrucción del Estado podía parecer algo que les ocurría a otros, puede que incluso una corrección positiva del orden establecido en la posguerra. Ni las potencias occidentales ni los polacos se interesaron por la desaparición de Austria, pero la perspectiva judía era diferente: los judíos veían el inicio de un proceso generalizado de separación de los Estados europeos y empezaban a intuir que no tenían ningún lugar adonde ir. En julio de 1938 representantes de 32 países, con Estados Unidos a la cabeza, debatieron la migración judía en Évian-les-Bains, Francia. Sólo la República Dominicana accedió a hacerse cargo de algunos judíos. Mientras tanto, las diversas formas en que los judíos eran separados del Estado en Europa empezaban a interactuar y a reforzarse mutuamente.^[20] La destrucción alemana de Austria supuso la llegada de judíos a Polonia, que reaccionó intentando negarles la nacionalidad a los judíos polacos que vivían en el extranjero; Berlín respondió a esto expulsándolos a través de la frontera polaca. Desde la óptica del lugar y la época, esto supuso una catástrofe para los judíos, sobre todo para los individuos y las familias implicadas, pues muy a menudo se trataba de personas que tenían toda su vida en Alemania y cuyos vínculos con Polonia eran muy limitados.

La familia Grynszpan, por ejemplo, se había trasladado a Alemania desde el Imperio ruso en 1911, siete años antes de que Polonia recuperase la independencia. Los hijos habían nacido en Alemania, hablaban alemán y se sentían alemanes. Tenían pasaporte polaco desde 1918 porque sus padres provenían de una parte del Imperio ruso que se había convertido en Polonia. En 1935 los Grynszpan enviaron a su hijo Herschel, que entonces tenía quince años, a vivir con sus tíos en París. En 1938 tanto su pasaporte polaco como su visado alemán habían caducado y le habían denegado la residencia legal en Francia. Sus tíos tuvieron que esconderlo en una buhardilla para que no fuese expulsado. El 3 de noviembre le enseñaron una postal de su hermana,

enviada justo después de que la familia hubiese sido deportada a Polonia desde Alemania: «Todo se ha acabado para nosotros». Al día siguiente, Herschel Grynszpan compró una pistola, cogió el metro hasta la embajada alemana, solicitó reunirse con un diplomático alemán y disparó al que accedió a recibirlo. Se trataba, tal y como confesó a la policía francesa, de un acto de venganza por el sufrimiento de su familia y su pueblo.^[21]

Algunos de los nazis más destacados vieron la ocasión de avanzar hacia una Solución Final sobre el territorio de Alemania. Con el permiso de Hitler, Goebbels organizó los ataques coordinados a propiedades y sinagogas judías del 9 de noviembre que dieron en llamarse, por razones obvias, *Kristallnacht* o Noche de los Cristales Rotos. Los pogromos oficiales fueron efectivamente una experiencia que dejó destrozados a muchos judíos alemanes: unos doscientos fueron asesinados o se suicidaron. La violencia deliberada en la propia Alemania en noviembre de 1938 cerraba de este modo el círculo que se había abierto con la destrucción del Estado austríaco. La *Anschluss* había derivado en la huida de los judíos a Polonia; esto provocó nuevas restricciones polacas a los judíos residentes en el extranjero, lo que llevó a los alemanes a expulsar a los judíos polacos, lo cual a su vez dio lugar a un asesinato en París que sirvió de pretexto a la violencia organizada en Alemania. Los acontecimientos de la *Kristallnacht* mostraban no sólo lo que la destrucción de Austria había hecho posible, sino también los límites de la aplicación del lado violento del modelo austríaco dentro de Alemania. En Austria, la violencia pública era posible durante el intervalo entre el fin de la autoridad austríaca y la consolidación de la alemana. No se podía crear una oportunidad de este tipo en Alemania. El Estado alemán debía mutar pero no debía ser destruido.^[22]

Con la *Kristallnacht*, Goebbels demostró que el modelo austríaco de expropiación y migración podía funcionar en Alemania. Los judíos alemanes sólo empezaron a abandonar su patria de forma masiva después de que la violencia se hubiese desatado a escala nacional. No obstante, la violencia indisciplinada dentro del propio Reich reveló ser un callejón sin salida, la mayor parte de la opinión pública alemana se oponía a tal caos y la visible desesperación derivó en expresiones de simpatía hacia los judíos, en vez del distanciamiento espiritual que esperaban los nazis. Naturalmente, era posible que los alemanes no desearan ver cómo se infligía la violencia sobre los judíos y, a la vez, que tampoco desearan verlos a ellos en absoluto. Göring, Himmler y Heydrich inmediatamente sacaron la conclusión de que los programas inspiradores dentro de Alemania habían sido un error. Poco después organizarían pogromos de forma muy parecida a como había hecho Goebbels, pero más allá de los confines de Alemania, en época de guerra y en lugares donde las fuerzas alemanas habían destruido el Estado.^[23]

Hitler no hizo nada por defender a Goebbels, a quien había dado carta blanca en un primer momento, y no se pronunció en público sobre la *Kristallnacht*. Tres días después de ese episodio, Göring anunció que Hitler plantearía a las potencias

occidentales su proyecto de reasentamiento de judíos en Madagascar. Dos semanas después, Hitler debatía la deportación de judíos europeos a Madagascar con los desconcertados diplomáticos polacos, que no acertaban a comprender cómo los alemanes pretendían llevar a cabo una operación logística tan complicada cuando todo lo que parecían capaces de organizar era el caos en Austria y Alemania. Además, a la luz de las consecuencias de la anterior política alemana hacia los judíos, y en el contexto de los debates en curso sobre una «solución integral» a los problemas en las relaciones germano-polacas, la idea tenía cierto tufo a chantaje. Más de treinta mil judíos habían sido entregados a Polonia hasta la fecha, 1938, mediante la estrategia alemana. Si Polonia accedía a mejorar las relaciones con Alemania en los términos propuestos por Hitler, Alemania dejaría de enviar judíos a Polonia y, en su lugar, cooperaría para enviarlos a otro lugar. La cuestión judía se había convertido en un foco de tensión en las relaciones germano-polacas. La presión alemana era una de las razones por las que la idea de Hitler de una solución integral a los problemas germano-polacos, con su promesa de una estrategia común en asuntos judíos, resultaba poco atractiva.^[24]

En Varsovia, en 1938, el estilo de negociación de Hitler, tan eficaz en Viena, tuvo un efecto opuesto al que se pretendía.

En el transcurso de 1938, Hitler, a la vez que perseguía con éxito la destrucción del Estado austríaco y trabajaba infructuosamente para reclutar a Polonia como aliada, también intentaba provocar un conflicto sobre Checoslovaquia. El pretexto era el estatus de los tres millones de ciudadanos checoslovacos que se consideraban alemanes. En febrero de 1938, mientras Hitler amenazaba a los líderes austríacos, también declaró que los alemanes de Checoslovaquia estaban bajo su protección personal. Esta afirmación estaba vacía de significado legal, pero de eso se trataba: los Estados no importaban, pero sí las razas; las convenciones no importaban, pero sí las decisiones personales del Führer. Cuando Austria cayó en marzo de 1938, el futuro de Checoslovaquia se ensombreció.

Hitler no tenía ningún interés sincero en la cuestión de la minoría alemana de Checoslovaquia ni de ningún otro sitio: según su cosmovisión, los alemanes eran una raza y tenían derecho a conquistar lo que pudieran para sí mismos. La intención de Hitler era usar cuestiones minoritarias para confundir al enemigo y promover la guerra en que todos los alemanes demostrasen su valía racial. Planteaba en nombre de los alemanes de Checoslovaquia lo que creía que eran exigencias imposibles de satisfacer; cuál fue entonces su frustración al comprobar que Checoslovaquia y sus aliados le concedían todo lo que había dicho que quería. El resultado fue una segunda destrucción improvisada de un Estado europeo, lo que empeoraba aún más la situación de los judíos europeos.

Checoslovaquia, como Austria, era una creación de los tratados de paz posteriores

a la Primera Guerra Mundial. Mientras que Austria, como Estado sucesor de los restos del Imperio austrohúngaro, fue castigado como un enemigo, el nuevo Estado de Checoslovaquia se creó como recompensa a un pueblo al que se veía como aliado. Antes de la Primera Guerra Mundial, los políticos checos se habían sentido bastante cómodos en todo momento dentro del régimen de los Habsburgo, cuyo carácter multinacional y cuya constitución liberal protegían a los checos de la dominación alemana. Fue sólo a raíz de que se viese amenazada la existencia del Imperio austrohúngaro que se empezó a hablar de un Estado independiente. Hacia la mitad de la Primera Guerra Mundial, ya parecía probable que el viejo imperio estuviese condenado al fracaso y daba igual que ganase o perdiese: si ganaba, no sería más que un mero satélite de Alemania, que oprimiría a los checos, y si perdía, las democracias occidentales vencedoras lo destruirían. Ante esta disyuntiva, algunos checos empezaron a ejercer presión en las capitales occidentales para obtener su reconocimiento: como se trataba de un pueblo pequeño, alegaron que los eslovacos pertenecían a la misma nación, y como deseaban que su Estado pudiese defenderse, reclamaron unas cadenas montañosas habitadas en su mayoría por alemanes. Checoslovaquia se instauró sobre el principio de autodeterminación, con una generosa dosis extra de realismo político.

Checoslovaquia se parecía por lo tanto al viejo Imperio austrohúngaro: era multinacional y liberal. A diferencia de sus vecinos, mantuvo un sistema democrático durante 1938. Mientras Hitler intentaba dismantelar Checoslovaquia, utilizó el nombre inventado de «Sudetenland», los Sudetes, para denominar a los territorios montañosos habitados por alemanes, lo que sugería falsamente que pertenecían a algún tipo de unidad histórica. Aunque la región definida por Hitler era en general de mayoría alemana, contenía zonas de mayoría checa; también incluía las defensas naturales de Checoslovaquia, así como las impresionantes fortificaciones construidas por su Ejército. La industria armamentística checoslovaca era la mejor de la Europa de la época y la zona delimitada por Hitler también comprendía sus principales fábricas; las famosas factorías Škoda, uno de los complejos industriales más imponentes de Europa, se encontraban unos cinco kilómetros adentro de la frontera de los Sudetes. ^[25]

Checoslovaquia era una creación de las democracias occidentales y se consideraba a sí misma como una de ellas. Era aliada de Francia y despertaba cierta simpatía en Reino Unido, aunque quizá menos de la que merecía. Las cabezas pensantes de París comprendían que la defensa de los alemanes proclamada por Hitler era el preámbulo político a la invasión de Checoslovaquia, que, si los franceses cumplían con su obligación dentro del tratado, derivaría en una guerra general en Europa. La Unión Soviética expresó entonces su interés por el bienestar de Checoslovaquia e intentó acercamientos con París. Los líderes franceses tenían las esperanzas puestas en un arreglo con Moscú que pudiera disuadir a Hitler o que, al menos, redujese la posibilidad de que Francia tuviese que enfrentarse a Alemania en

solitario.^[26]

Por desgracia para los franceses, en ese preciso instante el NKVD soviético se encontraba en plena ejecución de la mitad de los altos oficiales del Ejército Rojo como parte de una tremenda ola de terror.^[27] Aunque los detalles seguían siendo una incógnita para el estado mayor francés, los oficiales y diplomáticos franceses sí que se percataban de que sus interlocutores soviéticos seguían desapareciendo sin dejar rastro. Incluso con independencia de este desmoralizante suceso, los franceses habrían necesitado convencer bien a Polonia, bien a Rumanía para que permitiesen que las fuerzas soviéticas atravesaran su país. La URSS no compartía fronteras con Checoslovaquia, por lo que cualquier intervención del Ejército Rojo implicaría el paso de las tropas soviéticas a través de un tercer país. En Varsovia y Bucarest, la crisis checoslovaca empezaba a ser vista como el pretexto para una intervención soviética en Europa central: los polacos y rumanos temían una invasión soviética de sus países más que una invasión alemana de Checoslovaquia.

En septiembre, la segunda crisis europea de 1938 llegó a su punto álgido. Hitler había ordenado que empezasen los preparativos para la guerra con Checoslovaquia en mayo, y la invasión estaba prevista para octubre; asimismo, había instruido a los líderes de la minoría nacional alemana para que incrementasen sus exigencias. El 12 de septiembre, Hitler pronunció un discurso vehemente, aunque absurdo en cuanto a los hechos, sobre la necesidad de rescatar a los alemanes de las políticas de exterminio checas y acabar con Checoslovaquia en su conjunto. No había nada en absoluto que fuese inevitable respecto al cumplimiento de sus deseos. El Estado checoslovaco era digno de admiración en casi todos los aspectos; en efecto, en su combinación de prosperidad y libertad, no tenía parangón en Europa central y quizá en todo el continente. Hablar de forma abierta de la destrucción de Checoslovaquia la hacía posible, especialmente en la medida en que los líderes europeos pudieran convencerse a sí mismos de que ceder ante tal retórica significaba de algún modo ceder ante la razón.

A pesar de que Londres y París instaban a Praga para que llegase a un acuerdo, los soviéticos dieron señales de su disponibilidad para intervenir en Europa central y proteger Checoslovaquia: cuatro grupos del Ejército soviético se desplazaron a la frontera polaca y, tres días después del discurso de Hitler, el régimen soviético aceleró la limpieza étnica de sus tierras fronterizas occidentales. A partir del 15 de septiembre las autoridades soviéticas llevaron a cabo rápidas ejecuciones masivas en la Operación Polaca sin ningún tipo de críticas. Las autoridades locales formaron «troikas», grupos de tres, formados por el cabecilla local del partido, el procurador y el oficial de más alta graduación del NKVD. Las troikas podían condenar a muerte y ejecutar la sentencia sin esperar ningún tipo de confirmación. Se dieron claras instrucciones orales de que «los polacos debían ser destruidos por completo».^[28]

En todo el territorio de la Ucrania soviética, que limitaba con Polonia, se fusiló a multitud de hombres polacos en septiembre de 1938. En la ciudad de

Voroshilovgrado (la actual Lugansk), las autoridades soviéticas estudiaron 1226 casos durante la Operación Polaca en el marco de la crisis checoslovaca y ordenaron 1226 ejecuciones. En septiembre de 1938, en las regiones de la Ucrania soviética colindantes con la frontera polaca, las unidades soviéticas fueron de pueblo en pueblo como escuadrones de la muerte: los hombres polacos fueron fusilados, las mujeres y los niños enviados al gulag y, después, los informes, archivados. En la región de Zhitomir, que limitaba con Polonia, las autoridades soviéticas condenaron a muerte a 100 personas el 22 de septiembre, a 138 más al día siguiente y a otras 408 el 28 del mismo mes.^[29]

Ése era el día que Hitler había marcado como fecha límite para la invasión de Checoslovaquia. El Ejército alemán estaba estacionado en la frontera checoslovaca, el soviético en la polaca y el NKVD había despejado de elementos sospechosos las zonas del interior mediante ejecuciones y deportaciones masivas de polacos. Una invasión alemana de Checoslovaquia habría servido de pretexto para la invasión soviética de Polonia. Quizá entonces el Ejército Rojo hubiese entrado en Checoslovaquia para buscar el enfrentamiento con el Ejército alemán. Lo más probable es que hubiese tratado de lograr algún tipo de tregua con Alemania que le permitiese hacerse con territorio polaco sin tener que enfrentarse a ella. Quedará la duda, ya que las fuerzas soviéticas no volvieron a concentrarse en la frontera polaca hasta once meses después, y una vez que Moscú hubiera cerrado el trato con Berlín y la crisis se había resuelto. El 30 de septiembre de 1938, en Múnich, los líderes de Reino Unido, Francia, Italia y Alemania decidieron que Checoslovaquia debía ceder los territorios que Hitler pedía.^[30]

Checoslovaquia no tenía ningún papel en este acuerdo y no estaba obligada por ley a su cumplimiento. Abandonados por sus amigos y aliados, sus líderes decidieron no luchar contra los alemanes en solitario. Mientras las tropas y la policía checoslovacas se retiraban de los Sudetes en octubre, prevalecía la violencia política: principalmente alemanes que atacaban a otros alemanes, pronazis que asesinaban a sus rivales socialdemócratas, cuya ideología era ilegal en la Alemania nazi desde hacía cinco años. En noviembre los Sudetes fueron anexionados a Alemania: los alemanes, los checos, las montañas, las fortalezas, las fábricas de armas, todo. Un *Einsatzgruppe*, a cuyos miembros se les prohibió categóricamente cometer asesinatos, efectuó su entrada con la misión de eliminar a los opositores políticos. Los alrededor de treinta mil judíos que habían vivido allí, como los judíos de Austria unos meses antes, se vieron de repente desprovistos de protección estatal. Unos diecisiete mil fueron deportados por los alemanes o huyeron; perdieron sus propiedades. En lo que quedaba de Checoslovaquia, los judíos temían con razón por la total destrucción de su Estado, lo cual conllevaría la pérdida de sus derechos de propiedad. Los judíos eran dueños de alrededor de un tercio del capital financiero e industrial de Checoslovaquia; buena parte de éste fue adquirido por los alemanes a precios irrisorios entre finales de 1938 y principios de 1939.^[31]

Polonia limitaba con todas las partes implicadas en la crisis de destrucción del Estado de 1938: Alemania, Austria, Checoslovaquia y la Unión Soviética. Varsovia no sentía ninguna simpatía por Praga, ya que el Ejército checoslovaco se había apropiado de un importante territorio industrial en la zona de Teschen en 1919, cuando el Ejército polaco estaba ocupado combatiendo a los soviéticos. Los diplomáticos polacos se habían referido por escrito a Checoslovaquia como una «creación artificial» y una «absurdistad».^[32] A la vez que Berlín se presentaba como la defensora de los derechos de la minoría alemana en Checoslovaquia, Varsovia hizo lo propio y se presentó como la protectora de los polacos en Checoslovaquia. Cuando Alemania confiscó los territorios de lo que llamaba Sudetenland, Polonia aprovechó la situación para reclamar la región de Teschen que Checoslovaquia les había arrebatado en 1919.

Polonia parecía una aliada de Alemania en esta época, aunque su estrategia fuese de hecho una política independiente que Varsovia tenía que explicar a Berlín. Quería la región de Teschen por algunas de las mismas razones que Alemania quería la de los Sudetes: eran zonas ricas en recursos, conexiones ferroviarias e industria. Teschen le serviría a Polonia para prepararse para la guerra, pero los alemanes no podían tener la certeza total de en qué bando lucharía Polonia. Los diplomáticos polacos intentaron ganarse la confianza de Berlín con su «firme postura» contra la Unión Soviética, pero no sirvió de nada; Hitler estaba provocando deliberadamente una guerra europea y la habría abrazado viniese como viniese.^[33] No le podía impresionar que Polonia demostrase ser una barrera a una intervención soviética en Checoslovaquia cuando lo que realmente quería era una guerra ofensiva contra la Unión Soviética. De los polacos esperaba mucho más que una imitación de la estrategia alemana en estas crisis locales, y así se lo estaba haciendo saber.

En noviembre de 1938, Alemania ya había absorbido Austria y gran parte de Checoslovaquia: unos nueve millones de personas se habían incorporado al Reich, junto con el oro de Austria y las armas de Checoslovaquia. No cabía duda de que Hitler pensaba que estos logros hacían que su ofrecimiento de una «solución integral» a los problemas germano-polacos fuese mucho más difícil de rechazar para los dirigentes polacos.

Después de todo, Alemania había demostrado que de todas formas podía coger lo que quisiera. Hitler creía que Varsovia no tenía más opción que reconocer sus intereses comunes con respecto a los judíos y la Unión Soviética. Pero Varsovia concebía las cuestiones judía y soviética de forma muy diferente a Berlín y veía el aumento del poder alemán como un motivo de preocupación más que como un argumento que los empujase a un acuerdo. Los polacos comprendieron, después de que los alemanes llevasen años diciéndolo, que los reajustes territoriales en Europa central no eran más que una pequeña parte de un plan de mayor calado.

La destrucción de Austria y Checoslovaquia planteó las cuestiones judía y

occidental de una forma que causaba preocupación en Varsovia. Los «grupos de limpieza» y la *Kristallnacht* habían empujado a decenas de miles de judíos hasta Polonia. Los acuerdos de Múnich, mientras tanto, sacaban a la luz el asunto del futuro de los territorios checoslovacos, incluyendo su región situada más al este, conocida como la Rutenia subcarpática. Alemania declaró la autonomía de la región en octubre de 1938. Según los términos del Primer arbitraje de Viena de noviembre de 1938, se cedía a Hungría una zona del sur, y el resto era reconocido por Alemania como un Estado. Varsovia ejerció su influencia en el pequeño nuevo Estado durante dos semanas de octubre, hasta que sus hombres fueron expulsados por Avgustin Voloshin y otros nacionalistas ucranianos, quienes creían que se debía dismantelar el Estado polaco y crear uno ucraniano a partir de sus territorios. Los revisionistas ucranianos, apoyados por Alemania, se hacían de este modo con el control de una zona conflictiva en la frontera de Polonia justo mientras se decidía el futuro de las relaciones germano-polacas. Durante estas últimas semanas de 1938, en Varsovia se tenía la impresión de que Berlín estaba utilizando el nacionalismo ucraniano contra Polonia; en ese mismo instante diplomáticos alemanes le estaban prometiendo a Polonia territorio ucraniano de la Unión Soviética.

Alemania quería concesiones territoriales polacas y prometía tres cosas a cambio: una guerra contra la Unión Soviética, una solución al problema judío y territorio ucraniano. Las autoridades polacas no deseaban ningún tipo de guerra y dudaban de la buena voluntad alemana en estas cuestiones, pues sus propuestas parecían contradictorias o hechas de mala fe. La incertidumbre respecto a Ucrania era otra razón más por la que, conforme 1938 tocaba a su fin, la propuesta de Hitler de una «solución integral» no lograba encontrar apoyos en Varsovia.^[34]

A principios de 1939, Hitler finalmente tuvo que hacer frente a una resistencia internacional que no podía vencer con palabras. El 5 de enero, el ministro de exteriores polaco, Józef Beck, rechazó las propuestas de Hitler después de una conversación cara a cara. Los polacos estaban dispuestos a hacer concesiones en las cuestiones de Danzig y el corredor, pero por supuesto esto no era lo que estaba en juego. Desde la óptica de Hitler, estos asuntos territoriales eran señales propagandísticas para la opinión pública alemana de que su revisionismo tenía algo que ver con lo que la mayoría de alemanes quería. Beck no tenía ningún interés en la principal oferta de Hitler: vagas promesas de resolver la cuestión judía y concesiones territoriales en Ucrania tras un ataque conjunto a la Unión Soviética.^[35] De este modo, Polonia se reveló como un problema, una barrera más que un puente, hacia el principal objetivo de Hitler: enviar a los alemanes a una fatídica guerra de destrucción racial en el este. Durante estas semanas, los polacos intentaron volver a inclinar su política exterior hacia Moscú.



El problema de Hitler era que sus interlocutores polacos comprendían su política exterior, si no del todo bien, al menos mejor que el público alemán. El ministro de Exteriores alemán, Joachim von Ribbentrop, hizo un último esfuerzo el 20 de enero, una fecha simbólica, el quinto aniversario de la firma del pacto de no agresión germano-polaco. Una vez más Ucrania era el cebo y una vez más los alemanes fracasaron. Los diplomáticos polacos le pidieron a Ribbentrop que no afirmase en Berlín que se había llegado o se podía llegar a ningún acuerdo. El mismo día de esa conversación, el *New York Times* publicó un artículo en el que Beck, el ministro de Exteriores polaco, presentaba a la Unión Soviética como homóloga de la Alemania nazi en su política exterior. Al llamar «aliados» a ambos vecinos delante de la prensa extranjera, Beck dejaba claro que Polonia no se aliaría con ninguno de ellos en una guerra contra el tercero en discordia. Ribbentrop volvió a Berlín al día siguiente con la certeza de que Polonia nunca se aliaría con Alemania contra la Unión Soviética. ^[36]

Ribbentrop regresó de Varsovia un martes; el lunes siguiente Hitler pronunció el discurso más famoso de su carrera. El 30 de enero de 1939, Hitler proclamó en el Parlamento alemán que si los judíos iniciaban una guerra mundial, ésta acabaría con su exterminio. Para Hitler, Polonia siempre había sido una cuestión más práctica que teórica; ahora la improvisación daba paso a la cólera. El particular estilo de política internacional que había llevado a la práctica en 1938, la destrucción de países vecinos con palabras más que con armas, había fracasado; sus cálculos específicos sobre

Polonia, que sus líderes se unirían en una cruzada antisemita contra la URSS, habían resultado erróneos, y tanto las promesas como las amenazas respecto a las cuestiones judía y ucraniana habían fracasado. La decisión polaca ponía punto y final a una ilusión nazi que había durado cinco años.^[37]

Hitler decidió eliminar a Polonia como objeto de relaciones internacionales. La repentina necesidad que sentía por invadir Polonia tuvo unas implicaciones tremendas en sus planes. Con Polonia como aliada o país neutral favorable, Alemania quizás habría evitado el problema recurrente del embolsamiento, su sentencia de muerte en la Primera Guerra Mundial. En un escenario como éste, Alemania podía invadir Francia en primer lugar y eliminar a su ejército de la guerra para después concentrar sus esfuerzos en el verdadero objetivo: las riquezas de la Unión Soviética. Según el plan básico de Hitler, Alemania aplastaría a la URSS y se convertiría en potencia mundial después de que Francia fuese derrotada, mientras los británicos (y estadounidenses) se quedaban observando de brazos cruzados. Una vez que hubiese redimido a la raza alemana, alcanzado el poder continental y comenzado el gran proyecto de salvar al planeta de los judíos, Alemania podría enfrentarse más tarde a los británicos y los estadounidenses si fuese necesario. Pero con Polonia como adversaria, todo su análisis se vio alterado: a partir del 30 de enero de 1939, como resultado de su firme decisión de comenzar una guerra a pesar del error de cálculo polaco, Hitler tuvo que contemplar un conflicto global que comenzaría no después, sino antes de que ganase su guerra europea. Una invasión alemana de Polonia podía empujar a Francia a una guerra contra Alemania, con lo que se crearía un cerco; o aún peor, podía atraer a Reino Unido, una eventualidad que Hitler esperaba evitar por todos los medios: si Alemania tuviese que librar una guerra prolongada en el oeste, se podía temer una intervención de la URSS por el este.^[38]

Por supuesto, en la mente de Hitler, una alianza contra Alemania con tal nivel de insidia sólo podía ser obra de los judíos. Dado que, según él, los judíos controlaban el auténtico poder en las capitales extranjeras, serían ellos quienes determinasen si una invasión alemana de Polonia en 1939 se convertía o no en una verdadera guerra mundial. Hitler parece haber creído que si se podía hacer entender a los judíos que una guerra mundial no les interesaba, entonces Francia, Reino Unido y la Unión Soviética permanecerían al margen del conflicto inicial. Si era posible disuadir a los judíos con amenazas, en ese caso la guerra alemana contra Polonia podía seguir siendo un conflicto local en Europa del Este, un contratiempo menor en los planes de Hitler en vez de un importante trastorno. De este modo, su fallida estrategia polaca no supuso ninguna advertencia para los polacos, sino más bien para los judíos.

Hitler pensaba que amenazar con el exterminio de los judíos influiría en la futura política de las grandes potencias, pero se equivocaba. La «profecía» del 30 de enero de 1939, tal y como Hitler la llamaría en discursos posteriores, no tuvo ninguna resonancia en París, Londres o Moscú. Lo que sí que importó fue la reanudación de la agresión alemana a Checoslovaquia varias semanas más tarde: el 15 de marzo de

1939, Alemania avanzó para completar la destrucción del país, incorporó las regiones checas de Bohemia y Moravia bajo un «protectorado» y creó un Estado eslovaco independiente que sería un aliado de Alemania. Quienes habían traicionado a Checoslovaquia frente a Alemania en Múnich, en septiembre de 1938, se veían ahora a su vez traicionados por ésta. Puesto que las tierras que Hitler había tomado estaban pobladas por checos y no por alemanes, quedaba claro que mentía al afirmar que su único interés era la autodeterminación nacional. Quienes en Londres y en París habían disfrazado su complicidad en el expolio de Checoslovaquia con su sentimiento de culpa tras la Primera Guerra Mundial cayeron en la cuenta de que habían contribuido a allanar el camino para la segunda. En marzo de 1939, París y Londres no podían más que llegar a la misma conclusión a la que Varsovia había llegado en diciembre del año anterior: Alemania estaba a punto de llevar a cabo una guerra de agresión a gran escala en la que las únicas alternativas eran la resistencia y la sumisión.

El 21 de marzo de 1939, unos días después de la destrucción de Checoslovaquia, Alemania desveló su nueva línea propagandística frente a Polonia. Tras cinco años coordinando su propaganda con Varsovia, Goebbels por fin podía decir lo que él, y sin duda muchos alemanes, pensaban de verdad. De la noche a la mañana, Polonia volvió a ser el antiguo enemigo, el opresor de los alemanes, la codiciosa y monstruosa creación generada por un injusto acuerdo de posguerra. La mala fortuna diplomática de Hitler con Varsovia se traducía en buena suerte en la política nacional. Una posible guerra no despertaba muchas simpatías entre los alemanes en 1939, pero una guerra contra Polonia por territorios fronterizos, que ahora parecía avecinarse, era mucho menos impopular que una guerra de agresión ideológica a gran escala y en alianza con Polonia contra la Unión Soviética.

El 25 de marzo de 1939, Hitler ordenó comenzar los preparativos para una guerra de destrucción contra Polonia. Aparte de los preliminares políticos dirigidos a Alemania y a la opinión pública, la campaña planeada no tenía nada que ver con Danzig o un corredor extraterritorial; es más, poco tenía que ver con una guerra en términos convencionales. Lo que Hitler de repente deseaba era la completa aniquilación del Estado polaco y la eliminación física de todos los polacos que pudieran ser capaces de construir dicho Estado. Lo seguiría repitiendo, una y otra vez, en las semanas posteriores. Este plan radical de destrucción de un sistema de gobierno y una nación política estaba en consonancia con sus ideas generales sobre los eslavos, y la invasión era un paso rumbo al este, hacia el granero ucraniano. Sin embargo, se contradecía tanto con sus acciones durante los cinco años anteriores como con los motivos para la hostilidad alemana que se habían anunciado y ahora aparecían en la prensa. El propósito de la propaganda era lanzar a los alemanes, sin que lo supieran, hacia un conflicto mucho mayor en el este.^[39]

Los polacos se encontraban en una posición relativamente buena para saber cómo sería la guerra. Sabían que la disyuntiva no consistía en elegir entre la guerra y la paz,

como había expresado en Múnich el primer ministro británico Neville Chamberlain, sino entre un tipo u otro de guerra: una campaña ofensiva como aliado alemán contra la Unión Soviética o una campaña defensiva contra un ataque alemán. Si Polonia hubiese optado por una alianza sumisa en vez de una resistencia desafiante, pensaba Beck, ministro de Asuntos Exteriores, «habríamos derrotado a Rusia y después habríamos llevado a las vacas de Hitler a pastar en los Urales». Beck, quien después de haber ocupado la cartera de Exteriores durante mucho tiempo se había granjeado muchos enemigos en Europa, se convertía ahora en héroe al oponer resistencia a Hitler en público. El 5 de mayo de 1939, en respuesta a los discursos de Hitler, se dirigió al Parlamento polaco empleando el tipo de lenguaje que, hasta ese momento, ningún hombre de Estado, ni siquiera los que gozaban de mayor poder y seguridad, le había dedicado a Hitler. Se podía llegar a un acuerdo en diversos asuntos, pero no en cuanto a la soberanía: «Sólo existe una cosa en la vida de las personas, de las naciones y de los Estados que no tiene precio –declaró Beck–: se trata del honor».^[40]

Aun así, ni el derrumbe de las relaciones germano-polacas ni la amenaza de guerra con Alemania tuvieron efecto alguno en la política polaca para con sus propios judíos. Esa política siempre había sido soberana, surgida del antisemitismo popular y las enormes tasas de desempleo, calculada a partir de presuposiciones sobre los intereses polacos. Desde la óptica polaca, Alemania era un socio desconcertante y poco eficaz en la cuestión judía, y sus políticas habían cerrado las puertas de Palestina y empujado a decenas de miles de judíos hasta Polonia. Cuando Reino Unido respondió a la agresión alemana contra Checoslovaquia garantizando la seguridad de Polonia, se abrió, desde la perspectiva de Varsovia, la posibilidad de un prometedor nuevo socio en política judía. Después de todo, Reino Unido ostentaba el Mandato de Palestina y decidía el número de judíos europeos que podían inmigrar.^[41]

Las relaciones polaco-británicas en la década de 1930 habían sido frías y no fue hasta la primavera de 1939 que los diplomáticos tuvieron una buena ocasión para plantear el tema palestino. En Ginebra, en los encuentros de la Sociedad de Naciones, los diplomáticos polacos acorralaron a sus homólogos británicos e intentaron explicar la necesidad de una política de inmigración de judíos polacos a Palestina, aunque sus peticiones eran fáciles de rechazar. Lo más parecido a un argumento que los polacos podían esgrimir era que el mundo se centraba sólo en la reducida población judía alemana, mientras que no prestaba ninguna atención a la polaca, que era mucho mayor. Los diplomáticos polacos argumentaron con mucha cautela que la apertura de Palestina a los judíos alemanes en exclusiva (algo que en cualquier caso no acabó sucediendo) sería vista como una injusticia en Polonia. En la primavera de 1939, los diplomáticos polacos pudieron poner sobre la mesa el problema de la emigración judía a propósito de un asunto de gran importancia: la inminencia de la guerra.^[42]

Cuando Beck voló a Londres en abril de 1939 para debatir asuntos supuestamente

relacionados con la amenaza alemana a Europa, trató la cuestión judía como si fuese el primer punto del orden del día. Dado que Beck y el ministro de Exteriores británico, lord Halifax, casi no se conocían, esta prioridad dio pie a un diálogo surrealista. A sabiendas de la obsesión de Beck, Halifax había intentado que su embajador en Varsovia explicase a los polacos que los dos Estados no tenían ninguna «cuestión colonial» que debatir. Halifax no prestó ninguna atención a Beck cuando éste planteó la cuestión palestina, y la política británica siguió avanzando en la dirección opuesta a las preferencias polacas. Ese mismo mes, el primer ministro Chamberlain declaró que si Reino Unido se veía obligado a causar el enfado de algún bando en Palestina, sería el de los judíos y no el de los árabes: la lealtad de árabes y musulmanes era demasiado importante para el Imperio británico en su conjunto como para ponerla en peligro, sobre todo en un momento de conflicto inminente.^[43] El Libro Blanco de mayo de 1939 recomendaba que la futura inmigración judía a Palestina se sometiera a aprobación árabe. Londres había decidido proteger a Polonia de la amenaza alemana y, en este sentido, de forma indirecta, a los judíos de Polonia, pero a los británicos los dejaba totalmente fríos la idea polaca de que Palestina tuviera que abrirse de forma inmediata a un asentamiento masivo judío.

A pesar de la nueva relación de Varsovia con Londres, la vía conspiratoria de la política polaca respecto a Palestina continuó operativa en la primavera de 1939. Las autoridades polacas mantuvieron su relación amistosa con el líder sionista revisionista Vladímir Jabotinski, quien después de la *Kristallnacht* tenía la esperanza puesta en la evacuación de un millón de judíos en 1939. Sabía que sus benefactores polacos defenderían su causa frente a los británicos.^[44] En los primeros meses del año, Jabotinski, igual que sus socios polacos, creía que la perspectiva de una guerra podría crear cierta apertura en Londres. Quería formar legiones judías que lucharían a favor de los británicos y contra los alemanes, con la esperanza de que el capital político ganado de este modo pudiera canjearse por el apoyo británico a un Estado de Israel después de la guerra. Aun así, un número cada vez mayor de sus seguidores no contemplaban la estrategia legionaria, sino la terrorista: un imperio debilitado por la guerra podría ser expulsado de la tierra natal de su nación. La política polaca se alineaba de esta forma con los rebeldes judíos a los que los británicos tenían más motivos para temer.

Entre febrero y mayo de 1939, al mismo tiempo que Reino Unido y Polonia unían sus fuerzas contra Alemania, el servicio secreto militar polaco adiestraba a un selecto grupo de activistas del Irgún en un emplazamiento secreto cerca de Andrychów. Los oficiales polacos hacían hincapié en el tipo de medidas en las que los polacos habían aplicado con éxito durante y después de la Primera Guerra Mundial: los sabotajes, los bombardeos y el combate irregular contra un ejército de ocupación. Los 25 judíos adiestrados procedían de Palestina, pero fueron instruidos en polaco (mediante interpretación al hebreo). Al final del programa compareció Abraham Stern y pronunció un discurso entusiasta. En polaco agradeció su apoyo a los oficiales

polacos y reparó en las semejanzas entre ambas luchas por la liberación, la judía y la polaca. En hebreo describió la futura invasión judía de Palestina. Tal y como observó más tarde uno de los participantes de forma bastante comedida, «el apoyo del Gobierno polaco al Irgún puede considerarse un acto hostil hacia Reino Unido, con quien Polonia pretendía firmar un tratado».^[45]

Los hombres a quienes se dirigía Stern se convirtieron en los oficiales del Irgún que liderarían el levantamiento contra los británicos. A su regreso a Palestina en mayo de 1939, exactamente a la vez que se publicaba el Libro Blanco británico y justo después de que Polonia aceptase una garantía de seguridad británica, estos radicales judíos comenzaron a emplear las armas y el adiestramiento facilitado por los polacos en operaciones contra el nuevo aliado de Polonia. Los británicos se percataron de que estaban bien adiestrados y confiscaron algunas de sus armas, pero jamás llegaron a vincularlos con Varsovia.^[46]

Los oficiales del servicio secreto militar polaco destacaban en los tipos de insurgencia en que adiestraron al Irgún, así como en ciertos campos del contraespionaje. Una unidad especial del servicio secreto, por ejemplo, había descifrado el sistema mecanizado de códigos alemán conocido como «Enigma» y había fabricado duplicados de la máquina con el fin de descodificar los mensajes.^[47] En julio de 1939, unos expertos en criptografía facilitaron sus conocimientos y dichos duplicados a sus aliados británicos y franceses. Este trabajo resultaría de vital importancia para los británicos más tarde, durante la guerra, y serviría de base para la estación de descifrado de Bletchley Park. A la hora de calcular cómo se desarrollaría la guerra, sin embargo, los hombres y las mujeres del servicio secreto polaco cometieron un error garrafal.

Desde 1933, el servicio secreto polaco, el Segundo Departamento de Personal General, veía como una amenaza tanto a la Unión Soviética como a la Alemania nazi, aunque los soviéticos eran los que más preocupaban. El debate en las altas esferas de este departamento giraba en torno a la mayor o menor probabilidad de una invasión soviética o alemana. Pocos, si acaso alguno, de los oficiales supieron prever que la decisión de no aliarse con la Alemania nazi desembocaría en una rápida invasión alemana de su país. Una vez que Reino Unido y Francia hubieron garantizado la soberanía de Polonia, Alemania se vio cercada por el este y el oeste. Hitler había perdido, al menos por el momento, cualquier esperanza de lograr la constelación que buscaba: la indiferencia del Reino Unido como apoyo a la guerra contra la Unión Soviética. Polonia, de la que no se esperaba que decantase la balanza de un lado o del otro, había alterado la premisa básica de *Mi lucha*.^[48] Evidentemente, la única oportunidad de Alemania de evitar el cerco quedaba al este de Polonia, en la propia Unión Soviética; y ésta fue la lógica que Hitler, en efecto, siguió.

Se podía perdonar a los polacos que no se esperasen esto. Tenían sospechas

fundadas de que Alemania planeaba invadir la Unión Soviética, pero, aun así, pocas personas en Varsovia o en ningún otro lugar podían haber anticipado los rápidos cambios tácticos de Hitler. Al considerar que sólo el objetivo final importaba, era capaz de ir improvisando casi todo sobre la marcha. De este modo, después de toda una trayectoria de anticomunismo y de cinco años intentando reclutar a Polonia para luchar contra la Unión Soviética, Hitler optó por pedir a los soviéticos que participasen en la guerra contra Polonia. El 20 de agosto de 1939, solicitó una reunión de su ministro de Exteriores, Ribbentrop, con los dirigentes soviéticos. Stalin llevaba tiempo esperando algo así. Berlín podía ofrecer lo que Londres y París no podían: rehacer Europa del Este. Después de que la política alemana cambiase y se opusiese abiertamente a Polonia en primavera, Stalin le dedicó a Hitler un gesto revelador: a sabiendas de que Hitler había jurado no hacer las paces jamás con los comunistas judíos, despidió a su comisario de Asuntos Exteriores judío, Maxim Litvínov, unas semanas después de la ruptura pública entre Alemania y Polonia. Hitler anunció a los comandantes del Ejército que «el despido de Litvínov era decisivo» y cuando Ribbentrop llegó a Moscú, se encontró con el ruso Viacheslav Mólotov.^[49]

El acuerdo firmado por Ribbentrop y Mólotov el 23 de agosto de 1939 era mucho más que un pacto de no agresión: incluía un protocolo secreto que dividía Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania y Polonia en dos esferas de influencia, la soviética y la alemana. Polonia quedaba repartida entre las dos, con la implicación obvia de que los soviéticos se unirían a los alemanes en la invasión del país y cooperarían en la destrucción del Estado y la sociedad política. El contenido exacto del protocolo secreto no debía conocerse hasta que el significado del acuerdo quedase claro para los observadores de los servicios secretos. La paz con la Unión Soviética proporcionó, como mínimo, carta blanca a Hitler.

Por casualidad, el Congreso Mundial Sionista se estaba celebrando en Ginebra cuando la noticia del pacto Mólotov-Ribbentrop se dio a conocer a través de la prensa internacional. Los judíos allí reunidos, de Europa y de todos los rincones del planeta, quedaron horrorizados. El líder de los Sionistas Generales, Chaim Weizmann, clausuró el congreso con las palabras: «Amigos, sólo tengo un deseo: que todos sigamos con vida», y no había ni un ápice de melodrama en ellas.^[50] Las regiones señaladas bajo el protocolo secreto del acuerdo germano-soviético eran uno de los núcleos territoriales de la comunidad judía mundial que los judíos llevaban poblando medio milenio sin interrupción. Este núcleo estaba a punto de convertirse en el lugar más peligroso para los judíos en toda su historia: veinte meses después, allí daría comienzo un Holocausto y en tres años la mayor parte de los millones de judíos que vivían allí estarían muertos.

Para Stalin, el trato con Hitler fue un gran alivio. Él y muchos de sus camaradas

habían leído los escritos de Hitler y se los tomaban en serio. Stalin comprendía que Hitler apuntase a las fértiles tierras de labranza de Ucrania y así lo hizo saber en diversas ocasiones. Al acceder a repartirse Europa oriental con Hitler, guardaba la esperanza de desviar el conflicto armado hacia Europa occidental, donde Reino Unido y Francia tendrían que vérselas con los alemanes. Desde una perspectiva ideológica soviética, esto significaba que las contradicciones del capitalismo se estaban solucionando sobre el campo de batalla, con la ayuda de un empujoncito de la diplomacia soviética. Desde la perspectiva táctica de Stalin, la mejor forma de librar la guerra era dejar que los demás se desangrasen hasta la última gota y después llegar para quedarse con el botín.

Igual de pertinente que los cálculos de Stalin sobre el futuro conflicto era su actual sociedad de intereses con Hitler. En 1939, Hitler llegó a la misma conclusión a la que Stalin había llegado en 1934: visto que Polonia había dejado de ser un aliado posible en una guerra europea, no tenía sentido que existiese. Mólotov se refería a Polonia como el «vástago feo» y Hitler como la «creación inverosímil» de Versalles. Stalin declaró el «deseo común de acabar con el viejo equilibrio». Sabía que la ruptura de dicho equilibrio significaba el caos y el dolor para los judíos, pues era consciente de que la división de Polonia por la mitad significaba entregar dos millones de judíos a Hitler. El Tratado de Amistad, Cooperación y Demarcación que firmaron los soviéticos y los alemanes el 28 de septiembre de 1939 hizo pasar a Varsovia, que capituló ese mismo día tras el asedio alemán, de la zona soviética a la alemana. Así fue como Stalin concedió a Hitler la ciudad judía más importante de Europa. La invasión conjunta de Polonia, afirmó Stalin, supuso sellar «con sangre» la amistad con Alemania, y mucha de esa sangre derramada en Polonia durante la guerra sería la de civiles judíos, entre ellos la de trescientos mil judíos de Varsovia.

[51]

Aparte de los propagandistas soviéticos y alemanes, que trabajaban en armonía, pocos podían ver algo de bueno en el pacto Mólotov-Ribbentrop. Una excepción, a miles de kilómetros de distancia, eran los evangelistas estadounidenses conocidos como dispensacionalistas, que creían en un próximo Armagedón en el que serían transportados hasta el cielo. Para ellos, el inverosímil acuerdo entre nazis y estalinistas podía leerse como la realización de la profecía bíblica (Ezequiel 38) de una alianza entre Gog y Magog que atacaría la tierra de Israel y de este modo cumpliría con una de las condiciones previas al regreso del Mesías.^[52]

En Palestina, Abraham Stern sacó como conclusión del pacto Mólotov-Ribbentrop que Hitler era más pragmático de lo que parecía. Si el Führer estaba dispuesto a negociar con una Unión Soviética a la que siempre había condenado como un frente del poder judío, ¿por qué no habría de hacerlo con los propios judíos? Quizás el próximo conflicto, a pesar de todo, proporcionaría a los judíos algún tipo de oportunidad para la salvación. Stern, que había bebido en abundancia de la copa del mesianismo secular, no se alejaba tanto de los estadounidenses que imaginaban el

regreso de Jesucristo cual salvador, empuñando una espada en vez de una rama de olivo y masacrando a sus enemigos en vez de amándolos. La inspiración poética de Stern, Uri Zvi Greenberg, escribió sobre la llegada en tanque del Mesías. El propio Stern profetizó que la sangre de los judíos, adornada con los lirios blancos de los sesos que saldrían volando de sus calaveras, serviría de alfombra roja al Mesías.^[53]

Stern estaba a punto de perder un benefactor en una cruenta tragedia equiparable a la más oscura fantasía poética. El 22 de agosto de 1939, Hitler les explicó a sus generales que la «destrucción de Polonia» estaba «en primer plano. El objetivo es destruir fuerzas vivientes, no alcanzar ninguna línea en particular». Ésta era la oportunidad, aunque inesperada, de comenzar una guerra racial. Y continuaba: «Cerrad vuestros corazones a la compasión. Acción brutal. Ochenta millones de personas deben recibir su merecido».^[54] Alemania era en efecto la más fuerte con diferencia, en gran medida gracias a lo que Hitler había obtenido en 1938 de Austria y Checoslovaquia sin necesidad de ninguna guerra.

La invasión de Polonia procedía de todos los frentes: el 1 de septiembre las fuerzas nazis atacaron por el norte y el oeste desde Alemania; las que estaban estacionadas en lo que había sido Checoslovaquia atacaron por el sur con la colaboración de tropas eslovacas; y después, el 17 de septiembre, entró el Ejército Rojo por el este. Fuerzas alemanas y soviéticas se encontraron en Brest y organizaron juntas un desfile de la victoria, con la esvástica precediendo la hoz y el martillo, «Deutschland über Alles» seguido por la Internacional. El comandante soviético invitó a los reporteros alemanes a que lo visitaran en Moscú tras compartir la «victoria sobre la capitalista Albión». Algunos de los tanques alemanes admirados en las calles de Brest eran probablemente de fabricación checoslovaca, y algunos de los soldados alemanes y los agentes de las SS que estaban invadiendo Polonia eran austríacos. La superioridad técnica alemana, que Hitler veía como superioridad racial, era un hecho. Cuando las fuerzas aéreas alemanas sobrevolaron el desfile en Brest, sus pilotos estaban haciendo una pausa de sus bombardeos para infundir el terror sobre las ciudades y los pueblos polacos. El bombardeo de civiles era una táctica que los europeos generalmente juzgaban legítima si se empleaba en dominios coloniales; ahora se utilizaba en la propia Europa. Se asesinaron muchísimos más judíos en el bombardeo alemán de Varsovia en septiembre de 1939 que como resultado de la suma de todas las estrategias alemanas puestas en práctica durante los seis años que Hitler llevaba en el poder. De la misma forma, los siete mil soldados judíos muertos en combate durante la resistencia a la invasión alemana superaban con creces al número de judíos asesinados en Alemania hasta ese momento.^[55]

La invasión alemana de Polonia se llevó a cabo bajo la premisa de que Polonia no existía, no había existido y no podía existir como Estado soberano. Los soldados hechos prisioneros podían ser ejecutados, ya que en realidad el Ejército polaco no

podía haber existido como tal. Una vez que hubo finalizado la campaña, lo que dio comienzo no fue una ocupación, ya que según la lógica nazi no existía ningún sistema de gobierno previo cuyo territorio pudiera ser ocupado. Polonia era una designación geográfica que hacía referencia a unas tierras que habían de ser tomadas. Los expertos alemanes en derecho internacional sostenían que Polonia no era un Estado, sino un mero lugar sin una soberanía legítima sobre el que los alemanes se habían erigido como amos. Este estado de cosas se basaba en la mera voluntad del Führer; una vez que la guerra se había puesto en marcha, ésta era suficiente para administrar cualquier asunto de importancia fuera de las fronteras de la Alemania de preguerra. Había dado comienzo la verdadera revolución nazi.^[56]

La anulación de la condición de Estado y de la ley no era un detalle técnico, sino más bien un asunto de vida o muerte. Tradicionalmente, los Estados europeos daban por sentada la legitimidad de los demás regímenes; incluso cuando estaban en guerra entre sí, reconocían la existencia y el carácter particular de las prácticas constitucionales del otro. La ciudadanía sólo cobra sentido si se reconoce recíprocamente; Hitler estaba destruyendo el principio de ciudadanía al destruir una *civitas* vecina y, por lo tanto, arrastrando a Alemania junto con Europa hacia el desgobierno. Alemania estaba tratando a Polonia de la misma forma que los Estados europeos habían tratado a las colonias en sus épocas más destructivas: como un pedazo de tierra poblada por seres descontrolados e indefinidos. Las publicaciones de las SS describían Polonia, un país en el que vivían más de treinta millones de personas, como un «territorio virgen». Los italianos captaron el mensaje rápidamente y compararon Polonia con Etiopía, su particular conquista africana.^[57]

Combinar esta utópica imagen colonial con la realidad política del siglo xx en el centro de Europa exigía no sólo reprimir a personas, sino también destruir las instituciones que estaban, de hecho, presentes. El grueso de la labor imperial de Alemania en Polonia implicaría no tanto la creación de algo nuevo como la eliminación de lo que realmente había allí. Restablecer la ley de la jungla en un país donde los bosques se habían despejado hacía mil años requeriría una enorme cantidad de trabajo.

La destrucción del Estado polaco se logró tanto con tinta como con sangre. Mientras los juristas ponían en funcionamiento sus máquinas de escribir, los asesinos hacían lo propio con sus armas. Hitler exigía el «exterminio masivo de la *intelligentsia* polaca». En caso de que existiese algo como la cultura polaca, pensaba Hitler, desaparecería con la eliminación física de sus relativamente pocos «portadores». Hitler previó una «resolución del problema judío» mediante el asesinato de aquéllos a quienes pudiera considerarse plenamente humanos. La invasión de Polonia proporcionó a los destructores del Estado de las SS la tapadera de la guerra para su misión fuera de la ley. Heydrich organizó los *Einsatzgruppen*,

cuerpos especiales de policías y miembros de las SS normalmente dirigidos por miembros veteranos del partido y la propia organización, y dio instrucciones a sus subordinados para que asesinasen a figuras destacadas y, de este modo, impedir la creación de una resistencia polaca; por ejemplo, se ordenó buscar y matar a todos los antiguos miembros de las Legiones Polacas y la organización militar polaca. La operación más importante de los *Einsatzgruppen* dio en llamarse «Tannenberg»: su plan consistía en asesinar a unos sesenta y un mil ciudadanos polacos.^[58]

Los *Einsatzgruppen* asesinaron en el otoño de 1939 a casi tantas personas como se esperaba, aunque al principio fueron bastante ineptos a la hora de localizar a determinados individuos. En cualquier caso, prosiguieron con la matanza de los grupos seleccionados como objetivo una vez concluidas las operaciones militares en octubre y tras su establecimiento en las ciudades polacas como policía alemana permanente. Heydrich esperaba que la completa «liquidación de polacos prominentes» hubiese finalizado antes de noviembre. Cuando la ejecución de decenas de miles de polacos en 1939 pareció no ser suficiente, se identificaron aún más «elementos de liderazgo» con el fin de que fuesen «liquidados» en ejecuciones masivas en los bosques a las afueras de las ciudades más importantes en la primavera de 1940. Heydrich imaginó que el asesinato de las élites convertiría a los polacos en una masa de obreros. Himmler predijo que desaparecería incluso la idea de una nación polaca.^[59]

El primer golpe de la ofensiva alemana –militar, política y racial– iba dirigido contra Polonia como entidad política más que contra sus ciudadanos judíos. Pero fueron precisamente éstos quienes sufrieron las peores consecuencias de la destrucción del Estado polaco. Las minorías son las que más dependen de la protección del Estado y el imperio de la ley, y son ellas normalmente las que resultan más perjudicadas en tiempos de guerra y caos. A finales de la década de 1930, los judíos de Polonia, sin duda, tenían razones para temer el antisemitismo oficial y popular en su país. Aun así, tras una posible destrucción de Polonia, tenían mucho más que perder que el resto de los ciudadanos polacos. La aniquilación del Estado polaco por el poder nazi no era una mera desaparición, sino más bien una explosión en pedazos de las instituciones existentes en la que los fragmentos resultantes tenían bordes cortantes y afilados.

La primera fragmentación fue la de la autoridad nacional. El Tratado Germano-Soviético de Amistad, Cooperación y Demarcación de septiembre de 1939 hablaba del «derrumbamiento del Estado polaco»; el lenguaje jurídico alemán utilizado posteriormente negaba que jamás hubiese existido dicho Estado. De golpe y porrazo, los judíos dejaron de ser ciudadanos de ningún lugar. En ese sentido, tampoco lo eran los polacos, ucranianos, bielorrusos o cualquier otra persona con documentos polacos (excepto los miembros de la minoría alemana, que de repente se vieron privilegiados). Gran parte de la población sometida se adaptó de inmediato a las

expectativas raciales alemanas. En cuanto los alemanes llegaban a las ciudades polacas para distribuir alimentos, algunos polacos señalaban a los judíos que esperaban en la cola para que a ellos les dieran más y a los judíos menos (o nada).^[60] El racismo y el materialismo fueron de la mano desde el primer momento. Con la abolición del principio de ciudadanía y el establecimiento del principio de la raza, nadie quería que lo trataran peor que a los judíos.



Gran parte del oeste de Polonia fue anexionado al Reich; o, según la terminología oficial, devuelto de nuevo al Reich. Los nuevos distritos alemanes extraídos de territorios polacos, los nuevos *Gaue*, estaban gobernados por compinches de Hitler, viejas glorias del partido nazi. Estos líderes tenían mucha más libertad de acción que sus colegas en los distritos que ya eran alemanes antes de la guerra, quienes siempre tenían que sobrellevar la carga de la legalidad y la burocracia. El *Gaue* más importante y de mayor tamaño era el *Warthegau*, donde vivían 4,2 millones de polacos, 435 000 judíos y 325 000 alemanes. Se trataba de un nuevo tipo de distrito alemán. La Alemania prebélica era en su inmensa mayoría alemana; ahora los alemanes eran una élite colonial y la población mayoritaria eran «súbditos protegidos». Los niños polacos, por ejemplo, tenían que aprender un alemán simplificado en el colegio, de modo que se les pudiese distinguir como racialmente

inferiores pero fuesen capaces de recibir órdenes de los alemanes. Gran parte de la Polonia central se transformó en una colonia denominada «Gobierno General». En un principio se llamó «Gobierno General de los Territorios Polacos Ocupados», pero esta denominación quedó descartada porque daba a entender que Polonia había llegado a existir, y según la lógica nazi, no se había producido ninguna ocupación, sino más bien una colonización de territorio legalmente «vacío». Aquí, el grado de libertad era aún mayor que en los nuevos *Gaue*, ya que allí ni siquiera se simulaba que existiesen leyes alemanas.^[61]

En las zonas anexionadas y en el Gobierno General, el derecho civil polaco fue reemplazado por la represión antijudía, que se aceleró a un ritmo imposible durante la Alemania prebélica. En octubre de 1939, los alemanes confiscaron «los bienes del antiguo Estado polaco» y todas las propiedades judías, se prohibió a los judíos ejercer profesiones liberales y se obligó a los hombres a que se ofreciesen como mano de obra.^[62] Los judíos perdieron el derecho a permanecer donde estaban. Tanto Heydrich como el nuevo gobernador general, Hans Frank, ordenaron la guetización de los judíos polacos. Aunque estas medidas se aplicaron de forma distinta en las diferentes regiones, a finales de 1941 la mayoría de los judíos polacos vivía tras los muros de un gueto. Lo fundamental era que en todas partes se asumía sin más que se podía separar a los judíos de la protección de la ley: no conservaban poder alguno para decidir dónde estar físicamente ni ningún derecho a poseer bienes. Empezando por Polonia, los alemanes establecieron guetos en todos los países en los que habían intentado destruir el Estado, pero no en aquéllos donde habían llevado a cabo una ocupación convencional. El gueto era la expresión urbana de la destrucción del Estado.

La creación de guetos en las ciudades significaba una transformación esencial del paisaje polaco. Los judíos habían pasado de estar presentes casi en cualquier rincón de la Polonia prebélica a concentrarse en un reducido número de vecindarios urbanos, lo que posibilitó que los alemanes robasen todas las posesiones judías que pudieron (e incluso violasen a muchachas y mujeres judías). La señal a la población vecina era inequívoca. A menudo los judíos habían estado fuera del ámbito de los asuntos morales en la Polonia de entreguerras; ahora estaban fuera del alcance de la ley y sobre todo del ámbito de la vida diaria. Antes de que se estableciesen los guetos y se deportase allí a los judíos, sus vecinos polacos ya se habían visto empobrecidos por la Administración alemana durante aproximadamente un año. Es de presuponer que esto hizo que los polacos fuesen más proclives a robar a los judíos cuando se presentaba la ocasión. Como ocurría en todos lados, la población de Polonia tendía a odiar a aquellos a quienes robaban porque a ellos les habían robado.^[63]

Para la mayoría de los polacos, las guetizaciones de 1940 y 1941 fueron el momento en que los judíos desaparecieron de sus vidas. Cientos de años de poblaciones mixtas se convirtieron en pasado de repente, de un día para el otro. Los judíos, que antes formaban parte del paisaje diario, ahora sólo se dejaban ver en filas

de trabajo o a través de los muros; incluso, en muy raras ocasiones, escondidos. Sus casas en los pueblos y sus pisos en las ciudades esperaban a ser ocupados, y sus quehaceres tradicionales, en el comercio y las profesiones liberales, pasaban a manos de otros. Es obvio que la ocupación alemana no supuso una mejora social como tal para los polacos, ya que las personas cultas eran asesinadas y al resto se las trataba como proletariado sin voz. Los polacos de la zona del Gobierno General eran apresados en plena calle y enviados a campos de trabajos forzados. Todo esto creó un escenario de relativas privaciones en el que muchos polacos consideraban aceptable quedarse con todas las propiedades judías que pudieran mientras los judíos desaparecían. El robo por parte de los polacos de bienes judíos no los convertía en aliados de los alemanes, pero sí los obligaba a intentar justificarse por lo que habían hecho y a inclinarse por apoyar cualquier política que impidiese a los judíos recuperar lo que había sido suyo.^[64] En cualquier caso, en el Gobierno General ayudar a los judíos que escapaban de los guetos estaba prohibido so pena de muerte.

La segunda fragmentación que conllevó la destrucción alemana del Estado polaco fue la de la autoridad local, tanto la de las administraciones de pueblos y condados de antes de la guerra como la de los organismos autónomos judíos. Se destruyó el Gobierno central, se abolió la legislación y se declaró que el Estado polaco jamás había existido. Las autoridades locales se mantuvieron en sus puestos, pero desvinculadas de las leyes y costumbres previas. Eliminadas de la anterior jerarquía institucional por la práctica alemana, su función se vio fundamentalmente alterada por las prioridades nazis. Ya no ejecutaban órdenes de los ministerios centrales ni representaban los intereses de los ciudadanos locales, pues ya no existían ni los ministerios ni tampoco los ciudadanos. En su lugar, se encargó personalmente a los responsables locales la puesta en práctica de las políticas raciales alemanas: supervisaban la deportación de los judíos a los guetos y la distribución de los bienes no requisados por los alemanes.

A los judíos enviados a los guetos les esperaba una triste farsa de las autoridades judías de entreguerras: el *Judenrat*, instituido por orden del gobernador general Frank en noviembre de 1939. Bajo Piłsudski, a los judíos de Polonia se les había permitido elegir unas autoridades locales autónomas conocidas como *kehillot* o *gminy*. Estos órganos tenían responsabilidades en materia de religión, matrimonio, ritos fúnebres, sacrificios y en algunas medidas relativas a la previsión social y la educación. Las autoridades comunitarias judías estaban autorizadas a recibir dinero del extranjero para la financiación de estas actividades. Bajo los alemanes, estos organismos locales, formados normalmente por las mismas personas, se convirtieron en el *Judenrat*, que se encargaba de la ejecución de las órdenes alemanas. No estaban en relación de reciprocidad con el Estado polaco, que ya no existía, y por lo tanto se les impedía que mantuviesen los vínculos con otras comunidades judías del resto del mundo. Lo más fácil para los alemanes era aceptar la *kehilla* tal como era, de la misma forma que lo más fácil era aceptar a los alcaldes y responsables municipales

ya en ejercicio. Lo que normalmente resultaba decisivo era la destrucción del Estado polaco y el carácter de la política alemana, no el carácter de estos individuos. Los que se marchasen siempre podían sustituirse por otros.^[65]

Los nuevos cuerpos policiales judíos, armados con porras, estaban técnicamente subordinados a los *Judenräte*, pero en los casos de vital importancia recibían órdenes de los alemanes. El jefe de los dos mil miembros de la unidad policial del gueto de Varsovia era Józef Szeryński, que había trabajado al servicio de la policía polaca antes de la guerra. Algunos jóvenes judíos procedentes de Beitar, a quienes el Estado polaco había adiestrado en el uso de las armas, también mostraron cierto interés por alistarse en la policía judía. Los agentes judíos trataban de resolver los conflictos entre judíos para evitar así que hubiese que recurrir a la autoridad alemana. A partir de 1940, la policía judía supervisó las labores obligatorias a las que se sometía a todos los judíos. Desde 1941, empezaron a detener a sus correligionarios para deportarlos desde los guetos hasta los campos de trabajos forzados; en 1942, a campos de exterminio. Los informadores judíos que ofrecían sus servicios a los alemanes solían ser personas con antecedentes como informantes de la policía polaca antes de la guerra. Naturalmente, ahora proporcionaban un tipo de información distinta.^[66]

La tercera fragmentación del Estado polaco fue la separación de una institución, antes centralizada, de la destrozada jerarquía: la policía polaca. La policía profesional polaca había sido hasta entonces una institución organizada de forma jerárquica que dependía del Ministerio del Interior. En la década de 1930, la policía polaca había resultado decisiva para la defensa de la vida, el comercio y la política judíos. Los comerciantes judíos mantenían una relación amistosa, a menudo a través de sobornos, con los agentes encargados de proteger los mercados locales. En ocasiones la policía polaca se ponía del lado de los polacos en las peleas con los judíos, aunque los nacionalistas polacos se quejaban de que los agentes se posicionaban del lado de Beitar. A menudo los jueces polacos culpaban a los judíos de provocar la violencia de la que eran víctimas. Con todo, se esperaba de la policía polaca en su conjunto que impidiese los pogromos y, por regla general, así lo hacía. En la Polonia de los años treinta, un pogromo se consideraba una violación de la propiedad pública y una tentativa de demostrar la debilidad del Estado. La mayoría de los agentes de policía, independientemente de su opinión sobre los judíos, era consciente de sus obligaciones para con el orden burgués.

Entonces ese orden cambió. Un Estado convencional que procuraba ostentar el monopolio de la violencia se vio destruido por un régimen racial que procuraba canalizar la anarquía. Con la destrucción del Estado polaco en septiembre de 1939, sus policías dejaron de tener superiores de quienes recibir órdenes: los más altos responsables del Estado salieron de Varsovia, dejando que la policía decidiese por sí sola cómo actuar. No puede decirse que los policías polacos se pusieran del lado de los alemanes, ya que muchos agentes de toda Polonia optaron por concentrarse en

Varsovia y combatir contra los alemanes durante el asedio de la capital. Tras la capitulación, se enfrentaron al clásico dilema de las fuerzas del orden: abandonar sus puestos provocaría el caos y la delincuencia; quedarse significaba trabajar para el invasor extranjero. La mayoría optó por lo último. La Policía del Orden alemana reorganizó racialmente las unidades que se convertirían en la subordinada Policía del Orden polaca (conocida como «policía azul»): los judíos no podían retomar sus funciones, y los polacos no podían detener a los alemanes. Mientras que a los alemanes, por lo común, no se los castigaba por negarse a cumplir las órdenes de disparar contra los civiles, los policías polacos podían ser ejecutados. También estaban subordinados a una estructura alemana que en un principio no podían esperar entender: la Policía del Orden alemana, que en última instancia quería decir Himmler. En los años siguientes, unos treinta mil agentes de este cuerpo participarían en el asesinato de judíos en Polonia. La policía polaca, con el tiempo, se convirtió en una pieza subordinada del aparato alemán de guerra racial.^[67]

El Estado polaco tenía que ser destruido porque en 1939 Hitler estaba furioso e impaciente y no tenía una forma mejor de aproximarse a la frontera soviética que borrar del mapa el país que se interponía entre ambos. Hitler estaba dotado de una ideología que le permitía prever la destrucción de Estados en nombre de la naturaleza y tenía a su disposición un ejército y unos cuerpos especiales imponentes cuya misión fundamental era la destrucción de las instituciones para posibilitar la guerra racial. Las SS y los *Einsatzgruppen* empezaron cometiendo asesinatos a gran escala en Polonia –pero su principal objetivo eran las élites polacas, no los judíos.

Los judíos, que no eran vistos como una raza, debían ser eliminados del entorno en su totalidad. El nuevo desgobierno alemán se materializó de la forma más chocante con la expulsión de judíos de sus hogares y su envío a guetos en las ciudades. Para los alemanes, los guetos eran depósitos contenedores donde concentraban a los judíos antes de su deportación a algún lugar exótico donde la naturaleza seguiría su rumbo. En los guetos superpoblados, las muertes multiplicaban por diez el número de nacimientos. La mayoría de personas que murieron en los primeros meses eran judíos que habían sido deportados desde el campo o desde otras ciudades y tenían pocas posesiones y contactos. Los grandes guetos, como el de Varsovia, cobraron una especie de apariencia colonial, con *rickshaws* en lugar de automóviles (robados por los alemanes) y tranvías (restringidos por los alemanes). El fulgor del sometimiento atraía a los turistas alemanes, que a menudo regresaban a casa con una agradable sensación de superioridad imperial.^[68] El problema para los dirigentes en Berlín era la inexistencia de una colonia real de ultramar adonde deportar a los judíos.

La política racial nazi de 1939 y 1940, es decir, la purificación de los territorios polacos conquistados, fue un caos cruel. El 7 de octubre de 1939 se concedieron a

Himmler amplios poderes, a la manera de un comisario racial. Su mejor idea fue deportar a los judíos y polacos desde los territorios polacos anexionados a Alemania hasta el Gobierno General. Aunque la medida hubiese tenido éxito, que no fue el caso, no habría hecho más que desplazar a los enemigos raciales unos kilómetros más al este. El enorme número de polacos de los territorios anexionados convirtió el plan en una distopía. En estos nuevos territorios del Reich, los polacos superaban a los alemanes en una proporción de veinte a uno, e incluso los judíos superaban ligeramente a los alemanes. Łódź, incorporada a la Alemania nazi, se convirtió en la ciudad judía y polaca más grande en número de habitantes.^[69]

En la práctica, Himmler deportó a los polacos primero. Se los consideraba el pertinente enemigo político y sus granjas podían ser entregadas a los alemanes que llegaban procedentes de los territorios que la Unión Soviética había invadido. Unas 87 883 personas fueron deportadas desde los territorios anexionados en diciembre de 1939, y otras 40 128 a principios del año siguiente; la mayoría eran polacos. Estas cifras representan una gran cantidad de sufrimiento humano, pero apenas alteraron el equilibrio demográfico. El traslado de judíos desde el Reich hasta el Gobierno General no tenía ningún sentido como concepto y quedó sin realizar en la práctica, pero despertó entusiasmo entre algunos alemanes del territorio prebélico del Reich, que empezaron a ejercer presión para que se deportase a los judíos de sus localidades. Heydrich tuvo que poner freno a dichas iniciativas locales en diciembre de 1939. Fue entonces, en enero de 1940, cuando Eichmann, subordinado de Heydrich, llevó a cabo un acercamiento a Stalin: ¿estaría dispuesta la Unión Soviética a aceptar a dos millones de judíos de la Polonia ocupada por los alemanes?^[70] A Stalin no le interesaba permitir una entrada masiva en la URSS sin ningún tipo de filtro; la recepción de judíos parece haber sido una de las pocas peticiones nazis a las que se negó durante el periodo de su alianza con Hitler.

Los guetos se convirtieron en un redil de retención para un plan de deportación mucho más ambicioso: la evacuación de los judíos a Madagascar. Se trataba del agujero negro para judíos que había recibido una mayor atención en Alemania y en toda Europa antes de la guerra. Era la solución que en 1938 Hitler había sugerido a los líderes polacos, quienes no alcanzaban a comprender cómo pretendía combinarlo con la guerra. Una victoria sobre Francia, esperaban los líderes alemanes, les abriría las puertas de Madagascar, pues se trataba de una colonia francesa. Una vez derrotada Polonia, Hitler retomó su argumento inicial para la guerra: eliminar la amenaza francesa por el oeste para evitar el problema estratégico del cerco y después atacar a la Unión Soviética para lograr el objetivo de la guerra, el *Lebensraum*. Tras la entrada de las tropas alemanas en París el 14 de junio de 1940, Eichmann encomendó a un enviado que buscase la documentación de las conversaciones polaco-francesas sobre Madagascar de 1936.^[71] El nuevo Gobierno francés instaurado en Vichy apoyaba la deportación, pero el traslado de millones de personas desde Europa al océano Índico era un proyecto que exigiría la aprobación, y aun el apoyo, del Imperio británico.

Cuando Francia cayó, Reino Unido permaneció en la guerra.

Ésta fue la última sorpresa de Hitler, que se había equivocado en una serie de predicciones estratégicas. Se suponía que los aliados occidentales defenderían Checoslovaquia, pero no lo hicieron; se suponía que Polonia no combatiría, pero sí lo hizo; se suponía que Francia seguiría luchando más tiempo del que en realidad luchó; se suponía que Reino Unido consideraría que la paz era lógica si Francia caía, pero no fue así. Winston Churchill, que había sucedido a Chamberlain como primer ministro, era el desafío personificado. El 10 de julio de 1940, Hitler inició una guerra aérea con Reino Unido y expresó su convicción de que la victoria eliminaría la última barrera del plan de Madagascar.^[72] Sin embargo, no se encontraba en condiciones de vencer a Reino Unido: las fuerzas aéreas británicas, que reclutaron como oficiales a expertos pilotos polacos y checos, arrasaron a las alemanas. La armada alemana era demasiado pequeña para preparar un ataque anfibio contundente en la costa británica. Como tantas otras cosas, la invasión no se había meditado seriamente. El proyecto preliminar de la deportación a Madagascar ya se había quedado obsoleto cuando se completó, en agosto de 1940, puesto que para entonces Hitler había desechado ya cualquier intención de ocupar Gran Bretaña.

Cuando Hitler comprendió que Madagascar era imposible, sus pensamientos volvieron a la Unión Soviética. El 31 de julio de 1940, tan sólo tres semanas después del inicio de su poco entusiasta campaña británica, pidió a sus generales que revisaran los planes de invasión de la Unión Soviética y les recordó que la guerra contra la URSS sólo tendría sentido si Alemania era capaz de «aplastar el Estado» y de hacerlo «de un solo golpe». En diciembre dictó la directriz oficial para la propuesta de planes de guerra para «machacar a la Rusia soviética con una campaña rápida».^[73]

De este modo se trasladaba el agujero negro para los judíos desde un escenario imperial recóndito y exótico a otro, desde el sur marítimo tropical hasta la helada tundra del norte. Hitler se imaginaba que el Estado soviético sería aplastado en pocas semanas y que sus judíos, y puede que también otros judíos, podrían ser expedidos a Siberia. En esto también se equivocaba. Pero errar formaba parte esencial de la lógica nazi. El Führer jamás se equivocaba; sólo el mundo se equivocaba, y cuando esto ocurría, eran los judíos quienes cargaban con la culpa.

Las predicciones estratégicas nazis sobre el comportamiento de ciertos Estados a menudo se revelaban erróneas, pero en cualquier caso estaban aprendiendo una lección sobre lo que ocurría en general cuando se destruía un Estado. En efecto, los malentendidos entre pueblos vecinos obligaban a realizar campañas inesperadas para destruir Estados que, a su vez, servían de campo para la experimentación. La anexión de Austria aceleró la deportación de judíos; la invasión de Polonia creó una nueva oportunidad para su guetización y, por último, la guerra de aniquilación contra la Unión Soviética permitiría una Solución Final. No se trataba de una Solución Final

del tipo que se había planteado: la deportación a algún lugar lejano y recóndito arrebatado a otro imperio; la Solución Final sería una masacre en la misma patria de origen de los judíos: Europa del Este.

Los tres millones de alemanes reunidos para invadir la Unión Soviética en junio de 1941 se encontraron en medio de los territorios polacos que habían sido colonizados y donde se había sembrado el terror. La Polonia que vieron estos tres millones de soldados alemanes había sido transformada por completo; sus judíos, humillados y marginados en guetos, y el resto de su población, sometida a un improvisado desgobierno de explotación. Cuando estos tres millones de hombres cruzaron la frontera germano-soviética el 22 de ese mismo mes, pisaban por primera vez una zona muy especial: los territorios que Alemania le había concedido a la Unión Soviética en septiembre de 1939. La invasión alemana de la Unión Soviética dio pie a una «reinvasión» de territorios que acaban de ser invadidos. El ataque alemán a la Unión Soviética significaba la destrucción de un aparato estatal, el nuevo aparato soviético, justo después de que los soviéticos hubiesen destruido otro conjunto de aparatos estatales, los de los Estados que habían sido independientes durante las décadas de 1920 y 1930. Una doble invasión de grandes potencias ya era lo bastante dramática de por sí, aunque no inaudita.

Una doble destrucción del Estado de este tipo sí era algo completamente nuevo.

5

Doble ocupación

Durante la guerra, la prestigiosa pensadora política Hannah Arendt vislumbró lo que estaba sucediendo. Arendt, emigrante política, judía y alemana, comprendía a la perfección cómo podía interpretarse la ideología nacionalsocialista. Si había que erradicar al pueblo judío del planeta, primero había que separarlo del Estado. Como escribió después, «uno sólo puede hacer lo que le parezca con un pueblo de apátridas».^[1]

Igual que otros historiadores del Holocausto después de ella, y en la línea de la experiencia como judía alemana que compartía con muchos de ellos, Arendt veía esta separación del Estado como una privación de derechos gradual. Como señalaba, «el primer paso crucial en el camino de la dominación total es matar en el hombre a la persona jurídica». Pero la forma más fácil para privar a un judío de la ley e instruir a los no judíos en el desgobierno consistía en destruir por completo las jurisdicciones, como se hizo en Austria y Checoslovaquia. Arendt llegó a la conclusión de que los judíos «corrían más peligro que nadie ante el repentino hundimiento del sistema de los Estados nación».^[2] Para los judíos, el mayor riesgo era el colapso de los Estados donde ellos eran ciudadanos. La guerra de 1939, la invasión de Polonia por parte de Alemania, generó nuevos tipos de privaciones, ya que el Estado se veía fragmentado por unas nuevas directrices coloniales. Pero ni la guetización ni la proclamación de un orden colonial bastaban para precipitar un Holocausto. Hacía falta algo más: una doble destrucción del Estado.

En 1939, cuando Hitler se alió con Stalin planeaba eliminar los Estados por vía indirecta. Tenía una idea muy clara de lo que supondría el dominio soviético para los lugares garantizados a Moscú por el Tratado Germano-Soviético de Amistad, Cooperación y Demarcación: los Estados bálticos de Lituania, Letonia y Estonia y la mitad oriental de Polonia. No obstante, su visión del terror soviético contra los Estados y las clases dominantes –la aniquilación total de los intelectuales y el asesinato de decenas de millones por hambrunas– era tremendamente exagerada. Himmler decía del «método bolchevique» que consistía en el «exterminio físico de una nación». Al aliarse con la Unión Soviética, Hitler siempre tuvo en mente la invasión de los territorios que cedía a su aliado. Su invitación a Stalin para destruir Estados en 1939 antecedería su campaña en esos mismos territorios en 1941. De este modo, el Führer imaginaba una doble destrucción de los Estados: primero la de los Estados nación de entreguerras mediante las técnicas soviéticas, consideradas extremadamente radicales, y luego la del recién creado aparato del Estado soviético por las técnicas nazis, aún en construcción.^[3]

Al invadir la Unión Soviética en 1941, los alemanes encontraron un terreno donde podían hacer todo lo que quisieran, donde podían matar a judíos de forma masiva por primera vez. Fue en la zona de doble ocupación, donde el dominio soviético precedió al alemán, donde después de que los soviéticos destruyeran los Estados de entreguerras, los alemanes aniquilaron las instituciones soviéticas; fue en esa zona donde se perfiló la Solución Final. De los dos millones de judíos que cayeron bajo el dominio alemán en 1939, prácticamente todos murieron. Lo mismo puede decirse de los dos millones de judíos que sufrieron la invasión soviética entre 1939 y 1940. De hecho, los judíos que cayeron inicialmente bajo el dominio soviético fueron los primeros en ser asesinados en masa por los alemanes.^[4]

Cuando alemanes y soviéticos emprendieron la invasión conjunta de Polonia en septiembre de 1939, estos últimos eran los entendidos en materia de violencia política. La policía secreta del Estado soviético, el NKVD, tenía una experiencia en masacres con la que ninguna institución alemana podía medirse. Durante las operaciones del Gran Terror de 1937 y 1938, se detuvo, fusiló y enterró en fosas a 681 692 ciudadanos soviéticos. Mientras la URSS se preparaba para la guerra, el NKVD ejecutó dentro de sus propias fronteras al doble de ciudadanos polacos que las *Einsatzgruppen* cuando el ejército alemán invadió Polonia en 1939. En términos proporcionales, el contraste es aún mayor. La matanza de 111 091 ciudadanos soviéticos durante la Operación Polaca de 1937-1938 modificó la estructura de las nacionalidades en la Unión Soviética occidental. Un tercio de los polacos soviéticos varones en edad militar fueron asesinados antes de la guerra, en ésta y otras acciones de terror, y sus mujeres e hijos a menudo fueron enviados a campos de concentración y orfanatos para ser desnacionalizados. Las repúblicas soviéticas que hacían frontera con Polonia, Ucrania y Bielorrusia, perdieron una parte considerable de su minoría polaca entre asesinatos y deportaciones: 59 903 personas en Ucrania y 61 501 en Bielorrusia.^[5]

Las motivaciones de Stalin para organizar las matanzas de los ciudadanos soviéticos judíos no eran raciales, sino etnoestratégicas. A instancias de Stalin, y siguiendo sus órdenes, el NKVD utilizó los interrogatorios para desarrollar una teoría completamente falsa sobre un enorme complot polaco contra la URSS, dirigido por la Organización Militar Polaca. Aunque los veteranos de dicha organización seguían bastante activos en los servicios secretos polacos y en las altas instancias del Estado, la institución como tal ya no existía, y menos aún para asesinar y sabotear en territorio soviético. Si a finales de la década de 1930 esta organización planeaba actos de violencia conspiratoria, lo hacía pensando más bien en los británicos de Palestina. A pesar de todo, una vez terminado el Gran Terror, el NKVD disponía, gracias a las torturas, de suficientes confesiones para combinarlas y componer una obra de ficción

en la que hasta algunos dirigentes de la URSS eran agentes secretos polacos. Pero esto resultó ser bastante arriesgado para el propio NKVD. Entre 1937 y 1938, a medida que la conspiración imaginaria crecía semana tras semana, los jefes del NKVD siempre podían ser acusados de haber subestimado el peligro polaco en el pasado.

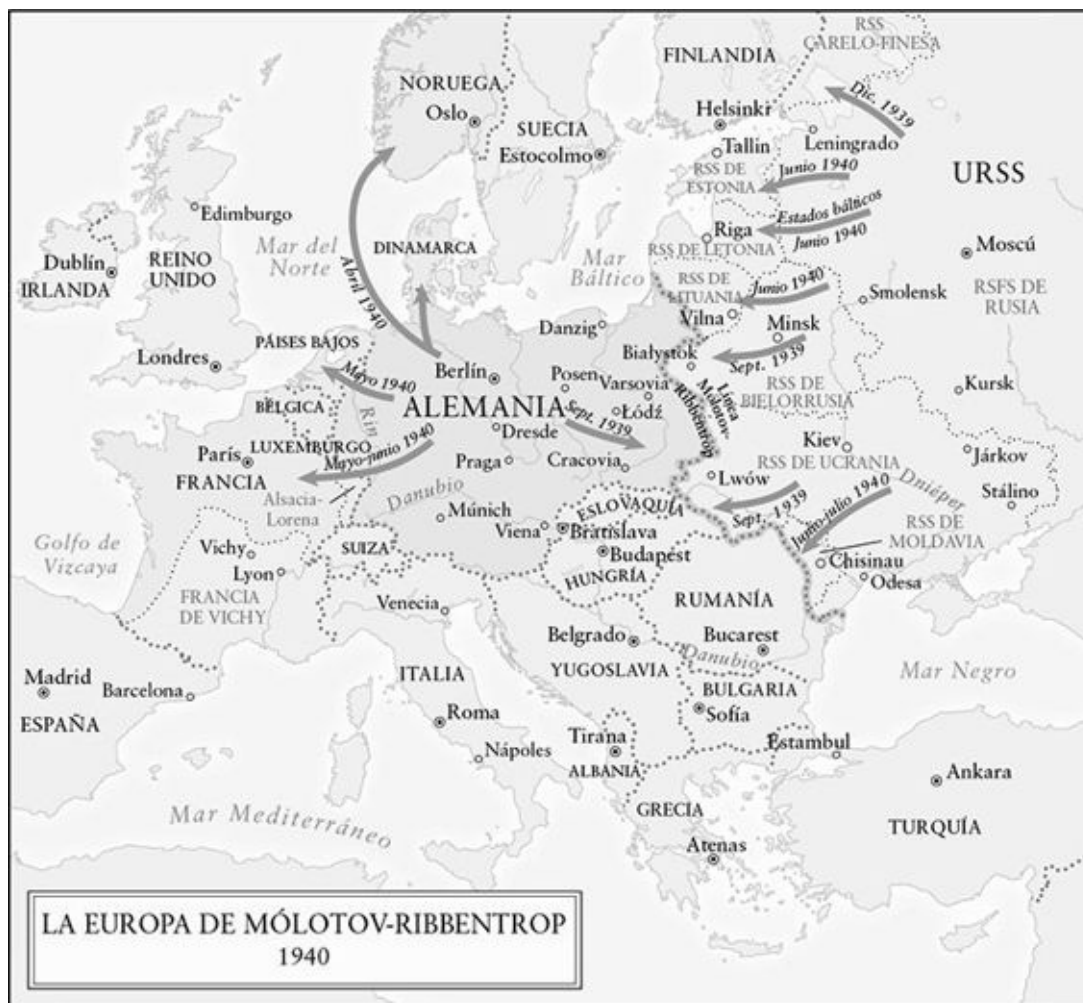
En 1938, Stalin se las ingenió para poner al Partido Comunista soviético, una de las primeras víctimas de las purgas, en contra del NKVD. Cuando los altos cargos de la policía secreta del Estado fueron detenidos y asesinados, los más jóvenes ocuparon sus puestos. En consecuencia, la estructura de nacionalidades del organismo se vio alterada y dejó de ser una élite excepcionalmente cosmopolita con prestigio revolucionario, donde los judíos (y los letones y los polacos) contaban con una buena representación. Durante la Operación Polaca, los oficiales polacos fueron expulsados y a menudo ejecutados, y más adelante fue el NKVD al completo el que sufrió la purga: primero por no haber estado suficientemente alerta, y después por haberlo estado demasiado. A finales de 1938, el NKVD se había convertido en una organización dominada por los rusos y los ucranianos (65% y 17% respectivamente de los altos cargos). Los rusos estaban sobrerrepresentados en la URSS en comparación con su presencia entre la población soviética en general. El porcentaje de judíos, sin embargo, había disminuido de casi un 40% a menos de un 25%. En cuanto a polacos, ya no quedaba ninguno.^[6]

Fue este NKVD, experto en asesinatos, humillado por Stalin y rusificado, el que se puso en contra de las instituciones y las élites polacas después de la invasión soviética de la parte oriental de Polonia el 17 de septiembre de 1939.^[7] El ataque contra una posible resistencia en aquella zona era una misión mucho más segura para el NKVD de lo que había sido la Operación Polaca en la URSS, puesto que entre la ciudadanía polaca podría encontrar enemigos reales y también podría comunicar progresos de verdad. Con la caída de Polonia causada por los soviéticos y los alemanes, estalló un auténtico caos que manifiestamente podía ser controlado. En la parte oriental de Polonia, los soldados soviéticos propinaron palizas mortales a los hombres para arrancarles los dientes de oro y violaron a las mujeres a sabiendas de que esos hechos se pasarían por alto como «juegos de niños». La invasión soviética favoreció los levantamientos locales de los comunistas polacos, que en muchos casos robaron y asesinaron a sus compatriotas que previamente habían ejercido el poder, y los de los nacionalistas, que en general se creían la propaganda soviética sobre la libertad nacional en el Este y la liberación nacional que traía el Ejército Rojo. También supuso ataques contra funcionarios y terratenientes polacos, los típicos ajustes de cuentas que siempre cabe esperar tras un cambio de régimen brusco y violento.

Con este telón de fondo, el NKVD podría aportar cierta calma y cierto orden a la parte oriental de Polonia ocupada. A diferencia de los miembros de los *Einsatzgruppen*, que en 1939 asesinaban por primera vez y lo hacían con el objetivo

de crear las condiciones apropiadas para el triunfo de la raza alemana, los oficiales del NKVD eran expertos en la administración de la vida y la muerte y su tarea consistía en sentar las bases de un cierto modelo de estatalidad. Muchos oficiales del NKVD, en general rusos y ucranianos, fueron trasladados a los territorios recién conquistados a finales de 1939. A lo largo del año siguiente, la mayor parte de las detenciones y los encarcelamientos de toda la Unión Soviética se realizaron en la parte oriental de Polonia, una zona que representaba un porcentaje minúsculo del territorio soviético. [8] La sentencia más habitual era de ocho años de gulag. 8513 personas fueron individualmente condenadas a muerte.

A diferencia de los alemanes, los soviéticos disponían de mecanismos apropiados y de una amplia experiencia en cuanto a deportaciones a gran escala. Más que fantasías coloniales, tenían destinos afianzados: una amplia red de prisiones y campos de concentración conocida como «el gulag». La colonización interna soviética tuvo lugar en la tundra y la estepa. El 5 de diciembre de 1939, Stalin ordenó preparar la primera ola de deportaciones, pensada contra el aparato estatal polaco y sus seguidores más influyentes. En febrero de 1940, unas 139 794 personas fueron sacadas de sus casas por la fuerza, montadas en trenes y enviadas a gulags, a menudo en el Kazajistán soviético. En abril de ese mismo año, numerosos judíos polacos fueron deportados masivamente al gulag acusados de capitalistas y, en junio, grupos aún más grandes fueron detenidos por haber expresado su deseo de conservar la ciudadanía polaca. Durante los meses que siguieron a la invasión soviética, 292 513 ciudadanos polacos fueron deportados al gulag en cuatro de las principales acciones, y otros 200 000 en acciones de menor calibre o en detenciones individuales. En esas cuatro acciones, casi el 60% de las víctimas eran polacas (los polacos representaban un 40% de la población de la zona oriental de Polonia), algo más del 20% eran judías (8% de la población), cerca del 10% ucranianas (35% de la población) y alrededor del 8% bielorrusas (8% de la población). [9]



Uno de los individuos arrestados y condenados al gulag fue un joven escritor de Kielce, Gustaw Herling-Grudziński. Las autoridades soviéticas lo acusaban de haber huido ilegalmente de Polonia a Lituania para luchar contra la URSS. El acusado pidió educadamente a sus interrogadores que modificaran los cargos, ya que había planeado huir de Polonia para luchar contra Alemania, pero éstos le aseguraron que resultaba indiferente. Tiempo después, Herling escribió uno de los testimonios más desgarradores sobre la vida en un campo de concentración soviético, donde la soledad, ganada a base de esfuerzo, era lo único que podía sustituir a una libertad que era inalcanzable, y donde una personalidad forjada en unas circunstancias completamente diferentes puede desintegrarse en sus diferentes elementos. «Allí [en el gulag] se ha demostrado que una vez que el cuerpo alcanza su límite de resistencia, uno, al contrario de lo que se creía, no puede confiar en la fortaleza del carácter y el reconocimiento consciente de valores espirituales; de hecho, no hay nada a lo que no se pueda obligar al hombre mediante el dolor y el hambre.» Herling se convenció de que «un hombre sólo puede ser humano en condiciones humanas».^[10]

Desde la perspectiva soviética, el grupo polaco más peligroso eran los oficiales, ya que representaban una triple amenaza: dirigían un ejército enemigo, algunos de los oficiales de más edad habían luchado en campañas contra la URSS y los de reserva pertenecían a la clase alta educada, a la que los soviéticos consideraban la base

política del Estado polaco. De este modo, el objetivo primordial para detener y erradicar este grupo era dificultar la resistencia política. A los oficiales del ejército polaco que se rindieron o que fueron capturados, se los llevó a campos de trabajos forzados, donde fueron investigados e interrogados individualmente. Después, Lavrenti Beria, el director del NKVD, envió una troika para juzgar al grupo de forma colectiva. «Todos ellos –escribía Beria a Stalin– esperan ser liberados para conseguir entrar activamente en la batalla contra el poder soviético.» El director del NKVD propuso «el castigo supremo: el disparo», y Stalin dio el visto bueno.^[11]

El mes de abril de 1940, los oficiales del NKVD asesinaron a 21 892 oficiales y ciudadanos polacos en el bosque de Katyn y otros cuatro puntos más. Puesto que el ejército polaco era un instrumento de movilidad social, muchas de las víctimas, casi el 40%, provenían de entornos trabajadores o rurales. El grupo de oficiales polacos era plurinacional; así pues, muchas de las víctimas pertenecían a minorías «nacionales», incluyendo a los judíos. Henryk Strasman, miembro del Irgún, fue uno de los muchos ejecutados con un tiro en la nuca y enterrados en una fosa común de Katyn. Wilhelm Engelkreis, médico y oficial de reserva, también fue ejecutado en Katyn. Su hija escribiría desde Israel, años más tarde, que recordaba la desesperación infantil causada por la pérdida de su padre. Hironim Brandwajn, médico, también fue asesinado en Katyn; su mujer, Mira, murió dos años después en el gueto de Varsovia sin saber qué le había sucedido a su marido. Mieczysław Proner era farmacéutico y químico, judío y polaco, oficial de reserva y combatiente; luchó contra los alemanes junto al ejército polaco, pero sólo para ser detenido por los soviéticos y asesinado en la misma acción. Meses después, su madre fue encerrada en el gueto de Varsovia y, dos años más tarde, deportada a Treblinka y gaseada.^[12]

Con sólo una excepción, las 21 892 personas asesinadas por el NKVD eran hombres. Muchos de ellos, como los judíos polacos, tenían familia en la zona ocupada por Alemania, que sufría a su vez la represión alemana sin sus cabezas de familia. Los alemanes pretendían eliminar el mismo tipo de ciudadanos polacos que los soviéticos, la élite culta, por lo que éstos les facilitaban la labor. Cuando las familias de los oficiales asesinados se encontraban en zona soviética, el NKVD las deportaba al gulag. Sorprendidas por los golpes en la puerta, casi nunca lograban escapar. Una de las raras excepciones fue la mujer de un oficial polaco que dejó a sus hijos en manos de un vecino judío de confianza, pero éste es un ejemplo aislado de despiste del NKVD. Las deportaciones soviéticas de 1940 repitieron, a menor escala, los métodos empleados durante el Gran Terror. En la Operación Polaca, los varones fueron asesinados y sus familias, deportadas, explotadas y desnacionalizadas.^[13]

También hubo continuidad en los responsables: Vasili Blojin, uno de los verdugos de los oficiales polacos, había ejecutado a miles de ciudadanos soviéticos durante el Gran Terror.^[14] Con su gorra de cuero, su delantal y sus guantes hasta los codos, Blojin se encargaba personalmente de disparar a unos doscientos cincuenta hombres

cada noche. En el sistema soviético el número de verdugos era bastante reducido y éstos siempre eran oficiales. Cumplían órdenes muy claras, presentadas por escrito, procedentes de una estricta jerarquía. El sistema soviético incluía asimismo estados legales de excepción de los que podía prescindirse una vez habían servido para justificar las medidas especiales requeridas por el terror masivo. Por su parte, en el sistema alemán, según se iba poniendo en marcha, las innovaciones de los de abajo satisfacían los deseos de los de arriba, las órdenes eran a menudo imprecisas y los oficiales intentaban cargar a sus hombres con la responsabilidad de las ejecuciones, e incluso a personas no alemanas que se encontraban casualmente por las inmediaciones. El sistema soviético fue mucho más preciso y eficiente en cuanto a las campañas de asesinatos, pero el alemán fue mucho más eficaz a la hora de conseguir una gran cantidad de verdugos.

Los soviéticos, o buena parte de ellos, creían en lo que hacían. Después de todo, lo hacían ellos mismos y dejaban constancia de ello, con un lenguaje claro, en documentos oficiales clasificados en archivos metódicamente ordenados. Se les podía asociar con sus hechos, ya que la verdadera responsabilidad recaía en el Partido Comunista. Los nazis, por su parte, recurrían a grandes discursos sobre la superioridad racial, y Himmler elogiaba la extraordinaria grandeza moral del acto de matar a otros por el bien de la raza. Pero llegado el momento, los alemanes actuaban sin planes, sin precisión y sin sentido de la responsabilidad. Según la cosmovisión nazi, lo que pasó simplemente pasó: el más fuerte debía vencer. Pero nada era seguro, y menos aún la relación entre pasado, presente y futuro. Los soviéticos pensaban que la historia estaba de su parte y actuaban en consecuencia. Los nazis tenían miedo de todo, menos del desorden que ellos mismos generaban. Las diferencias entre ambos sistemas y mentalidades eran profundas a la par que interesantes.^[15]

Sin embargo, los dos regímenes actuaban en el mismo lugar y en el mismo momento. Todo lo que hicieran los soviéticos, fueran cuales fueran sus motivos, afectaba a personas que, si se libraban de la muerte o la deportación, debían enfrentarse a los nazis y sus métodos. El NKVD causó estragos con las deportaciones o muertes de seres humanos, pero también a nivel de disrupción vital y alteración individual. Es importante destacar que los soviéticos destruyeron el Estado polaco en su mitad de Polonia, y eliminaron físicamente a todo aquel que tuviera relación con la estatalidad del país. Aunque tal vez fue más importante aún la manera en que la política soviética influyó sobre los supervivientes: los ciudadanos de Estados aniquilados, los nuevos ciudadanos soviéticos, los que se enfrentarían a la *Wehrmacht* y las SS en 1941.

Tanto los nazis como los soviéticos partían del principio de que el Estado polaco creado en 1918 no tenía ningún derecho a existir, por lo que podía ser humillado y eliminado por decreto. Sin embargo, sus formas de humillación eran radicalmente

diferentes. Los soviéticos, como los alemanes, destruían los símbolos del Estado polaco, pero lo hacían en tanto que estos símbolos representaban una Polonia «burguesa», «reaccionaria», «blanca» o «fascista». El problema del Estado polaco, desde el punto de vista soviético, era que había sido creado por las clases altas. Esto distaba mucho de la percepción de los nazis, quienes consideraban que las razas inferiores, como la polaca, no merecían una existencia política.

En la zona central y occidental de Polonia, ocupada por la Alemania nazi, los altos cargos polacos fueron perseguidos, encerrados en campos y, con frecuencia, asesinados, mientras que se esperaba que los de menor categoría, como los alcaldes o los responsables municipales, siguieran las órdenes de las autoridades alemanas. Hans Frank, el jefe de la colonia alemana conocida como Gobierno General, describió así la tarea: «Los elementos dirigentes que hemos identificado en Polonia son lo que debemos liquidar».^[16] Así era la guerra racial: primero se extermina a las fuerzas vitales de la raza del enemigo y después se explota a sus elementos inferiores.

Para construir un imperio basado en los principios nazis, la subordinación de las razas inferiores era un requisito fundamental, lo que implicaba que la diferencia entre la existencia política de los alemanes y la de los demás fuera extravagantemente visible. Un imperio soviético, por su parte, requería una expansión del territorio de la URSS. En la zona oriental de Polonia, ocupada por los soviéticos, los altos cargos polacos recibían un trato bastante similar al de sus homólogos en zona alemana. Sin embargo, al menos durante un tiempo, quienes ocuparon su lugar fueron personas de origen social humilde o miembros del Partido Comunista local que habían estado en prisión. De este modo, fueron muchas las ciudades donde los prisioneros políticos se convirtieron en las autoridades locales.^[17] Esta fase tuvo cierta importancia en el cambio de régimen, ya que aparentemente transfirió la responsabilidad de la revolución soviética al pueblo local y bastantes ciudadanos polacos se involucraron en la lucha de clases al estilo soviético. Había que decapitar a los burgueses o a los señores feudales enemigos, promover la clase campesina y trabajadora y, por último, subordinar a todos a un orden mayor que promulgaría un igualitarismo propio.

Tras la decapitación de la sociedad, siguió una *zombificación* del cuerpo social. Los soviéticos se tomaron mucho más en serio que los alemanes la posibilidad de una resistencia polaca, puesto que para ellos Polonia representaba una instancia del enorme poder del capitalismo internacional y no el último suspiro de una raza a punto de desaparecer. Los métodos del NKVD eran mucho más sofisticados que los de la Gestapo. Observaban a los grupos de resistencia, detenían o reclutaban a sus miembros uno por uno y, poco a poco, intentaban desmontar la organización, o, aún mejor, trataban de ponerla de su lado sin que sus miembros entendiesen lo que estaba pasando. En la medida en que los soviéticos consideraban la resistencia como parte de un complot internacional, aspiraban a seguir los hilos que les permitirían llegar de la clandestinidad polaca al Gobierno polaco en el exilio y a sus aliados británicos y franceses. En la práctica, el dominio soviético se dedicó a cultivar la desconfianza:

los ciudadanos polacos dispuestos a participar en actividades conspiratorias no confiaban los unos en los otros y eran incapaces de discernir qué grupos clandestinos eran legítimos y cuáles eran frentes del NKVD. De este modo, en la zona oriental de la Polonia ocupada se instauró la igualdad en el sentido soviético: los ciudadanos polacos aprendieron a desconfiar por igual de unos y de otros. Todo el mundo era un traidor en potencia, jamás había que fiarse de las apariencias. En cuestión de semanas, esta nueva realidad sustituyó a la anterior.^[18]

Mientras que los alemanes excluían a los ciudadanos polacos de la participación en su nuevo orden, los soviéticos los obligaban a implicarse en sus ritos políticos, presentados como ejercicios de liberación. Introdujeron su propia versión de la democracia donde la participación era abierta, obligatoria y los votantes no tenían alternativas. El 22 de octubre de 1939, los habitantes de lo que había sido la Polonia oriental fueron convocados a elegir a sus representantes en el Parlamento. En la zona de ocupación soviética, los polacos eran el grupo nacional más presente, pero no alcanzaban la mayoría. Los ucranianos eran mayoría en el sur, los bielorrusos en el norte, y los judíos estaban muy presentes por todas partes. La idea de los soviéticos era dividir la mayoría de los territorios ocupados entre una zona ucraniana al sur y una bielorrusa al norte, que después serían anexionadas a las Repúblicas Soviéticas de Ucrania y Bielorrusia. Esto fue, en definitiva, lo que sucedió.

Después de unas elecciones obligatorias, humillantes y manipuladas, los dos parlamentos, convocados los primeros días de noviembre de 1939, comunicaron su voluntad de ser incorporados a la Unión Soviética. Esto suponía que todos los habitantes de la zona oriental de Polonia tenían la puerta abierta a la ciudadanía soviética, una expresión de igualdad simbólica inconcebible en el imperio nazi. Por supuesto, también abría la puerta a miles de oficiales soviéticos de zonas más orientales, principalmente rusos y ucranianos, que ostentarían el poder real. Los ciudadanos de la región, en general comunistas y miembros de las minorías ucraniana, bielorrusa y judía, habían sido útiles en tanto que autoliberadores aparentes. Pero su liberación consistía, en realidad, en la inclusión en un sistema poderoso con prioridades propias, entre ellas, mantener la alianza con la Alemania nazi. Por mencionar un ejemplo sorprendente: los carniceros judíos dejaron de ser dueños de sus mataderos y se vieron, como empleados del Estado soviético, preparando carne para las tropas alemanas que luchaban contra las democracias occidentales.^[19]

Los soviéticos se comportaban como si la zona oriental de Polonia siempre hubiera estado anexionada a su patria socialista. Por supuesto, esto no duraría mucho, puesto que los líderes de la Alemania nazi, el aliado soviético que permitía esta nueva disposición territorial, planeaban atacar la Unión Soviética tan pronto como se presentase la oportunidad. Stalin se esperaba la traición de Hitler, pero en 1939, 1940 e incluso en 1941, se veía capaz de remediarla a base de una lealtad firme y de entregas regulares de bienes. La Unión Soviética garantizaba a Alemania seguridad

en el este, y también la proveía con los recursos materiales necesarios para las guerras en el oeste de Europa en 1940: combustible, minerales y cereales. La Royal Air Force sugirió bombardear los aeródromos soviéticos como medida para frenar el avance de Hitler por el oeste de Europa. Los campesinos de la Ucrania soviética cantaban:

Ucrania es fértil,
entrega su grano a los alemanes
y ella se muere de hambre.^[20]

Dentro de sus territorios recién adquiridos, la Unión Soviética proporcionó, sin proponérselo, recursos materiales, psicológicos y políticos a los alemanes, unas puertas de entrada para el poder nazi en la Europa del Este inexistentes antes de 1939. Estos recursos fueron decisivos para el curso de los acontecimientos que siguieron a la invasión alemana de esos territorios: así fue en la parte oriental de Polonia en 1939, pero aún más en los Estados bálticos, ocupados y anexionados a la URSS durante el verano de 1940.

Los soviéticos crearon recursos materiales al acabar con el capitalismo. Desde su punto de vista la meta era la igualdad, pero ésta suponía pérdidas para unos y ganancias para otros. Incluso antes de la llegada del Ejército Rojo, «los comunistas de Polonia perdieron la cabeza, hacían recuentos por las noches y robaban y asesinaban a los polacos». A Joel Cygielman, un judío que huía de la invasión alemana a bordo de su propio coche, un oficial soviético lo amenazó con una granada y le arrebató su vehículo. En Kovel, los judíos recibían al Ejército Rojo con los brazos abiertos, pero se dieron cuenta de que a los soldados sólo les preocupaba lo que hubiese en sus tiendas: primero robaban lo que podían y después compraban lo que quedaba con el poder de un rublo sobrevalorado. Los comunistas de la zona que ocupaban cargos de poder aprovecharon para robar a sus vecinos con el pretexto de buscar armas.^[21]

Para mucha gente, el fin del código civil polaco supuso la legalización del robo. Si el Estado podía adueñarse de los bienes, tal vez fuera permisible recuperarlos. Esta falta de respaldo legal de la propiedad hacía que todo aquel que pidiese nuevas tierras o viviendas pensase que debía asegurarse él mismo de que el dueño anterior jamás volvería. Los judíos eran quienes más propiedades urbanas podían perder, y las perdieron por partida doble: con la nacionalización de sus bienes y con las deportaciones al Kazajistán soviético. La Unión Soviética no discriminaba a los judíos como tales, puesto que era una entidad opuesta al antisemitismo que condenaba la discriminación étnica. Sin embargo, dada la estructura social de la economía de mercado en la Polonia oriental, las medidas anticapitalistas soviéticas afectaron a los judíos más que a nadie. Ciertamente, la zona oriental de Polonia era un territorio bastante pobre en general, a pesar de que su sociedad fuese mucho más próspera que la de la Unión Soviética, con la que debía equilibrarse. Mendel Szeft, un lechero de Łuck, lo resumía de este modo: «Tras la ocupación de nuestro país, se decía que todos eran iguales, ricos y pobres, pero en realidad todos eran pobres, pues

los ricos habían sido detenidos y enviados a los confines de Rusia».^[22]

La magnitud de las deportaciones y las ejecuciones soviéticas permitió una revolución social tanto en el campo como en las ciudades: la gente se peleaba por los miles de granjas o de casas que de pronto estaban vacías. En las zonas rurales del este de Polonia, donde el desempleo superaba el 50% durante los años treinta, la población estaba hambrienta de tierra. No todo el mundo se apropió de la tierra de sus vecinos, pero muchos sí. En aquella zona, como en otros lugares, los campesinos sabían que si no ocupaban una granja vacía, llegaría otro y lo haría. A los campesinos ucranianos que se negaron a reclamar propiedades de sus vecinos polacos deportados, se los obligó a punta de pistola.^[23] En muchas ciudades, la mayoría de las casas de piedra pertenecían a los judíos, a menudo enviados al gulag. Para sus vecinos, que vivían en cabañas de madera o en casuchas, mudarse al centro de la ciudad y vivir en una casa de piedra era el *súmmum* imaginable del ascenso social. Los soviéticos no expropiaron a los judíos como grupo racial. Aun así, esta expropiación masiva de judíos supuso una oportunidad inesperada para los alemanes que llegaron posteriormente. Cuando el poder alemán sustituyó al soviético, los no judíos pudieron reclamar la devolución de sus propiedades, pero los judíos no, no sólo eso, sino que las propiedades que habían perdido podían ser solicitadas por los demás. Tras la llegada de los alemanes, las expropiaciones soviéticas, rápidas y sistemáticas, se convirtieron en una cuestión racial.

La mayoría de los judíos del este de Polonia eran de origen humilde, pero garantizaban la conexión entre el campesinado y el mercado, el campo y la ciudad. En otras palabras, mucho de lo que los oficiales soviéticos podían considerar especulación, lucro o cosas por el estilo, formaba parte de la actividad comercial normal de los judíos. En la región polaca de Volinia, por ejemplo, el 75% de los comerciantes (14 587 de 19 337) eran judíos. La brutal devaluación de la moneda polaca y su abolición en diciembre de 1939 arruinó la posición social de aquellos judíos que disponían de ahorros o inversiones. Asimismo, el fin de las deudas contraídas con moneda polaca fue un alivio para muchos pero una carga para los prestamistas judíos; de hecho, supuso la desaparición de su fuente de autoridad en la comunidad. La incesante propaganda soviética contra el comercio, aunque no de manera premeditada, iba dirigida contra los judíos y consiguió debilitar su posición social.^[24]

Los soviéticos proporcionaron recursos psicológicos al modificar el carácter de la política. A los judíos se les concedió poder en apariencia, pero no en la realidad. Después de la llegada del Ejército Rojo en 1939, en la Polonia oriental los judíos ostentaban cargos de responsabilidad visibles con más frecuencia que en el periodo de entreguerras, ya que el Gobierno central polaco había actuado para asegurarse de que no hubiera mayoría judía en ningún ayuntamiento, ni siquiera en las ciudades

donde los judíos eran mayoría. A pesar de que hubiera algún judío entre los miembros de la policía o de la administración del Estado polaco, existía una tendencia general a mantener bajas aquellas cifras. Así pues, el cambio que siguió al otoño de 1939 fue drástico. En el fondo, el Gobierno soviético no tenía ningún interés particular en ascender a los judíos, a pesar de que ciertos comandantes y oficiales opinaban que eran más de fiar que los polacos. Aun así, los judíos estaban dispuestos y mostraban interés y aptitudes para ocupar nuevos puestos, aunque nunca fueron mayoría entre los colaboradores locales del régimen soviético; los bielorrusos y los ucranianos eran mucho más numerosos. En realidad, los habitantes judíos nunca ostentaron poder real, excepto durante algunas semanas del otoño de 1939, y lo hicieron a una escala muy local y junto a otros colaboradores no judíos. A pesar de todo, el cambio de régimen hizo más vulnerable al colectivo judío. Cuando los alemanes invadieron el territorio, quienes entonces administraban el nuevo territorio soviético, oficiales soviéticos del Este, pudieron aprovechar los recursos que necesitaban para darse a la fuga. Pero los judíos de la región, tanto los que habían colaborado con los soviéticos como los que no, por lo general, se quedaron atrás.^[25]

La política soviética se sirvió de otras formas para crear las condiciones idóneas para actos de venganza. En 1939, los soviéticos desmontaron, destruyeron y desacreditaron las autoridades tradicionales, tanto las seculares como las religiosas. Habían gobernado durante una época de ajuste de cuentas y caos, durante la que se crearon muchas nuevas cuentas que probablemente se saldarían en el siguiente periodo de transición violenta. Habían deportado o asesinado a medio millón de personas en zonas donde la población total apenas superaba los trece millones, por lo que prácticamente todas las familias se habían visto afectadas de alguna forma por el NKVD. La rapidez con la que fue destruido el Estado polaco no se quedó en un simple hecho, sino que fue un motivo de vergüenza, una catástrofe que requería un chivo expiatorio.^[26]

Al mismo tiempo que el poder soviético generaba sentimientos de vergüenza y rencor, obligaba a la sociedad a romper el tabú de la colaboración con potencias extranjeras.^[27] Hubo quienes eligieron colaborar desde un principio; pero la mayoría lo hizo simplemente por mantener su situación, por miedo a la deportación o a algo peor si no demostraban lealtad. Con el tiempo, prácticamente toda la población quedó vinculada al régimen soviético de una u otra manera; la misma naturaleza del sistema lo exigía. Para convertir la zona oriental de Polonia en parte de su propio Estado, los dirigentes soviéticos implicaron a los habitantes de la región en aquel proceso de una manera muy intensa: con elecciones coaccionadas, incitación a las denuncias, interrogatorios, torturas y traiciones. La naturaleza inclusiva del sistema soviético hacía difícil establecer una línea para diferenciar a las víctimas de los colaboradores. En la mayoría de los casos, la misma experiencia que había conducido a la colaboración, como la cárcel o la tortura, también convertía a la persona en víctima. Esto refinaba el argumento psicológico de una forma muy especial. Durante el

régimen soviético, ser víctima o colaborador era algo de lo más extendido y complicado de definir; el siguiente en el poder sería quien lo definiría.

Por último, mediante la destrucción de los Estados, la Unión Soviética creó un recurso político. Por frágiles e imperfectos que los Estados de Polonia, Estonia, Letonia y Lituania pudieran parecer, eran el hogar de decenas de millones de europeos. La destrucción total de Estados modernos con unas naciones políticas de pleno derecho fue un paso extraordinariamente radical. Por supuesto, la independencia nacional era un tema al que no todos los (antiguos) ciudadanos de aquellos (antiguos) Estados daban demasiada importancia; pero muchos otros sí. Si los soviéticos erradicaban Estados que la gente deseaba y los alemanes se hacían pasar por aliados de quienes quisieran restaurarlos, estos últimos podrían jugar con un deseo tremendamente poderoso. Evidentemente, la magnitud de esta oportunidad dependía de lo que los líderes de los grupos nacionales estimasen que podían ganar o perder con los invasores. El ataque germano-soviético de Polonia, por ejemplo, no generó una gran ventaja política para los alemanes, puesto que Alemania ya había invadido Polonia en 1939 y, en consecuencia, no pudo hacerse pasar por su liberadora cuando en 1941 invadió la Unión Soviética desde su colonia polaca. Los alemanes pudieron sacar algo de partido a nivel local por el hecho de acabar con la opresión soviética, pero difícilmente podían prometer la autonomía política de Polonia.

Algunos dirigentes políticos de las minorías étnicas de Polonia, sin embargo, tenían una perspectiva un tanto diferente. Polonia había sido el hogar de la mayoría de ucranianos fuera de la Unión Soviética y de la mayor parte de los judíos del mundo. Casi todos los ucranianos de Polonia y más de un tercio de los judíos polacos perecieron durante el dominio soviético en 1939. De hecho, a ninguna de estas dos minorías les fue demasiado bien dentro de la Unión Soviética; en general, su experiencia fue mucho peor de lo que esperaban.

Para los alemanes, Ucrania era una oportunidad que no podían dejar escapar. La minoría ucraniana en territorio polaco se concentraba principalmente en una zona adyacente a la República Soviética de Ucrania. Aunque el nacionalismo ucraniano nunca hubiese sido una orientación dominante en el panorama político de Polonia, sí que despertaba cierto interés en las capitales vecinas. En las décadas de 1920 y 1930, todos los poderes regionales habían intentado sacar provecho de la cuestión ucraniana. Los soviéticos siguieron una política de discriminación positiva con los ucranianos en la Ucrania soviética durante los años veinte y fundaron, en territorio polaco, el Partido Comunista de la Ucrania Occidental, con la esperanza de atraer a los ucranianos de Polonia a la Unión Soviética. Los polacos imitaron esta estrategia en la región de Volinia con el fin de captar a los ciudadanos ucranianos de la URSS para Polonia. Los alemanes, por su parte, formaron a agentes ucranianos dentro de Polonia, en general nacionalistas, que veían a Alemania como el único país con

posibilidades de acabar con ambos enemigos: Polonia y la Unión Soviética.^[28]

Dicho esto, los nacionalistas ucranianos asociados con Alemania sabían perfectamente que debían mucho de su apoyo local a la cuestión social, especialmente al reparto de las tierras. Por su parte, los soviéticos eran conscientes de que el Partido Comunista de Ucrania Occidental no podía obviar la cuestión del nacionalismo. En los años treinta, con los nacionalistas preocupados por las expropiaciones y los comunistas blandiendo banderas nacionalistas, en Ucrania reinaba cierto sincretismo ideológico. Por poner un ejemplo: un líder comunista a nivel local podía ser una mujer judía llamada Fryda Szprynger, y uno de sus mejores activistas clandestinos podía usar «Hitler» como alias.^[29]

La invasión soviética de la zona oriental de Polonia en 1939 supuso el fin de los partidos políticos mayoritarios que habían operado de manera legal en Polonia: la Alianza Nacional Democrática Ucraniana (UNDO), por ejemplo, que había intentado trabajar en un marco de instituciones legales y se había opuesto al antisemitismo oficial. En cambio, el dominio soviético propició unas condiciones relativamente favorables a los grupos que habían sido ilegales: los nacionalistas y los comunistas; los primeros, porque ya estaban acostumbrados a la clandestinidad, y los segundos, porque se les brindaba la posibilidad de salir de ella y colaborar con el régimen. Sin embargo, como los judíos y los polacos constataron, quienes solían ocupar puestos de autoridad a nivel local eran más los nacionalistas que los comunistas (si es que esta distinción tenía algún sentido). Unos y otros aprovecharon la oportunidad de denunciar a los ciudadanos polacos de Ucrania a las autoridades soviéticas, tanto por motivos políticos como de interés personal. En la mayoría de pueblos del sureste de Polonia no faltaban activistas ucranianos que supieran qué clase de individuos buscaba el NKVD y que estaban dispuestos a entregar al polaco adecuado. De este modo, se vaciaron las fincas y las granjas. La denuncia y la deportación eran otra versión de la reforma agraria.^[30]

Durante los meses que siguieron a la invasión soviética, la revolución social atrajo a muchos ucranianos. Con frecuencia, los ucranianos sustituían a las autoridades polacas, aunque si la posición era importante, la ocupaban ciudadanos de la Ucrania soviética; además, todos los alcaldes judíos fueron reemplazados por ucranianos del Este. Las primeras deportaciones soviéticas afectaron sobre todo a los polacos, en concreto a los terratenientes polacos, por lo que los campesinos ucranianos podían considerar la situación como un avance social. Las revoluciones al estilo soviético solían constar de dos fases: primero, un gesto hacia el campesinado, y después, la expropiación de sus tierras. En 1940, los soviéticos comenzaron a colectivizar la agricultura en los territorios polacos que se habían anexionado, igual que habían hecho una década antes en la Unión Soviética. Algunos ucranianos recordaban las hambrunas de la URSS, por lo que casi nadie estaba dispuesto a ceder sus tierras al Estado soviético. El problema de la colectivización desprestigió a los comunistas de Ucrania entre la población, y llevó a algunos comunistas a orientarse

hacia el nacionalismo.^[31]

Por su parte, los nacionalistas ucranianos esperaban en 1940 que una invasión alemana de la Unión Soviética posibilitara la creación de un Estado ucraniano. Habían sido ciudadanos polacos y se consideraban a sí mismos representantes de los millones de ucranianos de Polonia y de las decenas de millones de ucranianos de la URSS. Desde su punto de vista, Alemania tenía en sus manos las condiciones para que surgiera un Estado ucraniano, ya que esto sólo ocurriría si se destruían Polonia y la Unión Soviética. Polonia dejó de existir en 1939, y en 1940 los nacionalistas ucranianos ayudaron a Alemania a prepararse para aniquilar la Unión Soviética. Los alemanes usaron informadores ucranianos para preparar la invasión conocida como Operación Barbarroja, y reclutaron y entrenaron a cientos de ucranianos para la avanzadilla que entraría en la Ucrania soviética. A principios de 1941, el NKVD percibió la amenaza y comenzó a detener a los ucranianos de forma masiva. La cuarta ola de deportaciones soviéticas, en mayo y junio de 1941, afectó principalmente a los ucranianos. Miles de ellos fueron también encarcelados, y cuando los alemanes llegaron en junio de 1941 se encontraron sus cadáveres abandonados en las prisiones soviéticas.

En general, la ocupación soviética limitó las posibilidades de los judíos. ¿Podría haber creado también un recurso político judío para los alemanes? Al igual que entre los ucranianos, en la Polonia de entreguerras existía una derecha nacionalista judía, Beitar, que luchaba por la creación de un Estado nacional independiente empleando medios revolucionarios y violentos. Sin embargo, a diferencia de los ucranianos, los nacionalistas judíos no eran enemigos, sino clientes del Estado polaco, y preferían marcharse del territorio polaco a reclamarlo como propio. Después de la invasión alemana en 1939, los líderes de Beitar huyeron hacia el este, donde cayeron atrapados en la red soviética. Los judíos más radicales, a diferencia de los ucranianos, no tenían experiencia en la clandestinidad por lo que los soviéticos apenas tardaban en identificarlos y detenerlos. El NKVD sabía que Beitar era un frente del Irgún, por lo que también desmontó los círculos clandestinos de esta organización. Menajem Beguín, el líder de Beitar en Polonia, escapó a Vilna desde Varsovia y consiguió esconderse durante un tiempo. Al final, fue detenido por el NKVD –en mitad de una partida de ajedrez– y fue condenado a ocho años de trabajos forzados en los campos de Vorkuta.^[32]

En poco tiempo, Beitar perdió fuerza en la Polonia ocupada, al contrario que su organización hermana, el Irgún, con su base a dos mil kilómetros de allí, en Palestina. Los conspiradores del Irgún, judíos polacos en su mayoría, se vieron inesperadamente en un aprieto al considerar las oportunidades que la guerra les brindaba, pero sin contar con el patrocinador que les había preparado para ese momento. Habían recibido algo de entrenamiento, dinero y armas de los polacos, pero el gran plan para

el que todo eso era mera preparación –la llegada de miles de miembros de Beitar a Palestina con apoyo polaco– era ahora impensable. Ya no llegaría más ayuda polaca, puesto que los oficiales polacos que habían entrenado al Irgún estaban muertos, en campos de concentración, escondidos o exiliados. Los alemanes destruyeron el último envío de armas de Polonia a Palestina en el puerto de Gdynia en agosto de 1939, a pesar de que los polacos consiguieron desempaquetar las armas para defenderse. El Irgún se había estado preparando para un conflicto con el Imperio británico, pero no para uno donde su patrocinador polaco estuviera completamente ausente. Como un miembro de Beitar escribía consternado a uno de sus compañeros en 1939: «Sentimos que no tenemos a nadie detrás».[33]

De los tres Estados europeos que habían mostrado un interés activo por Palestina durante los años treinta, a finales de la década sólo quedaban dos: la Alemania nazi y Gran Bretaña. Estaban enfrentados, y eso suponía que los combatientes judíos en Palestina podían ganar cierta influencia si se posicionaban a favor de uno o del otro. La Alemania nazi era la enemiga de los judíos europeos (aunque ni siquiera en 1939 estaba del todo claro hasta qué punto) y del Imperio británico, que tenía el control de Palestina e impedía la emigración judía. Como el Irgún no podía elegir entre la obligación de defender a los judíos y la de luchar por un Estado judío, optó por la neutralidad en el conflicto entre Alemania y Gran Bretaña. En consecuencia, Abraham Stern lideró una escisión en el seno del Irgún conocida como Leji, a la que también se unió Isaac Shamir, otro judío polaco que estaba a la espera de más entrenamiento en Polonia pero que se había quedado sin tiempo.[34] El Leji hizo exactamente lo que otros grupos de extrema derecha hacían en aquella época: intentó pactar con Hitler.

Las peticiones que los judíos y los ucranianos nacionalistas dirigían a Hitler tenían mucho en común. La Organización de Nacionalistas Ucranianos empleó estas palabras en 1940: «El nuevo Estado ucraniano emergente cooperará muy de cerca con el Gran Reich de la Alemania nazi, que, guiado por su Führer Adolf Hitler, está construyendo un nuevo orden europeo y mundial, y que ayudará a la nación ucraniana a liberarse de la opresión moscovita». En Palestina, el Leji veía a los británicos del mismo modo que los nacionalistas ucranianos a los soviéticos, y llegaba a las mismas conclusiones prácticas. En enero de 1941, Stern propuso «una cooperación entre la Nueva Alemania y una nueva comunidad hebrea racial y nacional» que implicaría «el nacimiento de un Estado judío histórico basado en el nacionalismo y el totalitarismo, y que mantendría una relación cordial con el Reich Alemán, con el interés de proteger y fortalecer la futura posición de poder de Alemania en Oriente Próximo».[35]

Stern suponía que Hitler quería limpiar Europa de judíos y que una manera lógica de hacerlo sería enviarlos a todos a Palestina. Tal vez despistado por sus contactos con las élites polacas, confundió el enfoque polaco con el alemán. El régimen polaco había apoyado la emigración masiva de los ciudadanos judíos a Palestina, así como la

creación de un Estado judío. Se podía confiar en el Leji para formar un Estado judío que fuera un buen aliado de la Alemania nazi, decía Stern, porque «su cosmovisión y su estructura tienen mucho en común con los movimientos totalitarios de Europa». Stern proponía a Berlín que sustituyera a Varsovia como patrona del Leji. Con gran sentido práctico, recordó que los documentos que trataban del sionismo oficial en Polonia podían encontrarse en los archivos polacos, ahora en manos de los alemanes. [36]

Ninguna de estas peticiones nacionalistas, ni la judía ni la ucraniana, debía entenderse como la expresión de la voluntad de la nación implicada, ni siquiera como la convicción de sus autores. Con la destrucción del Estado polaco y el avance del poder alemán, una alianza con los nazis podía parecer lógica, por lo menos a los radicales que esperaban que, de todas maneras, el antiguo orden cayese. Evidentemente, quienes formulaban dichas peticiones no pensaban ser utilizados por los nazis, sino que más bien pretendían aprovecharse de ellos para conseguir sus propios objetivos, por muy irreal que este plan pudiera parecer. Tampoco hay que leer sus expresiones de simpatía ideológica de una forma muy literal: algunos nacionalistas ucranianos habían sido comunistas y el Leji tomaría una orientación más prosoviética pocos años después.

Todos los métodos para cambiar el mundo tienen sus ventajas y sus inconvenientes, y cada táctica genera unas necesidades distintas. Un grupo que opta por las legiones, como Jabotinski apremiaba a hacer a los judíos de Palestina, confía en que el imperio invasor gane la guerra y, tras la victoria, se sienta en deuda con la minoría oprimida pero servicial. [37] Por otro lado, un grupo que escoge el terror necesita que el imperio invasor sea destruido, pero casi siempre le falta la fuerza necesaria para llevar a cabo tal cometido sin ayuda, por lo que tiene una necesidad objetiva de apoyo exterior. Y esta necesidad de ayuda era, en teoría, el recurso político de los alemanes.

Las propuestas judía y ucraniana de colaboración con la Alemania nazi estaban abocadas al fracaso y fracasaron, y lo hicieron en cierto modo juntas. Al realizar la propuesta a Hitler, los nacionalistas ucranianos desvelaron el recurso político, la flaqueza de la que el Führer se aprovechó al máximo: el deseo de un Estado. Puesto que las fuerzas alemanas iban a invadir las tierras habitadas por ciudadanos ucranianos, los dirigentes alemanes tenían la posibilidad de utilizar el deseo de los nacionalistas ucranianos en beneficio propio. Sin embargo, con los judíos en Palestina el asunto era completamente diferente. Las tropas alemanas no entrarían en Palestina y, de haberlo hecho, se habrían encontrado con una mayoría árabe, no judía. En la medida en que los alemanes desearan explotar una fuerza política local, les sería mucho más fácil dirigir el nacionalismo árabe contra los británicos y los judíos, como ya habían hecho en los años treinta. [38]

El liderazgo nazi podía aunar, con su estilo propio, las demandas nacionalistas

ucraniana y judía. Hitler priorizaba la erradicación de los judíos de Europa, como Stern comprendió, pero no tenía ninguna intención de crear un Estado judío, ni siquiera fuera de Europa, ni siquiera como único medio para sacar a los judíos de Europa. Alemania pretendía utilizar a los ucranianos, tal y como los nacionalistas ucranianos esperaban, pero sólo porque estaba decidida a conquistar Ucrania. Los nazis se opusieron a la estatalidad ucraniana y encarcelaron a los nacionalistas que proclamaron la independencia. Si los ucranianos colaboraban con los nazis, era en la administración local o en la policía, donde no tenían autoridad política. De hecho, precisamente el exterminio de los judíos se convirtió en el sustituto nazi de la actividad política en Ucrania (y en otros países). En 1941, los nazis comunicaron a los que aspiraban a ser sus colaboradores políticos que si había una liberación a la que podían contribuir, era a librarse de los judíos, y que cualquier cooperación política en el futuro dependería de su participación en dicho proyecto. De este modo, Berlín convirtió los problemas ucraniano y judío en uno solo, desviando las aspiraciones políticas hacia el crimen racial e iniciando así una mortífera Solución Final.

En 1940, la aplicación del poder soviético en el este de Europa a la vez que los alemanes conquistaban la parte occidental del continente dejó a los judíos en una situación imposible. Bajo el dominio soviético, los judíos sufrieron tanto o más que cualquier otro pueblo. Perdieron mucho tras la supresión del código civil polaco, ya que éste era la base del comercio con el que muchos de ellos se ganaban la vida y garantizaba los derechos de propiedad que les permitían afianzar su existencia urbana. También perdieron la autonomía comunal de la que habían gozado durante el Gobierno polaco, así como los derechos a practicar su religión, dirigir escuelas y mantener contacto con judíos de otras partes del mundo. En abril y junio de 1940, los judíos fueron deportados a gran escala al gulag. Los judíos de la segunda ola eran refugiados de la zona alemana de Polonia que imaginaban que la guerra terminaría pronto y podrían regresar a sus casas y retomar sus negocios en lugares ocupados por Alemania. Por este motivo rechazaron el pasaporte soviético, sin darse cuenta de que les estaban dando a elegir entre eso y el gulag.^[39]

Durante la primera mitad de los años cuarenta, cuando los soviéticos habían invadido la parte oriental de Polonia pero Lituania aún era un Estado independiente, decenas de miles de judíos huyeron desde toda la Unión Soviética a Lituania. Además, los intentos multitudinarios de los judíos por regresar a la zona de ocupación alemana desde la soviética y el rechazo masivo a obtener pasaportes soviéticos eran indicadores de que una mayoría de ellos no deseaba vivir bajo mandato soviético. El NKVD constató que los refugiados judíos eran particularmente hostiles al Gobierno soviético, aunque tampoco tenían muchas alternativas.^[40] La victoria alemana en Francia en junio de 1940 implicaba una larga guerra y, por lo

tanto, retrasaba la posibilidad de la restauración del Estado polaco. La ocupación soviética de Lituania durante ese mismo mes eliminó las posibilidades de refugiarse en un Estado vecino y relativamente afín. A juzgar por cómo los judíos votaban con los pies, el orden general de preferencia era: Lituania, Polonia, la Unión Soviética y, en último lugar, los territorios controlados por los nazis. A partir del verano de 1940, los candidatos a gobernar a los judíos de Europa del Este eran sólo dos: la Alemania nazi y la Unión Soviética. Como la emigración era algo impensable para la mayoría de los judíos europeos del este —Palestina y Estados Unidos estaban cerrados— su geografía mental se limitaba a estas dos opciones.

Con el resto del mundo inalcanzable, los Estados convencionales eliminados y la Alemania nazi avanzando, a los judíos no les quedaba más remedio que considerar la URSS como un mal menor. Los judíos de Łuck solían bromear diciendo que la única vida que protegía la Unión Soviética era la de la cárcel de por vida. Como recordaba un judío de la Galitzia, durante el régimen soviético «los padres de familia eran como miembros amputados: el esquema de sus vidas se había desmoronado, sus familias eran inestables, su deseo de una sociedad había desaparecido y la autoridad de la conciencia judía se desvanecía».^[41] La fuerte enemistad de los nazis hacia los judíos dejaba a estos últimos en una situación diferente a la de todos sus vecinos bajo poder soviético entre 1939 y 1940, quienes al menos podían imaginar que una invasión alemana pondría término a la opresión de la URSS. La combinación de la amenaza alemana y la realidad soviética convertía a los judíos en doblemente vulnerables. Dado el profundo temor que les infundía la Alemania nazi, los judíos podían ser el aliado colectivo de un poder soviético que, de hecho, había desmontado muchas de sus comunidades tradicionales y deportado o asesinado a muchos de sus hombres y mujeres más activos.

Las cuestiones judía y ucraniana sólo son una leve insinuación de la ventaja política que la ocupación soviética proporcionó a la Alemania nazi. La Organización de Nacionalistas Ucranianos y el Leji eran grupos extremistas que representaban a unas minorías nacionales que encontraban en la destrucción de los Estados la posibilidad de nuevas oportunidades. Pero cuando la Unión Soviética destruyó los Estados nación por completo, como fue el caso de Lituania y Letonia, ofreció a Alemania una ventaja política infinitamente mayor. La destrucción de dichos Estados por parte de los soviéticos hizo que la perspectiva política de quienes siempre habían estado al margen por ser terroristas nacionalistas de extrema derecha pareciera la corriente dominante.

Los lituanos y los letones habían gozado de la estatalidad en el periodo de entreguerras, pero la perdieron tras el Pacto de Mólotov-Ribbentrop. En este sentido, la posición de Lituania y Letonia era muy parecida a la de Polonia. No obstante, a diferencia de Polonia, dividida y destruida por la Alemania nazi y la URSS, Lituania y

Letonia fueron ocupadas y eliminadas sólo por la URSS, de aquí que, al contrario que los polacos, los dos Estados bálticos pudieran esperar una liberación del dominio soviético gracias a los alemanes. Los polacos sufrieron una doble ocupación simultánea, mientras que Lituania y Letonia, una doble ocupación consecutiva. De este modo, durante la ocupación alemana se pudo culpar a los judíos lituanos y letones de lo sucedido durante el periodo soviético, no sólo de las opresiones locales, sino también del desastre de todo un país. La situación era excepcionalmente trágica.

Antes de la ocupación consecutiva de soviéticos y alemanes, los judíos de Letonia y Lituania poco podían imaginar el destino que los aguardaba. La Lituania de entreguerras era una dictadura de extrema derecha, pero no antisemita. El dictador Antanas Smetona advertía en su país y fuera de él de los peligros de la discriminación racial y religiosa; en particular se manifestaba contra lo que él llamaba «nacionalismo zoológico y racismo», propio del estilo hitleriano. Sus enemigos de extrema derecha lo llamaban «el rey de los judíos», y normalmente metía en la cárcel a quienes lo trataban con ese apelativo. En la Lituania de entreguerras ni un solo judío murió durante un pogromo, y el único caso serio de violencia antijudía desembocó en detenciones, procesamientos y juicios.^[42]

Para los estándares europeos de la Europa de finales de los años treinta, Lituania era un refugio para los judíos. Entre 1938 y 1939, unos veintitrés mil judíos huyeron a Lituania, algunos desde la Alemania nazi y otros desde la URSS. Uno de ellos, Rafał Lemkin, inventó más adelante el término «genocidio». En septiembre de 1939, Alemania expulsó a mil quinientos judíos de Suwałki, una ciudad polaca situada en la frontera con Lituania que fue incorporada al Reich.^[43] Era la segunda vez que eso ocurría en veinticinco años: el Ejército Rojo había expulsado de Suwałki en 1915 a la familia de Abraham Stern y a muchas otras. Las autoridades lituanas habían recibido con los brazos abiertos a los judíos de Suwałki y se habían ocupado de ellos. Durante la invasión germano-soviética de Polonia, los dirigentes alemanes intentaron persuadir a Lituania para que exigiera territorios a su vecino, a lo que los dirigentes lituanos se negaron. Esto tenía aún más relevancia si consideramos que el Gobierno lituano llevaba veinte años reclamando a Polonia la ciudad de Vilna. El Estado independiente de Lituania, a diferencia de la URSS, se negó a establecer una alianza con Alemania al inicio de la guerra.

A pesar de esto, Lituania obtuvo beneficios territoriales de la victoria germano-soviética y de la destrucción del Estado polaco. La Unión Soviética concedió la ciudad de Vilna, arrebatada del noreste de Polonia, a la población de Lituania, lo que añadió unos cien mil judíos más a Lituania. Muchos judíos percibían el poder soviético como menos nacionalista que el polaco, como en efecto era, al menos en lo que a ellos concernía. Cuando en octubre de 1939, las tropas soviéticas se retiraron de la ciudad y entraron las lituanas, los habitantes de la ciudad, mayoritariamente polacos, atacaron a los judíos.^[44] La posterior lituanización de la ciudad estuvo más enfocada contra los polacos que contra los judíos. Lituania se concentró en hacer de

Vilna su capital y en trasladar a decenas de miles de lituanos étnicos a la ciudad.

A finales de 1939 y principios de 1940, para los sionistas y los judíos practicantes, Vilna, una de las principales ciudades judías dentro de lo que aún era un Estado independiente, representaba un lugar seguro. Los sionistas escaparon de la Unión Soviética a Polonia porque acertaron a imaginar que, si no lo hacían, los soviéticos destruirían sus organizaciones y los detendrían. Para los judíos que buscaban refugiarse de la URSS, Vilna infundía una esperanza especial. El escritor Benzion Benshalom recordaba las expresiones de los judíos que buscaban escapar del poder soviético y alemán: «Las caras resplandecían, las miradas brillaban, los corazones ardían. ¡Vilna!». (Irónicamente, su hermano era comunista.) Los dirigentes de Beitar huyeron de la zona de ocupación alemana por la zona de ocupación soviética hasta Vilna, donde establecieron su base. Como uno de ellos recordaba: «Sólo entonces pudimos respirar con más libertad». Desde Londres, Jabotinski se refería a los miembros de Beitar que habían conseguido llegar a Lituania como los «salvados».^[45]

La situación de los judíos en la Letonia de entreguerras era, si cabe, algo mejor. En Letonia también gobernaba un régimen autoritario de extrema derecha, pero éste no estaba orientado a la raza o al antisemitismo, ya que su líder, Kārlis Ulmanis, diplomado en la Universidad de Nebraska, daba por sentado el carácter multinacional de su Estado. El principal conflicto étnico en Letonia no estaba entre letones y judíos, sino entre letones y alemanes. A pesar de todo, tanto alemanes como judíos ejercieron de ministros del Gobierno durante el periodo de entreguerras. El partido judío ortodoxo, Agudat Yisrael, ejercía cierta influencia sobre los gobiernos letones de derechas, del mismo modo que el partido socialista judío, el Bund, sobre los de izquierdas. Letonia, como Lituania, no promulgó leyes racistas o antisemitas antes de la guerra y acogió a refugiados judíos de Alemania y Austria a finales de los años treinta. Además, igual que en Lituania, en Letonia existía un movimiento de extrema derecha con una postura antisemita que también era ilegal antes de la guerra.^[46]

Letonia y Lituania compartían ciertos aspectos. Ambos eran países pequeños (con poblaciones de entre dos y tres millones) con una concentración alta de habitantes judíos, y ambos estaban gobernados por regímenes autoritarios cuyas políticas eran bastante tolerantes para lo habitual en la Europa de finales de los años treinta. Sus destinos se encontraron en junio de 1940, cuando la Unión Soviética se aprovechó de los términos de su alianza con la Alemania nazi para ocupar y anexionar ambos países. Rápidamente, los soviéticos decapitaron a la clase política al deportar al gulag a la mayoría de los líderes que no había huido ya.

La rapidez con la que se llevó a cabo la subsiguiente toma soviética de los dos Estados soberanos también generó recursos psicológicos, materiales y especialmente políticos, y a una escala aún mayor que en Polonia. El recurso material era enorme: el poder soviético enseguida puso sobre la mesa la cuestión de los derechos de propiedad en toda la nación. Los soviéticos expropiaron a los judíos (por negociantes,

Además de esto, una cantidad considerable de letones y lituanos se hacían pasar por alemanes en 1940, ya que esto les permitía ser «repatriados» a Alemania en cumplimiento del Acuerdo Germano-Soviético. Más adelante, los alemanes podrían elegir a quiénes de todos éstos se llevarían cuando llegase su turno de invadir Letonia y Lituania.^[48]

La sincronización de la anexión soviética de Letonia y Lituania desembocó en una trágica coincidencia. Cuando los soviéticos tuvieron a punto sus trenes para las masivas deportaciones a los gulags, los alemanes tenían preparados los suyos para invadir la Unión Soviética. Las deportaciones desde Lituania comenzaron el 14 de junio de 1941: unas diecisiete mil personas (de las que tan sólo un tercio regresó) fueron cargadas en vagones.^[49] La invasión alemana ocurrió una semana más tarde. Puesto que cuando llegaron los alemanes los soviéticos preparaban represiones a gran escala, las cárceles se encontraban repletas. Hasta el último momento, Stalin se empeñó en creer que todas las informaciones acerca de la invasión alemana eran propaganda. En consecuencia, no se pudo preparar una evacuación ni una defensa, y, por supuesto, los prisioneros eran la última prioridad, pues se los consideraba peligrosos. En Letonia, Lituania y demás lugares del frente, la gran mayoría fueron ejecutados por sus guardias. Cuando los alemanes llegaron a Letonia y Lituania pudieron contemplar todos los cadáveres frescos, la prueba fehaciente del terror soviético. En junio de 1941 en los Balcanes, el proyecto soviético de destrucción del Estado coincidió con el alemán en espacio y en tiempo.

Para los destructores del Estado alemanes, los hombres de los *Einsatzgruppen* que llegaban para comenzar una segunda ocupación de la zona oriental de Polonia, Lituania y Letonia en el verano de 1941, coincidir con el poder soviético fue una gran oportunidad. Les resultaba imposible imaginar de antemano lo útiles que les resultarían los recursos políticos, puesto que no habían sido entrenados para pensar en la Unión Soviética como un sistema de gobierno, ni en los eslavos ni en los bálticos como pueblos con motivaciones políticas. Puesto que los alemanes tampoco podían saber hasta qué punto se habían introducido los soviéticos en las sociedades ocupadas, la nueva política que siguió al verano de 1941 fue una creación espontánea de los alemanes y de los habitantes de unas tierras que estaban siendo invadidas por segunda vez.

Los emprendedores de la violencia alemanes reaccionaron ante esta nueva situación y sacaron partido de sus posibilidades. Ignoraban lo que se encontrarían y calcularon mal en algunas de sus expectativas. Pero llevaron el anhelo de anarquía que sólo se puede llevar al extranjero, aprendieron a explotar la experiencia de la ocupación soviética para alcanzar sus propias metas, aún más radicales, e inventaron la política del mal mayor. En la zona de doble oscuridad, donde confluyeron la creatividad nazi y la precisión soviética, se encontraba el agujero negro.

6

El mal mayor

«La época de la estatalidad toca a su fin.» Así lo proclamó el filósofo del derecho alemán Carl Schmitt.^[1] A lo largo de la carrera de Hitler, Schmitt le proporcionó una elegante base teórica para sus intervenciones como Führer, tanto en política interior primero como en la exterior después, a medida que transformaba el Estado alemán y comenzaba a destruir a sus vecinos. Schmitt presentó a modo de idea puramente alemana la lección que Hitler había aprendido de los Balcanes: la política interior no existe como tal, ya que todo nace del enfrentamiento con un enemigo extranjero determinado, de manera que «lo interior» se definía como aquello que debía manipularse para destruir lo «exterior». Alemania no tenía contenido en sí misma, y el concepto de pueblo, *Volk*, existía para convencer a los propios alemanes de que se precipitaran a su destino homicida como raza. El pueblo sólo era aquello que se demostraba a sí mismo, algo que, sin lucha, no era nada.

Más allá de la propia manipulación, la política no tenía objeto o sujeto. Únicamente existía la oscuridad que se consuma cuando mentes de talento, como la de Schmitt, encubren el mal con la insensatez. Al tiempo que Alemania desmantelaba Austria y Checoslovaquia, la Unión Soviética ocupaba y se anexionaba Lituania, Letonia y Estonia, y ambas destrozaban juntas Polonia, Schmitt preparaba la teoría jurídica de la no estatalidad, que nacía del axioma de que el derecho internacional no emana de las normas, sino del poder. Las reglas sólo son interesantes en la medida en que revelan quién puede establecer las excepciones a las mismas. Para Schmitt, «el obsoleto derecho internacional entre Estados» era una farsa, ya que lo único importante era quién podía destruirlos. Si Alemania seguía a su Führer e ignoraba «el concepto vacío de territorio estatal», el poder alemán se extendería hasta sus fronteras naturales. El resultado sería una «tierra dividida con sensatez», sin las problemáticas restricciones normativas a las acciones políticas y militares que Schmitt describía como judías.^[2]

Schmitt opinaba que el concepto alemán de la ley debía ser depurado de la «infección» judía, representada por los principios que bloqueaban conclusiones como las suyas. Declarar el fin del Estado significaba aplicar la ley de la selva y presentarla como una ley real. Se reconocía así la ley del más fuerte, y no sólo en la práctica, sino por principio, aunque naturalmente esta conclusión se acercaba mucho a la abolición del propio concepto de principio. Otros pensadores nazis, como Viktor Bruns y Edgar Tartarin-Tarnheyden, defendían la misma idea de maneras diferentes. Arthur Seyß-Inquart, abogado y doctor en derecho, presidió Austria hasta su final y administró los territorios ocupados de los Países Bajos; en el intervalo entre estas dos funciones fue

asistente de Hans Frank, el gobernador general de la Polonia ocupada. Seyß-Inquart opinaba que en Europa occidental tenían una función, y en Europa oriental, «una misión nacionalsocialista».^[3]

Frank, abogado personal de Hitler, no dejó de defender la «legalidad» de su cometido en la Polonia ocupada: «La ley es aquello que sirve a la raza, y la ilegalidad, aquello que la perjudica». Las normas no racistas eran sencillamente obra de los judíos, «que por instinto veían en la jurisprudencia la mejor opción para llevar a cabo su propia labor racial». Frank nunca olvidó que el triunfo racial significaba comodidad racial, que el *Lebensraum* era, por así decirlo, la comodidad de su salón. Era el tipo de persona que no sólo robaba un castillo real para vivir en él, sino que además hacía incursiones en otros castillos y robaba la cubertería para su propia mesa. Enviaba a su mujer de compras al gueto de Cracovia, donde el precio siempre era justo, y al marcharse de Polonia se llevó sus Rembrandts con él.^[4]

Los abogados eran personajes muy destacados entre aquellos que exportaban la anarquía desde Alemania. Bruno Müller, por ejemplo, estuvo al mando de un *Einsatzgruppe* en Polonia en 1939 y, más adelante, de un *Einsatzkommando* en la Unión Soviética en 1941. En estas dos campañas, cuyo objetivo era acabar con el Estado, se convirtió en un asesino en masa de polacos y judíos. Durante la primera ejecución de su segunda campaña, levantó en brazos a un niño judío de dos años y dijo: «Debes morir para que nosotros podamos vivir».^[5]

Esto era en lo que se había convertido la ley en favor de la raza y contra el Estado; y, en realidad, éste había sido siempre su significado.

Durante la guerra, Alemania continuaba siendo un Estado, si bien alterado. Para la mayor parte de los alemanes, la vida seguía regida la mayor parte del tiempo por la ley en su sentido tradicional, aplicada por las instituciones del Estado. Las políticas dirigidas principalmente contra los ciudadanos alemanes, como por ejemplo la discriminación de los judíos, sobre todo eran relevantes en tanto que preparación para una lucha más prolongada. Las políticas que parecían debilitar el Estado alemán, como por ejemplo el establecimiento de zonas fuera de la ley en los campos de concentración, eran modelos para los espacios de este tipo de mayor tamaño que surgirían en el Este. Las políticas que parecían transformar el Estado, como la creación de instituciones híbridas que unían las SS con la policía tradicional, demostraban su potencial al este de Alemania, donde los Estados anteriores a la guerra habían sido destruidos. La excepción podía convertirse realmente en la norma, tal como deseaba Schmitt, más allá de las fronteras alemanas, porque sólo allí era posible acabar con la vida política normal y crear un nuevo ideal de poder nihilista.^[6]

A medida que los *Einsatzgruppen* seguían al Ejército alemán hacia el este y penetraban en los países doblemente ocupados y, después, en la Unión Soviética anterior a la guerra, sus comandantes se comunicaban de vez en cuando con Berlín.

Las autoridades británicas, ayudadas por criptógrafos polacos, habían construido una réplica de la máquina Enigma que los alemanes utilizaban para encriptar y descryptar los mensajes, y se dieron cuenta de que la información que descodificaban correspondía a las cifras de personas asesinadas. «Nos encontramos ante un crimen sin nombre», dijo Winston Churchill.^[7] Sus autores eran seres humanos que operaban con iniciativa y creatividad en circunstancias políticas que ellos mismos habían creado. La destrucción del Estado no alteraba la política, sino que más bien creaba una nueva forma de política que permitía un nuevo tipo de crímenes.

El Holocausto ha hecho arraigar ciertos estereotipos raciales en nuestras mentes, pero ninguno de ellos puede explicar por qué ni cómo se desarrolló una técnica para matar a judíos a gran escala y se asesinó a un millón de ellos en los seis meses posteriores a la invasión alemana de la Unión Soviética. Uno de los estereotipos que asociamos a los alemanes es que son metódicos y siempre siguen los planes. Sin embargo, a fecha de 22 de junio de 1941, al inicio de la invasión de la Unión Soviética, Berlín no tenía plan alguno para el exterminio de los judíos soviéticos, y mucho menos para asesinar a todos los judíos bajo dominio alemán. Una de las propuestas era enviarlos a Siberia tras una rápida y triunfante campaña militar contra el Ejército Rojo, pero durante la guerra no surgió ni podría haber surgido el debate sobre la Solución Final, ya que los líderes alemanes daban por supuesto que el conflicto duraría semanas y la Solución Final les llevaría años.^[8]

En ocasiones se representa a los *Einsatzgruppen* que seguían a la *Wehrmacht* a medida que avanzaba por la Unión Soviética como imparables agentes del mal con un claro programa de masacre absoluta, lo que significa que estos hombres sabían desde el principio, con plan o sin él, que su objetivo era matar a todos los judíos. Los *Einsatzgruppen* proyectaban la imagen de unidades especiales antisemitas con pleno conocimiento y responsabilidad exclusiva, pero lo cierto es que no era así. Desde el principio tenían órdenes de matar a algunos judíos, pero no a todos; sus instrucciones iniciales hacían referencia a los judíos como una categoría entre otras. Su principal tarea al comienzo de la invasión era acabar con el Estado, tal como habían hecho en Polonia, y por lo tanto sus objetivos eran los grupos considerados pilares del régimen soviético.^[9] En Polonia esto había incluido a los ciudadanos cultos; en la Unión Soviética, desde el punto de vista de los nazis, esto incluía a los comunistas y a los varones judíos.

El antisemitismo no explica en su totalidad el comportamiento de los miembros de los *Einsatzgruppen*. Cuando fueron enviados a Austria y a Checoslovaquia en 1938, no mataron a judíos; cuando fueron enviados a Polonia en 1939, mataron a muchos más polacos que judíos; incluso cuando los enviaron a la URSS, mataron a más gente además de a los judíos. Durante la ocupación de la Unión Soviética, asesinaron a discapacitados, gitanos, comunistas y, en algunas regiones, polacos. De hecho, no había alemanes (ni colaboradores) cuya única tarea fuera matar judíos: a

todo al que se exigía que matara judíos también se le exigía que matara a otras personas, y así lo hacía. Entre los miles de miembros de los *Einsatzgruppen* y las decenas de miles de alemanes que ejecutaron a judíos no se conoce el caso de ninguno que aceptara asesinar a éstos pero no a civiles gitanos o bielorrusos, o a prisioneros de guerra soviéticos. Tampoco hubo nadie que aceptara asesinar a civiles bielorrusos, gitanos o prisioneros soviéticos pero no a judíos. Si mataban a personas, mataban a personas.^[10]

Los *Einsatzgruppen* no mataban sólo judíos, y no sólo los *Einsatzgruppen* mataban judíos. A pesar de que estos grupos fueron los primeros en ejecutar a judíos en masa, eran una pequeña minoría de los ejecutores alemanes. El mito de su responsabilidad total surgió durante los juicios posteriores a la guerra en la República Federal de Alemania para proteger a la mayoría de asesinos y aislar los crímenes de la sociedad alemana en sí. De hecho, el número de *Einsatzgruppen* en el frente oriental era muy inferior al de policías, y estos últimos mataron más judíos. Estos hombres no solían contar con preparación especial, pero eran una de las principales bazas de Himmler y Heydrich en su intento de crear instituciones híbridas dentro de Alemania que permitieran la destrucción y el conflicto racial fuera de sus fronteras. Se había apartado del servicio a los policías que no se consideraban de fiar y, en el momento de la invasión de la URSS, cerca de un tercio de los oficiales pertenecía a las SS y unos dos tercios al Partido Nacionalsocialista. Los policías alemanes, formaran parte del partido o de las SS, fueron enviados al Este y asesinaron a judíos. Los soldados también mataron a un gran número de judíos y, en 1941, ayudaron a los *Einsatzgruppen* y a la policía a organizar matanzas aún mayores.

En 1941, los miembros de los *Einsatzgruppen*, los policías y los soldados, todos ellos alemanes, colaboraron con grandes sectores de la población local, de múltiples nacionalidades, que habían experimentado el dominio soviético. Durante los primeros seis meses tras la invasión alemana, estos grupos desarrollaron juntos técnicas para los asesinatos en masa, estrategias que no reflejaban ningún plan previo; de hecho, algunas de ellas contravenían las órdenes iniciales. Los *Einsatzgruppen* ponían en práctica las instrucciones de Himmler y Heydrich, pero sus comandantes también refinaban métodos para matar e inventaban argumentos para racionalizarlos. Debían probar si sus operaciones y sus argumentos resultaban aceptables para otras fuerzas alemanas; debían convencer a sus propios hombres de que mataran a mujeres y a niños, y debían encontrar la manera de contar con la colaboración local cuando la tarea adquiriera un alcance y una dificultad excesivos.

Si la masacre de 1941 involucró a la población local, ¿fue quizá como resultado del antisemitismo de los ciudadanos y no de la política alemana? Es un modo habitual de explicar el Holocausto sin entrar en política: un estallido de barbarie entre los europeos orientales, predecible a lo largo de la historia. Este tipo de razonamiento es tranquilizador, ya que nos permite pensar que sólo las personas asociadas con mostrar un antisemitismo exacerbado consentirían la violencia destructiva. Esta noción

reconfortante y errónea es un legado del racismo y el colonialismo nazi; según su propaganda, el Holocausto nació de un estallido espontáneo de antisemitismo primitivo. Los alemanes pretendían achacar los asesinatos de judíos en el frente oriental a la ira justificada de los pueblos oprimidos contra sus supuestos caciques judíos.

Una vez llegaron a Europa del Este, incluso los nazis más acérrimos se dieron cuenta de que la situación no era tan sencilla. El ajuste de cuentas, en verdad espontáneo, que siguió a la llegada de las tropas alemanas y que tenía una motivación más política que racial, acabó con un número muy reducido de judíos, así como con personas que no lo eran. Los *Einsatzgruppen* habían recibido instrucciones de crear la ilusión de la espontaneidad local, lo cual naturalmente sugiere que no fue así. En la práctica, los alemanes llegaron en pocas semanas a la conclusión de que promover los pogromos entre personas que habían sido gobernadas por la Unión Soviética no les permitiría avanzar hacia la Solución Final. En Lituania, territorio ocupado a continuación y lugar donde se inició el Holocausto, menos del 1% de los judíos asesinados fueron víctimas de pogromos, es por ello que los alemanes estuvieron presentes en cada uno de ellos.^[11]

Tras la guerra, la propaganda soviética repitió el argumento nazi, pero los propagandistas de la URSS tuvieron que enfrentarse a la verdad incómoda de que el Holocausto había comenzado precisamente en el lugar en que ellos habían establecido su nuevo orden revolucionario en 1939 y 1940. Además, ciudadanos soviéticos de todas las nacionalidades, incluido un número considerable de comunistas, habían participado en el asesinato de judíos en colaboración con los alemanes allí donde se hubiera establecido contacto con ellos: tanto en los territorios anexionados en 1939 y 1940 por los soviéticos como en los territorios de la Unión Soviética anterior a la guerra, incluida la Rusia soviética. De modo que los propagandistas soviéticos, con precisión orwelliana, trataron de etnificar la historia y limitar la responsabilidad del Holocausto a lituanos y letones, precisamente los pueblos cuyos Estados habían sido destruidos por la Unión Soviética en 1940, y a ucranianos occidentales, cuyas aspiraciones nacionales también habían sido aplastadas por el poder soviético. Este trasvase de la responsabilidad parecía justificar que la Unión Soviética volviera a hacerse con estas tierras tras la guerra. Así, primero los nazis y después los soviéticos se esforzaron por achacar la responsabilidad del asesinato de judíos a los países que ambos invadieron.^[12]

Sin duda el antisemitismo estaba extendido en Europa del Este. La hostilidad hacia los judíos en su principal patria había constituido una corriente importante en la vida religiosa, cultural y política durante siglos. Especialmente en la Polonia de entreguerras, la idea de que los judíos no pertenecían al conjunto nacional y debían abandonar el territorio fue más popular que nunca en la década de 1930. Sin embargo, la relación entre el sentimiento y el asesinato no es sencilla. Este antisemitismo que se remonta en el tiempo no explica por qué los pogromos

comenzaron precisamente en el verano de 1941. Este razonamiento ignora el hecho revelador de que los pogromos fueron más abundantes allí donde los alemanes expulsaron a los mandatarios soviéticos, así como el dato real de que instigar los pogromos en dichos lugares formaba parte evidente de la política alemana. Ésta y otras formas de colaboración local en los asesinatos eran menos frecuentes en Polonia, donde el antisemitismo había tenido una mayor presencia antes de la guerra, que en Lituania y Letonia, donde dicha tendencia se había extendido en menor medida. En la Unión Soviética, donde antes de la guerra el antisemitismo era delito, la colaboración en las matanzas de judíos fue mucho más directa que en Polonia; en la URSS ocupada, los asesinatos comenzaron inmediatamente después del contacto con las fuerzas alemanas. En la Polonia ocupada, el Holocausto comenzó más de dos años después de la invasión alemana y en gran medida estuvo aislada de la población local; en la Unión Soviética ocupada, las ejecuciones de judíos tenían lugar al aire libre, ante la población, con la ayuda de jóvenes soviéticos.

Resulta tentador imaginar que una idea simple en la mente de personas simples décadas atrás y a miles de kilómetros de distancia pueda explicar un acontecimiento tan complejo. La noción de que el antisemitismo local de Europa oriental mató a los judíos de la región produce en otros una sensación de superioridad similar a la que sintieron en su día los nazis. Podemos permitirnos pensar que se trata de pueblos bastante primitivos, pero esta reflexión no sólo es insuficiente para explicar el Holocausto: el racismo que desprende nos impide considerar la posibilidad de que los alemanes y los judíos no fueran los únicos individuos con complejos objetivos políticos; los pueblos locales también los tenían. Cuando caemos en la trampa de la etnificación y la responsabilidad colectiva, nos convertimos en cómplices de los nazis y los propagandistas soviéticos al abolir el pensamiento político y revocar la voluntad individual.

Los sucesos de la segunda mitad de 1941 fueron una campaña acelerada de asesinatos que acabó con la vida de un millón de judíos y, al parecer, convenció a los líderes alemanes de que era posible eliminar a todos los judíos que estuvieran bajo su dominio. Esta atrocidad no puede explicarse con estereotipos de judíos pasivos o comunistas, de alemanes metódicos o preprogramados, de ciudadanos locales brutales o antisemitas, o con ningún otro cliché, por muy profundo que fuera entonces o por muy práctico que resulte hoy en día. Esta masacre sin precedentes no habría sido posible sin un estilo especial de política.^[13]

El comienzo de las matanzas en los países doblemente ocupados fue la última fase del desarrollo de las nuevas políticas iniciadas ocho años antes, cuando Hitler subió al poder en Alemania. Al igual que los nazis recurrieron a otros alemanes para desarrollar políticas biológicas dentro del país, necesitaban recurrir a personas de otras nacionalidades para que su ideología se extendiera más allá de sus fronteras. En

cierto modo, la invasión de 1941 siguió el mismo patrón que el ascenso al poder de Hitler en Alemania. En una época de tensión, la idea de una sangrienta lucha racial como visión global, cuyo atractivo no resultaba evidente para la mayoría de la población de la época, intentaba concretarse en conceptos e imágenes que generaran apoyo político.^[14] En la Alemania de 1933, la creencia hitleriana de que los judíos eran comunistas y los comunistas eran judíos se plasmó en la idea mucho más banal y accesible de que un gobierno de izquierdas traería el caos y el hambre a Alemania. En la Europa del Este de 1941, el concepto de lo judeobolchevique se plasmó en la política, pero eso ocurrió en regiones donde la población había experimentado el poder soviético. La clave para que la ideología se reflejara en la política de esta manera era apelar de forma efectiva a la experiencia humana en un momento crucial. En Alemania, en 1933, Hitler orientó el miedo contra el vecino oriental, la Unión Soviética. En 1941, en los países doblemente ocupados, los alemanes orientaron la experiencia de la ocupación soviética contra los vecinos judíos.

Una macabra ironía quiso que los nazis sacaran provecho de su error fundamental. Sostenían la idea básica de que la Unión Soviética era un imperio judío que sería destruido por un imperio alemán.^[15] Sin embargo, cuando Alemania invadió la Unión Soviética en 1941, las sociedades con las que se encontraron no estaban divididas entre gobernantes judíos y víctimas cristianas. Los soviéticos habían sido más eficaces que los alemanes a la hora de apartar físicamente a sus objetivos humanos del escenario. Cerca de medio millón de ciudadanos polacos, lituanos y letones, incluidos muchos judíos y miembros de otras minorías nacionales, habían sido deportados al gulag (donde muchos de ellos ya habían muerto). Los cadáveres de miles de ciudadanos polacos, lituanos y letones, incluidos muchos judíos y miembros de otras minorías nacionales, estaban enterrados en fosas comunes secretas soviéticas. Todas estas víctimas incuestionables del poder soviético estaban muertas o a miles de kilómetros de distancia. Por lo general, ni siquiera era posible reclutar a los prisioneros del NKVD, ya que la mayoría de ellos habían sido asesinados o deportados justo cuando los alemanes estaban llegando.

Los soviéticos habían integrado a la población local en su propio sistema hasta un punto que los alemanes no eran capaces de imaginar. Esto significaba que los habitantes de las regiones doblemente ocupadas podían considerarse a sí mismos víctimas, a pesar de o precisamente porque habían ejercido cierto grado de poder en el régimen soviético. Tenían fuertes motivos psicológicos y políticos para sobrecompensar insistiendo en su condición de víctimas. Entre ellos había personas de izquierdas que en un primer momento habían apoyado el sistema soviético y después habían cambiado de idea, y que ahora querían olvidar su compromiso original. Había hombres y mujeres que en un principio se habían resistido al sistema soviético y después se habían dejado reclutar como agentes e informadores; éstos habían escapado de la muerte o la deportación colaborando con los soviéticos y, por lo tanto, cuando los alemanes llegaron seguían en su hogar, deseosos de purgar su

pasado colaborando de nuevo. Había jóvenes que habían sido llamados al servicio militar por el Ejército Rojo y después, al llegar los alemanes, habían desertado. Había policías que habían servido a los gobiernos de entreguerras y después al régimen soviético, y que por lo tanto habían ayudado a deportar a aquellos que se habían enfrentado a él. Cuando los alemanes llegaron, estos policías tenían buenos motivos para mostrarse cooperativos, ya que habían servido al aparato de seguridad soviético al más alto nivel; tan alto que sabían que otros lo recordarían. En estos casos, las personas en cuestión debían mantener puestos de importancia con los alemanes si querían sobrevivir; y algunos lo lograron.^[16]

Ni el sistema soviético era una conspiración judía, ni la mayoría de miembros del Partido Comunista, policías y colaboradores eran judíos. Los alemanes debían creer que así era, porque la invasión se basaba en la premisa de que el contubernio judío se derrumbaría rápidamente cuando se eliminara a sus colaboradores judíos locales. Por muchas cosas que hubieran dicho para salvar el pellejo durante la guerra o para dar posteriormente un componente étnico a sus experiencias, la población local sabía que nada de aquello era cierto, ya que su experiencia con el sistema soviético era real. La Administración soviética sí había empleado a un mayor número de judíos que los regímenes anteriores a la guerra, y en cantidades desproporcionadas para su presencia en el país, pero el poder soviético se había fundamentado siempre en la mayoría local, fuera letona, lituana, bielorrusa, ucraniana, rusa o polaca. Los no judíos afirmaban que los judíos eran colaboradores soviéticos y que los colaboradores soviéticos eran judíos (afirmaciones que siguen haciéndose hoy en día), y minimizaban así el papel indispensable que los habitantes locales no judíos habían desempeñado en el régimen. Al definir el comunismo como una corriente judía y a los judíos como comunistas, los invasores alemanes perdonaron *de facto* a la gran mayoría de los colaboradores con el poder soviético.^[17]

La participación de prácticamente toda la ciudadanía en el sistema soviético, que constituía una realidad política, podía reducirse a la noción de unos pocos judíos culpables, lo cual era una fantasía política. El mito judeobolchevique confirmaba la idea a la que los nazis debían aferrarse para que su invasión tuviera sentido: un único golpe a la Unión Soviética podía ser el principio del fin de la conspiración judía mundial, y un único golpe a los judíos podía acabar con la Unión Soviética. Al mismo tiempo esto permitía que las personas que realmente habían participado del poder soviético lograran separarse del pasado, tanto en su imaginación como en su interacción con el nuevo gobierno nazi antisoviético. Cuando Heydrich escribió acerca de la necesidad de «autopurificarse», pensaba en la posibilidad de espolear a la comunidad para que se limpiara a sí misma de judíos. Lo cierto es que al alinearse o aparentar que se alineaban con las políticas nazis en relación con los judíos, los habitantes locales estaban limpiando su propio pasado. La ignorancia de los alemanes con respecto a las políticas soviéticas de gobierno y ocupación dio a los habitantes de la zona la oportunidad de aprovecharse de ello.

En consecuencia, las sanguinarias políticas que resultaron de esta situación fueron una creación conjunta de los alemanes y los ciudadanos; ambos grupos contribuían al fin del poder soviético, pero cada uno de ellos tenía su propia idea de dicho poder, y sus intereses eran diferentes. La política consiste sin lugar a dudas en la coordinación de actores con experiencias, percepciones y objetivos distintos; sin embargo, en este lugar y este tiempo concretos, en los que un régimen extremadamente duro daba paso a otro, en los que la colaboración con los soviéticos había sido generalizada, y en los que las instrucciones nazis para el asesinato racial no eran específicas, no existía una fuente de autoridad política que sirviera de guía. La política del mal mayor fue una creación colectiva en una época de caos.

En cierto modo, 1941 fue una repetición de 1938, de la *Anschluss* de Austria, del primer éxito nazi en la destrucción de Estados. Tal como aprendieron algunos nazis en Viena, la suspensión de la autoridad estatal proporciona una ventaja política, ya que de pronto casi nadie quiere que lo identifiquen con el antiguo régimen y todo el mundo quiere que el nuevo lo respalde, o al menos que lo perdone. Además, el carácter nazi del nuevo régimen permitió a gran parte de la población desvincularse de su historia política real mediante demostraciones públicas. En la Unión Soviética ocupada de 1941, al igual que en la Austria de 1938, la caída del régimen anterior proporcionó los elementos estéticos de una escenografía política determinada con los que la población local aplicó la ideología nazi y reconcilió así sus propios intereses y esperanzas con las percepciones de aquellos que ostentaban ahora el poder. La asociación pública y ritual de los judíos con el régimen anterior deslegitimó a ambos al mismo tiempo y los encerró en un círculo condenatorio que dejaba fuera a la mayoría, relativamente a salvo. Si el régimen se había derrumbado y los judíos eran el régimen, la consecuencia lógica era que ellos también cayeran. Al igual que las personas deben estar concentradas en un mismo lugar para ser ejecutadas en masa, la responsabilidad también debe estar concentrada para ser abolida. Así, los judíos, y sólo los judíos, debían responder del pasado. Y una vez reunidos y asesinados, la responsabilidad se desvanecería como el humo.

En 1938, en Austria, un buen número de nazis locales tenía sus propios planes para los judíos austríacos, así que las medidas que se tomaron cuando el Estado cayó fueron inmediatas y raciales. En la Polonia oriental, ocupada por partida doble y el primer lugar al que llegaron las fuerzas alemanas durante su reinvasión en junio de 1941, la reacción no fue tan concreta porque al principio la población no estaba segura de qué se esperaba de ella. Naturalmente, la destitución del poder soviético por parte de los alemanes dio pie a una oleada considerable de ajustes de cuentas entre los ciudadanos, tal como había sucedido veintiún meses antes con la destitución del poder polaco por parte de los soviéticos. Sin embargo, las palizas, las humillaciones y los asesinatos que comenzaron con la llegada de los alemanes no

tenían carácter étnico, sino que más bien estaban motivados por los agravios personales que se habían producido durante la ocupación. En los días inmediatamente posteriores a la llegada de los alemanes, los polacos mataron a judíos pero también a otros polacos. En realidad no fue la retirada de los soviéticos la que precipitó los pogromos judíos a gran escala, sino la llegada de los alemanes.

Éstos parecían haber ideado una escenografía básica para el cambio de régimen, inaugurada por los *Einsatzgruppen* y la Policía del Orden durante la invasión de la URSS y muy similar a la violencia ritual de las SA en Viena. El equivalente de los «grupos de limpieza» de la primavera de 1938 fue la destrucción de las estatuas de Lenin y Stalin en los territorios doblemente ocupados durante el verano de 1941. Obligar a los judíos a eliminar la propaganda era una forma de culparlos de ella, y tanto los que los obligaron como los que contemplaron la escena se liberaron de la responsabilidad por el orden antiguo y se congraciaron con los amos del nuevo.

Las expectativas de la población con respecto a la invasión alemana de 1941 dependían de su experiencia con el poder soviético en 1940, y el significado de la experiencia soviética dependía a su vez de las políticas de entreguerras. Los pueblos que vivían en el este de Polonia –polacos, ucranianos, bielorrusos, judíos– reaccionaron de forma muy distinta a la invasión alemana de junio de 1941, no porque pertenecieran a grupos étnicos diversos, sino porque sus experiencias previas habían dado lugar a esperanzas y objetivos diferentes. En los primeros días y semanas de la invasión hubo más colaboración con los alemanes en el sureste que en el noreste de Polonia, porque en dicha región se encontraban los nacionalistas ucranianos, que quizá creían que la invasión alemana favorecería sus intereses políticos.^[18]

Al ayudar a organizar los pogromos en el sureste reinvasado de Polonia durante el verano de 1941, los nacionalistas ucranianos también ayudaron a los alemanes a trasladar la fantasía de la inocencia ucraniana y la culpa judía a la experiencia de la dominación soviética. Cuando se encontraron cadáveres de prisioneros dentro de una prisión del NKVD, la propaganda alemana acusó a los judíos de ser sus verdugos; y cuando el 30 de junio los alemanes se llevaron algunos de los cuerpos de los miles de prisioneros asesinados por el NKVD en Lwów, los nacionalistas ucranianos los ayudaron a presentar aquellos asesinatos como un crimen judío contra la nación ucraniana. Los verdaderos autores de las ejecuciones, los oficiales del NKVD, habían desaparecido, pero los judíos de Lwów seguían allí. En esa ocasión, como en todas las demás, los cadáveres se expusieron allí donde se encontraron y aquel horror se asoció a los judíos. La conmoción del momento ayudó a transformar un crimen político en uno que implicaba una responsabilidad étnica; el asesinato de aquéllos a los que se consideraba responsables no sería tanto una venganza como una transformación del pasado.^[19] La historia reciente se convirtió en una fábula racial cuya moraleja era el asesinato. Claro que en casos aislados el proceso podía ser

mucho más sencillo: un superviviente ucraniano de una matanza en una prisión soviética, por ejemplo, se convirtió en comandante de la policía regional con los alemanes.

El 25 de julio de 1941 en Lwów, más de cuatro semanas después de que el NKVD hubiera matado a sus prisioneros, varios judíos fueron asesinados durante un pogromo organizado por los alemanes con la ayuda de los nacionalistas de la zona. Esta reacción no fue en absoluto espontánea; la asistencia activa a los pogromos en el verano de 1941 proporcionó una tapadera política muy útil al gran número de ucranianos que habían sido comunistas, colaboradores soviéticos o ambas cosas. El mito judeobolchevique, extendido en la región por las milicias, fue la vía de escape perfecta para la mayoría de colaboradores soviéticos que, de hecho, eran ucranianos. Los nacionalistas informaron a sus compatriotas ucranianos de que podían purgar su propia mancha colaboracionista con los soviéticos matando a un judío. En muchas ocasiones, como sucedió en la ciudad de Mizoch, algunos de los colaboradores del régimen fueron nacionalistas ucranianos que hasta el verano de 1941 habían colaborado con los judíos en el aparato soviético.^[20]

Al reducir la auténtica experiencia política ucraniana al estereotipo de lo judebolchevique, los alemanes dieron una oportunidad a los colaboradores ucranianos, que éstos aprovecharon enseguida. Los ucranianos tachaban a los judíos una y otra vez de comunistas y colaboradores soviéticos, y protegían así a sus familias y a sí mismos. En la ciudad de Klevan, por ejemplo, los ucranianos fueron de casa judía en casa judía señalando a supuestos colaboradores soviéticos, y en Dubno, donde tres cuartos de la población era judía, algunos de los ucranianos autorizados por los alemanes en 1941 para gobernar la ciudad habían ofrecido sus servicios a los soviéticos en 1939. En otras palabras: los ucranianos que habían dedicado los dos primeros años de la guerra a ayudar al comandante local del NKVD (que era judío) a deportar a polacos, judíos y ucranianos pasaron a ayudar a las SS a matar a judíos, ucranianos y polacos a los que denunciaban como colaboradores soviéticos, habiéndolo sido ellos mismos.^[21] Los alemanes, incapaces de gestionar la avalancha de denuncias, recurrieron a sus ilusiones raciales y muchas veces fueron manipulados. Los judíos y los polacos de estas regiones se dieron cuenta de esta doble colaboración, que sin embargo no se ha visto reflejada ni en la historia ucraniana de la guerra ni en la alemana.

En el noreste de Polonia, doblemente ocupado, donde no existía la cuestión nacional y tampoco, por lo tanto, las motivaciones políticas, la cadena de acontecimientos tuvo diferencias considerables. En las semanas posteriores a la invasión, los alemanes dedicaron muchos más recursos a provocar la violencia contra los judíos, obteniendo resultados muy inferiores. Los alemanes mataron a judíos y, con el tiempo, los polacos también, pero hubo menos muertos y en menos lugares.

En Białystok, una de las principales ciudades del noreste de Polonia, los propios alemanes iniciaron las masacres en junio de 1941. Para entonces la ciudad ya había sido ocupada dos veces: primero había llegado el Ejército alemán en septiembre de 1939, seguido de la unidad especial alemana más sanguinaria de la campaña polaca, el *Einsatzgruppe IV*, que mató a polacos y judíos en la ciudad. De acuerdo con los términos del Tratado de Amistad, Cooperación y Demarcación entre la Alemania nazi y la Unión Soviética, firmado el 28 de ese mismo mes, la *Wehrmacht* y las SS se retiraron de Białystok y fueron sustituidas por el Ejército Rojo y el NKVD. Bajo el poder soviético, gran parte de la ciudad fue desmantelada y se cerraron los negocios judíos (junto con todos los demás). La ocupación soviética se prolongó hasta la reinvasión alemana de junio de 1941, cuando el 27 de junio el batallón 329 de la Policía del Orden entró en Białystok con órdenes de eliminar a los soviéticos rezagados y a los «enemigos». A continuación, se llevó a cabo un nuevo tipo de masacre alemana que quizá se planteó como prototipo.

interrumpidos por disparos de la ametralladora.^[22] La lógica de esta escenografía era evidente: los judíos eran responsables de la ocupación soviética y matarlos formaba parte de la liberación. Sin duda esto resultaba lo bastante claro para una población plenamente consciente del mito judeobolchevique, que había estado muy extendido entre la derecha polaca en el periodo de entreguerras. No obstante, la matanza por inmolación del 27 de junio no produjo los resultados inmediatos que los alemanes parecía que esperaban.

En esos últimos días de junio y primeros de julio de 1941, en el noreste del país los polacos estaban ajustando cuentas. Al igual que la llegada del Ejército Rojo veinte meses antes, la llegada del Ejército alemán también trajo consigo el aumento de la violencia local. Algunos polacos mataron a judíos, pero otros polacos también mataron a polacos. Estos asesinatos individuales espontáneos no respondían a ninguna escenografía. Por muy claro que hubiera sido el ejemplo de Białystok, los polacos no lo siguieron inmediatamente. Dos días después de la matanza, Heydrich dio a sus *Einsatzgruppen* la orden específica de fomentar los pogromos mientras fuera posible en el contexto caótico de la caída del poder soviético. Estos «intentos de autolimpieza» debían «provocarse sin dejar rastro, intensificarse de ser necesario y encauzarse en la dirección apropiada. La “autodefensa” local no debe tener la posibilidad de recurrir a garantías políticas más adelante».^[23]

Si la orden de Heydrich pretendía que los pogromos se extendieran por todo el noreste de Polonia, el intento fracasó. A diferencia del sureste, territorio de los nacionalistas ucranianos, aquí no existía ningún debate político previo, ni una organización política anterior ni un conjunto de emigrantes escogidos y entrenados que aplicaran el programa alemán a la liberación local. A principios de julio de 1941 el noreste de Polonia recibió una atención más intensa de lo habitual por parte de los líderes nazis y de la policía alemana. Heydrich repitió sus órdenes de incitar a los pogromos y Himmler, decepcionado por la ausencia de este tipo de asaltos en la región, viajó a Białystok y dio una orden similar. Incluso Göring visitó la zona esos días y dio también las mismas instrucciones.^[24]

Al convertirse en el destino y la prioridad de tres de los más altos cargos nazis, la presencia de las fuerzas policiales en la región creció hasta hacerse especialmente intensa. Los refuerzos venían de tres direcciones distintas: del este regresaron los miembros del *Einsatzgruppe B*, del noreste llegó la policía de los nuevos territorios del Reich, y del sureste vino la policía del Gobierno General de Varsovia. Los miembros de las tres unidades tenían una gran experiencia en el asesinato de polacos y judíos. De hecho, algunos de los policías provenientes de Varsovia habían adquirido dicha experiencia en Białystok, ya que la policía estacionaria de Varsovia se había formado a partir del *Einsatzgruppe IV*, que había arrasado la ciudad en 1939.^[25] Ni siquiera esta atención inusual por parte de los líderes alemanes y la concentración de fuerzas policiales venidas de todas partes compensaron la ausencia de la motivación política. Los alemanes provocaron alrededor de una docena de pogromos y los

polacos de la región mataron a varios miles de judíos. Desde la perspectiva alemana, estos resultados eran muy inferiores a las matanzas del sureste del país, zona de actuación de los ucranianos políticamente motivados.

La magnitud de la masacre también era inferior a la que estaban alcanzando los alemanes en el norte y el este a medida que desplazaban a las fuerzas soviéticas de Lituania y Letonia y ocupaban la zona. De hecho, el regreso de las fuerzas alemanas al noreste de Polonia a principios de julio de 1941 fue probablemente un intento de igualar los resultados que habían obtenido en los países bálticos. Los pogromos en el noreste de Polonia comenzaron cuando los alemanes y lituanos ya estaban asesinando a judíos en Lituania, a todo un país de distancia. También comenzaron cuando los alemanes y los letones ya estaban asesinando a judíos en Letonia, a dos países de distancia. Desde esta perspectiva más amplia, los asesinatos del noreste de Polonia disminuyeron la intensidad de las matanzas ya que éstas fueron mucho menos generalizadas que en Lituania y Letonia, y unas semanas después se detuvieron. Sin el recurso de la política, los pogromos eran un callejón sin salida.

Los alemanes estaban aprendiendo una nueva forma de hacer política, y tanto el éxito como el fracaso resultaban instructivos. La distribución de los pogromos y la ausencia de espontaneidad real demostraron que las suposiciones iniciales de los nazis respecto al comportamiento de la población local eran incorrectas. De acuerdo con su lógica, era posible provocar a los subhumanos para que asesinaran a sus explotadores judíos; sin embargo, los pogromos del noreste de Polonia solían producirse allí donde los no judíos habían colaborado con el régimen soviético.^[26] De hecho, en los lugares donde los judíos comunistas eran numerosos, los pogromos eran menos habituales, ya que la presencia del comunismo significaba que se habían producido contactos entre judíos y no judíos y que había cierta tendencia a la conspiración. Los judíos comunistas contaban con lugares en los que buscar consejo y esconderse. Lo mismo había sucedido con el bloque electoral de entreguerras de Piłsudski, concebido entre varias nacionalidades. Cuando era importante para una comunidad determinada, los judíos y los polacos acostumbraban a mantener relaciones civilizadas y era menos probable que se produjeran pogromos.

El pogromo más tristemente célebre del noreste de Polonia, que tuvo lugar en Jedwabne el 10 de julio de 1941, demostró el escaso conocimiento de los alemanes. La policía germana regresó a Jedwabne ese día, más de dos semanas después del cambio de régimen y dos semanas después de los sucesos de Białystok. En Jedwabne los alemanes contaban sin saberlo con las condiciones ideales para un pogromo. En los años de entreguerras, el comunismo y el movimiento de Piłsudski habían sido débiles en esa zona, es decir, la tradición de establecer contactos entre judíos y polacos estaba poco arraigada, y además había sido un polaco y no un judío quien había delatado al movimiento clandestino de Jedwabne a los soviéticos. Los polacos, al contrario que los propios alemanes, comprendieron que estos últimos estaban ofreciendo una oportunidad de autolimpieza que permitiría atribuir la responsabilidad

del régimen soviético a los judíos locales para después eliminarlos.^[27]

La escenografía de Jedwabne fue muy similar a la de Białystok, con la diferencia de que aquí los alemanes establecieron las normas y los polacos las ejecutaron. Algunos habitantes polacos obligaron a los judíos a quitar la estatua de Lenin en presencia de la policía alemana. Después, unos trescientos judíos, algunos de ellos con una bandera roja que simbolizaba su supuesto vínculo con el comunismo, fueron obligados a desfilar hasta un granero donde fueron quemados vivos por algunos de sus vecinos polacos.^[28] Como en la mayoría de estos casos, las personas que habían colaborado con el comunismo estaban matando sin duda a personas que no lo habían hecho. La masacre dio lugar a un estereotipo colectivo que etnificaba la culpa y transformaba el pasado. La estatua de Lenin se quemó en el granero junto con los judíos, como también se quemaron muchos indicios de Lenin junto con libros «judíos» en Alemania. En este caso, la mentira que los alemanes contaban a los polacos a través de los carteles y los megáfonos –que los judíos eran comunistas, y los comunistas, judíos– se la contaron los polacos a los alemanes con brasas y cenizas.

En el noreste de Polonia los pogromos imitaron la coreografía de Białystok: los alemanes reunían a los polacos, los polacos reunían a los judíos, los polacos golpeaban y humillaban a los judíos. Los obligaban a cantar canciones soviéticas, a llevar banderas soviéticas y a destruir monumentos a Lenin o a Stalin cuando había alguno cerca. Estos crueles rituales eran la experiencia reformulada de una era devastadora que ya había finalizado, pero no una reacción inmediata e irreflexiva al sufrimiento. Los pogromos no eran actos espontáneos de venganza, sino un esfuerzo conjunto de los alemanes y la población local por reinventar la experiencia de la ocupación soviética de una forma aceptable para ambas partes.^[29]

El método empleado para matar judíos en Jedwabne, por horrible que fuera, no podía convertirse en la Solución Final porque no existía motivación política. Los alemanes podían apelar a los argumentos psicológicos y materiales: matando a los judíos, los polacos podían exculparse a sí mismos de su asociación con el poder soviético y hacerse con sus propiedades. En la región de Jedwabne, en la que tener un mulo era señal de prosperidad, este motivo no podía ignorarse. Sin embargo, Alemania no podía siquiera pretender estar ofreciendo Polonia a los polacos; ya había invadido el país una vez. Durante la primera invasión de septiembre de 1939, las fuerzas alemanas alcanzaron Jedwabne y otras zonas del noreste de Polonia donde se produjeron los pogromos de julio de 1941, y esa primera vez el objetivo principal de las fuerzas alemanas había sido matar polacos. Tras retirarse de la región, los alemanes se habían anexionado y habían colonizado gran parte de Polonia occidental y central, como todo el mundo sabía, así que cuando regresaron en 1941 ni siquiera se molestaron en hacer promesas políticas a los polacos. De hecho, pretendían matarlos después de utilizarlos para matar a los judíos.^[30]

La existencia o inexistencia de pogromos en la Polonia oriental doblemente

ocupada estaba relacionada con la historia política reciente y, por lo tanto, con una sensibilidad política que, según los nazis, los subhumanos no podían poseer. Sin embargo, aprendieron enseguida. En Lituania, donde la motivación política era fuerte, los pogromos eran un entrenamiento para las personas a las que los alemanes seleccionarían para poner en práctica métodos mucho más organizados de masacre.

[31] Para cuando los alemanes llegaron a Letonia, ya habían comprendido que la principal utilidad de los pogromos era su función como método de reclutamiento. En lugar de desanimarse porque las masas no se unieran a los pogromos, reclutaron a las personas que mostraban interés por liderarlos.

El Holocausto comenzó en Lituania y Letonia, dos países ocupados de forma consecutiva. A diferencia del este de Polonia, en estos dos lugares los asesinatos aparentemente caóticos sí desembocaron en una Solución Final sistemática. A finales de 1941 la gran mayoría de los judíos polacos seguían vivos, mientras que casi todos los judíos lituanos y letones habían muerto.

Los alemanes entendieron que debían tratar el asunto de Lituania y fueron conscientes del potencial que podía llegar a tener su aprovechamiento político. Los lituanos eran un pueblo báltico y, por lo tanto, desde la perspectiva nazi eran más valiosos como raza que los pueblos eslavos, como los polacos. Los soviéticos habían destruido el Estado lituano y miles de emigrantes habían buscado refugio en Alemania. [32] Entre la destrucción soviética de Lituania, en junio de 1940, y la invasión de la Unión Soviética, en junio de 1941, los alemanes tuvieron un año para filtrarlos, entrenarlos y formar así un cuerpo de población local que implementara las políticas alemanas. En noviembre de 1940 se fundó en Berlín el Frente Activista Lituano; los políticos lituanos implicados en la iniciativa creían que podrían aprovechar la potencia militar alemana para liberar Lituania, mientras que los alemanes dieron por hecho que podrían canalizar la energía política lituana para lograr sus propios objetivos.

Los activistas lituanos llegaron con los alemanes en junio de 1941 e hicieron las veces de traductores, en sentido literal y figurado, de las intenciones alemanas. Los lituanos colgaron pancartas alemanas (en lituano) que identificaban a los judíos con el poder y los crímenes soviéticos. Esto tuvo allí un efecto diferente al que había tenido en Alemania: si la responsabilidad del comunismo podía limitarse a los judíos, los lituanos y el resto de no judíos que habían colaborado con las autoridades soviéticas recibirían el obsequio de la exoneración. Los alemanes, al contrario que los lituanos, no entendían que el poder soviético ya había expropiado a los judíos del país. De los 1593 negocios que los soviéticos habían nacionalizado en Lituania en otoño de 1940, 1327 pertenecían a judíos, es decir, el 83%. [33] Con la marcha de los soviéticos, los lituanos podían reclamar todos estos negocios, siempre y cuando sus anteriores dueños judíos no reaparecieran. Los soviéticos habían deportado al gulag a

muchos de los judíos lituanos más adinerados; los restantes eran vulnerables a los alemanes que quisieran matarlos, y a los lituanos (y otros habitantes de Lituania, como los polacos y los rusos) que ocupaban ahora sus negocios u oficinas. Algunos lituanos defendieron ante otros lituanos en la prensa y en persona que la política alemana de matar a judíos formaba parte de una transacción que favorecería el resurgimiento de Lituania y la renovación de su clase media, y el Frente Activista Lituario declaró la independencia del país.

La política de las matanzas fue una creación colectiva, la unión de las experiencias lituanas y las expectativas nazis. Los lituanos habían estado involucrados en el poder soviético, y el mito judeobolchevique nazi les ofrecía una oportunidad que los propios alemanes no alcanzaban a comprender. Miembros de todos los grupos nacionales del país, es decir, no sólo lituanos sino también polacos y rusos, habían colaborado con el régimen soviético. Los judíos eran algo más propensos a ello que los lituanos, pero éstos eran mucho más numerosos, así que su papel en el régimen fue mucho más importante.^[34] Los lituanos enseguida entendieron que el mito judeobolchevique equivalía a una amnistía política masiva para todo aquel que hubiera colaborado con los soviéticos, así como la posibilidad de reclamar todos los negocios que los soviéticos habían arrebatado a los judíos.

La experiencia real en política cedió a una lógica racial implacable, no sólo en los cambios de bando sino también en las acciones violentas que los acompañaban. Los activistas lituanos avisaron a conocidos colaboradores soviéticos de que tenían la posibilidad de lograr una sangrienta absolución de su pecado político. Matando a los judíos, los lituanos que habían trabajado para el régimen soviético podían empezar de cero en la política a ojos de otros lituanos, aquellos que tenían contactos alemanes, aquellos que ahora parecían ser los más influyentes. A los miembros del grupo que sin lugar a dudas había apoyado la anexión del país por parte de la URSS, los miembros del Partido Comunista de Lituania, se les permitió unirse al Frente Activista Lituario siempre que no fueran judíos. Por lo tanto los comunistas no judíos tenían libertad para cambiar de bando y así olvidar su colaboración. A la juventud comunista lituana retenida en prisión se le comunicó que el precio de la libertad era una demostración determinada de lealtad hacia su país: debían matar a un judío. Los judíos comunistas, y los judíos en general, no podían unirse al Frente Activista Lituario; es decir, los judíos, sin importar lo patrióticos o leales al país que fueran, habían quedado excluidos de la política. En el verano y otoño de 1941 un gran número de judíos escasamente relacionados con la ocupación soviética fueron asesinados por un gran número de lituanos que sí habían participado en ella.^[35]

El mito judeobolchevique funcionó mejor de lo esperado por los alemanes allí donde los soviéticos habían aniquilado el Estado nación. Para los nazis, el judeobolchevismo era una descripción del mundo, y los lituanos con la motivación necesaria para matar judíos eran simples ayudantes en el proceso de curación del planeta. Cualquier promesa política se planteaba naturalmente con mala fe, así que la

sugerencia alemana de que el asesinato de judíos formaba parte de una transacción política no era cierta. Para finales de 1941, los alemanes habían prohibido toda organización lituana y la motivación política se había agotado, aunque para entonces prácticamente todos los judíos de Lituania habían muerto.

Por supuesto, los propios lituanos vivían un contexto político más profundo, invisible para los alemanes. Si se culpaba a los judíos del comunismo, no se podía culpar a los lituanos. Cada lituano que mataba judíos estaba disolviendo su propio pasado bajo el régimen soviético, y los lituanos como colectivo estaban borrando el vergonzoso y humillante pasado en el que habían permitido que la URSS acabara con su propia soberanía. La matanza creó una verosimilitud psicológica contra la que era difícil luchar: si los judíos habían sido asesinados, debían de ser culpables; y si los lituanos los habían matado, su causa debía de haber sido justa.

En Lituania la doble colaboración fue más la norma que la excepción. Los alemanes se encontraron con una población sovietizada a la que no transformaron de forma significativa hasta que algunos de sus miembros comenzaron a matar judíos. Los soldados lituanos que respondieron a la llamada a la rebelión del Frente Activista Lituano desertaron de sus unidades del Ejército Rojo; los policías lituanos que desaparecieron en los bosques como partisanos habían estado trabajando para los soviéticos y poniendo en práctica sus políticas de represión hasta ese momento. Los alemanes no tenían la voluntad ni los medios para purgar los cientos de administraciones que habían servido a la URSS hasta entonces, y sin duda no habrían podido hacerlo en el breve intervalo de tiempo entre su llegada y el brote de violencia antijudía. Desde una perspectiva lituana, el único propósito de esta violencia era demostrar lealtad antes de que los alemanes pudieran averiguar quién había colaborado realmente con los soviéticos.^[36]

Los alemanes nunca llegaron a modificar en gran medida la administración local; en general, las mismas personas que habían promulgado las políticas soviéticas promulgaban ahora las alemanas. Sí mostraron interés por apartar a los colaboradores soviéticos de alto nivel, pero el resultado fue más bien desafortunado. Jonas Dainauskas, un oficial de la policía de seguridad lituana anterior a la guerra, había trabajado para el NKVD soviético, pero cuando los alemanes llegaron, se reunió con Franz Walter Stahlecker, comandante del *Einsatzgruppe A*, para organizar la participación de sus hombres en la matanza de judíos. Juozas Knyrimas, que había ayudado a los soviéticos a deportar ciudadanos lituanos, se unió a la policía lituana y mató a judíos. Y Jonas Baranauskas, que había trabajado para la policía soviética, se unió a los partisanos lituanos y también se dedicó a matar judíos.^[37]

Vilna, la Jerusalén de Lituania, albergaba cerca de cien mil judíos. La ciudad había sido capital del país entre diciembre de 1939, cuando la URSS la cedió a Lituania tras invadir Polonia, y junio de 1940, cuando la Unión Soviética ocupó y se anexionó

Lituania. Entre junio de 1940 y junio de 1941 fue la capital de la República Socialista Soviética de Lituania. Sin embargo, a lo largo de todos estos cambios, con respecto a su población Vilna siempre fue una ciudad de polacos y judíos.^[38] En esta ciudad, el Frente Activista Lituano estaba mucho más preocupado por los polacos que por los judíos, y trató en vano de convencer a sus protectores alemanes de que el problema polaco debía ser la prioridad. Lo cierto es que los alemanes usaron a los lituanos para liberar Vilna de judíos. Para julio de 1941, el principal escenario de la masacre era el bosque de Ponary, en las afueras de la ciudad, donde los asesinatos los dirigía el doctor en derecho Alfred Filbert, comandante del *Einsatzkommando* 9 y uno de los jóvenes intelectuales de las SS. Los hombres de Filbert pronto empezaron a asesinar a mujeres y niños judíos, además de hombres.

Esta novedad se introdujo bajo la presión del fracaso en el campo de batalla. Si bien el mito judeobolchevique funcionaba en la política de los países en los que los soviéticos habían destruido el Estado, falló como base de la estrategia militar. Los alemanes se enfrentaban a dificultades en el campo de batalla que los lituanos no alcanzaban a comprender y que ellos mismos no eran capaces de admitir. La Unión Soviética no se había derrumbado como un «castillo de naipes» o un «gigante con pies de barro». Lituania era el *Hinterland* del Grupo de Ejércitos Norte, al que Hitler, autor de dichas frases, consideraba el más importante durante las primeras semanas de la guerra. Los comandantes del Grupo de Ejércitos Norte eran muy conscientes de que no estaban avanzando hacia Leningrado a la velocidad prevista.^[39] Para agosto de 1941, Hitler ya hacía ver indirectamente a algunos de sus colaboradores más cercanos que la guerra no iba según lo planeado. Ese mismo septiembre, en Alemania, los judíos mayores de seis años fueron obligados a llevar la estrella de David, que los identificaba como responsables de la pérdida de fuerza en la campaña militar. Fueron señalados como rehenes del éxito de los soldados alemanes, un aumento extraordinario de responsabilidad que se mantendría hasta su conclusión lógica.



Si no era posible acabar con la Unión Soviética mediante un ataque rápido contra los judíos, Alemania tendría que defenderse con una campaña sistemática contra los judíos bajo dominio alemán. Los comandantes del Ejército abandonaron cualquier reserva que hubieran podido albergar respecto a las actividades de los *Einsatzgruppen*. Himmler comenzó a ordenar el asesinato de mujeres y niños judíos, algo que en la práctica planteaba algunos problemas, incluso para algunos oficiales de las SS. Stahlecker, comandante del *Einsatzgruppe A* y por lo tanto superior directo de Filbert, reconoció que el asesinato de civiles suponía una «carga emocional». Los hombres alemanes que asesinaban niños judíos recibían dosis extra de alcohol, pero no era suficiente: los comandantes debían explicar a sus hombres por qué debían

violador un tabú fundamental. A pesar de que no hay detalles de sus argumentos, los oficiales cultos del Servicio de Seguridad como Filbert, doctor en Derecho, posiblemente transmitían y adaptaban las ideas que circulaban por Alemania. En julio de 1941, la prensa nazi puso en conocimiento de la población una idea clave de la obra de Hitler *Mi lucha*: que los judíos debían ser aniquilados porque su intención era matar a todos los alemanes. Esta noción enseguida se relacionó con los verdugos alemanes y sus familias: debemos exterminar al enemigo porque su objetivo es nuestro exterminio; los niños a los que ejecutamos sufren menos que los niños a los que los soviéticos ejecutan. Los asesinos parecían refugiarse en la idea de que el enemigo era culpable de unas políticas de exterminio total, ante lo que sus acciones no eran más que autodefensa a nivel local. Los *Einsatzkommandos* como el de Filbert tardaron pocas semanas en pasar de matar a algunas mujeres y a los niños de mayor edad a matarlos a todos.^[40]

Su vacilación a la hora de asesinar a mujeres y niños animó a los alemanes a reclutar a la población local. Filbert amplió las competencias del *Einsatzkommando* involucrando a lituanos, polacos y rusos de la zona para que ayudaran en las ejecuciones. La mayoría de hombres a los que reclutaron habían formado parte del Ejército Rojo y por lo tanto tenían algo que demostrar. El propio Filbert mostraba una comprensión desacostumbrada de la compleja motivación que suponía la necesidad de superar las sombras del pasado, ya que su propio hermano era un comunista que había pasado la guerra en los campos alemanes, por lo que sabía que no todos los comunistas eran judíos.^[41]

Los alemanes habían comprendido que los pogromos no eran un modo eficaz de eliminar a los judíos, pero habían demostrado que generar una situación de desgobierno era un modo apropiado para encontrar a asesinos a los que reclutar para acciones organizadas. En pocas semanas entendieron que los argumentos psicológicos, materiales y políticos les permitían despertar el lado violento de las personas liberadas del régimen soviético. La población local que regresó con los alemanes transmitió y desarrolló el mensaje alemán de que la liberación de los judíos era la única liberación que podía ofrecerse, y que se trataba de un requisito para cualquier debate político posterior. Las personas que habían huido de la ocupación soviética hacia Berlín y los nuevos fichajes en el propio país podían utilizarse así como traductores. Los colaboradores locales, quizá por su propio interés, sumaron a esto la proposición de que matar a un judío eliminaría la mancha de la colaboración soviética. De este modo, entre junio y julio de 1941, los promotores de la violencia hallaron la manera de explotar los recursos alemanes postsoviéticos disponibles.

La convicción nazi de que los judíos eran inhumanos y los europeos del Este subhumanos no proporcionaba técnica alguna para destruir a los primeros y subyugar a los segundos. La política era la única manera de lograr que la gente hiciera aquello

que los alemanes no podían hacer solos: eliminar físicamente a un gran número de judíos en un periodo de tiempo muy reducido. El caso de Lituania había demostrado que era políticamente posible; el caso de Letonia probaría que era técnicamente factible. Al igual que en Lituania, la destrucción del Estado letón en junio de 1940 por parte de los soviéticos brindó a los alemanes una oportunidad política enorme al proporcionarles una reserva de refugiados políticos a los que reclutar. Los alemanes iniciaron la ocupación de Letonia con unos trescientos letones escogidos por ellos mismos. Uno de ellos era el antiguo jefe de la policía política letona, al que restituyeron. Al igual que en Lituania, los alemanes llegaron junto con una campaña de propaganda multimedia en el idioma local: los periódicos publicaban imágenes espantosas de los prisioneros asesinados por el NKVD en las que se identificaba a las víctimas como letones y a los culpables como judíos, y los anuncios de la radio y los reportajes de los diarios, todos ellos en lengua letona, asociaban el régimen soviético con los judíos y la liberación, con su expulsión de Letonia.^[42]

Para entonces Stahlecker, comandante del *Einsatzgruppe A*, ya había dado con la fórmula. En sus palabras, la idea era, como siempre, «dar la impresión de que la población indígena ha reaccionado de forma natural» al atacar a los judíos y que «las medidas las han tomado *motu proprio*». Hablaba de la necesidad de «canalizar» la experiencia de la ocupación soviética hacia acciones proalemanas.^[43] Al igual que en Lituania, el objetivo de la propaganda en el idioma local, transmitida por los medios y de boca en boca, era abrir dicho canal. Stahlecker consideraba los pogromos promovidos por los alemanes una suerte de ejercicio de reclutamiento. El resultado en la Letonia doblemente ocupada fue un nuevo modelo: un comando asesino encabezado por ciudadanos de la región que llevaron a cabo la mayor parte de las matanzas siguiendo órdenes alemanas. Su líder, Viktors Bernhard Arājs, pasaría a la historia de Europa como un consumado asesino en masa.

Arājs había nacido en 1910 en el Imperio ruso; su madre hablaba alemán y su padre sufrió la represión de las autoridades soviéticas tras la Revolución de Octubre. Al igual que Stahlecker y otros autores de masacres alemanas, Arājs se formó como abogado. Se matriculó en Derecho en la Letonia independiente de 1932 y más adelante ingresó en la policía para procurarse un sueldo. Se casó con una mujer mayor por dinero para poder seguir con los estudios y tuvo una amante más joven. Al regresar a la facultad justo antes de la guerra, obtuvo buenas notas en derecho constitucional inglés. Continuó su formación después de que los soviéticos ocuparan y se anexionaran Letonia y adaptó su biografía a la ideología matriz, subrayando en sus solicitudes para continuar sus estudios su origen humilde y su experiencia como trabajador. Se licenció en la Letonia soviética, y por lo tanto en Derecho soviético, con un trabajo académico sobre la Constitución de Stalin. Parecía sentir cierta simpatía por el proyecto soviético y durante un tiempo incluso puede que se

considerase comunista. Entonces, un empresario al que apreciaba sufrió la represión. Al parecer, en su retirada de los alemanes en el verano de 1941, los soviéticos mataron a la amante de Arājs y a la familia de ésta, aunque no está claro si en ese momento él lo sabía ni si le importaba.

El tema principal en torno al que giraba la vida privada y pública de Arājs eran los cambios sociales. Sirvió a tres sistemas muy distintos: el letón, el soviético y el alemán. No dio señales de ser procomunista hasta la llegada de los soviéticos, así como tampoco dio señales de ser pronazi hasta la llegada de los alemanes. De hecho, en su etapa como policía en la Letonia independiente había arrestado a miembros de grupos ilegales de derechas. Ya fuera por suerte o por acuerdo previo, Arājs logró establecer contacto con Stahlecker inmediatamente después de que las fuerzas alemanas llegaran al país. El traductor personal de Stahlecker era un alemán de Letonia que había conocido a Arājs en el Ejército letón antes de la guerra. Se reunieron el 1 y 2 de julio de 1941, cuando la violencia contra los judíos ya se extendía por Riga, y el 3 de julio Arājs y sus hombres arrestaban ya a los primeros judíos; al día siguiente quemaron las sinagogas de Riga.

En Riga, Arājs recibió autorización para utilizar la casa de una familia de banqueros judíos como cuartel general. Los banqueros habían sido expropiados y deportados, pero no por parte de los alemanes sino de los soviéticos. Para cuando los alemanes llegaron, los judíos más ricos ya estaban en el gulag, lo que les proporcionó unos recursos materiales de carácter bastante especial. Además de deshacerse del derecho a la propiedad privada como tal, los soviéticos se habían deshecho también de muchos de los propietarios. Algunos de los antiguos dueños judíos seguían allí físicamente, pero nunca recuperarían sus posesiones bajo el dominio alemán, ya que un simple gesto con respecto a las propiedades soviéticas los convertía en saqueadores a los ojos de los alemanes. Los habitantes no judíos de Letonia –letones, alemanes y otras nacionalidades– razonaron como hacen muchas personas en estas situaciones: la única manera de garantizar que las propiedades robadas se conservaran era asegurarse de que no volviera a aparecer nadie con un derecho legal sobre ellas. Lo que había sido la soviética de las posesiones judías se convirtió, bajo el dominio alemán, en su letonización. A pesar de reclamar propiedades escogidas, como por ejemplo la casa de la familia del banquero, los alemanes no podrían supervisar este proceso en todo el país, de modo que la combinación de expropiaciones soviéticas y antisemitismo nazi fue un claro incentivo material para que los no judíos asesinaran a los judíos.

El 4 de julio de 1941, Arājs publicó unos anuncios, de redacción más bien imprecisa, que animaban a los letones a alistarse en la nueva unidad auxiliar de policía que trabajaría para los alemanes, aunque no hizo mención alguna a los judíos. Muchos de los primeros en alistarse eran soldados del Ejército Rojo que antes habían pertenecido al Ejército letón y que muy posiblemente querían deshacerse de la doble vergüenza de haber perdido la independencia y haber llevado el uniforme soviético;

los voluntarios que habían servido en las milicias soviéticas seguramente también querían limpiar su pasado. Siguiendo instrucciones de Stahlecker, Arājs también reclutó con cierto éxito a letones agraviados por el Gobierno soviético: uno de los reclutados, por ejemplo, había visto cómo deportaban a sus padres. El grupo de edad más numeroso entre los nuevos policías auxiliares era el comprendido entre los dieciséis y los veintiún años. Para muchos de estos jóvenes, el año anterior bajo la ocupación soviética debía de haber sido una experiencia determinante en un sentido u otro. Además, la mayoría de los nuevos agentes pertenecían a la clase obrera. Ninguno de los primeros reclutas sabía de antemano que su principal labor consistiría en asesinar a judíos, y muchos de ellos ni siquiera se presentaron voluntarios, sino que fueron transferidos desde la policía tradicional porque el número inicial de voluntarios era insuficiente. Sin duda no todos estos agentes eran nacionalistas letones; de hecho algunos de ellos eran rusos.

El *Kommando* de Arājs, ideado por Stahlecker, estaba supervisado por sus subordinados Rudolf Batz y Rudolf Lange.^[44] Ellos fueron quienes enseñaron a los miembros del comando a reunir a los judíos para después asesinarlos, y a continuación transfirieron la responsabilidad de las matanzas a Arājs. Éste y sus hombres mataron a los judíos de Riga en el bosque de Bikernieki, fuera de la ciudad, y a continuación viajaron en un infame autobús azul por todo el país durante seis meses, entre julio y diciembre de 1941, matando a los judíos de las ciudades y los pueblos. De los aproximadamente 66 000 judíos que vivían en Letonia en el verano de 1941, el *Kommando* de Arājs asesinó a unos 22 000, y después ayudó a acabar con otros 28 000. Al igual que otros asesinos que servían a la policía alemana, y que los propios asesinos alemanes, mataban a quienes se les ordenaba. Y como todos los demás asesinos de judíos, también mataron a no judíos; en su viaje por el país también asesinaron, por ejemplo, a pacientes de hospitales psiquiátricos. Después de que la mayoría de judíos letones hubieran muerto, el *Kommando* de Arājs fue enviado a luchar contra los partisanos soviéticos, lo que en la práctica significaba matar a civiles bielorrusos.

Durante todos estos sucesos, lo que más preocupó a Arājs era que su título de Derecho, obtenido con los letones y los soviéticos en el poder, ya no era válido. Una vez finalizada su trayectoria como asesino en masa, regresó a la universidad en Riga, donde se licenció en Leyes según el plan de estudio alemán.

Los *Einsatzgruppen* eran una institución híbrida que servía a un Estado definido en términos raciales y obedecía órdenes ambiguas que permitían cierto margen de maniobra. En la propia Alemania, estos grupos sólo existían en las academias de instrucción; fuera de sus fronteras, mataban y abrían nuevos caminos. El *Kommando* de Arājs fue fruto de una innovación clave, desarrollada dos semanas después de la invasión en sí: el uso organizado de un número considerable de ciudadanos locales

armados bajo órdenes alemanas para encontrar, reunir y asesinar a judíos. Antes de la invasión no se había planteado armar a la población; de hecho, Hitler lo había prohibido expresamente. Sin embargo, Stahlecker y otros comandantes enseguida reconocieron y explotaron los recursos psicológicos, materiales y políticos que habían heredado de los soviéticos y avanzaron así hacia el gran plan de Hitler. Para el 6 de agosto de 1941, Stahlecker era capaz de vislumbrar «la posibilidad única del tratamiento radical de la cuestión judía en el *Ostraum*», el Este.^[45]

Aparte de los *Einsatzgruppen*, otra institución híbrida operativa en el Este eran los Oficiales Superiores de las SS y la Policía. Estos hombres dirigían tanto las SS como las fuerzas policiales en una zona concreta de la Unión Soviética ocupada, y representaban la unión de las organizaciones raciales y estatales. En Alemania, los Oficiales Superiores de las SS y la Policía no tenían prácticamente ninguna relevancia, pero en las zonas ocupadas de la URSS eran los subordinados clave de Himmler. Respondían directamente ante él, tal como los comandantes de los *Einsatzgruppen* respondían directamente ante Heydrich. También se esperaba de ellos que aprendieran, experimentaran e innovaran. Por ejemplo, Himmler podía ordenar a Friedrich Jeckeln, oficial superior para el sur de Rusia (en la práctica, Ucrania), que se debían matar también a las mujeres y los niños judíos, como al parecer hizo el 12 de agosto de 1941.^[46] La forma en que esto se llevase a cabo se decidiría sobre la marcha.

Jeckeln destacaba entre los Oficiales Superiores de las SS y la Policía como promotor de la violencia. Para finales de agosto de 1941 había decidido que básicamente todas las unidades alemanas, ya fueran de las SS, la Policía o el Ejército, podían participar en las matanzas coordinadas de judíos. Las operaciones de Jeckeln demostrarían que incluso los alemanes sin formación especial podían participar en las masacres a una escala titánica.

La innovación de Jeckeln fue resultado de la inesperada aparición de refugiados judíos apátridas de Checoslovaquia en una zona de la Ucrania soviética bajo ocupación alemana. La historia de su muerte, que es también la historia del nacimiento de las masacres a escala industrial, había comenzado años antes con la destrucción de su Estado. Cuando Checoslovaquia fue desmantelada entre 1938 y 1939, los judíos checoslovacos perdieron la protección de su Estado, y cuando Alemania se anexionó los Sudetes, en noviembre de 1938, los judíos de la región o bien huyeron y abandonaron sus posesiones o pasaron a ser ciudadanos de segunda del Reich alemán. Entre noviembre de 1938 y marzo de 1939, los judíos seguían siendo ciudadanos de la nueva república truncada de Checoslovaquia, pero en marzo de 1939, cuando Hitler avanzó para completar la destrucción de dicho Estado, estos judíos se vieron divididos en grupos con destinos diferentes. Los judíos de Bohemia y Moravia se encontraron de pronto en un protectorado sujeto a las leyes raciales del Reich, en el que sólo se concedía la ciudadanía a los alemanes. Los judíos de Eslovaquia se encontraron de pronto a merced de los legisladores de un nuevo Estado

eslovaco independiente.^[47]



La historia de la región más oriental de Checoslovaquia, la Rutenia subcarpática, fue distinta. En octubre y noviembre de 1938, Alemania había obligado a Checoslovaquia a ceder a Hungría los territorios septentrionales de Eslovaquia, así como parte de la Rutenia subcarpática. En marzo de 1939, cuando Checoslovaquia fue desmantelada por completo, se le concedió a Hungría el resto de la región. Los judíos de la Rutenia subcarpática tuvieron que someterse entonces a la ley húngara, de modo que los profesionales y comerciantes judíos tuvieron que solicitar licencias para trabajar, algo que en muchos casos les conllevó la pérdida de su medio de vida. Para convertirse en ciudadanos húngaros debían demostrar que ellos o sus familias habían sido súbditos de la Corona húngara en 1918. Además, los oficiales húngaros fueron instruidos para tratar a los judíos como «individuos sospechosos», con independencia de los documentos que presentaran.^[48] Los judíos tuvieron que hacer grandes esfuerzos y gastos para demostrar su vínculo con el anterior Estado húngaro, pero de todos modos se los excluyó de la protección estatal. A principios de marzo de 1939, Hungría deportó a judíos y a otros grupos como buenamente pudo de sus nuevos territorios a Polonia y Eslovaquia, y poco después de que Alemania invadiera la Unión Soviética en junio de 1941, Hungría comenzó a deportar a la población considerada indeseable, que incluía pero no se limitaba a los judíos, a zonas de la Ucrania soviética bajo ocupación alemana.

Hungría convirtió a los judíos en apátridas y Alemania los mató. Lo que para Budapest era una campaña de limpieza étnica, impulsó a Jeckeln hacia una política de masacres a escala industrial. Los días 26 y 27 de agosto de 1941, Jeckeln supervisó una ejecución en masa en Kamianéts-Podilskyi diseñada para eliminar a estos judíos apátridas a los que se les había retirado la protección checoslovaca y que habían sido

excluidos del Estado húngaro, así como a otros miles de judíos de la región. Vladímir P., por ejemplo, pertenecía a una familia de judíos de la zona, ciudadanos soviéticos que habían vivido los riesgos y las oportunidades del régimen comunista a lo largo de dos décadas. Su padre había sobrevivido a una detención del NKVD pero no escapó de los alemanes, y el propio Vladímir sólo logró escabullirse porque conocía a un agente de la policía local de la época soviética —lo cierto es que todos los colaboradores de la zona, así como todas las víctimas, habían sido ciudadanos soviéticos—. La familia de Vladímir estaba entre los 23 600 judíos reunidos y asesinados. El episodio se inició con la habitual asociación nazi entre comunistas y judíos: Jeckeln escogió a un hombre judío al azar y lo llamó «Béla Kun», el nombre del fundador de un Estado comunista húngaro de corta vida.^[49]

Si bien el simbolismo judeobolchevique de los pogromos y de estas matanzas era el mismo, la escala y el método eran nuevos. Jeckeln recibió la información crucial de que la Policía del Orden alemana ejecutaría a miles de inocentes que ni siquiera habían sido acusados de crimen alguno. Para aproximadamente la mitad de los policías de este cuerpo que había servido en la Unión Soviética, la primera zona sin Estado en la que actuaron había sido Polonia a partir de 1939; estos hombres tenían experiencia en asesinatos de un tipo u otro. Sin embargo, más o menos la otra mitad habían llegado directamente de Alemania a la URSS ocupada. Los policías aprendieron rápidamente a matar judíos, y algunos de ellos escribieron cartas a sus hogares pocas semanas después dando por sentado la necesidad de asesinarlos a todos; es probable que ni siquiera los propios alemanes esperaran una radicalización tan repentina. La Policía del Orden enseguida superó en número a los *Einsatzgruppen* con una relación de uno a diez, y para finales de 1941 había unos treinta y tres mil desplegados en la zona. Los policías realizaron más ejecuciones que los miembros de los *Einsatzgruppen*, y ninguna matanza se llevaba a cabo sin ellos. En Kamianéts-Podilskyi, Jeckeln también demostró que la *Wehrmacht* ofrecería su apoyo con suministros y coordinación. Al unir las SS, la policía tradicional y los soldados, desarrolló un triunvirato que a lo largo de la guerra se dedicaría a la masacre con empeño.^[50]

La segunda gran demostración de Jeckeln se produjo en Kiev, que había sido la capital de la Ucrania soviética desde 1934. En este caso, el motivo para los asesinatos a escala industrial no fue la aparición inesperada de refugiados apátridas judíos, sino la sorpresa de un sabotaje de los soviéticos, que habían dejado bombas con temporizadores en varios edificios importantes del centro de Kiev, cuyas explosiones mataron a oficiales y agentes alemanes. Este acto de resistencia soviética dio a los alemanes la oportunidad de denunciar y a continuación sacar a escena el judeobolchevismo: si los soviéticos habían atacado a los alemanes, los judíos debían responder por ello.

El 28 de septiembre de 1941, el Ejército alemán imprimió y colocó avisos en los que instaba a los judíos a presentarse al día siguiente en una intersección determinada

del oeste de Kiev con sus documentos y objetos de valor. La mayoría de los judíos que seguían en Kiev obedecieron la orden, y la gente apareció temprano, antes del amanecer, pensando en conseguir los mejores asientos en los trenes. Las mujeres mayores llevaban ristras de cebollas colgadas del cuello para comer durante el viaje; al día siguiente se celebraba Yom Kipur, el Día de la Expiación, y todos se decían que estarían a salvo. En el momento de la criba, los no judíos que habían acompañado a sus familiares o amigos fueron enviados de vuelta a casa, y la mayoría así lo hicieron. A partir de ese momento los judíos caminaron en una fila organizada por la policía alemana y los perros hasta un barranco en Babi Yar, donde el Ejército alemán había preparado trincheras para realizar ejecuciones masivas. Los alemanes, ayudados por colaboradores locales, asesinaron a 33 761 judíos en las fosas; también apartaron a algunas jóvenes judías para violarlas antes. Jeckeln estaba mejorando su técnica para las matanzas, y ahora utilizaba lo que él llamaba el «método de la sardina», en el que las personas eran obligadas a tumbarse en la fosa formando esmeradas hileras antes de ser asesinadas. El siguiente grupo era obligado a tumbarse directamente sobre la anterior capa de cadáveres, y así sucesivamente. Una vez que la fosa estaba llena, un alemán caminaba sobre la pila de cuerpos buscando señales de vida y disparando hacia abajo. Esta forma de masacre industrial, que permitía matar a más de diez mil personas en un solo día, fue un invento personal de Jeckeln, quien, después del éxito de la prueba de Babi Yar, invitó a los agentes de la Policía del Orden que habían colaborado en los preparativos a beber mientras les explicaba la lógica política del asesinato.^[51]

Muchos de los judíos ancianos y enfermos de Kiev no habían podido obedecer las instrucciones de los avisos, y tras la muerte de sus familias y amigos se quedaron solos e indefensos en sus apartamentos con sus posesiones. Algunos de ellos fueron asesinados por sus vecinos, que hasta entonces habían sido sus compatriotas soviéticos, que se apropiaron de sus cosas. Durante la época soviética muchas familias se hacinaban en un único apartamento, lo que significaba que las viviendas vacías estaban muy demandadas. Algunos de los autores de los pogromos de Kiev eran ciudadanos soviéticos que habían sufrido bajo el estalinismo y culpaban de ello a los judíos, pero muchos otros seguramente usaron el concepto judeobolchevique como justificación retroactiva para sus propios robos. El asesinato de judíos en toda Europa abrió la veda de los robos, que a su vez crearon la percepción de que estos actos requerían una justificación moral.^[52]

A finales de 1941, las innovaciones en las matanzas se fusionaron. En noviembre de 1941, Himmler trasladó a Jeckeln desde Ucrania a un puesto como oficial superior de las SS y la Policía del *Reichskommissariat Ostland*, que incluía Letonia. Al recibir órdenes de Himmler de matar a los judíos que quedaban en Riga, Jeckeln combinó su propia técnica para las ejecuciones masivas con el método de Stahlecker para organizar a la población local. Usando a los alemanes como verdugos y a los miembros del *Kommando* de Arājs como asistentes, el 30 de noviembre de 1941

Jeckeln hizo asesinar a unos catorce mil judíos de Riga en fosas en el bosque de Letbarskii, en las afueras de la ciudad; la proeza se repitió el 8 de diciembre de 1941. La técnica homicida empleada fue concebida tras la invasión, en aquella zona múltiples veces ocupada, por los promotores de la violencia nazi.^[53]

Mientras el Ejército alemán combatía contra el Ejército Rojo, cientos de miles de niños, mujeres y hombres judíos fueron asesinados tras las líneas de defensa, en lo que había sido territorio soviético. Los métodos se perfeccionaron a finales de 1941, cuando el ataque alemán contra el Estado supuestamente judío fue detenido. Estaban perdiendo la guerra contra la URSS, pero estaban ganando la guerra contra los judíos, así que los destructores de Estados de las SS podían afirmar que estaban triunfando allí donde todos los demás habían fracasado.

Alemanes, polacos, soviéticos, judíos

«¡El Este pertenece a las SS!» Es lo que le gustaba exclamar a Heinrich Himmler, y en cierto modo tenía razón.^[1] A los administradores civiles alemanes, los hombres encargados de las zonas conocidas como *Reichskommissariat* del Este y *Reichskommissariat* de Ucrania, no les resultaba fácil explotar a los obreros del lugar a la vez que les robaban la comida. Para la *Wehrmacht*, derrotar al Ejército Rojo tampoco era una tarea sencilla. La destrucción de la anterior autoridad estatal asignaba a los hombres de las SS de Himmler una misión ostensiblemente asequible en la campaña militar y en la ocupación. La eliminación de las instituciones previas no permitió una victoria rápida ni la colonización, pero sí que hizo posible el exterminio de los judíos. En la zona donde las SS destruyeron las estructuras del Estado soviético, el abstracto concepto de una Solución Final al «problema» judío pudo convertirse en un proyecto concreto: el asesinato de los judíos en el lugar en que vivían.

Los subordinados de Himmler, emprendedores de la violencia como Stahlecker y Jeckeln, aprendían a sacar partido de los recursos que la Administración soviética había dejado tras de sí e inventaban las técnicas que necesitaban. De todos era ya sabido que los *Einsatzgruppen* eran capaces de matar a sangre fría a decenas de miles de personas; era esto lo que habían hecho con los ciudadanos polacos en 1939. Se supo en 1941 que otros alemanes, con menos entrenamiento y una preparación ideológica más débil, también eran capaces de matar a cantidades similares. Después de junio de 1941 se reveló que casi cualquier alemán que recibiese la orden de disparar a un civil, judío o no, obedecería esa orden, aun cuando las consecuencias por solicitar la elusión de dichas obligaciones no iban más allá de la presión del grupo. Aunque las poblaciones locales decepcionaron a los alemanes al no levantarse contra los judíos del lugar cual hordas mecánicas, brindaban la posibilidad de reclutar a decenas de miles de sus habitantes como ayudantes de policía o comandos especiales que, entre otras tareas, ejecutasen a gran cantidad de judíos. A sabiendas de esto y haciendo uso de estas herramientas, Himmler pudo viajar a través de la Unión Soviética ocupada en agosto de 1941 para instar a las unidades militares alemanas a la zaga en el número de asesinatos a que siguiesen el ritmo de aquellas que iban marcándolo. En septiembre de 1941, las ejecuciones pasaron de los fusilamientos de varones judíos en edad militar a las masacres de poblaciones judías enteras.

La invasión del verano de 1941 supuso un particular choque de las expectativas nazis con las experiencias soviéticas. Cuanto más drástico había sido el ataque

soviético a la política previa, mayor era la justificación política y más amplio el campo para la innovación nazi. Aun así, lo que los alemanes aprendieron sobre sí mismos y sobre los demás resultó tener cierta aplicación fuera de la zona específica de ocupación consecutiva donde comenzó el Holocausto. La doble destrucción del Estado generaba las condiciones necesarias para aplicar las innovaciones decisivas. Una vez que el concepto de Solución Final se concretó en matanzas, las nuevas técnicas de asesinato en masa pudieron aplicarse más al este, en lo que antes de la guerra era la Unión Soviética.

Las masacres organizadas con la participación de múltiples instituciones alemanas y con apoyo local comenzaron en la zona donde los soviéticos habían destruido el Estado de entreguerras y los alemanes habían expulsado al poder soviético. Los alemanes continuaron con esta práctica, con un éxito equiparable, en las tierras que habían formado parte de la URSS antes de 1939: la Bielorrusia, la Ucrania y la Rusia soviéticas de antes de la guerra. La tasa de mortalidad de los judíos en las tierras de la Unión Soviética ocupada por Alemania (95%) era casi igual de alta que en las tierras donde la ocupación soviética de otros Estados soberanos precedió a la ocupación alemana (97%). Los ciudadanos soviéticos colaboraban en los asesinatos masivos de judíos, con independencia de que hubiesen recibido el pasaporte soviético en 1939 y 1940 o de que hubiesen pasado toda su vida bajo el Gobierno soviético. Los comunistas colaboraban con los alemanes con independencia de que sus carnets del partido tuviesen el sello del año anterior o de hacía una década. Se daban, claro está, ciertas diferencias. Parece ser que los oficiales del NKVD sólo se ofrecieron como voluntarios a la policía alemana para matar a enemigos en la retaguardia en lo que habían sido territorios de la Unión Soviética. Resulta lógico: estas personas tenían que participar en las ejecuciones masivas de judíos, puesto que de no haberlo hecho habrían levantado sospechas.^[2]

Los alemanes alcanzaron la Unión Soviética prebélica en cuestión de semanas, pero para entonces ya habían aprendido de la experiencia. Cuando los oficiales de las SS llegaron a dicho territorio, eran conscientes de que el fracaso de la estrategia de los pogromos no tenía ninguna importancia real. En Estonia, el país más al norte de los tres Estados bálticos, y el último en ser conquistado, no se promovió ni tan siquiera un pogromo pero, aun así, la policía de seguridad estonia bajo la autoridad alemana se encargó de encontrar y asesinar a casi todos los judíos que no habían huido del país.^[3] En la Unión Soviética sí se desataron pogromos, pero normalmente con posterioridad a los fusilamientos en masa, más que como preludio. Los alemanes sabían que podían sacar partido a las administraciones locales soviéticas, y que podían reclutar a un buen número de hombres.

Antes de la guerra, la Unión Soviética era mucho más pobre que los Estados bálticos e incluso que la Polonia oriental, por lo que hasta el menor de los bienes era valioso. La política soviética en los territorios anexionados en 1939 y 1940 había sembrado la incertidumbre respecto a dichos bienes; en la propia Unión Soviética la

miseria era generalizada. Los judíos que vivían en la Unión Soviética antes de la guerra estaban en los territorios más orientales y por ello habían tenido más tiempo para escapar del avance alemán, lo que generó una enorme disponibilidad de casas y pisos de los que sus vecinos soviéticos no tardaron en apropiarse. El propio hecho de que algunos de los judíos ya se hubiesen marchado y sus domicilios ya hubiesen sido ocupados por otros cuando llegaron los alemanes inducía a pensar que quedarían disponibles aún más propiedades si se eliminaba a los judíos que todavía quedaban. Los codiciosos y los despiadados saltaron a la palestra. Los ciudadanos soviéticos ya aparecían clasificados por nacionalidad en sus pasaportes internos, y la cultura soviética ya era de por sí muy dada a las denuncias étnicas. No se había llevado a cabo ninguna operación judía entre las operaciones a nivel nacional que constituyeron la Gran Purga de 1937 y 1938, pero, en cualquier caso, el frenesí de las denuncias había alcanzado a los judíos. En la Unión Soviética de entreguerras se acusó a los judíos soviéticos del asesinato ritual de niños y mujeres jóvenes. En Moscú, en Járkov y en Minsk, entre otros lugares, los ciudadanos soviéticos fueron partícipes del libelo de sangre. En Minsk, el hombre que acusó a los judíos de asesinato ritual durante la Pascua judía «para hacer pan ácimo» era obrero y miembro del Partido Comunista. Esto ocurrió en la capital de una república soviética en 1937, justo al inicio de la Gran Purga.^[4]

Como en una desafortunada secuencia, al terror de masas soviético (1937-1938) le siguió la alianza con la Alemania nazi (1939-1941) y posteriormente la invasión por parte de ésta (1941). En las primeras tierras que alcanzaron las fuerzas alemanas tras atravesar los nuevos territorios soviéticos, al oeste de la Bielorrusia y la Ucrania soviéticas, la Gran Purga ya se había llevado más de trescientas mil vidas por delante. Dado que los fusilamientos y las deportaciones habían eliminado a gran parte de la minoría polaca de esa misma región, la población ucraniana, bielorrusa y rusa ya había sido testigo de la supresión en su seno de una minoría mediante la puesta en práctica de una política estatal. Los principales asentamientos de judíos en la Unión Soviética occidental también habían sido, casi sin excepción, importantes asentamientos de polacos. En 1939 y 1940, la alianza soviética con la Alemania nazi sembró la confusión ideológica entre los ciudadanos soviéticos. La prensa soviética dejó de criticar las políticas alemanas y empezó a publicar discursos nazis. Los ciudadanos soviéticos que participaban en encuentros públicos sufrían ocasionales *lapsus linguae* y elogiaban al «camarada Hitler» cuando se referían al «camarada Stalin» o exigían «el triunfo del fascismo internacional», y empezaron a aparecer pintadas con esvásticas en las ciudades soviéticas. Cuando los alemanes llegaron en 1941, es de suponer que los ciudadanos soviéticos que habían denunciado tres años antes a sus vecinos polacos para obtener sus pisos ahora casi ni vacilasen al denunciar a sus vecinos judíos. Los ciudadanos soviéticos –rusos, ucranianos, bielorrusos y demás–, en efecto, entregaron a sus vecinos judíos a los alemanes. La experiencia de cumplir con el trámite de la denuncia debía de ser prácticamente la misma. En Kiev,

los ucranianos y los rusos ayudaron a la Policía del Orden alemana a localizar y registrar a los judíos antes de la matanza de Babi Yar. Posteriormente, la policía alemana comenzó a recibir las denuncias en lo que habían sido las oficinas del NKVD.

[5]

El mito judeobolchevique, que desempeñaba una función política en los territorios doblemente ocupados, se podía aplicar con resultados similares tras la llegada de los alemanes a la Unión Soviética. Una vez desarrollada, la técnica consistente en separar a los judíos del resto de la población se podía implantar en cualquier rincón del espacio soviético. La combinación del antiguo dominio soviético y la claridad de los estereotipos alemanes antisemitas facilitó la creación de una excusa fácil y mezquina para el asesinato en cualquiera de los niveles del sistema. Un policía ucraniano en la ciudad galitziana de Wiśniowiec podía parar a un judío en la calle y preguntarle: «Dígame, amigo, ¿qué hizo usted bajo el régimen soviético?», y después golpearlo independientemente de cuál fuera su respuesta. Los golpes eran la respuesta. Al igual que en las tierras doblemente ocupadas, en la Unión Soviética ahora ocupada por los nazis, los judíos eran sacrificados en nombre de la sagrada mentira de la inocencia colectiva del resto. En última instancia, desde el punto de vista judío importaba poco si un territorio determinado había estado dominado por los soviéticos durante décadas o durante meses. En cualquier caso, los judíos presentes en esos territorios cuando llegaron los alemanes estaban destinados a sufrir y a morir.

[6]

En la Ucrania occidental doblemente ocupada, los alemanes podían sacar partido a las aspiraciones de los ucranianos a un Estado nacional y también podían intentar obtener provecho de su frustración tras dos décadas gobernados por los polacos y dos años por los soviéticos. En el centro y el este de Ucrania, bajo dominio soviético durante dos décadas, el nacionalismo tenía mucha menos resonancia. Aunque los alemanes tenían consigo a los nacionalistas ucranianos del oeste, estos colaboradores encontraban pocos interlocutores y por lo general no resultaban decisivos en las estrategias alemanas en el centro y el este de Ucrania. En cualquier caso, el asesinato de los judíos se llevó a cabo con la misma eficiencia.^[7]

En Zhitomir, la ciudad más importante del noroeste de la Ucrania soviética, no se tenía memoria de una ocupación soviética reciente, sino más bien constancia de dos décadas de mandato soviético. Cuando llegaron los alemanes no se estaban llevando a cabo deportaciones, como había ocurrido en los territorios que los soviéticos se habían anexionado en 1939 y 1940; sin embargo, como en las regiones doblemente ocupadas, el NKVD tenía encerrados a ciudadanos soviéticos en cárceles de los alrededores. En cierto número de casos, el NKVD ejecutaba a los prisioneros y abandonaba los cadáveres. Como sospechaban los habitantes de Zhitomir, estas mismas cárceles habían sido escenario hacía poco tiempo de una campaña soviética

de asesinatos aún mayor. En septiembre de 1938, el Ejército Rojo se había congregado precisamente en la región de Zhitomir al mismo tiempo que los dirigentes soviéticos debatían el rescate fraternal de Checoslovaquia mediante la invasión previa de Polonia. El NKVD, mientras tanto, asesinaba a civiles a mansalva, sobre todo varones polacos, llegando a ejecutar a más de cuatrocientos ciudadanos soviéticos de la zona el mismo día que se firmaron los acuerdos de Múnich, eliminando de esta forma la posibilidad de una guerra y de una intervención en Polonia. Cuando un año después advino la guerra, la Unión Soviética, más que un enemigo, era un aliado de la Alemania nazi; a los habitantes de Zhitomir, como a todos los ciudadanos soviéticos, se les obsequió de este modo con casi dos años de alabanzas al régimen de Hitler, que a partir de junio de 1941 vinieron acompañadas por la propaganda de los propios nazis: panfletos lanzados desde aviones en los que se equiparaba a los judíos con los comunistas.^[8]

Cuando la guerra llegó a Zhitomir el 9 de julio de 1941, en la forma de una invasión alemana, los hombres de las SS ya habían atravesado los territorios que los soviéticos se habían anexionado recientemente, llevaban sus fórmulas políticas preparadas y podían estar seguros de su éxito. Cada vez que los alemanes encontraban cadáveres abandonados por el NKVD, culpaban a los judíos y normalmente ejecutaban a algunos de ellos. El 7 de agosto de 1941, el *Sonderkommando* 4a del *Einsatzgruppe* C representó su simple pantomima en Zhitomir: sus agentes ejecutaron a dos judíos acusados de trabajar para el NKVD, después le preguntaron al público allí congregado, en su mayor parte ucranianos y polacos: «¿Con quién tenéis que ajustar las cuentas?». La respuesta ya venía dada, y la multitud contestó: «¡Con los judíos!».^[9]

De esta forma, el grueso de la población soviética se vio liberada de su pasado, puesto que en una ciudad como Zhitomir básicamente todos sus habitantes habían tenido relación con el régimen soviético. Al estar presentes en la ejecución y entrar en contacto con los asesinos alemanes, la gente del lugar estaba contribuyendo a una sangrienta revisión de la historia y a la atribución general de la culpa a los judíos: aquí como en cualquier otro lugar, las mentiras y los asesinatos estaban estrechamente vinculados. Aunque el mito judeobolchevique también desempeñaba su función dentro de la propia Unión Soviética, los habitantes de Zhitomir sabían por lo general que los judíos no eran los responsables del comunismo. Sin embargo, después de que los ciudadanos soviéticos exclamasen a voz en grito que los judíos debían ser asesinados como castigo por el comunismo, y fuesen testigos de cómo los judíos eran efectivamente asesinados, les resultaba muy difícil admitir que hubiesen mentido. De esta forma, la propia matanza impulsó el mito del judeobolchevismo: la falsedad respaldaba el asesinato y el asesinato respaldaba la falsedad.

Járkov era la ciudad más importante del noreste de la Ucrania soviética, cerca de la frontera con la Rusia soviética, y albergaba a una significativa minoría rusa. Sus habitantes habían sufrido con horror el calvario tanto de la hambruna de 1932 y 1933

como de la Gran Purga de 1937 y 1938. Tal y como recordaba esos años un niño de una familia judía, «todos los días había niños que llegaban diciendo “han detenido a mi padre” o “han detenido a mi madre”». En Járkov, como en cualquier otro lugar de lo que antes de la guerra era la Unión Soviética, se daba la bienvenida a los alemanes con pan y sal.^[10] Los alemanes dependían de los colaboradores locales, a quienes ponían al frente de las administraciones locales, prácticamente intactas. Aunque los alemanes llevaron a Járkov a algunos nacionalistas del oeste de Ucrania, los colaboradores eran casi siempre ciudadanos soviéticos: ucranianos, rusos y de otras zonas. Los alemanes nombraron a un alcalde al frente de la Administración de Járkov y a 19 tenientes de alcalde, uno para cada distrito de la ciudad, cuyos límites coincidían con los de las circunscripciones policiales soviéticas. A las órdenes de los tenientes de alcalde estaban los supervisores de edificios, que por lo general eran las mismas personas y desempeñaban la misma función que bajo el dominio soviético: controlar un bloque de pisos e informar sobre sus vecinos.

En cualquier gran ciudad soviética, los alemanes podían establecer una autoridad local sin judíos, pero difícilmente podían arreglárselas sin ciudadanos soviéticos cultos, quienes, por otro lado, solían ser miembros del Partido Comunista. Para la mayor parte de la población soviética, la equiparación de los judíos con el comunismo resultaba eminentemente práctica, puesto que etnificaba la historia soviética y de este modo liberaba a la mayoría de sus ciudadanos de cualquier sentimiento de culpa por las prácticas soviéticas. Cuando la autoridad municipal de Járkov definía su papel como consumir «la derrota total y definitiva de los gánsteres judeobolcheviques», expresaba tanto el interés de los alemanes en aparentar que estaban finiquitando el comunismo mediante el asesinato de los judíos, como el de los ciudadanos soviéticos en fingir que no tenían nada que ver con el comunismo.^[11] La política del mal mayor implicaba proclamar la destrucción del comunismo judío al tiempo que se organizaba el asesinato de los judíos a manos de los comunistas.

Cuando la autoridad municipal de Járkov proclamó su derecho a distribuir los bienes de los judíos que habían huido ante el avance alemán, lo que hacía era transformar una guerra alemana de conquista en la posibilidad de un relativo progreso social para los ciudadanos soviéticos. Como es lógico, la potestad para redistribuir se extendía también a los bienes de cualquier otro judío que desapareciese por otros motivos. La autoridad municipal de Járkov ordenó a los supervisores de edificios que llevasen a cabo un censo en sus inmuebles e incluyesen a los judíos que quedaban en una «lista amarilla». A principios de diciembre de 1941, los supervisores del edificio crearon troikas para que les ayudasen a localizar dónde vivían los judíos que quedaban. El 14 de diciembre apareció un anuncio por toda la ciudad en el que se exigía a los judíos que se presentasen al día siguiente en una fábrica de tractores, so pena de muerte. El día indicado, una procesión larga y penosa de judíos, guiada por policías locales y unos cuantos alemanes, caminaba a lo largo de la Moskovski Prospekt. Una mujer se detuvo al borde del camino y dio a luz a gemelos, en aquel

lugar y en aquel instante; tanto ella como los bebés fueron inmediatamente ejecutados. En los barracones de la fábrica de tractores, los residentes de Járkov vigilaban a sus vecinos judíos; tenían derecho a matarlos y a veces lo hacían. Los supervisores de los edificios informaron entonces de que sus casas estaban libres de judíos y los apartamentos y bienes muebles, por lo tanto, podían redistribuirse.^[12]

La ejecución masiva de los judíos de Járkov que dio comienzo el 27 de diciembre de 1941 la llevaron a cabo alemanes: el *Sonderkommando 4a* del *Einsatzgruppe C* junto con el batallón 314 de la Policía de Seguridad. Entre esa fecha y el 2 de enero de 1942, los hombres de esas unidades asesinaron a unas nueve mil personas. La mayor parte de la labor de conducir a los judíos hasta el lugar donde morirían recayó en sus conciudadanos soviéticos, que trabajaban en el seno de instituciones parecidas a los modelos soviéticos y se comportaban en determinados aspectos igual que lo habían hecho bajo el mandato soviético. Algunas de las autoridades locales actuaban como anticomunistas por convicción política. Algunos residentes de Járkov sentían un profundo odio hacia el Gobierno soviético como resultado del terror que había sembrado a finales de los años treinta y de la hambruna de principios de esa misma década. No obstante, la lección política más importante extraída de aquellas experiencias fue la sumisión. En su mayoría, las personas que posibilitaron el asesinato de los judíos eran meros productos del sistema soviético, que seguían una nueva línea y se adaptaban a un nuevo amo. La caza de los supervivientes judíos, por orden del alcalde, se llevó a cabo bajo la bandera de la eliminación de «la escoria judeo-comunista y bandido-bolchevique». Este lenguaje es un híbrido de forma soviética y contenido nazi.^[13]

Con independencia del lugar adonde llegasen los alemanes en la Unión Soviética, el resultado era básicamente el mismo: la matanza de los judíos que quedaban, planificada por los alemanes pero ejecutada con la amplia colaboración de personas de todas las nacionalidades soviéticas. El mito judeobolchevique separaba a los judíos del resto de ciudadanos soviéticos, y a la mayoría de ciudadanos soviéticos de su propio pasado. El asesinato de los judíos y el traspaso de sus bienes eliminaban el sentimiento de responsabilidad por el pasado, lo que creaba una clase de personas que se habían beneficiado con la ocupación alemana a la vez que parecía prometer un relativo progreso social en un futuro alemán. A los gitanos soviéticos no se los presentó como un enemigo ideológico hasta tal punto ni generaban el mismo grado de armonización entre las cosmovisiones alemanas y los miedos y las necesidades locales. Sin embargo, también se asesinó a gitanos en la Unión Soviética ocupada y, de la misma forma, las administraciones locales colaboradoras llevaron a cabo el reparto de sus bienes. En Járkov, los gitanos fueron detenidos en el mercado de caballos.^[14]

Járkov, a pesar de ser una ciudad de habla rusa, era una de las cunas de la cultura

ucraniana; no se podía afirmar lo mismo de la ciudad nombrada en honor al líder de la Unión Soviética. Stálin, el principal foco industrial del sureste de Ucrania, hoy conocida como Donetsk, era algo parecido al modelo soviético de ciudad. Sus minas y su industria del carbón, aunque anteriores a la Revolución bolchevique, se habían expandido enormemente durante el Primer Plan Quinquenal de Stalin, de 1928 a 1933. La hambruna de 1932 y 1933 había causado estragos en las zonas del interior, que habían sido repobladas con habitantes de otros lugares de la Unión Soviética. El crecimiento de la propia ciudad atraía a obreros de la Unión Soviética y de otros países. Stálin era un crisol soviético, una ciudad de habla rusa donde la identidad nacional ucraniana estaba mucho menos presente que en Járkov y quizás incluso menos que en cualquier otro lugar de la Ucrania soviética. Da la impresión de que la identidad política era soviética pero, aun así, para los alemanes esto no suponía un obstáculo mayor que cualquier otro. En Stálin, el asesinato de los judíos procedía de forma muy similar al resto de ciudades.

Debido al lento avance del Grupo de Ejércitos Sur de la *Wehrmacht* dentro de la Ucrania soviética, la autoridad de Stálin y la cuenca del Donéts que la rodeaba fueron cayendo por etapas y no de un golpe. Los comunistas hicieron pedazos sus carnets a la espera de los alemanes, y los campesinos los esperaban con expectación y alegría, pues creían que los alemanes abolirían la colectivización agrícola. Los hombres fueron enviados al frente y a sus familias les dio tiempo a protestar contra las medidas soviéticas antes de que la guerra llegase a Stálin. El NKVD intentó sembrar de explosivos las minas para que los alemanes cayesen en la trampa al llegar; un grupo de mujeres y niños trataron de impedirlo en la mina 4/21 de Stálin y fueron ejecutados. El Ejército Rojo requisaba el ganado de los campos mientras se batía en retirada, y los miembros del Partido Comunista de Stálin escapaban con alimentos destinados a la población. Las milicias locales, compuestas en su mayoría por mineros, se dispersaban en vez de combatir contra los alemanes. En cuanto el Ejército alemán alcanzó la región del Dombás, el *Einsatzgruppe C* empezó a matar a los judíos, unas veces junto a los gitanos, otras veces en las minas.^[15]

En Stálin, como en cualquier otro lugar, la estigmatización y el asesinato de los judíos tendieron un puente entre los ocupantes y los ocupados. Los alemanes establecieron sin dilación una administración local de la ciudad, dirigida por un veterano comunista y con una plantilla compuesta fundamentalmente por comunistas. Estas nuevas autoridades reclutaron un cuerpo de policía local formado por unas dos mil personas, muchas de las cuales también habían militado en las filas del Partido Comunista. Estos policías locales colaboraron con los alemanes en la ejecución de unos quince mil judíos en Stálin. En gran medida, el asesinato de los judíos acusados de ser presuntos comunistas fue llevado a cabo por comunistas. Al asesinar a los judíos, los habitantes de Stálin, como los de muchos otros lugares, se convertían en cómplices de una mentira que vaciaba de responsabilidad su propio pasado a la vez que les proporcionaba una medida de protección frente al Gobierno

alemán. Mientras que la población de los territorios doblemente ocupados exorcizaba el fantasma de su propia participación en un régimen soviético que había durado uno o dos años, en lugares como el Dombás la historia que se eliminaba era la de toda una generación.^[16]

Más tarde se reinstauró el poder soviético y la gente volvió a cambiarse de chaqueta. De ahí en adelante la memoria de lugares típicamente soviéticos, como la cuenca del Donéts, siempre ha estado dominada por el mito soviético del antifascismo, según el cual todos los ciudadanos soviéticos sufrieron por igual y lucharon con valor contra la dominación alemana. Esto resulta igual de cierto, o lo que es lo mismo, igual de falso, que el mito del anticomunismo durante la guerra. En 1941, el mito del judeobolchevismo les permitió a los ciudadanos soviéticos apartarse de sus vecinos judíos; el mito de la Gran Guerra Patria contra la Alemania nazi, de su asesinato.

Bielorrusia fue la república europea de la URSS que se vio más alterada por el dominio soviético. Resultó ser una prueba crucial para la estrategia alemana, puesto que en su caso –a diferencia de Lituania, Letonia o incluso partes de Ucrania– no se podía recurrir a una justificación política. El nacionalismo bielorruso no era significativo y los invasores alemanes sólo pudieron echar mano de un puñado de nacionalistas, a los que hicieron retornar de los lugares a los que habían emigrado o trasladarse de una región a otra dentro de la propia Bielorrusia.

Inicialmente, la política alemana para con los judíos de Bielorrusia había sido la misma que en cualquier otro lugar. En efecto, la matanza alemana de mujeres y niños judíos comenzó en Bielorrusia el 19 de julio de 1941, fecha en que Himmler ordenó a las tropas de las *Waffen-SS* que estaban detrás del Grupo de Ejércitos Centro que despejasen de judíos las marismas del Prípiat. El 31 de julio indicó que la orden incluía el asesinato de las mujeres. Las *Waffen-SS* asesinaron a unos 13 788 niños, mujeres y hombres. Desde esa fecha y hasta mediados de agosto, el *Einsatzgruppe B*, encargado de Bielorrusia, había asesinado a más judíos que ningún otro *Einsatzgruppe*. No obstante, las posibilidades de reclutamiento de su comandante, Arthur Nebe, no se podían comparar con las de Stahlecker en Letonia y Lituania, dado que en Bielorrusia no se podía recurrir a una justificación política. Los colaboradores locales eran por lo general bielorrusos y polacos, en su mayoría personas sin ningún tipo de motivación política. Además, Nebe recibía menos refuerzos de otras unidades policiales alemanas que Jeckeln en el sur. En septiembre de 1941, la matanza de judíos en Bielorrusia iba a la zaga de la de los países bálticos o Ucrania.^[17]

Con menos perspectivas de conseguir colaboración local, las SS de Bielorrusia recurrieron al Ejército alemán. Mientras que los ciudadanos soviéticos podían ser reclutados mediante la equiparación de los bolcheviques con los judíos, los oficiales

del Ejército alemán eran sensibles a una lógica modificada: la de la triple equiparación de judíos, bolcheviques y partisanos. Si los judíos eran bolcheviques, entonces una persona con conciencia política podría participar en su asesinato para así demostrar que no era bolchevique (y de paso apropiarse de los bienes del judío muerto). Si los judíos eran partisanos, entonces los oficiales alemanes podrían querer acabar con ellos para así poder librar una guerra limpia y triunfal. El Ejército, que no podía adueñarse de gran cantidad de propiedades inmobiliarias, también se percató de que matar a los judíos y permitir que sus conciudadanos se quedasen con sus casas era una especie de política social. El 8 de septiembre de 1941, en Krupki, al noreste de Minsk, los soldados alemanes del tercer batallón de la 354.^a División de Infantería escogieron el emplazamiento para la matanza de los judíos y los condujeron desde el pueblo hasta las SS que aguardaban su llegada. Un soldado, que probablemente también tenía hijos, permitió que una madre judía se alejase un instante de la columna para subirle los pantalones a su hijo pequeño.^[18]

Poco tiempo después, los soldados alemanes asesinaban a judíos en Bielorrusia sin la colaboración de las SS. Durante un encuentro en Mahileu, donde el Grupo de Ejércitos Norte de la *Wehrmacht* había establecido su cuartel general, Nebe y el Oficial Superior de las SS y la Policía de la región, Erich von dem Bach-Zelewski, instruyeron a los oficiales del Ejército en las técnicas de guerra partisana. Incluso organizaron una demostración: en un pueblo en el que no se encontró ni tan siquiera un partisano, los alemanes asesinaron a 32 judíos, la mayoría mujeres. Era difícil pasar por alto el mensaje que se quería transmitir. Los oficiales del Ejército respondieron de distinta forma a lo aprendido en este encuentro, celebrado el 23 y el 24 de septiembre, pero un número suficiente se mostró dispuesto o incluso ansioso por tratar a los judíos como partisanos, tanto que la forma predeterminada de proceder del Ejército pareció cambiar.^[19]

En octubre de 1941, la segunda ofensiva alemana más importante en el este, la Operación Tifón, estaba en marcha. En un principio nadie creyó que una segunda ofensiva alemana fuera necesaria, puesto que se esperaba que la Operación Barbarroja, lanzada en junio, hubiese destruido el Estado soviético antes de septiembre. Por muy aterrador que hubiese sido el avance inicial alemán, demostró ser mucho más lento de lo que los alemanes habían previsto. El primero en experimentar la ansiedad por el retraso fue el Grupo de Ejércitos Norte, que no pudo llegar a Leningrado. El Grupo de Ejércitos Sur avanzaba a través de Ucrania a una velocidad menor de la esperada. En septiembre, Hitler decidió enviar a parte del Grupo del Centro en auxilio del Grupo del Sur. Una vez que se logró penetrar en Ucrania, había que continuar con la Operación Tifón: un empuje final hacia Moscú del Grupo de Ejércitos Centro, reagrupado y reforzado, que reunió en Bielorrusia a casi dos millones de soldados.^[20]



A diferencia de la Operación Barbarroja, que comenzó en territorio doblemente ocupado para llegar hasta territorio soviético, la Operación Tifón se diseñó para que empezase y concluyese dentro de dicho territorio. En cualquier caso, las consecuencias que tuvo para los judíos fueron básicamente las mismas. Después de la entrada de las tropas alemanas, el 30 de septiembre de 1941, la Bielorrusia soviética pasó a ser una zona de asesinatos muy parecida a la de los países bálticos o Ucrania. El 2 y el 3 de octubre, Mahileu se convirtió en la primera ciudad bielorrusa de tamaño considerable en la que todos sus judíos fueron asesinados. A pesar de que el Ejército alemán avanzaba hacia el este con una enorme cantidad de soldados, los asesinos alemanes presentaban sus acciones como defensivas. En Mahileu, fusilar a bebés

judíos se consideraba, tal y como explicó un alemán (austriaco) a su mujer, impedir un mal mayor: «En el primer intento, la mano me tembló un poco al disparar, pero después te acostumbras. Al décimo disparo, apunté con calma y disparé con seguridad a la multitud de mujeres, niños y bebés. No dejaba de pensar que yo tenía dos bebés en casa, a quienes estas hordas tratarían exactamente de la misma forma, si no diez veces peor. La muerte que les dimos fue una muerte buena y rápida, comparada con los tormentos infernales de los miles y miles que se hacían en las cárceles del OGPU. Los bebés salían despedidos, dibujando arcos en el aire, y nosotros les disparábamos y los hacíamos volar en pedazos, antes de que sus cuerpos cayesen en la fosa y en el agua».^[21]

Una vez que la Operación Tifón estuvo en marcha, no se necesitó mucho para incitar a los soldados alemanes a que asesinasen a judíos. La Tercera Compañía del 691.º Regimiento de la 339.ª División de Infantería, estacionada en el valle del Loira, había participado en la ocupación alemana de Francia. Unos días después de su traslado a Bielorrusia, el 10 de octubre de 1941, sus hombres sentenciaban el pueblo de Krucha, haciendo marchar a sus habitantes judíos hasta las fosas para una vez allí fusilarlos a todos. A los soldados no les entusiasmaba la idea; los comandantes parecían querer evitar la aparición de cualquier signo de debilidad en su nueva misión. Sea por la razón que sea, los soldados cometieron los asesinatos, a pesar de que no se les aplicaba castigo alguno si solicitaban ser eximidos del fusilamiento. Esta unidad militar, recién llegada de la campaña vinícola francesa, llevó a cabo la matanza de los judíos de Krucha en solitario, sin ninguna ayuda de las SS.^[22]

En Minsk, la capital de la Bielorrusia soviética, los alemanes desplegaron una espectacular puesta en escena del mito judeobolchevique. El 7 de noviembre de 1941, en el aniversario de la Revolución rusa, los alemanes junto con los bielorrusos y rusos que vivían allí obligaron a los judíos de Minsk a llevar banderas y cantar canciones soviéticas mientras marchaban al abandonar la ciudad. Entonces los ejecutaron. El simbolismo era patente: los judíos eran los responsables del comunismo y de la Unión Soviética; su eliminación significaría su derrota y, por supuesto, la exoneración de cualquier responsabilidad para el resto. Los alemanes repitieron la actuación de Minsk durante otras festividades soviéticas, tales como el Día del Ejército Rojo y el Día Internacional de la Mujer. Al establecer una administración civil en la Bielorrusia soviética ocupada, podían contar con los ciudadanos soviéticos, igual que en la Ucrania o la Rusia soviéticas. En Bielorrusia, los comunistas y los miembros del Komsomol, el grupo de juventudes comunistas, se unieron a la policía local y participaron en las ejecuciones masivas de judíos y en otras medidas alemanas.^[23]

Con el avance de la Operación Tifón, Bielorrusia se convirtió en el núcleo del Grupo de Ejércitos Centro; con todas sus marismas y bosques, resultaba muy adecuada para la guerra partisana. Incluso antes de que los propios soviéticos se percatasen de la utilidad de una guerra partisana tras las líneas alemanas, los

alemanes ya habían dado con el pretexto ideológico para la futura campaña antipartisanas: «Un partisano es un judío y un judío es un partisano».^[24] En un primer momento, a los judíos se los vinculó con la creación del régimen soviético, más tarde con su predecible hundimiento y, después, con una supuesta forma de contraataque. A pesar de que los alemanes anunciaron su intención de no respetar las leyes de la guerra en la Unión Soviética, y aunque las campañas alemanas de asesinatos masivos eran una clara vulneración de estas leyes, se mostraron tremendamente susceptibles ante las campañas partisanas dirigidas contra sus tropas. En cualquier guerra en la que se respetasen las normas, los alemanes tenían que ganar; por lo tanto, si los alemanes no iban ganando, otros tenían que estar incumpliendo las normas. De acuerdo con esta lógica, los judíos se perfilaban como la fuerza inicua que trataba de burlar a los alemanes que luchaban con todas las de la ley por el triunfo que la naturaleza les debía.

La táctica de masacrar a las mujeres y a los niños judíos llegó algo más tarde a Bielorrusia, y tampoco aquí lo tuvieron fácil los alemanes. Aquí, como en otros lugares, el imperativo de acabar con las vidas de mujeres y niños se convirtió en un tema polémico a la hora de involucrar a los habitantes, o a policías auxiliares reclutados anteriormente en Letonia o Lituania. También fue probablemente uno de los motivos por los que se empezó a aplicar una nueva técnica homicida. El método del asesinato masivo mediante monóxido de carbono, ya empleado en Alemania y la Polonia ocupada contra personas «indignas de vivir», se aplicó ahora en Bielorrusia contra los judíos. Se adaptaron una serie de camiones para que expulsasen el gas dentro de la caja. Llenar estos camiones de judíos, sobre todo de niños, era una forma de matarlos sin tener que enfrentarse cara a cara con ellos. «Cuervos negros» era el nombre que empleaban los niños para llamar a estos vehículos; era así como sus padres habían llamado a los vehículos del NKVD que hacían desaparecer a la gente durante la Gran Purga de Stalin tres años antes.^[25]

A finales de 1941, los alemanes, con la colaboración de los ciudadanos soviéticos, habían dado muerte a alrededor de un millón de judíos en la zona ocupada de la Unión Soviética. Los *Einsatzgruppen* habían improvisado técnicas de asesinato y perfeccionado su estrategia política frente a las poblaciones locales. Junto con la Policía del Orden y la *Wehrmacht*, avanzaban de forma imperceptible hacia una implementación total de la lógica judeobolchevique, que también de modo imperceptible se había convertido en una forma de encubrir la derrota en vez de conquistar la victoria. No podían derrocar el Estado soviético, pero podían acabar con los judíos en los lugares donde habían derribado sus instituciones. El comandante del *Einsatzgruppe C*, Otto Rasch, apuntó en septiembre de 1941 que «la eliminación de los judíos» era «prácticamente más fácil» que la campaña general de explotación colonial que había sido el objetivo original de la guerra.^[26]

La guerra procedía a diferentes ritmos en los diferentes frentes: la decepción cundió en primer lugar en el seno del Grupo de Ejércitos Norte, después en el Sur y más tarde en el Centro. Pero en todos ellos los comandantes de los *Einsatzgruppen*, la *Wehrmacht* y la policía eran conscientes de que no habían avanzado tan al este como se suponía. Un gran número de agentes de policía estaban disponibles para matar a judíos precisamente porque no podían cumplir con su misión original: controlar el territorio mucho mayor que se suponía que se habría conquistado antes de finales de 1941. Los comandantes del Ejército estaban preocupados. La resistencia soviética era real. Sólo los *Einsatzgruppen*, y sus comandantes de las SS, parecían tener una respuesta: la guerra contra los judíos, tanto de hecho como de palabra.

Las identidades nacionales de los pueblos de la Unión Soviética, tan importantes para el universo mental de los racistas alemanes y tan destacadas en polémicas posteriores, poco influían en su forma de proceder. El Estado soviético era una barrera al poder alemán, pero ninguna nación soviética lo era. Los judíos morían en los territorios que ya formaban parte de la Unión Soviética antes de la guerra prácticamente de la misma forma y en las mismas proporciones que habían muerto en los territorios anexionados por la Unión Soviética en 1939 y 1940. Los alemanes se veían ayudados en su campaña de asesinatos por miembros de todas las nacionalidades soviéticas con las que se topaban, y casi ni se fijaban cuando cruzaban la frontera de una república soviética a otra. Ni falta que les hacía.

Mientras que los alemanes ocuparon íntegramente la Bielorrusia y la Ucrania soviéticas durante gran parte de la guerra, un 95% del territorio de la Rusia soviética se libró de la ocupación alemana. Sin embargo, en las zonas adonde llegó el poder alemán, los ciudadanos soviéticos reaccionaron prácticamente de la misma forma que los de otras zonas. Los rusos que habían sido figuras prominentes dentro del aparato comunista supieron a través de otros compatriotas que podían limpiar su historial mediante el asesinato de un judío. Los conserjes de viviendas rusos, igual que los de cualquier otro lugar, facilitaron a los alemanes las listas de los judíos que vivían en sus edificios. Los rusos (y no sólo los rusos) trabajaron como policías al servicio de los alemanes en la Rusia soviética desde el primer momento. Los alemanes utilizaron a los policías rusos en actuaciones antisemitas en la Rusia soviética tan pronto como alcanzaron su territorio. Los rusos que formaban parte de estos cuerpos de policía auxiliares localizaron a los judíos de Pskov, Briansk y Kursk; estuvieron presentes en todas las ejecuciones masivas de judíos en la Rusia soviética ocupada, en ciudades como Rostov o Mineralnie Vodi; al igual que los policías de todos los demás lugares, denunciaron a las personas que escondían a judíos para quedarse con sus bienes. Los rusos se denunciaban los unos a los otros en cualquier lugar, incluso en las afueras de la Leningrado asediada; también estaban presentes en los cuerpos de policía local que acabaron con la vida de los judíos fuera de Rusia, por ejemplo en Vilna, Riga, Minsk y Járkov.^[27]

En las ciudades de la Rusia soviética que cayeron bajo la ocupación alemana, la

política local y el destino de los judíos fueron idénticos a los de la Ucrania y la Bielorrusia soviéticas. El Grupo de Ejércitos Centro se vio retenido durante dos meses en Smolensk, en la Rusia occidental, para finalmente vencer en la batalla por embolsamiento el 10 de septiembre de 1941; para entonces, la mayor parte de su población judía, unos diez mil habitantes, había podido escapar. Sus vecinos rusos, algunos de los cuales habían perdido sus propias viviendas durante la intensa batalla por la ciudad, saquearon los bienes de los judíos y ocuparon sus casas antes de la llegada de los alemanes. Las autoridades establecidas por los alemanes controlaron y regularon la apropiación de los bienes muebles e inmuebles. El saqueo inicial alimentó el afán por hacerse con más. En Smolensk, la administración local colaboradora, dirigida por comunistas rusos con impresionantes hojas de servicios bajo la Unión Soviética, ordenó la confección de un censo para registrar el domicilio de los judíos que permanecían en la ciudad. Posteriormente facilitaron a los alemanes el personal necesario para instalar a estas personas en un gueto, lo que permitió una rápida confiscación de los bienes judíos que quedaban. Una vez logrado, las viviendas del propio gueto podían convertirse en el próximo objeto de deseo. En mayo de 1942, el alcalde ruso, el destacado jurista soviético Boris Menshagin, sugirió a los alemanes que la limpieza del gueto mejoraría las condiciones de vida de los rusos. Pocas semanas más tarde, los policías locales rusos ayudaron a los alemanes a asesinar al remanente de judíos de Smolensk.^[28]

Si la guerra hubiese procedido como Hitler esperaba, una tremenda hambruna habría sacudido toda la Unión Soviética occidental durante el invierno de 1941. En vez de eso, la guerra continuaba mientras se gaseaba a los niños judíos en camiones. La guerra de colonización contra los eslavos, aunque seguía adelante, cedía ante la guerra de eliminación de los judíos.

En la naturaleza, pensaba Hitler, la lucha era por el alimento, y las razas más débiles eran las que morían de hambre. El objetivo del Plan del Hambre era precisamente hacer morir de hambre a los eslavos, en teoría inferiores. Tras la derrota del Ejército Rojo y el hundimiento del Estado soviético, los alimentos de las zonas fértiles del oeste de la Unión Soviética, sobre todo de la Ucrania soviética, debían destinarse a alimentar a la población civil alemana. Esta reorganización de la economía política europea debía garantizar tanto la autosuficiencia de los alemanes como su seguridad y confort. Se suponía que unos treinta millones de ciudadanos soviéticos morirían de hambre durante el invierno de 1941, entre ellos seis millones de habitantes de la Bielorrusia soviética, pero el plan fracasó. En efecto, fueron muchos los ciudadanos soviéticos que murieron de hambre: tres millones en los campos de prisioneros de guerra, un millón en Leningrado, decenas de miles en ciudades ucranianas soviéticas, como Járkov y Kiev. Aun así, el resultado apenas bastaba para alimentar a los soldados alemanes que luchaban en el frente oriental, y

poco contribuyó a poder enviar una nueva recompensa a casa, en Alemania.^[29]

La invasión alemana de la URSS sí que brindó la posibilidad de distribuir el hambre. Mientras los soldados alemanes recibían órdenes de recoger alimentos de la tierra para sí mismos y sus animales (unos setecientos cincuenta mil caballos participaron en la invasión), «como en una guerra colonial», el reparto de los productos alimenticios sobrantes se convirtió en un problema político. El resultado fue la invención de una nueva medida en 1941 y 1942: la redistribución no de los alimentos en la Europa occidental y central, sino del hambre en Europa oriental.^[30] Incapaz de recompensar a los civiles de Alemania con alimentos en abundancia, la estrategia alemana consistió en utilizar la escasez de alimentos para motivar a los pueblos bajo su dominio y hacer valer sus propias jerarquías raciales. Ya en septiembre de 1941, los alemanes habían dejado de intentar transformar toda una región mediante el hambre; ahora más bien trataban de repartir esta necesidad de forma que los ayudase a ganar la guerra. La gente quería los bienes de los judíos, de la misma forma que querían raciones de alimentos mejores que las de los judíos.

Como la estrategia del judeobolchevismo, la estrategia de las privaciones relativas sometió a la resistencia y dio paso a la colaboración. En los casos más extremos, las personas mataban con rapidez para evitar una muerte lenta. Una vez liberados de los campos de concentración, los prisioneros de guerra soviéticos, con tal de no regresar, se mostraban dispuestos a hacer cualquier cosa, por ejemplo a ayudar a los alemanes en su política de exterminio de los judíos. Alguien tenía que cavar todas aquellas fosas; el 7 de diciembre, los prisioneros de guerra soviéticos hacían lo propio en el bosque de Letbarskii para que los alemanes pudiesen ejecutar a los judíos de Riga. Puede que los alemanes allí presentes lo concibiesen como el control de la amenaza judeobolchevique. Pero aun así, sin importarle cuántas batallas los alemanes pareciesen ganar ni cuántos prisioneros capturasen, matasen de hambre o explotasen, el Ejército Rojo siguió peleando.^[31]

El otoño de 1941 llegó cargado de acontecimientos para Yuri Isráilovich German, que tenía diez años y vivía en Kaluga, ciudad de la Rusia soviética unos ciento noventa kilómetros al suroeste de Moscú. Dos años antes, su padre había desaparecido en medio de la noche, detenido por el NKVD y acusado de sabotaje. Unas semanas después de que los alemanes invadiesen la Unión Soviética, su padre regresó, escuálido y exhausto, de un campo de trabajos forzados en el norte soviético. En septiembre de 1941, el padre de Yuri fue movilizado, a pesar de su estado de salud, por el Ejército Rojo. De nuevo separado de su padre, que esta vez había partido para luchar contra los alemanes, Yuri empezó a tomar conciencia, por primera vez, del estigma que recaía sobre él por su condición de judío. Un vecino ruso le dijo que, cuando llegasen, los alemanes «se ocuparían» de la gente como él. Cuando las tropas alemanas alcanzaron la ciudad, en octubre de 1941, los habitantes de Kaluga los

recibieron con pan y sal. Con toda celeridad, la administración local, obedeciendo órdenes alemanas, estableció un gueto dentro de un claustro que había permanecido cerrado durante el dominio soviético. Yuri y otros niños fueron forzados a trabajar en los campos y a cavar fosas para los judíos asesinados. Algunos de los judíos del gueto fueron fusilados, incluidos aquellos que se consideraban discapacitados y un amable maestro que había intentado ayudar a los niños. Entonces, para sorpresa de todos, empezaron a explotar obuses alrededor de la ciudad y a oírse ruido de balas: era diciembre de 1941 y el Ejército Rojo regresaba. A toda prisa, los alemanes intentaron liquidar el gueto, quemando sus edificios y disparando con ametralladoras a los judíos que intentaban escapar. Yuri y su madre, que estaban entre los pocos supervivientes, regresaron a su casa, que durante ese tiempo había sido ocupada por un sacerdote ortodoxo.^[32]

La batalla por Kaluga formó parte del asombroso contraataque del Ejército Rojo con el que a principios de diciembre de 1941 lograron cambiar las tornas en Moscú. La Operación Tifón había fracasado: el 7 de diciembre, un general alemán, Hellmuth Stieff, le escribió a su mujer que él y sus hombres estaban «luchando por salvar nuestras míseras vidas, cada día y cada hora, contra un enemigo muy superior en todos los sentidos».^[33]

Ese mismo día los japoneses bombardearon Pearl Harbor, lo que empujó a Estados Unidos a entrar en la guerra. Su catastrófica estrategia global le permitió a Hitler deslizar su concepción de la guerra. Sus propios errores le daban la posibilidad de radicalizar su retórica: haber malinterpretado a Polonia le había supuesto la guerra con Reino Unido, y haber subestimado a la Unión Soviética significaba que ahora Alemania tenía que combatir contra los británicos, los soviéticos y los norteamericanos, a la vez. Aun así, de acuerdo con la lógica de su cosmovisión, podía afirmar que el «frente común» del capitalismo y el comunismo contra Alemania era obra de los judíos. Una victoria en la URSS podía haber hecho posible su deportación, pero un punto muerto en el este y un prolongado conflicto global exigían algo distinto. «La guerra mundial ya está aquí», afirmó Hitler el 12 de diciembre de 1941, recordando su «profecía» de enero de 1939. «La aniquilación de los judíos debe ser la consecuencia necesaria.»^[34]

En las zonas de la Unión Soviética ocupadas durante los seis meses anteriores, los alemanes habían aprendido cómo se podía lograr esa aniquilación: mediante fusilamientos masivos. Cuando Hitler, en diciembre de 1941 prometió aniquilar a los judíos, un millón de ellos ya habían sido asesinados en la Unión Soviética ocupada. A pesar de todo, al gobernador general Hans Frank no se le ocurría ninguna forma de eliminar a los judíos polacos hacinados en los guetos de su Gobierno General. Tras escuchar a Hitler en Berlín en diciembre de 1941, regresó a Cracovia y habló con sus subordinados. «Caballeros –comenzó diciendo–, debo pedirles que se deshagan de cualquier sentimiento de piedad. Debemos aniquilar a los judíos allá donde sea posible, con el fin de mantener la estructura del Reich.» Había comprendido lo que

Hitler no podía decir: que la lucha era ahora defensiva. La matanza de los judíos debía sustituir al reconocimiento normal de la derrota.^[35]

Las lecciones aprendidas en la URSS no podían aplicarse en Polonia, al menos no en el Gobierno General y los territorios anexionados al Reich, donde Alemania llevaba ejerciendo el poder desde 1939. Alemania había invadido Polonia más de dos años antes sin iniciar una Solución Final. Los *Einsatzgruppen* habían causado estragos en la Polonia occidental y central en 1939, pero principalmente en la caza de la élite cultivada polaca. En aquel momento no se habían hecho promesas de liberación política, no había otro proyecto que el de destruir el Estado polaco para siempre. No se había empleado a ningún polaco como colaborador político: no porque ninguno se hubiese ofrecido (unos pocos lo habían hecho), sino porque Berlín no tenía en qué emplearlos. Aunque se había conservado la policía polaca, no se había contemplado la idea de armar a los polacos que harían falta para llevar a cabo una Solución Final mediante fusilamientos. Los judíos polacos habían sido reubicados en guetos en 1940 y 1941, pero no para acabar con ellos, sino como preparación ante una eventual deportación. No cabía duda de que decenas de miles de judíos habían muerto en los guetos por enfermedades o malnutrición. En cualquier caso, dos millones de judíos seguían vivos en las tierras del oeste y el centro de Polonia tomadas por Alemania en 1939. ¿Cómo se mataría a estas personas?^[36]

El 30 de enero de 1942, Hitler pronunció un discurso en el *Berliner Sportpalast* ante una muchedumbre de alemanes. Volvió a recordar, esta vez en público, su «profecía» del 30 de enero de 1939, anunciada justo después de que su ministro de Exteriores volviese con la noticia de que Polonia no se aliaría con Alemania en la guerra contra la Unión Soviética. Esta vez se equivocó de fecha y situó su «profecía» el 1 de septiembre de 1939, día en que Alemania invadió Polonia. Podría parecer que ya en aquel momento, Hitler vislumbraba la secuencia lógica de sus propias acciones: si ganaba la guerra, podía derrotar a los judíos; y si la perdía, podría calificarla de conflicto planetario y de este modo derrotar también a los judíos. En enero de 1942, les anunció a los alemanes que era a los judíos a quienes había que culpar por el advenimiento de una guerra mundial. Su «profecía» se estaba cumpliendo.^[37]



Ese mismo mes, Hitler preguntó de forma retórica por qué tendría que considerar a los judíos de forma distinta que a los prisioneros de guerra soviéticos. La comparación era reveladora. Hasta ese momento, los alemanes habían hecho morir de hambre a una cantidad de ciudadanos soviéticos no judíos mayor que la de judíos a los que habían fusilado. Durante el otoño y el invierno de ese año, alrededor de dos millones de ciudadanos soviéticos morirían de hambre en los campos de prisioneros y otro medio millón en la Leningrado asediada. Pero esta tendencia se invertiría, y de hecho algunos de los supervivientes soviéticos de estos campos se emplearían para matar a judíos. La amenaza de una muerte por inanición transformó los campos de prisioneros de guerra en fábricas de colaboradores. Aproximadamente un millón de

jóvenes de las fuerzas armadas soviéticas (rusos, ucranianos, bielorrusos y muchos otros educados en el comunismo y el antirracismo, en su mayoría de extracción campesina u obrera y con edades comprendidas entre los veinte y los treinta años) fueron destinados a nuevas misiones, dirigidas contra su tierra de origen o contra los judíos. En vez de asesinar a los esclavos y deportar a los judíos, como había sido la idea inicial, los alemanes no paraban de encontrar nuevas formas de explotar a los esclavos contra los judíos. Adaptaron el método del colonialismo tradicional africano: explotar a un grupo al que se despreciaba en detrimento de otro al que se despreciaba aún más. Incluso denominaron a estos nuevos colaboradores *Askaren*. Los *Askaren* habían sido los soldados oriundos del África Oriental Alemana desplegados por primera vez en la revuelta Abushiri de 1888 y 1889, y habían luchado en África con lealtad, a las órdenes de Alemania, durante la Primera Guerra Mundial. El África Oriental Alemana era la única colonia que se había defendido hasta el final del conflicto, por lo que la leyenda de los *Askaren* era símbolo de fidelidad en una lucha justa aunque condenada al fracaso.^[38]

No hacía falta decir que la guerra tal y como se concibió originariamente estaba perdida. No hacía falta explicar que la colonización de un territorio determinado habitado por subhumanos, desde el punto de vista nazi, estaba cediendo la prioridad a la liberación del planeta del dominio de los judíos, que no eran humanos. Cuando, en octubre de 1941, Himmler se dirigió a uno de sus emprendedores lugartenientes, Odilo Globocnik, Oficial Superior de las SS y la Policía en el distrito de Lublin, dentro del Gobierno General, no hizo falta hablar de forma tan explícita. El distrito de Lublin estaba situado en el borde oriental del Gobierno General, en lo que había sido la frontera con la Unión Soviética hasta junio de 1941, y, durante los seis meses posteriores a la invasión, Globocnik se había encargado de los preparativos para el imperio del Este. Su distrito de Lublin, atestado de cárceles y campos de prisioneros, quizá la parte más espantosa del Gobierno General, fue concebido originariamente como una especie de terreno de pruebas para el *Lebensraum* del Este. Mientras los soviéticos contenían el avance y las prioridades de Hitler cambiaban, Himmler y Globocnik daban con la forma de cumplir con los deseos del Führer mediante el asesinato de los judíos de Polonia.^[39]

En la Unión Soviética ocupada de la segunda mitad de 1941, los colegas de las SS de Globocnik, hombres como Stahlecker y Jeckeln, habían improvisado técnicas de asesinato masivo propiciadas por el caos creado durante las primeras semanas de una guerra de eliminación contra un Estado definido como judío. En el distrito de Lublin del Gobierno General, a finales de 1941 y principios de 1942, Globocnik partía de unas condiciones iniciales muy distintas. Su innovación consistía en reunir los fragmentos políticos que las estrategias alemanas de destrucción del Estado habían ido dejando en los años previos. Del Este, se hizo con los hambrientos y desmoralizados prisioneros de guerra soviéticos; no se conoce el caso de ninguno que se negase a abandonar el campo cuando se le ofreció la posibilidad de hacerlo y es

improbable que llegue a conocerse alguno. Adiestrados en un campo llamado Trawniki, los ciudadanos soviéticos liberados de los campos en los que morían de hambre (entre ellos bielorrusos, chuvasios, estonios, komis, letones, lituanos, rumanos, rusos, tártaros, ucranianos y al menos un medio judío) ayudarían a construir y vigilar las fábricas de muerte de Bełżec, Sobibor y Treblinka. Más tarde serían desplegados para vaciar algunos de los guetos más grandes, como el de Varsovia. De los elementos de la Polonia ocupada, Globocnik sacaría partido de los guetos, sus consejos judíos, la policía judía y los informadores judíos y polacos.^[40]

Del oeste, de la propia Alemania, Globocnik tomaría prestada la técnica del asesinato masivo mediante monóxido de carbono. En Alemania y los territorios anexionados de Polonia, los médicos alemanes habían asesinado mediante botes de monóxido de carbono; en la Bielorrusia y la Ucrania soviéticas ocupadas, se expulsaban los gases de escape de los camiones dentro de sus propias cajas. Christian Wirth, miembro de la cancillería personal de Hitler, el hombre que había dirigido el programa «eutanasia» en Alemania, dio con la solución técnica que se aplicaría en estas nuevas instalaciones. Convocó a cinco jóvenes colegas del programa «eutanasia», la mayoría especialistas en la cremación de cadáveres, en Bełżec, donde experimentaron con métodos de generación de monóxido de carbono en un espacio cerrado. Finalmente se decidieron por una variante de la técnica usada en el Este: el bombeo de gases procedentes de motores de combustión internos dentro de cámaras selladas. A finales de 1941, otros cien participantes de este programa llegaron desde Alemania al distrito de Lublin, bajo el mando de Globocnik.^[41]

El programa de asesinato masivo desarrollado por Himmler, Globocnik y Wirth conllevaba la reunión de estos fragmentos para convertirlos en una nueva unidad y ésta, en un movimiento mortífero. Desde principios de 1942, en el distrito de Lublin del Gobierno General, los hombres de las SS de Globocnik empezaron a ir de gueto en gueto explicando la misión a la policía alemana permanente. Bajo supervisión alemana, los consejos judíos ordenarían y la policía judía organizaría la selección de residentes del gueto que debían ser conducidos hasta los trenes. Cuando estos trenes llegasen a los nuevos campos de exterminio, se asesinaría a los judíos en cámaras de gas construidas y operadas por ciudadanos soviéticos.^[42]

La práctica del exterminio estaba supeditada de diversas formas a la economía de la escasez. En los niveles superiores, el fracaso de la campaña colonial alemana significaba que los dirigentes alemanes tenían que elegir entre sus víctimas. No se había obtenido ninguna ventaja sustancial de haber asesinado a los eslavos por inanición, pero de este error se podía culpar a los judíos. Mediante la estrategia de las privaciones relativas, los polacos que heredaron bienes judíos desarrollaron un apego aún mayor a lo que habían obtenido, y los ciudadanos soviéticos estaban desesperados por encontrar una forma de abandonar los campos de concentración. En la decisión nazi sobre el destino de los judíos polacos, un cálculo relevante era la productividad judía frente al consumo judío de calorías: en los momentos en que la

necesidad de alimentos era más apremiante, se los asesinaba; en los momentos en que la necesidad de mano de obra era lo más urgente, se les perdonaba la vida. En un mercado tan siniestro, en el que los judíos no eran más que meras unidades económicas, la tendencia general apuntaba al exterminio. En julio de 1942, cuando se hizo público que el Gobierno General se convertiría en un exportador neto de alimentos, Himmler decidió que había que acabar con todos los judíos antes de final de año.^[43]

Muchos judíos se dejaron llevar por el deseo de alimentos cuando los alemanes vincularon la alimentación de forma deliberada con las deportaciones. En Cracovia, en cuyo castillo residía el gobernador general Hans Frank, se afirmaba en 1942 que se estaba deportando a los judíos al Este para recoger la cosecha de Ucrania. En Varsovia, dentro del mayor gueto del Gobierno General de Frank, se prometía pan y mermelada a los judíos si se presentaban en la *Umschlagplatz* para su deportación. Con el tiempo, cuando los judíos empezaron a comprender lo que significaba la deportación, la estrategia de las privaciones relativas se convirtió en la estrategia del aplazamiento de la muerte. Debido precisamente a la indecisión de los propios alemanes en cuanto a qué era más urgente, si la necesidad de alimentos o de mano de obra, los judíos siempre podían autoconvencerse de que algunos de ellos se salvarían. La selección *per se*, como informaban los judíos de Varsovia, implicaba «una división entre los productivos y los no productivos» que «minaba la moral de los que vivían en el gueto». La esperanza de sobrevivir del individuo actuaba en contra de la solidaridad de la comunidad. A los policías judíos se les asignaron cuotas de judíos que destinar a los trenes, cuyo cumplimiento se convirtió en una fuente de esperanza para ellos y sus familias y en su alienación respecto a los demás. Tal y como uno de ellos respondió ante las súplicas de un correligionario judío en Varsovia: «A mí eso no me importa. Lo que me importa es llevar a diez personas».^[44]

Lo más probable es que nunca se tomase la decisión definitiva de asesinar a todos los judíos de Polonia en los campos de exterminio, pero una vez comenzado el proceso, en marzo de 1942, las alternativas se tornaron inviables y, por lo tanto, innombrables. Hasta febrero de ese mismo año, Himmler y Heydrich seguían debatiendo el envío de judíos al gulag, pero ante la ausencia de una victoria sobre la URSS, que no parecía estar cerca, esto resultaba imposible. Así, las deportaciones que comenzaron en el distrito de Lublin se extendieron por todo el Gobierno General. Al principio se enviaba a los judíos desde los guetos a Bełżec, después a Bełżec y Sobibor, y por último a Bełżec, Sobibor y Treblinka. En el transcurso de 1942, unos 1,3 millones de judíos polacos fueron asesinados en estos tres campos de exterminio. Sólo desde Varsovia, en el marco de lo que se denominó *Grosse Aktion*, se deportó a Treblinka y se asesinó a unos 256 040 judíos, y entre el 23 de julio y el 21 de septiembre de 1942 se ejecutó a otros 10 380 en el gueto. Aún quedaban decenas de

miles, en su mayoría hombres jóvenes, cuando el gueto pasó a ser un campo de trabajos forzados.^[45]

A finales de diciembre de 1942, en Varsovia, algunos de esos supervivientes, que colaboraban juntos en una imprecisa confederación conocida como Organización Judía de Combate, empezaron a asesinar a las autoridades judías del gueto. En enero de 1943, Himmler ordenó la disolución total del gueto, pero la resistencia judía impidió que se llevase a cabo la deportación; en febrero, Himmler renovó la orden. Cuando una multitud aún más numerosa de alemanes regresó al gueto en abril de 1943, una cantidad significativa de judíos opuso resistencia. Algunos pertenecían a la Organización Judía de Combate, que incluía a representantes de los principales partidos judíos, como el Bund, así como sionistas de izquierdas y comunistas; otros lucharon dentro de una Unión Militar Judía, que estaba dominada por los sionistas revisionistas de Beitar. Fueron ellos, los revisionistas, quienes, de acuerdo con la vieja costumbre, izaron tanto la bandera polaca como la sionista. El levantamiento del gueto de Varsovia fue el primer acto destacable de resistencia urbana al dominio alemán en Europa. Los judíos comprendieron que no tenían mucho que perder: en la mayoría de los casos sus familias ya estaban muertas, y ellos creían, y no se equivocaban, que el mismo destino les aguardaba. La rebelión derivó en la destrucción física del gueto de Varsovia, ya que los alemanes emplearon lanzallamas para sacar a los judíos de los búnkeres y después redujeron a cenizas el distrito entero. Los supervivientes fueron enviados a otros campos de trabajos forzados, tal y como estipulaba el plan original, donde en 1944 se fusiló a la mayoría. De este modo se ponía fin a la comunidad judía más importante del mundo.^[46]

El hombre que sofocó el levantamiento del gueto de Varsovia, Jürgen Stroop, creía estar contribuyendo a ganar una guerra que convertiría Ucrania en una tierra alemana de la que manaría leche y miel. De hecho, sus superiores vieron el exterminio de los judíos de Varsovia como una necesidad en julio de 1942, debido a la apremiante escasez de alimentos. En los guetos del *Warthegau*, como Łódź, la lógica fue similar: se envió a los judíos alemanes a guetos atestados y después se dejó en manos de las autoridades locales alemanas la solución del problema del hacinamiento por sus propios medios.

En julio de 1941, el dirigente local del Servicio de Seguridad había propuesto la matanza directa en lugar de la lenta muerte por inanición de los judíos de Łódź: «Existe el riesgo de que este invierno resulte ya imposible alimentar a los judíos. Se debe considerar seriamente si la solución más humana no sería acabar con aquellos judíos incapaces de trabajar mediante algún tipo de preparado de efecto inmediato. En cualquier caso, esto sería más grato que dejarlos morir de hambre».^[47] En un universo mental donde la muerte por inanición era considerada la norma, otras formas de asesinato podían ser presentadas como un gesto generoso.

Ese invierno, en efecto, los judíos fueron asesinados mediante dicho «preparado»: los gases de escape con los que ya se habían hecho pruebas en Bielorrusia y en el

Este. Las máquinas de matar de Chełmno, a las que se llevó a los judíos de Łódź y de otros lugares del *Warthegau* a principios de diciembre de 1941, eran camiones de gas estacionados vigilados por la Policía del Orden alemana. Se trataba de una modificación de una técnica usada con anterioridad para matar a las personas designadas como «indignas de vivir». Inmediatamente después de la invasión alemana de Polonia, los alemanes habían vaciado hospitales mentales polacos mediante el gaseado de sus pacientes. Al comando de las SS encargado de estas matanzas, dirigido por Herbert Lange, se le encomendó la masacre de Chełmno. También hubo una cierta influencia del Este: Otto Bradfisch había sido el comandante del *Einsatzkommando* 8 de Bielorrusia que pintó estrellas de David en sus vehículos para proclamar su misión aniquiladora; en abril de 1942, fue destinado a Łódź, donde supervisó la deportación continuada de judíos a Chełmno.^[48]

A finales de 1942, no obstante, un gran número de judíos seguía con vida en los territorios polacos anexionados a Alemania, principalmente en Łódź. Tras las primeras selecciones, el gueto de esta ciudad se transformó en un campo de trabajo que fabricaba armamento. Decenas de miles de judíos sobrevivirían en Łódź casi hasta el final de la guerra, cuando fueron deportados a Auschwitz.

En el Gobierno General, antes del otoño de 1942, se habían destruido todas las principales comunidades judías. La policía alemana asesinó sin previo aviso a los judíos que seguían con vida, salvo muy pocas excepciones, como los obreros de las fábricas de armas. Los polacos del Gobierno General que eran descubiertos ayudando a los judíos también se veían sometidos a la pena de muerte, y a los pueblos donde se encontraban judíos se les imponía un castigo colectivo. Durante las últimas semanas de 1942, la tarea principal de la policía alemana en el Gobierno General era lo que llamaban «caza de judíos». Se oían tantos disparos en el campo que los perros de las granjas polacas dejaron de reaccionar ante el sonido de las balas.^[49]

En 1943 y 1944, en el Gobierno General, la policía alemana trató de propiciar la cooperación de los polacos en las cazas. Himmler estaba en lo más alto de la cadena de mando, sus órdenes pasaban a la Policía del Orden alemana a través del Oficial Superior de las SS y la Policía de Varsovia; a su vez, la Policía del Orden alemana debía «involucrar en esta acción a las masas más amplias posibles de la sociedad polaca».^[50] De este modo, la Policía del Orden alemana logró captar dos instituciones que ya existían en la Polonia independiente, pero que habían quedado transformadas por su destrucción. La primera era la Policía del Orden polaca, que desde 1939 había sido purgada, reorganizada racialmente y sometida a los intereses alemanes. La segunda eran las autoridades locales polacas, que se habían visto privadas de su vínculo previo con el Estado y la legislación, pero llevaban dos años al frente de la política racial alemana. Los agentes de policía y las autoridades locales polacas respondían personalmente ante sus superiores alemanes como encargados de

garantizar que no quedase ningún judío con vida en sus distritos.

Había una política detrás de todo esto, pero no se trataba de una política nacional. Sea como sea, no se sabe con certeza cuántos campesinos de lengua polaca se identificaban con la nación y el Estado polacos en 1939. La distancia social entre campesinos y judíos (a pesar de vivir en los mismos lugares) y entre campesinos y funcionarios polacos (a pesar de hablar la misma lengua) quizás era mayor de lo que el sentimiento nostálgico o el nacionalismo idealista pudieran hacer creer. Lo que sí puede afirmarse con seguridad es que después de tres años de dominio alemán, los campesinos de lengua polaca daban por vencido al orden polaco y vivían en el seno del alemán. Se les repetía constantemente, y los que estaban alfabetizados lo podían leer, que sus autoridades locales eran las encargadas de mantener el pueblo o la región libre de judíos. El regidor del pueblo tenía la obligación de publicar un bando que prometía la muerte a los polacos que ayudasen a los judíos y recompensas a quienes los entregasen. Los supervivientes judíos recuerdan haber visto dichos carteles en todos los pueblos polacos. Si un judío se escondía en un pueblo, los propios vecinos, quizás un rival o alguien con quien tuviese rencillas, podían denunciar a su regidor ante los alemanes. En las zonas rurales polacas, los habitantes se denunciaban unos a otros con bastante frecuencia por todo tipo de motivos; a menudo la presencia de los judíos se utilizaba como pretexto para ajustar cuentas. El legado del antisemitismo anterior a la guerra, extendido tanto por la derecha secular como por la Iglesia católica romana, consistía en que los polacos que quisieran ayudar a los judíos recelasen de otros polacos. El regidor de un pueblo no podía organizar o sancionar un rescate de judíos a menos que estuviese seguro de que podía contar con la solidaridad de todos sus habitantes. Esto derivó en situaciones absurdas en que dichos dirigentes sobornaban a los propios vecinos del pueblo para que no los denunciasen ante los alemanes.^[51]

No en todos los casos se ejecutaba a los polacos que daban cobijo a los judíos, pero ocurría con la suficiente frecuencia como para que el miedo fuese real. En miles de casos en todo el Gobierno General, la policía alemana llevaba a cabo matanzas de polacos por un tipo u otro de desobediencia. En la cárcel de Krosno, se fusiló a una mujer polaca justo después de fusilar al judío al que había acogido, quedando su cadáver tirado encima del de él. Todo esto tuvo lugar a la vista de otros prisioneros polacos, que pudieron sacar sus propias conclusiones. Cuando se producía una denuncia, los policías alemanes acudían para buscar y matar a los judíos, o para castigar al pueblo si no daban con ninguno; en caso de duda, se obligaba a los vecinos a que se uniesen a los alemanes en la búsqueda de los judíos denunciados. Durante la «caza de judíos», los dirigentes del pueblo eran tomados como rehenes y, en principio, podían pagar con su propia vida si no encontraban a los judíos. Los serenos de estos pueblos, hombres que en tiempos de paz vigilaban que no se produjesen incendios o altercados, participaban en las cazas de judíos y también se los tomaba como rehenes: si capturaban a los judíos, obtenían una recompensa; si no lograban

encontrarlos, lo pagaban con la vida.^[52]

A veces los polacos de las zonas rurales denunciaban a los judíos ante la policía polaca en vez de ante los alemanes. Esto podía parecer menos terrible que hablar directamente con los asesinos extranjeros, aunque en el momento en que un policía polaco tenía conocimiento de ello, se convertía en el encargado directo de encontrar y entregar (o matar) a los judíos en cuestión. Desde febrero de 1943, la policía polaca tenía la orden de matar a «todos los judíos que encontrase, sin ninguna advertencia». En efecto, a veces eran los propios policías polacos quienes fusilaban a los judíos, por motivos tan triviales como las molestias que ocasionaba desplazarse en coche de caballos hasta la gendarmería alemana más próxima. A veces entregaban a los judíos a los alemanes y entonces éstos les ordenaban que los fusilasen ellos mismos. Para los policías polacos, la pena por negarse a obedecer la orden era la muerte. (Para los policías alemanes no existía dicho castigo.) Aun así, a veces los policías polacos dejaban libres a los judíos o incluso los ayudaban a sobrevivir.^[53]

En estas condiciones, con la violencia privatizada y la población campesina movilizada, fueron muy pocos los judíos que sobrevivieron en las zonas rurales polacas. Decenas de miles de judíos que estaban huidos y escondidos fueron detenidos y asesinados, casi siempre después de una denuncia.^[54]

Dondequiera que el Estado había sido destruido, ya fuese por los alemanes, por los soviéticos o por ambos, casi todos los judíos fueron asesinados. El Holocausto dio comienzo bajo la forma de campañas de ejecución masiva en tierras donde el Estado había sido destruido por partida doble en una rápida sucesión, primero el Estado nación anterior a la guerra a manos de los soviéticos, y después el aparato soviético a manos de los alemanes. Las técnicas desarrolladas en la zona de doble no estatalidad –el reclutamiento de sus habitantes, el uso de múltiples instituciones alemanas, las ejecuciones públicas– también se aplicaron más al este, hasta llegar a todos los rincones donde se extendía el dominio alemán. En la Polonia occidental y central, donde los alemanes habían estado presentes desde septiembre de 1939, aunque la matanza de judíos no empezase hasta dos años después, se aplicaron otras técnicas: cámaras de gas secretas, deportaciones desde los guetos o cazas de judíos. Para los judíos de los Estados bálticos, la Polonia oriental y la Unión Soviética, se emplearon balas y fosas; para los judíos de la Polonia central y occidental, fueron gases de escape y hornos.

El destino de la mayoría de los judíos que quedaban en Europa era un lugar llamado Auschwitz.^[55]

La paradoja de Auschwitz

Auschwitz es el símbolo de la voluntad de asesinar a todos los judíos que se encontraran bajo dominio alemán. En sus cámaras de gas murieron judíos de todos los rincones del imperio alemán. Algunos sobrevivieron a Auschwitz; después de todo, era un complejo que incluía campos de concentración y de exterminio, donde los judíos eran seleccionados para trabajar a medida que llegaban. Existe, por lo tanto, una historia de la supervivencia en Auschwitz que puede ser registrada y entrar a formar parte de nuestra memoria colectiva. Prácticamente ningún judío sobrevivió a las fosas de fusilamiento, ni a Treblinka, Belzec, Sobibor o Chełmno. La palabra «Auschwitz» se ha convertido en la representación del Holocausto en su conjunto, aunque la gran mayoría de los judíos ya habían sido asesinados, muchos más al este, para cuando Auschwitz se convirtió en uno de los principales campos de exterminio. Y mientras que Auschwitz se recuerda, la mayor parte del Holocausto ha caído en el olvido.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Auschwitz fue un símbolo relativamente útil para Alemania, pues reducía de forma significativa el alcance exacto del mal causado. La asimilación del Holocausto a Auschwitz permitió a los alemanes mantener la grotesca afirmación de que no estaban al corriente de las matanzas de judíos mientras éstas sucedían. Es posible que algunos no supieran con detalle qué ocurría allí, pero es imposible que muchos no supieran nada del exterminio. En Alemania, mucho antes de que Auschwitz se convirtiera en un campo de exterminio, las matanzas eran conocidas y se hablaba de ellas, al menos entre familiares y amigos. En el frente oriental, donde decenas de miles de alemanes fusilaron a millones de judíos en cientos de fosas diferentes durante tres años, casi todo el mundo estaba al corriente de lo que sucedía: cientos de miles de alemanes presenciaron las masacres y millones de alemanes lo sabían. Durante la guerra, las mujeres y los niños visitaban los lugares de las matanzas; en las cartas que los soldados y los policías enviaban a sus familias, éstos explicaban los detalles y a veces incluían fotografías. Los hogares alemanes se enriquecieron millones de veces a costa de lo que los policías o los soldados se llevaban o enviaban por correo de los saqueos a los judíos que asesinaban.^[1]

Por motivos similares, Auschwitz fue un símbolo útil para la Unión Soviética de la posguerra y también para la Rusia poscomunista actual. Si se reduce el Holocausto a Auschwitz, resulta más fácil olvidar que los alemanes comenzaron el exterminio de los judíos en lugares recién conquistados por la Unión Soviética. En la zona occidental de la URSS, todo el mundo estaba al corriente de los asesinatos masivos de

judíos, y por la misma razón que en Alemania: la dinámica de las matanzas requería decenas de miles de participantes y éstas eran presenciadas por cientos de miles de testigos. Los alemanes se marcharon, pero sus fosas comunes se quedaron. Si el Holocausto sólo se asocia con Auschwitz, este episodio también puede ser excluido de la historia y la conmemoración.^[2]

Auschwitz fue uno de los pocos capítulos del Holocausto en los que no participaron los ciudadanos soviéticos. Éstos fueron reclutados para los fusilamientos masivos de judíos, y también construyeron y vigilaron los campos de exterminio de Treblinka, Belzec y Sobibor. Probablemente, todo esto fue posible porque los alemanes planeaban destruir el Estado soviético, y los ciudadanos soviéticos implicados se encontraban desorientados por la realidad prebélica, o simplemente preocupados por conservar sus propias vidas. Incluso después de la guerra, la propaganda soviética no logró explicar cómo tantos seres humanos producto del sistema soviético fueron capaces de colaborar en la matanza de otras tantas personas de su mismo sistema. En la era posestalinista, que comenzó con la muerte de Stalin en 1953 y aún continúa vigente, ya resultaba bastante complicado explicar los motivos por los que la política soviética había provocado la muerte de millones de ciudadanos soviéticos a base de hambrunas y terror durante la década de 1930. Todavía hoy, esta realidad histórica sigue profundamente politizada. Sin embargo, el problema, tal vez más grave, de las decenas de miles de ciudadanos soviéticos dispuestos a participar en el asesinato de millones de personas en el nombre de un sistema completamente ajeno a ellos nunca ha sido abordado. Al contrario, ha sido eludido.^[3]

Auschwitz también se ha convertido en el emblema del Holocausto, puesto que, desde una perspectiva mítica y simplista, parece desvincular el exterminio judío de las decisiones y los actos humanos. En tanto que el Holocausto se limite a Auschwitz, se puede aislar de muchas de las naciones a las que afectó y de los paisajes que modificó. Puede parecer que las puertas y los muros de Auschwitz esconden un mal que, en realidad, se extendía de París a Smolensk. De hecho Auschwitz, una palabra alemana que designa un territorio que antes y después de la guerra perteneció a Polonia, no parece un lugar real: una alambrada física y psicológica lo rodea. Evoca los asesinatos mecanizados, la burocracia inflexible, el avance de la modernidad o incluso el final de la Ilustración. De este modo, los asesinatos de niños, mujeres y hombres se presentan como un proceso inhumano donde la responsabilidad recae exclusivamente sobre unas fuerzas superiores al ser humano. Si el asesinato masivo de judíos se limita a un lugar concreto y se trata como el resultado de procesos impersonales, no es necesario enfrentarse al hecho de que en un entorno cercano, personas no muy diferentes a nosotros asesinaron a sus semejantes.

En la historia del Holocausto, Auschwitz fue el lugar donde se puso en práctica la

tercera técnica de asesinatos masivos, tercera en orden cronológico y en importancia. La técnica principal, por ser la primera, la que más víctimas dejó y la que demostró que era posible una Solución Final a base de matanzas, fue el fusilamiento en las fosas. La segunda, y siguiente en ser desarrollada, fue la asfixia por gases de escape de motores de combustión interna. Cuando se empezó a extender el uso de las cámaras de gas, a principios de 1942, la política de asesinar al pueblo judío ya se había extendido desde los territorios soviéticos y polacos ocupados a todos los lugares bajo control alemán. Auschwitz fue el principal punto de exterminio judío en 1943 y 1944.^[4]

Auschwitz surgió como el séptimo campo de concentración más grande del Reich, después de Dachau, Sachsenhausen, Buchenwald, Flossenbürg, Mauthausen y Ravensbrück; su conocido lema *Arbeit macht frei*, venía de sus predecesores alemanes. Este nuevo campo, a diferencia de los anteriores, estaba ubicado en territorio polaco ocupado anexionado por el Reich: la zona donde los nazis daban rienda suelta a su imaginación. Fue concebido en 1940 para preparar el terreno del gran imperio oriental. Sus primeros prisioneros fueron polacos condenados por resistencia real o potencial, y su siguiente gran grupo de víctimas fueron los prisioneros de guerra soviéticos capturados después de la invasión de 1941. Si se admitió a judíos en Auschwitz en aquella primera época, fue porque la intención era enviarlos hacia el este en columnas de mano de obra esclava que se agotaría construyendo el imperio alemán en las tierras soviéticas conquistadas. Los judíos que vivían cerca de Auschwitz fueron de los últimos judíos polacos en ser asesinados: primero fueron deportados al campo como trabajadores forzados, puesto que ésa era la misión original de Auschwitz. Cuando la inmensa mayoría de los judíos del resto de Polonia habían muerto, asesinados en las fosas o en Treblinka, Sobibor, Belzec o Chełmno, muchos de los judíos de Auschwitz aún seguían con vida.^[5]

El rumbo de Auschwitz cambió cuando la misión colonial nazi dio paso a la Solución Final, cuando la subyugación de los eslavos dejó de ser una prioridad y el exterminio de los judíos se convirtió en urgente. Esta transformación se evidenció en todos los aspectos del empeño nazi: los *Einsatzgruppen* pasaron de matar a algunos judíos a matarlos a todos; los policías alemanes que normalmente se encargaban de otras misiones tuvieron que participar en los fusilamientos masivos de judíos; los ciudadanos locales fueron reclutados como policías auxiliares; algunos prisioneros de guerra soviéticos fueron liberados para que ayudasen en las matanzas; el distrito de Lublin dejó de ser un puesto avanzado del imperio para convertirse en el terreno experimental de las cámaras de gas. En cuanto a Auschwitz, pasar del sueño de la conquista a la realidad de la aniquilación implicaba que el campo de concentración debía convertirse en uno de exterminio.^[6] Esta evolución también se manifestó en el uso del agente homicida: el ácido cianhídrico, comercializado con el nombre de Zyklon B. En un principio, se utilizaba para fumigar los barracones de los prisioneros polacos, más adelante sirvió para asesinar a los prisioneros de guerra soviéticos y, por

último, se emplearía para asesinar a casi un millón de judíos.

Auschwitz se construyó en una zona donde cualquier estructura estatal había sido destruida, tras la invasión de Polonia y como parte del intento de eliminarla como nación política. Su infraestructura original era la de un cuartel militar polaco. Alemania conquistó el territorio en septiembre de 1939 y le fue concedido por el Tratado Germano-Soviético de Amistad, Cooperación y Demarcación. Ni su construcción ni las adaptaciones posteriores habrían sido concebibles, ni mucho menos posibles, sin la campaña alemana para eliminar a sus rivales políticos y sin el excepcional talento y los insólitos objetivos que poseían los destructores del Estado de las SS.

Auschwitz, no obstante, se desmarcó en un aspecto muy importante: a diferencia de las fosas de fusilamiento de la zona de doble ocupación y de la parte ocupada de la URSS, y de los campos de exterminio de Bełżec, Sobibor, Treblinka y Chełmno, fue el lugar elegido para matar a multitud de judíos ciudadanos de Estados a los que Alemania aún reconocía como soberanos. Por lo general, sus víctimas potenciales vivían fuera de la zona ocupada por Alemania tras destruir las estructuras del Estado, por lo que eran mucho menos vulnerables al extraordinario poder de las SS. Dichas personas tuvieron que ser abandonadas por sus respectivos gobiernos, o despojados de su condición de ciudadanos, y transportarlos desde sus países de residencia hasta Auschwitz. No fue un proceso automático; de hecho, a menudo resultó complicado.

La fantasía de Hitler de un mundo sin judíos siempre estuvo presente, y su deseo de liberar Europa de los judíos trascendió a sus subordinados no más tarde de la primavera de 1942. Por entonces, la política del exterminio de los judíos, iniciada un año antes en la Unión Soviética, ya estaba extendida, si bien cómo y hasta qué punto podía llevarse a cabo dependía del lugar de residencia de los judíos. El éxito de determinadas estrategias en las masacres venía condicionado por una serie de decisiones y acciones previas, específicas de un lugar preciso del este de Europa, por lo que no podían repetirse con el mismo éxito por todas partes. En otras palabras, lo que sucedió en los Estados en 1939, 1940 y 1941 fue crucial en lo que ocurriría a los judíos en 1942, 1943 y 1944. Los alemanes no podían explotar los recursos psicológicos, materiales ni, sobre todo, políticos creados por la Unión Soviética en lugares que no hubieran sido ocupados por ésta. Tampoco podían recomponer los fragmentos de los Estados destruidos en sitios donde ni ellos ni los soviéticos habían eliminado el Estado, ni aplicar la política de la privación relativa en lugares donde la guerra no suponía una lucha por la supremacía racial. En el museo de Auschwitz, construido después de la guerra en la Polonia comunista, se clasificó a las víctimas según su ciudadanía. Esto pretendía camuflar el hecho de que la gran mayoría eran judíos y habían sido asesinados simplemente por ese motivo. Pero también escondía un detalle más sutil y fundamental: los judíos que fueron asesinados habían sido previamente separados de sus Estados.

En muchos de los lugares desde donde los judíos debían ser enviados a

Auschwitz ninguna de las condiciones anteriores se cumplía; gracias a eso sobrevivieron. Millones de judíos europeos condenados a morir en Auschwitz salvaron sus vidas porque nunca subieron a un tren. En las zonas controladas por Alemania, los judíos que en teoría debían ir a Auschwitz tenían más probabilidades de sobrevivir que aquellos que no debían ser enviados. Aquí reside la paradoja de Auschwitz y sólo se puede resolver teniendo en cuenta en qué grado los Estados habían sido o no destruidos. Éstas son las particularidades políticas que explican las diferentes consecuencias derivadas de un único plan universal. Auschwitz representa el proyecto universal de acabar con los judíos, pero también demuestra la importancia de los Estados a la hora de protegerlos.

Establecer una comparación entre dos países ocupados por Alemania puede dar una idea de la relevancia del factor político. Estonia y Dinamarca tenían mucho en común cuando estalló la Segunda Guerra Mundial: ambos eran pequeños Estados del norte de Europa con una larga costa báltica y poca población judía. Durante la guerra, ambos sufrieron la ocupación alemana, fueron sometidos a la Solución Final y declarados *judenfrei* –libres de judíos– por sus invasores alemanes. Y sin embargo, la historia del Holocausto en cada una de estas tierras no pudo ser más diferente. En Estonia, cerca del 99% de los judíos presentes cuando entraron las tropas alemanas fueron asesinados. En Dinamarca, cerca del 99% de los judíos con ciudadanía danesa sobrevivieron. Los judíos de Dinamarca fueron enviados a Auschwitz, pero los de Estonia perecieron antes de que Auschwitz se convirtiera en un campo de exterminio.

Ningún país ocupado por Alemania registró un índice de judíos asesinados tan alto como el de Estonia, ni uno de supervivientes tan elevado como el de Dinamarca. Dado el carácter absoluto de la política alemana del exterminio, esta diferencia requiere una explicación. ¿Acaso la población estonia era especialmente antisemita? En realidad, resulta más fácil documentarse sobre dicha tradición en Dinamarca. ¿Acaso Estonia ya estaba gobernada por antisemitas antes de la guerra? Si bien la doble dictadura de Konstantin Päts y Johan Laidoner era claramente conservadora, ambos llegaron al poder gracias a un golpe de Estado contra la extrema derecha en 1934. De hecho, los judíos de Estonia eran considerados ciudadanos iguales en una república que, además, había acogido a refugiados judíos alemanes y austríacos. Dinamarca, por el contrario, rechazó a los refugiados judíos a partir de 1935.

La intuición nos falla. La disparidad de estos resultados parece estar más relacionada con diferentes experiencias del conflicto bélico y la ocupación que con las actitudes populares y las políticas prebélicas. Si bien Auschwitz nos evoca la visión de Hitler de un mundo sin judíos, también debería ilustrarnos sobre el papel crucial que desempeña la política a la hora de propiciar o dificultar la materialización de dicha visión.^[7]

Estonia compartió el destino de Lituania y Letonia en 1940. Al igual que los otros dos Estados bálticos, fue concedida a los soviéticos por los alemanes, según lo estipulado en el pacto Mólotov-Ribbentrop, modificado y ratificado por el Tratado de Amistad, Cooperación y Demarcación de septiembre de 1939. La ocupación soviética de Estonia acarreó la destrucción completa de la élite política y administrativa del país. Al presidente Päts, por ejemplo, lo sacaron de su casa para deportarlo a la Unión Soviética, donde falleció. Laidoner, comandante en jefe de las fuerzas armadas, también murió en el exilio después de ser deportado. De los once miembros del último Gobierno de Estonia, diez fueron encarcelados y nueve asesinados (cuatro ejecutados y cinco murieron en campos soviéticos).^[8]

La ley soviética se aplicó de manera retroactiva en la Estonia ocupada, según una lógica que consideraba que el Estado de Estonia no sólo no existía, sino que nunca había existido. De resultas de ello, haber servido al Estado en las décadas de 1920 y 1930 se consideraba un crimen. En lo que rápidamente pasó a ser la Estonia soviética, las nuevas autoridades llevaron a cabo unas cuatrocientas ejecuciones y, para cuando las tropas alemanas se congregaron para invadir la Unión Soviética en 1941, los soviéticos empezaban a preparar deportaciones masivas. La noche del 14 de junio de 1941, el NKVD deportó a unos diez mil doscientos ciudadanos estonios, cerca del 1% de la población total –más o menos el 10% de la minoría judía, muy castigada por la represión soviética. Días después, cuando las tropas alemanas atravesaban los países bálticos en dirección a Estonia, los soviéticos fusilaron a los prisioneros estonios y abandonaron sus cadáveres en las cárceles.^[9]

Los alemanes llegaron a Estonia a principios de julio de 1941 acompañados de un grupo de estonios cuidadosamente seleccionados. Como en Lituania o Letonia, la ocupación soviética de Estonia había obligado a miles de personas a huir del país, y muchas se habían marchado a Berlín; esto dejaba a los alemanes un amplio abanico de posibles colaboradores. Muchos estonios deseaban regresar, así que los alemanes pudieron escoger a quienes consideraban más útiles para sus propósitos. Igual que en otros lugares, la doble ocupación supuso una doble depuración de la élite política. Los soviéticos habían eliminado a la clase dominante anterior y los alemanes impedían volver a todo aquel que no pareciera suficientemente maleable. Naturalmente, el centro y la izquierda políticos también quedaron fuera de la selección nazi. Como en otros casos, aquel verano los alemanes pudieron aprovechar los recursos morales, materiales y políticos resultantes de la ocupación soviética.

El recurso político en Estonia, como en Lituania y Letonia, era especialmente abundante. Tan sólo un año antes, todo un Estado había sido destruido de una forma humillante y despiadada, por lo que la población estaba preparada para una redención tanto política como personal. En julio de 1941, cuando el *Einsatzgruppe A* llegó a Estonia, los alemanes ya habían perfeccionado el argumento sobre la liberación que ellos ofrecían al pueblo estonio: lo liberarían de los judíos, y la participación local en

dicha liberación sería una condición previa para las futuras negociaciones políticas. Tal como había sucedido en Lituania y Letonia, los ciudadanos tradujeron este mensaje añadiendo un elemento que se les había escapado a los alemanes: si los estonios colaboraban con el segundo invasor (alemán), no se tendría en cuenta su primera colaboración (soviética). En Estonia no hubo pogromos de judíos, pues los alemanes ni siquiera los consideraron necesarios.

La doble colaboración era muy común. Algunos de los partisanos estonios antisoviéticos, miembros de la Guardia Nacional, asesinaron a judíos. Los asesinos más fanáticos dentro de esta milicia eran excomunistas que cambiaron de bando cuando llegaron los alemanes para limpiar sus nombres. La policía estonia, que había colaborado en las deportaciones soviéticas de ciudadanos estonios y judíos, ahora ejecutaba las órdenes alemanas y asesinaba a estonios y judíos. Los soviéticos deportaron a unos diez mil ciudadanos estonios de los cuales 450 eran judíos; durante el dominio alemán, unos diez mil más fueron ejecutados, y en este caso la cifra de víctimas judías ascendió a 963. Desde la perspectiva de los verdugos, sin embargo, el trabajo no era muy diferente.^[10]

Los antiguos empleados del NKVD fueron especialmente relevantes en las matanzas de judíos en Estonia. Ain-Ervin Mere, por ejemplo, fue un agente del NKVD y director de un departamento especial del Cuerpo de Fusileros de Estonia, una unidad soviética pensada para defender la Estonia soviética de la invasión capitalista. Durante el dominio alemán, se incorporó a la Policía de Seguridad de Estonia, la principal institución encargada del exterminio de judíos, donde ocupó el cargo de comandante desde mayo de 1942 hasta marzo de 1943. Desde abril de 1943 hasta el final de la guerra, Mere fue comandante de un batallón en una división de las *Waffen-SS*. Ervin Viks había sido un policía estonio durante la época de entreguerras y había trabajado para el NKVD en 1940 y 1941; bajo el dominio alemán, se unió a la Policía de Seguridad de Estonia, desde donde ordenó cientos de ejecuciones tanto de judíos como de no judíos. Alexander Viidik había trabajado en la Policía Política Estonia antes de la guerra, en 1940 también ofreció sus servicios al NKVD y, después de la invasión de las tropas del Führer, trabajó para las SD, el servicio secreto de las SS, donde contrató a sus antiguos contactos soviéticos.^[11]

En Estonia, como en todas partes, quienes asesinaron a judíos durante la ocupación alemana también mataron a otras personas. En la Lituania ocupada, los mismos policías que participaron en los fusilamientos de más de ciento cincuenta mil judíos en 1941 vigilaban los campos donde un número similar de prisioneros de guerra soviéticos morían de hambre. En Letonia, el mismo comando que asesinó prácticamente a los judíos del país, ejecutó también a los enfermos psiquiátricos y a los ciudadanos bielorrusos. Puesto que en Estonia había muy pocos judíos, el asesinato de los no judíos tenía relativamente más importancia que en otros lugares. Las 963 víctimas judías estonias que dejó la ocupación alemana fueron asesinadas por estonios, casi siempre policías. El número de ciudadanos estonios no judíos que

perdieron la vida a manos de esos mismos policías fue unas diez veces superior.^[12]

El caso de Dinamarca era muy distinto. A diferencia de otros Estados del norte de Europa, como Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania, el Reino de Dinamarca no compartía fronteras con la Unión Soviética, no estaba sujeto al pacto Mólotov-Ribbentrop, y no estaba ocupada por el Ejército Rojo. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, con la invasión germano-soviética de Polonia en 1939, Dinamarca no se vio involucrada. Puesto que no sufrió la invasión soviética, sus élites no se vieron afectadas por la costumbre soviética de los fusilamientos masivos y las deportaciones. En consecuencia, el recurso político creado en Estonia no se podía crear en Dinamarca, puesto que el Estado danés nunca había sido destruido. Tampoco cabía esperar una doble colaboración cuando no había más que una sola ocupación.

La ocupación alemana de Dinamarca, acaecida en abril de 1940, fue leve. Alemania no veía a Dinamarca ni como un enemigo ideológico ni como un objetivo racial e invadió su territorio por razones exclusivamente militares. Los alemanes no decretaron, como habían hecho en Polonia y estaban a punto de hacer en la URSS, que el Estado que acababan de tomar ya no existía; la invasión se llevó a cabo con unas directrices explícitas para que se respetara la soberanía danesa. Los alemanes dejaron claro que no «pretendían alterar la integridad territorial ni la independencia política del Reino de Dinamarca». El rey Christian permaneció en Copenhague ejerciendo de jefe del Estado. Las elecciones democráticas continuaron, el Parlamento funcionaba y los gobiernos cambiaban según la voluntad del pueblo danés. A partir de 1941, durante la campaña alemana en oriente, inesperadamente larga e infructuosa, el papel principal de Dinamarca se limitó a la provisión de alimentos. Unos seiscientos daneses sirvieron en las *Waffen-SS*, algunos de ellos en la división *Wiking* junto a los estonios.^[13]

En 1942, la Solución Final se extendió hacia el oeste desde la Unión Soviética ocupada al resto de Europa, lo que supuso un problema para las relaciones germano-danesas. Las autoridades danesas comprendieron que si entregaban a los ciudadanos judíos a Alemania la soberanía de su país quedaría en entredicho. En diciembre de 1942, Estados Unidos, Reino Unido y la Unión Soviética advirtieron que quienes colaborasen con el crimen alemán del exterminio judío sufrirían las consecuencias una vez acabada la guerra; los gobiernos soberanos, como el danés, no podían hacer oídos sordos a tales advertencias. A principios de 1943, cuando Alemania se rindió en Stalingrado, el rumbo de la guerra se volvió contra ella. Copenhague tenía menos razones aún para participar en la Solución Final, y los motivos de las autoridades alemanas para enajenar a los daneses se reducían todavía más.^[14]

Con todo, el exterminio de los judíos seguía siendo una prioridad para Berlín y para Werner Best, el líder de las autoridades nazis de ocupación en Dinamarca. En sus primeras comunicaciones con Berlín, Best mantuvo que la Solución Final no

podía aplicarse en Dinamarca: supondría una violación de la Constitución y precipitaría la caída del Gobierno, lo que obligaría a una intervención masiva por parte de Alemania que rompería el equilibrio tan favorable que habían logrado alcanzar. Pero una vez que el Gobierno danés se vino abajo por otros motivos, Best vio la oportunidad para matar a los judíos: había que hacerlo durante un intervalo de inestabilidad, antes de que se formase un nuevo gobierno. A principios de septiembre de 1943, planteó a Berlín una propuesta acorde con esta idea.

La idea estaba, pero faltaba el modo. Rudolf Mildner fue nombrado jefe de la Policía de Seguridad y las SD en Copenhague el 20 de septiembre. Llegó directamente de Katowice, en la Polonia ocupada, donde había sido jefe de la Gestapo, lo que le confería responsabilidades en Auschwitz. En otras palabras, era un hombre con mucha experiencia en los asesinatos masivos de judíos. Lo que vio en Copenhague le persuadió de que la Solución Final, al menos al estilo de las conseguidas en la zona de no estatalidad, era imposible en Dinamarca. En Copenhague se topó con unas instituciones que habían sido abolidas en el frente oriental: un Estado soberano, unos partidos políticos con apoyo y convicciones, varias formas de sociedad civil local y un cuerpo policial del que no cabía esperar cooperación alguna. Otras autoridades alemanas ya habían llegado a las mismas conclusiones. El comandante del ejército local se negó a prestar su apoyo a la policía alemana en ninguna acción contra los judíos. El comandante de la marina local ordenó reparar todos sus barcos el día elegido para la redada contra los judíos, el 2 de octubre de 1943, de forma que la costa estuviera despejada para cualquier cosa que Dinamarca necesitara hacer. Asimismo, informó a los políticos socialdemócratas que, a su vez, avisaron a los judíos daneses.^[15]

Suecia, neutral durante la guerra pero cómplice en el aspecto económico del esfuerzo bélico alemán, tenía motivos de sobra para ponerse del lado de los Aliados. El vecino de Dinamarca propuso a Alemania hacerse cargo de los judíos daneses y repitió la propuesta por la radio en frecuencia abierta para que los judíos de Dinamarca supieran que eran bienvenidos a Suecia. Los daneses organizaron una flotilla para enviar a su población judía a Suecia; aunque la policía alemana estaba al corriente de esta empresa, no intentó impedirla: la armada alemana contemplaba cómo los buques daneses navegaban tranquilamente. Esto no entrañaba riesgos para los ciudadanos daneses, puesto que en su país no se consideraba un crimen prestar ayuda a sus conciudadanos. Así, la redada de la policía alemana del 2 de octubre sólo atrapó a 481 de los cerca de seis mil ciudadanos judíos daneses; en Berlín, el Gobierno danés intercedió por ellos. Algunos fueron liberados y otros, enviados a Theresienstadt, un campo de tránsito en lo que había sido Terezín, en Checoslovaquia, y no a Auschwitz. Ni uno solo de ellos fue gaseado. Sin embargo, otros judíos de países diferentes sí que fueron trasladados de Theresienstadt a Auschwitz y asesinados para dejar hueco a los judíos daneses. Las autoridades alemanas aprovecharon la presencia de los judíos daneses para grabar un documental

propagandístico y mostrar las buenas condiciones en las que vivían los judíos en los campos de concentración.^[16]

Los judíos que tenían la ciudadanía danesa sobrevivieron, lo que no es exactamente lo mismo que decir que los judíos sobrevivieran en Dinamarca. Las autoridades danesas dejaron de acoger refugiados judíos en 1935 y devolvieron a Alemania a algunos de los que habían llegado poco antes. Y a estos judíos, a quienes el Estado danés negaba su protección, les aguardaba el mismo destino que a los judíos que no recibieron apoyo de Estonia o, para el caso, del resto de países invadidos: la muerte.^[17]

La Estonia ocupada formaba parte de la zona de no estatalidad donde tuvo lugar el Holocausto. En Estonia, Letonia, Lituania, Polonia y la parte occidental de la URSS, la idea de Hitler de un conflicto racial a nivel mundial engendró, gracias a las condiciones de la no estatalidad, nuevas formas de hacer política. En cada uno de estos lugares, la secuencia de acontecimientos que hicieron posible la implantación de la Solución Final para el exterminio fue diferente. Aun así, se pueden identificar una serie de acciones y ausencias.

Las acciones fueron: anticipar la creación de instituciones raciales o híbridas cuya misión principal era acabar con el Estado; emprender un conflicto bélico agresivo que permitiera a dichas instituciones cumplir su misión en un entorno permisivo y más allá de sus propias fronteras; llevar a cabo la destrucción del Estado en sí, con la anulación de cualquier capacidad política, el asesinato de las clases dirigentes y la redefinición de dichas acciones como legales; solicitar una colaboración que era eficaz cuando implicaba la explotación de los recursos políticos creados previamente por otro destructor del Estado y que siempre requería la colaboración de la policía local del momento, o bien apartada por la autoridad anterior, o bien ávida de demostrar su lealtad después de haber colaborado con ella; sacar partido de la codicia del recurso material, fomentada mediante la supresión, actual o pasada, de los derechos de propiedad; instaurar instituciones alemanas además de las que originalmente se ocupaban de matar a la población civil; explotar los fragmentos de las instituciones que habían sobrevivido a la destrucción anterior del Estado.

Una vez que el poder alemán (o soviético y alemán) había destruido los Estados, las carencias consistían en: negación formal de la soberanía junto a la imposibilidad de cualquier política exterior que pudiera establecer ningún tipo de contacto con el mundo, más allá del poder alemán; ausencia de una entidad política superior capaz de proteger a sus ciudadanos, o de motivarlos para protegerlos, de manera que desapareciera el espíritu de ciudadanía como relación recíproca; privación de las protecciones tradicionales del Estado, como las leyes y las costumbres; aparición del mercado negro, con los comportamientos económicos que surgen en un mercado sin derechos individuales y donde algunas personas reciben trato de meras unidades

económicas que sirven para el consumo o la venta; y, por último, un tremendo vacío legal donde todo estaba permitido y donde el pensamiento colonialista era natural porque no se aplicaba el derecho internacional en el sentido tradicional europeo.

Estas listas de acciones y carencias son dos formas de caracterizar un mismo extremo: la zona de no estatalidad donde un Holocausto se podía concebir, empezar y culminar. Durante la Segunda Guerra Mundial, en el otro extremo se encontraban los Estados soberanos que no habían sucumbido al poder alemán. Y aunque por lo general, esto no se mencione en los análisis del Holocausto, merece la pena considerar ambos extremos. Después de todo, la teoría racial de Hitler era planetaria, y su declaración de guerra a los judíos, global; no existe motivo alguno para pensar que entre las dos guerras el antisemitismo prevaleció más en Estonia, Letonia o Lituania que en Estados Unidos, Gran Bretaña o Canadá.^[18]

La mayoría de los judíos del mundo se salvó del Holocausto simplemente porque el poder de Alemania no alcanzó los lugares donde vivían y porque no suponía ninguna amenaza para los Estados de los que eran ciudadanos. Los judíos con pasaporte polaco estuvieron a salvo en los países que reconocían el Estado polaco anterior a la guerra, mientras que fueron asesinados en los países que no lo reconocían. Los judíos norteamericanos y británicos estaban seguros no sólo en sus países, sino en todo el mundo; los alemanes no se plantearon asesinar a los judíos que disponían de pasaportes británicos o estadounidenses y, en general, salvo contadas excepciones, no lo hicieron. La estatalidad, como la no estatalidad, perseguía a los judíos allá donde fueran. Con pocas excepciones, los judíos soviéticos fueron asesinados al ser atrapados en territorio ocupado por los alemanes; allí donde Alemania libraba su guerra de exterminio, se comportaba como si el Estado soviético hubiera sido destruido y hacía todo lo posible por borrar sus huellas. En cambio, si los judíos se encontraban en territorio soviético y al este de la ocupación alemana, lograban escapar a la Solución Final, aunque, por supuesto, quedaban sujetos a las políticas soviéticas. Aproximadamente el 15% de los judíos polacos deportados por el NKVD en 1940 perecieron durante el transporte o en el gulag. A pesar de eso, cuando terminó el conflicto, estos mismos deportados fueron el mayor grupo de judíos polacos supervivientes.

El Holocausto ocurrió en el extremo de la destrucción del Estado; no así en el otro extremo, el de la integridad del Estado. La zona intermedia, donde el poder nazi no logró completar la Solución Final, estaba formada por aquellos lugares donde el poder alemán llegó pero no destruyó el Estado: los países que se aliaron con Alemania o los que fueron ocupados por ella (o ambas cosas). La política alemana establecía que los judíos residentes en dichos países tenían que ser extraídos, deportados y ejecutados. A pesar de que en esos países se exterminó a una cantidad espeluznante de judíos y de que éstos corrían una suerte infinitamente peor que la de sus conciudadanos, más de la mitad de los judíos, considerados como grupo, sobrevivió. La escala del sufrimiento del pueblo judío –uno de cada dos fue

asesinado— sobrepasa la de cualquier otro colectivo durante la Segunda Guerra Mundial. Con todo, la diferencia con la tasa de asesinatos en la zona de no estatalidad – en ésta, de cada veinte judíos, diecinueve fueron asesinados – es considerable y merece ser observada con atención. Evidentemente, cada uno de los países que conservaron (algo de) su soberanía a pesar de la influencia de Alemania tuvo una historia diferente, pero la lógica de la supervivencia era la misma en todos: ciudadanía, burocracia y política exterior.

La «ciudadanía» es el nombre de la relación recíproca entre un individuo y un sistema de gobierno que lo protege; así, sin Estado no hay ciudadanos, y las vidas humanas pueden ser tratadas sin consideración alguna. En ninguna parte de la Europa ocupada, los no judíos recibieron un trato tan horrible como los judíos; pero allí donde el Estado había sido destruido, nadie era ciudadano, por lo que no cabía esperar ningún tipo de protección estatal. El resto de los crímenes masivos alemanes, las muertes por inanición de los prisioneros de guerra y los asesinatos de la población civil –principalmente bielorrusos, polacos y gitanos–, también fueron cometidos dentro de zonas sin Estado. En total, estas operaciones mataron a tantas personas como el Holocausto y se ejecutaron en el único espacio en el que era posible hacer algo semejante: en los mismos lugares. Allí donde el Estado no había sido destruido, tales extremos eran imposibles.^[19]

En los Estados aliados con Alemania o bajo regímenes de ocupación más tradicionales, donde las principales instituciones políticas se mantuvieron intactas, los no judíos que protegieron a los judíos rara vez fueron castigados por ello. Al ser ciudadanos de un Estado, no podían ser asesinados sólo por ayudar a sus conciudadanos judíos. Por el contrario, en el Gobierno General y en la zona occidental de la URSS ocupada, la pena por ayudar a los judíos era la muerte.^[20] El número de polacos asesinados por auxiliar a los judíos fue superior en distritos aislados del Gobierno General que en el conjunto de países de la Europa occidental. Los polacos no estaban particularmente preocupados por rescatar a los judíos; pero a menudo, si lo hacían, eran ejecutados. Eso era difícil de concebir en Europa occidental. De hecho, en determinados lugares ocupados por los alemanes esconder a un judío ni siquiera era un delito merecedor de castigo.

Comparemos los destinos de Victor Klemperer, Ana Frank y Emanuel Ringelblum, tres famosos cronistas de aquellos años. Klemperer fue un erudito alemán de origen judío, autor de un brillante análisis del lenguaje del Tercer Reich. Frank era una niña judía alemana que se refugió en los Países Bajos, donde escribió un diario que, con el tiempo, se convirtió en la obra más leída sobre el Holocausto. Ringelblum fue un historiador de la vida judía en Polonia que organizó todo un archivo dentro del gueto de Varsovia, creando así una de las colecciones de documentos más importantes sobre el Holocausto. «Hay que recoger todo lo que se

pueda –decía Ringelblum a un colega de este proyecto, conocido como Oneg Shabat–. Ya lo clasificarán después de la guerra.» Klemperer sobrevivió, como también quienes le protegieron; Frank murió, pero quienes le dieron cobijo sobrevivieron; Ringelblum fue fusilado junto con algunas de las personas que lo habían ayudado. Sus finales reflejan las diferentes estructuras legales de Alemania, los Países Bajos ocupados, y la Polonia ocupada durante la guerra.^[21]

Klemperer, por ser ciudadano alemán casado con una mujer no judía, no estaba sujeto a la política general de deportación y exterminio de los judíos alemanes. Gracias al hecho de que su mujer no se divorciase de él, Klemperer, como muchos otros hombres judíos alemanes, sobrevivió. Ana Frank también era judía alemana, pero al huir a los Países Bajos perdió la posibilidad que le ofrecían las Leyes de Núremberg de pertenecer a un Estado residual. Ella y su familia fueron descubiertos y deportados a Auschwitz; falleció, probablemente de tifus, mientras era trasladada a Bergen-Belsen. Los ciudadanos holandeses que escondieron a su familia sobrevivieron, ya que lo que habían hecho no era constitutivo de delito en los Países Bajos. La historia de Ringelblum es diferente. Fue capturado y rescatado multitud de veces y ayudado por polacos, tanto judíos como no judíos. Finalmente, él y los polacos con quienes se escondía fueron asesinados, probablemente juntos, en las cenizas del gueto de Varsovia. Aunque la mayoría de los polacos que intentaron ayudar a judíos salvaron la vida, muchos de ellos fueron asesinados; era un riesgo al que todos se enfrentaban. Aquí se escondía la trampa de la no estatalidad.^[22]

Para los judíos, la existencia de un Estado equivalía a ciudadanía, aunque sólo fuera atenuada y humillante. Este estatus otorgaba la posibilidad legal de la emigración, y multitud de judíos alemanes y austríacos la aprovecharon, aunque en general supuso la pérdida de sus bienes y de cualquier vínculo con su vida anterior. La ciudadanía también incluía un código civil, por discriminatorio que fuera, que les permitía reclamar sus propiedades, que podían ser intercambiadas, aunque obviamente en condiciones muy injustas, por el derecho a marcharse. Con frecuencia se considera la explotación legal de los judíos como un paso hacia el exterminio, pero no fue exactamente así. La discriminación legal, por explotadora y dolorosa que pudiera llegar a ser, siempre entrañaba menos riesgo para la población judía que un cambio de régimen o que la eliminación de la autoridad estatal, situaciones que dejaban a los judíos totalmente desprotegidos al perder el acceso al código civil y, por ende, a los derechos de propiedad. En lugar de intercambiar sus propiedades por sus vidas, perdían ambas.

La discriminación legal en los Estados antisemitas no suponía un callejón sin salida hacia la muerte, pero la destrucción del Estado sí. Si un judío perdía acceso al Estado, perdía asimismo la protección tanto de las más altas autoridades como de los meros burócratas. Los judíos podrían vivir a condición de restaurar dicho acceso, pero ésta no era tarea fácil. Anton Schmid fue un soldado alemán (austríaco) de Viena que, en Vilna, se hallaba al mando del organismo que devolvía a los soldados

alemanes a sus unidades. Salvó a un hombre judío al entregarle un uniforme de la *Wehrmacht* y una cartilla militar. También a una mujer judía en Vilna para la que creó una identidad legal ficticia: sirviéndose de su encanto y desparpajo, emitió una partida de bautismo falsa y después acompañó a la mujer a los cinco departamentos necesarios para que toda su documentación estuviera en regla. Ningún judío dentro de la zona de no estatalidad lo habría logrado por sí solo. En total, Schmid ayudó al menos a cien judíos a conseguir la documentación que les daría la oportunidad de vivir.^[23]

En los Estados modernos, la ciudadanía implica el acceso a una burocracia. La burocracia tiene fama de haber sido lo que mató a los judíos; en honor a la verdad, sería más apropiado decir que fue su desaparición la que los asesinó. Mientras se mantuviera la soberanía de un Estado, las limitaciones y las posibilidades que conlleva se mantenían con ella. En la mayoría de las administraciones, el tiempo se detiene y los problemas se resuelven, quizá con la ayuda de solicitudes o sobornos. Cuando un ciudadano de un Estado soberano, a excepción de Alemania, quería hacer alarde de su nobleza, la burocracia le ofrecía la oportunidad de presentar sus alegatos para denunciar la situación de algún judío, en términos prácticos o patrióticos que los trabajadores del Estado fueran capaces de comprender y aceptar. Las burocracias de fuera de Alemania exhibían asimismo la tendencia generalizada a escurrir el bulto, a esperar órdenes claras por parte de las instancias superiores y a insistir en la necesidad de utilizar una expresión clara y una documentación apropiada. Muchas de las características que hacen de la burocracia algo exasperante en la vida diaria podían significar, y así fue de hecho, la supervivencia para los judíos.^[24]

Ni siquiera la burocracia alemana asesinó a los judíos por sí misma. Incluso después de seis años de influencia nazi, que afectó tanto a la forma como al fondo, la burocracia alemana fue incapaz de matar a los judíos de su país. Los oficiales alemanes nunca recibieron instrucciones claras y tajantes sobre quién contaba como judío dentro de los ciudadanos alemanes. Durante la tristemente célebre Conferencia de Wannsee, celebrada en enero de 1942, ésta fue la cuestión que más tiempo acaparó aunque no se llegó a resolver, ni en aquel momento ni nunca. No fue por falta de ganas: los abogados implicados estimaban que había que limpiar «el torrente sanguíneo de Alemania y de toda Europa» de la «sangre» judía. Sólo era posible emprender tamaña misión invadiendo los países europeos cercanos y destrozando sus gobiernos. Los judíos alemanes no murieron por culpa de la precisión burocrática alemana, sino por la destrucción de las burocracias de otros países; salvo contadas excepciones, tampoco fueron asesinados en Alemania, sino que fueron extraídos de allí y deportados a zonas libres de burocracia más hacia el este, donde antes de la guerra habrían estado a salvo.^[25]

Los judíos alemanes murieron en lugares como Łódź, Riga o Minsk. Si el Holocausto es recordado desde la perspectiva de los judíos alemanes, como es lo habitual, esos nombres tan sólo evocan el horror de la muerte en un lugar

desconocido. En el imaginario de muchos alemanes y en numerosas fuentes alemanas, estas ciudades no son más que improbables ensamblajes de subhumanos dentro del *Lebensraum* colonial. La combinación de las fuentes nazis y de los judíos alemanes puede conducir a una impresión errónea de dichos lugares.

Antes de la guerra y de la aparición de las políticas de destrucción del Estado, cada una de estas ciudades constituía un modelo de sociedad civil judía en Europa. Łódź, por ejemplo, era la segunda ciudad más grande de Polonia y el segundo núcleo de población judía, con una clase media judía considerable. Allí había nacido uno de los poetas en lengua polaca más influyentes, Julian Tuwim, que era judío. La ciudad fue anexionada al Reich después de la invasión de Polonia en 1939. Riga, por su parte, había sido la capital de Letonia y en ella los judíos gozaban de los mismos derechos, recogidos en el código civil, que el resto de la población, ocupaban escaños en el Parlamento y eran ministros del Gobierno. A finales de los años treinta, Riga se convirtió en un destino frecuente para los refugiados judíos de Alemania y Austria, pero esta situación cambió después de las sucesivas destrucciones del Estado, la soviética en 1940 y la alemana en 1941. Por último, Minsk, antes de la invasión alemana de la URSS, había sido la capital de la República Socialista Soviética de Bielorrusia. Los matrimonios mixtos eran comunes, y resultaba normal que niños judíos y no judíos fuesen amigos íntimos. Durante el Gran Terror de 1937, los judíos fueron ejecutados masivamente, aunque no por su condición de judíos; la gran mayoría fueron recogidos por los vehículos del NKVD conocidos como «cuervos negros» y fusilados bajo falsa acusación de espionaje al servicio de Polonia. En Minsk, durante la época soviética se respiraba el antisemitismo, pero era delito; hubo que esperar a la ocupación alemana, que llegó en 1941, para que se convirtiera en una ciudad donde se asesinase a la gente por ser judía. Existía una gran diversidad entre las comunidades judías urbanas del este de Europa; tan sólo mediante la destrucción del Estado, aquellas ciudades con particularidades judías se podrían transformar en lugares donde aplicar una política general de exterminio.

Las burocracias en Alemania sólo pudieron matar a los judíos una vez que se establecieron zonas libres de burocracia. Eliminar el Estado polaco al comienzo de la guerra fue un hito crucial para el curso del Holocausto: el territorio polaco ocupado, la zona de colonización alemana más especial, sería el lugar donde se ubicarían los campos de exterminio. Los alemanes también se plantearon construir un campo de exterminio en la zona ocupada de la Unión Soviética, en Mahileu, pero nunca se llevó a cabo y los crematorios diseñados para Mahileu terminaron en Auschwitz.^[26]

Por lo general, los burócratas debían su sueldo y su dignidad a un Estado soberano y entendían que comprometer a un ciudadano significaba comprometer la ciudadanía, y que esto, a su vez, suponía un debilitamiento del Estado. Incluso cuando los burócratas ponían en marcha medidas antijudías, otorgaban mucha importancia al

hecho de que fueran el resultado de políticas locales y no impuestas desde fuera. La idea de «nuestros judíos, nuestra solución» no tenía nada de noble, pero era muy habitual. Tanto entonces como ahora, la soberanía representaba la capacidad visible de dirigir la política exterior. En la mayoría de épocas y de lugares, el primer objetivo de la política exterior era preservar el Estado, y esto pasaba por modificar las políticas en relación con los judíos: según la configuración del poder internacional en un momento dado, unas podrían parecer estratégicamente más prometedoras que otras. Incluso los partidarios de la limpieza étnica, que estaban convencidos de que las deportaciones de judíos eran útiles para el Estado, no dejaban de darse cuenta de que la cuestión judía sólo era un problema entre otros.

Para quienes se dedicaban a la política exterior y centraban su atención en el Estado en sí, el problema giraba en torno al resultado más probable de la guerra. Por lo general, los Estados aliados con la Alemania nazi se inclinaron hacia las políticas nazis durante 1942 (a pesar de que ninguno las siguió rigurosamente) y después fueron inclinándose hacia las de los Aliados (a partir de una posición de medidas antisemitas y, en ocasiones, de un récord de masacres). Mientras los Estados fueran soberanos, las políticas podían cambiar, y los judíos, a veces, sobrevivir. Donde la soberanía era eliminada, no había ninguna política exterior que llevar a cabo.

De este modo, la ciudadanía, la burocracia y la política exterior obstaculizaron el camino nazi hacia el exterminio de los judíos europeos. Evidentemente, cada uno de los Estados afectados pero no destruidos por Alemania tiene una historia y unas particularidades propias. Entre los Estados que no fueron destruidos pero sí dominados de una u otra manera se distinguen tres grupos. Primero, los Estados títere, como Eslovaquia o Croacia, creados con el objetivo de erradicar otros Estados. Segundo, los Estados que existían antes de la guerra y se aliaron con la Alemania nazi *motu proprio*: Rumanía, Hungría, Bulgaria e Italia. Por último, los Estados cuyos territorios fueron ocupados por la Alemania nazi después de una derrota en el campo de batalla, y cuyas instituciones fueron modificadas en grados diferentes sin llegar a ser destruidas del todo: Francia, los Países Bajos y Grecia. Las diferencias entre estos países no llegan a ser tan marcadas como entre Estonia y Dinamarca, pero proporcionan referencias del espectro existente entre los dos extremos: desde la doble anulación de la soberanía hasta una ocupación alemana moderada. La historia de sus judíos confirma la conexión entre la soberanía y la supervivencia.

9

Soberanía y supervivencia

Entre los aliados alemanes, los títeres que surgieron a partir de los escombros de otros Estados eran los que más similitudes tenían con la zona sin gobierno en la que se produjo el Holocausto. Para que estas entidades nacieran, el Estado debía ser eliminado, y tanto el final del ente antiguo como la creación del nuevo se producían a voluntad de Alemania. En la transición, todos los ciudadanos de dicho Estado previo perdían la protección, y los gobernantes de los nuevos Estados podían decidir a qué habitantes de su territorio otorgaban la ciudadanía. En los casos en los que las Constituciones se redactaban bajo tutela alemana, era poco probable que se concediera a los judíos la ciudadanía plena del nuevo Estado; Alemania recibía con entusiasmo a la población judía de estos nuevos entes, primero en los campos de trabajo y más adelante en los de exterminio, que constituían una oportunidad para los autores locales de la limpieza étnica. Los dos países títere que creó Alemania – Croacia, a partir de Yugoslavia, y Eslovaquia, a partir de Checoslovaquia – estaban gobernados por nacionalistas que no habrían podido acceder al poder de no ser por la destrucción de las unidades plurinacionales. A largo plazo, la dependencia objetiva de estos Estados títere con respecto a la Alemania nazi aseguraba que no establecerían una política exterior normalizada ni ejercerían una soberanía real: como dichas entidades no sobrevivirían a una derrota nazi, sus líderes no podían plantearse cambiar de bando ni intentar salvar a los judíos que quedaban en el país.

Después de que un golpe de Estado sacara a Yugoslavia del Eje, Alemania la invadió en abril de 1941, en una operación en la que participaron tropas italianas, húngaras y búlgaras. Yugoslavia había sido un Estado centralizado dominado por los serbios, y tras su destrucción, Serbia se convirtió en un distrito bajo ocupación militar alemana. A pesar de que se nombró un gobierno títere, éste no era soberano en aspecto alguno. En Serbia, los alemanes trasladaron a campos de trabajos forzados a todos los judíos varones capaces de trabajar y anunciaron que cualquier sabotaje conllevaría represalias a gran escala. Al igual que en la Unión Soviética ocupada, y siguiendo un calendario similar, las fuerzas de ocupación alemanas escogieron el terror contra la población civil como principal método de control. Los castigos por cualquier acto de resistencia se ejercían sobre los judíos (y en ocasiones sobre los gitanos o los comunistas) siguiendo una ratio estándar de cien habitantes de la región asesinados por cada muerte alemana. Mediante esta estrategia, para finales de 1941 ya habían muerto la gran mayoría de los judíos de Serbia, unos ocho mil.^[1]



Después de los serbios, los croatas eran el grupo de población más numeroso de Yugoslavia. El Reino de Yugoslavia no había sido una federación dividida en territorios nacionales, sino que sus distritos electorales habían sido manipulados para garantizar el dominio de los serbios. Por ésta y otras razones, los croatas tenían quejas considerables respecto al gobierno ejercido desde Belgrado; quejas que se articularon a través del Partido Campesino Croata, que se diferenciaba del grupo nacionalista croata radical Ustaše en que rechazaba el terrorismo. Era imposible que Ustaše hubiera accedido al poder en Yugoslavia, y muy poco probable que hubiera ganado las elecciones en una Croacia democrática e independiente; sin embargo, se convirtió en la herramienta de los alemanes. Su régimen acusaba a los serbios y a los judíos de la existencia y las injusticias de Yugoslavia, y puso en práctica un programa de limpieza étnica que sustituyó cualquier política interior real. El mayor campo de exterminio de Croacia durante la guerra fue el complejo de Jasenovac, cien kilómetros al sur de Zagreb, y los serbios fueron el grupo de víctimas más numeroso con gran diferencia, a pesar de que los gitanos y los judíos sufrieron más en proporción al tamaño de su población.

El Estado de Croacia no tenía ninguna esperanza de sobrevivir a una derrota alemana, y en este sentido ni tenía política exterior ni era soberano. Las autoridades croatas deportaron a los judíos a Auschwitz en agosto de 1942 y de nuevo en mayo

de 1943, después de que la mayoría de los aliados de Alemania hubieran dejado de hacerlo; en total tres cuartas partes de los judíos de la Croacia en guerra fueron asesinados.^[2]

Eslovaquia fue el otro títere que surgió de los escombros de un Estado plurinacional destruido por Alemania. Checoslovaquia había sido plurinacional pero no federal, y los eslovacos se sentían comprensiblemente agraviados por la preponderancia de los checos en la administración de los territorios eslovacos; sin embargo, es casi seguro que estos problemas no hubieran acabado con la Checoslovaquia democrática. En 1938, mientras amenazaba a Checoslovaquia con el nacionalismo alemán de los Sudetes, Hitler también fomentó el separatismo eslovaco. El resultado fue que el sector nacionalista, hasta entonces marginal, ganó credibilidad y logró unir fuerzas con los partidos eslovacos mayoritarios en una campaña para obtener la autonomía del gobierno de Praga. El Estado eslovaco, liderado por Jozef Tiso, se creó como resultado de la destrucción de Checoslovaquia por parte de los alemanes en marzo de 1939. Durante la transición de Checoslovaquia a Eslovaquia, los eslovacos y otros grupos robaron con entusiasmo a los judíos, y Tiso y los líderes del nuevo Estado vieron esto como parte del proceso natural según el cual los eslovacos desplazarían a los judíos como clase media (y, en cierta medida, los católicos también desplazarían a los protestantes eslovacos). Así, las leyes de expropiación a los judíos dieron lugar a un problema artificial: ¿qué se podía hacer con todas aquellas personas empobrecidas?^[3]

Eslovaquia se unió al Eje en noviembre de 1940 y participó en la invasión alemana de la Unión Soviética en junio de 1941. En septiembre de ese mismo año, Eslovaquia aprobó su propia ley de discriminación a los judíos; en octubre, los líderes eslovacos llegaron a un acuerdo con Heinrich Himmler en relación con la deportación de su población judía a Auschwitz; y en diciembre recibieron garantías de que los deportados no regresarían.^[4] A pesar de que unos veintitrés mil judíos lograron una exención administrativa, cerca de cincuenta y ocho mil fueron deportados, de los cuales la mayoría fueron asesinados. En marzo de 1943, después de que el curso de la guerra cambiara, los obispos eslovacos intervinieron en favor de los judíos convertidos al cristianismo y de los cristianos de origen judío, y entonces las autoridades eslovacas detuvieron las deportaciones. A finales de agosto de 1944, cuando las fuerzas soviéticas entraron en el este de Eslovaquia, la resistencia inició un levantamiento contra el régimen de Tiso. Esto provocó la invasión alemana por parte del ejército y de un *Einsatzgruppe*, así como el asesinato de otros 12 000 judíos. Al final fueron asesinados aproximadamente tres cuartas partes de los judíos del país.

A partir de 1941, fue el único otro Estado en desarrollar una política autónoma para la

masacre directa de judíos. Históricamente, el antisemitismo había estado más integrado en la vida política rumana que en la alemana; en el siglo XIX, las autoridades estatales ya habían identificado y estigmatizado a los judíos como una amenaza para la seguridad de Rumanía, y sólo la presión exterior de las potencias occidentales sobre el territorio rumano tras la Primera Guerra Mundial logró que se reconociera a los judíos como ciudadanos de pleno derecho.^[5] La política rumana de deportación y asesinato de judíos se inició durante la Segunda Guerra Mundial a raíz del trauma de la pérdida de tierras, ya que Rumanía no perdió la estatalidad durante el conflicto, pero sí perdió territorio. Recuperar dichas tierras se convertiría en la mayor obsesión política de Bucarest y, más adelante, los judíos de los territorios que Rumanía había perdido serían las principales víctimas de las nuevas políticas homicidas.



Rumanía había sido considerado uno de los Estados vencedores de la Primera Guerra Mundial; además de advertencias acerca del trato igualitario a los judíos, también recibió enormes ganancias territoriales. A lo largo de las décadas de 1920 y 1930, la mayor preocupación institucional y política de Bucarest fue la rumanización de dichas tierras.^[6] Sin embargo, en pocas semanas del verano de 1940 perdieron la mayor parte de lo que habían ganado: la Unión Soviética ocupó el noreste de

Rumanía (Besarabia y el norte de Bucovina) entre junio y julio de 1940, y en agosto se lo anexionó. Ese mismo mes, Alemania ordenó a Rumanía que cediera a Hungría el norte de Transilvania, y poco después Rumanía perdió el sur de Dobruja en favor de Bulgaria. Por lo tanto, cerca de un tercio del territorio y la población nacionales se desvanecieron a lo largo de aquel verano, y la monarquía pagó el precio. El rey rumano, que se había declarado a sí mismo un dictador real, trató de desviar hacia los judíos las acusaciones de debilidad, pero quienes lo depusieron lo culpaban tanto a él como a ellos. En septiembre de 1940, el general Ion Antonescu se hizo con el poder con un programa de restitución territorial, y al principio gobernó junto con el movimiento fascista Guardia de Hierro.

Rumanía había sido tradicionalmente un satélite de Francia, con cuya cultura se identificaban las élites rumanas, cuyo idioma estaba muy extendido en el país y cuya política exterior había concedido a Rumanía los nuevos territorios tras la Primera Guerra Mundial. Alemania había invadido y derrotado a Francia en la primavera de 1940, y a continuación había obligado a Rumanía a ceder territorio a sus vecinos. Dada esta situación, desde el punto de vista de Antonescu, su única opción era aliarse con Alemania, teniendo en cuenta que París ya no era relevante y Alemania podía modificar las fronteras. La propaganda rumana no criticó las acciones alemanas, sino que se centró en la agresión soviética. Los judíos perdieron todos sus derechos en el verano de 1940, y la ley rumana se diseñó a imagen de la alemana como parte del cortejo de Bucarest a Berlín. El 7 de enero de 1941, Antonescu, de visita en la capital alemana, se convirtió en el primer líder extranjero en enterarse del plan de Hitler de invadir la Unión Soviética. Hitler se tomaba muy en serio al Ejército rumano, ya que tras la destrucción de Polonia era la única fuerza de consideración en Europa del Este que podría aprovecharse en la lucha contra el Ejército Rojo. Al ver que comprendía las intenciones de Hitler y que disfrutaba de su confianza, Antonescu sintió que podía romper con la Guardia de Hierro y gobernar en solitario.^[7]

Cuando las tropas de Rumanía se unieron al 11.º Ejército alemán el 2 de julio de 1941 para atacar a la URSS desde territorio rumano, lo que se produjo fue una reinvasión, la tónica general de la campaña alemana. Las tropas rumanas se extendieron primero por el norte de Bucovina y por Besarabia, territorios que habían formado parte de Rumanía hasta un año antes, cuando el Ejército Rojo los había ocupado. Al igual que en los Estados bálticos, los soviéticos se encontraban en plena deportación masiva cuando se produjo la reinvasión rumana. La noche del 12 de junio, tres semanas antes de la llegada de las tropas de Rumanía, el NKVD soviético había deportado al menos a 26 173 ciudadanos rumanos y había arrestado a unos 6250 más. Al igual que Alemania, Rumanía representó a la Unión Soviética como un Estado judeobolchevique. En los días anteriores a la invasión, dentro del territorio rumano se iniciaron pogromos en masa que superaron en gran medida cualquier situación posible en la Alemania de antes de la guerra. Cuando las fuerzas rumanas reinviadieron las tierras que habían perdido en favor de los soviéticos, asesinaron a un

gran número de judíos en las poblaciones, cerca de 43 500 en total.^[8]

La retórica política rumana era similar a la que utilizaban los alemanes: tanto Hitler como Antonescu proclamaron la liberación del judeobolchevismo. Los alemanes comunicaban a los demás (polacos, ucranianos, lituanos, letones, estonios, bielorrusos y rusos) que los judíos eran comunistas y los comunistas, judíos; y los rumanos se lo comunicaban a otros rumanos. En un primer momento los alemanes no eran conscientes de que la mayor parte de la colaboración con el orden soviético no había sido judía, pero los rumanos sabían que, al culpar a los judíos del régimen soviético, estaban dando forma a una coartada para su propio pueblo. Tal como sucedió en todo el frente oriental, la primera reacción de la población fue el ajuste de cuentas, con pocas o nulas consideraciones étnicas. De hecho, las fuerzas rumanas trataron de proteger a los colaboradores soviéticos no judíos y de castigar a los que sí lo eran, y de paso a otros judíos. Su labor se definió como «matar a todos los judíos mientras se protege a los no judíos prosoviéticos de la ira de sus vecinos», de lo cual los rumanos de esas regiones entendieron: «¡Esta vez no se persigue a nadie excepto a los judíos!». La etnificación de la culpa fue una decisión planeada y consciente.^[9]

Los soldados rumanos enseguida recuperaron los territorios de la Rumanía anterior a la guerra y ocuparon gran parte del sur de la Ucrania soviética. Al igual que en el caso de los soldados alemanes, tras ellos llegaban unidades especiales cuya labor inicial era la de instigar pogromos. El 6 de julio de 1941, una orden del contraespionaje rumano especificó que los pogromos debían organizarse dando apariencia de espontaneidad. En varios casos la población local, fuera rumana o ucraniana, mató a los judíos antes de que llegaran las tropas; sin embargo, y como sucedió en todas partes, la mayoría de los habitantes observó aquello con pasividad. Las fuerzas rumanas, al igual que las alemanas durante esos mismos días, estaban frustradas porque los pogromos no eran más generalizados. Tras los pogromos iniciales se llevó a cabo la deportación general de los judíos desde los territorios recuperados de Besarabia y el norte de Bucovina hacia el este, a los territorios de la Unión Soviética ocupados por los rumanos, conocidos como Transnistria; además, algunos judíos fueron deportados de una parte de Transnistria a otra. Durante estas deportaciones, los rumanos de esas regiones se aprovecharon de la evidente falta de protección legal de los judíos: algunos violaron a mujeres judías, otros sobornaron a los gendarmes para poder escoger de entre las filas a judíos de aspecto adinerado para asesinarlos y quedarse con sus ropas. Se reunió a cerca de doscientos mil judíos en campamentos improvisados en pocilgas, graneros y campos abiertos, donde comenzaron a morir casi de inmediato. Aquellos que sobrevivieron recordaban que la población local, especialmente las mujeres, arriesgaron su vida y los ayudaron llevándoles comida y agua. Mientras tanto, las tropas rumanas ejecutaban en masa a los judíos como venganza por los fallecidos en combate contra el Ejército Rojo. Después de que setenta mil reclutas rumanos perdieran la vida en la batalla por Odesa, en octubre de 1941, los soldados asesinaron a sesenta y dos mil judíos en las

afueras de la ciudad. En términos generales, esta campaña rumana de deportaciones integrales y masacres esporádicas se asemejaba a la idea que los alemanes tenían en aquella época de enviar a los judíos a Siberia.^[10]

Sin embargo, desde el punto de vista de Bucarest, esta campaña antijudía era un intento de limpieza étnica para librarse de uno de los muchos enemigos del Estado rumano. Se llevó a cabo en zonas donde el territorio había cambiado de manos dos veces y donde se podía culpar a los judíos de la derrota, convertirlos en chivos expiatorios y eliminarlos al amparo de la guerra. Las autoridades rumanas también planearon deportar a los judíos de la zona central del país, a la que no había llegado la guerra, pero resultó ser complicado y finalmente no se llevó a cabo. Los judíos de la Rumanía central nunca habían perdido la ciudadanía, ya que allí la tapadera de la guerra no funcionaba ni era necesario culpar a nadie del comunismo. De los cerca de 280 000 judíos asesinados como consecuencia de las políticas antijudías, unos 15 000 vivían en territorios que habían sido rumanos antes de la guerra y no habían cambiado de manos durante el conflicto. Por supuesto se trata de una cantidad considerable, pero no es más que un 6% del total. Así, mientras que el 97% de los judíos asesinados por Alemania habían vivido en zonas que antes de la guerra habían estado fuera de sus fronteras, el 94% de los judíos asesinados por los rumanos vivían en territorios que Rumanía había perdido en favor de los soviéticos o que les había arrebatado a éstos.^[11]

En 1942, la política rumana respecto a los judíos, que anteriormente había sido bastante cooperativa con los alemanes, cambió de dirección. Berlín quería que los judíos restantes bajo control rumano se enviaran a Auschwitz, pero Bucarest se negó alegando razones de soberanía. Rumanía deportaba y asesinaba a los judíos basándose en su propio razonamiento y con sus propios objetivos, de manera que el despotismo de los alemanes enviados a Bucarest para negociar les molestó, así como el hecho de que, mientras que a ellos se les pedía que deportaran a sus judíos, los judíos húngaros e italianos, ciudadanos de otros aliados de Alemania, permanecían en sus hogares. Les preocupaba que la desaparición de los judíos beneficiara a las minorías étnicas alemanas en poblaciones de Transilvania y que la influencia alemana en Rumanía aumentara. Sobre todo les disgustaba que su contribución a la guerra en el frente oriental no hubiera resultado en que Hungría les devolviera el norte de Transilvania.

Los rumanos pretendían asesinar a los judíos como una minoría que pudiera ser eliminada durante la guerra sin grandes consecuencias políticas, pero cuando este cálculo cambió, sus políticas también lo hicieron. También habían decidido deportar y asesinar a los gitanos al amparo de la guerra, pero como este proceso estaba coordinado con el proceso judío, se interrumpió como por accidente. En octubre de 1942, los rumanos detuvieron las deportaciones y pusieron fin a la política de ejecuciones, así como al debate sobre el envío de judíos a Auschwitz. En 1943, Hitler fracasó al intentar que Antonescu cambiara de opinión con el argumento de que la

posición de Rumanía en una futura Europa alemana dependía de la actitud que mostraran en ese momento hacia los judíos; sin embargo, Antonescu creía que las montañas de cadáveres rumanos alrededor de Stalingrado ya eran sacrificio suficiente. En lugar de enviar a los judíos a Auschwitz en 1943, Bucarest volvió a ampliar la protección de los judíos rumanos que vivían en el extranjero. Al año siguiente, los rumanos cambiaron por completo sus alianzas, y su ejército terminó la guerra luchando no con los alemanes, sino en su contra. En total sobrevivieron dos tercios de los judíos rumanos.

El Holocausto rumano comenzó con el trauma de la pérdida de territorios y con el cambio asociado no sólo de gobierno, sino de régimen: de una monarquía a una dictadura militar. Se produjo principalmente en las tierras que el régimen creía poder recuperar de la Unión Soviética por la fuerza. En general, los judíos rumanos de los lugares donde el territorio no cambió de manos vivieron para ver el final de la guerra, mientras que los judíos rumanos de las zonas donde se produjo un doble cambio de régimen –donde la URSS destruyó las estructuras del Estado rumano y después Rumanía hizo lo propio con las estructuras soviéticas– normalmente murieron antes de que acabara. La lógica del Holocausto rumano era similar a la del alemán, con una excepción fundamental: a diferencia de Hitler, Antonescu sí consideraba que merecía la pena proteger su propio Estado, y por lo tanto, a pesar de ser antisemita, consideraba que la cuestión judía era un problema entre muchos otros. Cuando la supervivencia del Estado estuvo en peligro, Antonescu redujo la persecución de los judíos. Hitler, que creía realmente en un mundo de razas y no en un mundo de Estados, hizo todo lo contrario.^[12]

Bajo el mando del que había sido su gobernante durante muchos años, el regente Miklós Horthy, los líderes húngaros pusieron rumbo hacia una alianza con Alemania sin perder nunca de vista a su vecino y rival, Rumanía. Bucarest adquirió una extensión considerable de territorio tras la Primera Guerra Mundial, y sus ganancias de entonces fueron parte de las pérdidas de Budapest. Hungría, a la que se trató como una potencia derrotada, perdió la mayor parte de su territorio y de su población según lo estipulado en el Tratado de Trianon de 1920. Veinte años más tarde, recuperó parte de sus pérdidas gracias a Alemania: como resultado de la destrucción de Checoslovaquia, se le concedió el sur de Eslovaquia así como la Rutenia subcarpática; además, en verano de 1940 Rumanía perdió el norte de Transilvania en favor de Hungría. Todas estas anexiones, logradas sin esfuerzo militar, vincularon a Hungría con Alemania, ya que si Hitler podía otorgar territorios, también podía arrebatarlos. Rumanía luchó junto a Alemania contra la URSS para recuperar territorio; Hungría se unió a la invasión para no perder ese mismo territorio. La guerra en el Este fue en gran medida una competición para ganarse el favor de Alemania en la cuestión de Transilvania.^[13]



Budapest aprobó leyes antijudías siguiendo el modelo alemán en señal de su lealtad a Berlín, pero éstas no provocaron masacres por sí mismas. Los judíos que más peligro corrían eran los que habitaban los territorios recién adquiridos por el Estado húngaro. Las autoridades del país deportaron a los judíos de la Rutenia subcarpática a través de la frontera soviética justo cuando los alemanes estaban invadiendo la URSS, y estos judíos se convertirían en las víctimas de la primera ejecución a gran escala del Holocausto en Kamianéts-Podilskyi en agosto de 1941. En abril de ese mismo año, Hungría se había unido a su aliado alemán en la invasión de Yugoslavia, y las fuerzas húngaras asesinaron allí a unos cuantos judíos. El ejército también obligó a los judíos a formar batallones de trabajo que operarían en la Unión Soviética en condiciones deplorables, y en los que morirían unos cuarenta mil judíos húngaros.^[14] Aun así, los líderes húngaros no mostraron ningún interés en deportar a sus ciudadanos judíos a Auschwitz. La actitud general del Gobierno se basaba en que la purga de las minorías nacionales podía llevarse a cabo después de la victoria en la guerra.

La consecuencia fue que en 1944 aún había unos ochocientos mil judíos vivos en territorio húngaro. Como para entonces la gran mayoría de los cerca de tres millones de judíos polacos ya habían sido asesinados, Hungría albergaba ahora la comunidad judía más importante de Europa central y oriental. En enero y febrero de 1943, el Ejército húngaro sufrió grandes pérdidas cuando el Ejército Rojo retomó la ciudad de Vorónezh, la mitad de todos sus efectivos. El Gobierno inició una serie de torpes

intentos de establecer contacto con las potencias occidentales, y Hitler, al enterarse, culpó a los judíos de Hungría. El 19 de marzo de 1944, las tropas alemanas entraron en Hungría y pocos días más tarde se nombró primer ministro a Döme Sztójay, que había servido en Berlín como embajador húngaro. Su Gobierno, creado en las circunstancias excepcionales de la ocupación alemana y coartado en su libertad de acción, fue el que deportó a los judíos húngaros a los campos de exterminio alemanes.

La invasión alemana de Hungría fue una operación extraña, ya que su objetivo era mantener en el bando alemán durante la guerra a un Estado y ejército aliados. El propósito no era forzar a Hungría a llevar a cabo la Solución Final, sino desplazar el equilibrio de la política húngara lo suficiente para que fuera posible. El nuevo Gobierno que los alemanes presentaron en marzo de 1949 era de una ideología más antisemita; un Gobierno que consideraba, por encima de su ideología, que la deportación de los judíos de Hungría era el precio que debían pagar por conservar el Estado húngaro. La ocupación alemana no pretendía explotar económicamente a los húngaros, sino influir en los cálculos económicos de manera que pusieran en peligro a los judíos. La ideología nazi presentaba el asesinato de judíos como un fin en sí mismo, pero la estrategia era lograr una Hungría culpable de asesinato de sus judíos a la que le resultara imposible cambiar de bando.

Tanto los ocupantes alemanes como el Gobierno húngaro entendían que la expropiación de los judíos representaba una oportunidad para obtener cierto apoyo entre la mayoría de la población en esa extraña y nueva situación. Esa primavera, el Gobierno húngaro anunció una serie de reformas que, como era evidente, dependían del robo a los judíos y, por lo tanto, también, indirectamente, de su desaparición. Para entonces ya habían cambiado de manos las posesiones de más de cuatro millones de judíos europeos muertos, así que todo el mundo veía la relación entre la expropiación y el asesinato; y si los negocios y las viviendas debían cambiar de dueños, el Gobierno quería ser quien lo organizara y se llevara el mérito. Los destructores de Estados venidos de Alemania entraron en Hungría: un oficial superior de las SS y de la policía junto con un *Einsatzgruppe*, que eran quienes organizaban la Solución Final en el Este, así como Adolf Eichmann, el especialista en deportaciones de las SS. Sin embargo, en la práctica el proceso de deportación dependía de los archivos del ministro del Interior húngaro y del trabajo de la policía local. El significado de todo aquello era un secreto a voces: el 10 de mayo, un titular del *New York Times* afirmaba que «los judíos húngaros temen su aniquilación». Entre mayo y julio de 1944, unos 437 000 judíos fueron deportados de Hungría a Auschwitz, de los cuales más o menos 320 000 fueron asesinados.^[15]

Al igual que todos los aliados alemanes, con independencia de su política respecto a los judíos, Budapest consideraba que el trato a sus propios ciudadanos formaba parte de sus decisiones soberanas. Esto era así incluso para los gobernantes húngaros escogidos por los alemanes en la primavera de 1944, cuando la invasión

alemana amenazó pero no eliminó la soberanía húngara. En el verano de 1944, al cambiar las circunstancias, las estrategias también cambiaron. En junio, los Aliados occidentales desembarcaron en Normandía y el Ejército Rojo aplastó al Grupo de Ejércitos Centro en Bielorrusia. El 2 de julio, tras una serie de advertencias acerca del trato a los judíos en Hungría, los estadounidenses bombardearon Budapest. Horthy, que había seguido siendo el jefe de Estado a pesar de la intervención alemana y del cambio de gobierno, detuvo en ese momento las deportaciones y salvó así a la mayoría de los judíos de Budapest. En octubre de 1944 volvió a fracasar al intentar cambiar de bando. Incluso cuando la propia Budapest fue tomada por el Ejército Rojo, los alemanes insistieron en que se deportara a los judíos de la ciudad. El nuevo Gobierno fascista del Partido de la Cruz Flechada señaló las casas judías de la capital y creó un gueto, pero el avance de los soviéticos impidió más transportes a Auschwitz. Cerca de cien mil judíos fueron obligados a marcharse de Budapest, de los cuales miles murieron en batallones de trabajo, y el Partido de la Cruz Flechada asesinó junto al Danubio a unos cincuenta judíos al día.^[16]

Al final, cerca de la mitad de la población judía de Hungría sobrevivió. La mayoría de los ejecutados vivían en los territorios que cambiaron de manos durante la guerra, y la gran mayoría murieron después de la intervención alemana que puso en peligro la soberanía húngara.



Bulgaria fue el aliado alemán menos afectado por la guerra. Nunca perdió territorio en favor de ninguno de sus vecinos, y los búlgaros no vivieron una ocupación de

ningún tipo hasta prácticamente el final de la guerra. El ejército búlgaro no se unió a la invasión de la Unión Soviética, pero sí participó en las campañas alemanas contra Yugoslavia y Grecia en 1941, cuando arrebató parte de Tracia a la primera y Macedonia a la segunda. También se le concedió a Bulgaria el sur de Dobruja. Las autoridades búlgaras deportaron a unos trece mil judíos de Macedonia y Tracia, obedeciendo los deseos de los alemanes, expulsándolos de las tierras que habían obtenido gracias a éstos. La mayoría de aquellos niños, mujeres y hombres fueron gaseados en Treblinka.

El Gobierno búlgaro también elaboró planes para deportar a los judíos que vivían en el territorio de la Bulgaria anterior a la guerra, pero nunca se llevaron a cabo. Los judíos búlgaros solían tener amigos, compañeros o jefes que podían dar fe de su valor para la sociedad búlgara; de hecho, las cartas de ciudadanos búlgaros no judíos acerca de sus compatriotas judíos inundaron las oficinas ministeriales. En marzo de 1943, después de que cambiara el curso de la guerra, los parlamentarios búlgaros se opusieron a las deportaciones previstas; su resolución no se aprobó, pero sacar el problema a la luz sí supuso un cambio. Los líderes de la Iglesia ortodoxa búlgara intervinieron en favor de los judíos, y otros búlgaros protestaron en público. Finalmente parece que el rey cambió de opinión acerca de la idoneidad de deportar a los judíos búlgaros y sentenciarlos a muerte, y se conformó con sacarlos de Sofía y enviarlos a zonas rurales. En 1944, Bulgaria cambió por completo de bando y acabó la guerra del lado de los Aliados.

En total, unas tres cuartas partes de los judíos del territorio controlado por Bulgaria sobrevivieron, y casi todos los ejecutados vivían en los territorios en los que el régimen había cambiado durante la guerra.

Italia había estado aliada con Alemania desde el principio, y su Duce, Benito Mussolini, era una de las inspiraciones del Führer. Fue él y no Hitler el primero en promulgar la política del anticomunismo, y usar el despliegue de grupos paramilitares ideológicos para conquistar y después transformar el poder. Sin embargo, Mussolini no consideraba que la Unión Soviética formara parte de una amenaza judía mundial a la que hubiera que destruir, ni pensaba en sus «camisas negras» como unidades especiales con poder para convertir Europa en una suerte de edén racial al matar a los judíos. Sus principales objetivos coloniales estaban en África, que era por tanto donde cometía sus atrocidades. Las tropas italianas se unieron a la invasión de Francia tarde y sin apenas relevancia, pero sí se implicaron a gran escala en la invasión de la URSS. En la medida en que Italia y sus soldados contribuyeron a la conquista de territorio soviético, contribuyeron también al Holocausto de forma indirecta. Naturalmente, lo mismo sucedió con Rumanía, Hungría, Eslovaquia y todos los demás aliados alemanes del frente oriental. Cuando Italia invadió Grecia torpemente en 1940, obligó a los alemanes a intervenir, y en este sentido creó las

condiciones necesarias para el Holocausto en el sureste de Europa.

A pesar de que Italia aprobó una legislación antijudía y otras leyes raciales, Mussolini no mostró interés en deportar a los judíos italianos para que murieran. A veces, los soldados italianos protegían a los judíos fuera de sus fronteras y, en general, los judíos que podían escoger huían a zonas ocupadas por Italia. Por cuestiones de prestigio y soberanía, Italia prefería internar a los judíos que escapaban de Croacia a deportarlos. El Holocausto en sí comenzó (y sólo pudo comenzar) en Italia tras la caída de Mussolini. Como había sucedido en todos los demás casos, el intento fallido de Italia de cambiar de bando supuso un desastre para los judíos: cuando los nuevos líderes de Italia trataron de unirse a los Aliados, los alemanes entraron por el norte y ellos mismos deportaron y asesinaron a los judíos italianos. Al final, aproximadamente el 80% de los judíos de Italia sobrevivieron; si Alemania no hubiera intervenido, habrían sido casi todos.

Los judíos ciudadanos de los países aliados de Alemania vivieron o murieron de acuerdo a ciertas reglas generales: normalmente, los judíos que conservaron la ciudadanía anterior a la guerra sobrevivieron, y aquellos que no, murieron. Por lo general, la pérdida de ciudadanía de los judíos se debió a los cambios de gobierno o la ocupación, más que a la ley; la lenta expatriación legal del modelo alemán fue la excepción y no la norma. Los judíos de los territorios que cambiaron de manos en general fueron asesinados, y no sobrevivió casi ninguno de los que permanecieron en las tierras en las que gobernaba la Unión Soviética cuando llegaron las fuerzas alemanas o rumanas. La ocupación alemana de los Estados que trataron de cambiar de bando desembocó en la ejecución masiva de judíos, incluidos aquellos que vivían en países donde la Solución Final había tenido una escasa o nula presencia. En total fueron asesinados cerca de setecientos mil judíos ciudadanos de países aliados de Alemania, pero un gran número de ellos sobrevivió, en dramático contraste con los países en los que el Estado se destruyó, donde prácticamente todos los judíos fueron ejecutados.

Ninguno de los aliados soberanos de Alemania se mostraba indiferente a la histórica preocupación de conservar el Estado. La mayoría de estos Estados modificaron su política exterior en 1942, 1943 o 1944, cuando empezó a ser evidente que Alemania estaba perdiendo la guerra, y lo hicieron dando marcha atrás en las políticas antijudías, tratando de cambiar de bando en la guerra, o llevando a cabo ambas cosas. Los líderes ralentizaron o detuvieron sus propias políticas antijudías con la esperanza de que los Aliados recibieran el mensaje y los trataran más favorablemente una vez acabada la guerra. En algunos casos, como en el de Rumanía y el de Bulgaria, los intentos de cambiar de bando tuvieron éxito, y esto ayudó a los judíos; en otros, como en Hungría e Italia, fracasaron. Sin embargo, fue esta capacidad para definir la política exterior lo que diferenció a los Estados soberanos de

las zonas sin Estado y de los Estados títere creados durante la guerra.

Esta misma capacidad para la diplomacia fue lo que diferenció a los aliados alemanes de la propia Alemania nazi. Hasta 1942, la situación de los judíos de Alemania no era muy diferente de la de los que vivían en los países aliados, pero a partir de 1942 la situación de los judíos alemanes empeoró drásticamente, mientras que la de los judíos de sus aliados en general mejoró (hasta la intervención de Alemania, en caso de que se produjera). A diferencia de los líderes de sus países aliados, a Hitler no le importaba el destino del suyo, y consideraba que el exterminio de judíos era un hecho positivo en sí mismo. Creía que el mundo era un planeta formado por razas más que por Estados y actuaba en consecuencia. Así, Alemania no tenía una política exterior convencional, ya que su Führer no creía en la soberanía como tal, y la destrucción del Estado podía constituir para él tanto el final de la guerra como el principio.^[17]

Cuando la guerra se volvió en su contra, la matanza de judíos bajo control alemán no se ralentizó, como sucedió en los países aliados con Alemania, sino que se aceleró. Dado que los líderes alemanes estaban llevando a cabo desde el principio campañas que ellos consideraban coloniales (antieslavas) y descoloniales (antijudías), Hitler y los demás podían poner más énfasis en una guerra o en la otra, y en una definición de victoria o en otra. Los dirigentes de Hungría, Rumanía, Bulgaria e Italia tuvieron que contemplar el conflicto a medida que se desplegaba por los mapas militares, a diferencia de Hitler, que comprendía los detalles más minuciosos de la guerra; de hecho, entendía sus particularidades mucho mejor que cualquier otro jefe de Estado o que la mayoría de sus generales. Sin embargo, la manera en que analizaba los datos era única: para él, las derrotas alemanas sacaban a la luz la mano oculta del enemigo judío mundial, cuya destrucción era necesaria para ganar la guerra y redimir a la humanidad; y el exterminio de los judíos era una victoria para la especie, independientemente de si Alemania era derrotada. Tal como Hitler dijo al final del todo, el 29 de abril de 1945, los judíos eran «los envenenadores universales de todas las naciones». Estaba seguro de su legado: «He extirpado el tumor judío. La posteridad nos estará eternamente agradecida».^[18]

Hitler pretendía deshacer la maldición judía que sufría el planeta. Este categórico enfoque nazi, una vez convertido en política, hizo posible la limpieza étnica en otros países ya que creó un lugar, Auschwitz, al que podían ser enviados los judíos de Europa. La masacre de judíos por parte de Alemania supuso una oportunidad excepcional para los autores de limpiezas étnicas en todo el continente, ya que les brindó la posibilidad de eliminar a una de las muchas minorías indeseadas. Esta interacción sólo fue posible porque los autores del Holocausto estaban llevando a la práctica su deseo de eliminar a todos los judíos de la tierra.^[19]

Hitler no era un nacionalista alemán seguro de la victoria de su país que aspirara a ampliar el Estado alemán, sino un anarquista zoológico que creía que debía restaurar el estado natural de las cosas. Del fracaso en la campaña del Este aprendió algo útil

sobre la naturaleza: al final los alemanes no habían resultado ser una raza superior. Hitler ya había aceptado esta posibilidad cuando invadió la Unión Soviética: «Si el pueblo alemán no es lo bastante fuerte ni lo bastante leal para derramar su sangre por su existencia, que sea destruido por otros más fuertes que él. No derramaré lágrimas por el pueblo alemán». A lo largo de la guerra, Hitler cambió de actitud hacia la Unión Soviética y los rusos: Stalin no resultó ser una herramienta de los judíos, sino su enemigo; la URSS no era judía, o había dejado de serlo, y su población, una vez investigada, resultó no ser subhumana. Al final Hitler decidió que «el futuro pertenece en su totalidad al fuerte pueblo del Este».^[20]

En los Estados europeos vinculados al extraño sentido del destino de Hitler mediante la ocupación militar, la proporción de judíos supervivientes varió de forma considerable. La mayor confusión se produce al comparar los Estados europeos en los que antes de la guerra había una importante presencia judía: los Países Bajos, Grecia y Francia. Unas tres cuartas partes de los judíos franceses sobrevivieron, mientras que cerca de tres cuartas partes de los judíos holandeses y griegos fueron asesinados.

En este caso, al igual que en Estonia y Dinamarca, la intuición no acierta a explicar estas enormes diferencias. En general, ni la población holandesa ni la griega se consideraba antisemita, mientras que los observadores e historiadores dan cuenta hoy de una gran corriente antisemita en la vida pública y política de Francia. En los Países Bajos se aceptó a refugiados judíos sin visado hasta 1938, y en Grecia el antisemitismo al estilo alemán apenas tenía defensores. De hecho, el antisemitismo tuvo menos presencia en la política griega de entreguerras que en casi cualquier otro lugar de Europa. Los Países Bajos fueron el único lugar en el que hubo manifestaciones públicas en contra de la aprobación de leyes antijudías tras la ocupación alemana, y la persecución de judíos en el país prácticamente no tuvo apoyo popular. Y sin embargo, la posibilidad de que un judío holandés o griego fuera asesinado era tres veces superior a la de un judío francés.^[21]

Los Países Bajos fueron, por varios motivos, lo más parecido a una región desgobernada que hubo en esa parte del continente. Su soberanía se vio comprometida de diversas maneras poco habituales en el oeste de Europa. Después de que la reina Guillermina se marchara a Londres en mayo de 1940, el país se quedó sin jefe de Estado; el Gobierno la siguió al exilio y la Administración, decapitada, únicamente tenía instrucciones de comportarse de la manera que mejor sirviera a la nación holandesa. En un caso único en Europa occidental, las SS lograron obtener el control de la política interna, y Arthur Seyß-Inquart, un experimentado destructor de Estados, fue nombrado *Reichskommissar* para los Países Bajos ocupados. Anteriormente había servido como canciller de Austria en los últimos días de vida del país y, justo después, como adjunto de Hans Frank en el Gobierno General, la colonia creada a partir de los territorios polacos en los que, según la interpretación nazi,

nunca había existido un Estado polaco. Este razonamiento nunca se aplicó a los Países Bajos, cuya población era considerada racialmente superior a la polaca, ya que pertenecía al mismo grupo racial que los alemanes. No obstante, fueron los destructores de Estados de las SS los que llenaron el vacío del Gobierno ausente danés.^[22]

Ámsterdam fue la única ciudad de Europa occidental en la que los alemanes consideraron la posibilidad de crear un gueto. El simple hecho de que se produjera el debate sugiere la magnitud del dominio que ejercían las SS. Las autoridades alemanas retiraron el plan después de que el ayuntamiento de Ámsterdam y el Gobierno holandés se opusieran a él. Esto da cuenta de las diferencias entre los Países Bajos ocupados y la Polonia ocupada, donde no existían instituciones autónomas a nivel local ni nacional. Sin embargo, la policía holandesa, al igual que la polaca, estaba directamente subordinada a los ocupantes. Como en Polonia, la policía holandesa fue purgada y su cúpula, eliminada; a partir de entonces, un gran número de policías alemanes, unos cinco mil, controlaron a los subordinados holandeses. Como en Polonia, los retazos de la estructura previa del Estado –instituciones que, de hecho, habían representado anteriormente la tolerancia– se transformaron para servir a la tarea del exterminio. En Polonia, los alemanes convirtieron los consejos legales judíos de la década de 1930 en los *Judenräte*. En los Países Bajos, todas las religiones se habían organizado en comunidades con el objetivo de alcanzar su reconocimiento legal, y todos los ciudadanos estaban registrados en función de su religión, de manera que los alemanes podían acceder a listas detalladas preexistentes de los ciudadanos judíos. Los holandeses protestaron, pero eso no cambió nada, y la resistencia holandesa aguantó, pero si esto tuvo alguna consecuencia, fue aún más perjudicial para los judíos. Las policías alemana y holandesa prestaban especial atención a los distritos en los que creían que actuaba la resistencia y en ellos encontraban a judíos escondidos.^[23]

Existían diferencias considerables entre la situación de los salvadores y los disidentes en los Países Bajos y en Polonia. La gente que escondía a judíos en los Países Bajos, por ejemplo, no solía recibir castigo o, si lo recibía, era leve, y las personas que protestaban contra las leyes antijudías, como el profesor Rudolph Cleveringa de la Universidad de Leiden, eran enviadas a los campos pero no asesinadas. Sus colegas de Cracovia o Lwów, en cambio, eran ejecutados por el simple hecho de ser profesores.^[24]

A los holandeses se los trataba como ciudadanos de un país ocupado siempre que no fueran judíos. Como los Países Bajos carecían de las instituciones básicas para ejercer la soberanía y las instituciones holandesas estaban fragmentadas siguiendo el modelo de Europa del Este, el resultado para los judíos fue similar al de las zonas sin Estado, aunque no tan horrible. El primer traslado de judíos holandeses a Auschwitz se produjo en julio de 1942. Dado que no había un Estado soberano, no había política exterior ni existía la posibilidad de cambiar el rumbo en 1943. Los alemanes decidían

lo que les sucedía a los judíos, de manera que los trenes siguieron circulando entre los Países Bajos y Auschwitz durante todo 1944.

La soberanía griega también se vio amenazada, aunque de un modo diferente. En un principio fue Italia quien invadió Grecia en 1940. El Ejército griego luchó contra los italianos hasta que el conflicto se estancó, lo que obligó a Hitler a rescatar a Mussolini. El dictador griego murió en lo que resultó ser un momento crítico; Alemania invadió Grecia el 6 de abril de 1941, y para finales de ese mes tanto el rey como el Gobierno habían huido del país. Los alemanes no pretendían destruir el Estado griego como habían hecho con el polaco, pero en estas circunstancias excepcionales crearon un régimen de ocupación en el que el Gobierno títere de los griegos no tenía ningún poder. Grecia perdió territorio y fue ocupada por tres potencias diferentes: los alemanes se quedaron con el norte, permitieron a los italianos controlar el sur y concedieron parte de Macedonia a Bulgaria. Durante la guerra, ningún gobierno de los que se formaron ejerció una autoridad real. El jefe del Gobierno debía hacer llegar sus propuestas para cargos ministeriales tanto a las autoridades alemanas como a las italianas, y no hubo ningún ministro de Exteriores griego. Los alemanes y los italianos no permitieron que el Gobierno griego solicitara el reconocimiento internacional del nuevo régimen con sus nuevas fronteras. Además, las autoridades griegas no podían controlar el suministro de alimentos y unos cuarenta mil griegos murieron de hambre en el primer año de la guerra.

Las ejecuciones de judíos griegos se llevaron a cabo allí donde los alemanes tenían el control. Los judíos hablantes de ladino que había en Grecia, descendientes de los que habían huido siglos atrás de España, eran considerados por los italianos como miembros de su propia civilización latina, de manera que los funcionarios italianos proporcionaron documentos falsos a muchos de ellos para probar su nacionalidad italiana. Salónica, la principal ciudad judía de Grecia, estuvo bajo ocupación alemana desde abril de 1941. A pesar de que los alemanes comprobaron que «para el griego medio, el problema judío no existe», las élites políticas y profesionales del país comprendieron que podían aprovechar el desgobierno y las prioridades alemanas para hacer realidad sus propios deseos. Si los judíos dejaban de ser ciudadanos de algo que ya no era un Estado, otros podrían cumplir sus reclamaciones de antes de la guerra y satisfacer sus deseos semiocultos.

En el verano de 1942, cuando los alemanes buscaban desesperadamente mano de obra, las autoridades locales sugirieron que quizá fuera más interesante políticamente usar sólo a los judíos. Esto estigmatizó a un sector de la población y confirmó su vulnerabilidad. Más tarde, ese mismo año, las autoridades alemanas cumplieron una antigua demanda de la población de Salónica al ceder la propiedad del cementerio judío a la ciudad, lo que generó la sensación de que existía una complicidad material entre los alemanes y la población local, y también creó una nueva barrera moral entre

los ciudadanos griegos, los judíos y los que no lo eran. La destrucción del antiguo cementerio y la profanación de cientos de miles de restos ya fue lo bastante dolorosa en ese momento, pero también planteó una cuestión de futuro: si los judíos de Salónica ya no eran bienvenidos en su ciudad de origen, ¿dónde morirían?^[25]

Durante las primeras semanas de 1943, algunos de los colaboradores más cercanos de Adolf Eichmann llegaron a Salónica con el objetivo de organizar una rápida deportación a Auschwitz. Al parecer su ideología no recibió mucho apoyo público, pero sí había voluntad más que suficiente de aprovechar la separación entre los judíos y los demás griegos. Cuando se obligó a los judíos de la ciudad a llevar estrellas y a mudarse a los guetos, otros se quedaron con sus bienes y a veces también con sus viviendas. Las deportaciones comenzaron el 15 de marzo de 1943. Los judíos cambiaron sus dracmas griegos por moneda polaca falsificada. Unos 43 850 niños, mujeres y hombres fueron enviados de Salónica a Auschwitz entre marzo y junio de 1943, una época extraña, ya que los alemanes acababan de ser derrotados en Stalingrado y sus aliados estaban tratando de cambiar de bando o modificar sus políticas respecto a los judíos a modo de mensaje para los Aliados. Sin embargo, Grecia, a pesar de ser considerada por los alemanes como un Estado ocupado, era más bien un territorio desgobernado: no tenía ejército que pudiera cambiar de bando en la guerra ni un ministro de Exteriores que pudiera mandar señales de paz.^[26]

El caso francés fue muy distinto. A pesar de haber adquirido otro significado desde entonces, la propia noción de «colaboración» con Alemania fue acuñada por los franceses para derrotar la decisión de un Estado soberano de cooperar con otro. Francia, al contrario que los Países Bajos y Grecia, sí conservó las instituciones básicas de su soberanía, y sus líderes decidieron entablar una relación de amistad con los vencedores alemanes. Después de que su ejército aplastara al francés en la primavera de 1940, Hitler expresó el deseo de que «un Gobierno francés siga cumpliendo su labor en territorio francés». A diferencia de los Países Bajos y Grecia, Francia sí estaba sujeta a una ocupación militar tradicional, de manera que no había un hueco claro para las SS y sus destructores de Estados. El nuevo régimen, con Philippe Pétain como jefe de Estado y Vichy como centro administrativo, era considerado la continuación legítima de la república existente antes de la guerra, tanto en el propio país como en el extranjero. Los altos cargos de todos los ministerios conservaron sus puestos, y, de hecho, el número de burócratas creció de forma extraordinaria durante la ocupación alemana, de unos 650 000 a cerca de 900 000. La comparación con Polonia en este caso es reveladora: por cada polaco culto que fue asesinado durante la guerra, un francés culto obtuvo un empleo en la administración pública.^[27]

Francia introdujo su legislación antijudía por propia iniciativa: el 3 de octubre de 1940 se aprobó un «estatuto judío», que acabó con la larga tradición francesa de tratar

a todos los ciudadanos de la Francia metropolitana como miembros del Estado en igualdad de condiciones. (Argelia era otra historia, a pesar de pertenecer al Estado francés en esta época.) En marzo de 1941, se estableció un Comisionado General de Asuntos Judíos para coordinar las políticas judías con Alemania. Ese mismo julio se legalizó en Francia el robo de propiedades judías y, en noviembre, el Gobierno francés creó una organización judía oficial a la que todos los judíos de Francia debían unirse. La idea predominante entre las autoridades francesas era que en algún momento se podría trasladar a los judíos a un lugar lejano, como por ejemplo Madagascar. Las personas que pusieron en práctica las nuevas leyes habían servido en la república anterior a la guerra.^[28]

El razonamiento dominante tras las políticas francesas respecto a los judíos difería del de la Alemania nazi y se asemejaba más al de Eslovaquia o Bulgaria, por ejemplo. En Bratislava y Sofía, al igual que en Vichy, el sector local partidario de la limpieza étnica se encontró de pronto en una situación poco habitual: otro Estado, Alemania, deseaba llevarse a parte de las personas consideradas indeseables (aunque no a todas). A finales de los años treinta, antes de la guerra, la República francesa ya había aprobado una ley que permitía la creación de «puntos de reunión» para judíos y otros refugiados. El primero de estos campos había sido creado en febrero de 1939.

Bajo el régimen de Vichy, la aspiración de preguerra de limitar y controlar la inmigración se convirtió en un plan abierto para hacer de Francia un país étnicamente homogéneo. Los judíos que no poseyeran la ciudadanía debían ser expulsados junto con otras personas que tampoco la tuvieran, y tras la aprobación del «estatuto judío», los judíos extranjeros fueron enviados a campos. Además, unos 7055 judíos fueron desnaturalizados y por lo tanto incluidos en la categoría de mayor riesgo, la de los judíos extranjeros.^[29] A partir de entonces las políticas en Francia siguieron un proceso de intensificación que se percibió desde Europa del Este. Importantes asaltos y redadas a los judíos por parte de la policía francesa se coordinaron temporalmente con la invasión alemana de la Unión Soviética en verano de 1941, con la inversión de la ofensiva alemana ese mismo invierno, y más tarde como represalia por la resistencia comunista francesa (muy efectiva) en marzo de 1942. Para el verano de 1942, las redadas francesas también incluían a mujeres y niños judíos. Los judíos de París eran trasladados a Drancy, donde se los seleccionaba para enviarlos a Auschwitz y a la muerte.^[30]

Las políticas francesa y alemana coincidían en un punto concreto: los franceses enviaban a los campos a los judíos sin ciudadanía francesa y los alemanes querían llevarse a estas personas, pero sólo en la medida en que ellos mismos pudieran considerarlos apátridas. Para los alemanes, los pasaportes eran un elemento crucial: por mucho que pensaran que los Estados eran creaciones artificiales, no llevaban a cabo las ejecuciones hasta que los Estados estuvieran destruidos o hubieran renunciado a sus judíos. Los franceses estaban dispuestos a actuar contra los judíos de Hungría y Turquía, por ejemplo, pero los alemanes preferían no matar a estas

personas sin el consentimiento de los gobiernos húngaro y turco. En cambio, sí estaban dispuestos a asesinar a los judíos de ciudadanía polaca y soviética, ya que consideraban que dichos Estados habían desaparecido. También estaban dispuestos a llevarse y asesinar a los judíos franceses, pero únicamente con la condición de que las autoridades francesas les arrebataran primero la ciudadanía. En un primer momento, las autoridades francesas se mostraron proclives a ello, pero las complicaciones legales y burocráticas dilataron el proceso de forma considerable.^[31]

En el verano de 1942, cuando los alemanes reclamaron a un gran número de judíos franceses, las altas instancias francesas reconsideraron la decisión de privar a sus propios ciudadanos de esta categoría. Para ellos, la expatriación no era una cuestión judía, sino de soberanía. Una vez que el curso de la guerra cambió de forma evidente en Stalingrado en 1943, las autoridades francesas decidieron no expatriar a más judíos. En julio de 1943 se abandonaron los esfuerzos por despojar de la ciudadanía francesa a los judíos nacionalizados a partir de 1927 (es decir, cerca de la mitad de los judíos que la poseían). El Holocausto continuó en Francia a modo de política alemana llevada a cabo con algo de colaboración francesa, lo cual aterrorizó en general a los judíos franceses escondidos, pero tuvo un éxito relativamente escaso. Unas tres cuartas partes de los judíos franceses sobrevivieron a la guerra, es decir, una gran mayoría.^[32]

Lo determinante, tanto en este caso como en todos los demás, fue la soberanía. Desde el punto de vista de las autoridades francesas, la cuestión judía estaba subordinada a la del bienestar de su Estado. Naturalmente deseaban expulsar a los judíos de Francia; a los extranjeros desde luego, y sin duda también a todos los demás o a la mayoría. Sin embargo, veían que existía un problema inherente a permitir que las preferencias de Alemania determinaran su propia política respecto a sus ciudadanos: en el momento en que un Estado deja de decidir internamente quién pertenece a él, pierde su soberanía externa. Por esta misma razón, las autoridades francesas habían recurrido a la política exterior y podían reaccionar al curso de la guerra. Al contrario que los holandeses y los griegos, que ya no disponían de estos elementos de soberanía, los franceses fueron capaces de responder a la presión de los Aliados respecto a los judíos y de anticiparse a la ocupación británica y estadounidense, que efectivamente se produciría.^[33]

El Holocausto en Francia fue principalmente un crimen contra judíos que los franceses consideraban extranjeros. Así lo expuso François Darlan, jefe del Gobierno en 1941 y 1942: «Los judíos apátridas que han llegado en masa a nuestro país durante los últimos quince años no me interesan». La probabilidad de que se deportara a Auschwitz a un judío sin la ciudadanía era diez veces mayor que la de que se deportara a un judío ciudadano francés. En Drancy se seleccionaba a los judíos para su deportación en función de la fortaleza de su Estado, y los judíos lo sabían perfectamente. En 1939, cuando la invasión conjunta de Alemania y la Unión Soviética destruyó Polonia, los judíos polacos que vivían en Francia acudieron en

tropel a la embajada soviética de París. No lo hicieron por amor a la URSS o al comunismo, sino simplemente porque sabían que necesitaban protección estatal. Entre septiembre de 1939 y junio de 1941, los documentos del aliado soviético de Alemania tenían un gran valor, pero cuando Hitler traicionó a Stalin y Alemania invadió la Unión Soviética, estos nuevos documentos de los judíos de pronto ya no servían de nada.^[34]

El número de judíos polacos residentes en Francia asesinados fue bastante superior al de judíos franceses residentes en el país. La condición de apátridas acompañó a estos treinta mil judíos polacos en su viaje a París, a Drancy, a Auschwitz, a las cámaras de gas, al crematorio y al olvido.^[35]

La probabilidad de que un judío muriera dependía de la vigencia de las instituciones que garantizaban la soberanía del Estado y de la continuidad de la ciudadanía que ostentaban antes de la guerra. Éstas fueron las estructuras que definieron el contexto en el que se tomaron las decisiones individuales, que limitaron a quienes hicieron el mal, y que ampliaron las posibilidades de quienes querían hacer el bien.

10

Los salvadores grises

En el mundo que Hitler imaginaba, los asesinos no sentían ni un ápice de responsabilidad sobre sus actos puesto que no existía una fuente de autoridad ética que enmarcara las acciones individuales, ni unas bases de reciprocidad para las relaciones políticas o sociales: tan sólo una eterna lucha racial. En esta guerra, los únicos inmorales eran los judíos, ya que debilitaban la justicia natural del triunfo alemán, el único orden digno de prevalecer sobre la tierra. En los lugares donde el Holocausto tuvo lugar, los Estados habían sido aniquilados, las leyes abolidas y la previsibilidad de la vida diaria destrozada. En este panorama grotesco los judíos debieron asumir toda la responsabilidad de sus propias vidas; actuaron de forma extraordinaria una y otra vez, durante días, meses y años, en unas circunstancias que escapaba a su entendimiento y su control.^[1]

Todos los judíos que sobrevivieron al Holocausto tuvieron que luchar contra la inercia colectiva, abandonar a sus familiares y seres queridos y enfrentarse a lo desconocido. Todos estaban expuestos a cierto antisemitismo, pero en la experiencia que millones de judíos habían acumulado durante miles de años no había nada que pudiera servir de preparación para lo que se inició en 1941. La síntesis de la información en conocimiento requiere familiaridad, pero hasta entonces nada similar al Holocausto había sucedido. Además, la esperanza hacía peligrar el paso del conocimiento a la acción: cualquier judío podía imaginar que se libraría de lo que les estaba sucediendo a otros. El mero hecho de que la vida siguiera adelante, pasara de un momento al siguiente, parecía confirmar la posibilidad de esa continuación. Resultaba duro enfrentarse a la certeza de la muerte, y era difícil aceptar que el simple hecho de no hacer nada significaría el fin. Incluso cuando un judío comprendía todo lo comprensible de aquella situación sin precedentes y tomaba todas las iniciativas que se encontraban a su alcance, tenía muchas probabilidades de morir.^[2]

Prácticamente todos los judíos que sobrevivieron habían recibido algún tipo de ayuda de personas no judías; normalmente, todos los tipos de ayuda.^[3] El éxito de las peticiones de auxilio dependía tanto del destinatario como del contexto. Martha Bernstein era la esposa de un jazán, un cantor litúrgico judío, de Zweibrücken, al suroeste de Alemania; su petición fue escuchada gracias a una serie de circunstancias muy especiales, que no alcanzó a comprender del todo. Su marido, Eleazar Bernstein, era un hombre de buen corazón y conciencia social que realizaba visitas a los presos judíos para darles alegría y consejo. En una de las cárceles a las que acudía, entabló amistad con Kurt Trimborn, vigilante de la prisión y capitán de la policía. Jugaban

juntos al ajedrez.

El 10 de noviembre de 1938, Eleazar Bernstein fue detenido durante la *Kristallnacht*, como otros miles de judíos por toda Alemania. Martha recorrió la ciudad en disturbios en busca de Trimborn para solicitar ayuda, si bien ignoraba el alcance de la autoridad del amigo de su marido en aquella situación concreta. Trimborn le dijo que debían actuar con rapidez antes de que las SS tomaran el control; en realidad, él era de las SS: era miembro del Partido Nazi desde 1923 y un ejemplo vivo de la interpenetración de las SS y la Policía Criminal (Kripo) durante la década de 1930. Ordenó a Martha volver a casa y preparar el equipaje, consiguió liberar a su amigo y condujo a la pareja y a sus hijos hasta el otro lado de la frontera francesa en su propio coche. Después, parece que arregló los papeles de forma que pareciera que la familia había sido deportada a un campo de concentración. La familia Bernstein consiguió llegar a Estados Unidos, donde prosperó. Eleazar envió una carta a su amigo para contarle el bien que había hecho: le hablaba de su hija, profesora, de sus hijos, ingenieros, de sus nietos. Y todo gracias a Trimborn.

Dicha carta fue escrita tiempo después, mucho después, en 1978, cuando Trimborn ya había sido juzgado por asesinato.

Desde el *Einsatzgruppe D*, durante la ocupación alemana de la Ucrania soviética primero y de la Rusia soviética después, Kurt Trimborn ordenó cientos de ejecuciones de judíos y disparó él mismo algunos de aquellos famosos tiros en la nuca. En al menos una ocasión, sacó a un grupo de niños de un orfanato para meterlos en una furgoneta donde fueron gaseados. En el frente oriental, en 1942, también debió de escuchar súplicas de ayuda, como en Alemania en 1938. Durante su juicio, declaró que la tarea de asesinar a civiles no había sido de su agrado y añadió que en alguna ocasión había permitido escapar a judíos. Era bastante probable, después de todo se trataba del mismo hombre. En un escenario fue un salvador y en otro un asesino.^[4]

En la Alemania de 1938, un juego de guerra con unas reglas muy claras, el ajedrez, hizo de Trimborn un amigo y protector. En 1942, en una guerra fuera de Alemania donde las reglas se rechazaban, Trimborn se convirtió en un criminal. En 1938 utilizó un vehículo para salvar a tres niños y, en 1942, otro para matar a cientos. Arrancar el motor y pisar el pedal: en el primer caso, condujo a los ocupantes a la libertad; en el segundo, a la asfixia. Hoy, uno de los hijos de la familia Bernstein vive en California en una casa repleta de tableros de ajedrez, los hijos de Trimborn ni siquiera saben que su padre conocía las reglas.^[5]

La mayor parte de los judíos alemanes emigraron antes de que comenzara el exterminio. Muchos de los que permanecieron en Alemania fueron asesinados, pero sólo después de haber sido deportados a zonas donde no existía un Estado, y donde por lo tanto se encontraban desamparados. En algunos casos, fueron fusilados

directamente; en otros, encerrados en guetos junto a la población judía local, donde sin ningún tipo de contacto humano y sin hablar el idioma del lugar, los judíos alemanes deportados casi nunca eran rescatados. El Este era para ellos territorio extranjero, como lo era para el resto de alemanes. Una mujer judía de Alemania que había sido deportada a Riga, justo antes de recibir el disparo en el bosque de Rumbula, gritó: «¡Muero por Alemania!». Si un judío letón escuchase y recordase aquella exclamación, se quedaría atónito ante ese grito proferido desde otro mundo.^[6]

Nadie puede saber qué pensaba aquella mujer justo antes de morir, pero sus últimas palabras quedaban lejos del absurdo. La misma Alemania que la expulsaba debía, en parte, su existencia a los judíos. Los judíos alemanes se sentían identificados con su país tanto o más que el resto de alemanes, por lo que para ellos la caída brutal de Alemania en el antisemitismo y el asesinato resultaba especialmente trágica. La experiencia de la minoría judía alemana del ascenso y la caída de la civilización alemana, limitada exclusivamente a ellos y ajena a la amplia mayoría de los judíos europeos, sigue estructurando nuestra forma de entender el Holocausto.^[7]

Tan sólo el 3% de las víctimas del Holocausto fueron judíos alemanes.^[8] Los judíos del este de Europa, el grueso de las víctimas, no consideraban Alemania como algo que los judíos hubieran ayudado a crear, sino más bien como lo que los había destruido. Paul Celan, en su *Fuga de muerte*, uno de los mejores poemas del último siglo, apodaba a la muerte la «maestra de Alemania».

El crítico literario polaco Michał Głowiński describió una vivencia de su niñez en sus memorias *Czarne sezony* (Negras temporadas): «Mi imagen de los alemanes –o mejor dicho, mi imagen de un alemán, puesto que mi imagen de toda una nación la encarnaban un individuo y los actos de dicho individuo– era extraordinariamente directa: en todo momento quieren matar, a mí, a ti o a otro. Y cumplirán su deseo sin ningún margen de error en el momento en el que caigas en sus manos».

Głowiński pasó su niñez escondido, y una vez jugó al ajedrez con un extorsionador polaco mientras su tía trataba de encontrar el dinero que salvaría sus vidas. Si ésta no lo hubiera logrado, probablemente su sobrino habría sido entregado a algún alemán que se habría asegurado de que el niño fuera asesinado. Esta escena de la infancia de Głowiński ilustra con mucha precisión cómo se comportaban muchos alemanes allí donde el poder alemán (o primero el soviético y después el alemán) había eliminado al Estado. Aquellas zonas de no estatalidad se convirtieron en lugares mortales para los judíos que ya vivían allí antes de la guerra y para quienes llegaron durante el conflicto.

El grado de no estatalidad era un elemento clave para las probabilidades de supervivencia de los judíos europeos de otros países, puesto que también influía sobre el comportamiento de los alemanes. La transformación del sistema alemán que aconteció tras 1933 –creación del partido-Estado, establecimiento de los campos,

hibridación de las instituciones y discriminación de los judíos— permitió a millones de alemanes saborear los placeres de la no estatalidad. Durante la guerra, muchos policías alemanes actuaban de maneras muy diferentes según si estaban en Alemania o si habían sido enviados al frente oriental. Los mismos soldados alemanes que habían ocupado el apacible valle del Loira, en Francia, tendrían la posibilidad de fusilar judíos nada más llegar a Bielorrusia. La Policía del Orden de Bremen, la próspera ciudad portuaria del norte de Alemania, pudo reunir a los judíos de Kiev en Babi Yar para llevar a cabo el mayor fusilamiento de civiles de la historia. Nada les podía haber preparado para algo así y en cualquier caso no habían recibido un entrenamiento especial para ese tipo de acciones; pero aquellos policías, con la ayuda de otros, organizaron y supervisaron la matanza y después asistieron a una cena de celebración. Cuando todo hubo acabado, regresaron a Bremen para volver a dirigir el tráfico.^[9]

Los millones de mujeres alemanas que trabajaban para las autoridades de ocupación o que acompañaban a sus maridos o amantes a sus misiones en el frente oriental constituyen otro ejemplo menos conocido pero igualmente sobrecogedor. Cerca de medio millón de mujeres alemanas ejercieron como «ayudantes» de la *Wehrmacht*, y otras diez mil, de las SS. Teniendo en cuenta que las zonas ocupadas del frente oriental eran gobernadas como una suerte de colonia anárquica, la flexibilidad y la iniciativa de estas mujeres desempeñó un papel crucial. Sobra decir que todas tenían conocimiento del Holocausto; muchas de ellas presenciaron, oyeron hablar, o redactaron y transmitieron los informes sobre los asesinatos.^[10]

En realidad, pocas mujeres alemanas participaron directamente en las matanzas. Veinte guardias de Majdanek, por ejemplo, fueron mujeres. Ubicado en el distrito de Lublin del Gobierno General, Majdanek fue un campo de concentración que se convirtió con el tiempo en un campo de exterminio, donde unos cincuenta mil judíos fueron gaseados. Estas mujeres se habían iniciado como vigilantes en Ravensbrück, el mayor campo de concentración de mujeres de Alemania, donde trabajaban en lo que, a efectos prácticos, era una zona sin ley dentro de Alemania. En Majdanek, trabajaban en un recinto similar, pero esta vez dentro de una anárquica colonia alemana. Participaron en la matanza de judíos y demás prisioneros al ayudar, entre otras cosas, a seleccionar quién servía para trabajar y quién, por el contrario, debía ser gaseado.^[11]

Más hacia el este, en lugares como Letonia o Ucrania, algunas alemanas asesinaron a judíos sin contar con la estructura y la experiencia que proporcionaban los campos de exterminio y, en realidad, sin ninguna orden explícita de cometer tales asesinatos. Aquellas mujeres fueron más allá de las instrucciones, siguieron el espíritu de lo que veían y escuchaban día tras día. Las alemanas que participaron en los asesinatos o fueron cómplices de los mismos habían llevado unas vidas normales

y corrientes en Alemania antes de la guerra y, salvo que fueran perseguidas, lo que era poco habitual, siguieron con sus vidas ordinarias en Alemania una vez terminó el conflicto. El papel que desempeñaron las mujeres alemanas en las masacres fue sin duda primordial; sin embargo, durante la guerra, no fueron consideradas como actores serios del conflicto, lo que les permitió esconderse cuando éste hubo terminado. A veces se confiaban a sus hijas.^[12]

Mientras que la no estatalidad empujó a las alemanas hacia el Este para convertirse en asesinas, el hecho de que la Alemania Nazi fuera un Estado atrajo a muchas judías del Este. Para una mujer judía de la Polonia ocupada o la Unión Soviética ocupada, Alemania se perfilaba como un lugar relativamente seguro. Las judías se presentaban como gentiles ante las oficinas alemanas de ocupación y solicitaban empleo en Alemania, creyendo, bastante acertadamente, que allí sus probabilidades de supervivencia eran más elevadas. Si una mujer tenía algún contacto con un miembro de la resistencia polaca o soviética (o, con menos frecuencia, con un alemán simpatizante con su causa) capaz de conseguirle papeles falsos, tenía la posibilidad de trabajar en unas condiciones relativamente seguras en Alemania, haciéndose pasar por polaca, ucraniana o de cualquier otra nacionalidad. En el caso de los hombres esto resultaba mucho más complicado, puesto que los judíos varones llevaban una marca identificativa, la circuncisión, que siempre era comprobable y, por lo tanto, una fuente de angustia continua. Aun así, para las mujeres judías la documentación falsa suponía un paso atrás hacia el universo del reconocimiento estatal. A cambio de su seguridad en Alemania, estaban estigmatizadas como pertenecientes a una raza inferior: así, las de Polonia llevaban un parche con una «P», y las de la URSS, uno con la palabra *Ost*. A todas se les requería una vida dedicada exclusivamente al trabajo, donde cabía esperar castigos duros por transgredir las normas. Algunas fallecieron a causa de las pésimas condiciones laborales, otras fueron ejecutadas por infringir las reglas, y unas pocas fueron asesinadas. Pese a todo, en multitud de ocasiones, un pedazo de papel que permitiera regresar a una zona donde funcionara algún tipo de ley significaba la diferencia entre la vida y la muerte.^[13]

El final de los Estados suponía el final de la protección estatal y un cambio de sistema. Cuando un país dejaba de existir, millones de antiguos pasaportes y documentos de identidad perdían su utilidad; y los nuevos se adquirían de uno en uno, por lo general en las condiciones fijadas por los alemanes (o los soviéticos). La importancia de la documentación y la ciudadanía ya estaba muy clara por entonces. En la ciudad de Lwów, situada en la parte oriental de Polonia, rodeada principalmente de ucranianos y habitada mayoritariamente por judíos, ocupada por los soviéticos en 1939, por los alemanes en 1941 y de nuevo por los soviéticos en 1944, circulaba una sabia reflexión lapidaria: «El pasaporte es la unión entre cuerpo y alma».^[14] Así, quienes podían expedir documentos de identidad, tenían en sus manos el poder de ayudar a los demás.

En el este de Europa, prácticamente a nadie se le escapaba la importancia de las transiciones de régimen; con el tiempo, los Aliados también comprendieron el valor de la documentación. Uno de los intentos de Estados Unidos para rescatar a algunos judíos dependió precisamente de la capacidad de proveer documentos y, por ende, extender el reconocimiento del Estado. En 1944, a través del Consejo de Refugiados de Guerra, Washington lanzó un llamamiento a los Estados europeos neutrales instándoles a utilizar su cuerpo diplomático para ayudar a los judíos. Los suecos decidieron cooperar con el plan y propusieron a un diplomático novato llamado Raoul Wallenberg, quien fue a Hungría en 1944 con el encargo de aplicar la protección del Estado sueco a los judíos húngaros. Wallenberg contaba con el apoyo de su propio Gobierno y del estadounidense, pero era consciente de que su misión suponía una oposición al régimen alemán y una provocación para los fascistas húngaros. Con todo, consiguió emitir unas quince mil «cartas de protección» y probablemente salvó a más judíos que nadie.^[15]

Wallenberg, un hombre excepcional, representa a una clase determinada de salvadores: los diplomáticos. En virtud de su posición, encarnaban la soberanía de un Estado y tenían la potestad de otorgar el reconocimiento estatal. Por lo general, las personas con posibilidad de salvar a grandes cantidades de judíos mantenían una conexión directa con algún Estado y disponían de alguna clase de autorización para conceder su protección; un diplomático podía emitir un pasaporte o, al menos, un salvoconducto: una invitación para regresar al mundo de la reciprocidad humana, donde las personas eran tratadas como tales, puesto que había un Estado que las representaba. Wallenberg era un empresario que escogió y fue escogido para actuar como diplomático en un momento crucial: durante la ocupación alemana de Hungría, una amenaza para el núcleo más importante de población judía que quedaba en Europa. Por otro lado, también hubo otros diplomáticos profesionales que prestaron su ayuda en casos donde la soberanía de los Estados para los que trabajaban se encontraba en una posición comprometida. Éstos comprendieron el desastre que esa situación entrañaba para los judíos y decidieron tratar de salvarlos.^[16]

Uno de esos hombres fue Ho Feng-Shan, cónsul de la República de China en Viena cuando Austria fue anexionada a Alemania en marzo de 1938. Ho se identificaba con la nación y el Estado austríaco y simpatizaba con la resistencia del canciller Schuschnigg contra los nazis, a quienes consideraba «el demonio». Contemplaba la esencia de la grandeza de una nación desde un punto de vista poco habitual: consideraba que ésta «tan sólo era posible mediante la inclusión y la tolerancia». De este modo, su respuesta a los «grupos de limpieza» y a los pogromos que ocurrieron tras la caída de Austria consistió en proporcionar visados chinos a los judíos. Emitió al menos mil, algunos de ellos para personas a las que él mismo sacó de los campos de concentración. En 1938, Ho no podía hacerse una idea del futuro

que aguardaba a los judíos que se quedasen en el centro de Europa; simplemente reaccionó ante lo que era, en aquel momento, un estallido de violencia sin precedentes contra los judíos.^[17]

Tras la ocupación alemana de los Países Bajos en la primavera de 1940, el cónsul suizo, Ernst Prodolliet, haciendo caso omiso de las órdenes, entregó visados de tránsito a los judíos. Cuando el consulado suizo cerró en 1942, Prodolliet cedió sus fondos a quienes intentaban ayudar a los judíos a escapar de Europa. Esa misma primavera, cuando las tropas alemanas tomaron Francia, los judíos franceses huyeron hacia el sur, donde algunos hallaron la asistencia diplomática que les permitió continuar su viaje. El cónsul español en Burdeos, Eduardo Propper de Callejón, expidió miles de salvoconductos a los judíos y otros colectivos; otros diplomáticos españoles en territorio europeo ocupado actuaron en esa misma línea. Aristides de Sousa Mendes, cónsul portugués en la misma ciudad, también proporcionó miles de documentos gracias a los cuales judíos y no judíos pudieron abandonar Francia. Aquellos hombres prestaron su ayuda a completos desconocidos; hicieron uso de la autoridad inherente a su cargo en contra del sistema de gobierno dominante.^[18]

Chiune Sugihara, cónsul japonés en la ciudad lituana de Kaunas, fue un diplomático que también contribuyó al rescate de los judíos, pero mediante acciones cercanas a las políticas oficiales. Había sido destinado a Lituania en 1939 para observar los movimientos de las tropas alemanas y soviéticas, y predecir el resultado de la guerra germano-soviética. Después de septiembre de 1939, una multitud de ciudadanos de Polonia, tanto judíos como no judíos, huyeron a Lituania para escapar de ambos invasores. En concreto, después de la anexión de la zona oriental de Polonia a la Unión Soviética, momento en el que comenzaron las deportaciones a los gulags, los judíos se refugiaron en Lituania. Las deportaciones soviéticas de abril de 1940, que afectaron especialmente a los judíos, provocaron una huida masiva de judíos a Vilna y a Lituania en general; aquel mes, 11 030 judíos fueron registrados en la capital lituana.^[19] Al mismo tiempo que la URSS ocupaba Lituania, en junio de 1940, también estaba organizando otra ola de deportaciones de ciudadanos polacos, principalmente judíos. Esto generó un doble motivo de pánico para los judíos: habían huido del poder soviético en Polonia y ahora los soviéticos los seguían hasta Lituania. En el cónsul japonés hallaron un simpatizante dispuesto a escuchar.

Durante la década de 1930, Sugihara había aprendido ruso, se había casado con una mujer rusa y se había convertido a la Iglesia ortodoxa rusa; le gustaba que la gente le llamara Serguéi. Hablaba en ruso con sus compañeros de los servicios secretos polacos, con quienes colaboraba en el proyecto del prometeísmo y en otros complots antisoviéticos. Durante la guerra, ni siquiera después de que Polonia fuera destruida en 1939, no interrumpió su actividad con los oficiales polacos en los Estados bálticos. Su contacto principal era Michał Rybikowski, quien coordinaba una

red de espías Aliados desde Suecia e informaba al Gobierno polaco en el exilio, con sede en Londres. Rybikowski se hacía pasar por ruso y utilizaba un pasaporte del protectorado japonés de Manchuria que probablemente le habría conseguido Sugihara. (En Manchuria, había muchos emigrantes rusos; un europeo con un pasaporte manchú, especialmente si dominaba el ruso como Rybikowski, no debía de llamar la atención.) La cooperación entre Sugihara y Rybikowski allanaría el camino para la acción definitiva con la que Sugihara ayudaría al pueblo judío.^[20]

Uno de los cometidos de Rybikowski era ayudar a los refugiados polacos que se habían visto afectados por las consecuencias del pacto Mólotov-Ribbentrop, así como por la invasión y ocupación de Polonia. En Lituania, debía preparar una vía de escape para los ciudadanos polacos que hubiesen llegado hasta allí y quisieran continuar su fuga de Europa. Para este fin contrató a otros dos oficiales de los servicios secretos polacos, Leszec Daszkiewicz y Alfons Jakubianec; ambos tenían un pasaporte que Sugihara les había conseguido y eran empleados del consulado japonés.^[21]

Los oficiales de los servicios secretos polacos idearon una estrategia que consistía en proporcionar a los refugiados polacos visados de tránsito japoneses para algún destino donde no hiciera falta visado de entrada. Jan Zwartendijk, el cónsul honorario de los Países Bajos, quería firmar una declaración para que no fuera necesario un visado de entrada en Curazao, una isla del sur del Caribe que era colonia holandesa. Los dos oficiales polacos redactaron una plantilla especial para un visado de tránsito japonés para viajar a Curazao, así como dos sellos especiales, uno para sí mismos y otro para Sugihara. En un principio, desde el Gobierno polaco en el exilio, la idea era salvar a los ciudadanos polacos especialmente valiosos. Puesto que el desplazamiento habría de hacerse en tren atravesando toda la Unión Soviética hasta Japón, los oficiales esperaban obtener información de valor de sus refugiados cuidadosamente seleccionados.^[22]

Durante el caótico verano de 1941, mientras los soviéticos se dedicaban a las deportaciones masivas de ciudadanos del este de Polonia y establecían su nuevo régimen en Lituania, estos tres hombres concedían visados a cualquiera que lo solicitase. De los casi tres mil quinientos visados que entregaron a ciudadanos polacos, cerca de dos tercios fueron para judíos polacos. Puesto que un visado por familia era suficiente, unos ocho mil judíos escaparon de Europa gracias a aquellos documentos. De la misma forma que su homólogo Ho dos años antes en Viena, Sugihara no se podía imaginar lo que les habría ocurrido a los judíos si no se hubieran marchado de Lituania. Él actuaba frente a la crisis de refugiados provocada por la invasión alemana del centro y el este de Polonia y la ocupación soviética de Lituania. No obstante, profesaba verdadero aprecio por los refugiados y deseaba que sobrevivieran; en ese sentido, sí que rescató a los judíos de forma consciente. En al menos una ocasión, en unas breves memorias que escribió en ruso, describió los motivos de su actuación como «mi sentido de la humanidad, el amor a todos mis semejantes». Daszkiewicz, de quien no se puede decir en absoluto que fuera un

sentimental, describía a Sugihara como «un hombre de buen corazón».^[23]

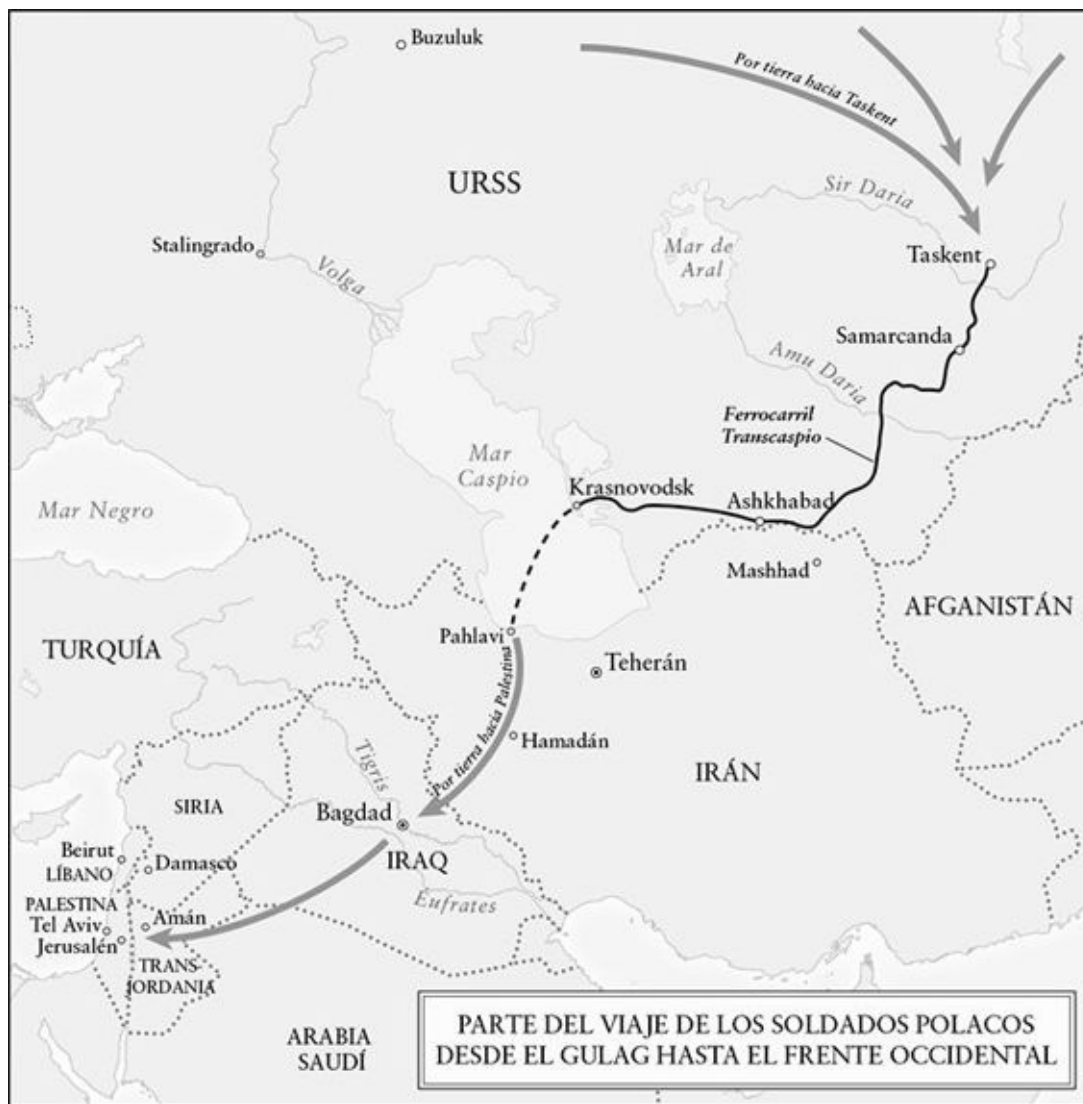
Una vez que Sugihara y sus dos empleados polacos hubieron hecho cuanto estaba en sus manos, se marcharon de Kaunas a Estocolmo, y de allí viajaron a Alemania. El objetivo de Sugihara era predecir el momento del ataque de los alemanes a la Unión Soviética, que estimaba acertadamente que se produciría en los días sucesivos. Poco después del comienzo de la Operación Barbarroja, el 22 de junio de 1942, uno de sus dos cómplices polacos, Jakubianec, fue descubierto por la Gestapo en Berlín y asesinado acusado de espionaje. A pesar de que Jakubianec trabajaba para los japoneses, también informaba a su superior Rybikowski, a su vez al servicio del Gobierno polaco en el exilio, y por ende, de Gran Bretaña y Estados Unidos. Su ejecución supuso el final de un hombre que ideó una estratagema que salvó a miles de judíos, aunque no fue ni asesinado ni recordado por ese motivo; de hecho, cayó en el olvido. Su plan para los refugiados poco tenía que ver con el aprecio, sino que fue una ingeniosa manipulación de las herramientas que proporcionaba un sistema de gobierno en ruinas.

Daszkiewicz continuó trabajando para Sugihara, ahora en Praga, desde el Protectorado de Bohemia y Moravia, dentro del Reich, donde intentó establecer contacto con la resistencia checa. Cuando su amigo Jakubianec fue descubierto y asesinado, se vio obligado a huir de Europa y decidió trabajar en Palestina, destino tradicional para los operativos de los servicios secretos polacos.^[24]

Durante la Segunda Guerra Mundial, Palestina seguía bajo el Mandato Británico, y Polonia era aliada de Gran Bretaña. Antes de la guerra, sin embargo, Polonia había seguido una política antibritánica en Palestina y ayudaba a los revolucionarios judíos a prepararse para cuando llegara su oportunidad: una guerra o un momento de debilidad de Gran Bretaña. El cónsul polaco antes de la guerra, Witold Hulanicki, permaneció en Palestina durante el conflicto trabajando para los británicos pero sin interrumpir el trato con su principal contacto y amigo judío: Abraham Stern. Este último, eterno buscador del riesgo y la gloria, fue quien vio en la Segunda Guerra Mundial la oportunidad de vencer a los británicos y llegó a solicitar la ayuda de la Alemania nazi (sin éxito). Desde un grupúsculo conocido como el Leji, Stern aprovechó el entrenamiento de Polonia, y probablemente también el armamento polaco, para emprender una campaña violenta contra los británicos. Cumplía su programa político, pero también perseguía una voluntad de muerte espectacularmente enunciada. Stern corrió la misma suerte que los románticos rebeldes polacos, cuya elevada concepción del martirio había incorporado a su propia poética. Después de que un policía británico matase a Stern de un disparo en 1942, Isaac Shamir tomó el relevo al frente del Leji. Un año después, el compañero de Shamir en la violencia antibritánica sería Menájem Beguín, quien en 1942 ya había emprendido su tortuoso periplo hacia Palestina.

A finales de los años treinta, Beguín y los jóvenes de Beitar planeaban crear un Estado de Israel invadiendo Palestina para apoyar un alzamiento iniciado por el Irgún. Dicha operación debía ser llevada a cabo por ciudadanos polacos y contar con el respaldo de las autoridades polacas. Pero la destrucción del Estado polaco en 1939 acabó con esta posibilidad, puesto que la ayuda que Polonia prestaba al Irgún cesó y los líderes de Beitar intentaron por todos los medios huir a Vilna. Algunos fueron encerrados en guetos por los alemanes, y otros, detenidos y deportados por los soviéticos. El propio Beguín se encontraba entre los activistas de Beitar deportados al gulag en 1940.

Cuando la Alemania nazi atacó a la Unión Soviética en 1941, Stalin cambió de actitud con los ciudadanos polacos varones bajo su custodia. Ahora se les permitiría salir del gulag y organizar un ejército polaco para luchar contra los alemanes. Stalin no tenía el menor interés en que estos polacos combatiesen en el frente oriental, donde en un futuro podrían plantear un problema para el poder soviético. En realidad, el Ejército Rojo ya había invadido Polonia durante la guerra y éstos eran precisamente los hombres que habían sufrido la opresión del NKVD. Era preferible obligarlos a combatir en el frente occidental, lejos de la URSS y de Polonia, donde, con suerte, podrían matar algunos alemanes y morir después. Para llegar desde el gulag hasta el frente occidental, tenían que viajar desde un extremo de la masa terrestre de Eurasia hasta el otro: desde el norte, la región más oriental de la URSS, o desde Kazajistán, a través de la India, Irán o Palestina, para llegar hasta Europa occidental.^[25]



Este nuevo Ejército polaco, creado por Stalin a regañadientes y subordinado al Gobierno polaco en Londres, estaba dirigido por Władysław Anders y recibió el apodo de «Ejército Anders». La mayoría de los comandantes de este cuerpo estaban poco preocupados por los judíos, y en el peor de los casos creían en estereotipos antisemitas sobre su valor en combate. Los judíos, no obstante, figuraban entre los ciudadanos polacos que se unieron a sus filas. Por algún motivo –porque tenían más probabilidades de ser elegidos por Stalin, porque ansiaban luchar, o bien porque mantenían mejor relación con los oficiales polacos–, la proporción de miembros de Beitar y de sionistas revisionistas en el Ejército polaco era considerable. En consecuencia, muchos sionistas de derechas viajaron, aunque siguiendo un camino larguísimo e indirecto, desde Polonia hasta Palestina. Una vez allí, al ser tiempo de guerra, los británicos paraban a los judíos que intentaban llegar por mar, pero no podían detener a quienes entraban por tierra vistiendo el uniforme de los Aliados.

La presencia de todos estos judíos en Palestina supuso una inyección de energía para el Irgún. Beguín llegó a Palestina junto al Ejército polaco en mayo de 1942; allí se encontró con Wiktor Drymmer, quien había sido su jefe como responsable de la política judía de Polonia en los años treinta. Drymmer había trabajado para propiciar

las condiciones favorables a una migración masiva de judíos polacos a Palestina, un modo de proporcionar apoyo a Beitar y al Irgún. Ahora, debía ayudar a Beguín a licenciarse del Ejército polaco de forma honorable para que no tuviera que cargar con la vergüenza de la desertión, puesto que abandonaba unas fuerzas armadas convencionales para servir en unas extraoficiales. Cuando Beguín fue escogido para dirigir el Irgún, en octubre de 1943, el único atuendo que tenía era un uniforme del Ejército polaco.^[26]

En el momento en que la guerra había dado un giro decisivo contra la Alemania nazi, el Irgún de Beguín se unió al Leji de Shamir en la lucha terrorista contra Gran Bretaña; esto suponía que dos movimientos judíos lideraban la resistencia anticolonial contra el aliado de Polonia. En febrero de 1944, Beguín declaró el alzamiento del Irgún contra el Gobierno del Mandato Británico. Beguín era, en todos los aspectos, un subproducto de Polonia. Su segundo en el Irgún, Eliahu Meridor, vivió en Polonia hasta 1936 y regresó en 1939 para recibir entrenamiento de los servicios secretos militares polacos. Moshe Nechmad, responsable de operaciones del Irgún en el distrito de Haifa, también estuvo presente en las maniobras de 1939 en Polonia. Eliahu Lankin, el comandante del distrito de Jerusalén que dirigió el ataque a los servicios secretos británicos en julio de 1944, era otro producto de Polonia. El Leji, con Shamir al frente, planeó el asesinato de lord Moyne aquel noviembre; alegaron que el ministro británico se había enfrentado al Estado judío y había impedido la migración de los judíos a Palestina. En el atentado del hotel King David, en julio de 1946, el Irgún puso en práctica las técnicas que había aprendido de los servicios secretos polacos.^[27]

Durante la Segunda Guerra Mundial, el Estado polaco sólo existía en el eco de sus antiguas medidas y en la fuga de sus propios territorios. El esfuerzo que la diplomacia y los servicios secretos polacos dedicaron a crear unas condiciones propicias para un Estado de Israel trajo sus frutos; eso sí, éstos llegaron después de la guerra. Aunque muchos polacos prosionistas, como Hulanicki, continuaron su actividad en Europa o en Palestina, el Gobierno polaco no tuvo más remedio que abandonar el continente europeo: dejó Varsovia con una extraordinaria rapidez, en septiembre de 1939, y llegó hasta París pasando por Rumanía. Después de la invasión alemana de Francia, se instaló en Londres; allí, los ministros polacos se encontraron en una curiosa posición. Los británicos habían entrado en la guerra por ellos, para defender su soberanía y sus fronteras, pero ese objetivo no se había cumplido. Durante el periodo entre la caída de Francia, en junio de 1940, y la entrada de la URSS en la guerra, un año después, Polonia era el único aliado de Gran Bretaña. Pero una vez que la Unión Soviética, en primer lugar, y Estados Unidos, después, se unieron al conflicto en 1941, la relación con Polonia ya no fue tan importante.

Formalmente, Polonia seguía siendo un Estado soberano gracias a la continuidad

legal de su Gobierno en el exilio. Pero los alemanes no reconocían dicho Gobierno, pues representaba a un Estado que según ellos nunca había existido. Tampoco los soviéticos, salvo durante un periodo en plena guerra, entre la invasión alemana de la Unión Soviética en 1941 y el flagrante cambio de rumbo del conflicto en 1943.

El Gobierno en el exilio de Londres ejercía un poder formal sobre el Estado clandestino en Polonia y sus fuerzas armadas: la resistencia armada polaca, conocida como Ejército Nacional, era una organización paraguas que englobaba decenas de grupos armados pertenecientes a todo el espectro político, desde la derecha hasta la izquierda. En principio, su cadena de mando estaba supeditada al control civil en Londres, pero en realidad las conexiones entre Londres y los miembros de dichas organizaciones civiles y militares, en Polonia, eran lentas e irregulares, pues dependían de unos mensajeros que debían atravesar la Europa ocupada, y eso implicaba unos trayectos largos y peligrosos. En general, el Gobierno polaco en Londres se limitaba a la capacidad de las autoridades polacas para comunicarse con sus aliados británicos. Pero para los judíos polacos, esa soberanía, aunque extremadamente limitada, tenía un gran valor.^[28]

El Gobierno polaco en Londres, a diferencia de su predecesor, reunía a los principales partidos políticos, incluso a los antisemitas del Partido Nacional Democrático. Debía hacer frente a una ocupación alemana más sangrienta de lo que los políticos británicos y la opinión pública alcanzaban a imaginar, así como a una población polaca a la que habían enseñado a creer, durante el régimen anterior, que algún día los judíos se marcharían de Polonia. En una mitad de Polonia, la llegada de los alemanes en 1939 provocó la desaparición de los judíos de muchos lugares donde habían vivido durante cientos de años: en 1940 y 1941, fueron encerrados en guetos, y en 1942, asesinados en las cámaras de gas. Los polacos de la mitad oriental, invadida primero por los soviéticos, en 1939, y después por los alemanes, en 1941, presenciaron asesinatos de judíos al aire libre a partir de 1941. Algunos de ellos difundían la versión de los acontecimientos preferida por los nazis: que los judíos se habían ganado su funesto destino por haber colaborado con los soviéticos. Pese a ser una ficción conveniente, muchos polacos de las regiones occidentales y centrales la aceptaron. Según escribió el comandante del Ejército polaco clandestino al primer ministro polaco en Londres, una «aplastante mayoría» de la población polaca bajo dominio alemán era antisemita.^[29] Por su parte, el Gobierno polaco en Londres, que disponía de fuentes directas de información sobre los asesinatos masivos de judíos, fusilados primero y gaseados después, solía disfrazar estos datos en los informes generales sobre el terror que los alemanes infligieron a los ciudadanos polacos.

Pero en 1942, las autoridades polacas emitieron información concreta sobre las matanzas de judíos tanto a sus aliados británicos y estadounidenses como al público general. El primer ministro polaco, Władysław Sikorski, fue bastante rotundo acerca de lo que significaba la limpieza del gueto de Varsovia ocurrida aquel verano: «Se trata de una masacre sin precedentes en la historia del mundo; en comparación,

cualquier crueldad parece una nimiedad». La información sobre Polonia saltó a las notas de prensa de los Aliados y a los titulares de la prensa británica y la BBC. Los polacos, tanto judíos como no judíos, confiaban en que los alemanes detendrían la masacre de los judíos en cuanto el mundo estuviera al corriente de sus crímenes. En este sentido, el Gobierno polaco tomó una medida que consideró que pararía los asesinatos. Si bien los avisos provocaron cierto efecto entre los aliados de Alemania, no afectaron al comportamiento de ésta en lo más mínimo.^[30]

El 27 de noviembre del 1942, el Comité Nacional Polaco, una especie de sucedáneo del Parlamento que ayudaba al Gobierno en el extranjero, pidió la intervención de los Aliados para poner freno a las matanzas de judíos. El 4 de diciembre, el *Times* de Londres informó sobre el plan nazi de «exterminio total» de todos los judíos bajo su dominio. El 10 de diciembre, el Ministerio de Asuntos Exteriores polaco se sumó a los ruegos en favor de la intervención de los Aliados. Con un lenguaje sumamente claro, el Gobierno polaco pidió una acción inmediata a fin de impedir que los alemanes llevaran a cabo su proyecto de «exterminio masivo», lo que desencadenó revuelo tanto en la prensa británica como en la Cámara de los Comunes, donde los parlamentarios guardaron un minuto de silencio en reconocimiento del asesinato deliberado de millones de judíos europeos. En este sentido, los polacos contribuyeron a la declaración que emitió Gran Bretaña, junto con sus aliados estadounidenses y soviéticos, el 17 de diciembre de 1942, donde exigían a los alemanes y a sus aliados que cesaran el exterminio de judíos.^[31]

Los aliados de Alemania interpretaron este aviso, emitido poco antes de la derrota alemana en Stalingrado, como la oportunidad de demostrar que su lealtad a Berlín no era incondicional. Esto ayuda a entender por qué en 1943 Eslovaquia, Rumanía o Francia cambiaron de forma significativa su política en relación con los judíos, y por qué Suecia comenzó a demostrar voluntad de ayudarlos. Con todo, por limitada que fuera la soberanía polaca –la capacidad de las autoridades polacas de transmitir información creíble a sus homólogos británicos y al resto de los Aliados–, resultó crucial para los judíos.^[32]

La disponibilidad de información certera y de primera mano sobre las matanzas de judíos polacos dependía del valor de unas personas extraordinarias y que solían ser cercanas al Estado, tanto antes como después de la guerra. Uno de estos hombres fue Jan Koziński, también conocido como Jan Karski, el único hombre de la historia del Holocausto que tuvo acceso directo al más profundo de los horrores y al más elevado de los poderes. Cuando estalló la guerra, Karski sólo tenía veinticinco años, pero ya estaba muy bien informado sobre la cuestión judía en Polonia. Al inicio de su brillante carrera de diplomático, trabajó en la sección de emigración del Ministerio de Asuntos Exteriores polaco, en un cuerpo encargado de buscar modos de reducir el número de judíos en Polonia. De mayo a agosto de 1939, durante la época más

intensa de contactos entre los sionistas y los polacos, fue el secretario personal de Drymmer y el encargado de apoyar a Beitar y al Irgún. Durante su labor como secretario de Drymmer, Gran Bretaña anunció su política de restricción de la inmigración judía a Palestina, el Irgún emprendió sus acciones contra los británicos y barcos cargados de armas partieron desde Polonia hasta Palestina.^[33]

En agosto de 1939, Karski fue enviado a la base militar polaca de Oświęcim. Logró escapar con su unidad hacia el este, donde fue capturado por el Ejército Rojo; para evitar que lo fusilaran por su condición de oficial polaco, se hizo pasar por soldado raso y tuvo que saltar de un tren en marcha. Consiguió regresar a Varsovia, donde fue a ver a su hermano, el comandante de la policía de Varsovia. Su hermano se enfrentaba al dilema que conlleva la ocupación por parte de una potencia extranjera para todos los oficiales de policía: colaborar y arriesgarse a servir los intereses de una potencia extranjera, o negarse a colaborar y arriesgarse al caos y al desgobierno. Con el fin de ayudar a su hermano a resolver esta cuestión, Karski viajó como mensajero para reunirse con el Gobierno polaco en el exilio, por entonces en Francia.

De regreso en Polonia, Karski comenzó a demostrar un fuerte interés por la suerte que corrían los judíos. Parece que percibió con bastante exactitud la conexión entre el deseo de los nacionaldemócratas de ver una Polonia libre de judíos, la política del Gobierno polaco anterior al estallido de la guerra de promover la emigración y el plan nazi de erradicar a los judíos de la vida de Polonia. A pesar de que los alemanes empleaban unos medios que a los políticos polacos les resultaban ajenos, el resultado se corresponde con una visión ampliamente extendida por Polonia a partir de 1935: un país sin el 90% de sus judíos. La revolución social con la que se soñaba durante la segunda mitad de la década de 1930, la fantasía de apoderarse de todos esos hogares y negocios judíos se cumplió a principios de los años cuarenta. El dominio alemán rompió con el orden social anterior al castigar a las élites y asesinar a los judíos y al eliminar prácticamente el conjunto de las clases alta y media que existía antes de la guerra. Karski informó al Gobierno polaco que el traspaso de los bienes había tendido un «estrecho puente» entre la población polaca y sus amos alemanes; asimismo, describió la actitud de los polacos hacia los judíos como «generalmente severa y despiadada».^[34]

La mayoría de los judíos de Varsovia fueron deportados al campo de exterminio de Treblinka y asesinados durante la *Grosse Aktion* de julio y septiembre de 1942. En octubre, Karski penetró en el gueto de Varsovia conducido por un partidario del Bund a través de un túnel que habían excavado los Sionistas Revisionistas, en otro tiempo clientes de los superiores de Karski en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Tres años antes, cuando trabajaba como secretario de Drymmer y probablemente como encargado de los trámites administrativos del plan de emigración de los judíos de Polonia, Karski se había ocupado de algunos de los miembros de Beitar que estaba conociendo dentro del gueto. Ahora, los miembros de Beitar pretendían luchar contra

los alemanes (aunque algunos de ellos aún trabajaban en la policía polaca, en Varsovia y por todo el país, y ejecutaban las deportaciones). Una vez fuera del túnel, Karski entró en un edificio donde meses después los revisionistas, como ya era tradición, izarían la bandera sionista y la polaca para levantarse contra los alemanes en el gueto. Allí informaron a Karski de todo lo que habían sufrido los judíos de Varsovia, y sus contactos le pidieron ayuda: querían que suplicara acción y venganza a sus aliados occidentales.^[35]

En octubre de 1942, Karski llegó a Londres —una proeza nada simple para un mensajero polaco en la Europa ocupada y en plena guerra—. Además de sus propias observaciones y vivencias, llevaba consigo tres informes sobre el asesinato de los judíos en Polonia. Una vez allí, habló con las autoridades polacas así como con diferentes intelectuales y personajes públicos británicos: Gerald Berry, Victor Gollancz, Ronald Hyde, Allen Lane o Kingsley Martin. En parte, su mensaje era una mera repetición de la política exterior polaca de antes de la guerra: los judíos polacos debían ser acogidos en Palestina. Asimismo, esta postura contrastaba abismalmente con la época de entreguerras, ya que la súplica expresaba la esperanza desesperada de los propios judíos, que sufrían una política alemana de exterminio total. Pero el gueto de Varsovia pertenecía a otro mundo, y Londres quedaba muy lejos. Karski recibió una negativa tajante, los judíos no serían acogidos en Palestina. En ese sentido, ni la política británica ni la polaca habían cambiado desde 1939. Karski también se dirigió al embajador de Estados Unidos, quien alegó que las cuotas que regulaban la inmigración judía en su país tenían pocas probabilidades de ser aumentadas. De hecho, el número de judíos admitidos en realidad se reduciría: entre julio de 1942 y junio de 1943, tan sólo 4705 judíos fueron admitidos en Estados Unidos. En Treblinka, un día cualquiera del verano de 1942 la cifra de judíos de Varsovia asesinados era mayor.

En todas sus discusiones, así como en las memorias que escribió en 1944, Karski se desmarcaba al establecer una línea divisoria entre la política alemana de decapitación social y terror masivo hacia los polacos, y la política alemana de exterminio total de los judíos. Sus esfuerzos contribuyeron a la campaña polaca de información que precedió al aviso de los Aliados de diciembre de 1942. El propio Karski pensaba que había fracasado, pero tanto las observaciones como los riesgos que tomó desembocaron en acciones que permitieron vivir a muchos judíos.^[36]

Por lo general, el rescate era gris.

Para cuando los Aliados lanzaron su aviso de 1942, la mayoría de los judíos bálticos, soviéticos y polacos que se encontraban bajo dominio alemán ya habían sido asesinados. Los fusilamientos de judíos en la URSS ocupada habían comenzado un año antes, y habían continuado durante la primavera y el verano de 1942; la Operación Reinhard, en la que los judíos del Gobierno General fueron gaseados en Bełec,

Sobibor y Treblinka, se completó ese mismo otoño. A medida que el Ejército Rojo avanzaba tras su victoria en Stalingrado en 1943 iba pasando por encima de las fosas (y, en algunos casos, encontrándolas). Los soldados soviéticos tardarían poco en llegar hasta los campos de exterminio en la zona oriental de la Polonia ocupada. Bajo toda esa presión, el foco central de la mortífera campaña alemana viraría hacia el oeste: hacia Auschwitz.

El campo de concentración de Auschwitz se estableció en 1940 en el emplazamiento de la base militar de Oświęcim, el mismo lugar donde Karski había estado de servicio como oficial en septiembre de 1939. Durante el verano de 1940, los varones polacos, en especial los políticamente activos, comenzaron a desaparecer de las calles de Varsovia; eran enviados a Auschwitz. Un activista de la resistencia polaca se ofreció voluntario para descubrir la verdad acerca de ese misterioso lugar. Mientras los alemanes se dedicaban a arrasar los barrios considerados intelectuales o de élite, Witold Pilecki cayó en una redada. Pilecki era granjero, activista local y oficial de reserva con experiencia de combate en la guerra polaco-soviética, además había pertenecido a la Organización Militar Polaca. A pesar de que en aquel momento Pilecki era un hombre casado y con hijos, se prestó voluntario para ir a Auschwitz, adonde fue enviado con la segunda tanda de 1705 hombres de Varsovia, entre los prisioneros registrados en el campo con números entre el 3821 y el 4959, y entre el 4961 y el 5526. Pilecki describió su entrada en el campo como el momento en que «dejó atrás todo cuanto había sido sobre la tierra y comenzó algo que estaba más allá de ella». Pilecki estuvo en Auschwitz casi tres años, durante los cuales intentó organizar una resistencia dentro del campo y filtrar información. Escapó en 1943 y dos años después redactó un extenso y detallado informe sobre la vida en Auschwitz, en el que describía cómo los polacos habían sido castigados y asesinados en 1940 y 1941; los prisioneros de guerra soviéticos, encarcelados y gaseados en 1941 y 1942; y por último, cómo Auschwitz se había transformado en un importante campo de exterminio para los judíos.^[37]

Pilecki era un patriota y creía que Auschwitz sólo era otro método para evaluar el carácter polaco; una evaluación que algunos superaban y otros no. La mayor preocupación de Pilecki era la posibilidad de la resistencia polaca, dentro y fuera del campo. De hecho, inmediatamente después de escapar, se unió a la clandestinidad polaca y en 1944, luchó en el Alzamiento de Varsovia en las filas del Ejército Nacional. Pero esto no le impidió en ningún modo darse cuenta y dejar constancia de la particularmente horrorosa política alemana hacia los judíos. En el momento en que éstos comenzaron a ser gaseados, Pilecki tenía asignada una tarea que le permitía pasearse entre los barracones y la curtiduría. De los judíos asesinados contaba: «Cada día más de mil recién llegados eran gaseados. Sus cadáveres eran incinerados en los nuevos crematorios». De todos los demás: «A medida que nos acercábamos a la curtiduría, levantando polvo por el camino gris, contemplábamos un hermoso amanecer que teñía de rosa las flores de los jardines y los árboles al borde del

camino. En el camino de vuelta, nos cruzábamos con parejas jóvenes que paseaban, que se impregnaban del encanto de la primavera, o con mujeres que empujaban tranquilamente los cochecitos de paseo de sus hijos. Y en ese momento una idea irrumpió en mi mente, y allí permanecería, machacaría desde dentro del cráneo, tal vez se desvanecería un momento, pero no cesaría, tozuda, hasta encontrar una salida o una respuesta a la pregunta: “¿Somos todos personas? ¿Tanto quienes pasean entre las flores como quienes van a las cámaras de gas? ¿Quienes caminan armados detrás de nosotros y nosotros mismos, prisioneros desde hace años?”». [38]

Tanto Karski como Pilecki profesaban una lealtad incondicional hacia el Estado polaco o hacia las tradiciones que asociaban con éste, sujeto a una redefinición después de haber sido destruido y fragmentado. Siempre mantuvieron que sus actos fueron completamente desinteresados, una cuestión de deber, nada más de lo que cualquiera habría hecho, o debería haber hecho, en su lugar. Sorprendentemente, la ausencia de instituciones estatales no les afectó: internalizaban las obligaciones derivadas de su pertenencia a un sistema político al mismo tiempo que reconsideraban constantemente en qué medida dichas obligaciones les implicaban, siempre desde la perspectiva de exigir más de sí mismos, nunca menos. Su postura carece de sentido sin una estatalidad polaca, pero sus actos sobrepasaron con creces lo que nadie, excepto ellos, podía esperar.

Un tercer miembro destacado de la resistencia clandestina polaca, Władisław Bartoszewski, mencionaría, en más de una ocasión y con cierta irritación, el hecho de que los individuos que trabajaban en nombre de los judíos lo hacían sin ninguna autorización de la nación de Polonia. El joven activista católico Bartoszewski llegó a Auschwitz en la misma remesa que Pilecki y otros 1703 polacos, el 22 de septiembre de 1940. Mientras que Pilecki se quedó en Auschwitz para organizar e informar, Bartoszewski fue liberado en abril de 1941 (junto con algunos hombres más) y enseguida retomó su actividad con la resistencia en Varsovia, donde, entre otras muchas cosas, comenzó a trabajar con el Żegota, una organización paraguas, ubicada en Varsovia y otras ciudades que trabajaba para salvar a los judíos.

Unos 28 000 judíos vivían escondidos en la zona aria de Varsovia, fuera del gueto; sólo sobrevivieron 11 600. De los 28 000, unos 4000 recibieron ayuda en forma de dinero, comida, refugio o apoyo emocional de los miembros del Żegota. El dinero provenía fundamentalmente del Comité Judío Estadounidense de Distribución Conjunta, una organización no gubernamental de judíos estadounidenses, pero solía ser enviado en las riñoneras de los paracaidistas polacos que saltaban de los aviones británicos. El Żegota era una organización polaca que dependía del Gobierno polaco y, como tal, representó la primera política estatal (y una de las pocas) que se ocupó de mantener a los judíos en vida. Una vez el dinero era entregado, operación que no estaba exenta de riesgo, todo estaba en manos de la gente del Żegota. [39]

Entre los líderes del Żegota en Varsovia había cierta predominancia de miembros del Partido Socialista Polaco. Antes de la guerra había sido uno de los principales

partidos del país, con multitud de miembros y votantes judíos, y se había opuesto al régimen que gobernaba Polonia antes de la guerra y su política de migración judía. Una buena parte de los rescates implicaron a socialistas que ayudaban a antiguos compañeros de partido, conocidos antes de la guerra. Por lo general, los líderes del Żegota habían sufrido la represión nazi. Su director, Julian Grobelny, fue detenido por los alemanes y pasó buena parte de la guerra en el hospital; Irena Sendlerowa, quien salvó a multitud de niños judíos junto con otras mujeres, fue prisionera de la Gestapo; Bartoszewski y Tadeusz Rek habían estado en Auschwitz; Adolf Berman había escapado del gueto de Varsovia.^[40]

Pero a la vez, muchos de quienes participaban activamente en el Żegota venían de la derecha antisemita. La más conocida fue Zofia Kossak, fundadora de la organización civil que precedió al Żegota, y cuya importancia como benefactora es indiscutible. Le preocupaban las almas de los católicos que podían permanecer impasibles, sin hacer nada, mientras el exterminio se llevaba a cabo delante de sus narices, pero también le inquietaba que después de la guerra los judíos pudieran culpar a los polacos de las matanzas. El rescate antisemita no era tan contradictorio como puede parecer. Casi nadie auxilió a los judíos porque sintiese una obligación con el pueblo judío; unos pocos lo hicieron por compromiso con otros seres humanos. A menudo, los salvadores antisemitas no apreciaban a los judíos y los querían fuera de Polonia, pero a pesar de eso eran capaces de verlos como humanos con capacidad de sufrimiento. En algunos casos, los antisemitas que rescataron a los judíos se veían a sí mismos como los protectores de la soberanía polaca, por oponer resistencia a la política alemana; en otros, simplemente actuaron movidos por un sentimiento de caridad.^[41]

Los salvadores más eficientes fueron, como no podía ser de otra manera, quienes mantenían buenos contactos con los judíos asimilados, que, a su vez, tenían contacto con otros judíos. Ellos no eran antisemitas. Maurycy Herling-Grudziński, un importante activista del Żegota en Varsovia con muchos contactos, es un buen ejemplo. Antes de la guerra, Herling-Grudziński ya era un personaje público admirado y conocido en Varsovia entre polacos y judíos por ser un abogado excepcional. Con dinero del Gobierno polaco en el exilio consiguió ayudar a más de trescientos judíos en una finca fuera de Varsovia. Comenzó por rescatar a sus colegas de profesión, juristas e intelectuales, y después ayudó a judíos más alejados socialmente.

Del mismo modo que Pilecki, Karski y Bartoszewski, Herling-Grudziński era miembro del Ejército Nacional, el cuerpo armado de la resistencia polaca. Luchó en sus filas durante el Alzamiento de Varsovia de 1944, donde fue herido durante la batalla. Al igual que Pilecki (de la zona oriental de Polonia), Karski (detenido por los soviéticos en 1939) y Bartoszewski (que años después pasaría una temporada en una cárcel estalinista), Herling-Grudziński también sufrió los efectos del poder soviético. Gustaw Herling-Grudziński, el cronista del gulag, era el hermano de Maurycy.

Mientras Maurycy ocultaba a judíos en Varsovia, Gustaw, lejos de allí, talaba árboles en un campo soviético del norte.^[42]

Cuando terminó la guerra, Maurycy se convirtió en un prestigioso jurista, y Gustaw, en un reconocido escritor. Ninguno de estos dos hermanos polacos concedió demasiada importancia a un hecho que podría haber resultado crucial para su suerte: eran judíos.^[43]

Salvar a otros implicaba salvarse a uno mismo.

Partisanos de Dios y de los hombres

En enero de 1945, Anszel Sznajder y su hermano saltaron del tren que los evacuaba a Auschwitz. Ambos hablaban tanto polaco como ruso, e intimidaban a la población local sugiriendo que luchaban en las filas del Ejército Nacional polaco o con los partisanos soviéticos; utilizaban una historia u otra dependiendo de su impresión inicial de la gente que conocían. La parte esencial de su relato, aquella que debían creerse sus oyentes, era que tenían camaradas que los protegerían o los vengarían, «una fuerza que nos respalda». Necesitaban que no los vieran como a dos judíos aislados a los que se podía asesinar, sino como a hombres terribles que pertenecían a una organización mayor, a un ejército o a un Estado.^[1]

Los hermanos Sznajder fueron dos de los pocos judíos que lograron aprovechar la amenaza de la violencia. En algunos casos los judíos sobrevivieron porque se unieron a las fuerzas que se resistían contra los alemanes o porque fingieron haberlo hecho; sin embargo, la mayor parte de los judíos que trataban de refugiarse de las políticas asesinas de los alemanes se expusieron a riesgos aún mayores debido a su oposición pública al Gobierno alemán. Cuando los comunistas franceses iniciaron la resistencia, las primeras víctimas de las represalias alemanas fueron los judíos polacos de París. En Serbia, las autoridades de la ocupación alemana utilizaron la resistencia de los partisanos como detonante para exterminar a los judíos serbios. En los Países Bajos, donde hubo muchos salvadores y resistentes, cada grupo se interpuso en el camino del otro: allí donde la policía alemana buscaba a la resistencia, solía encontrar a judíos holandeses. En Eslovaquia, un levantamiento nacional provocó la intervención alemana y el asesinato de miles de judíos que en otras circunstancias seguramente habrían sobrevivido.^[2]

Esta macabra ironía también se hizo patente en Polonia y en el oeste de la Unión Soviética, donde había más judíos escondidos, el Gobierno alemán era más violento y la resistencia estaba muy extendida. El alzamiento de Varsovia de agosto de 1944 fue la rebelión urbana más significativa contra el poder alemán. A pesar de que fue principalmente el Ejército Nacional polaco el que la organizó y luchó en ella, es posible que se tratara del mayor intento individual de resistencia armada judía. Seguramente hubo más judíos luchando en el Alzamiento de Varsovia de 1944 que en el levantamiento del gueto de Varsovia de 1943 (y algunos de ellos combatieron en ambos). Técnicamente, el Ejército Nacional no era un ejército partisano: sus miembros llevaban uniformes o insignias para diferenciarse de la población civil, y respondían ante el Gobierno polaco en el exilio, en Londres. La postura oficial de Alemania defendía que jamás había existido un Estado polaco, y la principal táctica

alemana para combatir a los partisanos fue disparar a los civiles de Varsovia; mataron al menos a 120 000. La derrota del Alzamiento de Varsovia supuso la destrucción material de toda la ciudad, edificio a edificio, tal como había sucedido en el gueto el año anterior. Hasta ese momento, las posibilidades de supervivencia de un judío escondido en Varsovia eran aproximadamente las mismas que las de un judío escondido en Ámsterdam. Sin embargo, cuando Varsovia fue borrada de la faz de la tierra, los judíos de la ciudad se quedaron sin escondites.^[3]

Los partisanos soviéticos eran la fuerza irregular más importante que se enfrentó a los alemanes en las zonas rurales de Europa del Este. No se diferenciaban de los civiles, sino que se mezclaban entre ellos para provocar conscientemente las represalias de los alemanes en las poblaciones, lo cual les servía como método de reclutamiento. En el *Hinterland* tras el avance alemán, sobre todo en el noroeste de Ucrania y en Bielorrusia, los partisanos soviéticos debían competir con los alemanes por la lealtad de las aldeas, lo que en la práctica significaba competir por los alimentos. Si los aldeanos daban comida a los partisanos soviéticos, los alemanes mataban a todos los habitantes de la población, incluidos los judíos que estuvieran escondidos, a menudo quemándolos vivos en un granero. Si los aldeanos daban comida a los alemanes, se arriesgaban a sufrir la violencia de los partisanos soviéticos. Las características de la guerra partisana eran funestas para los judíos que trataban de esconderse.^[4]

El hecho de que los hermanos Sznajder afirmaran estar del lado de los polacos en un momento y del de los soviéticos al siguiente con tanta despreocupación desafía la lógica de la polémica posbélica. Hoy en día el gran debate no enfrenta a los defensores de los nazis y a los defensores de la resistencia, sino más bien a los defensores de los dos grandes grupos que opusieron resistencia a los alemanes tras las líneas del frente oriental: el Ejército Nacional polaco y los partisanos soviéticos. Ambos grupos luchaban contra los alemanes, pero ambos aspiraban también a controlar las mismas tierras del este de Europa tras la guerra; unas tierras que también eran la patria universal de los judíos. El imperio oriental de Alemania coincidía con el territorio del asentamiento histórico de los judíos, que a su vez coincidía con el Estado polaco de entreguerras, que coincidía también con la zona de seguridad que Stalin quería establecer entre Moscú y Berlín tras la guerra.

En debates posteriores, la cuestión judía se convirtió en una herramienta en la discusión sobre el derecho a gobernar: la independencia nacional reivindicada por los polacos contra la hegemonía revolucionaria reivindicada por los soviéticos. Los defensores de la resistencia política afirman que los partisanos soviéticos no habrían podido liberar a nadie porque servían a la represión totalitaria en alza. Los defensores de Moscú aseguran que el Ejército Nacional era fascista por no haberse aliado con la Unión Soviética. Lo cierto es que, con respecto a la cuestión judía, ambos grupos

eran bastante semejantes, ya que su carácter de organizaciones casi estatales tenía más importancia que sus diferencias ideológicas.

Varios soldados y oficiales destacados del Ejército Nacional se oponían tanto a la ocupación alemana de su país como a la política alemana de asesinar a todos los judíos polacos. De Maurycy Herling-Grudziński a Władysław Bartoszewski, Jan Karski y Witold Pilecki, todos ellos sirvieron en el Ejército Nacional. No era nada extraño que las personas que acogían a soldados del Ejército Nacional también acogieran a judíos. Henryk Józewski, el gobernador de Volinia en la época de entreguerras, que había apoyado tanto el proyecto prometeísta de la Ucrania soviética como el sionismo revisionista, pasó la guerra en la clandestinidad polaca. Uno de sus múltiples escondites estaba situado en Podkowa, al oeste de Varsovia, con la familia Niemyski, cuyo principal objetivo era rescatar a judíos. Al noreste de Varsovia, en Ostrów Mazowiecka, Jadwiga Długoborska escondió a oficiales locales del Ejército Nacional y a judíos hasta que la Gestapo la ejecutó. Jerzy Koźmiński, que, al igual que Karski y Pilecki, fue un miembro del Ejército Nacional enviado a Auschwitz, decidió no comunicarse con su familia cuando se le ofreció la oportunidad, porque no quería poner en peligro a los judíos escondidos en su casa revelando su domicilio. Michał Gieruła también era un soldado del Ejército Nacional que escondía a judíos y, cuando lo denunciaron, algunos de los judíos a los que acogía fueron asesinados en su casa. Los alemanes lo torturaron a él y a su esposa, pero ellos no revelaron el escondite de los demás, y después los ahorcaron. Uno de aquellos judíos que sobrevivieron declararía más adelante que los Gieruła «sacrificaron sus vidas a cambio de las nuestras».^[5]

El Ejército Nacional también llevó a cabo algunas intervenciones para salvar vidas judías o apoyar su lucha. La ayuda más importante que el Ejército Nacional y otras organizaciones políticas polacas prestaron a los judíos de forma individual fue posiblemente la producción de documentación alemana falsa. Sus famosas «fábricas de papeles» podían expedir *Kennkarten* alemanas que indicaban que los judíos eran en realidad polacos; los judíos de la época los llamaban «papeles arios». Normalmente los polacos pedían dinero o bienes a cambio de ellos, pero no siempre. El Ejército Nacional tenía además una sección judía, liderada por Henryk Woliński, que proporcionó información a los medios de comunicación extranjeros a principios de 1942. El órgano oficial de prensa del Ejército Nacional, el *Biuletyn Informacyjny*, informó del Holocausto en todas sus fases. Los paracaidistas que saltaban de los aviones británicos sobre Varsovia con las riñoneras llenas de dinero para ayudar al Żegota a rescatar a judíos eran soldados del Ejército Nacional.^[6]

Miles de judíos ingresaron en el Ejército Nacional o afirmaron haber pertenecido a él para explicar su vida clandestina. En general, esta estrategia sólo era válida para los judíos que podían hacerse pasar por polacos; los demás sin duda serían denunciados. La sección de Varsovia del Ejército Nacional suministró a los combatientes judíos del gueto las armas con las que establecieron su autoridad, y

después más armas que usarían cuando el gueto se levantó en abril de 1943; algún que otro pequeño grupo de judíos pudo asociarse también directamente con el Ejército Nacional. Sin embargo, los judíos que lucharon en el Alzamiento de Varsovia en agosto de 1944 no participaron en él tanto por formar parte del Ejército Nacional (a pesar de que algunos sí lo habían hecho) como por luchar por lo que ellos consideraban su propia libertad. Uno de ellos describió así su razonamiento: «La perspectiva judía descartaba la pasividad. Los polacos tomaron las armas contra el enemigo mortal. Nuestra obligación como víctimas y compatriotas era ayudarlos».[7]

En los inicios del Alzamiento de Varsovia, el 5 de agosto de 1944, un destacamento del Ejército Nacional liberó el *KZ Warschau* (campo de concentración de Varsovia), escenario de un gran número de asesinatos de judíos y polacos. La mayoría de los prisioneros eran judíos extranjeros, griegos a los que habían trasladado desde Auschwitz porque se los consideraba aptos para el trabajo duro. Dado que esta operación del Ejército Nacional era totalmente simbólica y no tenía importancia estratégica, fueron voluntarios los que la llevaron a cabo. Uno de ellos fue Staszek Aronson, un judío que había saltado de un tren entre el gueto de Varsovia y Treblinka y había regresado a la ciudad para luchar en el Ejército Nacional. Muchos de los judíos liberados se unieron al alzamiento, pero algunos de ellos, que aún llevaban los uniformes del campo, fueron asesinados por un grupo polaco clandestino de derechas y de menor tamaño, las Fuerzas Armadas Nacionales (*Narodowe Siły Zbrojne, NSZ*).[8]



El Ejército Nacional era una continuación del ejército polaco anterior a la guerra y un órgano legalmente constituido del Gobierno en el exilio. Como tal, estaba abierto a todos los ciudadanos polacos, pero a diferencia de lo que ocurría antes de 1939, cuando el ejército estaba integrado en la sociedad multiétnica de Polonia tanto en la teoría como en la práctica, el Ejército Nacional era considerado una organización de la etnia polaca. La guerra y el exterminio deliberado de la nación política polaca por parte de los alemanes y los soviéticos empujaron a los polacos hacia una interpretación étnica de la lucha armada. El mito judeobolchevique proporcionó a algunas unidades del Ejército Nacional una tapadera moral para el robo y el asesinato de judíos, que efectivamente se llevaron a cabo. En 1943, cuando los

judíos supervivientes de Polonia estaban escondidos, el Ejército Nacional recibió instrucciones de tratar a los judíos armados como bandidos. En algunas ocasiones esto supuso su ejecución, pero en otras no. Al mismo tiempo, el Ejército Nacional promulgaba sentencias de muerte contra los polacos que chantajeaban a los judíos, y ejecutó varias de ellas.^[9] Las Fuerzas Armadas Nacionales (a las que los supervivientes judíos a menudo confundían comprensiblemente con el Ejército Nacional) daban por hecho que los judíos formaban parte de los enemigos de la nación y, a pesar de que este cuerpo era mucho menor que el Ejército Nacional, es probable que matara a más judíos.

El mito del judeobolchevismo también podía resultar mortal para los polacos que intentaban auxiliar a los judíos. En junio de 1944, Ludwik Widerszal y Jerzy Makowiecki, dos miembros del alto mando del Ejército Nacional responsables en gran medida de ayudar a judíos, fueron asesinados por sus propios compañeros, al parecer a raíz de una denuncia de que estaban trabajando para la Unión Soviética. La acción fue organizada por Witold Bieńkowski, que a su vez era un antisemita que rescataba a judíos. Incidentes como éste eran posibles en el contexto político de la Polonia ocupada hacia el final de la guerra, un contexto en el que la resistencia patriótica contra la ocupación alemana cedió al miedo de que el comunismo regresara. El mismo Ejército Rojo, que avanzaba liberando los territorios del Gobierno alemán, había ocupado poco antes el territorio polaco como aliado de Alemania. Los soldados del Ejército Nacional sin duda tenían razón al pensar que la población de Polonia colaboraría con el poder soviético y al temer que la Unión Soviética dominara el país tras la guerra.^[10]

A pesar de que el comunismo había sido ilegal en Polonia antes de la invasión nazi y de la minúscula dimensión del Partido Comunista Polaco de entreguerras, el comunismo era para algunos ciudadanos una alternativa convincente a la identidad nacional. Era muy común que personas comunistas por convicción (en oposición a los *apparatchik* del régimen) ayudaran a los judíos tras la invasión alemana; al fin y al cabo, las personas acostumbradas a ser perseguidas por sus creencias solían ser más generosas con otras víctimas de la guerra.

En los pueblos en los que el comunismo (o sus organizaciones tapadera) había gozado de popularidad antes de la guerra, era menos probable que se produjeran pogromos contra los judíos en 1941. Antes de la guerra, pertenecer al Partido Comunista siempre implicaba un contacto social positivo entre judíos y no judíos, y siempre requería experiencia en la vida clandestina. Para los no judíos, el comunismo también traía consigo una cosmovisión que en general chocaba con el constante discurso antisemita de los nacionaldemócratas y de la derecha polaca en la década de 1930. Por ejemplo, una ciudadana polaca, una enfermera que había trabajado en un hospital de Białystok antes de la guerra, había entablado amistad con médicos judíos.

Al igual que un número considerable de compañeros bielorrusos que vivían en Polonia en los años treinta, era comprensiva con el comunismo y le indignaba lo que ella recordaba como «un antisemitismo ubicuo».^[11]

A pesar de que la ideología comunista era más amable con los judíos que la mayoría de vertientes del patriotismo, el contexto de la guerra en el que se reclutaba a los partisanos soviéticos era difícil para los judíos. En los lugares donde los soviéticos habían gobernado entre 1939 y 1940, en los territorios ocupados por partida doble, y en la Unión Soviética de antes de la guerra, los alemanes llevaron a cabo el Holocausto con ejecuciones entre 1941 y 1942, y cuando pudieron delegaron la tarea en ciudadanos soviéticos. Esto significaba que, en la Unión Soviética ocupada, el número de jóvenes que había participado directamente en el asesinato de judíos era alto, mucho más alto que en la Polonia ocupada. Sin embargo, para los partisanos soviéticos, los miembros de las fuerzas policiales auxiliares eran recursos muy valiosos a los que debían convencer de sus ideas, de ser eso posible. El resultado fue que, más allá de las líneas alemanas, los partisanos soviéticos estaban luchando entre los campos de las masacres y reclutando a los autores de las mismas, en algunos casos prometiéndoles la amnistía. Anton Bryns'kyi, un comandante de los partisanos soviéticos tan amable con los judíos que se rumoreaba que él también lo era, reclutaba a miembros del aparato policial alemán. De hecho, a finales de 1942, los nacionalistas ucranianos estaban bastante preocupados por que esos jóvenes policías auxiliares ucranianos, a los que consideraban futuros oficiales, se marcharan para luchar por los soviéticos. En un dramático ejemplo de esta tendencia, un policía ucraniano salvó a su novia judía de acabar en una fosa cambiando de bando justo antes de que la ejecutaran y llevándosela con él a unirse a los partisanos soviéticos.^[12]

Los judíos que conocían el terreno reclutaron deliberadamente a los asesinos de sus congéneres para que lucharan con los partisanos soviéticos. Izrael Pińczuk fue un joven judío de un pequeño pueblo de Volinia llamado Gliny, cerca de Rokitno. Cuando comenzaron las matanzas, Pińczuk no quería que lo separaran de su madre; al igual que muchos otros padres, hermanos e hijos judíos, lo primero en lo que pensó durante las masacres fue en su familia. Su madre le dijo que se salvara él para que pudiera rezar el *kadish* por ella. Al principio la desobedeció y siguió al resto de la comunidad hacia la muerte, pero entonces separaron a los hombres de las mujeres en un campo de tránsito en Sarny y no volvió a ver su madre. Después de haber escuchado a los rabinos profetizar la venida del Mesías y proclamar la necesidad de aceptar la muerte con dignidad, Pińczuk huyó y recurrió a unos campesinos de la región a los que conocía y en los que confiaba. Después se unió a los partisanos soviéticos y puso su profundo conocimiento de la zona al servicio de la causa. «Dispongo de todo un grupo de personas de la región a las que he reclutado –dijo–, y entre ellos hay ucranianos que estuvieron al servicio de los alemanes y ahora se han pasado a nuestro bando. A pesar de haber trabajado para ellos, e incluso haber robado

y asesinado a judíos, es mucho mejor contar con ellos como colaboradores que como enemigos que beneficien y sirvan a los alemanes.»^[13]

No todos los judíos de la zona que trabajaban para el régimen soviético retornado eran tan explícitos respecto a esta cuestión, pero la experiencia era generalizada. Los cambios de bando eran necesarios para que existieran los partisanos soviéticos, que a menudo eran dobles y triples colaboradores. El resultado en las filas de la formación era una mezcla curiosa de judíos que trataban de salvarse de los alemanes y asesinos de judíos que trataban de salvarse de la venganza soviética por haber colaborado con los alemanes. Algunos de los comandantes de los territorios soviéticos anteriores a la guerra eran antisemitas que habían encontrado en los partisanos la oportunidad de expresarse y actuar de acuerdo con opiniones ilegales en la propia Unión Soviética. Los judíos que intentaban unirse a los partisanos soviéticos se veían obligados en cierta medida a tratar con el tipo de personas de las que habían intentado escapar. Muchos de los judíos que intentaron unirse sin armas a este grupo fueron asesinados, y a algunos que sí las tenían se las robaron primero y después los mataron también.^[14]

De todos modos, para la mayoría de los judíos, los partisanos soviéticos eran lo más parecido a un ejército amigo que encontrarían y la mejor oportunidad que tendrían de salvarse a sí mismos tomando partido. Los comandantes de la formación que eran amables con los judíos y salvaron sus vidas provenían de ambos lados de la frontera polaco-soviética, y sus nacionalidades eran diversas. Quizás al que se recuerda con más afecto es «Max», que sirvió a las órdenes de Anton Bryns'kyi en el noroeste de Ucrania, en Volinia. Corrían rumores de todo tipo sobre él, pero en realidad era un polaco llamado Józef Sobiesiak. Era uno de los pocos, o puede que el único comandante partisano que trató de establecer contactos dentro de los guetos con la esperanza de salvar a judíos. En una ocasión ordenó una acción punitiva contra un par de ucranianos que habían violado y entregado a dos chicas judías escondidas. Los ucranianos fueron ejecutados, se quemaron sus casas y se dejaron avisos a sus vecinos. El partisano que lideró esta intervención también era ucraniano.^[15]

Un número considerable de los judíos que se unieron a los partisanos soviéticos y lucharon con ahínco eran de Volinia. Al igual que Bielorrusia, al norte, el terreno de Volinia era favorable a la guerra partisana. Cuando los alemanes se propusieron liquidar por completo los guetos de Volinia en otoño de 1942, ya se sabía que los partisanos soviéticos estaban en la zona. En comparación con Bielorrusia, la población de la región estaba altamente politizada en todas las direcciones posibles: ucranianos, polacos, judíos, comunistas y nacionalistas. El apreciado partisano soviético polaco Max actuaba en esta zona, y en las voces judías de la Volinia de la guerra resonaba cierto grado de iniciativa. Muchos de los judíos que se unieron a los partisanos en esta región ya habían huido a los pantanos antes de que llegaran los soviéticos, y algunos de ellos habían levantado campamentos familiares donde se refugiaba y alimentaba a las mujeres y a los niños. Los varones judíos de Volinia

expresaban claramente sus motivos: «La magnífica sensación de la acción, de la lucha por la victoria». O: «Me alegro de haberme vengado. Cada alemán al que maté me hizo sentir mejor».^[16]

A finales de la década de 1930, el Ejército polaco había adiestrado a jóvenes judíos en el uso de armas de fuego en la región de Volinia, donde Beitar y el sionismo revisionista gozaban de gran popularidad. Los judíos que luchaban en los pantanos de Volinia, al igual que los judíos de esta parte de Europa en general, no sólo convivían con el proyecto alemán para matarlos a todos, sino también con las ideas que rivalizaban a la hora de un futuro: las de Israel, las de Polonia y las de la Unión Soviética. Todos estos judíos recibieron la influencia de estas tres experiencias y opiniones a lo largo de su vida. Max recordaba los nombres de los tres campamentos familiares levantados por los judíos: Birobidzhan, el nombre de la zona autónoma soviética destinada a los judíos; Nalewki, el principal barrio judío de Varsovia; y Palestina, el país mediterráneo que los miembros de Beitar se habían prometido a sí mismos.

Entre 1943 y 1944, algunos judíos lucharon junto a los soviéticos contra los alemanes en los pantanos de lo que en su día habían sido lejanas tierras fronterizas polacas; otros, que podían ser sus vecinos, habían sido deportados al gulag y, más tarde, habían avanzado con un Ejército polaco a través de la India e Irán hasta Palestina, donde lucharían contra los británicos en los desiertos de lo que después se convertiría en el Estado de Israel.

Tanto la Unión Soviética como Polonia reclamaron los territorios donde los judíos vivían y morían, y los soviéticos estaban decididos a arrollar no sólo a los alemanes, sino también a cualquier fuerza que apoyara la independencia polaca. Todos los intentos organizados de salvar a los judíos debían politizarse, ya que, desde la perspectiva soviética, cualquier organización, con independencia de su objetivo, era o bien prosoviética o bien antisoviética. Según la concepción estalinista de la realidad, la sociedad no existía como tal y no había espacio para la acción independiente. Ningún suceso debía verse como elemento de una realidad complicada, sino como reflejo del conflicto fundamental entre el proletariado y sus opresores capitalistas globales; dos categorías que, en la práctica, hacían referencia al liderazgo soviético y a aquéllos a los que éste considerara hostiles en un momento concreto. Las personas que salvaban a judíos a gran escala eran clasificadas en uno o en otro grupo independientemente de sus opiniones personales. Por lo general, las personas que vivían bajo el Gobierno soviético sabían todo esto.

Una de estas personas era Tuvia Bielski, un tendero e hijo de molinero que provenía de las grandes extensiones de bosques y pantanos del noreste de la Polonia de antes de la guerra, en lo que hoy en día es la Bielorrusia occidental. Bielski era un ciudadano polaco que había cumplido con el servicio militar en el ejército de su país

entre 1927 y 1929. Había tenido su primera experiencia con el Gobierno soviético durante la invasión germano-soviética de 1939, cuando la URSS se anexionó el este de Polonia. Entonces, Bielski se trasladó a la ciudad de Lida y comenzó a trabajar para el aparato comercial soviético. Tras la invasión alemana de la Unión Soviética, en junio de 1941, Bielski trató de defender a los judíos de las masacres. A principios de 1942, él y sus hermanos levantaron un campamento familiar en el bosque de Naliboki; al igual que otros campamentos familiares, se trataba de una iniciativa judía pero, como en los demás casos, los líderes habían tenido que llegar a un acuerdo con los partisanos soviéticos. Bielski convenció a los partisanos locales de que era uno de ellos y, a finales de 1942, él y los hombres que protegían el campamento quedaron oficialmente bajo las órdenes del mando soviético. El precio que Bielski y sus hombres tuvieron que pagar fue participar en las operaciones soviéticas contra el Ejército Nacional polaco.^[17]

La Unión Soviética había invadido el este de Polonia, en 1939, como aliado de Alemania y había vuelto a entrar en el este de Polonia, en 1944, como enemigo de Alemania. Stalin explicó a sus aliados británicos y estadounidenses que la Unión Soviética trataría los territorios adquiridos al aliarse con Alemania como si siempre hubieran sido soviéticos. Las fuerzas soviéticas que entraron en estas tierras llevaban amnesia entre su munición; la anterior invasión soviética de Polonia y la consecuente destrucción del Estado polaco de 1939 debían olvidarse por completo. La llegada de las fuerzas soviéticas en 1944 a los territorios de lo que antes de la guerra había sido Polonia debía considerarse ni más ni menos como la liberación del fascismo.

Este poderoso mito no admitía objeciones. La responsabilidad real de Moscú por haber invitado a los nazis a Europa del Este debía purgarse de la historia soviética para distribuirse entre los enemigos de ese momento, pueblos que se consideraban posibles contrincantes del poder soviético. Las personas que cayeron bajo el dominio soviético en el este de Polonia habían sido ciudadanos polacos antes de 1939 y, por lo tanto, habían experimentado la ocupación soviética entre 1939 y 1941, así que todos eran sospechosos en cierto modo, ya que sus vidas contradecían la línea política establecida. El propio Bielski era sionista y bautizó su campamento familiar como «Jerusalén»; el sionismo era una lealtad arriesgada que seguramente no mencionó a sus camaradas soviéticos. Luchar contra los alemanes del lado de los soviéticos no era suficiente para pertenecer al bando correcto. El hecho de que Bielski estuviera dispuesto a usar a sus hombres en acciones contra las fuerzas polacas con independencia de su opinión personal al respecto era seguramente una demostración necesaria de su lealtad. En el pasado, Bielski había jugado al ajedrez con el comandante local del Ejército Nacional, así que sus actos estaban dictados sin duda por una correcta interpretación de las expectativas soviéticas.^[18]

A pesar de que el Ejército polaco, al contrario que el Ejército Rojo, nunca había entrado en combate como aliado de Alemania, los soviéticos no dudaron a la hora de considerar fascistas a los polacos. En el contexto discursivo estalinista, un «fascista»

no era un nazi o alguien que hubiera ayudado a los nazis; un «fascista» era alguien que, según el régimen estalinista, no estuviera trabajando por el interés de la Unión Soviética. Por norma general, el Ejército Rojo permitía que los polacos entraran en combate contra los alemanes, y después los desarmaba y les hacía escoger entre la subordinación al mando soviético o el gulag. En algunos casos, los soldados polacos, y especialmente los oficiales, eran asesinados directamente. Después de llegar a Berlín y derrotar a los alemanes en mayo de 1945, el Ejército Rojo regresó a los bosques del noreste de Polonia para llevar a cabo una operación distinta contra lo que quedaba del Ejército Nacional. Tras la limpieza del bosque de Augustów, en junio de 1945, unos 592 hombres polacos fueron ejecutados. Cerca de cuarenta mil varones polacos fueron enviados al gulag al final de la guerra, de los cuales diecisiete mil estaban acusados de haber servido en el Ejército Nacional, que fue la mayor organización clandestina de Europa que se resistió a los nazis desde el principio hasta el final de la guerra.^[19]

Entre 1945 y 1949, durante los cuatro años posteriores al conflicto, cuando los comunistas apoyados por Moscú accedieron al poder absoluto en Polonia, la propaganda soviética desarrolló una línea discursiva posbélica según la cual los defensores de la estatalidad polaca, los defensores de la estatalidad judía, los estadounidenses, los nazis y los fascistas eran básicamente el mismo tipo de gente. Estados Unidos había mantenido su presencia política en Europa concediendo las ayudas conocidas como el Plan Marshall; Israel se estableció como Estado independiente en 1948, pero no se convirtió en un Estado satélite de la URSS, tal como esperaba Stalin; y la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) se fundó en 1949 como alianza militar al oeste del imperio estalinista. Según la propaganda de los inicios de la guerra fría, la misma agrupación de fuerzas derrotadas por el Ejército Rojo en 1945 seguía presente en el mundo, lista para atacar la patria del socialismo en cualquier momento. La información real –quién había luchado contra quién, y quién había colaborado con quién entre 1939 y 1945– era completamente irrelevante. La historia no debía ser descubierta y comprendida, sino que debía adaptarse a un modelo que encajara en el futuro del orden político soviético. Todos los gobiernos lo hacen en cierta medida; lo desacostumbrado del caso soviético era que ellos aspiraban a un encubrimiento total.^[20]

general también se adaptarán a la siguiente.^[21] La colaboración múltiple era inevitable en un país como Polonia, que primero había estado dividido entre alemanes y soviéticos, después completamente ocupado por los alemanes y más tarde completamente ocupado por los soviéticos.

Cualquier marxista habría podido explicar por qué el poder soviético en la Polonia posbélica no podía ser projudío. Los polacos, como todos los pueblos de Europa bajo ocupación alemana, se habían hecho con propiedades judías. Como los judíos habían sido muy numerosos en Polonia y el porcentaje de propiedades urbanas en manos de judíos era alto, esto provocó una transformación dramática de toda la sociedad. No todos los polacos eran más pobres que los judíos antes de la guerra, y los polacos tampoco prosperaron durante la ocupación: el grado de destrucción, incluso en las zonas rurales, era inconcebible para Europa occidental. Lo que resultó relevante para el futuro fueron las políticas alemanas de privación relativa: quitar algo a todo el mundo, pero quitárselo todo a los judíos, y finalmente quitarles también la vida. Esto dio lugar a los espacios –los pisos vacíos y los nichos comerciales y profesionales– que los polacos llenaron con una gran determinación motivada por sus pérdidas durante la guerra y la incertidumbre por lo que sucedería a continuación.^[22]

Los soviéticos entraron en un país devastado por la guerra y se enfrentaron a una población generalmente hostil. En lugar de cuestionar la revolución social nazi en Polonia, el poder soviético la confirmó. En realidad, aunque no hubiera sido su intención, los alemanes habían llevado a cabo la primera fase de la revolución soviética estándar dividida en dos partes: la transferencia de las propiedades de un grupo que no parecía tener futuro a otro grupo, que a partir de ese momento quedaba en deuda con la autoridad; esta fase preparatoria antecedió al cumplimiento de la revolución mediante la colectivización. La propaganda comunista soviética, y por lo tanto también la polaca, negó el especial sufrimiento de los judíos y retrató sus asesinatos como parte del martirio generalizado de la pacífica ciudadanía soviética o polaca. Si no existía el Holocausto, y por tanto tampoco había especificidad étnica en las políticas alemanas, no podía haberse producido un traspaso étnico de las propiedades. La propiedad se convirtió en un punto de contacto entre las autoridades soviéticas y la población local, de la misma forma que lo había sido entre ésta y las autoridades alemanas. Los alemanes permitieron que los polacos robaran, y los soviéticos permitieron que se quedaran aquello que habían robado. Las consecuencias del Holocausto pasaron a formar parte de la legitimación del poder soviético.

El gobierno de estilo soviético en Polonia, al igual que en los demás lugares, requería el monopolio de la virtud, así como el control del pasado. La resistencia contra los soviéticos era por definición proalemana y reaccionaria, ya que la historia sólo tenía dos bandos; además, cualquier oposición real contra los alemanes durante la guerra debía de haber sido organizada por los soviéticos. Otras formaciones no tenían derecho a existir y debían ser aplastadas si aún existían, presentándolas de

algún modo como objetivamente pronazis y «fascistas». El levantamiento del gueto de Varsovia en 1943 se reescribió como comunista (por lo tanto no esencialmente judío), y por lo tanto aceptable; el Alzamiento de Varsovia de 1944 se presentó como fascista y se condenó al olvido. El Ejército Nacional fue retratado como socio de los nazis, a pesar de que los hombres y las mujeres de la resistencia polaca fueron torturados en las prisiones de la Gestapo mientras la Unión Soviética seguía siendo aliada de la Alemania nazi.^[23]

En algunos casos, los polacos que habían salvado a judíos resultaban molestos en el nuevo orden comunista, ya que llamaban la atención sobre una de las bases sociales sobre las que se sustentaba el Gobierno soviético (el número mucho mayor de polacos que habían robado a los judíos), así como sobre la falsedad del retrato que los soviéticos hacían de la guerra (fascistas contra la URSS y sus pacíficos ciudadanos). Así, los polacos que se resistieron a los alemanes, que se resistieron a los soviéticos, y que además llamaron la atención sobre la grave situación de los judíos, eran un obstáculo para la política de la memoria. Witold Pilecki, que se ofreció voluntario para ir a Auschwitz y luchó en el Alzamiento de Varsovia, fue ejecutado por el régimen comunista polaco por espía. Władysław Bartoszewski, que fue enviado a Auschwitz por los alemanes y que había colaborado hábilmente en el Żegota para salvar a judíos, fue condenado a prisión por los comunistas por haber servido en el Ejército Nacional. Jan Karski, que había entrado voluntariamente en el gueto de Varsovia y había tratado de explicar las características de la Solución Final a los líderes occidentales, emigró después de la guerra y se mantuvo así fuera del alcance de las autoridades comunistas; la propaganda soviética lo tachó de antisemita. Witold Hulanicki, el diplomático polaco que había apoyado a los revolucionarios judíos, fue asesinado en Palestina, probablemente siguiendo instrucciones soviéticas. El salvador de judíos más eficaz de Europa del Este, el diplomático aficionado Raoul Wallenberg, fue arrestado por los contraespías soviéticos y retenido en las tristemente famosas prisiones de Lubianka y Lefortovo. Murió bajo custodia soviética, aunque a día de hoy siguen sin conocerse las circunstancias de su muerte.^[24]

El ejemplo de Wallenberg ilustra que la necesidad de distinguir el bien del mal se extendió más allá de las cuestiones polaca y judía. El retorno soviético a Europa supuso el establecimiento de regímenes amigos, es decir, comunistas, en Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria y Rumanía, así como en Polonia. En ninguno de estos lugares se investigarían los robos a los judíos, y en ninguno de ellos las matanzas de judíos pasarían a la historia como un tema diferenciado. Las personas que arriesgaron sus vidas para rescatar a los judíos no serían consideradas héroes, sino que serían acusadas de obtener más dinero por salvarlos que por matarlos. Por lo general, estos salvadores trataron de ocultar lo que habían hecho para no despertar la curiosidad de los vecinos que pudieran estar buscando objetos valiosos de los judíos. El mito, poderoso y duradero, del oro y las joyas en las casas de aquellos que habían auxiliado a los judíos da muestra de la actitud de todos aquellos polacos y europeos del Este

que robaron y mataron a judíos, no de los que los salvaron. Sin embargo, como el estalinismo no permitía que surgiera un discurso moral opuesto, el materialismo fue todo lo que quedó.

Klimenty Sheptyts'kyi fue otro ciudadano polaco y salvador de judíos que fue castigado por los soviéticos tras la guerra. Era un religioso de la Iglesia greco católica, un archimandrita de los monjes estuditas que representaba una fe de liturgia oriental, como las Iglesias ortodoxas ucraniana y rusa, pero de jerarquía institucional occidental, al ser una de las Iglesias católicas menores dependientes del Vaticano. Siguiendo las instrucciones de su hermano Andrei, metropolitano de la Iglesia greco católica, Klimenty y otros monjes y sacerdotes escondieron a más de cien judíos, muchos de ellos niños, en el complejo catedralicio de San Jorge en Lwów, la ciudad a la que ellos, por ser ucranianos, llamaban Lviv.

Andrei Sheptyts'kyi fue el único religioso cristiano de tan alto rango que actuó con decisión contra las masacres de judíos. En un primer momento había recibido la invasión alemana como una liberación del poder soviético, el cual atacaba no sólo a su Iglesia, sino también a un número creciente de sus feligreses. Su opinión sobre los males del régimen soviético no cambiaría nunca, pero enseguida se convenció de que la ocupación era peor. Además de su labor de rescate, que por supuesto era secreta, protestó ante Himmler, protestó ante Hitler, y pidió al papa que interviniera para proteger a los judíos. Le dijo a Pío XII que los judíos eran «las primeras víctimas» del Gobierno alemán y que el nacionalsocialismo significaba «el odio a todo aquello que es honorable y hermoso». Publicó cartas pastorales recordando a su congregación el mandamiento divino de no matar. También clasificó el asesinato como un pecado reservado, lo que significaba que los greco católicos que mataban a otros seres humanos debían confesarse directamente con él. Como Andrei Sheptyts'kyi era mayor y tenía dificultades para moverse, estas confesiones eran la manera de estar informado sobre lo que él consideraba una avalancha de pecaminosidad entre su gente. Escuchar las confesiones le exigía enfrentarse una y otra vez a la verdad de lo que muchos cristianos ucranianos estaban haciendo a los judíos. Murió en noviembre de 1944, poco después del regreso del Ejército Rojo. Los soviéticos subordinaron por la fuerza la Iglesia greco católica al Patriarcado de Moscú de la Iglesia ortodoxa, a la que mucho antes habían humillado y dominado. Cuando su hermano Klimenty se negó a renunciar a su fe, fue condenado a prisión en la Unión Soviética, donde murió en 1951.

Los hermanos Sheptyts'kyi fueron sin duda unos seres humanos excepcionales, y además Andrei actuaba desde una posición de cierta autoridad. Como arzobispo de la Iglesia católica, era mucho menos vulnerable a la opresión alemana que la gran mayoría de la población y la gran mayoría de los religiosos. La situación de su iglesia también era especial, ya que sus fieles habían estado sometidos a la Unión Soviética

entre 1939 y 1941, cuando ésta se anexionó el este de Polonia. Muchos de los nacionalistas ucranianos a los que los alemanes habían persuadido para colaborar después de 1941 eran greco católicos. A pesar de que muchos de estos jóvenes no hacían caso de las instrucciones de su metropolitano, habrían reaccionado negativamente si los alemanes hubieran arrestado o matado a Sheptyts'kyi. En este sentido, tenía en cierto modo el estatus de diplomático, y su capacidad para aprovechar los edificios del complejo catedralicio para salvar a judíos se asemejaba a la capacidad de los diplomáticos de extender la protección estatal.^[25]

Sin embargo, la propia Iglesia greco católica ya tenía un historial de vulnerabilidad. Era una suerte de mediadora entre las tradiciones cristianas oriental y occidental en Europa. Creada en 1596 como parte del intento de restaurar la unidad entre los cristianos orientales y occidentales, durante dos siglos fue conocida como Iglesia uniata y logró una gran prosperidad bajo la República de las Dos Naciones, que desapareció en 1795. La mayor parte del territorio ecuménico de la Iglesia uniata pasó entonces a formar parte del Imperio ruso, que no reconocía su existencia y supervisó su fusión con la Iglesia ortodoxa dominante. Sin embargo, la Iglesia uniata sobrevivió en la provincia austrohúngara de Galitzia, y los Habsburgo, católicos romanos, la rebautizaron como «Iglesia greco católica» para subrayar su vínculo con Roma. Bajo su Gobierno, esta iglesia se asoció con el resurgimiento nacional ucraniano, uno de cuyos líderes era Andrei Sheptyts'kyi.^[26]

En 1918, el Imperio austrohúngaro se desintegró tras su derrota en la Primera Guerra Mundial, y Galitzia, con todos sus greco católicos, se integró en el nuevo Estado independiente de Polonia. Los ucranianos eran de repente una minoría nacional que había pasado de formar parte de un imperio plural a pertenecer a un Estado nación. Acostumbrados a la libertad considerable de la que disfrutaban bajo el Gobierno de los Habsburgo, los ucranianos del antiguo distrito austrohúngaro de Galitzia, que poseían conciencia nacional, eran considerados una amenaza concreta por parte de las autoridades polacas. En la Polonia de entreguerras, la Iglesia greco católica se convirtió en el refugio de la minoría nacional ucraniana, muchos de cuyos miembros se creían oprimidos por el Estado polaco. Éste era constitucionalmente laico, pero sus políticas, especialmente en la segunda mitad de los años treinta, estaban influenciadas por el Movimiento Nacional Democrático, asociado con la Iglesia católica romana. Para muchos nacionalistas polacos, Andrei Sheptyts'kyi servía a una causa ajena y, dentro de su propia iglesia, era conocido por su actitud excepcionalmente positiva hacia los judíos y por su respeto hacia la tradición judía; mantenía correspondencia con algunos rabinos en hebreo.^[27]

La Iglesia greco católica vivía alejada de cualquier autoridad central, y lo mismo ocurría con otras iglesias que salvaron a judíos. Por lo general, las iglesias que habían disfrutado de una relación estrecha con el Estado antes de la guerra no salvaron activamente a judíos. Con la caída del orden político anterior, su propia capacidad para la acción se redujo. Los clérigos que no estaban acostumbrados a estar en la

oposición pocas veces se aventuraban a hacer interpretaciones de las enseñanzas cristianas que pudieran servir de base para la resistencia contra el nuevo *statu quo* nazi. En la propia Alemania, las principales confesiones generalmente articulaban una forma de cristianismo alineada con el nuevo orden. A pesar de que había excepciones, como por ejemplo Dietrich Bonhoeffer y la Iglesia de la Confesión que ayudó a fundar, la gran mayoría de los protestantes alemanes permitieron que sus iglesias se nazificaran.^[28]

En cambio, los líderes religiosos y los fieles cristianos acostumbrados a cierta tensión con las autoridades políticas y con la población que los rodeaba solían mostrarse más abiertos a la posibilidad de oponerse a las políticas nazis, y más rápidos a la hora de identificar el auxilio a los judíos como una misión cristiana. Seguramente no fue el protestantismo en sí lo que hizo que los protestantes franceses ayudaran a los judíos más que los católicos franceses, sino su propia condición minoritaria y su historial de persecución.^[29] En los Países Bajos, donde los católicos predominaban en algunos distritos y los protestantes en otros, los católicos normalmente salvaban a los judíos allí donde eran minoría, y los protestantes, allí donde lo eran ellos. Los miembros de religiones menores confiaban especialmente unos en otros en épocas difíciles, y acostumbraban a ver sus casas como puestos avanzados de la verdad, sitiados en un mundo dividido. Al parecer, cuanto más alejados hubieran estado los cristianos de la autoridad antes de la guerra, más probable era que salvaran a judíos.

En la Unión Soviética ocupada, los judíos a la fuga a veces encontraban refugio entre los representantes de denominaciones protestantes menores prohibidas, como por ejemplo los baptistas de Ucrania, que creían que los judíos eran hijos de Israel y les gustaba hablar de la Biblia y del sionismo con ellos. Las familias Krupa y Zybelberg pasaron seis semanas en el pajar de un baptista y entablaron una relación de amistad con él; prometieron invitarlo a Palestina si sobrevivían; le contaban sus sueños y él los interpretaba. Los estundistas, una denominación protestante evangélica que surgió en el sur de Rusia y Ucrania bajo la influencia de los baptistas y otros protestantes, generalmente también eran amables con los judíos en apuros. Lea Goldberg era una adolescente judía de Rafałówka que escapó sola de las ejecuciones en masa de su pueblo en agosto de 1942. Llegó donde los estundistas, que la acogieron, y se convirtió a su fe. Cuando el Ejército Insurgente Ucraniano (*Ukrayinska Povstanska Armia*, UPA) atacó a los estundistas, probablemente en julio de 1943, la capturaron y la utilizaron como enfermera. Durante seis meses fue testigo de cómo su unidad del UPA mataba a partisanos soviéticos, a polacos y a judíos, y cuando por fin escapó de ellos, regresó con un estundista al que conocía, que la escondió bajo el heno de su carro. Emanuel Ringelblum, el historiador judío que creó el archivo del gueto de Varsovia, creía que las denominaciones protestantes menores se comportaban de manera similar en Polonia. Los protestantes que salvaban a judíos no actuaban de acuerdo a la perspectiva ecuménica que se ha generalizado desde

entonces, sino más bien de acuerdo a una interpretación de la fe cristiana que operaba más o menos aislada de las instituciones dominantes de la autoridad espiritual y secular.^[30]

La Iglesia católica romana, dominante en Polonia, no adoptó una postura contraria a la masacre de los millones de judíos que habían vivido durante siglos entre sus fieles. La doctrina católica de la época consideraba a los judíos colectivamente culpables de la muerte de Jesús, y las enseñanzas católicas sobre la modernidad vinculaban la plaga del comunismo con el judaísmo. En consecuencia, la motivación de los católicos romanos que salvaron a judíos debía tener cierto carácter individualista, ya fuera suyo propio o de los sacerdotes de su parroquia. Por lo general, estos católicos romanos manifestaban creencias religiosas heterodoxas o heréticas.^[31]

El oficial nazi Wilm Hosenfeld, de origen alemán y de religión católica romana, destinado en Polonia y que sirvió como director de actividades deportivas para los oficiales alemanes en la Varsovia ocupada, llegó a considerar el Holocausto como una suerte de segundo pecado original. Por alguna razón, vio la deportación de judíos de la ciudad como lo que era, y se negó a utilizar argumentos políticos o ideológicos para racionalizar el pecado del asesinato. Para él, la cuestión crucial se reducía sencillamente a si los judíos del gueto estaban siendo enviados a morir. Si así era, «no hay honor alguno en ser un oficial alemán», escribió. Tras la destrucción del gueto, habló de «una maldición que jamás desaparecerá». Auxilió a varios judíos y polacos, y a algunos los salvó de una muerte segura. Se lo recuerda por encontrar y ayudar al pianista Władysław Szpilman en las ruinas de Varsovia, durante las últimas semanas de la ocupación alemana. Hosenfeld fue sentenciado por los soviéticos a veinticinco años de prisión como criminal de guerra, y murió en cautiverio. Szpilman, en cambio, sobrevivió para contar la historia de Hosenfeld.^[32]

Aleksandra Ogrodzińska, católica romana de origen polaco, creía en los milagros. En 1940, ella y Vala Kuznetsova eran compañeras de trabajo en un organismo soviético en plena región pantanosa de Polesia, en lo que había sido Polonia oriental antes de la invasión soviética. Después de que los alemanes expulsaran a los soviéticos en 1941, Aleksandra mintió a las nuevas autoridades afirmando que Vala era su empleada del hogar, y así apartó a una mujer judía de la atención pública. En las semanas y los años siguientes, Aleksandra lloraba cuando le contaba a Vala lo que les estaba sucediendo a los judíos. «¿Qué hemos hecho para merecer esto? –le preguntaba Vala a Aleksandra–. ¿Es sólo porque somos judíos?» Aleksandra sollozaba y trataba de consolar a Vala, y quizá también a sí misma, diciendo que un milagro podría liberarlas y cambiarlo todo esa misma noche.^[33]

Los milagros y las visiones son una amenaza para las instituciones religiosas, porque desafían el monopolio de la inspiración del clero. Gedali Rydlewicz escapó

durante un traslado desde Biała Podlaska, en el extremo occidental de Polesia, y en la linde de un bosque dio con un hombre al que la gente de la zona conocía como «el Santo». Michał Iwaniuk escribía poesía religiosa, bendecía a la gente por su propia autoridad y hablaba a todo el mundo de sus visiones. No está claro si era católico romano u ortodoxo, ya que las fuentes judías normalmente no hacen diferencias entre los distintos tipos de cristianismo. En los dos casos habría sido acusado de herejía y blasfemia; sin duda iba por su cuenta y vivía fuera del alcance de las instituciones religiosas y de cualquier otro tipo. Iwaniuk auxilió a cerca de sesenta judíos a lo largo de la guerra, y al preguntarle por qué lo había hecho, respondía que la Virgen María se le había aparecido y le había ordenado salvar a la gente.^[34]

Las monjas católicas romanas tampoco seguían el camino tradicional, pero en un sentido diferente. Ellas y sus conventos estaban completamente subordinados a la jerarquía y a las enseñanzas de su Iglesia; se mantenían apartadas del día a día de la política religiosa, por ser mujeres en una institución dirigida por hombres en la que sólo éstos pueden servir como sacerdotes, y por vivir aisladas del mundo en busca de formas concretas de devoción. Las monjas polacas salvaron a cientos, si no a miles de niños judíos, y en algunos casos quisieron convertirlos a la fe católica. La madre de Michał Głowiński, al encontrar a su hijo vivo después de la guerra, no tuvo ningún problema en dejar que las monjas lo bautizaran en reconocimiento de lo que habían logrado y lo que habían arriesgado. Desde la perspectiva teológica de la Iglesia católica, la salvación de las almas era más importante que la conservación de las vidas terrenales y, según la política de la Iglesia católica, la conversión de los niños los hacía cristianos.

Para las monjas de los conventos –mujeres que habían dejado a su familia terrenal o que no la tenían–, los niños tenían cierto atractivo especial del que los judíos de más edad podían carecer. Sin embargo, en numerosos casos las monjas también auxiliaron a varones judíos jóvenes que, por diversas razones, no debían estar en un convento. Anna Borkowska, por ejemplo, madre superiora de un convento dominico cerca de Vilna, ayudó a varios judíos. Uno de sus favoritos fue un joven inteligente y apasionado llamado Aryeh Wilner, al que ella llamaba Jurek (diminutivo polaco de Jerzy o Jorge). Después de marcharse del convento e ir a Varsovia, Wilner siguió utilizando Jurek como nombre de guerra en la clandestinidad judía y en sus contactos con los polacos de la parte aria de la ciudad. En 1943, se le encomendó la misión de conseguir apoyo y armas del Ejército Nacional con vistas al levantamiento del gueto. El enfrentamiento estalló cuando él estaba fuera de sus muros, de manera que pudo transmitir sus descripciones sobre los motivos de los luchadores del gueto a los polacos y, así, a todo el mundo. Explicó que el levantamiento no buscaba proteger la vida judía, sino recuperar la dignidad. Sus interlocutores polacos interpretaron sus palabras en sus propios términos nacionales románticos: el autosacrificio de los judíos redimiría a la nación judía. Parece que Wilner se refería a un concepto más general: el levantamiento del gueto trataba de la cuestión de la dignidad humana, y

por lo tanto desafiaba a todo aquel que podría haber hecho más pero decidió hacer menos. Si efectivamente era una redención, también era un reproche.

Jurek regresó al gueto en llamas, donde fue asesinado como Aryeh.^[35]

Oswald Rufeisen era un joven sionista del suroeste de Polonia que hablaba tanto alemán como polaco. Sus padres habían sido súbditos del Imperio austrohúngaro y lo habían llevado a una escuela primaria en la que la lengua de enseñanza era el alemán. Después había sido enviado a vivir con una tía en Bielsko para que pudiera continuar sus estudios en una institución de lengua alemana. Allí se unió a Akiba, una organización sionista, y aprendió a montar a caballo con un amigo polaco. La familia de Rufeisen estaba integrada en la sociedad polaca; su padre había servido durante ocho años en el ejército del país, y el joven Oswald nunca había experimentado ningún tipo de antisemitismo. Sin embargo, la idea del sionismo, de una tierra para el pueblo judío, le proporcionó una sensación de pertenencia durante los años que pasó fuera de su hogar. Cuando el Ejército alemán invadió Polonia en septiembre de 1939, huyó hacia el este como otros cientos de miles de judíos polacos, con la idea de llegar en algún momento hasta Palestina.

Utilizando la red de Akiba, trató de llegar a algún puerto del Báltico donde poder tomar un barco. Llegó hasta Letonia, que para entonces ya era una república soviética, pero el NKVD lo envió de vuelta a Lituania. Logró escapar de la policía aduanera y se dirigió a Vilna, que en aquella época era la capital de la Lituania soviética, donde buscó y encontró a otros miembros de Akiba. Decenas de miles de refugiados judíos se habían unido a los cientos de miles de judíos originarios de la ciudad. Para sobrevivir, Rufeisen se dedicó a diversos oficios, incluido el de zapatero. Se dio cuenta de que le gustaban los rusos, pero daba por hecho que en algún momento el NKVD los deportaría a él y a otros refugiados judíos de Vilna, como se había hecho con los judíos del este de Polonia. Sin embargo, los alemanes invadieron la ciudad en junio de 1941, y Rufeisen fue arrestado poco después por un policía lituano al servicio de los alemanes. Cuando le preguntaron por su profesión, declaró que era zapatero y se libró así de ser ejecutado en Ponary, ya que los alemanes casualmente necesitaban ese tipo de profesionales. En septiembre de 1941 presencié una redada de judíos en Vilna y decidió esconderse. Al ver a un alemán ebrio rodeado de adolescentes polacos, se arriesgó y ayudó al hombre a llegar a casa. El alemán le confió que él y sus camaradas habían matado a mil setecientos judíos ese día, y que por eso estaba tan borracho.

En ese momento Rufeisen comprendió lo que les estaba sucediendo a los judíos de Vilna y decidió marcharse de la ciudad. Alguien a quien había conocido por casualidad le había ofrecido trabajar en su granja un poco más allá de las afueras de la ciudad, a unos tres kilómetros del escenario de las masacres de Ponary. Un veterinario bielorruso que cuidaba el ganado le dijo a Rufeisen que sería bienvenido

en su familia, en un lugar más seguro y aislado, y le escribió una carta de recomendación. Rufeisen decidió marcharse a ese pueblo llamado Turets, que no era seguro; todos los judíos de esa localidad fueron asesinados en noviembre de 1941, poco después de la llegada de Rufeisen. Encontró trabajo como conserje de la escuela local, donde trabajaba a cambio de comida, y se hizo con algunas de las ropas de los judíos asesinados cuando las repartieron entre los aldeanos.

La familia bielorrusa con la que vivía le pidió que se registrara en la policía, que en este caso eran los policías auxiliares bielorrusos de la localidad al servicio de los alemanes. El jefe de la policía quedó tan impresionado por el alemán de Rufeisen que intentó contratarlo como profesor de lengua. Rufeisen acabó trabajando como traductor entre los gendarmes bielorrusos y los policías alemanes destinados en Mir. Se presentaba como polaco de padre alemán, estaba oficialmente contratado por la policía alemana y llevaba uniforme alemán. Gran parte del trabajo lo realizaba a lomos de un caballo, y tenía que presenciar las ejecuciones de los judíos. Un día se encontró con un judío de Mir al que había conocido en Vilna y comenzó a pasarle información que pudiera ayudar a los judíos de la zona. Desde su nueva posición dentro del puesto avanzado de la policía alemana, Rufeisen alertó a los judíos de que los matarían a todos el 13 de agosto de 1942, e incluso les pasó armas. Como resultado, unos trescientos judíos huyeron de Mir.

Un judío de esa localidad lo denunció a la policía como la persona que había dado el aviso, y Rufeisen admitió a su superior alemán que era cierto. Durante una conversación acerca de sus motivos, reconoció por voluntad propia que era judío. El policía alemán, impresionado por la confesión, lo trató con una compasión considerable y le dijo que era una imprudencia admitir algo así. En lugar de preparar su ejecución, comentó de pasada que Rufeisen podría sobrevivir de algún modo y lo dejó solo. Rufeisen decidió fugarse y, a pesar de que los hombres que habían sido sus compañeros lo persiguieron e incluso le dispararon, tuvo la impresión de que no todos los agentes querían atraparlo.

Mientras huía, Rufeisen vio a una monja y tuvo una idea. Se deslizó por la puerta del claustro de las Hermanas de la Resurrección, una orden poco común fundada por una madre y una hija polacas y dedicada a la particular tradición martirológica polaca del sacrificio nacional. Pidió ayuda a las monjas, pero éstas tenían miedo, porque sabían que Rufeisen era judío y que otras personas de la región también lo sabían. Le dijeron que rezarían para pedir consejo; ese día la homilía del sermón resultó ser la parábola del buen samaritano (Lucas 10:25-37), lo que las monjas interpretaron como una señal de Dios. En la historia bíblica, un judío al que han robado y golpeado necesita ayuda, y no es uno de los suyos quien le auxilia, sino un miembro de una tribu extranjera y hostil, un samaritano. Las monjas podían considerar la parábola como un simple consejo desde una posición de autoridad para que ayudaran a un extraño, pero ellas mismas debían saber que la parábola tenía un significado más profundo: Jesús la recitó mientras hablaba con sus discípulos de un pasaje crucial de

la Biblia, el Levítico 19:18: «No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo Jehová». Cuando Jesús les dijo a sus discípulos «amarás a tu prójimo como a ti mismo» les dio el más importante de los mandamientos divinos (Lucas 10:27, Mateo 22:39, Marcos 12:31). Entonces los discípulos quisieron saber a quién debían considerar su pueblo y a quién debían considerar su prójimo. Ésas fueron las preguntas a las que Jesús respondió con la historia del buen samaritano, del extraño que ayuda a otro extraño. Después preguntó a sus discípulos quién era el prójimo en el relato, y ellos respondieron: «El que tuvo compasión de él». Entonces Jesús les dijo: «Pues id y haced lo mismo».

Las monjas aceptaron a Rufeisen en su claustro y lo cobijaron durante más de un año. «Es difícil imaginar los subterfugios a los que las hermanas tuvieron que recurrir para que yo pudiera quedarme allí, especialmente en otoño y en invierno –recordó más tarde–, e incluso para hacer mi estancia más agradable.» Dedicó ese tiempo en el claustro a leer el Nuevo Testamento. Aún era sionista, y descubrió en Jesús una imagen del judío en su hogar de Palestina. En diciembre de 1943, cuando su presencia parecía estar poniendo en peligro el claustro, accedió a marcharse vestido de monja. Se encontró con un judío de Mir que le llevó con una unidad de partisanos soviéticos que estaba ejecutando a todos los polacos de sus filas, de manera que Rufeisen enseguida quiso demostrar que era judío. Otros judíos de Mir a los que Rufeisen había salvado estaban con Tuvia Bielski en su campamento familiar, así que Rufeisen sirvió con los hombres de Bielski durante un tiempo. Después se dejó convencer por los judíos a los que había salvado en Mir para ir a trabajar para los soviéticos cuando el Ejército Rojo volvió a la región. Sirvió en el NKVD durante tres meses escribiendo informes sobre la gente que había conocido en la guerra. Rufeisen fue una de las innumerables personas que trabajaron para los aparatos de seguridad tanto de la Alemania nazi como de la URSS, pero sin duda fue uno de los pocos judíos que logró hacerlo. Finalmente se dirigió a Cracovia con otros refugiados polacos y allí ingresó en un monasterio.^[36]

Andrei Sheptyts'kyi, el metropolitano greco católico, hizo referencia a la parábola del buen samaritano en sus mensajes a los feligreses ucranianos. «Sabed –escribió– que todo lo que hacéis en señal de amor a vuestro prójimo traerá la bendición de Dios sobre vuestra familia y vuestra aldea.» Michał Iwaniuk, conocido como «el Santo», también citó la parábola, si bien de una manera más imprecisa. Cinco judíos que fueron rescatados por un sacerdote católico romano en Krosno se referirían más adelante a una cita con la que gracias a él se habían familiarizado: «Ama a tu prójimo». Entre los miles de católicos romanos polacos que decidieron auxiliar a los judíos a título individual, muchos de ellos explicaban sus motivos con la misma cita, inexacta pero inconfundible: su obligación de «ayudar al prójimo».^[37]

Para estos hombres y mujeres, la condición de prójimo tenía un carácter recíproco: lo era tanto quien ayudaba a otra persona como quien recibía ayuda; quien mostraba compasión o quien la recibía. La humanidad se reconocía a sí misma en el

sufrimiento ajeno. Durante la guerra, Oswald Rufeisen leyó el Nuevo Testamento escondido en un claustro, pero cuando ingresó en el monasterio, adoptó un nombre del Antiguo Testamento: Daniel, el intérprete de sueños, el profeta de las calamidades. Los cristianos que se compadecieron de los judíos como Rufeisen fueron excepciones dentro de la catástrofe moral de la cristiandad durante el Holocausto. En una época de inundaciones, estas personas trabajaron silenciosamente contra corriente, emergiendo para ayudar y desapareciendo después.

12

Los pocos justos

Ita Straž, una muchacha de diecinueve años, fue arrastrada por unos policías lituanos hasta una larga fosa en el bosque de Ponary. Había oído los disparos y ahora podía ver las filas de cadáveres. «Éste es el final –pensó–. ¿Y qué he visto yo de la vida?» De pie y desnuda junto a otros, al borde de la zanja, las balas le pasaban volando cerca de la cabeza y el cuerpo. Cayó recta y de espaldas, no por fingir que estaba muerta, tan sólo a causa del miedo. Se quedó inmóvil mientras los cuerpos le caían encima, uno detrás de otro. Cuando la fosa se llenó, alguien se subió sobre la última capa de cadáveres y disparó hacia abajo sobre los cuerpos amontonados. Una bala le atravesó la mano a Ita, que no emitió sonido alguno. Arrojaron tierra sobre la fosa. Esperó todo el tiempo que pudo y luego se abrió paso apartando cuerpos y escarbando en la tierra. Sin ropa, cubierta sólo de barro y de su propia sangre y la de otros, buscó ayuda. Llegó hasta una primera casa, pero la rechazaron; después hasta una segunda y una tercera. En la cuarta obtuvo ayuda, y sobrevivió.^[1]

¿Quién vive en la cuarta casa? ¿Quién actúa sin el apoyo de las normas o las instituciones, sin representar a ningún gobierno ni ejército ni iglesia? ¿Qué ocurre cuando los encuentros en la sombra, de judíos necesitados de ayuda con alguien con contactos en alguna institución, dan paso a meros encuentros entre desconocidos, a encuentros a ciegas? La mayoría de los judíos, casi siempre, eran rechazados y morían. Cuando el mundo exterior suponía una amenaza, pero ninguna promesa, las pocas personas que actuaban para salvar a los judíos generalmente lo hacían porque eran capaces de imaginar cuán distintas podían ser sus propias vidas. El riesgo al que se exponían lo compensaba la visión del amor, del matrimonio, de los hijos, de soportar la guerra hasta que llegase la paz y un futuro más sereno.^[2]

En su forma más básica, esta visión era la del deseo sexual. Entre sus recuerdos sobre cómo huyó de los trenes rumbo al gulag y a Bełżec, Zelda Machlowicz no menciona que fuese atractiva; tampoco hace falta: su tono y su historia bastan. Zelda era una chica de campo, hija de una familia de granjeros judíos de la Polonia de entreguerras, en la Galitzia oriental, lo que hoy es el oeste de Ucrania. Eran muchos los judíos agricultores en esta parte del mundo. Mientras que a los judíos de la Rusia imperial se les prohibía tener tierras en propiedad fuera de las ciudades, a los judíos del Imperio austrohúngaro se les permitía que las arrendasen. Después de que la Primera Guerra Mundial acabase con el Imperio austrohúngaro y Galitzia pasase a formar parte de Polonia, miles de judíos, entre ellos la familia Machlowicz, continuaron labrando la tierra y criando ganado; hasta que los soviéticos invadieron el este de Polonia y, en 1940, el NKVD los deportó por ser *kulaks*, personas con

demasiados bienes en propiedad.

Zelda saltó del tren de deportación soviético, dejando atrás a sus padres, y se puso en camino hacia la ciudad de Rawa Ruska, donde se ocultó de las autoridades soviéticas. Cuando los alemanes llegaron en junio de 1941, ya estaba más que acostumbrada a sobrevivir gracias a su inteligencia. Se las ingenió para eludir las campañas alemanas de fusilamientos y más tarde, desde principios de 1942, para evitar la deportación hasta el campo de exterminio alemán de Belzec. Zelda no ocultaba su persona, sino más bien su identidad: frecuentaba los lugares donde no era conocida y se hacía pasar por una muchacha ucraniana. No entraba al gueto ni lucía la estrella con la que se suponía que debían distinguirse los judíos. Contaba con ciertas ventajas: como mujer, no portaba ninguna señal física de ser judía; probablemente su vestimenta revelaba que era de campo, pero no que era judía; como otros judíos de zonas rurales, hablaba bien el ucraniano y era capaz de realizar ciertas proezas que los no judíos consideraban imposibles para un judío, como ensillar o montar a caballo. Ningún desconocido se dio cuenta jamás de que era judía, pero, después de un tiempo, quienes la conocían la descubrieron.

El cuerpo de policía, tanto bajo la ocupación alemana como bajo la soviética, estaba en su mayoría compuesto por habitantes de la zona. Aunque Zelda no era de Rawa Ruska, cada día corría el riesgo de que alguno de los ayudantes de policía ucranianos la reconociese, y así sucedió; un día, dos de ellos, también adolescentes, la pararon y se mofaron de ella diciéndole: «Acompáñanos a Belzec, allí podrás descansar». En ese momento, un tercer policía ucraniano se acercó corriendo hasta ellos; Zelda reconoció a Pietrek Hroshko, con quien había ido al colegio antes de la guerra. «No os la llevéis –dijo a sus colegas–. Es mi prometida de antes de la guerra, ya me quedo yo con ella.» En ucraniano, la palabra «prometida» tiene un significado amplio, parecido al de «novia». Los dos primeros policías ucranianos lo dejaron a cargo de la situación; Pietrek se dirigió a Zelda y dio comienzo una conversación entre ambos que revelaba no sólo la complejidad de la muerte que reinaba a su alrededor, sino la sofisticación de la juventud que habitaba en su interior.

P.: Te he salvado la vida. Quédate conmigo. Te deseo desde hace mucho tiempo, desde antes de la guerra, cuando estabas en sexto.

Z.: Óyeme, no tendrías más que aprovecharte de mí. Yo soy judía y tú eres un policía alemán. Así que haz conmigo lo que quieras. O espera, y después, cuando acabe la guerra, quizá podamos casarnos.

P.: Te prometo que no te pondré un dedo encima. Ven conmigo a casa.

Z.: No, gracias. Dios te lo pagará.

P.: Te arrepentirás... Te esconderé.

Z.: No quiero causarte problemas en tu carrera con los alemanes. Sabes que estoy sola, apenas tengo dieciséis años, pero sé cuidar de mí misma.

P.: No te olvides de mí.

Más adelante, otro judío denunció a Zelda y la deportaron a Belzec. También

escapó de aquel tren, pero le dispararon y resultó herida. La encontró una familia ucraniana que la tomó por una compatriota y la cuidó hasta que recobró la salud. El hijo de la familia era un policía al servicio de los alemanes y también él se sintió atraído por Zelda. «Mamá –dijo–, me has traído a casa una prometida.» Zelda decidió dirigirse hasta Lwów y meterse a monja de clausura, pero por el camino le robó la documentación a una muchacha ucraniana que iba sentada a su lado en el tren. Tal y como se decía en el Lwów de la época, con un pasaporte se podía salir adelante. Zelda usurpó la identidad de la muchacha y consiguió una serie de trabajos; uno de ellos consistía en falsificar documentos alemanes.^[3]

A una mujer judía la podía salvar un nuevo amante: alguien a quien conociese mientras estaba oculta y le propusiese matrimonio, y por lo tanto un nuevo hogar y un refugio. Alicja Rottenberg abandonó el gueto de Varsovia en busca de refugio en el lado ario. Tanto ella como sus dos primas se escondieron al principio en casa de la secretaria de su tío, pero las denunciaron y tuvieron que huir. Luego encontraron otro lugar en casa de un marinero, pero se vieron obligadas a marcharse por no acceder a sus proposiciones sexuales. Después de esto, les ofreció alojamiento una antigua prostituta a quien Alicja le cayó en gracia; no podía mantener ocultas a las tres muchachas por mucho tiempo, pero les encontró un nuevo escondite en casa de su hermana y sus sobrinas, a quienes Alicja tendría que pagar. La convivencia de cinco mujeres jóvenes en una situación poco convencional dio lugar a tensiones de lo más convencionales.

Un amigo de la casa, un joven llamado Zdzisław Barański, empezó a fijarse en Alicja más que en las dos hermanas, por lo que cuando le pidió matrimonio a Alicja, y no a una de ellas, les dio tanta envidia que la delataron y le confesaron a su pretendiente que era judía. Alicja esperaba poder ahorrarle a Zdzisław todos los problemas que sabía que aquello acarrearía. «Yo misma era consciente de que la situación era desagradable. Decidí decirle a Barański que, por el bien de ambos, deberíamos poner fin a la relación. A la tarde siguiente, cuando vino a verme, comencé a explicarle de la forma más delicada que pude que teníamos que romper nuestro compromiso. No tardó en contestarme que ya estaba al tanto de todo y que nada de aquello le importaba. Prometió cuidar de mí y ayudarme en la medida de sus posibilidades.»

Llegados a ese punto, la familia de acogida decidió robarles todas sus pertenencias a sus inquilinas judías y denunciarlas a la policía. Esta decisión, más que fruto de la ira, fue probablemente algo calculado. Cuando las hermanas le contaron a Zdzisław que Alicja era judía, estaban, asimismo, denunciando a su madre por dar refugio a judíos de forma ilegal y a sí mismas como cómplices. En un momento de envidia humana habían puesto en peligro sus vidas y la de su madre. La única forma de garantizar su propia seguridad, de saber que Zdzisław no las denunciaría, era

deshacerse de las judías. Alicja se salvó: su prometido mantuvo su palabra y le encontró un nuevo refugio a las afueras de Varsovia, pero a sus dos primas las fusilaron al día siguiente. Alicja y Zdzisław se casaron después de la guerra, tuvieron una hija y más tarde se divorciaron.^[4]

Una mujer podía salvar a su marido, o un marido a su mujer. Sofia Eyzenshteyn trabajaba como matrona en Kiev, en la Ucrania soviética, y era famosa por sus «manos de oro». En septiembre de 1941, los alemanes fusilaron en Babi Yar a la mayoría de los judíos que quedaban en la ciudad. El marido de Sofía, que no era judío, le cavó un refugio en la parte de atrás de un patio; la disfrazó de mendiga y la llevó hasta allí, donde tenía la costumbre de pasear al perro y hablar con él. Cuando se acercaba al escondite, dirigía sus palabras hacia su mujer, y le llevaba comida y agua. Ella, no pudiendo soportar más tener que ocultarse, le pidió que la envenenara, pero él no accedió y ella sobrevivió.^[5]

El amor por los niños también podía salvar vidas.^[6]

Katarzyna Wolkotrup era una abuela polaca que vivía en Baranowicze junto con sus hijos y sus familias: una hija y un hijo casados, y un hijo soltero. Su hija y su yerno tenían un bebé, la primera y única nieta de Katarzyna. Sus tres hijos eran amigos de una pareja judía, Michał y Chana, que también tenían una niña pequeña de la misma edad y a quienes escondieron en el sótano de la casa. Cuando la niña lloraba, Chana le pedía a la abuela Katarzyna que la sacase para que le diese el aire. Era mucho más seguro esto que saliesen ellos mismos y, efectivamente, no existía casi ningún riesgo: al tratarse de una niña, no estaba circuncidada, y cualquiera que la viese probablemente pensaría que no eran más que una abuela con su nieta, una imagen de lo más común en Polonia, donde las abuelas crían a los nietos.

Un día en que Katarzyna había salido con el bebé de Michał y Chana, oyó un fuerte ruido en la parte de atrás de la casa y tuvo miedo de volver. Cuando finalmente lo hizo, los encontró a todos muertos: no sólo Michał y Chana, sino también sus tres hijos, su yerno, su nuera y su nieta. Un vecino, que probablemente se quedaría con la casa como recompensa, los había denunciado. A los cincuenta y cuatro años de edad, ya sin ninguna familia y sin el futuro que había esperado, Katarzyna se despidió de Baranowicze para siempre. Se quedó con la niña como si fuera suya y la crio para que creciese «sana y fuerte», tal y como señalaron los judíos que la entrevistaron después de la guerra.^[7]

Las niñeras también crían a los niños, y los quieren. En Varsovia, Maria Przybylska había trabajado para la familia Lewin como niñera de la pequeña Regina y la había criado durante sus primeros años de vida. El padre de Regina se puso en contacto con Maria desde el gueto de Varsovia. Tras ser deportado y asesinado en

Treblinka, su mujer y su hija pasaron del gueto al lado ario y buscaron a Maria. La niñera las recibió a ambas, su antigua pupila y su antigua patrona, y les buscó un refugio. Era más fácil que Regina pasase por polaca, en parte al menos puede que por haber sido criada por una niñera polaca, por lo que fue acogida por unos amigos polacos de Maria, a quienes la presentó como su sobrina. A la madre de Regina, en cambio, su forma de hablar y su apariencia la delataban como judía, así que acordaron que la madre de Regina se quedaría con un amigo de Maria.

Maria trabajaba ahora para una familia alemana a la que robaba comida y carbón para Regina y para su madre. El amigo de Maria le cedió a la madre de Regina su propia cama; él dormía en el suelo y, como era cocinero en un restaurante, robaba carne para la mujer que tenía a su cargo, pero nada para sí mismo. Regina, en una carta enviada desde Suecia y fechada en 1946, cuando tenía diecisiete años, dedicaba estas palabras a la mujer y al hombre que las salvaron a ella y a su madre: «A esas personas se lo debo todo, que hoy pueda ver la luz del sol y mirar a la gente, que exista y que disfrute de la vida en libertad. No sé si alguien de mi familia habría hecho tal sacrificio, si se habría preocupado de nosotras igual que ellos se preocuparon y nos dieron su afecto».^[8]

Los hombres a veces acogían a niños, ya fuese porque sus mujeres se lo pedían o porque ellos mismos querían. Sergiusz Seweryn adoptó a una niña huérfana de tres años, conocida en el pueblo, cerca de Białystok, por ser una de los dos supervivientes judíos. Stanisław Jeromiński, también de la región de Białystok, acogió a una niña de un año hija de un conocido judío; después de la guerra no quiso separarse de la niña: «La considera hija suya y dice que se jugó la vida por ella», lo cual, efectivamente, era cierto.^[9]

Otras veces, los hombres perdían a sus propios hijos, los echaban de menos y hacían algo al respecto: así fue cómo Rachela Koch y sus dos hijas sobrevivieron. Antes de la guerra, la familia Koch ya vivía en Kołomyja, una ciudad de Galitzia donde no sobrevivió casi ningún judío después de la guerra. Rachela y sus dos hijas intentaron escapar de los fusilamientos escondiéndose en un búnker, pero como eran las tres últimas, les dieron el peor sitio, en el agujero más profundo, rodeadas de oscuridad y aires fétidos; gracias a esto, lograron librarse de la ejecución cuando descubrieron la guarida.

Una vez que lograron salir, las tres aguardaron sumidas en el dolor y en la pena a que les llegase la muerte, en la cuneta de la carretera. Un polaco que pasaba por allí, Michał Federowicz, reconoció que eran judías, como ocurría casi siempre entre polacos y judíos, y les preguntó por qué se estaban exponiendo tan abiertamente a la muerte; ellas le transmitieron su resignación y él las acogió a las tres, madre e hijas, y las trató como si fuesen su familia. Les contó a Rachela y a sus hijas que los alemanes le habían arrebatado a sus tres hijos. Michał no debía de ser un hombre joven y sus hijos debían de ser ya adultos, puesto que consideraba unas niñas no sólo a las hijas sino también a la propia Rachela: «En señal de protesta –les dijo– sería

bueno y justo que acogiese a otros tres hijos».^[10]

Las mujeres perdían a sus hijos, y la ausencia se sentía entre aquellos que tenían más cerca. Ewa Krcz, por ejemplo, una madre que vivía en un pueblo no muy lejos de la ciudad polaca de Oświęcim, perdió a su hija Genia durante la guerra. Estaba desconsolada, pero su hijo pequeño dio con la forma de ayudarla: cerca de allí se encontraba el complejo de campos de concentración y exterminio que los alemanes habían construido alrededor de la base militar polaca de Oświęcim, Auschwitz. Éste fue un lugar donde, tras el fin de la guerra, quedaron muchos niños que necesitaban ayuda de forma apremiante.

Las últimas deportaciones importantes que llegaron a Auschwitz fueron las de los judíos procedentes de Hungría, que en su mayoría fueron asesinados, aunque todavía quedaban algunos trabajando como esclavos cuando se clausuró el campo. A los adultos se les hizo marchar hasta Alemania en condiciones terribles, y a los niños los abandonaron. Muchos de estos niños y niñas, algunos tan pequeños que ni siquiera sabían cómo se llamaban, ya eran huérfanos; otros se iban quedando huérfanos conforme sus padres, que habían sobrevivido, se quedaban rezagados en las marchas de la muerte y eran ejecutados. El hijo de Ewa entró en Auschwitz por voluntad propia y escogió a una niña de dos años que pensó que le gustaría a su madre; la niña estaba muy enferma, pero Ewa la cuidó hasta que recobró la salud y decidió criarla. Con el tiempo, la niña intentó encontrar a sus padres biológicos en Hungría, pero no dio con ellos.^[11]

Las parejas sin hijos no podían perderlos, pero a veces los encontraban. Una niña judía de Nowograd-Wołyńsk, en Volinia, sobrevivió en una trinchera a un fusilamiento masivo en el que habían asesinado a su madre y a su hermana. En el bosque, fue corriendo de cabaña en cabaña hasta que por fin encontró refugio en casa de una mujer joven, donde sin embargo fue maltratada tanto tiempo y tan brutalmente que los vecinos se quejaron del ruido y la obligaron a buscar refugio en otro lugar. Finalmente encontró a una pareja de ancianos ucranianos, Marko y Oksana Verbievka, que por lo visto se compadecieron de ella y escucharon su historia: su vida, la mina, los fusilamientos, la huida, las palizas. Lloraron sin cesar mientras la escuchaban, y entonces Oksana le dijo: «Quédate tranquila, mi niña, olvida todo esto; para nosotros serás como una hija, no tenemos hijos, todo será tuyo. –Y acto seguido añadió–: Pero luego no nos abandonarás, ¿verdad?». La niña se quedó con Marko y Oksana hasta el final de la guerra, y después los abandonó.^[12]

Las palabras de Oksana y Marko, campesinos ucranianos, transmiten la tristeza por no haber tenido hijos, la inexorabilidad de la vejez y el deseo de trascender a la muerte a través de la posteridad, pero también la necesidad básica y real de ayuda en una granja. Era la época de la agricultura: estos confines orientales de la Polonia de entreguerras, el oeste de las actuales Bielorrusia y Ucrania, seguían siendo casi

íntegramente agrícolas, y se cultivaba sin maquinaria, lo que requería emplear abundante mano de obra y numerosos animales. La Gran Depresión había sacudido con fuerza durante mucho tiempo esta parte del mundo, separando a los agricultores de los mercados y devolviéndolos al autoabastecimiento. La economía dependía más del trabajo que del intercambio, de que la producción de alimentos fuese suficiente para garantizar que humanos y animales pudieran sobrevivir al invierno para volver a producir al verano siguiente. En condiciones normales, había suficiente mano de obra para este fin; gracias a las limitaciones internacionales a la migración en los años veinte y treinta, de hecho, había habido demasiada, pero esto cambiaría bajo el dominio alemán.

Durante la invasión de la Unión Soviética en 1941, lanzada precisamente desde estos territorios, los alemanes se habían apropiado de muchos caballos, dado que incluso el ejército de la afamada *Blitzkrieg* se movía principalmente tirado por caballos. Cuando la Operación Barbarroja no salió según lo planeado y los alemanes se vieron obligados a enviar al frente a varios millones más de sus propios jóvenes, optaron por sustituir la mano de obra que se perdía en Alemania por hombres y mujeres de Europa del Este. Al principio esto se llevó a cabo mediante reclutamiento, después mediante levas, y por último mediante mortíferas campañas. A medida que millones de polacos, ucranianos, bielorrusos y rusos eran llevados a Alemania, la población del país se hacía cada vez más eslava, tanto como no lo era desde la Edad Media. Esto provocó una gran carencia de mano de obra en Europa del Este, y la desesperación de incontables familias necesitadas de ayuda en los campos de cultivo y de pastoreo. Cientos de niños judíos, quizá miles, sobrevivieron porque las familias campesinas necesitaban trabajadores; en su mayoría se trataba de huérfanos.^[13]



Noema Centnewschwer, de la región de Białystok, tenía unos diez años cuando llegaron los alemanes y comenzó la masacre de los judíos. Trabajó en siete fincas diferentes en el campo hasta dar con una en la que se pudo quedar: se trataba de una granja de gran tamaño donde los hijos eran demasiado pequeños para trabajar y sólo contaban con un mozo de labranza. «Después de unos días –recordaba–, intuyeron que era judía, pero me dejaron quedarme de todas formas. No eran agradables, y sacaban a relucir el hecho de que fuese judía, pero no me dejaban pasar hambre.» Chawa Rozensztejn provenía de la misma parte del mundo, pero de la ciudad de Łomża. Sobrevivió al pogromo de los judíos que los polacos llevaron a cabo en la ciudad en 1941 y, después, al desmantelamiento del gueto en 1942. A los seis años y sola, se puso en camino por los pueblos de los alrededores. Con nueve años, recordaba que los campesinos con los que había topado eran «bastante agradables cuando trabajaba a conciencia».^[14]

Szyja Flejsz era un chico de Volinia de aproximadamente la misma edad que Noema. Estuvo escondido en varios pueblos hasta que se marchó a los bosques junto con otros niños. Durante un tiempo trabajó como pastor, y después siguió el consejo de ir a Woronówka, una pequeña aldea poblada sólo por polacos. Durante el periodo

soviético de 1940, el NKVD había deportado a dos vecinos, hasta que los alemanes tomaron el control en 1941. En la época en que llegó Szyja, a principios de 1943, los bosques colindantes eran el escenario de la guerra partisana entre los soviéticos y los alemanes. Durante el día, tal y como recordaba, todos intentaban mantener la paz con los alemanes, y durante la noche con los soviéticos.

A Szyja lo acogió Zygmunt Kuriata. De las 42 cabañas de Woronówka, 22 pertenecían a miembros de la familia Kuriata, lo que quizá generaba una sensación de confianza. Una de las dos personas deportadas del pueblo por el NKVD era un miembro de la familia, pero parece que Zygmunt no había sacado conclusiones engañosas sobre los judíos y el comunismo; sabía que Szyja era un huérfano judío y lo trataba bien. También quería que el chico aprendiese las oraciones, puede que para ayudarlo a pasar desapercibido, ya que una de las formas en que los cristianos ponían a prueba a los judíos era mediante la obligación de recitar el Padre Nuestro, o puede que para salvar su alma; puede que para ninguna de las dos cosas, o puede que para ambas. Pero Szyja no podía olvidarse del asesinato de sus padres: «Mi padre era judío, mi madre era judía, y yo quiero ser judío». Kuriata aceptó esto con ecuanimidad: «Un judío es un judío, no quiere rezar».^[15]

En 1943, en Volinia, una tercera fuerza se incorporó a la guerra partisana: los nacionalistas ucranianos, en estas condiciones extremas, fueron capaces de movilizar su propio ejército partisano. Durante los primeros meses del año, muchos de los ucranianos que habían estado al servicio de los alemanes como ayudantes de policía se retiraron a los bosques para unirse al Ejército Insurgente Ucraniano (UPA); esta formación surgió como respuesta a la triple ocupación de Volinia y de otros territorios habitados por ucranianos que habían formado parte de Polonia hasta 1939. La ocupación soviética había destruido los partidos políticos legales ucranianos y desacreditado a la izquierda radical ucraniana. Después de esto, la ocupación alemana ofreció a miles de jóvenes ucranianos –algunos de los cuales ya habían servido en el NKVD como milicianos y habían colaborado en la deportación de polacos y de otras nacionalidades– adiestramiento en técnicas para asesinar a judíos y a otros grupos. Más tarde, el regreso anticipado del poder soviético, representado por los partisanos soviéticos a finales de 1942 y principios de 1943, empujó a estos y otros policías hacia los bosques, algunos como partisanos soviéticos, otros como miembros del UPA.

Los comandantes del UPA, nacionalistas ucranianos, pretendían resistir a los soviéticos y establecer un Estado ucraniano, pero su tarea inmediata a principios de 1943 era limpiar el territorio de polacos. En buen número de casos, esto significó la muerte de los judíos que se habían refugiado en el seno de familias polacas; al menos en un caso, un judío que había encontrado un buen escondite rescató a un polaco de los ucranianos. En 1943, los polacos y los judíos de pequeñas aldeas como Woronówka se vieron inmersos en una guerra partisana de tres bandos, el alemán, el soviético y el ucraniano, y en una situación insostenible. En junio, los alemanes

prendieron fuego a Woronówka como castigo por su supuesto apoyo a los partisanos soviéticos. Un miembro de la familia Kuriata murió quemado vivo. Los habitantes que sobrevivieron sufrieron una mísera existencia entre las ruinas, el bosque y los pueblos vecinos. Los partisanos ucranianos del UPA los atacaron una y otra vez hasta reducir a cenizas el último edificio del pueblo, en noviembre. Cada vez que el UPA atacaba, Szyja huía al bosque con su familia polaca. En el verano de 1944, cuando llegaron las fuerzas regulares soviéticas, el NKVD completó la tarea de limpieza étnica que había comenzado su enemigo nacionalista ucraniano. Las personas de origen polaco y judío fueron registradas y deportadas al oeste, al otro lado de la restaurada frontera Mólotov-Ribbentrop, a una Polonia que se veía a su vez desplazada hacia el oeste. La última vez que los soviéticos habían ostentado el control, en 1939, habían llevado a cabo deportaciones al gulag siguiendo criterios de clase; esta vez los criterios eran étnicos, en función del país al que se creía que pertenecían los deportados.^[16]

Todos los residentes de Woronówka que sobrevivieron fueron hacia el oeste, y la localidad, maltratada primero por la ocupación soviética, luego por la alemana, más tarde por los partisanos ucranianos y finalmente por el regreso del poder soviético, dejó de existir. Zygmunt Kuriata y su mujer registraron a Szyja como un miembro más de la familia, y los tres fueron trasladados a la remota Silesia, a las tierras alemanas que se le permitió ocupar a Polonia después de la guerra. Muchos judíos polacos supervivientes fueron reubicados en Silesia después de su expulsión de las tierras del este de Polonia, que fueron reclamadas de nuevo por la Unión Soviética en 1945. Así que fue allí, después de la guerra, a los dieciséis años, donde Szyja volvió a encontrarse con otros judíos y decidió abandonar a su familia polaca para regresar a su vida judía. Zygmunt apenas podía contener la emoción al decirle: «Si te quieres ir, no te vamos a retener; si te quieres quedar, no te obligaremos a que te vayas»; pero Szyja los dejó y entonces Zygmunt y su esposa no pudieron contener las lágrimas.^[17]

El trabajo podría ser más o menos explotador, aunque *per se* no era una señal de hostilidad ni de alienación. Se trataba de un lugar y una época en la que los niños trabajaban; el trabajo infantil se daba por descontado, al menos en gran parte de las zonas rurales, y era visto como algo normal dentro del concepto de familia. Algunos niños judíos podían justificar su existencia mediante su trabajo, y algunos de ellos, aunque de ningún modo todos, a cambio recibían afecto. En última instancia, por lo tanto, las granjas en las que trabajaban eran una especie de institución, tanto económica como moral, donde los niños judíos podían encontrar un lugar donde vivir.

Como el vínculo entre madres e hijos, o entre padres e hijos, o entre niñeras y niños, la granja garantizaba una relación en la que algunos niños judíos podían encajar. Como el matrimonio, la perspectiva de un matrimonio o el deseo sexual, el trabajo podía generar una imagen del presente o del futuro en la que faltaba alguien, en la que se necesitaba a alguien, en la que se podía añadir a alguien. Ese alguien, a

veces, podía ser judío.

Todas estas situaciones, aunque extremas, no representaban la forma más radical de sacrificio por los demás. En otros casos en que se socorría a los judíos, no había de por medio ninguna institución, ni siquiera una intrínsecamente privada como una granja, una casa, una familia o una relación amorosa. ¿Qué ocurría cuando no existían los Estados ni los diplomáticos ni los ejércitos ni las iglesias, ni ninguna necesidad de relación humana ni ninguna forma en que el judío en busca de refugio pudiese resultar útil de algún modo? ¿Qué ocurría cuando no existía ninguna motivación humana aparente, ni ningún vínculo entre el acto individual de rescate y el universo en que tenía lugar, ni ninguna perspectiva de que el judío pudiese complementar el futuro del resto? ¿Quién acudía en su auxilio? Casi nadie.

Parece sencillo: ver a una persona que está marcada para que se extinga. Sin embargo, ningún encuentro humano es sencillo. Toda reunión tiene un contexto, diseñado en parte por quienes se encuentran, en parte por los demás y en parte por una mera cuestión de azar. Ningún acontecimiento histórico, ni siquiera el Holocausto, lo es a tal escala que pueda trascender el carácter inherentemente específico de cada interacción humana. Ninguna cantidad de significado, por mucha sinceridad que se le atribuya, puede anular la cualidad subjetiva de cada encuentro. Los motivos de cada persona para ayudar o para no ayudar a menudo estaban supeditados a algún elemento presente en el primer encuentro entre dicha persona y el judío que necesitaba su ayuda. Siendo esto cierto, los judíos a veces lograban sobrevivir si eran capaces de pensar, aunque fuese un instante, abstrayéndose de su propio sufrimiento particular, y de observar el encuentro desde la perspectiva del otro.

Josef Lewin provenía de cerca de Bielsk Podlaski, en el extremo occidental de las marismas de Polesia. Habían matado a su familia y él vagaba solo y sin rumbo, sin saber qué hacer ni si valía la pena intentar sobrevivir ni cómo. Finalmente decidió guarecerse en el granero de un campesino al que conocía, en una aldea llamada Janowo. Cuando descubrió a Josef en el granero, el campesino se quedó sorprendido y asustado, como casi cualquiera en estas circunstancias. Siempre nos produce un sobresalto tremendo encontrar a una persona inesperada dentro de nuestra casa, y los polacos que vivían en el campo creían que en principio ya no quedaban judíos. Independientemente de su opinión personal respecto a este asunto, los polacos eran conscientes de que estaban vulnerando las órdenes alemanas, y puede que las normas de la sociedad local, en el momento en que un judío ponía un pie en sus tierras.

Al ver la reacción del campesino, Josef lo interrumpió cuando iba a hablar y le pidió un pequeño favor: no hacer nada durante treinta minutos, tan sólo esperar media hora y luego volver al granero; entonces Josef tendría algo que decirle. Cuando el campesino regresó, esto es lo que oyó de boca de Josef: «No quiero seguir viviendo;

voy a suicidarme y usted me enterrará». El campesino contestó: «La tierra está congelada hasta los dos metros de profundidad; será difícil cavar en ella». Era noviembre de 1943. ¿Qué estaban diciéndose exactamente estos dos hombres, que se conocían desde hacía años, en aquel preciso instante? «La tierra está congelada hasta los dos metros de profundidad; será difícil cavar en ella.» Quizá, sólo quizá, lo que el campesino quería decir era algo como: «No voy a cavar su tumba; quizás usted también debería pararse un instante y reconsiderarlo». Si Josef no le hubiese dado tiempo al campesino para que se calmase, quizás el campesino habría reaccionado de otra manera. Si el campesino no hubiese hecho aquel comentario sobre el suelo helado, puede que Josef se hubiese suicidado. El campesino le proporcionó techo y comida durante los siguientes ocho meses, y Josef sobrevivió.^[18]

Al igual que Josef Lewin, Cypa y Rywa Szpanberg pensaban que ya no podían soportar seguir viviendo rodeadas de muerte. Se encontraban en Aleksandra, una pequeña aldea no muy lejos de la ciudad de Równe, en Volinia. Cuando los judíos fueron enviados al gueto en julio de 1942, las dos mujeres decidieron ahorrarse los pasos intermedios y sencillamente actuar de forma que los alemanes acabasen con sus vidas. En la Polonia central, en el gueto de Varsovia, se podía engañar a los judíos, o ellos a sí mismos, sobre lo que significaban las deportaciones. Sin embargo, en lugares como Volinia, donde desde hacía un año se llevaban a cabo matanzas públicas de judíos, incluso albergar falsas esperanzas era poco menos que imposible. Por lo que antes de que las trasladasen al gueto, Cypa y Rywa encontraron un lugar que no conocían, se sentaron a llorar juntas y esperaron la muerte.

No conocían al polaco propietario de aquellas tierras, que cuando oyó sollozar a las dos mujeres, las cogió y las llevó a su granja en Trzesłanec. Después, acogió a ocho judíos más. Si no hubiese sido por ese encuentro casual con dos mujeres desconsoladas que habían llegado hasta su propiedad y se encontraban a su merced, ¿habría acogido siquiera a un solo judío? Sin lugar a dudas la mayoría de las personas en su situación no reaccionaban ni de lejos con tanta honradez, y muchos se comportaban mucho peor. Y no obstante, si Cypa y Rywa no hubiesen optado por decidir el momento de su propia muerte, el propietario de las tierras nunca las habría encontrado y quizá nunca se hubiese comprometido a auxiliar ni a un solo judío. Sus esfuerzos resultaban aún más tremendos en 1943, fecha en que el UPA comenzó la limpieza étnica de los polacos de Volinia. Aun así, nueve de los diez judíos a los que este polaco dio cobijo en su granja sobrevivieron.^[19]

De hecho, había personas, aunque se contaban con los dedos de la mano, que se sentían en la obligación de ayudar a quien lo necesitaba. Irena Lypszyc sobrevivió gracias a una de ellas. Irena era una judía de Varsovia que había huido a la región del este de Polonia para escapar de la invasión alemana de septiembre de 1939 e inesperadamente se había encontrado bajo el poder soviético. Inicialmente las comunidades judías locales habían ayudado a estos refugiados en la medida de sus posibilidades, pero les resultó imposible seguir haciéndolo cuando los alemanes

invadieron la Unión Soviética, en junio de 1941. La gran mayoría de los judíos de la zona fueron asesinados, y la proporción de los judíos desplazados que murió debió de rondar el 100%, puesto que, al fin y al cabo, en el lugar donde se encontraban no tenían contactos anteriores a la guerra ni conocían el terreno.

Como la mayoría de estas personas, Irena Lypszyc no estaba muy familiarizada con su nuevo entorno. Se encontraba en Wysock, Polesia, cuando advino la invasión alemana y en el momento de la detención de los judíos de la ciudad para su ejecución, en septiembre de 1942, huyó con su marido hacia la zona de los pantanos. Da la impresión de que con anterioridad no había pasado mucho tiempo al aire libre; se alimentaron de bayas y setas durante varios días hasta que decidieron arriesgarse a contactar con el mundo exterior. Irena decidió que se plantaría en la primera carretera que encontrase, llamaría a la primera persona que viese y le pediría ayuda.

El hombre que se le acercó llevaba una escopeta de dos cañones al hombro y accedió a su petición sin pestañear. Como más tarde comprobó, se trataba de un rebelde de nacimiento: vivía del contrabando y el estraperlo de alcohol muy lejos de cualquier centro de poder, y se oponía a cualquier sistema político que quisiera imponer su autoridad sobre él. En la Polonia de entreguerras, había ocultado a comunistas; cuando los soviéticos los invadieron, había acogido a polacos librándolos de las deportaciones del NKVD; y ahora que habían llegado los alemanes, ayudaba a los judíos. No parecía ver diferencia alguna entre un tipo de rescate u otro. Irena contó su historia, pero no reveló su nombre.^[20]

Otras personas que les salvaron la vida a los judíos, con ideas más metódicas y modos de vida más convencionales, mostraron una misteriosa firmeza, una necesidad concebida en silencio de reconstruir un rincón del planeta, de transformar la dificultad descomunal de la tarea en una especie de normalidad, en la que el trabajo y su presentación se convierten en algo parecido a la preocupación de una entera personalidad. Una coreografía privada de afecto y seguridad desafiaba a la sociedad de un mundo exterior frío y fatal.^[21]

Rena Krainik fue a parar por casualidad al pueblo de Kopaniny, en la Galitzia oriental, no muy lejos de la ciudad de Stanisławów. Vestida con harapos, llamó a la puerta de unos completos desconocidos con la intención de pedir refugio durante unas horas e imaginando que le darían la espalda. En vez de eso, la familia Zamorski, formada por un ama de casa y un oficial jubilado del Ejército polaco, la acogió y la trató como a una de los suyos hasta el final de la guerra. Tal y como recordaba Rena: «No me hicieron preguntas, no me pidieron documentos, no escrutaron mi rostro para comprobar si era judía. La señora Zamorska compartió conmigo su modesto guardarropa, y la familia entera cada bocado de las míseras raciones de alimentos asignadas a los polacos». Rena era consciente del riesgo al que se exponían sus anfitriones y les agradecía su integridad. «Estaba en la miseria, desnuda y descalza.

El sacrificio era aún mayor en un lugar como Kopaniny, donde cada recién llegado llamaba la atención de sus habitantes.»^[22]

En la propia ciudad de Stanisławów, donde la mayor parte de los judíos fueron asesinados, Janina Ciszewska tuvo acogidos a once de ellos durante casi toda la guerra. En un edificio del centro de la ciudad, poseía dos apartamentos que se comunicaban mediante una puerta interior; ocultó a los judíos en el segundo apartamento, que no daba al pasillo. En un primer momento acogió a cuatro personas que habían acudido a ella de parte de un amigo. Cuando los judíos se quedaron sin dinero, consiguió un trabajo para la administración civil alemana, en la oficina encargada de las prestaciones sociales de la minoría alemana. Janina hablaba alemán y, a petición de los judíos, se inscribió como miembro de la minoría alemana. Robaba ropa y zapatos a sus patronos (probablemente algunos habían sido arrebatados de los cuerpos de los judíos asesinados), los llevaba a las aldeas, los vendía en los mercados y utilizaba el dinero para alimentar a su grupo de protegidos, que era cada vez más grande. Le quitaba importancia a las dificultades; era, como la describió después de la guerra uno de los judíos a los que salvó, «una mujer valiente y cariñosa». Siempre mostraba un rostro radiante y sonriente, para que los judíos, como ella misma decía, creyesen que «era capaz de hacer cualquier cosa».^[23]

Cuando Bogdan Bazyli, años después de la guerra, recibió una solicitud para que contase cómo había salvado la vida de una familia judía, respondió casi sin darle importancia al asunto: «No me van a creer, pregunten a los Teitelman en Israel». Los Bazyli eran una familia polaca de la aldea de Pańska Dolina, no muy lejos de la ciudad de Dubno, en Volinia. La familia Teitelman había huido de la matanza de los judíos de Murowicz en septiembre de 1942. Los Bazyli les construyeron un refugio subterráneo en la finca familiar y los escondieron allí hasta el final de la guerra. Cada mañana, los hijos de los Bazyli les llevaban comida y retiraban un cubo de orina y heces. La familia Bazyli llegó a alojar hasta un total de 22 judíos, y todos sobrevivieron a la guerra. Los Teitelman proporcionaron esta información desde Haifa, pero, como la mayoría de los judíos, era poco lo que podían decir respecto a los motivos de quienes los habían salvado: «El que quería ayudar en aquellos terribles momentos lo hacía». Desde la nueva realidad de Israel, la familia Teitelman le deseaba a Bogdan Bazyli que disfrutase de «una larga vida llena de salud».^[24]

Con querer ayudar no bastaba. Salvar a un judío en estas condiciones, sin que ninguna estructura apoyase el esfuerzo y bajo el riesgo de la pena de muerte, exigía algo más fuerte que el carácter, algo mayor que una cosmovisión. Las personas generosas tomaban decisiones humanas, pero aun así fallaban. Es probable que la mayoría de los hombres y las mujeres de buena voluntad que en un primer momento se arriesgaron fallasen al cabo de un mes, de una semana, de un día. Era una época en la que ser bueno significaba no sólo evitar el mal, sino actuar con total convicción por el bien de un desconocido, en un planeta en el que el infierno, no el cielo, era la recompensa a la bondad.

Las personas buenas se venían abajo. Mina Grycak encontró a un campesino que acogió a su familia durante meses y finalmente cedió ante la presión: primero intentó matar a la familia de una forma bastante cómica que estaba abocada a no funcionar, y después amenazó con suicidarse. Si la guerra hubiese durado meses en vez de años, su conducta habría sido ejemplar.^[25]

Las circunstancias de un encuentro podían dar al traste con un rescate, de la misma forma que podían dar lugar a otro. Abraham Śniadowicz y su hijo se quedaron con un campesino dos meses, y después comenzaron a compartir su refugio con dos judíos más, pero no se lo contaron a su anfitrión. Cuando el campesino se enteró de las llegadas no anunciadas, les pidió a los cuatro judíos que se marcharan. «Debo insistir –relató Abraham– en que este cristiano era una muy buena persona.»^[26]

Resulta muy difícil hablar de los motivos de los hombres y las mujeres que arriesgaron su vida por salvar a judíos sin el respaldo de ningún tipo de medida y sin ninguna esperanza de un futuro en el que obtener nada a cambio de aquéllos a quienes rescataban. Tener una motivación implica moverse por algo; explicar una motivación normalmente implica describir un vínculo entre una persona y algo que va más allá de esa persona, algo que nos hace una seña desde el mundo actual, o al menos desde un futuro imaginado. Nada de eso parece ser relevante en este caso. Los relatos narrados por los judíos que fueron rescatados rara vez incluyen el análisis de lo que motivaba a las personas que los rescataron.

Lo que los supervivientes judíos suelen proporcionar es la descripción de una integridad desinteresada. Vienen a decir, de una u otra forma, que a las personas que los salvaron les guiaba un sentido de la humanidad que trascendía o desafiaba las circunstancias. Así lo expresó Janina Bauman: «Que viviésemos con ellos fortalecía la nobleza o la vileza que en ellos había». Anton Schmid era un austríaco que dio trabajo a los judíos en la década de 1930, los defendió de las represiones en Viena después de la *Anschluss* y, como soldado alemán, salvó de la muerte a cientos de ellos. Los que lo conocieron antes y durante la guerra solían decir que era *menschlich*: «humano». Joseph C., que escapó del campo de exterminio de Treblinka, lloró durante su testimonio al intentar describir al polaco que lo auxilió en su desolación. La palabra que finalmente encontró para describir a Szymon Całka fue «humanidad».^[27]

Agnieszka Wróbel, quien también sobrevivió a un campo de concentración alemán, rescató a varios judíos del gueto de Varsovia, poniendo su vida en enorme riesgo. Dos de las judías que vivían con ella describieron sus actos de forma profusa y detallada, pero ninguna intentó explicar cómo fue capaz de tales actos y decisiones. Sin embargo, Bronisława Znider dejó constancia de que «el papel de personas como Agnieszka Wróbel no consistió tanto en salvar a personas de la muerte, como en el hecho de que fuesen capaces de infundir, en los corazones de personas que eran

perseguidas como animales, en el espíritu de los judíos que estaban condenados a morir, un soplo de esperanza en que no todo estaba perdido, en que aún quedaban un puñado de seres humanos dignos de ser llamados así».[28]

Si los judíos tenían poco que decir en cuanto a las razones por las que habían sido rescatados, los propios rescataadores resultaban ser aún menos comunicativos y, por norma general, preferían no pronunciarse respecto a lo que habían hecho. Olha Roshchenko, una ucraniana de Kiev, ayudó a dos de sus amigos a escapar después de la matanza de Babi Yar. «Yo no los salvé», afirmaba. A lo que se refería era a que hubo más gente que ayudó a sus amigos, y a que en última instancia sus amigos se salvaron a sí mismos. Por supuesto que esto era cierto, y efectivamente casi siempre era así. Los propios judíos tenían que enfrentarse a los actos más extraordinarios si esperaban sobrevivir, y aquellos que los ayudaron eran casi siempre un grupo numeroso de personas. Los amigos de Olha contestan durante la misma conversación: «Había personas que ayudaban a otros y no siempre lo contaban». Y esto también era cierto. Hay personas que no auxiliaron a los judíos y que afirman haberlo hecho, y personas que sí que los auxiliaron y que a menudo guardan silencio. Se observa una propensión inconfundible de los bienhechores, cuando llegan a pronunciarse, a una especie de modestia, a un pudor que desemboca en el intento común de no responder a preguntas sobre sus motivos. En los pocos casos en que estos bienhechores cuentan algo, se trata casi siempre de algún dato de escaso interés: una trivialidad sobre el bien que se da de una forma tan sistemática en cualquier género, clase, lengua, nación y generación, que da que pensar.[29]

Helena Chorążyńska, una mujer campesina sin estudios, expuso la siguiente explicación sobre por qué acogió judíos y los sacó adelante: «Siempre había dicho que cuando me hiciera mayor jamás dejaría que nadie se marchase de mi casa desnudo o hambriento». Así, la noción de hospitalidad se extendía hasta los confines más remotos y oscuros de la existencia humana. ¿Se trataba de imaginación o de falta de imaginación? El soldado alemán (austriaco) Anton Schmid era amable con la gente, incluidos los judíos. La amabilidad exigía un riesgo cada vez mayor conforme las circunstancias empeoraban; Schmid no cambió conforme el mundo cambiaba, y fue uno de los pocos alemanes ejecutados por auxiliar a los judíos. En la carta que escribió a su familia justo antes de morir, no expuso explicaciones magníficas por lo que había hecho; afirmaba que sencillamente había «actuado como un ser humano» y que lamentaba el profundo dolor que les causaría que no regresase a casa junto con sus seres queridos. Feliks Cywiński, que ayudó a 26 judíos, hablaba de un sentido del «deber». Kazimiera Żuławska recordaba una «sensación puramente humana de indignación». Adam Zboromiski mencionaba que necesitaba «sentirse como un ser humano».[30] Karolina Kobylec: «Yo soy así, sin más».[31]

Jan Lipke era un letón que ayudó a decenas de judíos en Riga y alrededores. Una de

las personas que le deben la vida a Lipke relató que la manera en que se comportó iba «mucho más allá de los límites del heroísmo y el sentido común». Lipke puso su vida en peligro varias veces, intercediendo por personas a las que no le unía ningún vínculo previo. Él mismo afirmaba que la opción por la que se había decantado no tenía nada de extraordinario, que era algo «normal». En toda Europa, esto es lo que estos salvadores repetían una y otra vez: que su comportamiento había sido el normal. «Considerábamos la cosa más normal del mundo ayudar a aquellos que lo necesitaban», éste fue el veredicto de una familia polaca que protegió a dos judíos durante gran parte de la guerra. No describían la normalidad que veían a su alrededor, en absoluto. No actuaban como otros actuaban ni seguían las órdenes explícitas o implícitas de quienes ostentaban el poder. Su sentido de la normalidad debía de provenir de su interior, o de algo que habían aprendido e interiorizado antes de la guerra, ya que existían pocas fuentes externas, si acaso alguna, de las normas que ellos ejemplificaban.^[32]

En lo más recóndito de los bosques o de las zonas pantanosas, estos salvadores podían ocultar a judíos pasando casi inadvertidos, pero en los pueblos y ciudades pequeñas, donde cada movimiento era registrado y comentado, la más mínima modificación en el trasiego de la vida cotidiana podía desencadenar la muerte en cualquier momento. Era imposible mantener a los judíos dentro de casa sin que esto provocase ningún cambio en el comportamiento fuera de casa. Cada transacción, cada intercambio, cada compra, todo lo que en tiempos normales pasaba desapercibido en el nexo monetario, comportaba en estos tiempos un significado social adicional. Toda una familia podía ser asesinada porque un campesino analfabeto, para tener un detalle con los judíos de su casa, comprase un periódico.^[33]

Los salvadores se exponían a la muerte, pero no de la forma en que las personas arriesgan su vida en un acto de heroísmo en tiempos de guerra. Había momentos, claro está, en los que el rescate parecía una batalla, y éstos son los que resultan más fáciles de exaltar. En las zonas sin Estado de Europa del Este, dar cobijo a los judíos significaba arriesgar la vida propia y la de la familia, en todo momento, durante el transcurso de semanas, meses e incluso años. La decisión de dar auxilio no era una decisión de tipo común, que conllevaría decisiones posteriores que podrían anular o eludir la primera. Se trataba de una decisión que, una vez tomada, afectaba a todos los aspectos de la vida futura de múltiples personas durante un periodo indefinido; normalmente requería una cierta planificación y la capacidad de pensar en el futuro en términos distintos a los convencionales. Un campesino bielorruso, cerca de Minsk, eligió qué cultivos sembraría en primavera con la intención de cubrir las necesidades de sus protegidos judíos durante el verano y el otoño.^[34]

Miron Lisikiewicz, quien también les salvó la vida a varios judíos, preguntaba: «¿Qué es el dinero en comparación con la vida de un ser humano?». La idea de actuar

en función de los intereses particulares –por dinero– no ha lugar o casi no ha lugar aquí. Una y otra vez los judíos hacían hincapié en que las personas que los ayudaron, aparte de todo lo demás, estaban o bien perdiendo dinero o bien arriesgando la vida por conseguir el dinero extra que necesitaban para dar de comer a más bocas. Un trabajador del alcantarillado polaco daba de comer a diez judíos que estaban escondidos en las alcantarillas de Lwów; para pagar la comida, su esposa vendió su ropa. Jan Lipke, de Riga, se enfadaba si a alguien se le ocurría mencionarle el dinero. Bronisława Rozmaryn, que fue acogida por Helena Kawka en Varsovia, recordaba a su benefactora de esta manera: «Arriesgó su propia vida y la de sus dos preciosos niñitos para poder darnos auxilio. Lo hizo absolutamente sin ninguna motivación material, con el único deseo de salvar a cuatro niños pequeños judíos que vagaban por las calles de Varsovia sin ningún lugar donde refugiarse». Emanuel Ringelblum, el cronista del gueto de Varsovia, creía que «no hay suficiente dinero en el mundo que compense el miedo constante a ser descubierto». Dicho de otro modo, tenían que estar en juego otro tipo de factores además del miedo o la codicia.^[35]

Es cierto que muchos recuerdos relatados por judíos, en particular los registrados mucho después de la guerra, incluyen afirmaciones bastante recurrentes del hecho de que las personas que los salvaron no recibieron ninguna compensación económica. Este tipo de vocabulario era necesario para que el Yad Vashem, la institución israelí en memoria del Holocausto, reconociese a dichas personas como «gentiles justos», salvadores de judíos. Con el fin de saltar el obstáculo de los «elementos materiales», los judíos que deseaban que se rindiese homenaje a sus benefactores, a veces simplificaban la historia y afirmaban que no había habido dinero de por medio. Está claro que a veces lo había, aunque las personas que auxiliaban a los judíos, en contraposición a los que los delataban o los mataban, casi nunca se lucraban con ello. Puede que efectivamente se canjeasen objetos de valor o dinero en efectivo, pero no en el sentido normal de un contrato. No existía Estado alguno que respaldase dichos contratos; es más, las autoridades ofrecían recompensas por entregar a los judíos, para así poder asesinarlos.^[36]

El dinero era importante, dado que resulta difícil sobrevivir sin él. Pero el futuro de un judío dependía del individuo que aceptaba el dinero, una persona que actuaba en un universo político y económico radicalmente alterado. No se trataba de un mercado normal, donde los individuos tienen bienes y determinan su valor entre sí, sino de un mercado oscuro. Todas las relaciones comerciales se habían desestabilizado, casi nadie podía estar seguro de su futuro económico, y algunas personas –los judíos– no eran individuos con derecho a poseer e intercambiar bienes, sino un tipo especial de mercancía para el contrabando humano. Tener judíos en casa en las zonas sin Estado de Europa del Este, en la Polonia y la Unión Soviética ocupadas, suponía arriesgar la vida; estar dispuesto a entregarlos se recompensaba con sal, azúcar, vodka o dinero, y el fin de la ansiedad y el miedo. Delatar a un judío significaba evitar el riesgo de sufrir un castigo individual y colectivo.

Dentro de este conjunto de incentivos, la respuesta racional en términos económicos para un no judío a quien se le acercase un judío era prometerle su ayuda, apropiarse de todo el dinero del judío lo más rápido posible, y después entregarlo a la policía. El modo de actuar racional en términos económicos para alguien que sabía que un tercero estaba protegiendo a un judío era denunciar a esa persona antes de que nadie más lo hiciera para hacerse con la recompensa y quizá con sus bienes, y para evitar el riesgo de ser denunciado por tener conocimiento de la situación y no actuar. Resultaría consolador creer que las personas que provocaron la muerte de los judíos se comportaban de forma irracional, pero, de hecho, lo que a menudo hacían era adscribirse a la racionalidad económica estándar. Los pocos justos se comportaban de un modo que la norma, basada en cálculos económicos de bienestar personal, concebiría como irracional.^[37]

En los momentos y los lugares más oscuros, unos pocos rescataron a los judíos por razones que pueden parecer absurdas. Solían ser personas que en tiempos normales daban la impresión de tomarse las normas éticas y sociales quizá demasiado al pie de la letra, y cuya fidelidad a los principios que representaban sobrevivió al fin de las instituciones que los apoyaban y los defendían.

Si estos salvadores tenían algo en común aparte de esto, era que se conocían a sí mismos. Cuando te conoces a ti mismo hay poco que decir. Merece la pena reflexionar sobre esto al tiempo que analizamos cómo nosotros, que nos conocemos tan poco a nosotros mismos y tenemos tanto que decir de los demás, reaccionaremos antes los desafíos que están por venir.^[38]

CONCLUSIÓN

Nuestro mundo

En la pequeña fotografía que su hijo conserva en su piso de Varsovia, Wanda J. irradia serenidad, una cualidad que le fue de gran utilidad durante la Segunda Guerra Mundial y la ocupación alemana de Polonia. A su marido lo perdió al final de la guerra, pero consiguió salvarse a sí misma y a sus dos hijos. Cuando se creó el gueto de Varsovia, desafió las órdenes alemanas e impidió el traslado hasta allí de su familia. Denunciada por ser judía en el lado ario de Varsovia, se las arregló gracias a su poder de persuasión. Llevó a sus hijos de un lugar a otro, con la ayuda de amigos, conocidos y desconocidos. Cuando las instituciones fueron borradas o deformadas tras la invasión alemana, cuando primero el gueto y después el resto de la ciudad quedaron reducidos a cenizas, lo que contaba, en su opinión, eran «el instinto moral intachable y la bondad humana fundamental» de las personas que decidieron ayudar a los judíos.^[1]

La mayoría de los judíos de Varsovia sí que fueron a parar al gueto y más tarde murieron asesinados en Treblinka. Vasili Grossman, el escritor judío soviético que trabajaba como periodista en el Ejército Rojo y vio y describió dicho lugar, escribió que «la bondad, la dichosa bondad, es el rasgo más intrínsecamente humano de un ser humano».^[2] Hitler negaba que cualquier idea, ya fuese religiosa, filosófica o política, justificase ver al otro (o amar al otro) como a uno mismo, defendía que las formas convencionales de la ética eran invenciones judías y que los Estados convencionales se hundirían en el transcurso de la lucha racial. En toda Europa, pero en diferentes grados según el lugar, la ocupación alemana destruyó las instituciones que permitían que las ideas de reciprocidad parecieran verosímiles. En los lugares donde los alemanes borrarón los Estados convencionales, o aniquilaron las instituciones soviéticas que a su vez acababan de destruir los Estados convencionales, crearon un abismo donde el racismo y la política aunaban sus esfuerzos hacia la nada; en este agujero negro, fueron asesinados los judíos. Cuando alguno se salvaba, solía ser gracias a personas que podían actuar en nombre de un Estado o de instituciones que funcionasen como un Estado. En ausencia de la iluminación moral de las instituciones, la bondad era todo lo que quedaba, y la tenue luz de los salvadores individuales salía a relucir.

El Estado siempre ocupaba el lugar central de la trama de aquellos que deseaban matar a los judíos y de aquellos que deseaban salvarlos. Su mutación dentro de Alemania tras el ascenso de Hitler al poder en 1933 y su posterior destrucción en Austria, Checoslovaquia y Polonia en 1938 y 1939 transformó a los judíos de ciudadanos en objetos de explotación. El doble ataque a las instituciones estatales en los países bálticos y en la Polonia oriental, primero por parte de la Unión Soviética,

en 1939 y 1940, y más tarde por la Alemania nazi, en 1941, generó un particular campo de experimentación en el que la teoría de una Solución Final se convirtió en la práctica del asesinato masivo. El Holocausto como ejecución masiva se extendió tan al este como el poder alemán: hasta la Bielorrusia, la Ucrania y la Rusia soviéticas; la estrategia alemana de la matanza total deshizo después el camino para avanzar hacia el oeste, hasta los territorios que los alemanes habían conquistado antes del conflicto final y decisivo con la URSS, que comenzó en 1941. La eliminación de las instituciones, no obstante, se había producido de forma irregular en el oeste, el centro y el sur de Europa; el Holocausto se propagó en la medida en que los Estados quedaron debilitados, pero no más allá. En los lugares donde las estructuras políticas resistieron, los Estados facilitaron apoyo y medios a las personas que quisieron ayudar a los judíos.

La opinión de Wanda J. sobre la importancia decisiva del sentido de humanidad parece una conclusión esperanzadora, pero no lo es. El bien y el mal pueden hacerse visibles, por ejemplo en biografías como la suya, pero no resultan fáciles de convocar o rechazar. A la mayoría nos gustaría pensar que poseemos las cualidades que menciona: «instinto moral» y «bondad humana»; puede que nos imaginemos a nosotros mismos como salvadores si ocurriese alguna catástrofe futura. Sin embargo, si se destruyesen los Estados, se corrompiesen las instituciones locales y los incentivos económicos se encaminasen hacia el asesinato, pocos de nosotros mostraríamos un comportamiento ejemplar. Existen pocos motivos para pensar que seamos éticamente superiores a los europeos de los años treinta y cuarenta o, para el caso, menos vulnerables al tipo de ideas que Hitler promulgó e hizo realidad con tanto éxito. Si nos planteamos seriamente emular a los salvadores, de antemano deberíamos sentar las bases de las estructuras que nos posibiliten actuar de tal manera. El acto de salvamento, en este amplio sentido de la palabra, exige por lo tanto una profunda comprensión de las ideas que desafiaron a la política convencional e hicieron viable un crimen sin precedentes.^[3]

Describir a Hitler como un antisemita o un racista antieslavo es subestimar el potencial de las ideas nazis: sus ideas sobre los judíos y los esclavos no eran prejuicios extremistas por casualidad, sino más bien emanaciones de una cosmovisión coherente que contenía el potencial para cambiar el mundo. Su refundición de la política y la ciencia le permitían plantear los problemas políticos como si fuesen científicos y los científicos, como políticos. De ese modo se situaba en el centro del círculo e interpretaba todos los datos en función de su proyecto de un mundo perfecto de derramamiento de sangre racial que sólo se veía corrompido por la influencia humanizadora de los judíos. Mediante la presentación de los judíos como un defecto ecológico responsable de la discordia en el planeta, Hitler canalizó y personalizó las tensiones inevitables de la globalización. La única ecología sensata consistía en

eliminar a un enemigo político; la única política sensata consistía en purificar la Tierra.

La ciencia, en efecto, posee y posibilita cierta autonomía que una política sensata ha de ser capaz de reconocer más que tratar de subsumir. Las fuerzas invisibles del mundo no son los judíos conspiradores, sino las regularidades físicas, químicas y biológicas que cada vez somos más capaces de describir. La experiencia de un imperio europeo, tan importante para Hitler, sí que tenía un componente biológico, pero no el que él imaginaba. La ventaja oculta que permitió a los europeos conquistar las Américas no fue su innata superioridad racial, sino los microbios que sin saberlo llevaban en sus cuerpos. La veloz conquista del Nuevo Mundo, tan admirada por Hitler, fue posible gracias a los gérmenes que ayudaron a los conquistadores. Al imaginar que los eslavos pelearían «como indios» en una frontera que se desvanecía, Hitler hizo caso omiso de la batalla que los indios no pudieron ganar: la de las enfermedades contagiosas. Al luchar en su continente natal, los alemanes carecían de las ventajas inmunológicas con las que los europeos contaron en Norteamérica. En Europa del Este, los alemanes temían tanto a las enfermedades que, cuando no estaban ocupados en llamar a los judíos «bacterias del tifus», les perdonaban la vida a los médicos judíos para que trataran a los alemanes infectados por el tifus. El colonizador tenía que portar las enfermedades en su propia sangre, no temerlas en la sangre de los demás; no se hizo con el mundo limpiándolo de impurezas imaginarias sino infectándolo de impurezas reales.^[4]

Cuando la ciencia se desvincula de la política, análisis tan simples como éstos revelan la falta de sentido de la solución territorial de Hitler a la crisis ecológica. Tal y como el propio Hitler sabía, existía una alternativa política en la década de 1930: que el Estado alemán abandonase la colonización y fomentase la tecnología agrícola. La respuesta científica a unos recursos cada vez más limitados, que Hitler insistía en considerar una mentira judía, brindaba muchas más esperanzas a los alemanes (y a todos los demás) que una eterna guerra racial. Los científicos, muchos de ellos alemanes, preparaban ya el camino para la serie de mejoras en la agricultura conocidas como la «revolución verde». Si Hitler no hubiese iniciado la guerra mundial que lo empujó a su propio suicidio, hubiese vivido para ver el día en el que el problema de Europa no fuese la escasez de alimentos sino los excedentes. La ciencia proporcionaba alimentos con tanta rapidez y en tanta abundancia que las ideas hitlerianas sobre la lucha perdieron buena parte de su resonancia. En 1989, unos cien años después del nacimiento de Hitler, los precios mundiales de los alimentos eran aproximadamente la mitad que en 1939 —cuando él inició la Segunda Guerra Mundial—, no obstante el enorme incremento de la población mundial y, por lo tanto, de la demanda.^[5]

La abolición de la política y la ciencia le confería al Führer el poder necesario para

definir qué era bueno para su raza, racializar las instituciones alemanas y posteriormente supervisar la destrucción de los Estados vecinos. Su cosmovisión también condensaba el tiempo: al combinar el supuesto patrón del pasado (el imperio racial) con una supuesta llamada de atención urgente desde el futuro (el pánico ecológico), el pensamiento nazi cerraba las válvulas de seguridad de la reflexión y la previsión. Si ni el pasado ni el futuro contenían otra cosa que lucha y escasez, toda la atención recaía en el presente. El propósito mental de aliviar una sensación de crisis aplastaba el propósito práctico de pensar en el futuro. En vez de concebir un ecosistema abierto a la investigación y a la salvación, Hitler imaginaba que un elemento sobrenatural –los judíos– lo había pervertido. Una vez definidos como amenaza eterna e inmutable de la especie humana y todo el orden natural, los judíos se podían convertir en el blanco de una serie de medidas urgentes y extraordinarias.

La prueba que supuestamente confirmaba la concepción de la naturaleza de Hitler, la campaña que rescataría a los alemanes de un presente claustrofóbico intolerable, era la guerra colonial contra la Unión Soviética. La invasión de la URSS en 1941 empujó a millones de alemanes a una guerra de exterminio en tierras pobladas por millones de judíos. Ésta era la guerra que quería Hitler; las acciones de 1938, 1939 y 1940 consistieron en una preparación y una improvisación destinadas a adquirir experiencia en la destrucción de los Estados. El desarrollo de la guerra en el frente oriental generó dos oportunidades políticas fundamentales: primero, la descripción zoológica de los eslavos justificó la eliminación de sus sistemas de gobierno, lo que creaba las zonas en las que el Holocausto era posible; más tarde, con el tiempo, el incierto destino de Alemania reveló la lógica política profunda del pensamiento de Hitler. La guerra que se presentaba era tanto colonial (contra los eslavos) como descolonial (contra los judíos). En cuanto la guerra colonial por el *Lebensraum* comenzó a dar muestras de debilidad frente a la resistencia del Ejército Rojo, los nazis se inclinaron por poner el énfasis en la lucha por salvar el planeta de la dominación judía. Puesto que los judíos eran responsables de las ideas que supuestamente habían suprimido a las razas más fuertes, sólo su exterminio podía garantizar la victoria. Los hombres de las SS que comenzaron como destructores del Estado, mediante el asesinato de miembros de grupos considerados bastiones de los sistemas de gobierno enemigos, se convertían ahora en asesinos en masa de judíos. Dondequiera que el poder alemán anulaba el poder soviético, cantidades significativas de residentes se unían a la masacre. En 1942, en la Polonia ocupada, la mayoría de los judíos eran deportados desde sus guetos y asesinados mediante el uso de gases, como en Treblinka. Los judíos del resto de Europa sobrevivirían a la lógica mortífera de Hitler sólo en la medida en que ellos y sus vecinos permaneciesen vinculados a las instituciones estatales convencionales. En las oscuras zonas de la no estatalidad, los supervivientes como Wanda J. necesitaban buena fortuna y virtuosa ayuda.

La idea del auxilio nos parece cercana; la ideología del asesinato, lejana. El

pánico ecológico, la destrucción del Estado, el racismo colonial y el antisemitismo global pueden resultar exóticos. La mayoría de las personas en Europa y Norteamérica viven en Estados funcionales donde se dan por descontados los elementos básicos de soberanía que preservaron las vidas de los judíos y de otras personas durante la guerra: la política exterior, la ciudadanía y la burocracia. Después de dos generaciones, la revolución verde ha eliminado el miedo al hambre de las emociones de los votantes y de los discursos de los políticos. Expresar abiertamente ideas antisemitas es un tabú en gran parte de Occidente, si acaso uno que está en retroceso. Alejados del nacionalsocialismo por el tiempo y la fortuna, nos es fácil rechazar las ideas nazis sin contemplar cómo funcionaron. Nuestra mala memoria nos convence de que somos diferentes de los nazis al ocultar los aspectos en que somos iguales.

Del mismo modo que la cosmovisión de Hitler refundía la ciencia y la política, su programa confundía la biología con el deseo. El concepto de *Lebensraum* aunaba la necesidad con la ambición, el asesinato con la conveniencia; implicaba un plan para restablecer el planeta mediante el asesinato masivo y la promesa de una vida mejor para las familias alemanas. Desde 1945, uno de los dos sentidos de *Lebensraum* se ha extendido a lo ancho y largo de casi todo el planeta: la sala de estar, el sueño de la comodidad doméstica en una sociedad de consumo. El otro significado de *Lebensraum* es el de hábitat, el ámbito que debe ser controlado para la supervivencia física, poblado quizá de forma temporal por personas descritas como no del todo humanas. Al unir estas dos pasiones en una palabra, Hitler refundía el estilo de vida con la propia vida. Por la visión de una despensa llena de provisiones, las personas deberían apoyar la lucha sangrienta para hacerse con el territorio de otras. Una vez que se han confundido las nociones de vida y nivel de vida, cualquier sociedad rica puede declararle la guerra, en aras de la supervivencia, a las que son más pobres. Decenas de millones de personas murieron en la guerra de Hitler no para que los alemanes pudiesen vivir, sino para que los alemanes pudiesen perseguir el sueño americano en un mundo globalizado.

Precisamente en este punto, la teoría de Hitler le permitía aunar la globalización y la política interior. Hitler estaba en lo cierto al creer que, en la época de la comunicación global, las nociones de prosperidad se habían hecho relativas y fluidas. Después de que su lucha por el *Lebensraum* fracasara con la derrota final alemana en 1945, la revolución verde satisfizo la demanda en Europa y en gran parte del mundo, proporcionando no sólo los alimentos necesarios para la mera supervivencia física, sino una sensación de seguridad y unas expectativas de plenitud. Sin embargo, ninguna solución científica es eterna; la decisión política de apoyar a la ciencia permite ganar tiempo, pero no garantiza que las decisiones futuras serán las buenas. Es posible que nos estemos aproximando a otro momento decisivo, de algún modo

similar al que los alemanes afrontaron en los años treinta.^[6]

Es posible que la revolución verde, quizás el adelanto que más distingue a nuestro mundo del de Hitler, se esté acercando a su techo. Esto se debe no tanto a que haya demasiadas personas en la Tierra como a que un número cada vez mayor de los habitantes de la Tierra exigen provisiones de alimentos cada vez mayores y con más garantías. La producción mundial de cereales per cápita alcanzó su nivel máximo en la década de 1980. En 2003, China, el país más poblado del mundo, se convirtió en importador neto de cereales. En el siglo XXI, las reservas mundiales de cereales jamás han sobrepasado unos cuantos meses de suministro. Durante el caluroso verano y las sequías de 2008, los incendios en los campos de cultivo obligaron a los principales proveedores de alimentos a interrumpir totalmente las exportaciones, y se produjeron motines de subsistencia en Bolivia, Camerún, Costa de Marfil, Egipto, Haití, Indonesia, Mauritania, Mozambique, Senegal, Uzbekistán y Yemen. En 2010, los precios de los productos agrícolas se volvieron a disparar, lo que ocasionó protestas, revueltas, limpiezas étnicas y la revolución en Oriente Próximo.^[7]

Aunque no es probable que en el mundo se agoten los alimentos por completo, sí es posible que las sociedades más ricas vuelvan a preocuparse por las provisiones futuras. Sus élites podrían verse de nuevo frente a decisiones sobre cómo definir la relación entre la política y la ciencia. Como Hitler demostró, la fusión de las dos abre una vía a una ideología que puede parecer explicar y resolver la sensación de pánico. En un contexto de masacres similar al Holocausto, puede que los líderes de un país desarrollado se dejasen llevar o indujesen el pánico ante una escasez futura y actuaran de forma preventiva, señalando a un grupo humano como fuente del problema ecológico y destruyendo otros Estados deliberada o accidentalmente. No hace falta ningún argumento convincente para que se considere una cuestión de vida o muerte, tal y como muestra el ejemplo nazi, tan sólo una convicción momentánea de que una acción drástica es necesaria para conservar un estilo de vida.^[8]

Parece razonable preocuparse porque el segundo significado del término *Lebensraum*, que concibe el territorio de otras personas como hábitat, siga latente. En gran parte del planeta, el sentido predominante del tiempo se parece cada vez más, en algunos aspectos, al catastrofismo de la época de Hitler. Durante la segunda mitad del siglo XX –las décadas de la revolución verde–, el futuro se dibujaba como un regalo que pronto recibiríamos. Las dos ideologías enfrentadas, el capitalismo y el comunismo, prometían una recompensa próxima y aceptaban el futuro como su terreno de competición. En los planes de las agencias gubernamentales, en los argumentos de las novelas y en los dibujos de los niños se preveía un futuro halagüeño, pero esta sensibilidad parece haber desaparecido. En la cultura de élite, el futuro ahora se aferra a nosotros y viene cargado de complicaciones y crisis, repleto de dilemas y decepciones. En los medios de comunicación vernáculos –cine, videojuegos y novelas gráficas– el futuro se presenta como poscatastrófico: la naturaleza se venga de forma que la política convencional resulta irrelevante y reduce

la sociedad a la lucha y la búsqueda de auxilio, la superficie terrestre se vuelve indómita; los humanos, salvajes, y cualquier cosa puede ocurrir.^[9]

Hitler el pensador se equivocaba al afirmar que la política y la ciencia son lo mismo, pero Hitler el político tenía razón en que la combinación de ambas genera una sensación eufórica de época catastrófica y, por lo tanto, el potencial para una acción radical. Cuando en el horizonte se divisa un apocalipsis, esperar soluciones científicas parece no tener sentido, la lucha parece algo natural, y saltan a la palestra los demagogos de la sangre y la tierra. Una política sensata para nuestro mundo sería una que mantuviese el miedo a una catástrofe planetaria todo lo lejos que fuese posible. Eso conlleva aceptar la independencia de la ciencia respecto a la política, y tomar la decisión política de fomentar los tipos pertinentes de ciencia que permitan la continuación de la política convencional.

El planeta está cambiando de tal forma que las descripciones hitlerianas de vida, espacio y tiempo podrían parecer más verosímiles. El aumento de cuatro grados Celsius previsto este siglo para las temperaturas medias globales podría transformar la vida humana en gran parte del planeta. El cambio climático es impredecible, lo que exacerba el problema. Las tendencias actuales pueden inducir a error, ya que habría que tener en cuenta los efectos provocados a su vez por estos cambios: si los casquetes glaciares se desmoronan, el calor del sol será absorbido por el agua del mar en vez de reflejado hacia el espacio; si la tundra siberiana se derrite, brotará metano de la Tierra, lo que retendrá el calor en la atmósfera; si la cuenca del Amazonas se ve despojada de su jungla, se producirá una emisión masiva de dióxido de carbono. Los procesos globales siempre se dejan sentir localmente, y los factores locales pueden contenerlos o amplificarlos. Puede que las costas se inunden, pero resulta imposible predecir dónde y cuándo; la mitad de las ciudades del mundo están amenazadas, pero no se puede saber cuál será la primera en desaparecer, y su final no llegará en forma de una sola ola gigantesca, sino tras la acumulación de innumerables fisuras. Será imposible predecir una tempestad específica con más de unos días de antelación; cada una será única, pero a su vez cada una formará parte de la tendencia acumulativa.^[10]

Puede que la experiencia de tormentas sin precedentes o de incesantes sequías sacuda las expectativas sobre la seguridad de los recursos básicos y dé mayor relevancia a la política hitleriana. Como demostró Hitler durante la Gran Depresión, los humanos son capaces de representar una ulterior crisis de forma que justifique las medidas drásticas tomadas en el presente. Con la dosis suficiente de tensión y destreza, los políticos son capaces de efectuar las refundiciones que Hitler fue pionero en aplicar: de la naturaleza y la política, del ecosistema y el hogar, de la necesidad y el deseo. Se puede culpar a un grupo específico de seres humanos de un problema global que, por otro lado, parezca irresoluble.^[11]

Hitler era hijo de la primera globalización, la que surgió bajo los auspicios

imperiales a finales del siglo XIX. Nosotros somos hijos de la segunda, la de finales del siglo XX y principios del XXI. La globalización no es ni un problema ni una solución; es una circunstancia con una historia y acarrea un peligro intelectual específico. Al no tener alternativa, las personas se ven obligadas a pensar a escala planetaria, como Hitler y Carl Schmitt jamás se cansaron de subrayar. Dado que el mundo es más complejo que un país o una ciudad, la tentación de encontrar una llave maestra que lo explique todo es aún mayor. Cuando se derrumba un orden global, como vivieron en primera persona muchos europeos durante la segunda, la tercera y la cuarta década del siglo XX, puede parecer que un diagnóstico simplista como el de Hitler clarifique lo global al hacer referencia a lo ecológico, lo sobrenatural y lo conspirativo. Cuando parece que se han roto las reglas normales y que se han pulverizado las expectativas, se puede bruñir la sospecha de que alguien (los judíos, por ejemplo) ha desviado de algún modo la naturaleza de su propio cauce. Un problema de escala verdaderamente planetaria, como lo es el cambio climático, requiere obviamente soluciones globales; una aparente solución es definir un enemigo global.

El Holocausto se diferenció de otros episodios de asesinatos masivos y limpieza étnica en que la estrategia alemana tenía como objetivo el asesinato de todos los niños, las mujeres y los hombres judíos. La única razón por la que esto era concebible es porque los judíos eran considerados los creadores e instigadores de un orden planetario corrupto. Es posible volver a ver a los judíos como una amenaza universal, tal y como efectivamente son vistos por formaciones políticas cada vez más importantes de Europa, Rusia y Oriente Próximo; lo mismo podría ocurrir con los musulmanes, los homosexuales u otros grupos que puedan asociarse a cambios a escala mundial.

El cambio climático como problema local puede provocar conflictos locales; el cambio climático como crisis global podría plantear la exigencia de víctimas globales. En las dos últimas décadas, el continente africano ha proporcionado algunos indicios sobre cómo serán estos conflictos locales y pistas sobre cómo podrían convertirse en globales. Se trata de un continente de Estados débiles. En condiciones de hundimiento del Estado, las sequías pueden provocar cientos de miles de muertes a causa del hambre, como sucedió en Somalia en 2010. El cambio climático también puede aumentar la probabilidad de que los africanos encuentren razones ideológicas para matar a otros africanos en épocas de aparente escasez. En el futuro, África podría convertirse también en el escenario de una competición global por la obtención de alimentos, quizás acompañada de justificaciones ideológicas globales.

[12]

África formaba parte del pasado colonial alemán cuando Hitler llegó al poder. La conquista de África fue la última etapa de la primera globalización de la época en que

Hitler era un niño. Fue en el África subsahariana donde los alemanes y otros europeos volvieron a aprender sus lecciones sobre la raza. Ruanda es un artefacto resultante de la contienda y posterior desbandada de Europa en África en general y en el África Alemana Oriental en particular. La división de su población en los clanes de los hutus y los tutsis representaba el típico método europeo de gobierno: favorecer a un grupo con el fin de gobernar al otro. No tenía ni mayor ni menor sentido que la idea de que los polacos y los ucranianos pertenecían a una raza distinta que los alemanes, o de que se debía reclutar a los esclavos de los campos de concentración para que colaborasen en la matanza de los judíos. Los africanos de hoy día pueden aplicar, y de hecho aplican, divisiones y fantasías raciales entre sí, igual que hicieron los europeos con los africanos en las décadas de 1880 y 1890, y los europeos con los propios europeos en las décadas de 1930 y 1940.

La masacre en Ruanda sirve como ejemplo de respuesta política a una crisis ecológica a escala nacional. Al agotamiento de la tierra cultivable a finales de la década de 1980 le siguió un descenso absoluto de las cosechas en 1993. El Gobierno reconoció que la superpoblación era un problema y en consecuencia comenzó a buscar la forma de exportar a su propia población a países vecinos. Se enfrentaba a un rival político asociado con los tutsis cuyos planes de invasión conllevaban la redistribución de valiosas granjas. La medida gubernamental de animar a los hutus a matar a los tutsis en la primavera de 1994 fue todo un éxito en las zonas con escasez de tierras: la gente que quería tierras denunciaba a sus vecinos. Los perpetradores afirmaban actuar movidos por el deseo de apropiarse de tierras y por el miedo a que otros lo hicieran antes que ellos. Durante la campaña de asesinatos, los hutus no dudaron en matar a los tutsis, pero cuando ya no quedaban más tutsis, los hutus comenzaron a matar a otros hutus, y a quedarse con sus tierras. En vista de que los tutsis habían sido favorecidos por las potencias coloniales, los hutus que los asesinaron pudieron camuflar su actuación bajo el mito de la liberación colonial. Entre abril y julio de 1994, fueron asesinadas al menos medio millón de personas.^[13]

El hambre en Somalia y la masacre en Ruanda son muestras atroces de las posibles consecuencias que el cambio climático puede generar en África. La primera ejemplifica la muerte provocada directamente por el clima, y la segunda, el conflicto racial resultante de la interacción del clima y la creatividad política. Puede que el futuro albergue la tercera y más temible posibilidad: una interacción entre la escasez local y una potencia colonial capaz de extraer alimentos y a la vez exportar ideología global. A pesar de los esfuerzos de los propios africanos por obtener acceso a terrenos cultivables y agua potable, su continente se presenta como la solución a los problemas de seguridad alimentaria de los asiáticos. La combinación de unos derechos de propiedad débiles, unos regímenes corruptos y el hecho de poseer la mitad de los terrenos aún sin cultivar del planeta ha situado a África en el centro de los planes asiáticos de seguridad alimentaria: los Emiratos Árabes Unidos y Corea del Sur han intentado hacerse con el control de grandes franjas de Sudán; a estos países

se les han unido Japón, Qatar y Arabia Saudí en los esfuerzos constantes por comprar o arrendar terrenos agrícolas en África; y, por otro lado, una empresa de Corea del Sur ha intentado arrendar la mitad de Madagascar.^[14]

Existe un país asiático que presenta una combinación única de una ingente necesidad de alimentos y una capacidad acorde para perseguir sus recursos: la República Popular China. Se trata de una potencia industrial y exportadora emergente que, con su propio territorio, no puede garantizar los suministros básicos para la prosperidad en expansión que su población da por descontada. En algunos aspectos, la situación actual de China podría ser peor que la de Alemania en los años treinta. La superficie de terreno cultivable per cápita es aproximadamente un 40% de la media mundial, y sigue disminuyendo a un ritmo de alrededor de un millón de hectáreas anuales. El pueblo chino conoce lo que es la hambruna: la Segunda Guerra Mundial y la posterior guerra civil causaron la muerte por inanición de millones de personas, y una década después de la victoria de los comunistas, la hambruna provocada por el Gran Salto Adelante de Mao, entre 1958 y 1962, se saldó con la vida de decenas de millones de personas.^[15]

En la China del siglo XXI, la brecha entre los dos sentidos de la palabra *Lebensraum* –comodidad y supervivencia– parece ser pequeña. Existen decenas de millones de ciudadanos chinos acomodados que vivieron en primera persona la muerte de familiares en un pasado reciente. El pueblo chino probablemente necesitará cada vez más calorías, ya que los chinos acomodados, como las personas acomodadas en cualquier lugar del mundo, exigen una mayor seguridad alimentaria, así como más alimentos y más variados. El Partido Comunista Chino, que mató de hambre a su propio pueblo durante su fase revolucionaria, es el mismo que sigue al frente del país. Al ser responsable tanto de la hambruna del pasado como de la abundancia del futuro, se muestra extremadamente sensible respecto al suministro de alimentos. Esto se puede ver reflejado en las adquisiciones de productos agrícolas que distorsionan el mercado cada vez que el suministro global parece amenazado. Es poco probable que China, dada su creciente riqueza, se quede realmente sin alimentos; mucho más probables son las reacciones exageradas a las ansiedades momentáneas que castigan a otros pueblos fuera de China. Sin tener en cuenta que grandes cantidades de ciudadanos chinos puedan estar realmente amenazados por el hambre física, la política de prosperidad nacional se inclinará hacia una actuación internacional decisiva en el momento en que surja una sensación de amenaza.^[16]

Frente a determinadas crisis futuras, quizás una serie de sequías anuales, los dirigentes de Pekín podrían sacar la misma conclusión en los años treinta del siglo XXI que los dirigentes de Berlín sacaron en los años treinta del XX: que la globalización al servicio de un sector de exportaciones en expansión debe complementarse con un control duradero del espacio vital que garantice el suministro

de alimentos. Los líderes chinos han descrito África como una fuente de recursos necesarios, incluyendo los alimentos. Las autoridades chinas demostraron durante la guerra civil relacionada con el clima que comenzó en Sudán en 2003 que apoyarían a los asesinos responsables de masacres si esto resultase beneficioso para sus inversiones. En Sudán, la sequía empujó a los árabes hacia el sur, penetrando en las tierras de pastoreo de los africanos. El Gobierno sudanés se puso del lado de los árabes y diseñó una estrategia de exterminio de los pueblos zaghawa, masalit y fur. China y Rusia proporcionaron armamento al Gobierno sudanés.^[17]

China también se enfrenta a un tipo de escasez inaudita en la década de 1930: la de agua potable. Parece que el cambio climático intensifica el ciclo del agua, lo que provoca tanto un mayor número de sequías como de inundaciones. A los lugares a los que les sobra el agua les llega aún más agua, y a los que mueren de sed, les llega aún menos agua. Casi mil millones de personas en todo el mundo carecen de los dos litros de agua diarios necesarios para beber, y más de dos mil millones carecen de los veinte necesarios para la higiene personal. En el siglo XXI, ha habido revueltas por el agua no sólo en China, sino en Bolivia, la India, Kenia, Paquistán, Somalia y Sudán. China dispone de sólo un tercio del agua dulce per cápita de la media global, y gran parte de ella procede de glaciares que se están derritiendo debido al calentamiento de la atmósfera. La mitad del agua dulce china y alrededor del 20% de sus aguas subterráneas ya están contaminadas, lo que descarta su potabilidad. En 2030, la demanda de agua en China será probablemente el doble de las reservas actuales. Claro que también es bastante posible que en un futuro, gracias a los avances tecnológicos, China, o al menos sus ciudadanos con mayor poder adquisitivo, pueda permitirse la desalinización del agua del mar.^[18]

También se pueden plantear otros enfoques menos pacíficos del problema relativo a la incertidumbre de los suministros de agua y alimentos. China comparte una extensa frontera con un país que alberga considerables reservas de agua: la Federación Rusa. Los agricultores chinos cultivan la tierra en su lado de la frontera sino-rusa de forma cada vez más intensiva, los rusos cada vez menos. A principios del siglo XXI, Pekín invirtió más capital que Moscú en la Rusia oriental. Con el paso del tiempo, Pekín podría interesarse por el agua siberiana, de la misma forma que ahora se interesa por el gas natural y el petróleo siberianos. El sistema de control favorito de Pekín, tanto en Rusia como en África, han sido los contratos legales en términos ventajosos para sí mismos, y los gobernantes rusos, como los africanos, se han mostrado dóciles frente a esta forma de sumisión. Este acercamiento chino a Moscú ha funcionado con el gas natural y podría funcionar con el agua.^[19]

No obstante, teniendo en cuenta la continuidad del cambio climático y la acumulación de sucesos impredecibles, las tierras de África y de Rusia podrían resultar cada vez más valiosas para los propios africanos y rusos. Bajo presión, los chinos podrían encontrar los argumentos que justifiquen el empobrecimiento y la muerte de los africanos y los rusos. O puede que los rusos y los africanos encuentren

los argumentos que justifiquen poner punto y final a la globalización china y a las personas que parecen estar detrás de ella.^[20]

Ninguno de estos posibles desenlaces es inevitable. Las obsesiones de China se parecen a las de la Alemania de entreguerras, pero los dirigentes chinos no muestran la insólita oposición de Hitler a las soluciones científicas. Mientras que Hitler se opuso a la ciencia agrícola que finalmente acabó con la sensación de pánico ecológico de Alemania, las autoridades chinas financian la investigación energética que podría reducir la velocidad del cambio climático y en consecuencia aliviar la preocupación por la comida y el agua. Pekín ha invertido en energía solar, eólica, de fisión y de fusión, y se ha comprometido voluntariamente a cumplir con los objetivos de emisiones de gas de efecto invernadero antes del 2030.^[21] Al importar en vez de exportar gas natural y petróleo, China no presenta sectores nacionales poderosos que se opongan a las fuentes alternativas de energía, pero contribuye al cambio climático y puede verse implicada en África y en Rusia si la tendencia continúa. Al mismo tiempo, los ingenieros chinos también están desarrollando y poniendo en práctica soluciones técnicas que ralenticen el cambio climático, y se reduzcan de este modo el riesgo de éstos y otros posibles conflictos futuros.

Los gobiernos rusos de principios del siglo XXI, en cambio, han basado sus presupuestos y se han jugado el apoyo popular en la exportación de hidrocarburos a Europa y China.^[22] Dado que dichos gobiernos tratan de mantener la demanda de gas natural y petróleo en estos grandes mercados vecinos, se han comprometido indirectamente con un futuro de contaminación de carbono y cambio climático. Quizá tenga que ver que la sensación de la catástrofe que acecha ha estado más patente en la cultura rusa que en China o en Occidente. Brillantes pensadores, novelistas, artistas y cineastas rusos han presentado diversas y fascinantes imágenes de la decadencia y la perdición humanas. Igual que hace un siglo, cuando Rusia se vio dividida entre la revolución y la contrarrevolución, la clase política rusa aventaja a cualquiera de sus vecinos en la formulación y la transmisión de la ideología catastrofista.

En la nueva etapa del colonialismo ruso que comenzó en 2013, los dirigentes y propagandistas del país imaginaron la desaparición de sus vecinos ucranianos o los presentaron como rusos de nivel inferior. En descripciones que traen a la memoria lo que Hitler decía sobre los ucranianos (y los rusos), los dirigentes rusos definieron a Ucrania como una entidad artificial carente de historia, cultura o lengua y respaldada por una suerte de conglomerado global de judíos, homosexuales, europeos y estadounidenses. En la guerra rusa contra Ucrania que esta retórica intentaba justificar, las primeras victorias se concentraron en los terrenos ricos en gas natural del mar Negro, cerca de la península de Crimea, que Rusia invadió y anexionó en 2014. Los fértiles terrenos de la Ucrania interior, su tierra negra, la convierten en un importante exportador de alimentos, a diferencia de Rusia.^[23]

El presidente ruso, Vladímir Putin, desarrolló una doctrina de política exterior basada en la guerra étnica. Este argumento desde la lengua hasta la invasión, ya sea defendido en Checoslovaquia por Hitler o en Ucrania por Putin, anula la lógica de la soberanía y los derechos y allana el terreno para la destrucción de los Estados. Transforma los sistemas de gobierno reconocidos en objetivos de agresión intencionada, y a los individuos en objetos étnicos cuyos supuestos intereses vienen determinados desde el extranjero. Putin también se situó a sí mismo a la cabeza de las fuerzas populistas, fascistas y neonazis de Europa. Al tiempo que daba su apoyo a políticos que culpan a los judíos del mundo de los problemas planetarios y aplicaba técnicas de destrucción del Estado, Moscú generaba un nuevo chivo expiatorio: los homosexuales. La nueva idea rusa de un «lobby gay» culpable de la decadencia mundial no tiene mucho más sentido que la vieja idea nazi de un «lobby judío» culpable de lo mismo, pero aquélla es la ideología que anda ahora suelta por el mundo.^[24]

Tal y como demostró Rusia, la Segunda Guerra Mundial puede pasar en un abrir y cerrar de ojos de ser un cuento con moraleja a un precedente instructivo. En 1939, Stalin se alió con Hitler, es decir, con la extrema derecha europea de la época, con la intención de provocar la autodestrucción de Europa: Stalin imaginaba que Alemania y sus vecinos occidentales entrarían en conflicto y su poder se disolvería. Putin parece haber hecho unos cálculos parecidos. De la misma forma que el propósito de la alianza con Hitler en 1939 era supuestamente dirigir la fuerza más radical de Europa contra la propia Europa, el apoyo ruso a la extrema derecha europea tiene la intención de deteriorar y desintegrar la estructura más pacífica y próspera de principios del siglo XXI: la Unión Europea. En 2014 y 2015, Putin renovó el pacto Mólotov-Ribbentrop, el acuerdo entre la Alemania nazi y la Unión Soviética iniciado en la Segunda Guerra Mundial que generó algunas de las condiciones necesarias para el Holocausto.^[25]

África demuestra los riesgos de la escasez local, China insinúa los problemas del poder global y la ansiedad nacional, y Rusia muestra cómo las prácticas de los años treinta pueden acabar pareciendo ejemplos positivos. Gracias en gran medida a Moscú, la destrucción del Estado y la construcción de enemigos planetarios vuelven a estar en boga en Europa. En Oriente Próximo, los Estados suelen ser débiles, y los fundamentalistas islámicos llevan tiempo presentando a los judíos, los estadounidenses y los europeos como enemigos planetarios. La campaña xenófoba rusa, que vincula el poder europeo y estadounidense con la mano oculta de los homosexuales internacionales, iba dirigida tanto al mundo musulmán como a su propia población.

Estas formas de pensamiento antiglobal aumentan la posibilidad de que grupos específicos carguen con la culpa de fenómenos planetarios. En muchas partes del

mundo, es probable que cientos de millones de musulmanes se enfrenten, como consecuencia del cambio climático, a un desplome de las posibilidades de vida que no tendrá ninguna explicación local. Lugares que casi no contribuyen al cambio climático se ven azotados por sus consecuencias. Bangladesh, un país musulmán con la mitad de población que Estados Unidos, se ve sacudido por tormentas e inundaciones agravadas por la subida del nivel del mar. En Libia, en cambio, se prevé que el periodo de sequía anual se alargue de cien a doscientos días. La población de Egipto depende del Nilo, que atraviesa seis mil quinientos kilómetros de desierto antes de alcanzar El Cairo. Fuerzas que no están en manos de los egipcios han convertido nuestro planeta en un lugar donde el Nilo podría secarse.^[26]

Ya se ha dado el caso de que los musulmanes norteafricanos lleven a Europa sus creencias antisemitas. Pero ¿qué ocurriría si dichos musulmanes del norte de África y de Oriente Próximo acusaran a los judíos de los desastres medioambientales? En el Éxodo 4:9, un libro compartido por las tradiciones musulmana, judía y cristiana, Dios advierte de que «el agua que saques del río se convertirá en sangre sobre la tierra seca». Los judíos que viven en Oriente Próximo, ciudadanos de Israel, podrían estar en riesgo en una época de escasez de agua. Uno de los motivos de la lucha por el control de Cisjordania y los Altos del Golán es la preocupación por el suministro de agua: los israelíes beben de acuíferos situados bajo los territorios ocupados. Aunque Israel cuenta con la capacidad militar y tecnológica para proteger a su población de las consecuencias del cambio climático, la desertificación continuada de Oriente Próximo podría dar lugar tanto a un conflicto regional como a la exigencia de chivos expiatorios. En una guerra por los recursos de esta zona, los musulmanes podrían culpar a los judíos tanto de los problemas locales como de la crisis ecológica general; ése era, al fin y al cabo, el enfoque de Hitler. Como es lógico, los israelíes también podrían culpar a los musulmanes e intentar atraer a sus aliados estadounidenses hacia un conflicto aún mayor.

Los sionistas de todas las orientaciones no se equivocaban al creer que la condición de Estado era crucial para una futura existencia nacional. La destrucción de los Estados europeos en la década de 1930 era una condición previa para todos los grandes crímenes nazis, incluido el propio Holocausto. La mayoría de los sionistas de izquierda y de centro creían que se podía establecer un Estado de Israel mediante alguna disposición del derecho internacional, lo que resultó ser correcto, aunque sólo después de que se perpetrara el Holocausto. Los sionistas revisionistas de la extrema derecha no se equivocaban al temer una catástrofe inminente en los años treinta y argumentaban que una cooperación encubierta con el Estado polaco estaba por lo tanto más que justificada.^[27]

Desde 1977, año en que Menájem Beguín llegó al poder en Israel, el terrorismo nacional se ha acercado al núcleo del mito nacional israelí. Lo que se suele omitir al

volver a narrar la gloriosa historia del Irgún y el Leji es la conexión polaca. Las carreras de Beguín, comandante del Irgún, Abraham Stern e Isaac Shamir, líderes del Leji, no se pueden concebir sin sus antecedentes y sus apoyos polacos. Después de Beguín, Shamir ocuparía el cargo de primer ministro entre 1983 y 1984, y más tarde de nuevo entre 1986 y 1992. Otros compañeros de armas y clientes polacos resurgieron al frente de puestos de autoridad: Eliahu Meridor, adiestrado en tácticas terroristas por los polacos en el pasado, sería elegido en tres ocasiones por el Parlamento de Israel; Eliahu Lankin, también entrenado por los polacos, ocuparía el cargo de embajador de Israel en Sudáfrica. Su tradición política, el Likud, era la extensión del sionismo revisionista que había florecido al amparo del Estado polaco en la segunda mitad de los años treinta. Podría parecer que la conexión polaca se interrumpió con el ascenso de Benjamín Netanyahu, el primer jefe de Gobierno israelí nacido en Israel y el primero procedente del Likud cuya lengua materna no es el polaco. En su lugar, Netanyahu habla inglés norteamericano, más acorde con su propia educación y con la actual filiación geopolítica de Israel. No obstante, aún en este caso el vínculo con la política polaca es fuerte: durante el momento álgido de cooperación con Polonia, el padre de Netanyahu fue el secretario personal de Vladímir Jabotinski, el fundador del sionismo revisionista.

La ambivalencia del apoyo de entreguerras polaco a los sionistas revisionistas apunta a una tensión similar en el seno del apoyo estadounidense a un Israel gobernado por sus sucesores. A finales de la década de 1930, los dirigentes polacos y gran parte de la población polaca eran prosionistas porque querían que los judíos se marcharan de Polonia durante la crisis económica. Algunos estadounidenses de principios del siglo XXI son proisraelíes porque quieren que los judíos estén en la Tierra Santa durante el apocalipsis que se aproxima. Los Estados Unidos de hoy se parecen a la Polonia de los años treinta en el sentido de que existe un número mayor de cristianos que de judíos que apoyan de forma activa la idea sionista. Algunos de los aliados políticos estadounidenses de Israel –los cristianos evangélicos– suelen negar la realidad del cambio climático al tiempo que respaldan las políticas sobre los hidrocarburos que lo aceleran. Entre estos evangélicos estadounidenses hay millones de dispensacionalistas, que apoyan a Israel porque creen que dichos desastres anuncian la segunda venida de Jesucristo. En los años cuarenta, los dispensacionalistas mantenían que el Holocausto era la obra de Dios porque obligaba a los judíos a reconsiderar sus errores y a trasladarse a la Tierra Prometida. Aunque una sustitución tan perspicaz de la política por el apocalipsis sea una visión minoritaria, la inclusión de la historia política del Estado de Israel dentro del relato del fin de los tiempos resulta común dentro de la sociedad estadounidense.^[28]

Como primer ministro de Israel, Beguín buscó y estableció alianzas con los evangélicos estadounidenses desde 1977, unos cuarenta años después de haber entrado en contacto con los dirigentes polacos. En los años treinta, algunos revisionistas como Beguín, Stern y Shamir defendieron, de forma totalmente correcta,

que los judíos necesitaban la protección de un Estado. Sus patrocinadores polacos apoyaron la idea de un Estado de Israel en un intento por distender la crisis económica y el antisemitismo masivo. La ironía a la que se enfrentan sus sucesores, la segunda generación de sionistas revisionistas que ahora gobierna Israel, es quizá más desconcertante. Algunos de sus patrocinadores estadounidenses respaldan medidas que podrían adelantar una catástrofe que pondría en peligro el Estado de Israel, cuya destrucción ellos ven como una fase más de la salvación del mundo. Los sionistas no se equivocaban al afirmar que la condición de Estado protege a los judíos, pero sus aliados pueden ser personas que conciban Israel como un medio para conseguir otro fin.

Los estadounidenses, si por algún motivo piensan en el Holocausto, dan por descontado que ellos jamás podrían cometer un crimen así. El Ejército estadounidense, al fin y al cabo, estaba en el bando correcto de la Segunda Guerra Mundial. La realidad histórica es de algún modo más compleja. Las fuerzas armadas que Franklin D. Roosevelt envió para liberar Europa estaban segregadas por razas, y en los Estados Unidos de la época predominaba un notable antisemitismo. El Holocausto había concluido prácticamente cuando los soldados estadounidenses desembarcaron en Normandía y, aunque liberaron algunos campos de concentración, las tropas estadounidenses no llegaron a ver ninguno de los principales escenarios de la masacre del Holocausto ni ninguna de las cientos de fosas de ejecución del Este. El juicio estadounidense a los guardias del campo de concentración de Mauthausen, igual que el juicio británico en Bergen-Belsen, volvió a atribuir a las víctimas judías su ciudadanía anterior a la guerra. Esto ayudó a que las generaciones posteriores pasaran por alto el hecho básico de que la negación de la ciudadanía, normalmente mediante la destrucción de los Estados, fue lo que permitió el asesinato masivo de los judíos.^[29]

Un malentendido sobre la relación entre la autoridad del Estado y el asesinato masivo subyace al mito estadounidense del Holocausto que prevalecía a principios del siglo XXI: que Estados Unidos es un país que rescató a personas intencionadamente de los genocidios causados por Estados soberbios. De acuerdo con este razonamiento, la destrucción de un Estado podría asociarse más al rescate que al riesgo. Sin lugar a dudas, Estados Unidos contribuyó a la destrucción de los regímenes de Alemania y Japón en 1945, pero también se comprometió en la reconstrucción de las estructuras estatales. Uno de los errores de la invasión de Iraq de 2003 fue la creencia que el cambio de régimen debía ser creativo. La teoría se basaba en que la destrucción de un Estado y su élite dirigente traería consigo la libertad y la justicia. En la práctica, la sucesión de acontecimientos que se precipitó por la invasión ilegal estadounidense de un Estado soberano confirmó una de las lecciones no aprendidas de la historia de la Segunda Guerra Mundial.^[30]

Los asesinatos masivos normalmente tienen lugar durante guerras civiles y cambios de régimen.^[31] Fue una estrategia deliberada de la Alemania nazi crear artificialmente las condiciones de destrucción del Estado y después redirigir las consecuencias hacia los judíos. La destrucción de Estados sin intenciones tan perversas produce desastres más convencionales. La invasión de Iraq se saldó con al menos el mismo número de muertes que el anterior régimen iraquí, sometió a los miembros del partido dirigente iraquí a una limpieza religiosa y allanó el camino al caos generalizado en todo el país. Los invasores estadounidenses finalmente se posicionaron del lado del clan político que inicialmente habían vencido, hasta tal punto llegaba su desesperación por restaurar el orden. Esto permitió la retirada de las tropas, seguida de los levantamientos islamistas. La destrucción del Estado iraquí en 2003 y el tumulto político, consecuencia del caluroso verano de 2010, prepararon el escenario para los terroristas del Estado Islámico en 2014.

Un típico error estadounidense consiste en creer que la libertad es la ausencia de autoridad estatal. La genealogía de esta confusión nos lleva hasta Alemania y Austria en la década de 1930.

El estereotipo predominante de la Alemania nazi es el de un Estado todopoderoso que catalogó, reprimió y luego exterminó a toda una clase de sus propios ciudadanos, pero no fue así como los nazis lograron el Holocausto, ni siquiera como lo concibieron. La enorme mayoría de las víctimas del Holocausto no eran ciudadanos alemanes; los judíos que eran ciudadanos alemanes tuvieron muchas más probabilidades de sobrevivir que los judíos que eran ciudadanos de los Estados destruidos por los alemanes. Los nazis sabían que tenían que salir del país y asolar las sociedades vecinas antes de aspirar a llevar la revolución a su propia casa. Si Hitler hubiese sido asesinado en 1939, como estuvo a punto de ocurrir, la Alemania nazi probablemente sería recordada hoy como un Estado fascista más. No sólo el Holocausto, sino todos los grandes crímenes alemanes tuvieron lugar en zonas donde las instituciones estatales se habían destruido, desmantelado o puesto en serio peligro. La matanza alemana de cinco millones y medio de judíos, más de tres millones de prisioneros de guerra soviéticos y alrededor de un millón de civiles en las así llamadas operaciones antipartisanas, se produjo íntegramente en zonas sin Estado.^[32]

Puesto que el Holocausto es un acontecimiento axial de la historia moderna, su malinterpretación dirige nuestras mentes hacia la dirección equivocada. Cuando se culpa del Holocausto al Estado moderno, el debilitamiento de la autoridad estatal aparece como algo beneficioso. Para la derecha política, la erosión del poder estatal mediante el capitalismo internacional parece natural; para la izquierda política, las revoluciones sin timón se presentan como algo virtuoso. En el siglo XXI, los movimientos de protesta anárquicos se unen en una riña amistosa con la oligarquía global, en la que ningún bando puede resultar herido ya que ambos conciben el

Estado como el verdadero enemigo. Tanto la izquierda como la derecha suelen temer el orden en vez de su destrucción o su ausencia. El reflejo ideológico común ha sido la posmodernidad: una preferencia por lo pequeño frente a lo grande, el fragmento frente a la estructura, el atisbo frente a la visión, el sentimiento frente al hecho. Las explicaciones posmodernas del Holocausto, tanto de la izquierda como de la derecha, suelen seguir las tradiciones alemanas y austríacas de la década de 1930. Como resultado, generan errores que pueden aumentar la probabilidad, más que disminuirla, de crímenes futuros.

Dentro de la izquierda, la corriente predominante de interpretación del Holocausto puede identificarse con la Escuela de Frankfurt. Los miembros del grupo conocido con este nombre, en su mayoría judíos alemanes que emigraron a Estados Unidos, describieron el Estado nazi como una expresión de la modernidad dejada de la mano. Theodor Adorno y Max Horkheimer, en su influyente *Dialéctica de la Ilustración*, partían (al igual que Hitler) de la premisa de que la «civilización burguesa» estaba a punto de derrumbarse. Redujeron el método científico al dominio práctico, y no consiguieron (al igual que Hitler) comprender el carácter reflexivo e impredecible de la investigación científica. Mientras que Hitler presentaba a los judíos como los creadores de universalismos falaces que servían de fachada para el dominio judío, Adorno y Horkheimer se oponían a todos los universalismos como fachadas para el dominio en general. El asesinato de los judíos, afirmaban, no era más que un ejemplo de la intolerancia general a la variedad que era inherente a los intentos por insuflar razón a la política. No hay palabras para describir la profundidad y la importancia de este error. Hitler no era partidario de la Ilustración, sino su enemigo. No abogó por la ciencia, sino que refundió la naturaleza con la política.^[33]

Dentro de la derecha, la explicación predominante del Holocausto puede identificarse con la Escuela de Viena. Los seguidores del economista austríaco Friedrich von Hayek afirman que el desmesurado Estado del bienestar condujo al nacionalsocialismo y, por lo tanto, prescriben la desregulación y la privatización como cura para el mal político. Este relato, aunque conveniente, resulta históricamente indefendible. Jamás ha existido un Estado democrático que construyese un Estado social del bienestar y después sucumbiese al fascismo (o al comunismo) como resultado. Lo que ocurrió en Europa central fue más bien lo contrario. Hitler llegó al poder durante la Gran Depresión que se había extendido por todo el mundo precisamente porque los gobiernos no sabían aún cómo intervenir en el ciclo económico. La patria de Hayek, Austria, puso en práctica el capitalismo de acuerdo con las ortodoxias del libre mercado de la época, lo que derivó en un empeoramiento terrible y aparentemente infinito de la situación económica. La opresión de los austríacos judíos comenzó no conforme el Estado crecía, sino tras su hundimiento en 1938.^[34]

El capitalismo ideal imaginado por los defensores del libre mercado depende de virtudes sociales y políticas sensatas que él mismo no genera. En la particular forma

de capitalismo generado por la política alemana y experimentado por los judíos y sus salvadores durante el Holocausto, todo intercambio dependía de la confianza entre las personas, en el sentido de que la otra parte del acuerdo podía traicionar y matar. En una versión extrema del utopismo de mercado, al que el propio Hayek se opuso, la Escuela de Viena confluye con el pensamiento de Ayn Rand, quien creía que la competición era el sentido de la propia vida; Hitler afirmaba prácticamente lo mismo. [35] Tal reduccionismo, aunque tentadoramente elegante, resulta letal. Si lo único que importa es la competición, entonces la eliminación de las personas que se resisten a competir y de las instituciones que lo impiden es algo natural; para Hitler, esas personas eran los judíos y esas instituciones eran los Estados.

Como bien saben los economistas, los mercados no funcionan perfectamente ni a nivel macroeconómico ni microeconómico. A nivel macroeconómico, el capitalismo desregulado se ve sometido a los extremos del ciclo económico. En teoría, los mercados siempre se recuperan tras una depresión; en la práctica, el sufrimiento humano provocado por el hundimiento económico puede tener profundas consecuencias políticas, entre ellas el fin del propio capitalismo, antes de que se produzca ningún tipo de recuperación. A nivel microeconómico, las empresas en teoría proporcionan bienes que son deseados y asequibles. En la práctica, las empresas en aras de sus beneficios pueden generar unos costes externos que ellas mismas no remedian. El ejemplo clásico de dicha externalidad es la contaminación, que no les supone ningún coste a sus productores pero provoca daños a otras personas. [36]

Un gobierno puede asignar un coste a la contaminación, lo cual internaliza la externalidad y de este modo reduce la consecuencia indeseada. Resultaría sencillo internalizar los costes de la contaminación por dióxido de carbono que provoca el cambio climático. Se necesita un dogma para oponerse a tal operación, que depende de los mercados y los preservará a largo plazo, tachándola de anticapitalista. Dentro de la derecha secular estadounidense, algunos partidarios del libre mercado sin restricciones han dado con ese dogma: la afirmación de que la ciencia no es más que política. Puesto que la ciencia del cambio climático está clara, algunos conservadores y libertarios estadounidenses niegan la validez de la propia ciencia al presentar sus descubrimientos como una tapadera para políticos confabuladores. Se trata de una fusión de la ciencia y la política, muy posiblemente una muy peligrosa.

Aunque ningún estadounidense negaría hoy que los tanques pueden operar en el desierto, algunos sí niegan que los desiertos están aumentando de tamaño. Aunque ningún estadounidense negaría la balística, algunos sí niegan la climatología. Hitler negaba que la ciencia pudiera solucionar el problema básico de la nutrición, pero suponía que la tecnología podía ganar territorios. Parecía deducirse que esperar a la investigación no tenía sentido y que la acción militar inmediata era necesaria. En el caso del cambio climático, la negación de la ciencia legítima igualmente la acción militar más que la inversión en tecnología. Si las personas no se responsabilizan del

clima, les endosarán la responsabilidad de las calamidades derivadas a otras personas. En la medida en que la negación del clima dificulte el progreso técnico, podría acelerar desastres reales, que a su vez pueden hacer aún más creíble el pensamiento catastrófico. Se puede iniciar un círculo vicioso en el que la política quede reducida al pánico ecológico.^[37]

La popular idea de que los mercados libres son naturales es consecuencia de la fusión de la ciencia y la política. El mercado no es la naturaleza; depende de la naturaleza. El clima no es un producto con el que se pueda comerciar, sino más bien una condición previa a la actividad económica como tal. La defensa del «derecho» a destruir el mundo en nombre de los beneficios de unos pocos revela un importante problema conceptual. Los derechos implican limitaciones. Cada persona es un fin en sí mismo; la importancia de una persona no se agota por lo que otra persona quiera de ella. Los individuos tienen derecho a no ser definidos como elementos de una conspiración planetaria o una raza condenada, tienen derecho a que sus países de origen no se definan como hábitats, tienen derecho a que no se destruyan sus sistemas de gobierno.^[38]

Cuando los Estados están ausentes, es imposible mantener los derechos, sea cual sea su definición. Los Estados no son estructuras que deban darse por descontadas, ser explotadas o desechadas, sino el fruto de un esfuerzo sereno y continuado. Resulta tentador, aunque peligroso, fragmentar alegremente el Estado desde la derecha o contemplar con complicidad los cascotes desde la izquierda. El pensamiento político no es ni destrucción ni crítica, sino más bien la imaginación de estructuras plurales informada históricamente: una labor del presente que puede preservar la vida y la dignidad en el futuro. Una de estas pluralidades atañe a la política y la ciencia. El reconocimiento de sus distintas finalidades posibilita la reflexión sobre los derechos y los Estados; su refundición es un paso hacia una ideología total como el nacionalsocialismo. Otra de estas pluralidades atañe al orden y la libertad: cada uno depende del otro, aunque cada uno es diferente del otro. Afirmar que el orden es la libertad o la libertad es el orden deriva en la tiranía. Afirmar que la libertad es la falta de orden debe derivar en la anarquía, que no es otra cosa que un tipo especial de tiranía. El propósito de la política es mantener en juego una cantidad de bienes múltiples e irreducibles, en vez de dar paso a algún sueño, nazi o de otro tipo, de totalidad.^[39]

Gustaw Herling-Grudziński, quien soportó el gulag de Stalin mientras su hermano daba refugio a los judíos, escribió que «un hombre sólo puede ser humano en condiciones humanas».^[40] La finalidad del Estado es preservar estas condiciones, para que sus ciudadanos no tengan que concebir la supervivencia personal como su único objetivo. El Estado está a favor del reconocimiento, el fomento y la protección de los derechos, lo que implica crear las condiciones para que se reconozcan, se

fomenten y se protejan dichos derechos. El Estado perdura para crear una sensación de durabilidad.

La pluralidad, por lo tanto, atañe en definitiva al tiempo. Cuando carecemos de una sensación de pasado y futuro, percibimos el presente como una plataforma inestable, una base incierta para la acción. Resulta imposible comprometerse con la defensa de los Estados y los derechos si nadie aprende del pasado ni cree en el futuro. Tener conciencia de la historia permite el reconocimiento de las trampas ideológicas y genera escepticismo sobre las exigencias de acción inmediata porque de repente todo haya cambiado. Confiar en el futuro puede hacer que el mundo parezca algo más que, en palabras de Hitler, «la superficie de una esfera medida con precisión». El tiempo, la cuarta dimensión, puede hacer que las tres dimensiones del espacio parezcan menos claustrofóbicas. Confiar en la durabilidad constituye el antídoto contra el pánico y el bálsamo de la demagogia. Se debe crear una sensación de futuro en el presente a partir de lo que sabemos del pasado, la cuarta dimensión construida a partir de las tres de la vida diaria.

En el caso del cambio climático, sabemos lo que puede hacer el Estado para domesticar el pánico y aliarse con el tiempo, sabemos que es más fácil y menos costoso obtener alimento de las plantas que de los animales, sabemos que las mejoras en la productividad agrícola siguen adelante y que es posible desalinizar el agua del mar, sabemos que la eficiencia energética es la forma más sencilla de reducir las emisiones de gases de efecto invernadero, sabemos que los gobiernos pueden asignar un precio a la contaminación por dióxido de carbono y pueden comprometerse unos con otros para reducir las futuras emisiones y para revisar mutuamente dichos compromisos; también sabemos que los gobiernos pueden estimular el desarrollo de las tecnologías energéticas apropiadas: las energías solar y eólica son cada vez más baratas, la energía de fusión, de fisión avanzada, la mareomotriz y los biocombustibles no alimentarios ofrecen una esperanza real de una nueva economía energética. A largo plazo, necesitaremos técnicas para capturar y almacenar el dióxido de carbono de la atmósfera. Todo esto no es sólo concebible, sino factible.^[41]

Los Estados deberían invertir en la ciencia para poder contemplar el futuro con serenidad. El estudio del pasado apunta a por qué éste sería un camino acertado. El tiempo respalda el pensamiento, el pensamiento respalda el tiempo; la estructura respalda la pluralidad, y la pluralidad, la estructura. Esta línea de razonamiento es menos espectacular que esperar el desastre general y soñar con la salvación personal. La prevención efectiva de los asesinatos masivos es gradual y sus héroes son invisibles. Ninguna concepción de un Estado duradero puede competir con las visiones de totalidad, ni ninguna política verde será jamás tan fascinante como la sangre roja o la tierra negra. Pero oponerse al mal exige inspirarse en lo que suena sensato más que en lo que resuena. Las pluralidades de la naturaleza y la política, el orden y la libertad, el pasado y el futuro no son tan embriagadoras como las utopías totalitarias del siglo pasado. Cada unidad es preciosa como imagen, pero circular

como lógica y tiránica como política. La respuesta a los que buscan la totalidad no es la anarquía, que no es la enemiga de la totalidad sino su sierva; la respuesta son instituciones reflexivas y plurales: una tarea interminable de creación diferenciada. Se trata de una cuestión de imaginación, madurez y supervivencia.

Compartimos el planeta de Hitler y varias de sus preocupaciones; hemos cambiado menos de lo que creemos. Nos gusta nuestro espacio vital, fantaseamos con la destrucción de los gobiernos, denigramos la ciencia, soñamos con una catástrofe. Si pensamos que somos víctimas de alguna conspiración planetaria, nos acercamos poco a poco a Hitler. Si creemos que el Holocausto fue el resultado de las características inherentes de los judíos, los alemanes, los polacos, los lituanos, los ucranianos o cualquier otro grupo, nos movemos en el mundo de Hitler.

Comprender el Holocausto es nuestra oportunidad, quizá la última, de preservar la humanidad, lo que no es suficiente para sus víctimas. Ninguna acumulación del bien, por enorme que sea, anula un mal; ninguna salvación del futuro, por mucho éxito que tenga, anula un asesinato en el pasado. Quizá sea cierto que salvar una vida sea salvar el mundo, pero lo contrario no es cierto: salvar el mundo no restituye la pérdida ni de una sola vida. ^[42]

Al árbol genealógico de aquel niño de Viena, al igual que al de todos los niños judíos nacidos o por nacer, le han arrancado parte de las raíces: «Yo la raíz fui una vez la flor / bajo este oscuro peso mis ramas / viene el vellón del hilo / sierra de muerte que gime en lo alto». El mal causado a los judíos —a cada niño, mujer y hombre judíos— no puede anularse, pero puede registrarse y puede comprenderse. Es más, debe comprenderse para que males similares puedan impedirse en el futuro.

Con eso nos debe bastar a nosotros y a quienes, esperemos, vengan después.

Agradecimientos

Wanda J. se salvó a sí misma y a sus dos hijos gracias a la ayuda de otros. Uno de ellos creció en la Polonia comunista posbélica y se convirtió en historiador. Enseñó en los círculos secretos de estudio conocidos como la «Universidad Voladora», bautizados así en referencia a una tradición del siglo XIX. Después de que en 1981 se declarara en Polonia la ley marcial, fue internado en un campo, y una década después, tras la desintegración de la Unión Soviética, aceptó ser uno de los dos supervisores de mi doctorado. En este sentido, debo mi carrera como historiador a las personas que auxiliaron a Wanda Grosmanowa-Jedlicka, a la propia Wanda Grosmanowa-Jedlicka y a su hijo menor, Jerzy Jedlicki. A lo largo de los veinticinco años en los que he tenido la suerte de hacer carrera en los estudios de Europa del Este, he recibido las enseñanzas de otras personas que sobrevivieron al Holocausto. Entre mis compañeros hay personas que deben sus vidas a los salvadores que menciono en este libro, como por ejemplo Sugihara, y entre mis estudiantes cuento con descendientes de personas que salvaron a otros, como por ejemplo Sheptyts'kyi. Sería absurdo considerar su aportación como una deuda personal; los reconozco como fuente de este libro. La historia continúa, para bien o para mal, y la débil luz de cada salvación se refracta en los corredores espejados de las generaciones.

Gran parte de este libro se escribió en Viena y en el noreste de Polonia, dos de los lugares donde la opresión de los judíos fue más infame. El debate de esta cuestión ha dado lugar a historias excepcionales que precedieron y proporcionaron información a la mía. El Instituto de Ciencias Humanas (IWM) de Viena fue fundado por mi difunto amigo, el filósofo Krzysztof Michalski; sin su acogida intelectual y sin el apoyo de sus colegas, especialmente Ivan Krastev y Klaus Nellen, no me habría embarcado en el proyecto del libro ni lo habría terminado. Agradezco a los miembros del IWM la organización de un seminario dedicado a este libro, y a Dessislava Gavrilova, Izabela Kalinowska y Shalini Randeria les agradezco su amistad en Viena. Durante los veranos tuve el privilegio de ser el invitado de Krzysztof Czyżewski, Małgorzata Szporer-Czyżewska y su institución, la Borderlands Foundation de Krasnogruda, y me alojé con mi familia en una casa que en su día perteneció a la familia de Czesław Miłosz. La Borderlands Foundation hace lo que tantos humanistas recomiendan: buscar y encontrar maneras de entender al otro.

Algunas de las deudas que he adquirido se remontan a los años previos a comenzar este proyecto. Los debates en torno a mi libro *Bloodlands*, una historia sobre las masacres alemana y soviética en los territorios donde tuvo lugar el Holocausto, me

ayudaron a plantear lo que espero que fueran algunas de las preguntas adecuadas sobre los orígenes de la Solución Final. Los libros de Peter Longerich han sido importantes en tanto que intento hacer llegar sus argumentos a personas no alemanas y territorios fuera de las fronteras de Alemania. El estudio de Lituania de Christoph Dieckmann ha constituido un gran ejemplo gracias a su unidad de entendimiento teórico y a su conocimiento de la región. Respecto a la cuestión específica de las consecuencias psicológicas de la aparición y desaparición del poder estatal, durante dos décadas he recibido la influencia de las relecturas de Hannah Arendt que se han llevado a cabo en Europa del Este, en particular la de Jan Tomasz Gross. Varias de las líneas de pensamiento que sigo aquí nacieron en sus libros *Revolution from Abroad* y *Vecinos*. Durante casi veinticinco años, Andrzej Waśkiewicz me ha retado constantemente a ampliar mis miras en lo que respecta a la política. Mientras escribía *Bloodlands*, también estaba ayudando a mi difunto amigo y colega Tony Judt a crear un libro de debates titulado *Pensar el siglo xx*. Estas conversaciones en Nueva York me ayudaron a aclarar algunas de las ideas sobre el Estado que aparecen en este libro.

Robert Silvers, de *The New York Review of Books*, editó y publicó algunos ensayos en los que elaboré ciertas ideas que aparecen en los capítulos intermedios. Timothy Garton Ash, uno de los supervisores de mi doctorado, debatió conmigo sobre la estructura y las conclusiones. Tina Bennett, que ahora es mi agente y pertenece al WME, se convirtió en mi amiga cuando iniciamos juntos nuestros estudios de posgrado en Oxford. Fue la primera lectora de este manuscrito y su primera correctora; agradezco inmensamente su criterio y su entusiasmo. Tim Duggan, mi corrector y editor en Crown, emprendió el proyecto con gran habilidad, energía y dedicación. Thomas Gebremedhin trató magníficamente el manuscrito, y agradezco la atención que el equipo de Crown le dedicó a esta obra. También le doy las gracias a Detlef Felken, de C. H. Beck, por las conversaciones entre *Bloodlands* y *Tierra negra*; a Stuart Williams y Jörg Hensgen, de Bodley Head, por la lectura del texto completo, y a Pierre Nora, de Gallimard, por sus ideas sobre el tono y la conclusión. Mis amigos James Berger, Johann Chapoutot, Fabian Drixler, Rick Duke, Susan Ferber, Janos Kovács, Hiroaki Kuromiya, Eric Lohr, Wendy Lower, Istvan Rév, Berel Rodal, Joanne Rudof, Stuart Rachels, Jeffrey Veidlinger y Anton Weiss-Wendt fueron lo bastante generosos para comentar borradores enteros; David Brandenberger y Joshua Goodman comentaron un capítulo del libro cada uno; Andrea Böltke y Andy Morris leyeron el texto con una atención profesional ejemplar; Jonathan Wyss, de Beehive Mapping, aportó el indispensable componente visual.

Los argumentos que aparecen aquí también son fruto del aprendizaje que se obtiene al escuchar a los estudiantes. Enseñé borradores de algunos capítulos en un seminario especial de la London School of Economics en el curso 2013-2014, y estoy muy agradecido a los estudiantes, así como a mi compañero Arne Westad, por los

maravillosos debates. Aprendí mucho de mis estudiantes de Historia 987 en la Universidad de Yale en 2012; y los estudiantes de Historia 683 de 2015 leyeron uno de los últimos borradores de este manuscrito. Los estudiantes de posgrado de Yale han sido mis compañeros intelectuales. Mientras pensaba sobre este libro, Yedida Kanfer terminó una tesis doctoral acerca de la religión y la sociedad de Łódź, y mientras escribía, Jadwiga Biskupska concluyó una sobre la ocupación alemana de Varsovia. David Petrucci me ha ayudado a reflexionar sobre la historia transnacional, y Katherine Younger, sobre la Iglesia y el Estado; además, Jermaine Lloyd hizo que me planteara la raza como una categoría de la historia transnacional. Los comentarios de Sara Silverstein, cuya tesis se basa en la relación entre los derechos y el Estado, fueron muy meditados y acertados, y también he aprendido mucho de Rachel White, que se dedica al tema de los cristianos franceses y la resistencia política. Aner Barzilai y Stefan Eich intervinieron con sugerencias muy útiles.

Le estoy muy agradecido a Naomi Lamoureaux, la excelente catedrática del Departamento de Historia de Yale, así como a Ian Shapiro, al MacMillan Center, y a Jim Levinsohn del Jackson Institute for Global Affairs. Adam Tooze moderó dos debates en Yale en torno a los primeros capítulos. He tenido la gran fortuna de desarrollar mi carrera en una institución volcada en las humanidades en general y en la historia en particular, y donde la historia judía, alemana y eslava están ampliamente representadas en la enseñanza, la investigación y las colecciones de las bibliotecas. No me cansaré de subrayar la importancia de los estantes de la biblioteca Sterling, el apoyo de los bibliotecarios de Yale y el recurso tan especial que constituye el Archivo Audiovisual Fortunoff de Testimonios del Holocausto. New Haven ha sido mi hogar durante años porque mis viejos y leales amigos Daniel Markovits, Sarah Bilston, Stefanie Markovits y Ben Polak viven allí.

Los argumentos del libro se apoyan en el extenso aprendizaje de innumerables compañeros del campo de la historia y de otras disciplinas, y en cierta medida en mi propia labor de investigación. Para la parte inicial del pensamiento de Hitler me remití a las fuentes primarias, sobre todo a sus propios textos y discursos, con el objetivo de esclarecer en la mayor medida posible cierta lógica básica. Las deudas intelectuales adquiridas para llevar a cabo dicha labor son demasiado extensas para dejar constancia de ellas, ya sea aquí o en las notas, pero incluyen mis estudios con Mary Gluck y Leszek Kołakowski, así como los prolongados encuentros con Isaiah Berlin y Andrzej Walicki. Los apartados sobre la política de entreguerras polaca en los capítulos 2 y 3, así como los apartados de los capítulos 9, 10, 11 y 12 sobre los casos de ayuda individual se basan profundamente en material archivístico. Las pruebas documentales del auxilio están en su mayor parte en ruso, polaco y yiddish; estos últimos años he hecho un gran esfuerzo por leer tanto de este material como

fuera posible. Naturalmente, generalizar no es fácil. He hecho lo posible por asegurarme de que las afirmaciones sobre los rescates se basaran en lo que habían dicho los propios judíos, preferentemente en los idiomas que conocían entonces, y en fechas lo más cercanas posible a los acontecimientos que mencionaban. Al igual que en otros muchos aspectos de la historia del Holocausto, todavía hay grandes reservas de material primario sin explotar en estas lenguas europeas del Este. Jeffrey Burds, Wójtek Rappak y Zbyszek Stańczyk han compartido generosamente conmigo los documentos archivísticos citados aquí. Tess Davidson, Karolina Jesień, Andrew Koss, Julie Leighton, Olga Litvin, y Adam Zadrozny me ayudaron a encontrar recursos. La responsabilidad de este texto es mía.

A pesar de que ésta no es una obra científica, sí definiendo en ocasiones la relación entre ciencia y política. En la medida en que estas conexiones tienen sentido, estoy en deuda con científicos en activo, especialmente con mis amigos Matthew Albert, Olivia Judson y Carlo Maley, mi primo Steven Snyder y mi hermano Philip Snyder. Mi hermano Michael Snyder, estudioso de la literatura nativa norteamericana, ha ampliado mis ideas acerca del carácter global de la historia que aspiro a reflejar en este libro. Durante la redacción del texto me sentí muy agradecido por el cariño y el apoyo de mis cuñadas, Lori Anderson Snyder y Mary Snyder, y a menudo pensé en mis sobrinas, Cora e Ivy, y en mis sobrinos, Benjamin y Thomas. No habría sido capaz de abordar las cuestiones metafísicas que entrelazan esta historia si no hubiera sido por mis padres, Estel Eugene Snyder y Christine Hadley Snyder. También quiero recordar a mis abuelos y bisabuelos, a quienes les debo todo lo que sé acerca de vivir de la tierra. Mientras escribía en las colinas de Pidlasie, pensaba en las colinas de Ohio.

Mira, lirio de los valles. Marci Shore sabe más de este tema que yo; conoce idiomas, fuentes, sombras que no rehúyen. Su traducción de *Czarne sezony* es una muestra de lo que puede decirse sobre esta historia en inglés. Considero que su redacción histórica de las ideas es ejemplar, y las cuestiones filosóficas que se plantean aquí son las que ella mantiene con vida en mi mente. Le doy las gracias por su cariño, hacia mí, y sobre todo hacia Kalev y Talia.

Nota sobre el uso de ciertos términos

Con «Solución Final» me refiero a la voluntad alemana de eliminar por cualquier medio a los judíos de la totalidad del territorio que estaba bajo su dominio. Con «Holocausto» me refiero a la versión de la Solución Final que se ejecutó, el asesinato masivo de los judíos en Europa. Este libro abarca un territorio lingüístico muy amplio. Por lo general, los judíos asesinados en el Holocausto y quienes hoy escriben sobre el tema hablaban idiomas diferentes. He preferido centrarme en las zonas donde vivieron y fallecieron la mayoría de los judíos europeos, y en los idiomas que éstos hablaban en aquella época, incluyendo el yiddish, el polaco y el ruso. Dichas lenguas utilizan alfabetos diferentes: hebreo, latino y cirílico. Quienes utilizaban estas lenguas solían hablar más de una y, a menudo, son conocidos por nombres diferentes en épocas diferentes de sus vidas. He transliterado de acuerdo con la versión simplificada de las recomendaciones de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, pero a veces escribo los nombres propios como la persona en cuestión prefería.^[1] Me he esforzado por mantener la complejidad que deriva de la transliteración y de la traducción, y por no interferir en las voces y los argumentos. En cuanto a las localidades, en una misma época, se conocían por diversos nombres entre los diferentes habitantes; asimismo, también recibieron diferentes nombres oficiales a medida que los regímenes se iban sucediendo. He optado por los topónimos ingleses cuando los había, y cuando no, he utilizado el nombre oficial según la entidad política que gobernaba cuando dicha localidad se menciona por primera vez. Por supuesto, esto no implica ninguna voluntad de venganza por mi parte. Por ejemplo, he utilizado «Lwów» porque no existe un equivalente correcto (nadie dice «Leópolis») y porque éste era el nombre oficial de la ciudad polaca en el momento en el que aparece en la crónica. Hoy la ciudad se encuentra en Ucrania y se conoce como Lviv. Asimismo, empleo «Stáline» para referirme a la principal ciudad del Dombás, porque así se la conocía en la Ucrania soviética a partir de 1924. Hoy se llama «Donetsk». Las traducciones, a menos que se indique lo contrario, son mías. Las citas bíblicas corresponden a la Biblia del rey Jacobo. En la bibliografía he indicado la fecha de la primera publicación de un libro cuando la he considerado relevante. En las notas he utilizado corchetes para indicar que se ha descryptado material que estaba cifrado. Las notas siguen una fórmula sencilla de citación, con autor y título abreviado; las referencias completas se pueden localizar fácilmente en la bibliografía.

Archivos y abreviaturas

AAN	Archiwum Akt Nowych (Archivo de los Documentos Nuevos), Varsovia
AW	Archiwum Wschodnie, Karta (Archivo Oriental, Instituto Karta), Varsovia
BUW	Biblioteka Uniwersyteku Warszawskiego, Gabinet Rękopisów (Biblioteca de la Universidad de Varsovia, Departamento de Manuscritos), Varsovia
CAW	Centralne Archiwum Wojskowe (Archivo Central Militar), Rembertów
DAVO	Derzhavni Arkhiv Volynskoi Oblasti (Archivo Estatal de la Región de Volinia), Lutsk
FVA	Fortunoff Video Archive for Holocaust Testimonies (Archivo Audiovisual Fortunoff de Testimonios del Holocausto), Universidad de Yale
GARF	Gosudarstvenni Arkhiv Rossiskoi Federatsi (Archivo Estatal de la Federación Rusa), Moscú
HI	Hoover Institution (Institución Hoover), Universidad de Stanford
IfZ	Institut für Zeitgeschichte (Instituto de Historia Contemporánea), Múnich
JPI	Józef Piłsudski Institute (Instituto Józef Piłsudski), Nueva York
MJH	Museum of Jewish Heritage (Museo de la Herencia Judía), Nueva York
MWP	Muzeum Wojska Polskiego (Museo del Ejército Polaco), Varsovia
NA	National Archives (Archivo Nacional), Kew, Reino Unido
SPP	Studium Polski Podziemnej (Estudio del Estado Clandestino Polaco), Londres
SUSC	Shoah Collection (Colección de la Shoá), Universidad de Carolina del Sur
TsDAVO	Tsentralni Derzhavni Arkhiv Vischij Organiv Vladi ta Upravlinnia Ukrain (Archivo del Estado Central de los Altos Órganos del Gobierno y la Administración de Ucrania), Kiev
USCHMM	United States Holocaust Memorial Museum (Museo Estadounidense Conmemorativo del Holocausto), Washington, D.C.
YIVO	Yivo Institute for Jewish Research (Instituto Yivo de Investigación Judía), Nueva York
YMA	Manuscripts and Archives, Sterling Memorial Library (Manuscritos y Archivos, Biblioteca Conmemorativa Sterling), Universidad de Yale
YV	Yad Vashem, Jerusalén
ŻIH	Żydowski Instytut Historyczny (Instituto de Historia Judía), Varsovia

Bibliografía

FUENTES PUBLICADAS

Obras de Hitler

- Hitler and His Generals: Military Conferences 1942-1945* (ed. Gerhard L. Weinberg), Nueva York, Enigma Books, 2003.
- Hitler's Second Book* (ed. Gerhard L. Weinberg; trad. ing. Krista Smith), Nueva York, Enigma Books, 2010, ed. alemana de 1961, dictada en 1928; trad. cast.: *Raza y destino* (trad. Mariano Orta), Barcelona Juventud, 1962.
- Hitler's Table Talk 1941-1944* (trad. ing. Norman Cameron y R. H. Stevens), Nueva York, Enigma Books, 2000; trad. cast.: *Anatomía de un dictador: conversaciones de sobremesa en el cuartel general del Führer* (trad. Mariano Orta), Barcelona, Grijalbo, 1974.
- Mein Kampf*, Múnich, Zentralverlag der NSDAP, 1939, primera edición de 1925 y 1926, en dos volúmenes; trad. cast.: *Mi lucha* (trad. Francisco Hellwagner), Madrid, Librería El Galeón, 2002.
- Ämliche Aufzeichnungen, 1905-1924* (ed. Eberhard Jäckel y Axel Kuhn), Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1980.
- Staatsmänner und Diplomaten bei Hitler: Vertrauliche Vertretungen des Auslandes 1942-1944* (ed. Andreas Hillgruber), Frankfurt, Bernard and Graefe, 1970; trad. cast.: *Estadista y diplomáticos con Hitler* (trad. Joaquín Adsuar Ortega), Barcelona, Caralt Editores, S. A., 1969.

Fuentes primarias nazis publicadas

- RANK, Hans, «Ansprache», en *Das Judentum in der Rechtswissenschaft. 1. Die deutsche Rechtswissenschaft im Kampf gegen den jüdischen Geist*, Berlín, Deutscher Rechtsverlag, 1936, pp. 7-13.
- , «Einleitung zum “Nationalsozialistischen Handbuch für Recht und Gesetzgebung”», en Herlinde Pauer-Studer y Julian Fink (eds.), *Rechtfertigungen des Unrechts: Das Rechtsdenken im Nationalsozialismus in Originaltexten*, Berlín, Suhrkamp, 2014, pp. 141-179.
- VITTE, Peter, WILDT, Michael, VOIGT, Martina, POHL, Dieter, KLEIN, Peter, GERLACH, Christian, DIECKMANN, Christoph y ANGRICK, Andrej (eds.), *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941-1942*, Hamburgo, Hans Christians Verlag, 1999.
- ÜHNEL, Reinhard (ed.), *Der deutsche Faschismus in Quellen und Dokumenten*, Colonia, PapyRossa, 2000.
- SCHMITT, Carl, «The Grossraum Order of International Law with a Ban on Intervention for Spatially Foreign Powers: A Contribution to the Concept of Reich in International Law (1939-1941)», en Timothy Nunan (ed. y trad. ing.), *Writings on War*, Cambridge, Polity Press, 2011, pp. 75-134.
- , «Eröffnung», en *Das Judentum in der Rechtswissenschaft. 1. Die deutsche Rechtswissenschaft im Kampf gegen den jüdischen Geist*, Berlín, Deutscher Rechtsverlag, 1936, pp. 14-18.
- , «Neue Leitsätze für die Rechtspraxis», en Herlinde Pauer-Studer y Julian Find (ed.), *Rechtfertigungen des Unrechts. Das Rechtsdenken im Nationalsozialismus in Originaltexten*, Berlín, Suhrkamp, 2014, pp. 513-516.

Otros documentos publicados

- ABZUG, Robert H. (ed.), *America Views the Holocaust, 1933-1945: A Brief Documentary History*, Boston, St. Martin's, 1999.
- BIENCIALA, Anna M., LEBEDEVA, Natalia S. y MATERSKI, Wojciech (eds.), *Katyn: A Crime Without Punishment*, New Haven, Yale University Press, 2007.
- DANYLENKO, Vasyl' y KOKIN, Serhiy (eds.), *Radians'kyi orhany derzhavnoi bezpeky u 1939-chervni 1941 r.*, vol. 1., Kiev: Kyiv-Mohyla Akademiia, 2013.

- Deportacje obywateli polskich z Zachodniej Ukrainy i Zachodniej Białorusi w 1940/Deportatsii pol'skikh grazhdan iz Zapadnoi Ukrainy i Zapadnoi Belorussii v 1940 godu*, Varsovia, IPN, 2003.
- Documents on British Foreign Policy 1919-1939*, 3.^a serie, vol. 3, Londres, His Majesty's Stationery Office, 1950.
- Documents on British Foreign Policy 1919-1939*, 3.^a serie, vol. 4, Londres, His Majesty's Stationery Office, 1951.
- Documents on German Foreign Policy 1918-1945*, serie D (1937-1945), vol. 5, Washington, D. C., Government Printing Office, 1953.
- UBICKI, Tadeusz, NAŁĘCZ, Daria y STIRLING, Tessa (eds.), *Polsko-brytyjska współpraca wywiadowcza podczas II wojny światowej*, Varsovia, Naczelna Dyrekcja Archiwów Państwowych, 2004.
- ustiz und NS-Verbrechen: Sammlung deutscher Strafurteile wegen nationalsozialistischer Tötungsverbrechen*, vol. 37, 2007, núm. de orden 777, pp. 398-441.
- ustiz und NS-Verbrechen: Sammlung deutscher Strafurteile wegen nationalsozialistischer Tötungsverbrechen*, vol. 43, 2010, núm. de orden 856, pp. 173-237.
- LIBERA, Paweł (ed.), *II Rzeczpospolita wobec ruchu prometejskiego*, vol. 4, Varsovia, Centralne Archiwum Wojskowe, 2013.
- IPSKI, Józef, *Diplomat in Berlin 1933-1939* (ed. Waław Jędrzejewicz), Nueva York, Columbia University Press, 1968.
- JEUMANN, Franz, MARCUSE, Herbert y KIRCHHEIMER, Otto, *Secret Reports on Nazi Germany: The Frankfurt School Contribution to the War Effort* (ed. Raffaele Laudani), Princeton, Princeton University Press, 2013.
- UN v svitli postanov Velykykh Zboriv, s. l., 1955.
- KIBIŃSKA, Alina y SZUCHTA, Robert (eds.), *Wybór źródeł do mawczania zagładzie Żydów na okupowanych ziemiach polskich*, Varsovia, Centrum Badań nad Zagładą Żydów, 2010.
- United States Department of Defense, «Quadrennial Defense Review Report», febrero de 2010.
- United States Department of the Navy. Vice Chief of Naval Operations, «Navy Climate Change Roadmap», 21 de mayo de 2010.
- LADIMIRTSEV, N. I. y KOKURIN, A. I. (eds.), *NKVD-MVD SSSR v bor'be s banditizmom i vooruzhennym natsionalisticheskim podpol'em na Zapadnoi Ukraine, v Zapadnoi Belorussii i Pribaltike 1939-1956*, Moscú, MVD Rossii, 2008.
- ARAŃSKI, Józef (ed.), *Diariusz i teki Jana Szembeka*, vol. 4, Londres, Orbis, 1972.
- ELENIN, I., et al. (eds.), *Tragediia sovetskoi derevni: Kollektivizatsiia i raskulachivanie*, vol. 3, Moscú, Rosspen, 2000.

Diarios, memorias y correspondencia

- ADINI, Ya'acov (ed.), *Dubno: sefer zikaron*, Tel Aviv, Irgun yots'e Dubno be-Yisra'el, 1966.
- BARTOSZEWSKI, Władysław, *The Warsaw Ghetto: A Christian's Testimony* (trad. ing. Stephen G. Cappellari), Boston, Beacon Press, 1987.
- BARTOSZEWSKI, Władysław y LEWINÓWNA, Zofia (eds.), *Ten jest z ojczyzny mojej*, Varsovia, Świat Książki, 2007.
- BEGUÍN, Menájem, *The Revolt [1948]*, Los Ángeles, Nash Publishing, 1972.
- BYNS'KYI, Anton, *Po toï bik frontu*, Kiev, Polityvdav Ukraïny, 1976-1978; trad. cast.: *La rebelión: la lucha clandestina por la independencia de Israel* (trad. V. Ferrer Alev), Barcelona, Inédita Ediciones, 2008.
- UBER-NEUMANN, Margarete, *Under Two Dictators: Prisoner of Hitler and Stalin [1949]*, Londres, Pimlico, 2008; trad. cast.: *Prisionera de Hitler y Stalin: un mundo en la oscuridad* (trad. María José Viejo y Luis García Reyes), Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2005.
- RYMMER, Wiktor Tomir, *W służbie Polsce*, Varsovia, Gryf, 1998.
- HEDROYC, Jerzy, *Autobiografia na cztery ręce* (ed. Krzysztof Pomian), Varsovia, Czytelnik, 1996.
- ŁOWIŃSKI, Michał, *The Black Seasons* (trad. ing. Marci Shore), Evanston, Northwestern University Press, 2005.
- OOD, William Z., «From "Jerushalayim d'Lita" and Back», memorias inéditas, 1988.
- ERLING, Gustaw, *A World Apart [1951]* (trad. ing. Andrzej Ciolkosz), Nueva York, Penguin, 1996; trad. cast.: *Un mundo aparte* (trad. Agata Orzeszek), Barcelona, Libros del Asteroide, 2012.
- AHANE, David, *Lvov Ghetto Diary* (trad. ing. Jerzy Michałowicz), Amherst, University of Massachusetts Press, 1990.
- ARSKI, Jan, «Dziecko sanacji», entrevista de Maciej Wierzyński, *Tygodnik Powszechny*, 24 de abril de 2012.
- , *Story of a Secret State: My Report to the World*, Londres, Penguin, 2011; trad. cast.: *Historia de un estado clandestino* (trad. Agustina Luengo), Barcelona, Acantilado, 2011.

- ÓZEWSKI, Henryk, «Zamiast pamiętnika», *Zeszyty Historyczne*, núm. 59 (1982), pp. 3-163.
- ŁUKOWSKI, Zygmunt, *Zamojszczyzna 1918-1943*, vol. 2, Varsovia, Karta, 2007.
- ŁULKA, Otto Dov, *Landscapes of the Metropolis of Death* (trad. ing. Ralph Mandel), Londres, Allen Lane, 2013; trad. cast.: *Paisajes de la metrópoli de la muerte*, Madrid, Taurus, 2013.
- ANKIN, Eliahu, *To Win the Promised Land: The Story of a Freedom Fighter* (trad. ing. Artziah Hershberg), Walnut Creek, Benmir Books, 1992.
- EMKIN, Raphael, *Totally Unofficial*, New Haven, Yale University Press, 2013.
- EWIN, Kurt I., *Przeżyłem: Saga Świętego Jura spisana w roku 1946*, Varsovia, Zeszyty Literackie, 2006.
- ILBERMAN, David, «Jan Lipke, An Unusual Man», en Gertrude Schneider (ed.), *Muted Voices: Jewish Survivors of Latvia Remember*, Nueva York, Philosophical Library, 1987, pp. 87-111.
- MARGOLIN, Julius, *Reise in das Land der Lager*, Berlín, Suhrkamp, 2013.
- MICHEL'SON, Frida, *Ia perezhila Rumbulu*, Israel, 1973.
- MOZARSKI, Kazimierz, *Rozmowy z katem*, Cracovia, Znak, 2009; trad. cast.: *Conversaciones con un verdugo en la celda del teniente general de la SS Jürgen Stroop* (trad. Sergio Trigán y Katarzyna Glszewska), Barcelona, Alba Editorial, 2008.
- MELEG-MARIAŃSKA, Miriam y PELEG, Mordecai, *Witnesses: Life in Occupied Kraków*, Londres, Routledge, 1991.
- MLECKI, Witold, *The Auschwitz Volunteer: Beyond Bravery* (trad. ing. Jarek Garliński), Los Ángeles, Aquila Polonica, 2012.
- LABIN, Haim (ed.), *Vishnivits: sefer zikaron le-kedoshe Vishnivits she-nispu be-shi'ath ha-natzim*, Tel Aviv, Irgun 'ole Vishnivits, 1979.
- LUBENSTEIN, Joshua y ALTMAN, Ilya (eds.), *The Unknown Black Book: The Holocaust in the German-Occupied Soviet Territories*, Bloomington, Indiana University Press, 2008.
- Sefer Lutsk, Tel Aviv, Irgun Yots'e Lutsk be-Yisrael, 1961.
- HAMIR, Yitzhak, *Summing Up: An Autobiography*, Boston, Little, Brown and Company, 1994.
- HTOKFISH, David (ed.), *Pinkes Kuzmir*, Tel Aviv, Irgunei yots'ei Kuzmir bi-medinat Yisra'el uva-tefutsot, 1970.
- HUMUK, Danylo, *Perezhyte i peredumane*, Kiev, Vydavnyts'vo imeni Oleny Telihiy, 1998.
- PANILY, Andrzej (ed.), *Pisane miłością: Losy wdów katyńskich*, vol. 3, Gdynia, Rymsza, 2003.
- BOBAŃSKI, Antoni, *Cywil w Berlinie*, Varsovia, Sic!, 2006.
- TEIN, Edith, *Self-Portrait in Letters* (trad. ing. Josephine Koepfel), Washington, D. C., Institute of Carmelite Studies, 1993; trad. cast.: *Autorretrato epistolar: Carlos 1916-1942*, (trad. Jesús Manuel García Rojo), Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1988.
- VEISSBERG-CYBULSKI, Aleksander, *Wielka czystka* (trad. Adam Ciołkosz), París, Institut Littéraire, 1967.
- ASNI, A. Volf (ed.), *Sefer Klobutsk: Mazkeret kavod le-kehilah ha-kedoshah she-hushmedah / Yizkor-bukh fun der farpeynikter Klobutsker kehile*, Tel Aviv, Irgun yots'e Klubotsk be-yisra'el and Klobutsker landsmanshaftn fun Frankraykh un fun Oystralaye, 1960.

Periódicos y artículos de prensa (en orden cronológico)

- Die Weltgefahr des Bolschewismus: Rede des Reichskanzlers Adolf Hitler im Berliner Sportpalast», *Deutschösterreichische Tageszeitung*, 3 de marzo de 1933.
- Beck Says Poland Is Not Anti-Jewish», *New York Times*, 30 de enero de 1937.
- Poles Renew Call for Exile of Jews», *New York Times*, 14 de junio de 1937.
- Poland Seen Opposed to Palestine Plan», *New York Times*, 9 de julio de 1937.
- Beck Says Poland Is Loyal to Allies», *New York Times*, 25 de enero de 1939.
- Stern Gang Leader Hailed as Patriot», *Times* (Londres), 16 de febrero de 1967.
- ERLEZ, Jane «Kigeme Journal: Why Worry About Crops When Fishing's Better!», *New York Times*, 14 de diciembre de 1989.
- LOTYKA, Grzegorz, «Lachów usunąć», *Gazeta Wyborcza*, 15 de abril de 2002.
- IDGEWAY, Eliza «A Survivor's Story: Resident Reflects on Family's Escape from the Nazis», *Los Altos Town Crier*, 15 de abril de 2009.
- Buying Farmland Abroad: Outsourcing's Third Wave», *Economist*, 21 de mayo de 2009.
- RODER, John M., «Climate Change Seen as Threat to U. S. Security», *New York Times*, 9 de agosto de 2009.
- LOGERS, Walter, «War Over the Arctic? Climate Change Skeptics Distract Us from Security Risks», *Christian*

Science Monitor, 2 de marzo de 2010.

TEŃCIACH, Wojciech, «Szpieg ze Sztokholmu», *Tygodnik Powszechny*, 19 de abril de 2011.

GOLDENBERG, Suzanne, «Wall Street Journal Rapped Over Climate Change Stance», *Guardian* (Manchester), 1 de febrero de 2012.

Trouble in the Heartland: Climate-Change Skepticism», *Economist*, 15 de febrero de 2012.

VINSTON, Andrew, «Politicians Who Deny Climate Change Cannot Be Pro-Business», *Bloomberg: Harvard Business Review*, 7 de septiembre de 2012.

Now You Don't: Arctic Ice», *Economist*, 22 de septiembre de 2012, pp. 89-90.

UNION OF CONCERNED SCIENTISTS, «Got Science? Not at News Corporation», 18 de octubre de 2012.

Heartland Institute», Sourcewatch.org, 26 de noviembre de 2012.

GOLDENBERG, Suzanne, «US Coastal Cities in Danger as Sea Levels Rise Faster Than Expected, Study Warns», *Guardian* (Manchester), 27 de noviembre de 2012.

HOLLACK, Martin, «Des is a Hetz und kost net viel», *Der Standard*, 2 de marzo de 2013.

Cold Comfort Farms», *Economist*, 4 de septiembre de 2013.

Ukraina, 1 de agosto de 2014, mapa.

WAVENPORT, Coral, «Pentagon Signals Security Risks of Climate Change», *New York Times*, 13 de octubre de 2014.

WANDLER, Mark, «U. S. and China Reach Climate Accord After Months of Talks», *New York Times*, 11 de noviembre de 2014.

Fuentes secundarias

ABRAMS, Bradley, «The Second World War and the East European Revolution», *East European Politics and Societies*, 16, núm. 3 (2003), pp. 623-664.

ABRAMSON, Henry, *A Prayer for the Government: Ukrainians and Jews in Revolutionary Times*, Cambridge, Harvard University Press, 1999.

ADAM, Uwe Dietrich, «How Spontaneous Was the Pogrom?», en Walter H. Pehle (ed.), *November 1938: From «Kristallnacht» to Genocide*, Oxford, Berg, 1990, pp. 73-94.

ALEXANDER, L. V., et al., «Global Observed Changes in Daily Climate Extremes of Temperature and Precipitation», *Journal of Geophysical Research*, 111 (2006), pp. 1-65.

ALIYU, Rafeeat, «Agricultural Development and “Land Grabs”: The Chinese Presence in the African Agricultural Sector», *Consultancy African Intelligence*, 16 de enero de 2012.

ALY, Götz, *Hitler's Beneficiaries: Plunder, Racial War, and the Nazi Welfare State* (trad. ing. Jefferson Chase), Nueva York, Metropolitan Books, 2007; trad. cast.: *La utopía nazi: cómo Hitler compró a los alemanes* (trad. Juanmari Madariaga), Barcelona, Crítica, 2006.

ALY, Götz y HEIM, Susanne, *Vordenker der Vernichtung: Auschwitz und die deutschen Pläne für eine neue europäische Ordnung*, Hamburgo, Hoffmann und Campe, 1991.

ANCEL, Jean, *The History of the Holocaust in Romania* (trad. ing. Yaffah Murciano), Lincoln, University of Nebraska Press, 2011.

ANGRICK, Andrej, *Besatzungspolitik und Massenmord: Die Einsatzgruppe D in der südlichen Sowjetunion 1941-1943*, Hamburgo, Hamburger Edition, 2003.

ANGRICK, Andrej y Peter KLEIN, *The “Final Solution” in Riga: Exploitation and Annihilation, 1941-1944* (trad. ing. Ray Brandoso), Nueva York, Berghahn Books, 2012.

APPLEBAUM, Anne, *Iron Curtain: The Crushing of Eastern Europe 1944-1956*, Nueva York, Doubleday, 2012; trad. cast.: *El telón de acero: La destrucción de Europa del Este 1944-1956* (trad. Silvia Pons), Barcelona, Debate, 2014.

ARAD, Yitzhak, *Belzec, Sobibor, Treblinka: The Operation Reinhard Death Camps*. Bloomington, Indiana University Press, 1987.

—, *The Holocaust in the Soviet Union*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2009.

—, «Jewish Family Camps in the Forests: An Original Means of Rescue», en Michael R. Marrus (ed.), *Jewish Resistance to the Holocaust*, Westport, Meckler, 1989, pp. 234-245.

ARAD, Yitzhak, KRAKOWSKI, Shmuel y SPECTOR, Shmuel (eds.), *The Einsatzgruppen Reports*, Nueva York, Holocaust Library, 1989.

ARENDT, Hannah, *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil*, Londres, Faber and Faber, 1963; trad. cast.: *Eichmann en Jerusalén: un estudio sobre la banalidad del mal* (trad. Carlos Ribalta), Barcelona,

- Debolsillo, 2013.
- , *Essays in Understanding, 1930-1954*, Nueva York, Schocken Books, 2005; trad. cast.: *Ensayos de comprensión, 1930-1954* (trad. Agustín Serrano de Haro), Madrid, Caparrós, 2005.
 - , *In der Gegenwart*, Múnich, Piper, 2000; trad. cast.: *Tiempos presentes* (trad. Rosa María Sala), Barcelona, Gedisa, 2002.
 - , *The Jewish Writings*, Nueva York, Schocken Books, 2007; trad. cast.: *Escritos judíos* (trad. Miguel Candel), Barcelona, Paidós, 2009.
 - , *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York, Harcourt, Brace, 1951; trad. cast.: *Los orígenes del totalitarismo* (trad. Guillermo Solana), Madrid, Alianza, 2015.
- ARMSTRONG, John, *Soviet Partisans in World War II*, Madison, University of Wisconsin Press, 1964.
- ARNOLD, Klaus Jochen, «Die Eroberung und Behandlung der Stadt Kiew durch die Wehrmacht im September 1941: Zur Radikalisierung der Besatzungspolitik», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 58, núm. 1 (1999), pp. 23-64.
- BARBROWSKI, Jörg, *Der rote Terror: Die Geschichte des Stalinismus*, Múnich, Deutsche Verlags-Anstalt, 2003.
- BARBROWSKI, Jörg y DOERING-MANTEUFFEL, Anselm, «The Quest for Order and the Pursuit of Terror», en Michael Geyer y Sheila Fitzpatrick (ed.), *Beyond Totalitarianism: Stalinism and Nazism Compared*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009, pp. 180-227.
- BACON, Gershon C., *The Politics of Tradition: Agudat Yisrael in Poland, 1916-1939*, Jerusalén, Magnes Press, 1996.
- BAJOHR, Frank y Dieter POHL, *Der Holocaust als offenes Geheimnis: Die Deutschen, die NS-Führung und die Alliierten*, Múnich, Beck, 2006.
- BAKER, Michael L., «The Coming Conflicts of Climate Change», *Council on Foreign Relations*, 7 de septiembre de 2010.
- BÄRSCH, Claus Ekkehard, *Die politische Religion des Nationalsozialismus: Die religiöse Dimension der NS-Ideologie in den Schriften von Dietrich Eckart, Joseph Goebbels, Alfred Rosenberg und Adolf Hitler*, Múnich, Wilhelm Fink Verlag, 1998.
- BARTNICZAK, Mieczysław, *From Andrzejewo to Pecynka, 1939-1944*, Varsovia, Książka i Wiedza, 1984.
- BARTOSZEWSKI, Władysław, «Rozmowa», en Andrzej Krzysztof Kunert (ed.), «Żegota»: *Rada Pomocy Żydom 1942-1945*, Varsovia, Rada Ochrony Pamięci Walk i Męczeństwa, 2002, pp. 7-36.
- , *Warszawski pierścień śmierci*, Varsovia, Świat Książki, 2008.
- BARTOV, Omer, «Eastern Europe as the Site of Genocide», *Journal of Modern History*, núm. 80 (2008), pp. 557-593.
- , *Mirrors of Destruction: War, Genocide, and Modern Identity*, Oxford, Oxford University Press, 2000.
- BAUER, Yehuda, *The Death of the Shtetl*, New Haven, Yale University Press, 2010.
- BAUMAN, Zygmunt, *Modernity and the Holocaust*, Ithaca, Cornell University Press, 1989; trad. cast.: *Modernidad y holocausto* (trad. Ana Mendoza), Madrid, Sequitur, 2006.
- BELL, J. Bowyer, *Terror Out of Zion: The Israeli Fight for Independence*, New Brunswick, Transaction Publishers, 1996.
- BEMPORAD, Elissa, *Becoming Soviet Jews: The Bolshevik Experiment in Minsk*, Bloomington, Indiana University Press, 2013.
- , «The Politics of Blood: Jews and Ritual Murder in the Land of the Soviets», conferencia presentada en la Universidad de Yale, 2014.
- BENDER, Sara, *The Jews of Białystok During World War II and the Holocaust* (trad. ing. Yaffa Murciano), Waltham, Brandeis University Press, 2008.
- BENECKE, Werner, *Die Ostgebiete der Zweiten Polnischen Republik*, Colonia, Böhlau Verlag, 1999.
- BENZ, Wolfgang, «Pogrom und Volksgemeinschaft. Zwischen Abscheu und Beteiligung: Die Öffentlichkeit des 9. November 1938», en Andreas Nachama y Claudia Steuer (eds.), *Die Novemberpogrome 1938: Versuch einer Bilanz*, Berlín, Stiftung Topographie des Terrors, 2009, pp. 8-19.
- BENZ, Wolfgang, KWIET, Konrad y MATTHÄUS, Jürgen, *Einsatz im «Reichskommissariat Ostland»: Dokumente zum Völkermord im Baltikum und in Weissrussland 1941-1944*, Berlín, Metropol Verlag, 1998.
- BEORN, Waitman Wade, *Marching into Darkness: The Wehrmacht and the Holocaust in Belarus*, Cambridge, Harvard University Press, 2014.
- BERGER, James, *After the End: Representations of Post-Apocalypse*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1999.
- BERGER, Sara, *Experten der Vernichtung: Das T4-Reinhardt Netzwerk in den Lagern Belzec, Sobibor und Treblinka*, Hamburgo, Hamburger Edition, 2013.

- BERKHOF, Karel C., «Dina Pronicheva's Story of Surviving the Babi Yar Massacre: German, Jewish, Soviet, Russian, and Ukrainian Records», en Ray Brandon y Wendy Lower (eds.), *The Shoah in Ukraine: History, Testimony, Memorialization*, Bloomington, Indiana University Press, 2008, pp. 291-317.
- , *Harvest of Despair: Life and Death in Ukraine Under Nazi Rule*, Cambridge, Harvard University Press, 2004.
- BEYRAU, Dietrich, «Der Erste Weltkrieg als Bewährungsprobe: Bolschewistische Lernprozesse aus dem “imperialistischen Krieg”», *Journal of Modern European History*, 1, núm. 1 (2003), pp. 96-123.
- BİKONT, Anna, *My z Jedwabnego*, Varsovia, Prószyński i S-ka, 2004.
- BIRNBAUM, Pierre, *Prier pour l'état: les Juifs, l'alliance royale et la démocratie*, París, Calmann-Lévy, 2003.
- , *Sur la corde raide: Parcours juifs entre exil et citoyenneté*, París, Flammarion, 2002.
- BISKUPSKA, Jadwiga M., «Extermination and the Elite: Warsaw under Nazi Occupation, 1939-1944», tesis doctoral, Universidad de Yale, 2013.
- BLACK, Peter, «Askaris in the “Wild East”: The Deployment of Auxiliaries and the Implementation of Nazi Racial Policy in Lublin District», en Charles W. Ingrao y Franz A. J. Szabo (eds.), *The Germans and the East*, West Lafayette, Purdue University Press, 2008, pp. 277-309.
- , «Handlanger der Endlösung: Die Trawniki-Männer und die Aktion Reinhard 1941-1943», en Bogdan Musial (ed.), *Aktion Reinhardt, Der Völkermord an den Juden im Generalgouvernement 1941-1944*, Osnabrück, Fibre, 2004, pp. 309-352.
- BLANK, Stephen, «At a Dead End: Russian Policy in the Far East», *Demokratizatsiya*, 17, (2009), pp. 122-144.
- BLATMAN, Daniel, *The Death Marches: The Final Phase of Nazi Genocide*, Cambridge, Harvard University Press, 2011.
- BLOOM, Allan, *The Closing of the American Mind*, Nueva York, Simon and Schuster, 1987.
- BLOXHAM, Donald, *The Final Solution: A Genocide*, Oxford, Oxford University Press, 2011.
- BÖHLER, Jochen, *Der Überfall: Deutschlands Krieg gegen Polen*, Frankfurt, Eichborn, 2009.
- , «Grösste Härte»: *Verbrechen der Wehrmacht in Polen September/Okttober 1939*, Osnabrück, Deutsches Historisches Institut, 2005.
- BORZECKI, Jerzy, *The Soviet-Polish Peace of 1921 and the Creation of Interwar Europe*, New Haven, Yale University Press, 2008.
- BOTZ, Gerhard, «“Judenhatz” und “Reichskristallnacht” im historischen Kontext: Pogrome in Österreich 1938 und in Osteuropa um 1900», en Kurt Schmid y Robert Streibel (eds.), *Der Pogrom 1938: Judenverfolgung in Österreich und Deutschland*, Viena, Picus Verlag, 1990, pp. 9-24.
- , *Nationalsozialismus in Wien: Machtübernahme, Herrschaftssicherung, Radikalisierung, 1938-1939*, Viena, Mandelbaum, 2008.
- BRAKEL, Alexander, «“Das allergefährlichste ist die Wut der Bauern”: Die Versorgung der Partisanen und ihr Verhältnis zur Zivilbevölkerung. Eine Fallstudie zum Gebiet Baranowicze 1941-1944», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, núm. 3 (2007), pp. 393-424.
- , *Unter Rotem Stern und Hakenkreuz: Baranowicze 1939 bis 1944*, Paderborn, Schöningh, 2009.
- , «Was There a “Jewish Collaboration” under Soviet Occupation? A Case Study from the Baranowicze Region», en Elazar Barkan, Elizabeth A. Cole y Kai Struve (eds.), *Shared History, Divided Memory: Jews and Others in Soviet-Occupied Poland, 1939-1941*, Leipzig, Leipziguniversitätsverlag, 2007, pp. 225-244.
- BRANDENBERGER, David, «Stalin's Last Crime? Recent Scholarship on Postwar Soviet Antisemitism and the Doctor's Plot», *Kritika*, vol. 6, núm. 1 (2005), pp. 187-204.
- BRANDON, Ray, «Deportation ins Reichsinnere», en Martin Cüppers, Jürgen Matthäus y Andrej Angrick (eds.), *Naziverbrechen: Täter, Taten, Bewältigungsversuche*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2013, pp. 75-88.
- , «The First Wave», estudio inédito, 2009.
- BRAUN, Robert y TAMMES, Peter, «Religious Deviance and Mobilization: The Rescue of Jews in the Netherlands», marzo de 2013.
- BRAUTIGAM, Deborah y XIAOYANG, Tang, «China's Engagement in African Agriculture: “Down to the Countryside”», *China Quarterly*, núm. 199 (1999), pp. 686-706.
- BRECHTKEN, Magnus, «*Madagaskar für die Juden*»: *Antisemitische Idee und politische Praxis 1885-1945*, Múnich, R. Oldenbourg Verlag, 1997.
- BREITMAN, Richard, «Himmler and the “Terrible Secret” Among the Executioners», *Journal of Contemporary History*, 26, núms. 3-4 (1991), pp. 431-451.
- BREITMAN, Richard y LICHTMAN, Allan J., *FDR and the Jews*, Cambridge, Harvard University Press, 2013.
- BROWN, Oli y CRAWFORD, Alec, «Climate Change and Security in Africa: A Study for the Nordic-African Foreign Ministers Meeting», International Institute for Sustainable Development, marzo de 2009.

- BROWNING, Christopher R., *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Nueva York, HarperCollins, 1993; trad. cast.: *Aquellos hombres grises: el Batallón 101 y la solución final en Polonia* (trad. Montserrat Batista), Barcelona, Edhasa, 2002.
- BRUTTMANN, Tal, *Au bureau des Affaires juives: L'administration française et l'application de la législation antisémite (1940-1944)*, París, La Découverte, 2006.
- BUCHHEIM, Hans, «Die Höheren SS-und Polizeiführer», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 11, núm. 4 (1963), pp. 362-391.
- BUDNITSKII, Oleg, *Russian Jews Between the Reds and the Whites, 1917-1920* (trad. ing. Timothy J. Portice), Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 2012.
- BURDS, Jeffrey, «Agentura: Soviet Informants Networks and the Ukrainian Underground in Galicia», *East European Politics and Societies*, 11, núm. 1 (1997), pp. 89-130.
- , *Holocaust in Rovno: The Massacre at Sosenki Forest, November 1941*, Nueva York, Palgrave, 2013.
- BURLEIGH, Michael, *The Third Reich: A New History*, Nueva York, Hill and Wang, 2000; trad. cast.: *El Tercer Reich: una nueva historia* (trad. José Manuel Álvarez Flórez), Madrid, Taurus, 2002.
- BURNS, Jennifer, *Goddess of the Market: Ayn Rand and the American Right*, Oxford, Oxford University Press, 2009.
- BURRIN, Phillip, *Hitler et les Juifs*, París, Éditions du Seuil, 1989.
- LABANEL, Patrick, «Protestantismes minoritaires, affinités judéo-protestantes et sauvetage des Juifs», en Jacques Sémelin, Claire Andrieu y Sarah Gensburger (eds.), *La résistance aux génocides: De la pluralité des actes de sauvetage*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 2008, pp. 445-456.
- ŁAŁA, Alina, *Żyd–wróg odwieczny? Antysemityzm w Polsce i jego źródła*, Varsovia, Nisza, 2012.
- LAMPBELL, David J., OLSON, Jennifer M. y BERRY, Len, «Population Pressure, Agricultural Productivity, and Land Degradation in Rwanda: An Agenda for Collaborative Training, Research and Analysis», Rwanda Society-Environment Project, Michigan, Michigan State University, Working Paper 1, 1993.
- LARYNNYK, Marco, «The Palace on the Ikva: Dubne, September 18th, 1939, and June 24th, 1941», en Elazar Barkan, Elizabeth A. Cole y Kai Struve (eds.), *Shared History, Divided Memory: Jews and Others in Soviet-Occupied Poland, 1939-1941*, Leipzig, Leipzig Universitätsverlag, 2007, pp. 263-301.
- LASE, Holly, *Between States: The Transylvanian Question and the European Idea During World War II*, Stanford, Stanford University Press, 2009.
- LAYAN, Daniel R., et al., «Climate Change Projections of Sea Level Extremes Along the California Coast», *Climatic Change*, núm. 87 (2008), pp. S57-S73.
- ŁIENCIALA, Anna M., «The Foreign Policy of Józef Piłsudski and Józef Beck, 1926-1939: Misconceptions and Interpretations», *Polish Review*, 65, núms. 1-2 (2011), pp. 111-152.
- ŁHALECKI, Elizabeth L., «He Who Would Rule: Climate Change in the Arctic and Its Implications for U. S. National Security», conferencia presentada en la International Studies Association, 2007.
- ŁHAN, Michelle Mengsu, «Ho Feng-Shan and the Jews He Saved», trabajo de seminario, Universidad de Yale, diciembre de 2012.
- ŁHAPOUTOT, Johann, «L'historicité nazie: Temps de la nature et abolition de l'histoire», *Vingtième Siècle*, núm. 117 (2013), pp. 43-55.
- , «Les juristes nazis face au traité de Versailles (1919-1945)», *Relations internationales*, núm. 149 (2012), pp. 73-88.
- , *La loi du sang*, París, Gallimard, 2014, paginación citada según el manuscrito facilitado por el autor.
- , *Le nazisme et l'Antiquité*, París, Quadrige, 2012.
- , «Les Nazis et la "Nature"», *Vingtième Siècle*, núm. 113 (2012), pp. 29-39.
- ŁHIROT, Daniel y MCCAULEY, Clark, *Why Not Kill Them All? The Logic and Prevention of Mass Political Murder*, Princeton, Princeton University Press, 2006.
- ŁHOJNOWSKI, Andrzej, *Piłsudczycy u władzy: Dzieje Bezpartyjnego Bloku Współpracy z Rządem*, Breslavia, Ossolineum, 1986.
- ŁLARK, Victoria, *Allies for Armageddon: The Rise of Christian Zionism*, New Haven, Yale University Press, 2007.
- ŁLARKE, Andrew, et al., «Antarctic Ecology: From Genes to Ecosystems (Introduction)», *Philosophical Transactions: Biological Sciences*, 362, núm. 1477, pp. 5-9.
- ŁOBEL-TOKARSKA, Marta, *Bezludna wyspa, nora, grób: wojenne kryjówki Żydów w okupowanej Polsce*, Varsovia, IPN, 2012.
- ŁOHEN, Laurie, *Smolensk Under the Nazis: Everyday Life in Occupied Russia*, Rochester, University of Rochester Press, 2013.
- ŁOLLIER, Paul, *The Bottom Billion: Why the Poorest Countries Are Failing and What Can Be Done About It*,

- Oxford, Oxford University Press, 2007; trad. cast.: *El club de la miseria: qué falla en los países más pobres del mundo* (trad. Víctor Úbeda), Madrid, Turner, 2008.
- COLLINGHAM, Lizzie, *The Taste of War: World War II and the Battle for Food*, Nueva York, Penguin, 2012.
- CONFINO, Alon, *A World Without Jews: The Nazi Imagination from Persecution to Genocide*, New Haven, Yale University Press, 2014.
- CONNELLY, John, *From Enemy to Brother: The Revolution in Catholic Teaching on the Jews*, Cambridge, Harvard University Press, 2012.
- CONRAD, Sebastian, *Globalisation and the Nation in Imperial Germany*, (trad. ing. Sorchá O'Hagan), Cambridge, Cambridge University Press, 2010.
- CONWAY, Martin, *Collaboration in Belgium: Léon Degrelle and the Rexist Movement*, Londres, Yale University Press, 1993.
- COPEAUX, Étienne, «Le mouvement "Prométhéen"», *Cahiers d'études sur la Méditerranée orientale et le monde turco-iranien*, núm. 16 (1993), pp. 9-45.
- COES, Marnix, «The Holocaust in the Netherlands and the Rate of Jewish Survival», *Holocaust and Genocide Studies*, 20, núm. 3 (2006), pp. 474-490.
- , «Pour une approche quantitative de la survie et du sauvetage des Juifs», en Jacques Sémelin, Claire Andrieu y Sarah Gensburger (eds.), *La résistance aux génocides: De la pluralité des actes de sauvetage*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 2008, pp. 83-98.
- CURILLA, Wolfgang, *Der Judenmord in Polen und die deutsche Ordnungspolizei*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 2011.
- DALLIN, Alexander, *German Rule in Russia, 1941-1945: A Study of Occupation Policies*, Londres, St. Martin's Press, 1957.
- DAMPLO, Danica, «Prosecuting the Beasts of Belsen», trabajo de investigación, Londres, London School of Economics, 2014.
- DARWIN, Charles, *The Descent of Man, and Selection in Relation to Sex*, 2 vols., Londres, John Murray, 1871; trad. cast.: *El origen del hombre* (trad. Joandomènec Ros), Barcelona, Crítica, 2009.
- DAVIES, Norman, «The Misunderstood Victory in Europe», *New York Review of Books*, 25 de mayo de 1995.
- , *Rising '44: «The Battle for Warsaw»*, Londres, Macmillan, 2003; trad. cast.: *Varsovia 1944: la heroica lucha de una ciudad atrapada entre la Wehrmacht y el Ejército Rojo* (trad. Juanmari Madariaga), Barcelona, Planeta, 2005.
- , *White Eagle, Red Star: The Polish-Soviet War, 1919-1920*, Nueva York, St. Martin's Press, 1972.
- DEAN, Martin, *Robbing the Jews: The Confiscation of Jewish Property in the Holocaust, 1933-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008.
- , «The Service of Poles in the German Local Police (Schutzmannschaft Einzeldienst) in the Eastern Districts of Poland and Their Role in the Holocaust», 2002.
- DEBICKI, Roman, *The Foreign Policy of Poland 1919-1939*, Londres, Pall Mall Press, 1963.
- DE JONG, Louis, *The Netherlands and Nazi Germany*, Cambridge, Harvard University Press, 1990.
- DENISON, R. Ford, *Darwinian Agriculture: How Understanding Evolution Can Improve Agriculture*, Princeton, Princeton University Press, 2012.
- DIAMOND, Jared, *Collapse: How Societies Choose to Fail or Succeed*, Nueva York, Penguin, 2005; trad. cast.: *Colapso: por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen* (trad. Ricardo García Pérez), Barcelona, Debate, 2006.
- DIECKMANN, Christoph, *Deutsche Besatzungspolitik in Litauen 1941-1944*, 2 vols., Gotinga, Wallstein Verlag, 2011.
- , «"Jüdischer Bolschewismus" 1917 bis 1921», en Sybille Steinbacher (ed.), *Holocaust und Völkermorde. Die Reichweite des Vergleichs*, Frankfurt, Campus Verlag, 2014, pp. 55-81.
- DIKÖTTER, Frank, *Mao's Great Famine: The History of China's Most Devastating Catastrophe, 1958-1962*, Londres, Bloomsbury, 2010.
- DMITRÓW, Edmund, «Die Einsatzgruppen der deutschen Sicherheitspolizei und des Sicherheitsdienstes zu Beginn der Judenvernichtung im Gebiet von Łomża und Białystok im Sommer 1941», en Edmund Dmtrów, Paweł Machcewicz y Tomasz Szarota (eds.), *Der Beginn der Vernichtung. Zum Mord an den Juden in Jedwabne und Umgebung im Sommer 1941* (trad. al. Beate Kosmala), Osnabrück, Fibre, 2004, pp. 95-208.
- DRYMMER, Wiktor Tomir, «Zagadnienie żydowskie w Polsce 1935-1939», *Zeszyty Historyczne*, 13 (1968), pp. 55-77.
- DULIĆ, Tomislav, «Mass Killing in the Independent State of Croatia, 1941-1945: A Case for Comparative Research», *Journal of Genocide Research*, 8, núm. 3 (2006), pp. 225-281.

- UMITRU, Diana, «Through the Eyes of the Survivors: Jewish-Gentile Relations in Bessarabia and Transnistria During the Holocaust», en Anton Weiss-Wendt (ed.), *Eradicating Differences: The Treatment of Minorities in Nazi-Dominated Europe*, Newcastle, Cambridge Scholars, 2010, pp. 203-227.
- WORK, Debórah y VAN PELT, Robert Jan, *Auschwitz*, Nueva York, Norton, 1996.
- , *Holocaust: A History*, Nueva York, Norton, 2002; trad. cast.: *Holocausto: una historia* (trad. Fermín Navascués), Madrid, Algaba, 2004.
- DELE, Mark y GEYER, Michael, «States of Exception», en Michael Geyer y Sheila Fitzpatrick (eds.), *Beyond Totalitarianism: Stalinism and Nazism Compared*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009, pp. 345-395.
- DER, Thomas Stephan, *China-Russia Relations in Central Asia*, Wiesbaden, Springer, 2014.
- DMONDS, James A. y ROSENBERG, Norman J., «Climate Change Impacts for the Conterminous USA: An Integrated Assessment Summary», *Climate Change*, núm. 69 (2005), pp. 151-162.
- ICHHOLTZ, Dietrich, *Krieg um Öl: Ein Erdölimperium als deutsches Kriegsziel (1938-1943)*, Leipzig, Leipziger Universitätsverlag, 2006.
- IDINTAS, Alfonsas, *Jews, Lithuanians, and the Holocaust*, Vilna, Versus Aureus, 2003.
- NGEL, David, *Facing a Holocaust: The Polish Government-in-Exile and the Jews, 1943-1945*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1993.
- , *Historians of the Jews and the Holocaust*, Stanford, Stanford University Press, 2006.
- , *The Holocaust: The Third Reich and the Jews*, Harlow, Pearson, 2000.
- , *In the Shadow of Auschwitz: The Polish Government-in-Exile and the Jews, 1939-1942*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1987.
- , «Poles, Jews, and Historical Objectivity», *Slavic Review*, 46, núms. 3-4 (1987), pp. 568-580.
- NGELKING, Barbara, *Jest taki piękny, słoneczny dzień: Losy Żydów szukających ratunku na wsi polskiej 1942-1945*, Varsovia, Centrum Badań nad Zagładą Żydów, 2011.
- NGELKING, Barbara y GRABOWSKI, Jan, «Żydów łamiących prawo należy karać śmiercią!»: *Przestępczość Żydów w Warszawie 1939-1942*, Varsovia, Centrum Badań nad Zagładą Żydów, 2010.
- NGELKING, Barbara y LEOCIAK, Jacek, *The Warsaw Ghetto: A Guide to the Perished City* (trad. ing. Emma Harris), New Haven, Yale University Press, 2009.
- NGELKING, Barbara y LIBIONKA, Dariusz, *Żydzi w powstańczej Warszawie*. Varsovia, Centrum Badań nad Zagładą Żydów, 2009.
- PESTEIN, Catherine, *Model Nazi: Arthur Greiser and the Occupation of Western Poland*, Oxford, Oxford University Press, 2010.
- RICKSEN, Robert P., *Complicity in the Holocaust: Churches and Universities in Nazi Germany*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012.
- VANS, Richard J., *The Third Reich in Power*, Londres, Penguin, 2005; trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich: el ascenso de los Nazis al poder* (trad. José Manuel Álvarez Flórez), Barcelona, Península, 2005.
- VENSON, R. E. y ROSEGRANT, M., «The Economic Consequences of Crop Genetic Improvement Programmes», en R. E. Evenson y D. Gollin (eds.), *Crop Variety Improvement and its Effect on Productivity*, Wallingford, CABI, 2003, pp. 473-498.
- ZERGAILIS, Andrew, *The Holocaust in Latvia: The Missing Center*, Riga, Historical Institute of Latvia, 1996.
- ALK, Barbara, *Sowjetische Städte in der Hungersnot 1932/1933*, Colonia, Böhlau Verlag, 2005.
- ARLEY, John W., «Petroleum and Propaganda: The Anatomy of the Global Warning Denial Industry», *Monthly Review*, 64, núm. 1 (2012), pp. 40-53.
- AYE, Jean-Pierre, «Carl Schmitt, Göring, et l'État total», en Yves Charles Zarka (ed.), *Carl Schmitt ou le mythe du politique*, París, Presses Universitaires de France, 2009, pp. 161-182.
- EDERICO, Giovanni, «Natura Non Fecit Saltus: The 1930s as the Discontinuity in the History of European Agriculture», en Leen van Molle, Yves Segers y Paul Brassley (eds.), *War, Agriculture, and Food: Rural Europe from the 1930s to the 1950s*, Nueva York, Routledge, 2012, pp. 15-32.
- EIN, Helen, *Accounting for Genocide: National Responses and Jewish Victimization During the Holocaust*, Chicago, University of Chicago Press, 1984.
- ERMIA, Franceso y WERRELL, Caitlin (eds.), «The Arab Spring and Climate Change», febrero de 2013.
- ERRARA, Antonio y PIANCIOLA, Niccolò, *L'età delle migrazioni forzate: Esodi e deportazioni in Europa 1853-1953*, Bolonia, Il Mulino, 2012.
- EST, Joachim C., *Das Gesicht des Dritten Reiches*, Múnich, Piper, 2006.
- INKEL, Evgeny, «Victim's Politics: Jewish Behavior During the Holocaust», tesis doctoral, Universidad de Wisconsin-Madison, 2012.
- ISCHER, Fritz, *Griff nach der Weltmacht*, Düsseldorf, Droste, 1961.

- ISCHER, Klaus P., *Hitler and America*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2011.
- OGLMAN, Ewa, *Conscience and Courage: Rescuers of Jews During the Holocaust*, Nueva York, Anchor Books, 1994.
- OUCAULT, Michel, *Naissance de la biopolitique: Cours au Collège de France, 1978-1979*, París, Gallimard, 2004; trad. cast.: *Nacimiento de la biopolítica: Curso del Collège de France (1978-1979)* (trad. Horacio Óscar Pons), Madrid, Akal, 2012.
- RALON, José-Alain, *A Good Man in Evil Times: The Heroic Story of Aristides de Sousa-Mendes* (trad. ing. Peter Graham), Nueva York, Basic Books, 2000.
- RIEDLANDER, Henry, *The Origins of Nazi Genocide: From Euthanasia to the Final Solution*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1995.
- RIEDLÄNDER, Saul, «Some Reflections on the Historicization of National Socialism», en Peter Baldwin (ed.), *Reworking the Past: Hitler, the Holocaust, and the Historians' Debate*, Boston, Beacon Press, 1990, pp. 88-101.
- , *The Years of Extermination: Nazi Germany and the Jews, 1939-1945*, Nueva York, HarperCollins, 2007; trad. cast.: *El Tercer Reich y los judíos (1939-1945)* (trad. Ana Herrera), 2 vols., Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2010.
- RIEDMAN, Philip, *Roads to Extinction: Essays on the Holocaust*, Nueva York, Jewish Publication Society of America, 1980.
- RITZSCHE, Peter, «The Holocaust and the Knowledge of Murder», *Journal of Modern History*, 80, núm. 3 (2008), pp. 594-613.
- RAWIN, Magdalena, «Pensjonat Jadwigi Długoborskiej», *Teologia Polityczna*, núm. 7 (2013), pp. 142-159.
- REDYE, G. E. R., *Betrayal in Central Europe: Austria and Czechoslovakia: The Fallen Bastions*, Nueva York, Harper and Brothers, 1939.
- REHL, Jürgen, *Austria, Germany, and the Anschluss, 1931-1938*, Londres, Oxford University Press, 1963.
- REISS, Imanuel, *Der polnische Grenzstreifen 1914-1918*, Lübeck, Matthiesen, 1960.
- REISSBÜHLER, Simon, *Blutiger Juli: Rumäniens Vernichtungskrieg und der vergessene Massenmord an den Juden 1941*, Paderborn, Schöningh, 2013.
- , «“He Spoke Yiddish Like a Jew”: Neighbors' Contribution to the Mass Killing of Jews in Northern Bukovina and Bessarabia, July 1941», *Holocaust and Genocide Studies*, 28, núm. 3 (2014), pp. 430-449.
- RELLATELY, Robert, *Lenin, Stalin, and Hitler: The Age of Social Catastrophe*, Nueva York, Knopf, 2007.
- , *Stalin's Curse: Battling for Communism in War and Cold War*, Nueva York, Knopf, 2013; trad. cast.: *La maldición de Stalin* (trad. Cecilia Belza y Gonzalo García), Barcelona, Pasado y Presente, 2014.
- RENETTE, Gérard, *Figures I*, París, Éditions du Seuil, 1966; trad. cast.: *Figuras: retórica y estructuralismo* (trad. Nora Rosenfeld y M.^a Cristina Mata), Córdoba, Nagelkop, 1970.
- RELACH, Christian, *Extremely Violent Societies: Mass Violence in the Twentieth-Century World*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.
- , «Failure of Plans for an SS Extermination Camp in Mogilëv, Belorussia», *Holocaust and Genocide Studies*, 11, núm. 1 (1997), pp. 60-78.
- , *Kalkulierte Morde: Die deutsche Wirtschafts- und Vernichtungspolitik in Weissrussland 1941 bis 1944*, Hamburgo, Hamburger Edition, 1999.
- , *Krieg, Ernährung, Völkermord: Forschungen zur deutschen Vernichtungspolitik im Zweiten Weltkrieg*, Hamburgo, Hamburger Edition, 1998.
- , «The Wannsee Conference, the Fate of the German Jews, and Hitler's Decision in Principle to Exterminate All European Jews», *Journal of Modern History*, 70, núm. 4 (1998), pp. 759-812.
- RELACH, Christian y ALY, Götz, *Das letzte Kapitel: Realpolitik, Ideologie, und der Mord an den ungarischen Juden 1944-1945*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 2002.
- ERWARTH, Robert, *Hitler's Hangman: The Life of Heydrich*, New Haven, Yale University Press, 2011; trad. cast.: *Heydrich: el verdugo de Hitler* (trad. Javier Alonso López), Madrid, La Esfera de los Libros, 2013.
- ERWARTH, Robert y MALINOWSKI, Stephan, «Hannah Arendt's Ghosts: Reflections on the Disputable Path from Windhoek to Auschwitz», *Central European History*, 42 (2009), pp. 279-300.
- INOR, Isabella y REMEZ, Gideon, «A Cold War Casualty in Jerusalem, 1948: The Assassination of Witold Hulanicki», *Israel Journal of Foreign Affairs*, 4, núm. 3 (2010), pp. 135-156.
- LASS, Hildrun, *Deutschland und die Verfolgung der Juden in rumänischen Machtbereich 1940-1944*, Múnich, Oldenbourg, 2014.
- ŁOWACKI, Albin, *Sowieci wobec Polaków na ziemiach wschodnich II Rzeczypospolitej 1939-1941*, Łódź, Wydawnictwo Uniwersytetu Łódzkiego, 1998.
- NATOWSKI, Michał, «Niepokorni i przystosowani: Stosunki polsko-żydowskie w regionie łomżyńskim», en

- Michał Gnatowski (ed.), *Żydzi i stosunki polsko-żydowskie w regionie łomżyńskim w XIX i XX wieku*, Łomża, Łomżyńskie Towarzystwo Naukowe im. Wagów, 2002, pp. 149-160.
- JOESCHEL, Christian y WACHSMANN, Nikolaus, introducción a *The Nazi Concentration Camps, 1933-1939: A Documentary History*, Lincoln, Nebraska University Press, 2010, pp. 1-28.
- JOLAN, Zev, *Stern: The Man and His Gang*, Tel Aviv, Yair Publishing, 2011.
- JOLCZEWSKI, Frank, *Deutsche und Ukrainer, 1914-1939*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 2010.
- JOLDINGER, Walter y BINDER, Dieter, *Geschichte der Republik Österreich 1918-1938*, Oldenburg, Verlag für Geschichte und Politik, 1992.
- JOLDSMITH, Benjamin E. y SEMENOVICH, Dimitri, «Political Instability and Genocide: Comparing Causes in Asia and the Pacific and Globally», 2012.
- JONDEK, Leszek, *Wywiad polski w Trzeciej Rzeszy 1933-1939*, Gdynia, Wojskowa Drukarnia, 1982.
- JORDON, Peter, *Continental Divide: Heidegger, Cassirer, Davos*, Cambridge, Harvard University Press, 2010.
- JOUREVITCH, Philip, *We Wish to Inform You That Tomorrow We Will Be Killed with Our Families*, Nueva York, Picador, 1998; trad. cast.: *Queremos informarle de que mañana seremos asesinados con nuestras familias: historias de Ruanda* (trad. María Asunción Osés), Barcelona, Debate, 2009.
- JOUSSEF, Catherine, «Les déplacements forcés des populations aux frontières russes occidentales (1914-1950)», en S. Audoin-Rouzeau, A. Becker, Chr. Ingrao y H. Rousso (eds.), *La violence de guerre 1914-1945*, París, Éditions Complexe, 2002, pp. 177-190.
- JOVRIN, Yosef, «Ilya Ehrenburg and the Ribbentrop-Molotov Agreement», *Israel Journal of Foreign Affairs*, 7, núm. 2 (2013), pp. 103-108.
- , *The Jewish Factor in the Relations between Nazi Germany and the Soviet Union 1933-1941*, Londres, Vallentine Mitchell, 2009.
- JRABOWSKI, Jan, *Judenjagd: Polowanie na Żydów 1942-1945. Studium dziejów pewnego powiatu*, Varsovia, Centrum Badań nad Zagładą Żydów, 2011.
- JRAZIOSI, Andrea, «Collectivisation, révoltes paysannes et politiques gouvernementales à travers les rapports du GPU d'Ukraine de février-mars 1930», *Cahiers du Monde russe*, 34, núm. 3 (1994), pp. 437-472.
- JREGORY, Paul R., *Terror by Quota: State Security from Lenin to Stalin*, New Haven, Yale University Press, 2009.
- JRIFFIOEN, Pim y ZELLER, Ron, «Comparing the Persecution of the Jews in the Netherlands, France, and Belgium: Similarities, Differences, Causes», en Peter Romijn, et al. (eds.), *The Persecution of the Jews in the Netherlands 1940-1945*, Ámsterdam, Vossiuspers UvA, 2012, pp. 53-89.
- JROSS, Jan Tomasz, *Revolution from Abroad: The Soviet Conquest of Poland's Western Ukraine and Western Belorussia*, Princeton, Princeton University Press, 1988.
- , *Sąsiedzi: Historia zagłady żydowskiego miasteczka*, Sejny, Pogranicze, 2008; trad. cast.: *Vecinos: el exterminio de la comunidad judía de Jedwabne* (Polonia), (trad. Teófilo de Lozoya), Barcelona, Editorial Crítica, 2002.
- , «The Social Consequences of War: Preliminaries to the Study of the Imposition of Communist Regimes in East Central Europe», *East European Politics and Societies*, 3 (1989), pp. 198-214.
- JROSS, Jan Tomasz y GROSS, Irena Grudzińska, *Golden Harvest: Events at the Periphery of the Holocaust*, Nueva York, Oxford University Press, 2012.
- JROSS, Irena Grudzińska y GROSS, Jan Tomasz, *War Through Children's Eyes: The Soviet Occupation of Poland and the Deportations, 1939-1941*, Stanford, Hoover Institution Press, 1981.
- JROSS, Raphael, *Carl Schmitt and the Jews: The «Jewish Question», the Holocaust, and German Legal Theory* (trad. ing. Joel Golb), Madison, University of Wisconsin Press, 2007.
- JRYNBERG, Anne, *Les camps de la honte: Les internés juifs des camps français (1939-1944)*, París, Éditions La Découverte, 1991.
- JRYNBERG, Henryk, *Monolog polsko-żydowski*, Wołowiec, Czarne, 2012.
- JUDZIAK, Borys, *Crisis and Reform*, Cambridge, Harvard University Press, 1998.
- JUETTEL, Jens-Uwe, «From the Frontier to German South-West Africa: German Colonialism, Indians, and American Westward Expansion», *Modern Intellectual History*, 7, núm. 3 (2010), pp. 523-552.
- , «The U. S. Frontier as Rationale for the Nazi East? Settler Colonialism and Genocide in Nazi-Occupied Eastern Europe and the American West», *Journal of Genocide Research*, 15, núm. 4 (2013), pp. 401-419.
- JUMBRECHT, Hans Ulrich, *Nach 1945: Latenz als Ursprung der Gegenwart* (trad. Frank Born), Berlín, Suhrkamp Verlag, 2012.
- , «Our Broad Present», manuscrito, 2013.
- JURIANOV, A. le, «Obzor sovjetskikh repressivnikov kampanii protiv poliakov i pols'kikh grazhdan», en A. V. Lipatov y I. O. Shaitanov (eds.), *Poliaki i russkie: Vzaimoponimanie; vzaioneponimanie*, Moscú, Indrik, 2000, pp. 199-207.

- JUSTAFSON, Thane, *Wheel of Fortune: The Battle for Oil and Power in Russia*, Cambridge, Harvard University Press, 2012.
- IABERMAS, Jürgen, *Der philosophische Diskurs der Moderne*, Frankfurt, Suhrkamp Verlag, 1985; trad. cast.: *El discurso filosófico de la modernidad* (trad. Manuel Jiménez Redondo), Madrid, Katz, 2008.
- IAESTRUP, Jørgen, «The Danish Jews and the German Occupation», en Leo Goldberger (ed.), *The Rescue of the Danish Jews: Moral Courage Under Stress*, Nueva York, New York University Press, 1987, pp. 13-53.
- IAGEN, William W., «Before the “Final Solution”: Toward a Comparative Analysis of Political Antisemitism in Interwar Germany and Poland», *Journal of Modern History*, 68, núm. 2 (1996), pp. 351-381.
- , *German History in Modern Times: Four Lives of the Nation*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012.
- IARVEY, Elisabeth, *Women and the Nazi East: Agents and Witnesses of Germanization*, New Haven, Yale University Press, 2003.
- IASLAM, Jonathan, *The Soviet Union and the Struggle for Collective Security in Europe, 1933-1939*, Houndsmills, Macmillan, 1984.
- IAUNER, Milan, *India in Axis Strategy: Germany, Japan, and Indian Nationalists in the Second World War*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1981.
- IAZANI, Moshe, «Red Carpet, White Lilies: Love of Death in the Poetry of the Jewish Underground Leader Avraham Stern», *Psychoanalytic Review*, 89, núm. 1 (2002), pp. 1-47.
- IECHT, Dieter, «Demütigungsrituale-Alltagsszenen nach dem “Anschluss” in Wien», en Werner Welzig (ed.), «Anschluss» März-April 1938 in Österreich, Viena, ÖAW, 2010, pp. 39-71.
- IEIM, Susanne, «Einleitung», en Susanne Heim (ed.), *Die Verfolgung und Ermordung der europäischen Juden durch das nationalsozialistische Deutschland 1933-1945*, vol. 2, *Deutsches Reich 1938-August 1938*, Múnich, Oldenbourg Verlag, 2009, pp. 13-63.
- IELLER, Daniel K., «The Rise of the Zionist Right: Polish Jews and the Betar Youth Movement, 1922-1935», tesis doctoral, Universidad de Stanford, 2012.
- IELLER, Joseph, *The Stern Gang: Ideology, Politics, and Terror, 1940-1949*, Londres, Frank Cass, 1995.
- , «The Zionist Right and National Liberation: From Jabotinski to Avraham Stern», *Israel Affairs*, 1, núm. 3 (1995), pp. 85-110.
- IELMUTH, Brian, et al., «Hidden Signals of Climate Change in Intertidal Ecosystems: What (Not) to Expect When You Are Expecting», *Journal of Experimental Marine Biology and Ecology*, núm. 400 (2011), pp. 191-199.
- IEMPEL, Adam, *Pogrobowcy kłeski: Rzecz o policji «granatowej» w Generalnym Gubernatorstwie 1939-1945*, Varsovia, PWN, 1990.
- IENTOSH, Liliana, «Pro stavlennia mytropolyta Sheptyts’koho do Nimets’koho okupatsiynoho rezhymu v konteksti dokumenta z kantseliarii Alfreda Rozenberga», *Ukraina moderna* (2013), pp. 298-317.
- IERBECK, Ulrich, *Das Feindbild vom «jüdischen Bolschewiken»: Zur Geschichte des russischen Antisemitismus vor und während der Russischen Revolution*, Berlín, Metropol Verlag, 2009.
- IERBERT, Ulrich, *Best: Biographische Studien über Radikalismus, Weltanschauung und Vernunft, 1903-1989*, Bonn, J. H. W. Dietz, 1996.
- IERF, Jeffrey, *The Jewish Enemy: Nazi Propaganda During World War II and the Holocaust*, Cambridge, Harvard University Press, 2006.
- IESCHEL, Susannah, *The Aryan Jesus: Christian Theologians and the Bible in Nazi Germany*, Princeton, Princeton University Press, 2008.
- IIIO, Toomas, MARIPUU, Meelis y PAAVLE, Indrek, introducción a *Estonia 1940-1945*, vol. 1 de la Comisión Internacional Estonia para la Investigación de Crímenes contra la Humanidad, Tallin, Tallinna Raamatutrükikoda, 2005.
- IILBERG, Raul, *The Destruction of the European Jews*, 3 vols., New Haven, Yale University Press, 2003; trad. cast.: *La destrucción de los judíos europeos* (trad. Cristina Piña), Madrid, Akal, 2005.
- IILDEBRAND, Klaus, *Vom Reich zum Weltreich: Hitler, NSDAP und koloniale Frage 1919-1945*, Múnich, Wilhelm Fink Verlag, 1969.
- IILLGRUBER, Andreas, «Die ideologisch-dogmatische Grundlage der nationalsozialistischen Politik der Ausrottung der Juden in den besetzten Gebieten der Sowjetunion und ihre Durchführung 1941-1944», *German Studies Review*, 2, núm. 3 (1979), pp. 263-296.
- IIMKA, John-Paul, «Ethnicity and Reporting of Mass Murder: *Krakivski visti*, the NKVD Murders of 1941, and the Vinnytsia Exhumation», 2009.
- , «Metropolitan Andrey Sheptytsky and the Holocaust», *Polin*, 26 (2013).
- , *Religion and Nationality in Western Ukraine*, Montreal, McGill-Queen’s University Press, 1999.
- IINTJENS, Helen M., «Explaining the 1994 Genocide in Rwanda», *Journal of African Studies*, 37, núm. 2 (1999),

- pp. 241-286.
- IOLLER, Martin, *Der nationalsozialistische Völkermord an den Roma in der Besetzten Sowjetunion (1941-1944)*, Heidelberg, Dokumentations-und Kulturzentrum Deutscher Sinti und Roma, 2009.
- , «The Nazi Persecution of Roma in Northwestern Russia: The Operational Area of Army Group North, 1941-1944», en Anton Weiss-Wendt (ed.), *The Nazi Genocide of the Roma: Reassessment and Commemoration*, Nueva York, Berghahn Books, 2013, pp. 153-180.
- IOLQUIST, Peter, *Making War, Forging Revolution: Russia's Continuum of Crisis, 1914-1921*, Cambridge, Harvard University Press, 2002.
- IORKHEIMER, Max, *Eclipse of Reason*, Nueva York, Oxford University Press, 1947; trad. cast.: *Ocaso* (trad. José María Ortega), Barcelona, Anthropos, 1986.
- IORKHEIMER, Max y ADORNO, Theodor W., *Dialektik der Aufklärung: Philosophische Fragmente* [1944], Frankfurt, S. Fischer Verlag, 1969; trad. cast.: *Dialéctica de la Ilustración: fragmentos filosóficos* (trad. Joaquín Chamorro), Madrid, Akal, 2013.
- IORTA, Loro, «The Zambezi Valley: China's First Agricultural Colony?», Center for Strategic and International Studies, Online Public Policy Forum, 20 de mayo de 2008.
- IRYCIUK, Grzegorz, *Polacy we Lwowie 1939-1944*, Varsovia, KiW, 2000.
- , «Victims 1939-1941: The Soviet Repressions in Eastern Poland», en Elazar Barkan, Elisabeth A. Cole y Kai Struve (eds.), *Shared History-Divided Memory: Jews and Others in Soviet-Occupied Poland*, Leipzig, Leipzig University-Verlag, 2007, pp. 173-200.
- IRYNEVYCH, Vladyslav, *Nepryborkane riznoholossia: Druha svitova viina i suspil'no-politychni nastroi v Ukraïni, 1939-cherven' 1941 rr.*, Kiev, Lira, 2012.
- ISIANG, Solomon M., BURKE, Marshall y MIGUEL, Edward, «Quantifying the Influence of Climate on Human Conflict», *Science*, 1 de agosto de 2013.
- IULL, Isabel V., *Absolute Destruction: Military Culture and the Practices of War in Imperial Germany*, Ithaca, Cornell University Press, 2005.
- IUSSON, Édouard, *Heydrich et la solution finale*, París, Perrin, 2012.
- LIFFE, John, «The Effects of the Maji Maji Rebellion of 1905-1906 on German Occupation Policy in East Africa», en Prosser Gifford y Wm. Roger Lewis, con la ayuda de Alison Smith (eds.), *Britain and Germany in Africa, Imperial Rivalry and Colonial Rule*, New Haven, Yale University Press, 1967, pp. 558-575.
- L'IUSHYN, I. I., *OUN-UPA i ukraïns'ke pytannia v roky druhoï svitovoï viiny v svitli pol's'kykh dokumenti*, Kiev, NAN Ukraïny, 2000.
- NGRAO, Christian, *Believe and Destroy: Intellectuals in the SS War Machine* (trad. ing. Andrew Brown), Cambridge, Polity, 2013.
- , *Les chasseurs noirs: La brigade Dirlewanger*, París, Perrin, 2006.
- , «Violence de guerre, violence génocide: Les Einsatzgruppen», en S. Audoin-Rouzeau, A. Becker, Chr. Ingrao y H. Rousso (eds.), *La violence de guerre 1914-1945*, París, Éditions Complexe, 2002, pp. 219-240.
- ORDACHI, Constantin, «Unerwünschte Bürger. Die "Judenfrage" in Rumänien und Serbien zwischen 1931 und 1939», *Transit: Europäische Review*, núm. 43 (2012-2013), pp. 107-126.
- WANOW, Mikołaj, *Pierwszy naród ukarany: Stalinizm wobec polskiej ludności kresowej 1921-1938*, Varsovia, Omnipress, 1991.
- ABOTINSKI, Vladimir, *The War and the Jew*, Nueva York, Dial Press, 1942.
- ÄCKEL, Eberhard, *Hitler in History*, Hanover, University Press of New England, 1984.
- , «Der Novemberpogrom 1938 und die Deutschen», en Andreas Nachama y Claudia Steur (eds.), *Die Novemberpogrome 1938. Versuch einer Bilanz*, Berlín, Stiftung Topographie des Terrors, 2009, pp. 66-73.
- ANGFELDT, Bengt, *The Hero of Budapest: The Triumph and Tragedy of Raoul Wallenberg* (trad. ing. Harry D. Watson y Bengt Jangfeldt), Londres, I. B. Tauris, 2014.
- ANSEN, Marc y PETROV, Nikolai, *Stalin's Loyal Executioner: People's Commissar Nikolai Ezhov, 1895-1940*, Stanford, Hoover University Press, 2002.
- ARDIM, Tomaz, *The Mauthausen Trial: American Military Justice in Germany*, Cambridge, Harvard University Press, 2012.
- ELINEK, Yeshayahu A., *The Carpathian Diaspora: The Jews of Subcarpathian Rus' and Mukachevo, 1848-1948*, Nueva York, East European Monographs, 2007.
- OLLUCK, Katherine R., *Exile and Identity: Polish Women in the Soviet Union During World War II*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2002.
- OBST, Kerstin, *Zwischen Nationalismus und Internationalismus*, Hamburgo, Bölling Verlag, 1996.
- ONAS, Hans, *The Imperative of Responsibility: In Search of an Ethics for the Technological Age*, Chicago,

- University of Chicago Press, 1979; trad. cast.: *El principio de responsabilidad* (trad. Javier María Fernández), Barcelona, Herder, 2014.
- UDT, Tony y SNYDER, Timothy, *Thinking the Twentieth Century*, Nueva York, Penguin, 2012; trad. cast.: *Pensar el siglo XX* (trad. Victoria Gordo), Madrid, Taurus, 2012.
- UREIT, Ulrike, *Das Ordnen von Räumen: Territorium und Lebensraum im 19. und 20. Jahrhundert*, Hamburgo, Hamburger Edition, 2012.
- ЃAASIK, Peeter y HIIO, Toomas, «Political Repression from June to August 1940», en Toomas Hiio, Meelis Maripuu y Indrek Paavle (eds.), *Estonia 1940-1945*, Tallin, Estonia, Tallinna Raamatutrükikoda, 2005, pp. 310-318.
- ЃACHANOVSKYI, Ivan, «OUN(b) ta natsysts'ki masovi vbyrstva vlitku 1941 roku na istorychniy Volyni», *Ukraina moderna*, 20 (2014), pp. 215-244.
- ЃACZMARSKI, Marcin, «Domestic Sources of Russia's China Policy», *Problems of Post-Communism* 59, núm. 2 (2012), pp. 3-17.
- ЃAPLAN, Eran, *The Jewish Radical Right: Revisionist Zionism and Its Ideological Legacy*, Madison, University of Wisconsin Press, 2005.
- ЃAPRĀNS, Mārtiņš y ZELČE, Vita, «Vēsturiskie cilvēki un viņu biogrāfijas», *Latvijas Arhīvi* 1 (2009), pp. 166-193.
- ЃARSKI, Jan, *Wielkie mocarstwa wobec Polski 1919-1945* (trad. ing. Elżbieta Morawiec), Varsovia, PIW, 1992.
- ЃASSOW, Samuel D., *Who Will Write Our History? Rediscovering a Hidden Archive from the Warsaw Ghetto*, Nueva York, Vintage, 2009.
- ЃAY, Alex J., «Brothers: The SS Mass Murderer and the Concentration Camp Inmate», *Transit Online*, 2013.
- , *Exploitation, Resettlement, Mass Murder: Political and Economic Planning for German Occupation Policy in the Soviet Union, 1940-1941*, Nueva York, Berghahn Books, 2006.
- , «Transition to Genocide, July 1941: Einsatzkommando 9 and the Annihilation of Soviet Jewry», *Holocaust and Genocide Studies*, 27, núm. 3 (2013), pp. 411-442.
- ЃELLOGG, Michael, *The Russian Roots of Nazism: White Émigrés and the Making of National Socialism*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.
- ЃENEZ, Peter, *The Coming of the Holocaust: From Antisemitism to Genocide*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013.
- ЃERMISH, Joseph, «The Activities of Żegota», en Yisrael Gutman y Efraim Zuroff (eds.), *Rescue Attempts During the Holocaust*, Jerusalén, Yad Vashem, 1977, pp. 367-398.
- ЃERSHAW, Ian, *The End: The Defiance and Destruction of Nazi Germany*, Nueva York, Penguin Press, 2011; trad. cast.: *El final: Alemania, 1944-1945* (trad. Yolanda Fontal), Barcelona, Península, 2013.
- , *Fateful Choices: Ten Decisions That Changed the World, 1940-1941*. Londres, Penguin Books, 2007; trad. cast.: *Decisiones trascendentales* (trad. Ana Escarpín), Barcelona, Península, 2008.
- , *Hitler: A Biography*, Nueva York, W. W. Norton, 2008; trad. cast.: *Hitler: una biografía* (trad. Yolanda Fontal y Carlos Sardiña), 2 vols., Barcelona, Península, 2010.
- , *The «Hitler Myth»: Image and Reality in the Third Reich*, Oxford, Oxford University Press, 1987; trad. cast.: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich* (trad. Tomás Fernández Aúz y Beatriz Aguilar Barrera), Barcelona, Crítica, 2006.
- ЃĘSIK, Jan, *Zaufany Komendant: Biografia Polityczna Jana Henryka Józewskiego 1892-1981*, Breslavia, Wydawnictwo Uniwersytetu Wrocławskiego, 1995.
- ЃHAUSTOV, Vladimir, «Deiatel'nost' organov gosudarstvennoi bezopasnosti NKVD SSSR (1934-1941 gg.)», tesis doctoral, Akademiia Federal'noi Sluzhby Bezopasnosti Rossiiskoi Federatsii, 1997.
- ЃHLEVNIUK, Oleg V., *The History of the Gulag: From Collectivization to the Great Terror*, New Haven, Yale University Press, 2004.
- , *Stalin: New Biography of a Dictator* (trad. ing. Nora A. Favorov), New Haven, Yale University Press, 2015.
- ЃIERNAN, Ben, *Blood and Soil: A World History of Genocide and Extermination from Sparta to Darfur*, New Haven, Yale University Press, 2007.
- ЃING, Gary, ROSEN, Ori, TANNER, Martin y WAGNER, Alexander F., «Ordinary Voting Behavior in the Extraordinary Election of Adolf Hitler», *Journal of Economic History*, 68, núm. 4 (2008), pp. 951-996.
- ЃING, Marcus Dubois, «Factoring Environmental Security Issues into National Security Threat Assessments: The Case of Global Warming», tesis doctoral, Fletcher School of Law and Diplomacy, 2008.
- ЃIRSCH, Jonathan, *The Short Strange Life of Herschel Grynszpan: A Boy Avenger, a Nazi Diplomat, and a Murder in Paris*, Nueva York, Liveright, 2013.
- ЃŁAFKOWSKI, Alfons, *Okupacja niemiecka w Polsce w s'wietle prawa narodów*, Poznań, Wydawnictwo Instytutu Zachodniego, 1946.

- CLAMPER, Elizabeth, «Der “Anschlusspogrom”», en Kurt Schmid y Robert Streibel (eds.), *Der Pogrom 1938: Judenverfolgung in Österreich und Deutschland*, Viena, Picus Verlag, 1990, pp. 25-41.
- CLARE, Michael T., «Global Warming Battlefields: How Climate Change Threatens Security», *Current History*, 107, núm. 703 (2007), pp. 355-361.
- CLARSFELD, Serge, *Le mémorial de la déportation des Juifs de France*, París, Beate et Serge Klarsfeld, 1978.
- CLIMPERER, Victor, *The Language of the Third Reich* (trad. ing. Martin Brady), Londres, Continuum, 2006; trad. cast.: *LTI, la lengua del Tercer Reich: apuntes de un filólogo* (trad. Adán Kovacsics), Barcelona, Minúscula, 2005.
- COENEN, Gerd, *Der Russland-Komplex: Die Deutschen und der Osten, 1900-1945*, Múnich, C. F. Beck, 2005.
- COIALOVICH, Mikhail, *Litovskaia tserkovnaia uniia*, San Petersburgo, 1859.
- COŁAKOWSKI, Leszek, *Main Currents of Marxism: Its Rise, Growth, and Dissolution* (trad. ing. P. S. Falla), 3 vols., Oxford, Oxford University Press, 1978; trad. cast.: *Las principales corrientes del marxismo* (trad. Jorge Vigil), 3 vols., Madrid, Alianza, 1980.
- COONZ, Claudia, *The Nazi Conscience*, Cambridge, Harvard University Press, 2003; trad. cast.: *La conciencia nazi: la formación del fundamentalismo étnico del Tercer Reich* (trad. Juanjo Estrella), Barcelona, Paidós, 2005.
- COPIKA, Bogusław, *Konzentrationslager Warschau: Historia i następstwa*, Varsovia, IPN, 2007.
- COPI, Kristin, «Constructing Racial Difference in Colonial Poland», en Eric Ames, Marcia Klotz y Lora Wildenthal (eds.), *Germany's Colonial Pasts*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2005, pp. 76-96.
- COPISTEIN, Jeffrey S. y WITTENBERG, Jason, «Intimate Violence: Anti-Jewish Pogroms in the Shadow of the Holocaust», manuscrito, 2013.
- COPIB, Alexander, *Im Schatten des Weltkriegs: Massengewalt der Ustaša gegen Serben, Juden und Roma in Kroatien 1941-1945*, Hamburgo, Hamburger Edition, 2013.
- , «Ustaša Mass Violence Against Gypsies in Croatia», en Anton WeissWendt (ed.), *The Nazi Genocide of the Roma: Reassessment and Commemoration*, Nueva York, Berghahn Books, 2013, pp. 73-95.
- COPIBOŃSKI, Stefan, «An Unknown Chapter in the Life of Menachem Begin and Irgun Zvai Leumi», *East European Quarterly*, 13, núm. 3 (1979), pp. 373-379.
- COPIB, Marek, *Polen zwischen Hitler und Stalin: Studien zur polnischen Aussenpolitik in der Zwischenkriegzeit*, Berlín, be.bra verlag, 2012.
- , *Polityka równowagi: Polska między Wschodem a Zachodem*, Cracovia Arcana, 2007.
- , *Polityka zagraniczna Polski 1938-1939: Cztery decyzje Józefa Becka*, Gdańsk, Oskar, 2012.
- COPIRNER, T. W., *The Pleasures of Counting*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.
- COPIRZEC, Paweł, *Juifs en Pologne: La question juive pendant l'entre-deux-guerres*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1980.
- COPISELLECK, Reinhart, *Futures Past: On the Semantics of Historical Time* (trad. ing. Keith Tribe), Cambridge, MIT Press, 1985; trad. cast.: *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos* (trad. Norberto Smilg), Barcelona, Paidós Ibérica, 1993.
- COPISLOV, Elissa Mailänder, *Gewalt im Dienstalltag. Die SS-Aufseherinnen des Konzentrations-und Vernichtungslagers Majdanek*, Hamburgo, Hamburger Edition, 2009.
- COPISTYRCHENKO, G. V., *Gosudarstvennyi antisemitizm v SSSR ot nachala do kul'minatsii 1938-1953*, Moscú, Materik, 2005.
- COPIOTKIN, Stephen, *Magnetic Mountain: Stalinism as a Civilization*, Berkeley, University of California Press, 1995.
- COPIOZACZUK, Władysław y STRASZAK, Jerzy, *Enigma: How the Poles Broke the Nazi Code*, Nueva York, Hippocrene Books, 2004.
- COPIRUGLOV, Alexander, «Jewish Losses in Ukraine», en Ray Brandon y Wendy Lower (eds.), *The Shoah in Ukraine: History, Testimony, Memorialization*, Bloomington, Indiana University Press, 2008, pp. 272-290.
- COPIRZYWIEC, Gregorz, *Szowinizm po polsku: Przypadek Romana Dmowskiego (1886-1905)*, Varsovia, Neriton, 2009.
- COPIUDRYASHOV, Sergei, «Russian Collaboration with the Nazis and the Holocaust», conferencia presentada en el International Institute for Holocaust Research, Yad Vashem, 2001.
- COPIÜHNE, Thomas, *Belonging and Genocide: Hitler's Community, 1918-1945*, New Haven, Yale University Press, 2010.
- COPIUPCZAK, Janusz, *Polacy na Ukrainie w latach 1921-1939*, Breslavia, Wydawnictwo Uniwersytetu Wrocławskiego, 1994.
- COPIUROMIYA, Hiroaki, *Freedom and Terror in the Donbas: A Ukrainian-Russian Borderland, 1870s-1990s*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
- , *Stalin*, Harlow, Pearson Longman, 2005.
- COPIUROMIYA, Hiroaki y PEPŁOŃSKI, Andrzej, *Między Warszawą a Tokio: Polsko-japońska współpraca wywiadowcza*

- 1904-1944, Toruń, Wydawnictwo Adam Marszałek, 2009.
- ĆWĄŁEK, Robert, *Das Vernichtungslager Bełżec* (trad. ing. Steffen Häschen), Berlín, Metropol, 2013.
- ĆWIET, Konrad, *Reichskommissariat Niederlande: Versuch und Scheitern nationalsozialistischer Neuordnung*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1968.
- AFREE, Gary, «Social Institutions and the Crime “Bust” of the 1990s», *Journal of Criminal Law and Criminology*, 88, núm. 4 (1998), pp. 1325-1368.
- ATIF, M. y KEENLYSIDE, N. S., «El Niño/Southern Oscillation Response to Climate Change», *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 106, núm. 49 (2009), pp. 20578-20583.
- ĘDER, Andrzej, *Prześniona rewolucja: Ćwiczenie z logiki historycznej*, Varsovia, Wydawnictwo Krytyki Politycznej, 2014.
- ĘONHARD, Jörn, *Die Bũchse der Pandora: Geschichte des Ersten Weltkriegs*, Mũnich, Beck, 2014.
- ĘEVENE, Mark, *The Rise of the West and the Coming of Genocide*, Londres, I. B. Tauris, 2005.
- ĘVIN, Dov, «The Attitude of the Soviet Union to the Rescue of Jews», en Yisrael Gutman y Efraim Zuroff (eds.), *Rescue Attempts During the Holocaust*, Jerusalén, Yad Vashem, 1977, pp. 225-236.
- , *The Lesser of Two Evils: Eastern European Jewry Under Soviet Rule, 1939-1941* (trad. ing. Naftali Greenwood), Filadelfia, Jewish Publication Society, 1995.
- ĘVINE, Hillel, *In Search of Sugihara*, Nueva York, Free Press, 1996.
- ĘBIONKA, Dariusz, «ZWZ-AK i Delegatura Rządu RP wobec eksterminacji Źydów polskich», en Andrzej Źbikowski (ed.), *Polacy i Źydzi pod okupacjȃ niemieckȃ 1939-1945, Studia i materiały*, Varsovia, IPN, 2006, pp. 15-208.
- ĘBIONKA, Dariusz y WEINBAUM, Laurence, *Bohaterowie, hochsztaplerzy, opisywacze: Wokół Źydowskiego Zwiȃzku Wojskowego*, Varsovia, Centrum Badań nad Zagłȃdȃ Źydów, 2011.
- ĘULEVICIUS, Vejas Gabriel, *The German Myth of the East, 1800 to the Present*, Oxford, Oxford University Press, 2009.
- , *War Land on the Eastern Front: Culture, National Identity, and German Occupation in World War I*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.
- ĘVEZEANU, Irina, *Cultural Politics in Greater Romania: Regionalism, Nation-Building, and Ethnic Struggle, 1918-1930*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 1995.
- ĘOHR, Eric, *Nationalizing the Russian Empire: The Campaign against Enemy Aliens during World War I*, Cambridge, Harvard University Press, 2003.
- , «1915 and the War Pogrom Paradigm in the Russian Empire», en Jonathan Dekel-Chen, David Gaunt, Natan M. Meir e Israel Bartal (eds.), *Anti-Jewish Violence: Rethinking the Pogrom in East European History*, Bloomington, Indiana University Press, 2011, pp. 41-51.
- , *Russian Citizenship from Empire to Soviet Union*, Cambridge, Harvard University Press, 2012.
- ĘONGERICH, Peter, *Davon haben wir nichts gewusst! Die Deutschen und die Judenverfolgung 1933-1945*, Mũnich, Siedler, 2007.
- , *Heinrich Himmler: Biographie*, Berlín, Siedler, 2008; trad. cast.: *Heinrich Himmler* (trad. Richard Gross), Barcelona RBA, 2009.
- , *Politik der Vernichtung: Eine Gesamtdarstellung der nationalsozialistischen Judenverfolgung*, Mũnich, Piper, 1998.
- , *The Unwritten Order: Hitler’s Role in the Final Solution*, Stroud, Tempus, 2001.
- ĘOOSE, Ingo, «Reaktionen auf den Novemberpogrom in Polen 1938-1939», en Andreas Nachama y Claudia Steuer (eds.), *Die Novemberpogrome 1938. Versuch einer Bilanz*, Berlín, Stiftung Topographie des Terrors, 2009, pp. 44-57.
- ĘOSSOWSKI, Piotr, *Kraje bałtyckie w latach przełomu 1934-1944*, Varsovia, Instytut Historii PAN, 2005.
- Ęotspeich, Richard, «Economic Integration of China and Russia in the Post-Soviet Era», en James Bellacqua (ed.), *The Future of China-Russia Relations*, Lexington, University of Kentucky Press, 2010, pp. 83-145.
- ĘŌW, Andrea, *Juden im Getto Litzmannstadt: Lebensbedingungen, Selbstwahrnehmung, Verhalten*, Gotinga, Wallstein Verlag, 2006.
- ĘŌW, Andrea y ROTH, Markus, *Juden in Krakau unter deutscher Besatzung*, Gotinga, Wallstein, 2011.
- ĘOWER, Wendy, «Axis Collaboration, Operation Barbarossa, and the Holocaust in Ukraine», en Alex J. Kay, Jeff Rutherford y David Stahel (eds.), *Nazi Policy on the Eastern Front: Total War, Genocide, and Radicalization*, Rochester, University of Rochester Press, 2012, pp. 186-219.
- , «German Colonialism and Genocide: A Comparative View from Below in Africa 1904-1908 and Ukraine 1941-1944», artículo inédito, 2003.
- , *Hitler’s Furies: German Women in the Nazi Killing Fields*, Boston, Houghton Mifflin, 2013.

- , *Nazi Empire-Building and the Holocaust in Ukraine*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2005.
- , «Pogroms, Mob Violence, and Genocide in Western Ukraine, Summer 1941: Varied Histories, Explanations, and Comparisons», *Journal of Genocide Research*, 13, núm. 3 (2011), pp. 217-246.
- UKACS, John, *The Last European War*, New Haven, Yale University Press, 1976.
- YNCH, Michael J., BURNS, Ronald G. y STRETESKY, Paul B., «Global Warming and State-Corporate Crime: The Politicalization of Global Warming Under the Bush Administration», *Crime, Law, and Social Change*, 54 (2010), pp. 213-239.
- ACHCEWICZ, Paweł, «Rund um Jedwabne-Neue Forschungsergebnisse polnischer Historiker», en Edmund Dmitrów, Paweł Machcewicz y Tomasz Szarota (eds.), *Der Beginn der Vernichtung. Zum Mord an den Juden in Jedwabne und Umgebung im Sommer 1941* (trad. ing. Beate Kosmala), Osnabrück, Fibre, 2004, pp. 19-94.
- ACLEAN, French, *The Field Men: The SS Officers Who Led the Einsatzkommandos*, Atglen, Schiffer, 1999.
- ACQUEEN, Michael, «Nazi Policy Toward the Jews in the Reichskommissariat Ostland, June-December 1941: From White Terror to Holocaust in Lithuania», en Zvi Gitelman (ed.), *Bitter Legacy: Confronting the Holocaust in the USSR*, Bloomington, Indiana University Press, 1997, pp. 91-103.
- ADAJCZYK, Czesław, «Legal Conceptions in the Third Reich and Its Conquests», *Michael: On the History of Jews in the Diaspora*, 13 (1993), pp. 131-159.
- , «Vom “Generalplan Ost” zum “Generalsiedlungsplan”», en Mechthild Rössler y Sabine Schleiermacher (eds.), *Der «Generalplan Ost»: Hauptlinien der nationalsozialistischen Planungs- und Vernichtungspolitik*, Berlin, Akademie Verlag, 1993, pp. 12-19.
- ADAJCZYK, Czesław y LEWANDOWSKA, Stanisława, *Hitlerowski terror na wsi polskiej 1939-1945*, Varsovia, PWN, 1965.
- AIER, Charles S., *The Unmasterable Past: History, Holocaust, and German National Identity*, Cambridge, Harvard University Press, 1997.
- ALLMANN, Klaus-Michael, «“Rozwiązać przez jakikolwiek szybko działający środek”: Policja Bezpieczeństwa w Łodzi a Shoah w Kraju Warty», en Aleksandra Namysło (ed.), *Zagłada Żydów na polskich terenach wcielonych do Rzeszy*, Varsovia, IPN, 2008, pp. 85-115.
- ALLMANN, Klaus-Michael, BÖHLER, Jochen y MATTHÄUS, Jürgen, *Einsatzgruppen in Polen: Darstellung und Dokumentation*, Darmstadt, WBG, 2008.
- ALLMANN, Klaus-Michael y CÜPPERS, Martin, *Halbmond und Hakenkreuz: Das Dritte Reich, die Araber und Palästina*, Darmstadt, WBG, 2006.
- AMDANI, Mahmood, *When Victims Become Killers: Colonialism, Nativism, and the Genocide in Rwanda*, Princeton, Princeton University Press, 2001.
- ANKOWSKI, Zygmunt, «Ausserordentliche Befriedungsaktion», en Zygmunt Mańkowski (ed.), *Ausserordentliche Befriedungsaktion 1940 Akcja AB na ziemiach polskich*, Varsovia, GKBZpNP-IPN, 1992, pp. 6-18.
- ANN, Michael, *The Dark Side of Democracy: Explaining Ethnic Cleansing*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005; trad. cast.: *El lado oscuro de la democracia: un estudio sobre la limpieza étnica* (trad. Sofía del Pilar Moltó), Valencia, Publicacions de la Universitat de Valencia, 2005.
- ANN, Michael E., «Do Global Warming and Climate Change Represent a Serious Threat to Our Welfare and Environment?», *Social Philosophy and Policy*, 26, núm. 2 (2009), pp. 193-230.
- ANOSCHEK, Walter, «Serbien ist judenfrei»: *Militärliche Besatzungspolitik und Judenvernichtung in Serbien 1941/1942*, Múnich, R. Oldenbourg Verlag, 1993.
- ARIPUU, Meelis y KUUSIK, Argo, «Political Arrests and Court Cases from August 1940 to September 1941», en Toomas Hiio, Meelis Maripuu e Indrek Paavle (eds.), *Estonia 1940-1945*, Tallin, Tallinna Raamatutrükikoda, 2005, pp. 319-327.
- ARIPUU, Meelis y KAASIK, Peeter, «Deportations of 14 June 1941», en Toomas Hiio, Meelis Maripuu e Indrek Paavle (eds.), *Estonia 1940-1945*, Tallin, Tallinna Raamatutrükikoda, 2005, pp. 363-383.
- ARKIEL, Tadeusz y SKIBIŃSKA, Alina, *Zagłada domu Trynczerów*, Varsovia, Stowarzyszenie Centrum Badań na Zagładę Żydów, 2011.
- ARRUS, Michael R. y PAXTON, Robert O., *Vichy France and the Jews*, Stanford, Stanford University Press, 1995.
- MARTIN, Terry, *Affirmative Action Empire*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 2001.
- , «The Origins of Soviet Ethnic Cleansing», *Journal of Modern History*, 70, núm. 4 (1998), pp. 813-861.
- ASLIN, Mark, *Global Warming: A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2004.
- ATTHÄUS, Jürgen, «Controlled Escalation: Himmler's Men in the Summer of 1941 and the Holocaust in the Occupied Soviet Territories», *Holocaust and Genocide Studies*, 21, núm. 2 (otoño de 2007), pp. 218-242.
- ATZ, Johan, «Cables in Cipher, the Raoul Wallenberg Case, and Swedish-Soviet Diplomatic Communication 1944-1947», *Scandinavian Journal of History*, núm. 38 (2013), pp. 1-23.

- , «Sweden, the United States, and Raoul Wallenberg's Mission to Hungary in 1944», *Journal of Cold War Studies*, 14, núm. 3 (2012), pp. 97-146.
- 1AUBACH, Franka, «Expansion weiblicher Hilfe: Zur Erfahrungsgeschichte von Frauen im Kriegsdienst», en Sybille Steinbacher (ed.), *Volksgenossinnen. Frauen in der NS-Volksgemeinschaft*, Gotinga, Wallstein Verlag, 2007, pp. 93-111.
- 1AURER, Trude, «The Background for Kristallnacht: The Expulsion of Polish Jews», en Walter H. Pehle (ed.), *November 1938: From "Meichkristallnacht" to Genocide*, Oxford, Berg, 1990, pp. 44-72.
- 1AZOWER, Mark, *Governing the World: The History of an Idea*, Nueva York, Penguin Press, 2012.
- , *Hitler's Empire: Nazi Rule in Occupied Europe*, Londres, Allen Lane, 2008; trad. cast.: *El imperio de Hitler* (trad. Enrique Herrando), Barcelona, Crítica, 2008.
- , *Inside Hitler's Greece: The Experience of Occupation, 1941-1944*, New Haven, Yale University Press, 1995.
- , «An International Civilization? Europe, Internationalism, and the Crisis of the Mid-Twentieth Century», *International Affairs*, 82, núm. 3 (2006), pp. 553-566.
- , *Salonica: City of Ghosts*, Nueva York, Knopf, 2005; trad. cast.: *La ciudad de los espíritus: Salónica desde Suleimán el Magnífico hasta la ocupación nazi* (trad. Santiago Jordán), Barcelona, Crítica, 2009.
- , «Violence and the State in the Twentieth Century», *American Historical Review*, 107, núm. 4 (2002), pp. 1147-1167.
- 1CAULEY, Jr., James K., «Decision in Bordeaux: Eduardo Propper de Callejón, the Problem of the Jewish Refugees, and Actor-Network Theory in Vichy France, 1940-1941», tesina de fin de carrera, Harvard College, 2012.
- 1CDONOUGH, Frank, *Hitler and the Rise of the Nazi Party*, Londres, Pearson, 2003.
- 1CGRAHAN, Graham, BALK, Deborah y ANDERSON, Bridget, «The Rising Tide: Assessing the Risks of Climate Change and Human Settlements in Low Elevation Coastal Zones», *Environment and Urbanization*, 19, núm. 1 (2007), pp. 17-37.
- 1CNEILL, William H., *The Global Condition: Conquerors, Catastrophes, and Community*, Princeton, Princeton University Press, 1992.
- 1ĘDRZECKI, Włodzimierz, *Województwo wołyńskie*, Breslavia, Ossolineum, 1988.
- 1ĘDYKOWSKI, Witold, *W cieniu gigantów: pogromy 1941 r. w byłej sowieckiej strefie okupacyjnej*, Varsovia, ISP PAN, 2012.
- 1EGARGEE, Geoffrey, *War of Annihilation: Combat and Genocide on the Eastern Front, 1941*, Lanham, Rowman and Littlefield, 2007.
- 1ELNYK, Oleksandr, «Stalinist Justice as a Site of Memory: Anti-Jewish Violence in Kyiv's Podil District in September 1941 Through the Prism of Soviet Investigative Documents», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, 61, núm. 2 (2013), pp. 223-248.
- 1ELZER, Emanuel, *No Way Out: The Politics of Polish Jewry*, Cincinnati, Hebrew Union College Press, 1997.
- 1ICHMAN, Dan, *The Emergence of Jewish Ghettos During the Holocaust* (trad. ing. Lenn J. Schramm), Cambridge, Cambridge University Press, 2011.
- 1ITCHELL, John F. B., LOWE, Jason, WOOD, Richard A. y VELLINGA, Michael, «Extreme Events Due to Human-Induced Climate Change», *Philosophical Transactions of the Royal Society: Mathematical, Physical and Engineering Sciences*, 364 (2006), pp. 2117-2133.
- 1ŁYNARCZYK, Jacek Andrzej, *Judenmord in Zentralpolen: Der Distrikt Radom im Generalgouvernement 1939-1945*, Darmstadt, WGB, 2007.
- 1ONROE, Kristen Renwick, *The Hand of Compassion: Portraits of Moral Choice During the Holocaust*, Princeton, Princeton University Press, 2004.
- 1OORE, Bob, «Le contexte du sauvetage dans l'Europe de l'Ouest occupée», en Jacques Sémelin, Claire Andrieu y Sarah Gensburger (eds.), *La résistance aux génocides: De la pluralité des actes de sauvetage*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 2008, pp. 277-290.
- , *Victims and Survivors: The Nazi Persecution of the Jews in the Netherlands, 1940-1945*, Londres, Arnold, 1997.
- 1OORHOUSE, Roger, *The Devils' Alliance: Hitler's Pact with Stalin, 1939-1941*, Londres, Bodley Head, 2014.
- 1ORRIS, Benny, *Righteous Victims: A History of the Zionist-Arab Conflict, 1881-1999*, Nueva York, Knopf, 1999.
- 1ORRIS, James, «The Polish Terror: Spy Mania and Ethnic Cleansing in the Great Terror», *Europe-Asia Studies*, 56, núm. 5 (julio de 2004), pp. 751-766.
- 1OSSE, George L., *The Nationalization of the Masses: Political Symbolism and Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars Through the Third Reich*, Nueva York, Meridian, 1977; trad. cast.: *La nacionalización de las masas: simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las guerras napoleónicas al Tercer*

- Reich (trad. Jesús Cuéllar), Madrid, Marcial Pons, 2005.
- ĄOTYKA, Grzegorz, *Cień Kłyma Sawura: Polsko-ukraiński konflikt pamięci*, Gdańsk, Muzeum II Wojny Światowej, 2013.
- , *Od rzezi wołyńskiej do akcji «Wisła»: Konflikt polsko-ukraiński 1943-1947*, Varsovia, Wydawnictwo Literackie, 2011.
- ĄOUNT, Amy, «The Arctic Wakeup Call: Oil, Climate Change, and Governance in the Place of Melting Ice», conferencia presentada en la Universidad de Yale, 2013.
- ĄOYO, Dambisa F., *Winner Take All: China's Race for Resources and What It Means for the World*, Nueva York, Basic Books, 2012; trad. cast.: *El ganador se queda con todo: La fiebre china por el control de los recursos naturales y lo que supone para el mundo* (trad. Casandra Viñuela), Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2013.
- ĄÜLLER, Rolf-Dieter, *Der Feind steht im Osten: Hitlers geheime Pläne für einen Krieg gegen die Sowjetunion im Jahr 1939*, Berlín, Ch. Links Verlag, 2011.
- ĄUSIAL, Bogdan, *Sowjetische Partisanen 1941-1944: Mythos und Wirklichkeit*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 2009.
- ĄAUMOV, Leonid, *Stalin i NKVD*, Moscú, Iauza, 2007.
- ĄEUMANN, Franz, *Behemoth: The Structure and Practice of National Socialism*, Toronto, Oxford University Press, 1942.
- ĄEWBURY, Catharine, «Background to Genocide: Rwanda», *Issue: A Journal of Opinion*, 23, núm. 2 (1995), pp. 12-17.
- ĄIEMANN, Alfred, *Kaiser und Revolution*, Berlín, August Scherl, 1922.
- ĄIKOL'SKIJ, Vladimir, «Die "Kulakenoperation" im ukrainischen Donbass», en Rolf Binner, Bernd Bonwetsch y Marc Junge (eds.), *Stalinismus in der sowjetischen Provinz 1937-1938*, Berlín, Akademie Verlag, 2010, pp. 613-640.
- ĄIKOL'S'KYI, V. M., *Represywna diial'nist' orhaniv derzhavnoï bezpeky SRSR v Ukraïni*, Donetsk, Vydavnytstvo Donets'koho Natsional'noho Uniwersytetu, 2003.
- ĄIRENBERG, David, *Anti-Judaism: The Western Tradition*, Nueva York, Norton, 2013.
- ĄIV, David, *M'arkhot ha-Irgun ha-tseva'i ha-le'umi*, vol. 2, Tel Aviv, Mosad Klotzner, 1966.
- ĄOWAK, Andrzej, *Polska i trzy Rosje*, Cracovia, Arcana, 2001.
- ĄOWAK JEZIORAŃSKI, Jan, «Gestapo i NKVD», *Karta*, núm. 37 (2003), pp. 88-97.
- ĄOFFER, Avner, *The First World War: An Agrarian Interpretation*, Nueva York, Oxford University Press, 1989.
- ĄLARU-CEMIRTAN, Viorica, «Wo die Züge Trauer trugen: Deportationen in Bessarabien, 1940-1941», *Osteuropa*, 59, núms. 7-8 (2009), pp. 219-226.
- ĄLINER, Samuel P., y OLINER, Pearl M., *The Altruistic Personality: Rescuers of Jews in Nazi Europe*, Nueva York, The Free Press, 1988.
- ĄLMSTEAD, Alan L. y RHODE, Paul W., *Creating Abundance: Biological Innovation and American Agricultural Development*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008.
- ĄRESKES, Naomi y CONWAY, Erik M., *Merchants of Doubt: How a Handful of Scientists Obscured the Truth on Issues from Tobacco Smoke to Global Warming*, Nueva York, Bloomsbury Press, 2010.
- ĄSTAŁOWSKA, Lidia, *Farby wodne*, Varsovia, Wydawnictwo Czarne, 2011.
- ĄSTERLOH, Jörg, *Nationalsozialistische Judenverfolgung im Reichsgau Sudetenland 1938-1945*, Múnich, Oldenbourg Verlag, 2006.
- ĄZSVÁTH, Zsuzsanna, *In the Footsteps of Orpheus: The Life and Times of Miklós Radnóti*, Bloomington, Indiana University Press, 2000.
- ĄAAVLE, Indrek, «Fate of the Estonian Elite in 1940-1941», en Toomas Hiio, Meelis Maripuu, e Indrek Paavle (eds.), *Estonia 1940-1945*, Tallin, Tallinna Raamatutrükikoda, 2005, pp. 391-409.
- ĄANH, Rithy y BATAILLE, Christophe, *L'élimination*, París, Grasset, 2011; trad. cast.: *La eliminación* (trad. Joan Rimbau), Barcelona, Anagrama, 2013.
- ĄARKER, Geoffrey, *Global Crisis: War, Climate Change, and Catastrophe in the Seventeenth Century*, New Haven, Yale University Press, 2013; trad. cast.: *El siglo maldito: clima, guerras y catástrofes en el siglo XVII* (trad. Victoria Gordo y Jesús Cuéllar), Barcelona, Planeta, 2013.
- ĄASZTOR, Maria, «Problem wojny przewencyjnej w raportach belgijskich diplomatów z lat 1933-1934», en Andrzej Ajnenkiel, et al. (eds.), *Międzymorze: Polska i kraje Europy środkowo-wschodniej XIX-XX wieku*, Varsovia, IH PAN, 1995, pp. 313-320.
- ĄAULSSON, Gunnar S., *Secret City: The Hidden Jews of Warsaw 1940-1945*, New Haven, Yale University Press, 2002.

- 'AUER-STUDER, Herlinde, «Einleitung», en Herlinde Pauer-Studer y Julian Find (eds.), *Rechtfertigungen des Unrechts. Das Rechtsdenken im Nationalsozialismus in Originaltexten*, Berlín, Suhrkamp, 2014, pp. 15-135.
- 'AULEY, Bruce F., «The Social and Economic Background of Austria's *Lebensunfähigkeit*», en Anson Rabinbach (ed.), *The Austrian Socialist Experiment*, Boulder, Westview Press, 1985, pp. 21-37.
- 'AVLOWITCH, Stevan L., *Hitler's New Disorder: The Second World War in Yugoslavia*, Nueva York, Columbia University Press, 2008.
- 'EDERSEN, Susan, «The Impact of League Oversight on British Policy in Palestine», en Rory Miller (ed.), *Britain, Palestine, and Empire: The Mandate Years*, Farnham, Ashgate, 2010, pp. 39-65.
- 'ENTER, Tanja, *Kohle für Stalin und Hitler: Arbeiten und Leben im Donbass 1929 bis 1953*, Essen, Klartext Verlag, 2010.
- 'EPŁOŃSKI, Andrzej, *Kontrwywiad II Rzeczypospolitej*, Varsovia, Bellona, 2002.
- , *Wywiad polskich sił zbrojnych na zachodzie 1939-1945*, Varsovia, MOREX, 1995.
- 'ERGHER, Roberta y ROSEMAN, Mark, «The Holocaust, an Imperial Genocide?», *Dapim: Studies on the Holocaust*, 27, núm. 1 (2013), pp. 42-73.
- 'ETROV, Nikita y SKORKIN, K. V., *Kto rukovodil NKVD, 1934-1941*, Moscú, Zven'ia, 1999.
- 'ETROV, N. V. y ROGINSKII, A. B., «“Pol'skaia operatsiia” NKVD 1937-1938 gg.», en A. I. Gurianov (ed.), *Repressii protiv poliakov i pol'skikh grazhdan*, Moscú, Zven'ia, 1997, pp. 22-43.
- 'ETSCHER, Hans (ed.), *Anschluss: Eine Bildchronologie*, Viena, Christian Brandstätter Verlag, 2008.
- 'EFFER, W. T., HARPER, J. T. y O'NEEL, S., «Kinematic Constraints on Glacier Contribution to 21st-Century Sea Level Rise», *Science*, 321 (5 de septiembre de 2008), pp. 1340-1343.
- 'ETROW, Nikita, *Psy Stalina*, Varsovia, Demart, 2012.
- 'ISKORSKI, Jan M., *Wygnańcy: przesiedlenia i uchodźcy w dwudziestowiecznej Europie*, Varsovia, Państwowy Instytut Wydawniczy, 2009.
- 'ITMAN, A. J., ARNETH, A. y GANZVELD, L. «Regionalizing Global Climate Change Models», *International Journal of Climatology*, 32 (2012), pp. 321-337.
- 'LAVNIEKS, Richards, «Nazi Collaborators on Trial During the Cold War: The Cases against Viktors Arājs and the Latvian Auxiliary Security Police», tesis doctoral, University of North Carolina at Chapel Hill, 2013.
- 'ODOLSKA, Anna, «Poland's Antisemitic Rescuers: A Consideration of Apparent Contradictions», tesis de máster, University College London, 2013.
- 'OHL, Dieter, *Die Herrschaft der Wehrmacht: Deutsche Militärbesatzung und einheimische Bevölkerung in der Sowjetunion 1941-1944*, Múnich, R. Oldenbourg, 2008.
- , «Schauplatz Ukraine: Der Massenmord an den Juden im Militärverwaltungsgebiet und im Reichskommissariat 1941-1943», en Norbert Frei, Sybille Steinbacher y Bernd C. Wagner (eds.), *Ausbeutung, Vernichtung, Öffentlichkeit: Neue Studien zur nationalsozialistischen Lagerpolitik*, Múnich, K. G. Saur, 2000, pp. 135-179.
- , «Ukrainische Hilfskräfte beim Mord an den Juden», en Gerhard Paul (ed.), *Die Täter der Shoah*, Gotinga, Wallstein Verlag, 2002.
- , *Verfolgung und Massenmord in der NS-Zeit 1933-1945*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2008.
- 'OLIAKOV, Léon, *Histoire de l'antisémitisme*, vol. 2: *L'âge de la science*, París, Calmann-Lévy, 1981; trad. cast.: *Historia del antisemitismo*, Buenos Aires, Raíces, 1988.
- , *Sur les traces du crime*, París, Éditions Grancher, 2012.
- 'OLIAN, Pavel, «Hätte der Holocaust beinahe nicht stattgefunden? Überlegungen zu einem Schriftwechsel im Wert von zwei Millionen Menschenleben», en Johannes Hurter y Jürgen Zarusky (eds.), *Besatzung, Kollaboration, Holocaust: Neue Studien zur Verfolgung und Ermordung der europäischen Juden*, Múnich, Oldenbourg, 2010.
- 'OLLACK, Martin, *Kontaminierte Landschaften*, Viena, Residenz Verlag, 2014.
- , *Der Tote im Bunker: Bericht über meinen Vater*, Viena, Zsolnay, 2004; trad. cast.: *El muerto en el búnker* (trad. Frank Schleper), Madrid, El Tercer Nombre, 2005.
- , *Warum wurden die Stanislaws erschossen? Reportagen*, Viena, Zsolnay, 2008.
- 'OLONSKY, Antony, *The Jews in Poland and Russia*, vol. 2: *1881-1914*, Londres, Littman Library, 2010.
- , *The Jews in Poland and Russia*, vol. 3: *1914-2008*, Londres, Littman Library, 2012.
- , *Politics in Independent Poland 1921-1939: The Crisis of Constitutional Government*, Oxford, Clarendon Press, 1972.
- 'OPRZECZNY, Joseph, *Odilo Globocnik, Hitler's Man in the East*, Jefferson, McFarland, 2004.
- 'ORTER-SZÜCS, Brian, *Faith and Fatherland: Catholicism, Modernity, and Poland*, Nueva York, Oxford University Press, 2011.
- 'ORTER, Brian, *When Nationalism Began to Hate: Imagining Modern Politics in Nineteenth-Century Poland*, Nueva York, Oxford University Press, 2000.

- OWELL, James Laurence, *The Inquisition of Climate Science*, Nueva York, Columbia University Press, 2011.
- OWER, Samantha, «A Problem from Hell»: *America and the Age of Genocide*, Nueva York, Basic Books, 2002.
- REKEROWA, Teresa, «Komórka “Felicji”»: nieznanne archiwum działacza Rady Pomocy Żydom w Warszawie», *Rocznik warszawski*, 15 (1979), pp. 519-556.
- , *Konspiracyjna Rada Pomocy Żydom w Warszawie 1942-1945*, Varsovia, Państwowy Instytut Wydawniczy, 1982.
- RESTON, Paul, *The Spanish Holocaust: Inquisition and Extermination in Twentieth-Century Spain*, Nueva York, Norton, 2012; trad. cast.: *El holocausto español: odio y exterminio en la Guerra Civil y después* (trad. Catalina Martínez y Eugenia Vázquez-Nacarino), Barcelona, Debate, 2011.
- RUSIN, Alexander V., «A Community of Violence: The SiPo/SD and Its Role in the Nazi Terror System in Generalbezirk Kiev», *Holocaust and Genocide Studies*, 21, núm. 1 (2007), pp. 1-30.
- , *The Lands Between: Conflict in the East European Borderlands, 1870-1992*, Oxford, Oxford University Press, 2010.
- , *Nationalizing a Borderland: War, Ethnicity, and Anti-Jewish Violence in East Galicia, 1914-1920*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 2005.
- UŁAWSKI, Adam, «The Polish Government-in-Exile in London, the Delegatura, the Union of Armed Struggle-Home Army and the Extermination of the Jews», *Holocaust Studies*, 18, núms. 2-3 (2012), pp. 118-144.
- , *W obliczu Zagłady: Rząd RP na Uchodźstwie, Delegatura Rządu RP na Kraj, ZWZ-AK wobec deportacji Żydów do obozów zagłady (1941-1942)*, Lublin, IPN, 2009.
- LABINBACH, Anson, *The Crisis of Austrian Socialism: From Red Vienna to Civil War, 1927-1934*, Chicago, University of Chicago Press, 1983.
- ŁĄCZY, Elżbieta, *Pomoc Polaków dla ludności żydowskiej na Rzeszowszczyźnie 1939-1945*, Rzeszów, IPN, 2008.
- ŁADCHENKO, Yuri, «Accomplices to Extermination: Municipal Government and the Holocaust in Kharkiv», *Holocaust and Genocide Studies*, 27, núm. 3 (2013), pp. 443-463.
- LAGGAM-BLESCH, Michaela, «Das “Anschluss”-Pogrom in den Narrativen der Opfer», en Werner Welzig (ed.), «Anschluss» März-April 1938 in Österreich, Vienna, ÖAW, 2010, pp. 111-124.
- LAGSDALE, Hugh, *The Soviets, the Munich Crisis, and the Coming of World War II*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004.
- LAHMSDORF, Stefan, «A Semi-Empirical Approach to Projecting Future Sea-Level Rise», *Science*, 315 (19 de enero de 2007), pp. 368-370.
- ŁEDLICH, Shimon, *Together and Apart in Brzezany: Poles, Jews, and Ukrainians, 1919-1945*, Bloomington, Indiana University Press, 2002.
- LEEVEES, Eric, *A Long Day's Dying: Critical Moments in the Darfur Genocide*, Toronto, Key, 2007.
- LEID, Anna, *Leningrad: The Epic Siege of World War II, 1941-1944*, Nueva York, Walker, 2011.
- LEIN, Leonid, «Local Collaboration in the Execution of the “Final Solution” in Nazi-Occupied Belorussia», *Holocaust and Genocide Studies*, 20, núm. 3 (2006), pp. 381-409.
- LIABOV, Oleg y RIABOVA, Tatiana, «The Decline of Gayropa? How Russia Intends to Save the World», *Eurozine*, 2014.
- IEGER, Berndt, *Creator of the Nazi Death Camps: The Life of Odilo Globocnik*, Londres, Vallentine Mitchell, 2007.
- INGELBLUM, Emanuel, *Polish-Jewish Relations During the Second World War* (trad. ing. Dafna Allon, Danuta Dabrowska y Dana Keren), Evanston, Northwestern University Press, 1992.
- LOBBE-GRILLET, Alain, *Pour un nouveau roman*, París: Les Éditions de Minuit, 1963; trad. cast.: *Por una novela nueva* (trad. Caridad Martínez), Barcelona, Seix Barral, 1973.
- ODOGNO, Davide, *Fascism's European Empire: Italian Occupation during the Second World War* (trad. ing. Adrian Belton), Cambridge, Cambridge University Press, 2006.
- OHDE, Robert, et al., «A New Estimate of the Average Earth Surface Land Temperature Spanning 1753 to 2011», conferencia presentada en el Tercer Congreso de Santa Fe sobre Cambio Climático Regional y Global, 2012.
- ÖMER, Felix, *Kameraden: Die Wehrmacht von innen*, Múnich, Piper, 2012.
- , *Der Kommissarbefehl: Wehrmacht und NS-Verbrechen an der Ostfront 1941/1942*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 2008.
- OMIJN, Peter, «The “Lesser Evil”: The Case of the Dutch Local Authorities and the Holocaust», en Peter Romijn (ed.), *The Persecution of the Jews in the Netherlands 1940-1945*, Ámsterdam, Vossiuspers UvA, 2012, pp. 13-26.
- OOS, Hans, *Polen und Europa: Studien zur polnischen Aussenpolitik*, Tubinga, J. C. B. Mohr, 1957.
- OSE, Laurel L., «Land and Genocide: Exploring the Connections with Rwanda's Prisoners and Prison Officials»,

- Journal of Genocide Research*, 9, núm. 1 (2007), pp. 49-69.
- ROSEMAN, Mark, «The Lives of Others—Amid the Deaths of Others: Biographical Approaches to Nazi Perpetrators», *Journal of Genocide Research*, 15, núm. 4 (2013), pp. 443-461.
- ROSSINO, Alexander B., «Anti-Jewish Violence in the Białystok District During the Opening Weeks of Operation Barbarossa», conferencia presentada en el Museo Memorial del Holocausto de Estados Unidos, abril de 2001.
- , *Hitler Strikes Poland: Blitzkrieg, Ideology, and Atrocity*, Lawrence, University Press of Kansas, 2003.
- ROSSO, Henry, *La dernière catastrophe: L’histoire, le présent, le contemporain*, París, Gallimard, 2012.
- , *Le régime de Vichy*, París, Presses Universitaires de France, 2012.
- ROTFELD, Adam Daniel, *W cieniu: 12 rozmów z Marcinem Wojciechowskim*, Varsovia, Agora, 2012.
- ROTH, Randolph, *American Homicide*, Cambridge, Harvard University Press, 2009.
- ROTHKIRCHEN, Livia, *The Jews of Bohemia and Moravia: Facing the Holocaust*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2005.
- ROTHSCHILD, Joseph, *East Central Europe Between the Two World Wars*, Seattle, University of Washington Press, 1974.
- , «Ethnic Peripheries Versus Ethnic Cores: Jewish Political Strategies in Interwar Poland», *Political Science Quarterly*, 96, núm. 4 (1981-1982), pp. 591-606.
- , *Piłsudski’s Coup d’État*, Nueva York, Columbia University Press, 1966.
- RODNIKI, Szymon, *Równi, ale niezupełnie*, Varsovia, Midrasz, 2008.
- RÜSS, Hartmut, «Wer war verantwortlich für das Massaker von Babij Jar?», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, 57, núm. 2 (1999), pp. 483-508.
- RUTHERFORD, Philip T., *Prelude to the Final Solution: The Nazi Program for Deporting Ethnic Poles, 1939-1941*, Lawrence, University Press of Kansas, 2007.
- RÜMLER, Helmut, *Max Hussarek: Nationalitäten und Nationalitätenpolitik in Österreich im Sommer des Jahres 1918*, Graz, Verlag Böhlau, 1965.
- RZANNA, Ewa, «Raul Hilberg, Zagłada Żydów Europejskich», manuscrito, 2014.
- SAKAMOTO, Pamela Rotner, *Japanese Diplomats and Jewish Refugees: A World War II Dilemma*, Westport, Praeger, 1998.
- SAKOWSKA, Ruth, *Ludzie z dzielnicy zamkniętej: Żydzie w Warszawie w okresie hitlerowskiej okupacji*, Varsovia, PWN, 1975.
- SALMONOWICZ, Stanisław, «The Tragic Night of Occupation: On “Collaboration from Below” in the General Government», *Polin*, 26 (2013).
- SALMONOWICZ, Stanisław y SERCZYK, Jerzy, «Z problemów kolaboracji w Polsce w latach 1939-1941», *Czasy Nowożytne*, 14 (2003), pp. 43-65.
- SALTIER, Leon, «Dehumanizing the Dead: The Destruction of Thessaloniki’s Jewish Cemetery in the Light of New Sources», *Yad Vashem Studies*, 42, núm. 1 (2014), pp. 11-46.
- SANDLER, Willeke Hannah, «“Colonizers Are Born, Not Made”: Creating a Colonial Identity in Nazi Germany, 1933-1945», tesis doctoral, Duke University, 2012.
- SARRAUTE, Nathalie, *L’ère du soupçon: Essais sur le roman*, París, Gallimard, 1956; trad. cast.: *La era del recelo* (trad. Gonzalo Torrente Ballester), Barcelona, Guadarrama, 1967.
- SÄUERLAND, Karol, *Polen und Juden: Jedwabne und die Folgen*, Berlín, Philo, 2004.
- SAVIELLO, Hillary, «This Bestial Policy: Allied Public Condemnations of the Holocaust and the Establishment of the United Nations War Crimes Commission», tesis doctoral, London School of Economics, 2014.
- SCHIFFRAN, Jürgen y BATTAGLINI, Antonella, «Climate and Conflicts: The Security Risks of Global Warming», *Regional Environmental Change*, 11 (2011), pp. 27-39.
- SCHLAVIS, Jules, *Vernichtungslager Sobibór*, Münster, Unrast, 2003.
- SCHENKE, Cornelia, *Nationalstaat und nationale Frage: Polen und die Ukrainer in Wolhynien 1921-1939*, Hamburgo, Bölling und Galitz Verlag, 2004.
- SCHLÖGEL, Karl, «Einleitung», en Karl Schlögel y Karl-Konrad Tschäpe (eds.), *Die Russische Revolution und das Schicksal der Russischen Juden. Eine Debatte in Berlin, 1922-1923*, Berlín, Matthes und Seitz, 2014, pp. 9-104.
- , *Terror und Traum: Moskau 1937*, Múnich, Carl Hanser Verlag, 2008; trad. cast.: *Terror y utopía. Moscú en 1937* (trad. José Aníbal Campos), Barcelona, Acantilado, 2014.
- SCHNEIDER, Karl, *Auswärts eingesetzt: Bremer Polizeibataillone und der Holocaust*, Essen, Klartext Verlag, 2011.
- SEGAL, Raz, «Beyond Holocaust Studies: Rethinking the Holocaust in Hungary», *Journal of Genocide Research*, 16, núm. 1 (2014), pp. 1-23.
- , «Imported Violence: Carpatho-Ruthenians and Jews in Carpatho-Ukraine, October 1938-March 1939», *Polin*, 26 (2013).

- EGEV, Tom, *One Palestine, Complete: Jews and Arabs Under the British Mandate* (trad. ing. Chaim Watzman), Londres, Abacus, 2001.
- EIDEL, Robert, *Deutsche Besatzungspolitik in Polen: Der Distrikt Radom 1939-1945*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 2006.
- ÉMELIN, Jacques, *Persécutions et entraides dans la France occupée: Comment 75% des Juifs en France ont échappé à la mort*, París, Seuil, 2013.
- , *Purifier et détruire: Usages politiques des massacres et génocides*, París, Seuil, 2005.
- HAPIRA, Anita, *Israel: A History* (trad. ing. Anthony Berris), Waltham, Brandeis University Press, 2012.
- , *Land and Power: The Zionist Resort to Force, 1881-1948* (trad. ing. William Templar), Stanford, Stanford University Press, 1992.
- HAVIT, Yaacov, *Jabotinski and the Revisionist Movement 1925-1928*, Londres, Frank Cass, 1988.
- HEPARD, Todd, *The Invention of Decolonization: The Algerian War and the Remaking of France*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 2006.
- HILON, Avi, *Menachem Begin: A Life* (trad. ing. Danielle Zilberberg y Yoram Sharett), New Haven, Yale University Press, 2012.
- HINDLER, Colin, *The Triumph of Military Zionism: Nationalism and the Origins of the Israeli Right*, Londres, I. B. Taurus, 2006.
- HORE, Marci, *Caviar and Ashes: A Warsaw Generation's Life and Death in Marxism*, New Haven, Yale University Press, 2006.
- , «Conversing with Ghosts: Jedwabne, Żydokomuna, and Totalitarianism», en Michael David-Fox, Peter Holquist y Alexander M. Martin (eds.), *The Holocaust in the East: Local Perpetrators and Soviet Responses*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2014.
- , «Język, pamięć i rewolucyjna awangarda: Kształtowanie historii powstania w getcie warszawskim w latach 1944-1950», *Biuletyn Żydowskiego Instytutu Historycznego*, 188, núm. 3 (1998), pp. 43-60.
- , *The Taste of Ashes: The Afterlife of Totalitarianism in Eastern Europe*, Nueva York, Crown, 2012.
- HORE, Zachary, *What Hitler Knew: The Battle for Information in Nazi Foreign Policy*, Oxford, Oxford University Press, 2003.
- HOWALTER, Dennis, «Comrades, Enemies, Victims: The Prussian/German Army and the Ostvölker», en Charles W. Ingrao y Franz A. J. Szabo (eds.), *The Germans and the East*, West Lafayette, Purdue University Press, 2008, pp. 209-225.
- SIEMASZKO, Władysław y SIEMASZKO, Ewa, *Ludobójstwo dokonane przez nacjonalistów ukraińskich na ludności polskiej Wołynia 1939-1945*, Varsovia, von borowiecky, 2000.
- ILVER, Nate, *The Signal and the Noise*, Nueva York, Penguin, 2012; trad. cast.: *La señal y el ruido* (trad. Carles Andreu y Carmen Villalba), Barcelona, Península, 2014.
- IMMS, Brendan, *Europe: The Struggle for Supremacy from 1453 to the Present*, Nueva York, Basic Books, 2013.
- IMONS, Thomas W. Jr., *Eastern Europe in the Postwar World*, Nueva York, St. Martin's, 1991.
- IRUTAVIČIUS, Vladas y STALIŪNAS, Darius, «Was Lithuania a Pogrom-Free Zone? (1881-1940)», en Jonathan Dekel-Chen, David Gaunt, Natan M. Meir e Israel Bartal (eds.), *Anti-Jewish Violence: Rethinking the Pogrom in East European History*, Bloomington, Indiana University Press, 2011, pp. 146-158.
- KARGA, Barbara, *Penser après le Goulag* (ed. Joanna Nowicki), París, Éditions du Relief, 2011.
- KIBIŃSKA, Alina, «Perpetrators' Self-Portrait: The Accused Village Administration, Commune Heads, Fire Chiefs, Forest Rangers and Gamekeepers», *East European Politics and Societies*, 25, núm. 3 (2011), pp. 457-485.
- KÓRA, Wojciech, *Śłużba konsularna Drugiej Rzeczypospolitej: Organizacja, kadry i działalność*, Toruń, Adam Marszałek, 2006.
- LEPYAN, Kenneth, *Stalin's Guerrillas: Soviet Partisans in World War II*, Lawrence, University of Kansas Press, 2006.
- MITH, N. y LEISEROWITZ, A., «American Evangelicals and Climate Change», *Global Environmental Change*, manuscrito, 2013.
- MITH, Woodruff D., «“Weltpolitik” und “Lebensraum”», en Sebastian Conrad and Jürgen Osterhammel (eds.), *Das Kaiserreich Transnational*, Gotinga, Vandenhoeck and Ruprecht, 2004, pp. 29-48.
- NYDER, Timothy, *Bloodlands: Europe Between Hitler and Stalin*, Nueva York, Basic Books, 2010; trad. cast.: *Tierras de sangre: Europa entre Hitler y Stalin* (trad. Jesús de Cos), Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.
- , «The Causes of Ukrainian-Polish Ethnic Cleaning 1943», *Past and Present*, núm. 179 (2003), pp. 197-234.
- , «The Life and Death of West Volhynian Jews, 1921-1945», en Ray Brandon y Wendy Lower (eds.), *The Shoah in Ukraine: History, Testimony, and Memorialization*, Bloomington, Indiana University Press, 2008, pp. 77-113.
- , *Nationalism, Marxism, and Modern Central Europe: A Biography of Kazimierz Kelles-Krauz, 1872-1905*,

- Cambridge, Harvard University Press, 1997.
- , «The Problem of Commemorative Causality», *Modernism/Modernity*, 20, núm. 1 (2013).
 - , *The Reconstruction of Nations: Poland, Ukraine, Lithuania, Belarus, 1569-1999*, New Haven, Yale University Press, 2002.
 - , *The Red Prince: The Secret Lives of a Habsburg Archduke*, Nueva York, Basic Books, 2008; trad. cast.: *El príncipe rojo: Las vidas secretas de un archiduque de Habsburgo* (trad. Joan Fontcuberta), Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014.
 - , *Sketches from a Secret War: A Polish Artist's Mission to Liberate Soviet Ukraine*, New Haven, Yale University Press, 2005.
 - , *Ukrains'ka istoriia, rosiis'ka polityka, ievropeis'ke maibutnie*, Kiev, Dukh i Litera, 2014.
 - OHN-RETHEL, Alfred, *Industrie und Nationalsozialismus: Aufzeichnungen aus dem «Mitteleuropäischen Wirtschaftstag»* (ed. Carl Freytag), Berlín, Wagenbach, 1992.
 - OLOMON, Steven, *Water: The Epic Struggle for Wealth, Power, and Civilization*, Nueva York, HarperCollins, 2010.
 - OLONARI, Vladimir, «Ethnic Cleansing or “Crime Prevention”? Deportation of Romanian Roma», en Anton Weiss-Wendt (ed.), *The Nazi Genocide of the Roma: Reassessment and Commemoration*, Nueva York, Berghahn Books, 2013, pp. 96-119.
 - , «Patterns of Violence: The Local Population and the Mass Murder of Jews in Bessarabia and Northern Bukovina, July-August 1941», en Michael David-Fox, Peter Holquist y Alexander Martin (eds.), *The Holocaust in the East: Local Perpetrators and Soviet Responses*, cap. 5, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2014, leído en manuscrito.
 - PECTOR, Stephen, *Evangelicals and Israel: The Story of American Christian Zionism*, Nueva York, Oxford University Press, 2009.
 - PECTOR, Shmuel, *The Holocaust of Volhynian Jews 1941-1944* (trad. ing. Jerzy Michałowicz), Jerusalén, Yad Vashem, 1996.
 - PEKTOR, Szmuel, «Żydzi wołyńscy w Polsce międzywojennej i w okresie II wojny światowej (1920-1944)», en Krzysztof Jasiewicz (ed.), *Europa nieprowincjonalna*, Varsovia, Instytut Studiów Politycznych PAN, 1999, pp. 566-578.
 - TANISLAWSKI, Michael, «Russian Jewry, the Russian State, and the Dynamics of Jewish Emancipation», en Pierre Birnbaum e Ira Katznelson (eds.), *Paths of Emancipation: Jews, States, and Citizenship*, Princeton, Princeton University Press, 1995, pp. 262-283.
 - TANTON, Gregory H., «Could the Rwandan Genocide Have Been Prevented?», *Journal of Genocide Research*, 6, núm. 2 (2004), pp. 211-228.
 - TAUB, Ervin, «The Origins and Evolution of Hate, with Notes on Prevention», en Robert J. Sternberg (ed.), *The Psychology of Hate*, Washington, American Psychological Association, 2005, pp. 51-66.
 - TEIN, Alexander, *Adolf Hitler: Schüler der «Weisen von Zion»*, Karlovy Vary, Graphia, 1936.
 - TEINBACHER, Sybille, *Auschwitz: Geschichte und Nachgeschichte*, Múnich, Beck, 2004.
 - , «Musterstadt Auschwitz»: *Germanisierungspolitik und Judenmord in Ostoberschlesien*, Múnich, K. G. Saur, 2000.
 - TEINBERG, Jonathan, «The Third Reich Reflected: German Civil Administration in the Occupied Soviet Union», *English Historical Review*, 110, núm. 437 (1995), pp. 620-651.
 - TEINER, George, *In Bluebeard's Castle: Some Notes Toward the Redefinition of Culture*, New Haven, Yale University Press, 1971; trad. cast.: *En el castillo de Barba Azul: aproximación a un nuevo concepto de cultura* (trad. Alberto Luis Bixio), Barcelona, Gedisa, 2013.
 - TEININGER, Rolf, *Der Staatsvertrag: Österreich im Schatten von deutscher Frage und kaltem Krieg 1938-1955*, Innsbruck, Studien-Verlag, 2005.
 - , «12 November 1918-12 March 1938: The Road to Anschluss», en Rolf Steininger, Günter Bischof, and Michael Gehler (eds.), *Austria in the Twentieth Century*, New Brunswick, Transaction Publishers, 2002, pp. 85-114.
 - TEINWEIS, Alan E., *Kristallnacht 1938*, Cambridge, Harvard University Press, 2009.
 - TERN, Nicholas, *The Economics of Climate Change*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006; trad. cast.: *El informe Stern: la verdad sobre el cambio climático* (trad. Albino Santos Mosquera y Joan Vilaltella), Barcelona, Paidós, 2008.
 - TERNBERG, Troy, «Chinese Drought, Wheat, and the Egyptian Uprising: How a Local Hazard Became Globalized», en Caitlin E. Werrell y Francesco Fermia (eds.), «The Arab Spring and Climate Change», febrero de 2013.

- TERNHELL, Zeev, *Les anti-Lumières: Une tradition du XVII^e siècle à la guerre froide*, París, Gallimard, 2010.
- TOLA, Dariusz, *Nadzieja i zagłada: Ignacy Schwarzbart-żydowski przedstawiciel w Radzie Narodowej RP (1940-1945)*, Varsovia, Oficyna Naukowa, 1995.
- TONE, Daniel, *The Polish-Lithuanian State, 1386-1795*, Seattle, University of Washington Press, 2001.
- TOURZH, Gerald, *Vom Reich zur Republik*, Viena, Editions Atelier, 1990.
- TRASSNER, Peter, *Europäische Freiwillige: Die Geschichte der 5. SS Panzerdivision WIKING*, Osnabrück, Munin Verlag, 1968.
- TRAUS, Scott, «How Many Perpetrators Were There in the Rwandan Genocide? An Estimate», *Journal of Genocide Research*, 6, núm. 1 (2004), pp. 85-98.
- TRÓŃSKI, Henryk, *Represje stalinizmu wobec ludności polskiej na Ukrainie w latach 1929-1939*, Varsovia, Wspólnota Polska, 1998.
- TUDENTOWICZ, Kazimierz, et al. (eds.), *Polska idea imperialna*, Varsovia, Polityka, 1938.
- UBTELNY, Orest, «German Diplomatic Reports on the Famine of 1933», en Wsevolod Isajiw (ed.), *Famine-Genocide in Ukraine, 1932-1933*, Toronto, Ukrainian Canadian Research and Documentation Centre, 2003, pp. 13-26.
- ULLIVAN, Gordon R., et al., «National Security and the Threat of Climate Change», Arlington, CNA Corporation, 2007.
- URKIS, Judith, *Sexing the Citizen: Morality and Masculinity in France, 1870-1920*, Ithaca, Cornell University Press, 2006.
- ZAYNOK, Bożena, *Z historii i Moskwą w tle: Polska a Izrael 1944-1968*, Varsovia, IPN, 2007.
- EBALDI, Claudia, STRAUSS, Benjamin H. y ZERVAS, Chris E., «Modelling Sea Level Rise Impacts on Storm Surges Along US Coasts», *Environmental Research Letters*, 7, 014032 (2012), pp. 1-11.
- EC, Nechama, *Defiance: The Bielski Partisans*, Nueva York, Oxford University Press, 1993.
- , *In the Lion's Den: The Life of Oswald Rufeisen*, Nueva York, Oxford University Press, 1990.
- , *When Light Pierced the Darkness: Christian Rescues of Jews in Nazi-Occupied Poland*, Nueva York, Oxford University Press, 1986.
- HER, Philipp, *Ciemna strona państw narodowych: Czystki etniczne w nowoczesnej Europie*, Poznań, Wydawnictwo Poznańskie, 2011.
- HIES, Jochen, *Architekt der Weltherrschaft: Die «Endziele» Hitlers*, Düsseldorf, Droste Verlag, 1976.
- HOMÄ, Dieter, «Sein und Zeit im Rückblick: Heideggers Selbstkritik», en Thomas Rentsch (ed.), *Martin Heidegger: Sein und Zeit*, Berlín, Akademie Verlag, 2001, pp. 282-298.
- HOMSON, Allison M., et al., «Climate Change Impacts for the Conterminous USA: An Integrated Assessment. Part 3: Dryland Production of Grain and Forage Crops», *Climatic Change*, núm. 69 (2005), pp. 43-65.
- , «Climate Change Impacts for the Conterminous USA: An Integrated Assessment. Part 5: Irrigated Agriculture and National Grain Crop Production», *Climatic Change*, núm. 69 (2005), pp. 89-105.
- OLLEFSON, Jeff, «The Sceptic Meets His Match», *Nature*, 475 (2011), pp. 440-441.
- OMASZEWSKI, Jerzy, «The Civil Rights of Jews in Poland, 1918-1939», *Polin*, 8 (1995), p. 124.
- , *Preludium Zagłady: Wygnanie Żydów polskich z Niemiec w 1938 r.*, Łódź, PWN SA, 1998.
- OMKIEWICZ, Monika, *Zbrodnia w Ponarach 1941-1944*, Varsovia, IPN, 2008.
- OOZE, Adam, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Nueva York, Viking, 2007.
- ORT, Patrick, *L'effet Darwin: Sélection naturelle et naissance de la civilisation*, París, Éditions du Seuil, 2008.
- RENTMANN, Frank, «Coping with Shortage: The Problem of Food Security and Global Visions of Coordination, c. 1890s-1950», en Frank Trentmann and Flemming Just (eds.), *Food and Conflict in the Age of the Two World Wars*, Houndmills, Palgrave Macmillan, 2006, pp. 13-48.
- RIEPEL, Heinrich, *Die Hegemonie: Ein Buch von Führenden Staaten*, Stuttgart, W. Kohlhammer, 1938.
- RUNK, Isaiah, *Judenrat: The Jewish Councils in Eastern Europe Under Nazi Occupation*, Nueva York, Macmillan, 1972.
- YAGLYY, Mikhail, «Nazi Occupation Policies and the Mass Murder of the Roma in Ukraine», en Anton Weiss-Wendt (ed.), *The Nazi Genocide of the Roma: Reassessment and Commemoration*, Nueva York, Berghahn Books, 2013, pp. 120-152.
- JNGVÁRY, Krisztián, *The Siege of Budapest: One Hundred Days in World War II*, (trad. ing. Ladislaus Lóbo), New Haven, Yale University Press, 2005.
- JRYNOWICZ, Marcin, «Stosunki polsko-żydowskie w Warszawie w okresie okupacji hitlerowskiej», en Andrzej Żbikowski (ed.), *Polacy i Żydzi pod okupacją niemiecką 1939-1945: Studia i materiały*, Varsovia, IPN, 2006,

- pp. 537-690.
- ⁷ALENTINO, Benjamin, *Final Solutions: Mass Killing and Genocide in the Twentieth Century*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 2004.
- ⁷AN DER BOOM, Bart, «Ordinary Dutchmen and the Holocaust: A Summary of Findings», en Peter Romijn, et al. (eds.), *The Persecution of the Jews in the Netherlands 1940-1945*, Ámsterdam, Vossiuspers UvA, 2012, pp. 29-52.
- ⁷AN DE VLIERT, Evert, YANG, Huadong, WANG, Yongli y REN, Xiao-peng, «Climato-Economic Imprints on Chinese Collectivism», *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 44, núm. 4 (2012), pp. 589-605.
- ⁷ASARI, Emilio, *Dr. Otto Habsburg oder die Leidenschaft für Politik*, Viena, Verlag Herold, 1972.
- ⁷EIDLINGER, Jeffrey, *In the Shadow of the Shtetl: Small-Town Jewish Life in Soviet Ukraine*, Bloomington, Indiana University Press, 2013.
- ⁷erbrechen der Wehrmacht: Dimensionen des Vernichtungskrieges 1941-1944, Hamburgo, Institut für Sozialforschung, 2002.
- ⁷KSNE, Rudīte, «Members of the Arājs Commando in Soviet Court Files: Social Position, Education, Reasons for Volunteering, Penalty», en Valters Nollendorfs y Erwin Oberländer (eds.), *The Hidden and Forbidden History of Latvia under Soviet and Nazi Occupations 1940-1991*, Riga, Institute of the History of Latvia Publishers, 2007, pp. 188-208.
- ⁷ILHJÁLMSSON, Vilhjálmur Örn y BLÜDNIKOW, Bent, «Rescue, Expulsion, and Collaboration: Denmark's Difficulties with Its World War II Past», *Jewish Political Studies Review*, 18, núms. 3-4 (2006).
- ⁷INCENT, C. Paul, *The Politics of Hunger: The Allied Blockade of Germany, 1915-1919*, Athens, Ohio University Press, 1985.
- ⁷IOLA, Lynne, «Selbstkolonisierung der Sowjetunion», *Transit*, núm. 38 (2011), pp. 34-56.
- , *The Unknown Gulag: The Lost World of Stalin's Special Settlements*, Nueva York, Oxford University Press, 2007.
- VALICKI, Andrzej, *Philosophy and Romantic Nationalism: The Case of Poland*, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1994.
- VANDY CZ, Piotr S., *The Lands of Partitioned Poland, 1772-1918*, Seattle, University of Washington Press, 1975.
- , «Poland Between East and West», en Gordon Martel (ed.), *The Origins of the Second World War Reconsidered*, Nueva York, Routledge, 1999, pp. 187-210.
- , *Soviet-Polish Relations, 1917-1921*, Cambridge, Harvard University Press, 1969.
- , *Z Piłsudskim i Sikorskim: August Zaleski, Minister Spraw Zagranicznych w latach 1926-1932 i 1939-1941*, Varsovia, Wydawnictwo Sejmowe, 1999.
- VARD, James Mace, *Priest, Politician, Collaborator: Jozef Tiso and the Making of Fascist Slovakia*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 2013.
- VASSER, Bruno, *Himmlers Raumplanung im Osten*, Basilea, Birkhäuser Verlag, 1993.
- VASSERSTEIN, Bernard, *The Ambiguity of Virtue: Gertrude van Tijn and the Fate of the Dutch Jews*, Cambridge, Harvard University Press, 2014.
- , *On the Eve: The Jews of Europe Before the Second World War*, Nueva York, Simon and Schuster, 2012.
- VEART, Spencer, «Global Warming: How Skepticism Became Denial», *Bulletin of the Atomic Scientists*, 67, núm. 1 (2011), pp. 41-50.
- VEBB, Walter Prescott, *The Great Frontier*, Boston, Houghton Mifflin, 1952.
- VEBER, Timothy P., *On the Road to Armageddon: How Evangelicals Became Israel's Best Friends*, Grand Rapids, Baker Academic, 2004.
- VEIL, Patrick, *How to Be French: Nationality in the Making Since 1789* (trad. ing. Catherine Porter), Durham, Duke University Press, 2008.
- VEINBAUM, Laurence, *A Marriage of Convenience: The New Zionist Organization and the Polish Government 1936-1939*, Boulder, East European Monographs, 1993.
- VEINBERG, Gerhard L., *The Foreign Policy of Hitler's Germany*, Chicago, University of Chicago Press, 1980.
- , *A World at Arms: A Global History of World War II*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994; trad. cast.: *Un mundo en armas* (trad. Jordi Beltrán), 2 vols., Barcelona, Grijalbo, 1995.
- VEINER, Amir, *Making Sense of War: The Second World War and the Fate of the Bolshevik Revolution*, Princeton, Princeton University Press, 2001.
- VEISS, Yfaat, *Deutsche und polnische Juden vor dem Holocaust: Jüdische Identität zwischen Staatsbürgerschaft und Ethnizität 1933-1940* (trad. al. Matthias Schmidt), Múnich, Oldenbourg, 2000.
- VEISS-WENDT, Anton, *Murder Without Hatred: Estonians and the Holocaust*, Syracuse, Syracuse University Press, 2009.

- VEITBRECHT, Dorothee, *Der Exekutionsauftrag der Einsatzgruppen in Polen*, Filderstadt, Markstein, 2001.
- VERTH, Nicolas, *La terreur et le désarroi: Staline et son système*, París, Perrin, 2007.
- VESTERLING, Anthony L., et al., «Continued Warming Could Transform Greater Yellowstone Fire Regimes by Mid-21st Century», *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 108, núm. 32 (2011), pp. 13165-13170.
- VETTE, Wolfram, *Feldwebel Anton Schmid: Ein Held der Humanität*, Frankfurt, S. Fischer Verlag, 2013.
- , *Karl Jäger: Mörder der litauischen Juden*, Frankfurt, S. Fischer Verlag, 2011.
- VHITE, Lynn, «The Historical Roots of Our Ecological Crisis», *Science*, 155 (1967), pp. 1203-1207.
- VIECZORKIEWICZ, Paweł Piotr, *Łańcuch s'mierci: Czystka w Armii Czerwonej 1937-1939*, Varsovia, Rytm, 2001.
- VIERZBICKI, Marek, «Soviet Economic Policy in Annexed Eastern Poland», en Timothy Snyder y Ray Brandon (eds.), *Stalin and Europe: Imitation and Domination, 1928-1953*, Oxford, Oxford University Press, 2014, pp. 114-137.
- VIEVIORKA, Annette y LAFFITTE, Michel, *A l'intérieur du camp de Drancy*, París, Perrin, 2012.
- VILDENTHAL, Lora, *German Women for Empire, 1884-1945*, Durham, Duke University Press, 2001.
- VILDT, Michael, *An Uncompromising Generation: The Nazi Leadership of the Reich Security Main Office* (trad. ing. Tom Lampert), Madison, University of Wisconsin Press, 2009.
- VNUK, Rafał, «Za pierwszego Sowietą»: *Polska konspiracja na Kresach Wschodnich II Rzeczypospolitej*, Varsovia, IPN, 2007.
- VOJCIECHOWSKI, Marian, *Stosunki polsko-niemieckie 1933-1938*, Poznań, Instytut Zachodni, 1980.
- VRÓBEL, Piotr, «The Seeds of Violence: The Brutalization of an East European Region, 1917-1921», *Journal of Modern History*, 1, núm. 1 (2003), pp. 125-143.
- VRÓBLEWSKI, Robert, *Dywizja Wiking w Polsce w świetle materiałów archiwalnych*, Lublin, Kagero, 2010.
- VYNOT, Edward D., Jr., «“A Necessary Cruelty”: The Emergence of Official Antisemitism in Poland, 1936-1939», *American Historical Review*, 76, núm. 4 (1971), pp. 1035-1058.
- WANG, Dali L., *Calamity and Reform in China: State, Rural Society, and Institutional Change Since the Great Leap Famine*, Stanford, Stanford University Press, 1996.
- WISRAELI, David, «Germany and Zionism», en Jehuda L. Wallach (ed.) *Germany and the Middle East, 1835-1939*, Tel Aviv, Tel Aviv University, 1975, pp. 142-164.
- , *ha-Raikh ha-Germani ve-Erets Yis'ra'el: be'ayot Erets Yis'ra'el ba-mediniyut ha-Germanit ba-shanim 1889-1945*, Ramat-Gan, Bar Ilan University, 1974.
- Wielka Elita polska: *Akcja AB–Katyn*, Varsovia, Instytut Pamięci Narodowej, 2006.
- WIEREMBA, Marcin, *Wielka Trwoga: Polska 1944-1947*, Cracovia, Znak, 2012.
- WIERKA, Yves-Charles, *Un détail Nazi dans la pensée de Carl Schmitt: La justification des lois de Nuremberg du 15 septembre 1935*, París, Presses Universitaires de France, 2005; trad. cast.: *Un detalle nazi en el pensamiento de Carl Schmitt: la justificación de las leyes de Núremberg del 15 de septiembre de 1945* (trad. Tomás Valladolid), Barcelona, Anthropos, 2007.
- WIERKOWSKI, Andrzej, *Karski*, Varsovia, Świat Książki, 2011.
- , «“Night Guard”: Holocaust Mechanisms in the Polish Rural Areas, 1942-1945», *East European Politics and Societies*, 25, núm. 3 (2011), pp. 512-529.
- WIEHNPFENNIG, Barbara, *Hitlers Mein Kampf. Eine Interpretation*, Múnich, W. Fink, 2000.
- WIERTEL, Idith, *Israel's Holocaust and the Politics of Nationhood* (trad. ing. Chaya Galai), Cambridge, Cambridge University Press, 2011.
- WIEHANG XUEBIN, et al., «Detection of Human Influence on Twentieth-Century Precipitation Trends», *Nature*, 448 (2007), pp. 461-466.
- WIEGLER, Jean, *Betting on Famine: Why the World Still Goes Hungry* (trad. ing. Christopher Caines), Nueva York, New Press, 2013; trad. cast.: *Destrucción masiva: Geopolítica del hambre* (trad. Jordi Terré), Barcelona, Península, 2012.
- WIERMERER, Jürgen, *Von Windhuk nach Auschwitz: Beiträge zum Verhältnis von Kolonialismus und Holocaust*, Münster, LIT Verlag, 2011.
- WIELOOTAR'OV, Vadim, «Nachal'nyts'kyi sklad NKVS USRR u seredyni 30-h rr.», *Z arkhiviv VUChK-HPU-NKVD-KGB*, núm. 2 (2001), pp. 326-331.
- WIEYNDUL, Jolanta, *Zajścia antyżydowskie w Polsce w latach 1935-1937*, Varsovia, Fundacja Kelles-Krauza, 1994.

- BERNHARD, Thomas, *Heldenplatz* [1988], Frankfurt, Surhkamp, 1995; trad. cast.: *Heldenplatz* (trad. Miguel Sáenz), Hondarribia, Hiru Argitaletxea, 1998.
- CONRAD, Joseph, *Heart of Darkness and Other Stories* [1899], Londres, Wordsworth, 1998; trad. cast.: *El corazón de las tinieblas y otros relatos* (trad. Dámaso López García), Madrid, Valdemar, 2006.
- CROSSMAN, Vasily, *Life and Fate* [1959], Nueva York, Harper, 1985; trad. cast.: *Vida y destino* (trad. Marta Rebón), Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2008.
- ORWELL, George, *1984* [1949], Londres, Penguin, 2008; trad. cast.: *Mil novecientos ochenta y cuatro* (trad. Olivia de Miguel), Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1999.
- WEIG, Stefan, *Schachnovelle* [1943], Frankfurt, Fischer, 2004; trad. cast.: *Novela de ajedrez* (trad. Manuel Lobo), Barcelona, Acantilado, 2000.



TIMOTHY SNYDER es titular de la cátedra Housum de Historia en la Universidad de Yale y *fellow* permanente del Instituto de Ciencias Humanas de Viena. Se doctoró en Oxford y ha sido investigador en las universidades de París, Viena, Varsovia y Harvard. Sus libros anteriores recibieron destacados premios. Es autor de *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin* (Galaxia Gutenberg, 2011), traducido a trece idiomas, que recibió doce premios, entre ellos el premio Hannah Arendt de Pensamiento Político, el premio Leipzig para la Comprensión Europea y el premio Emerson de Humanidades de la Academia Americana de las Artes y las Letras. Ayudó a Tony Judt a escribir una historia temática de las ideas políticas y de los intelectuales en política, *Pensar el siglo xx* (2012). Sus artículos académicos han aparecido en revistas como *Past and Present* y *Journal of Cold War Studies*; también ha escrito en *The New York Review of Books*, *Foreign Affairs*, *The Times Literary Supplement*, *The Nation* y *The New Republic* así como en *The New York Times*, *The International Herald Tribune*, *The Wall Street Journal* y en otros periódicos. Es miembro del Comité de Conciencia del Memorial del Holocausto de Estados Unidos y del Consejo Asesor del Instituto Yivo de Investigaciones Judías. Su libro *El príncipe rojo. Las vidas secretas de un archiduque de Habsburgo* fue publicado por Galaxia Gutenberg en 2014.

Notas

[1] Space: *Second Book*, p. 8. Sobre el «aislamiento interno» (*innere Abgeschlossenheit*) y el deseo de separación entre razas: *Mein Kampf*, pp. 81-82. Véase Chapoutot, *Le nazisme*, p. 428; Chapoutot, «Les Nazis et la “Nature”», p. 31. El cónsul general estadounidense Raymond Geist estaba en lo cierto al hablar de una «cosmología» antisemita: Husson, *Heydrich*, p. 121. El argumento del presente libro parte de la idea de una amenaza judía planetaria hasta llegar a la propicia situación de no estatalidad por medio de nuevas formas de política en las que se reunían el ideal antisemita y la condición antipolítica. Sémelin (en *Purifier*, p. 135) acierta al afirmar que la historia de los genocidios debe ser internacional. Sin embargo, en el caso concreto del Holocausto, parece importante definir antes cuál era la concepción que su artífice tenía del planeta. Las relaciones internacionales de Hitler son un producto de su ecología. En lo fundamental, sus ideas parecen haber sido consistentes; en palabras de Kershaw: «En su núcleo, Hitler mantuvo una consistencia interna extraordinaria» (*End*, p. 281). Burrin habla, de forma parecida, de «*la consistance et la continuité étonnantes que manifeste cette vision du monde*» (*Hitler et les Juifs*, p. 19). <<

[2] Para los pensadores ingleses y franceses, como Hobbes y Rousseau, el estado natural imaginario es un recurso literario que nos permite pensar acerca de las opciones del ser humano ante el poder. Podemos imaginar, a modo de ejercicio, cómo debía de ser la vida antes de que el hombre empezara a imponer reglas. A continuación, deberíamos pensar en las consecuencias de las estructuras que efectivamente deseamos. La concepción de la naturaleza de Hitler también tenía bien poco que ver con las tradiciones del pensamiento alemán. Para Kant, el conocimiento perfecto del mundo natural externo es inalcanzable, y la sabiduría consiste en abrirse paso hacia él con perfecta conciencia de nuestras limitaciones. Para Hegel, el estado natural fue una etapa bárbara y prehistórica que dio paso a unas instituciones que el hombre va perfeccionando de forma constante. Según Marx, la naturaleza es lo que nos rodea y se nos resiste. La conocemos y nos conocemos a nosotros mismos en la medida en que trabajamos por cambiarla. Sobre Schmitt, véase Zarka, *Un détail*, pp. 7 y 36. Véase también Neumann, *Behemoth*, p. 467. <<

[3] La cita procede de *Mein Kampf*, p. 140. Charles Darwin escribió en cierta ocasión que el imperio eliminaría «las razas salvajes» (*Descent of Man*, 1, p. 201). Por el contexto, es evidente que su observación no tenía un sentido político. Darwin, autor de la poderosa idea de la evolución por selección natural, no creía que las razas fueran como las especies; al contrario, sostenía que todos los humanos pertenecían a una única especie capaz de aplicar la razón y, por consiguiente, sobrevivir en función de bases distintas a las biológicas. Véase Tort, *L'effet Darwin*, pp. 75-80. Distingo aquí entre Marx y Engels, su amigo y divulgador, que codificó la versión «científica» del marxismo. A propósito del largo encuentro entre el darwinismo de segunda generación y la segunda generación de marxistas, véase Kołakowski, *Main Currents*, vol. 2, *Golden Age*. <<

[4] Sobre los «pueblos cobardes» (*feige Völker*): *Mein Kampf*, p. 103. Véase Koonz, *Nazi Conscience*, p. 59. Cf. Sternhell, *Les anti-Lumières*, pp. 666-667. <<

[5] Sobre el «pan de cada día»: *Mein Kampf*, p. 281; *Second Book*, pp. 15 y 74. Véase también Hilberg, *Destruction*, 1, p. 148. Sobre las «riquezas de la naturaleza» y el «mandamiento divino»: *Table Talk*, pp. 51 y 141. Uno de los objetivos de esta presentación es evitar un problema identificado por Arendt: «La incapacidad para tomar seriamente lo que los propios nazis decían» (*Origins*, p. 3). Véase también Jureit, *Das Ordnen von Räumen*, p. 279. <<

[6] Cf. White, «Historical Roots». <<

[7] Véase Engel, *Holocaust*, p. 15. <<

[8] Véanse Valentino, *Final Solutions*, p. 168; Jäckel, *Hitler in History*, p. 47. Cf. Sarraute, *L'ère du soupçon*, p. 77, y Arendt, *Origins*, p. 242: «El odio de los racistas hacia los judíos nacía de una aprehensión supersticiosa según la cual era posible que fueran los judíos, y no ellos mismos, a quienes Dios había elegido y a quienes la providencia divina garantizaba el éxito». Sobre la cosmovisión como fe, véase Bärsch, *Die politische Religion*, pp. 276-277. <<

[9] La cita procede de *Mein Kampf*, p. 73. Esta invocación de la voluntad divina, última frase del capítulo 2 de *Mein Kampf*, fue citada por Carl Schmitt al inicio de su conferencia sobre la lucha de la jurisprudencia alemana contra el espíritu judío («Eröffnung», p. 14). Cf. El concepto de «antisemitismo redentor» en Friedländer, *The Years of Extermination*. <<

[10] Sobre la «no naturaleza» (*Unnatur*): *Mein Kampf*, p. 69. Véanse también *Mein Kampf*, p. 287; *Sämtliche Aufzeichnungen*, pp. 462-463; Chapoutot, «La loi du sang», p. 391; Poliakov, *Sur les traces*, pp. 212 y 217; Bauman, *Modernity*, p. 68; Arendt, *Origins*, p. 202. <<

[11] Sobre Himmler, véanse Kühne, *Belonging*, p. 60; Chapoutot, «La loi du sang», pp. 374 y 405. Cf. Steiner, *In Bluebeard's Castle*, p. 45. <<

[12] Las citas de Hans Frank proceden de «Ansprach», p. 8; «Einleitung», p. 141. Para Schmitt, véase «Neue Leitsätze», p. 516. Cf. Arendt, *Essays in Understanding*, pp. 290 y 295. <<

[13] Sobre el bolchevismo como «hijo ilegítimo»: *Table Talk*, p. 7. Para la afirmación de Hitler de que las ideas «judías» son todas iguales: *Mein Kampf*, p. 66 y pássim. Sobre Jesús: Bärsch, *Die politische Religion*, pp. 286-287; sobre san Pablo: Chapoutot, «L’historicité nazie», p. 50. Véase también Thies, *Architekt*, p. 29. <<

[14] La primera cita procede de *Mein Kampf*, p. 291. El judaísmo como destructor: *Table Talk*, p. 314 y, de forma parecida, en p. 248; véanse también *Sämtliche Aufzeichnungen*, p. 907; Thies, *Architekt*, p. 42. Sobre el poder de los judíos como «asesinos del futuro»: *Second Book*, p. 10. Es cierto que Hitler dice en *Mein Kampf* que la historia es su materia preferida, pero se refiere a su confusa intuición de las fuerzas que provocan los hechos. <<

[15] La cita de Mann aparece en Poliakov, *Histoire de l'antisémitisme*, p. 357. Para la cita de Stein: *Self-Portrait in Letters*, p. 9. Véanse Zehnpfennig, *Hitlers Mein Kampf*, p. 128; Burrin, *Hitler et les Juifs*, p. 23. <<

[16] Husson, *Heydrich*, p. 41. <<

[17] Los judíos como «plaga» (*geistiger Pestilenz*): *Mein Kampf*, p. 66. La cita de la «reacción prometedora» aparece en Govrin, *Jewish Factor*, p. 7. La afirmación de que podían llegar a infectar un «continente entero» aparece en *Staatsmänner*, p. 557.

<<

[18] *Table Talk*, p. 314. Cf. Friedländer, «Some Reflections», p. 100. <<

[19] La interpretación de Zehnpfennig es parecida: *Hitlers Mein Kampf*, p. 116. Véase también Neumann, *Behemoth*, p. 140. <<

[20] Véase Jonas, *Imperative of Responsibility*, p. 29. <<

[21] Los entrecomillados proceden de *Second Book*, pp. 16, 21, 74 y 103. Sobre las «formas letales de pensamiento» (*todgefährliche Gedankengänge*): *Mein Kampf*, p. 141. <<

[22] *Mein Kampf*, pp. 282-283. <<

[23] Sobre el «estado anárquico», véase Husson, *Heydrich*, p. 256. «*Wohin man die Juden schicke, nach Sibirien oder nach Madagascar, sei gleichgültig*», 21 de julio de 1941, *Staatsmänner*, p. 557. <<

[1] Véanse Vincent, *Politics of Hunger*, pp. 126 y ss.; Offer, *Agrarian Interpretation*, pp. 2, 24, 25 y 59. Ambas obras destacan el golpe moral y político que supuso el bloqueo. Leonhard cifra los muertos en 700 000, bastante más de lo que parecen sugerir Vincent y Offer (*Die Büchse der Pandora*, p. 518). <<

[2] *Second Book*, p. 10. Cf. Offer, *Agrarian Interpretation*, pp. 82, 83 y 217. <<

[3] Sobre la autarquía económica: *Table Talk*, p. 73. Sobre los campesinos alemanes: *Mein Kampf*, cap. 2. <<

[4] Sobre la división del mundo: Hildebrand, *Vom Reich*, p. 654. Sobre la batalla apocalíptica: *Second Book*, p. 76. Véase también *Mein Kampf*, p. 145. <<

[5] Los japoneses, por ejemplo, intentaron sin éxito persuadir a Hitler para que tratara a los británicos, en lugar de a los soviéticos, como el enemigo principal. Véase Hauner, *India in Axis Strategy*, pp. 378 y 383-384. <<

[6] *Second Book*, p. 21. Cf. Guettel, «Frontier». Guettel tiene razón al decir que el número de referencias a Estados Unidos en *Mein Kampf* es reducido, si bien los pasajes donde aparece son muy sugestivos. Hitler afirma, por ejemplo, que Estados Unidos es el modelo de un nuevo tipo de imperio que aglutina territorios contiguos a partir de la unidad racial (p. 144). La lógica aquí descrita se expresa de forma aún más explícita en *Raza y destino*. Tal y como observa el propio Guettel, la idea de los estadounidenses como señores del espacio es omnipresente en la retórica de los colonialistas alemanes, por lo que las referencias de Hitler debían de resultar claras. Sea como fuere, el caso es que Estados Unidos definía una situación global en la que los niveles de vida eran comparativos y relativos. Véanse también Fischer, *Hitler and America*, pp. 18, 21 y 28; Thies, *Architekt*, p. 50. <<

[7] Wildenthal, *German Women*, p. 177; Sandler, «Colonizers», p. 436. <<

[8] Para la tierra como límite de la ciencia: *Second Book*, p. 21; asimismo en *Mein Kampf*, p. 282. El propio Hitler se lo comenta a Roosevelt en su *Reichstagsrede* del 28 de abril de 1939; Franz Neumann abunda en este punto en *Behemoth*, p. 130. <<

[9] Sobre las perspectivas «desoladoras»: *Second Book*, p. 105. Sobre la pureza racial: *Mein Kampf*, p. 282. Sobre Estados Unidos como un pueblo «más joven y sano»: *Second Book*, p. 111. Para un examen de la importancia de los mitos de la tierra con respecto a la historia general de los genocidios y la limpieza étnica, véase Kiernan, *Blood and Soil*. <<

[10] Sobre la palabra *Lebensraum*, véase Conrad, *Globalisation and the Nation*, p. 61. Cf. Arendt, *Origins*, pp. 353 y 469, y Smith, «Weltpolitik», p. 41. <<

[11] Véase Longerich, *Davon*, pp. 160-161. La definición de *Lebensraum* según Robert Ley aparece en Ziegler, *Betting on Famine*, p. 263. La cita de Goebbels («für einen voll gedeckten Frühstücks-, Mittags-, und Abendtisch») procede de Koenen, *Russland-Komplex*, p. 427. Véase un admirable ejercicio de historia comparada en Collingham, *Taste of War*. <<

[12] *Table Talk*, p. 707. Véase Guettel, «German South-West Africa», p. 535; Simms, *Europe*, pp. 339 y 343. <<

[13] La cita procede de *Mein Kampf*, p. 145. Sobre Karl May: *Table Talk*, p. 316. Véanse McDonough, *Hitler*, p. 22; Mosse, *Nationalization*, p. 196. Cf. Arendt, *Origins*, p. 183. <<

[14] Iliffe, «Effects of the Maji Maji Rebellion», pp. 558-559. Gerwarth y Malinowski destacan que no hubo campañas de tierra quemada («Ghosts», p. 283). Para la historia militar oficial: Zimmerer, *Von Windhuk*, p. 43. Las cifras de los herero y los nama están tomadas de Guettel, «German South-West Africa», p. 543. Véase también Chirot y McCauley, *Why Not Kill*, p. 28. Para la cita de Trotha y las condiciones en el campamento de Shark Island: Hull, *Absolute Destruction*, pp. 30 y 78; véase también Levene, *Rise*, p. 233. La comparación con los estados americanos de Theodor Leutwein y la cita de Bernhard Dernburg aparecen en Guettel, «German South-West Africa», pp. 550 y 524. La «operación de aniquilación» (*Vernichtungsoperation*), la «Solución Final» (*Endlösung*) y la cifra del 70% aparecen en Lower, «German Colonialism», pp. 2 y 5. <<

[15] Sobre la novela: Sandler, «Colonizers», 162. La afirmación sobre los franceses aparece en *Second Book*, p. 144. Para más detalles acerca de las diferencias y semejanzas entre los distintos racismos, véase Conrad, *Globalisation*, sobre todo pp. 174, 177 y 182. Quienes aplican argumentos freudianos y girardianos para explicar la extrusión de los judíos alemanes deberían considerar también las relaciones alemanas con Polonia. <<

[16] Kopp, «Constructing a Racial Difference», pp. 84-85 y pássim. <<

[17] *Mein Kampf*, p. 144. Acerca de la cuestión polaca durante la Primera Guerra Mundial, véanse Niemann, *Kaiser und Revolution*, pp. 25-36, y Rumpler, *Max Hussarek*, pp. 50-55. Sobre la limpieza de las zonas fronterizas, véase Geiss, *Der polnische Grenzstreifen*, pp. 125-146. Sobre la política seguida en la ocupación germano-austríaca de Ucrania, véase Snyder, *The Red Prince*. <<

[18] Véanse Sandler, «Colonizers», pp. 19, 35, 149-150 y pássim; Wildenthal, *German Women*, pp. 172-173. <<

[19] Sobre la «masa eslava»: Zimmerer, *Von Windhuk*, p. 137. Sobre la «última guerra»: Kay, *Exploitation*, p. 40. «Resulta inconcebible»: *Table Talk*, p. 38. Sobre la conquista de Ucrania: *Table Talk*, pp. 34 y 425. La canción nazi la menciona Ingrao, *Believe*, p. 117. Para la cita de Koch: Dallin, *German Rule in Russia*, p. 167. Véase, en general, la discusión de Lower, *Nazi Empire-Building*, pp. 24-29. *El corazón de las tinieblas* de Conrad no trata en realidad a europeos y africanos como razas, tal y como se aclara sin sombra de duda en el pasaje inicial. Conrad era polaco de Ucrania.

<<

[20] La cita del diario procede de Berkhoff, *Harvest of Despair*. Sobre la destrucción de los Estados: *Mein Kampf*, p. 140. Véase Jureit, *Das Ordnen von Räumen*, p. 219.

<<

[21] Sobre la *intelligentsia* extranjera: *Second Book*, pp. 34, 149 y 151. Sobre la cosmovisión judía: Müller, *Der Feind*, p. 44. Véase también Mazower, *Hitler's Empire*, p. 152. <<

[22] Rusia como «centro de control»: Govrin, *Jewish Factor*, p. 30. El comunismo como elemento «propicio»: *Second Book*, p. 153. La «preparación para la dominación»: *Table Talk*, p. 126. Véase también *Sämtliche Aufzeichnungen*, p. 163. Alexander Stein se refería ya a esto en 1936: *Adolf Hitler*, p. 111. <<

[23] Churchill y Wilson: Cała, *Antysemitizm*, p. 175; Zaremba, *Wielka Trwoga*, p. 71. Sobre el corresponsal del *Times*: Schlögel, «Einleitung», p. 15. La «destrucción del pueblo alemán» (1936): Dieckmann, «Jüdischer Bolschewismus», p. 55. «Desintegración inmediata» de la Unión Soviética: *Second Book*, p. 152. El símil de los naipes y el gigante con pies de barro aparece en Römer, *Der Kommissarbefehl*, p. 204. Sobre la repetición del «proceso»: Kershaw, *Hitler*, p. 651. <<

[24] Curiosamente, la cita sobre los ríos aparece a menudo como: «Nuestro Misisipí debe ser el Volga», sin la puntualización final, lo cual altera su sentido y reduce sustancialmente el alcance de la referencia. Véase Kershaw, *Hitler*, p. 650. Para una historia de Estados Unidos que nos recuerda que Hitler no se equivocaba en todos los sentidos: Mann, *Dark Side of Democracy*, pp. 70-98. La historia de Estados Unidos demuestra asimismo que el número de esclavos podía superar al de colonos libres (McNeill, *Global Condition*, p. 21). <<

[25] *Mein Kampf*, p. 73. La obra fundamental sobre el plan de hambre esta en Gerlach, *Kalkulierte Morde*. Cita de Kay, *Exploitation*, p. 133; véanse también las pp. 162-163. Sobre el *Generalplan Ost*, véanse Madajczyk, «Generalplan Ost», p. 13, y, más recientemente, Wasser, *Himmlers Raumplanung*, y Aly y Heim, *Vordenker der Vernichtung*. <<

[26] Véase Kershaw, *Fateful Choices*, p. 57. <<

[27] Cf. Koselleck, *Futures Past*, donde, en la p. 222, señala que Hitler distinguía tres niveles de secretismo: lo que contaba a su círculo inmediato, lo que se guardaba para sí y lo que ni siquiera él mismo se atrevía a considerar en detalle. <<

[28] La Revolución bolchevique se conoce como «Revolución de Octubre» porque tuvo lugar en ese mes, según el calendario juliano en vigor en Rusia en esa época. Según el calendario gregoriano, la revolución empezó en noviembre. <<

[29] Este punto entraña una larga y compleja historia que se narra de forma certera en Polonsky, *Jews of Poland and Russia*. Lohr calcula que la probabilidad de que los súbditos judíos del Imperio ruso emigraran era 184 veces mayor que entre los súbditos rusos (*Russian Citizenship*, p. 86). <<

[30] Poliakov, *Histoire de l'antisémitisme*, p. 379; Lohr, *Nationalizing*, pp. 14, 16, 24, 138, 139 y 146. Los pogromos de 1915 fueron obra directa del ejército: Lohr, «1915», pp. 41-42. Sobre los saqueos: Wróbel, «Seeds of Violence», p. 131. Véanse también Prusin, *Nationalizing*, pp. 42 y 55; Wasserstein, *On the Eve*, p. 309. Dos de los cuadros más famosos de Marc Chagall, *Las puertas del cementerio* (1914) y *El vendedor de periódicos* (1917), se relacionan con el Holocausto, aunque, de hecho, fueron pintados durante este periodo. <<

[31] Sobre la alteración de la cuestión judía: Pergher y Roseman, «Imperial genocide», p. 44. Sobre Beguín: Shilon, *Menachem Begin*, p. 6; sobre Stern: Heller, *Stern Gang*, p. 100. Para la cifra de los 60 000 judíos: Budnitskii, *Russian Jews*, p. 76. Véase también Stanislawski, «Russian Jewry», p. 281. La ininterrupción de las prácticas violentas es uno de los temas principales de Holquist, *Making War*. <<

[32] Budnitskii, *Russian Jews*, pp. 90, 176, 213 y pássim; Herbeck, *Das Feindbild*, pp. 285-287; Beyrau, «Der Erste Weltkrieg», pp. 103 y 107; Lohr, «1915», p. 49; Lohr, *Russian Citizenship*, pp. 122 y 130; Lohr, *Nationalizing*, p. 150; Wróbel, «Seeds of Violence», p. 137; Dieckmann, «Jüdischer Bolschewismus», pp. 59-64. Hitler sobre los *Protocolos*: *Mein Kampf*, p. 302. Hitler parece consciente de su carácter apócrifo, pero acepta su lógica. Los *Protocolos* se describen a menudo como una falsificación, pero una falsificación es una imitación de algo real, y aquí nada es real: los *Protocolos* fueron una invención que permitió a muchos vivir en un mundo ficticio.

<<

[33] Offer, *Agrarian Interpretation*, p. 50; Golczewski, *Deutsche und Ukrainer*, pp. 240 y ss. Incluso en 1918, algunos alemanes concebían Ucrania como un espacio vacío: véase Jureit, *Das Ordnen von Räumen*, p. 165; pero cf. Liulevicius, *War Land*. Los objetivos bélicos de Alemania en el este todavía son objeto de discusión. El debate se centra en torno a Fischer, *Griff nach der Weltmacht*. <<

[34] Véanse Abramson, *Prayer for the Government*; Dieckmann, «Jüdischer Bolschewismus», pp. 59-61. La asociación entre los judíos, el bolchevismo y los pogromos arraigó hasta entre las mentes más despiertas. Vladímir Nabokov, por ejemplo, explicaba los pogromos aludiendo a la importancia de los judíos en la Revolución (Schlögel, «Einleitung», pp. 15-16). <<

[35] Enero de 1920: Schlögel, «Einleitung», p. 15. Sobre el representante soviético Víktor Kopps y la «destrucción» (*unichtozhenie*) de los judíos: ibíd., p. 18. Sobre los planes de Scheubner-Richter en Ucrania y Rusia, véase Snyder, *The Red Prince*, cap. 6. Véanse, en general, Stein, *Adolf Hitler*, pp. 104-108; Kellogg, *Russian Roots*, pp. 12, 65, 75 y 218; Liulevicius, *German Myth*, p. 176; Dieckmann, «Jüdischer Bolschewismus», pp. 69-75. <<

[36] Sobre la adaptación del imaginario cristiano a los fines políticos, véase Herbeck, *Das Feindbild*, pp. 105-165. Para una historia militar de la guerra polaco-bolchevique, véase Davies, *White Eagle*. Sobre los asentamientos europeos en 1921, véanse Wandycz, *Soviet-Polish Relations, 1917-1921*, y Borzęcki, *Soviet-Polish Peace*. <<

[37] Sigo aquí el criterio de Jäckel: «Acaso nunca antes en la historia hubo un gobernante que describiera lo que haría una vez hubiera llegado al poder con mayor detalle que Adolf Hitler», en *Hitler in History*, p. 23. Sin embargo, en los dos libros de Hitler subyace una lógica que debe explicarse antes de dar solución a las dos cuestiones siguientes: cómo pudo Hitler llegar al poder (aquí un asunto menor) y cómo pudo poner en práctica sus ideas tras el ascenso al poder (aquí un asunto prioritario). Lo que podrían parecer debilidades de su pensamiento se revelaron ventajas en la práctica, por lo que antes debe exponerse su pensamiento. <<

[38] Cf. Pollack, *Kontaminierte Landschaften*. <<

[39] Ozsváth, *In the Footsteps of Orpheus*, p. 203, traducción al inglés en p. 207. <<

[1] Müller, *Der Feind*, p. 43. <<

[2] Sobre la reticencia táctica de Hitler: Koonz, *Nazi Conscience*, pp. 11, 12, 21, 25 y 22. Véanse también Mosse, *Nationalization*, p. 183; Confino, *World Without Jews*, p. 151; Engel, *Holocaust*, p. 20. Sobre el compromiso teológico posterior, véase Heschel, *Aryan Jesus*. <<

[3] Kershaw, *Hitler Myth*, pp. 230, 233 y pássim; Sémelin, *Purifier*, p. 89; Koenen, *Russland-Komplex*, pp. 390, 413 y 415; Bloxham, *Final Solution*, p. 143; McDonough, *Hitler*, p. 79. Sobre los votantes de Hitler, véase King et al., «Ordinary Voting Behavior». Cf. Hagen y su idea de que Hitler era un «hombre políticamente astuto, seguro de sí mismo e infatigable» (*German History*, p. 275). <<

[4] La cita está sacada de: *Deutschösterreichische Tageszeitung*, 3 de marzo de 1933.
Véase Koenen, *Russland-Komplex*, p. 415. <<

[5] Para una discusión pormenorizada, véase Pauer-Studer, «Einleitung», pp. 15-17.

<<

[6] Sobre estas excepciones y el número de judíos polacos: Maurer, «Background for “Kristallnacht”», pp. 49-51. Sobre el contraboiçot: Weiss, *Deutsche und polnische Juden*, pp. 169-179. <<

[7] *Second Book*, pp. 27, 37 y 66. Véanse Bloxham, *Final Solution*, pp. 59-65; Piskorski, *Wygnańcy*, pp. 34-60, y, en un ámbito más general, Ferrara y Pianciola, *Migrazioni forzate*, pp. 39-95. <<

[8] *Second Book*, p. 17. Para una discusión meticulosa al respecto, véase Tooze, *Wages of Destruction*. <<

[9] La cita de la «fuerza conquistadora» procede de Neumann, *Behemoth*, p. 139; el símil del «chicle» es de Karin von Schulmann, citada en Harvey, *Women*, p. 119. Cf. Jäckel, *Hitler in History*, p. 30: «Existen pruebas abundantes de que Hitler tomó todas las grandes decisiones del Tercer Reich, así como de que el régimen era en buena parte anárquico y, por lo tanto, definible como una policracia. El error reside en suponer que ambas observaciones son contradictorias y que sólo una de ellas puede ser cierta». <<

[10] Para una discusión de las consecuencias de esta distinción, véase Snyder, *Bloodlands*. <<

[11] Evans, *Third Reich in Power*, p. 42. Sobre los burócratas: Bloxham, *Final Solution*, pp. 156-157. <<

[12] El sagaz observador Antoni Sobański señaló que los uniformes también eran una manera de ocultar afiliaciones anteriores, sobre todo en Berlín (*Cywil w Berlinie*, p. 53). <<

[13] Cf. Arendt, *Origins*, pp. 131 y 155. <<

[14] Para una visión más amplia de las interacciones entre las SA, las SS y la *Wehrmacht*, véase Evans, *Third Reich in Power*, pp. 21-39. Sobre Schmitt: Zarka, *Un détail*, p. 11. <<

[15] Cf. Wildt, *Uncompromising Generation*, p. 127. <<

[16] Ingrao, *Believe*, pp. 65 y 101. <<

[17] Himmler: Wildt, *Uncompromising Generation*, p. 135. Heydrich: Fest, *Das Gesicht*, p. 139. <<

[18] Buchheim, «Die Höheren SS-und Polizeiführer», pp. 563, 570 y 585. Véanse Angrick y Klein, «*Final Solution*», p. 41; Bloxham, *Final Solution*, p. 204; MacLean, *Field Men*, p. 12. <<

[19] Goeschel y Wachsmann, «Introduction», p. 14; Roseman, «Lives of Others», p. 447. <<

[20] Véase Wildt, *Uncompromising Generation*, p. 128. <<

[21] El asunto, básico en los estudios sobre el Holocausto, se ha desarrollado de forma ejemplar en otras obras, por lo que su tratamiento aquí será breve. Los ejemplos provienen de Husson, *Heydrich*, pp. 50 y 65. Mi argumentación aquí sigue el análisis de Longerich en *Politik der Vernichtung*. Sobre Schmitt, véase Zarka, *Un détail*, pp. 19-20. <<

[22] *Weltjudentum*: una de las muchas y muy agudas observaciones de Klemperer, *Language of the Third Reich*, pp. 26-27. Sobre las quemaduras de libros: Confino, *World Without Jews*, pp. 46-47. <<

[23] Para el lema de las SS: Jureit, *Das Ordnen von Räumen*, p. 395. Sobre las medidas de 1938: Heim, «Einleitung», p. 16. <<

[24] El estudio fundamental sobre este punto sigue siendo Polonsky, *Politics in Independent Poland*. Sobre la mentalidad nacionaldemócrata, véase Porter, *When Nationalism*. Porter señala la importancia de los cronotopos con un razonamiento similar al que trato de plasmar en los capítulos iniciales y finales del presente libro. Sobre la política de la cultura, véase Shore, *Caviar and Ashes*. <<

[25] Sobre los impuestos: Rothschild, «Ethnic Peripheries», p. 602. En general: Polonsky, *Jews of Poland and Russia*, vol. 3. <<

[26] Benecke, *Ostgebiete*, pp. 95-100. <<

[27] Rothschild toca por encima algunos de estos puntos en *East Central Europe*. <<

[28] Para un estudio en profundidad del lenguaje antisemita en la Iglesia de entreguerras, véase Porter-Szücs, *Faith*. <<

[29] Para una introducción a la antigua Confederación de las Dos Naciones y el periodo de las particiones subsiguiente, véanse Stone, *State*, y Wandycz, *Lands*. <<

[30] La mejor guía sigue siendo Polonsky, *Politics in Independent Poland*. <<

[31] Véanse, en general, Rothschild, *Coup*; Chojnowski, *Piłsudczycy u władzy*. Sobre el Agudat Yisrael, véase Bacon, *Politics of Tradition*. Sobre el Bloque y los judíos: Dowództwo Okręgu Korpusu II, «Referat o sytuacji politycznonarodowościowej DOK II», 1 de agosto de 1929, CAW, I.371.2/A.88; Dowództwo Okręgu Korpusu II, «Referat o sytuacji politycznonarodowościowej DOK II», 10 de noviembre de 1930, CAW, I.371.2/A.88; Spektor, «Żydzi wołyńscy», p. 570. Sobre los ucranianos, véase Snyder, *Sketches*. <<

[32] Tomaszewski, «Civil Rights», p. 125. <<

[33] La mejor guía para conocer el trasfondo intelectual es Walicki, *Philosophy*. <<

[34] Véase un estudio en profundidad de las ideas de Piłsudski sobre Rusia en Nowak, *Trzy Rosje*. <<

[35] Sobre su relación con el marxismo y los marxistas, véase Snyder, *Nationalism*. <<

[36] Concuerdo con Daniel Beauvois en que la relación básica entre la antigua aristocracia polacohablante y la población ucraniana era de carácter colonial. Sin embargo, después de cuatro siglos, del final de la Confederación de las Dos Naciones, de varias generaciones de experiencias comunes bajo el Imperio ruso y del surgimiento de las ideas modernas del socialismo y el nacionalismo, ya no tiene sentido seguir empleando este limitado marco para el siglo xx. Muchos de los polacos de esa época veían a Ucrania, por analogía, como una nación afín. Los nacionaldemócratas veían en los ucranianos una comunidad prenatal pero humana y como tal, tal vez, asimilable a la nación polaca. En este punto, las concepciones de la élite polaca y la alemana pueden definirse respectivamente como poscolonial y precolonial. <<

[37] Véanse Snyder, *Sketches*; Copeaux, «Le mouvement», y las numerosas publicaciones de Kuromiya y Pepłoński. Véanse también Mędrzecki, *Województwo wołyńskie*; Kęsik, *Zaufany Komendanta*; Schenke, *Nationalstaat und nationale Frage*. <<

[38] Sobre esta transformación, véanse Viola, *Unknown Gulag*; Khlevniuk, *Gulag*; Werth, *La terreur*; Kotkin, *Magnetic Mountain*. <<

[39] La colectivización fue el elemento central del Primer Plan Quinquenal de 1928-1933. Su puesta en práctica real data de las primeras semanas de 1930. <<

[40] La secuencia de los acontecimientos se describe en Snyder, *Bloodlands*, cap. 1, donde se citan varias fuentes de primera mano. Acerca de la resistencia, véase, por ejemplo, Graziosi, «Révoltes paysannes». Para una amplia muestra de las fuentes de archivo soviéticas publicadas, véase Zelenin et al., *Tragediia sovetskoi derevni*. <<

[41] «Pueblos enteros»: Protokół wywiadowczy, 28 de marzo de 1930, CAW, I.303.4.6982. «La gente besaría los pies de los soldados polacos» y el anhelo de «una intervención armada por parte de Europa»: «Protokół», 23 de abril de 1930, CAW, I.303.4.6982. «La opresión y la miseria»: K.O.P., Placówka Wywiadowcza n. 10, «Protokół», 25 de noviembre de 1933, CAW, I.303.4.6906. <<

[42] Sobre la policia fronteriza: Placówka Wywiadowcza 9 Czortków, K.O.P., «Wiadomości wojskowe», 3 de abril de 1930, CAW, I.303.4.6982; «Wiadomości zakordonowe», Równe, 1 de abril de 1930, CAW, I.303.4.6982. <<

[43] La cifra de cinco millones la da J. Karszo-Siedlewski, «Sytuacja na Ukrainie», 2 de octubre de 1933, CAW, I.303.4.1881. Mujeres que lloran por sus hijos: J. Karszo-Siedlewski, Járkov, 4 de febrero de 1933. La imagen en las calles: [Józefina Pisarczykówna] a [Jerzy Niezbrzycki], 13 de junio 1933, CAW, I.303.4.2099. La situación en el campo: [Leon Mitkiewicz] a [Segundo Departamento, Referat Wschód, Varsovia], 6 de junio de 1933, CAW, I.303.4.1928. Sobre la policía: Falk, *Sowjetische Städte*, pp. 298-300. La cita final procede de [Jerzy Niezbrzycki] a [Piotr Kurnicki], 16 de marzo de 1933, CAW, I.303.4.1993. <<

[44] Interpretación ucraniana: [Piotr Kurnicki], «Informe sobre la opinión pública en la Ucrania soviética», 1935, CAW, I.303.4.1993, la cita aparece en la p. 1. El Gobierno polaco disponía de informes de la guardia fronteriza, así como de los ucranianos que huían de la hambruna. Las fuentes de información eran abundantes. Véanse, por ejemplo, los informes de los ucranianos en CAW, I.303.4.5559 y «Zagadnienie Ukrainizacji», 12 de diciembre de 1933, CAW, I.303.4.2011. <<

[45] Pasztor, «Problem wojny prewencyjnej»; Simms, *Europe*, p. 346. <<

[46] Sobre la publicación de las memorias: Müller, *Der Feind*, p. 75. Sobre la comunicación de Hitler a sus generales: Rossino, *Hitler Strikes Poland*, p. 2. Véanse también Simms, *Europe*, p. 361; Cienciala, «Foreign Policy», p. 136. <<

[47] Kuromiya, *Stalin*, p. 141 y pássim. Para una discusión más amplia, véase Snyder, *Bloodlands*, cap. 3. <<

[48] Véase Snyder, *Bloodlands*, cap. 3. Para una introducción al Gran Terror, véase Gellately, *Stalin's Curse*, pp. 34-46. Sobre la cifra de detenciones, véase Khaustov, «Deiatel'nost' organov», p. 229. <<

[49] Naumov, *Stalin i NKVD*, p. 299. <<

[¹] [Jerzy Niezbrzycki], 8 de junio 1935, CAW, I.303.4.1926. <<

[2] Escribo «Partido Nacional Democrático» para referirme al partido conocido como Stronnictwo Narodowe. Sobre los objetivos de los pogromos, véanse Cała, *Antysemityzm*, p. 349; Melzer, *No Way Out*, p. 22; Korzec, *Juifs en Pologne*, p. 247; Rudnicki, *Równi*, p. 148. Para un primer examen de su alcance, véase Żyndul, *Zajścia antyżydowskie*. <<

[3] Sobre la transferencia de responsabilidades: Weinbaum, *Marriage of Convenience*, p. 7. Sobre el OZN: Melzer, *No Way Out*, pp. 27-29; Hagen, «Before the “Final Solution”», p. 373; Jabotinski, *War and the Jew*, p. 86. Sobre la esposa judía de Miedziński: Wynot, «“Necessary Cruelty”», p. 1051. <<

[4] Sobre el derecho de los ciudadanos a emigrar: HI, Embajada de Polonia en Washington, archivos alfabéticos de judíos, refugiados, Varsovia a Washington, 20 de mayo de 1938. Para el análisis de Beck de la economía política global: *New York Times*, 30 de enero de 1937; JPI, 34/7, Józef Beck, «Wspomnienia», p. 143. Para el análisis de Drymmer: «Zagadnienie żydowskie», p. 66. La cifra de los 150 000 judíos la da Weinbaum, *Marriage of Convenience*, p. 45. El entrecomillado está extraído del *New York Times*, 14 de junio de 1937. <<

[5] Brechtken, *Madagaskar*, pp. 16, 57, 98 y 120; véase también Korzec, *Juifs en Pologne*, p. 250. <<

[6] Sobre la propuesta de Madagascar: Friedman, *Roads*, p. 44. Para la respuesta de Léon Blum: JPI, 34/7, Józef Beck, «Wspomnienia», p. 146. Sobre los nacionalistas: Drymmer, *W służbie*, p. 153. Sobre los nacionalistas franceses: Marrus y Paxton, *Vichy*, p. 61. Comprensión del sionismo: «Palestine: Polish Attitude», NA, CO/733/352/6. <<

[7] La cifra de los 130 000 judíos alemanes procede de Heim, «Einleitung», p. 13. La cifra de 50 000 emigrantes a Palestina aparece en Husson, *Heydrich*, p. 68. Sobre las revueltas: Morris, *Righteous Victims*, pp. 128-138. <<

[8] Sobre las posiciones británica y alemana: Yisraeli, *ha-Raikh*, p. 2; Yisraeli, «Germany and Zionism», pp. 158-159. Sobre el cónsul alemán: Herf, *Jewish Enemy*, pp. 27-28; Mallmann y Cüppers, *Halbmond und Hakenkreuz*, pp. 51 y 53. <<

[9] Un buen resumen de la posición polaca en 1937 es el de Szembek a Londres, 18 de marzo de 1937, AAN, MSZ 322/18497/35. Sobre los límites de Palestina: Drymmer, «Zagadnienie», p. 66, la cita se encuentra en la p. 70. Sinaí y el Jordán: NA, CO/733/368/5/30 y 34; además, sobre la extensión «hacia el sur», Aveling a Eden, 26 de julio de 1937, NA, CO/733/352/6/46. Los británicos estaban perfectamente al corriente de la oposición pública y oficial a su política, pero no sospechaban cuáles podían ser sus consecuencias: Aveling a Eden, 14 de julio de 1937, NA, CO/733/352/6. «Armas y adiestramiento a la Haganá»: Melzer, *No Way Out*, pp. 142 y 152; Weinbaum, *Marriage of Convenience*, p. 158. Véase también el *New York Times*, 9 de julio de 1937. Por lo visto, la política polaca de apoyo militar al sionismo tenía dos caras: 1) un apoyo más o menos explícito de la Haganá, y por lo tanto de la izquierda, consistente en armas y adiestramiento, dependiente del Estado Mayor con parte de dinero procedente de manos judías; y 2) un apoyo clandestino de los revisionistas, y por lo tanto de la derecha, dependiente de la sección consular del Ministerio de Asuntos Exteriores, sin financiación judía. <<

[10] Melzer, *No Way Out*, p. 136. Véase también Engel, «Historical Objectivity», p. 578. <<

[11] Weinbaum, *Marriage of Convenience*, p. 113. <<

[12] La obra básica sobre este punto es Heller, «Rise of the Zionist Right»; para los detalles citados, véanse pp. 19, 20, 35, 54, 144, 149, 158 y 246. Sobre el modelo de Beitar: Shindler, *Military Zionism*, pp. 131, 138 y 191; Shindler, *Military Zionism*, p. 129. «Nuestro sueño»: Heller, *Stern Gang*, p. 24. <<

[13] Shapira, *Land and Power*, pp. 196-202 y 242. El dato sobre los poetas románticos aparece en Shamir, *Summing Up*, p. 6; Shilon, *Menachem Begin*, pp. 11 y 16. <<

[14] Heller, «Rise of the Zionist Right», pp. 144, 145 y 162. Asimismo en Heller, *Stern Gang*, p. 26; Weinbaum, *Marriage of Convenience*, p. 35. Sobre Trumpeldor: Zertal, *Israel's Holocaust*, pp. 13-14. <<

[15] Sobre el legado de Piłsudski: Shindler, *Military Zionism*, pp. 138 y 205.
Confrontaciones: Shilon, *Menachem Begin*, p. 18; Heller, «Zionist Right», p. 93. <<

[16] Importancia decisiva de los disturbios: Segev, *One Palestine*, p. 384. Sobre los orígenes y el nombre del Irgún: Shindler, *Military Zionism*, p. 189; Shilon, *Menachem Begin*, p. 12; Kaplan, *Jewish Radical Right*, p. 9; Shapira, *Israel*, p. 128. Beitar y el Irgún: Shavit, *Jabotinski*, p. 56. <<

[17] Varsovia a Jerusalén, 8 de abril 1937, AAN, MSZ 322/B222532/35. Véanse también Weinbaum, *Marriage of Convenience*, p. 128, el entrecomillado se encuentra en la p. 135; y Drymmer, *W służbie*, pp. 155-156. <<

[18] Heller, *Stern Gang*, pp. 100-103; Golan, *Stern*, p. 12. Estudios universitarios: M. Schwabe y H. Pflaum a Dr. Magnes, Jerusalén, 19 de diciembre de 1929, YMA, 1393/1/4/47/333. <<

[19] Sobre los poemas de Stern: YMA, 1393/1/4/43/230; YMA, 1393/1/4/45/282, 302, 303. «La realidad no es lo que parece»: citado en Golan, *Stern*, p. 17. <<

[20] «Líder ideológico»: Hulanicki a Varsovia, 5 de enero de 1937 [1938], AAN, MSZ 322/B18516/32. Sobre el plan de entrenamiento: Shavit, *Jabotinski*, p. 229; Bell, *Terror*, p. 44. «Soldados armados»: Lankin, *To Win*, p. 7. Las dimensiones proyectadas de las fuerzas judías varía según la fuente; la cifra más alta que he encontrado es de 45 000 hombres (Heller, «Zionist Right», p. 95). <<

[21] Drymmer, «Zagadnienie», p. 71; Korboński, «Unknown Chapter», p. 374; Giedroyc, *Autobiografia*, p. 45; Weinbaum, *Marriage of Convenience*, p. 145; Heller, *Stern Gang*, p. 43; Spector, «Holocaust», p. 20; Spektor, «Żydzi wołyńscy», p. 573; Snyder, *Sketches*, p. 66, y Snyder, «Volhynian Jews». <<

[22] La fluctuación entre tendencias y su relación con el elemento antijudío se estudia en Studentowicz, *Polska idea*, pp. 12, 29, 46 y 47; véase también Giedroyc, *Autobiografía*, pp. 62-63, para una descripción sincera de las ideas del momento, que eran en esencia las de la juventud de la clase dirigente polaca. <<

[23] Sobre Drymmer: Weinbaum, *Marriage of Convenience*, p. 125. Jabotinski como «apóstol»: Józewski, «Zamiast pamiętnika», p. 10. <<

[24] Sobre el anticomunismo común: AAN, MSZ 322/18497/35, Szembek a Londres, 18 de marzo de 1937. «Emocionalmente»: «Notatka z rozmowy wicedyrektora T. Gwiazdowskiego z. p. Dr. Goldmanem», AAN, MSZ 322/B18415/21. Véase también Giedroyc, *Autobiografía*, p. 62. <<

[25] Véase Paweł, *II Rzeczpospolita wobec ruchu prometejskiego*, pp. 62, 65 y 282. <<

[26] Porter-Szücs, *Faith and Fatherland*, p. 295. <<

[27] Hagen, «Before the “Final Solution”», pp. 373 y 375. Oposición del Partido Socialista: Wynot, «“Necessary Cruelty”», pp. 1043-1044. <<

[28] Mayo de 1934: Roos, *Polen*, p. 151. Gran plan: JPI, 34/7, Józef Beck, «Wspomnienia», p. 93. <<

[29] Debicki, *Foreign Policy*, p. 90; Roos, *Polen*, p. 209; Müller, *Der Feind*, p. 64. <<

[30] Beorn, *Marching into Darkness*, p. 97. <<

[31] Weinberg, *Foreign Policy*, p. 404. <<

[32] «Estados totalísticos»: Kornat, *Polityka równowagi*, p. 147. Stalin: Kuromiya, *Stalin*, pp. 141 y *passim*. <<

[33] Polonia como «aliado natural»: JPI, 67/3/9, Jan Szembek, «Uwagi i obserwacje», agosto de 1936. Sobre la propuesta de unión al Pacto Antikomintern: Wojciechowski, *Stosunki*, p. 389; Kornat, *Polen*, p. 156. <<

[34] Instrucciones en caso de arresto: [Al puesto avanzado E-15 en Ucrania], 7 de agosto de 1936, CAW, I.303.4.1956. <<

[35] [Al puesto avanzado K-10, Leningrado], 19 de noviembre de 1937, CAW, I.303.4.1983. <<

[36] Sobre la actividad de Göring en agosto y las discusiones de octubre: Wojciechowski, *Stosunki*, pp. 423 y 510. Conversación entre Ribbentrop y Lipski: Lipski, *Diplomat in Berlin*, p. 453. Para los textos sobre la negociación polaca con respecto a la autopista extraterritorial: JPI, 67/76. Weinberg afirma que la falta de voluntad para adherirse al Pacto Antikomintern fue el motivo central (*Foreign Policy*, p. 484). <<

[37] Lipski, *Diplomat in Berlin*, pp. 411 y 453; Husson, *Heydrich*, p. 125; Loose, «Reaktionen», p. 48. <<

[38] Los historiadores que han estudiado estas negociaciones citan con frecuencia la observación de Lipski de que Polonia estaba dispuesta a erigirle un monumento a Hitler si éste daba con la manera de resolver la cuestión judía. Después del Holocausto, el comentario resulta aún más deleznable de lo que en realidad fue. Lipski expresaba la esperanza de que, a pesar de las enormes dificultades, Alemania lograra convencer a alguna potencia marítima para que abriera las puertas de alguna colonia de ultramar a los judíos polacos. En ningún momento se le cruzó por la cabeza que la «solución» de Hitler pasara por el asesinato masivo. El comentario es una prueba de lo equivocado que estaba Lipski con respecto a Hitler (algo que difícilmente se le puede achacar a él en exclusiva), y no de que Lipski deseara el Holocausto judío. Véanse Lipski a Beck, 20 de septiembre de 1938, en Lipski, *Diplomat in Berlin*, p. 411, y Melzer, *No Way Out*, p. 143. Tras la invasión de Polonia, Lipski se alistó como soldado en Francia y combatió contra la *Wehrmacht* en 1940. <<

[39] Véase *Staatsmänner*, p. 557; JPI, 67/3/14, «Krótkie sprawozdanie z rozmowy Pana Ministra Spraw Zagranicznych z p. Himmlerem w Warszawie», 18 de febrero de 1939. La cita de Himmler es algo posterior, de mayo de 1940, pero refleja su profunda diversidad de pareceres (Kühnl, *Der deutsche Faschismus*, p. 329). <<

[40] HI, Embajada de Polonia en Londres, Emigración Judía de 1938, Departamento Consular de Varsovia [Drymmer] a Jerusalén, 16 de diciembre de 1938. Véase también HI, Embajada de Polonia en Londres, Consulado General de Polonia en Jerusalén, Jerusalén a Varsovia, 4 de julio de 1939. <<

[1] Las citas de Erika M. proceden de FVA, 2617. Sobre la idea de *lebensunfähigkeit*: Pauley, «The Social and Economic Background». Las cifras son de Heim, «Einleitung», pp. 27 y 31. <<

[2] Estas ideas aparecen desarrolladas hasta lo obsceno en el segundo capítulo de *Mein Kampf*. <<

[3] Para una discusión más completa, compárense Steininger, «Road to the Anschluss» y Gehl, *Austria, Germany, and the Anschluss*. Véase también Stourzh, *Vom Reich zur Republik*. Sobre el nacionalsocialismo en la Austria de entreguerras, véase Pollack, *Der Tote im Bunker*. <<

[4] Rabinbach, *Crisis*. <<

[5] Sobre Friedrich von Wiesner, los judíos y el monarquismo, véanse Vasari, *Leidenschaft*, p. 114, y Snyder, *The Red Prince*, cap. 7. <<

[6] Sobre la política en la Austria de entreguerras, véanse Goldinger y Binder, *Geschichte der Republik Österreich*, y Steininger, *Der Staatsvertrag*. <<

[7] Heim, «Einleitung», pp. 31-32. <<

[8] Ibíd., p. 17. <<

[9] Klamper, «“Anschlusspogrom”», p. 25; Botz, *Nationalsozialismus in Wien*, p. 136. Stefan Zweig pinta un retrato espiritual de la época en *Novela de ajedrez*,, cuya acción se desarrolla en el año que va desde la destrucción de Austria a la destrucción de Checoslovaquia. <<

[10] Hecht, «Demütigungsrituale», pp. 41 y 43; Raggam-Blesch, «Anschluss-Pogrom», pp. 112 y 119; Botz, *Nationalsozialismus in Wien*, p. 127. Para el comentario de Pollack: FVA, 1224, Ernest Pollack. La cita del periodista aparece en Gedye, *Betrayal*, pp. 9-10. <<

[11] Hecht, «Demütigungsrituale», pp. 53 y 67; Heim, «Einleitung», p. 35. <<

[12] FVA, 1371, Herman R.; Gedye, *Betrayal*, p. 297. Véanse también Petscher, *Anschluss*, pp. 43-47; *Der Standard*, 2 de marzo de 2013, y Botz, «“Judenhatz”», p. 19. <<

[13] FVA, 3970, Charles H. <<

[14] Dean, *Robbing the Jews*, pp. 86, 94, 105 y 109. Sobre Göring: Aly y Heim, *Vordenker*, p. 33. <<

[15] Las cifras aparecen en Heim, «Einleitung», p. 44. <<

[16] Wasserstein, *On the Eve*, p. 371; Sobre Stern: FVA, 226, William N. <<

[17] Sobre los contactos polacos con Estados Unidos: HI, Embajada de Polonia en Washington, archivos alfabéticos judíos, Varsovia a Washington, «Notatka do rozmowy z sekretarzem stanu», 15 de marzo de 1938; HI, Embajada de Polonia en Londres, Emigración Judía, 1938, Varsovia a Washington, 20 de mayo de 1938. <<

[18] Drymmer, *W służbie*, p. 151; Tomaszewski, *Preludium*, p. 70; Weiss, *Deutsche und polnische Juden*, p. 195; la cita de Drymmer aparece en Skóra, *Służba konsularna*, p. 582. Sobre los procedimientos: JPI, 67/76, Lipski a Beck, 12 de noviembre de 1938. <<

[19] Tomaszewski, *Preludium*, p. 114; Weiss, *Deutsche und polnische Juden*, p. 200. Véase asimismo el capítulo 3. Las SS habían aprendido la lección después de dos intentos de expulsión anteriores y de menor calado, producidos en 1938: el de los judíos soviéticos y el de los judíos de Burgenland. <<

[20] Para un tratamiento más extenso, véase Wasserstein, *On the Eve*. <<

[21] Kirsch, *Short Strange Life*, la cita aparece en las pp. 82-83. <<

[22] Véase Hilberg, *Destruction*, 1, pp. 94-95. <<

[23] Benz, «Pogrom und Volksgemeinschaft», p. 13; Jäckel, «Der November pogrom», pp. 67-71; Engel, *Holocaust*, p. 21; Husson, *Heydrich*, p. 100; Kershaw, *Hitler Myth*, p. 238; Bajohr y Pohl, *Der Holocaust*, p. 43. <<

[24] Friedman, *Roads*, p. 45. Sobre Göring y la opción de Madagascar, véanse Polian, «Hätte der Holocaust», p. 4; Steinweis, *Kristallnacht*, p. 45. Véase también Hilberg, *Destruction*, 1, p. 46. Henryk Grynberg señala esta cadena de sucesos en *Monolog*, p. 10. <<

[25] Ragsdale, *Munich Crisis*, p. 167. <<

[26] Véase Khlevniuk, *Stalin*, pp. 162-163. <<

[27] Wiczorkiewicz, *Łańcuch*, p. 296. Véase también Ragsdale, *Munich Crisis*, p. 36.

<<

[28] Sobre las troikas: Petrov y Roginskii, «Pol'skaia operatsiia», pp. 30-31. La cita procede de Jansen y Petrov, *Loyal Executioner*, p. 96. <<

[29] «Las unidades soviéticas fueron de pueblo en pueblo»: Stroński, *Represje*, p. 235; Iwanow, *Pierwszy naród*, p. 153; Kupczak, *Polacy na Ukrainie*, p. 327. La cifra de las 1226 ejecuciones la da Nikol'skij, «Die Kulakenoperation», p. 635. <<

[30] Ragsdale, *Munich Crisis*, p. 167. <<

[31] Osterloh, *Reischsgau Sudetenland*, pp. 186-198; Husson, *Heydrich*, p. 84. Sobre los 17 000 judíos y el capital financiero: Rothkirchen, *Jews of Bohemia*, pp. 78-79 y 105-106. <<

[32] «Creación artificial»: JPI, 67/3/11, Beck a Lipski, 19 de septiembre de 1938.
«Absurdidad»: Zaránski, *Diariusz*, p. 225. <<

[33] Sobre la postura de Polonia con respecto a la URSS: JPI, 67/76, Lipski a Beck, 12 de noviembre de 1938; Moltke a Berlín, *Documents on German Foreign Policy 1918-1945*, D, 5: p. 87. <<

[34] Segal, «Imported Violence», pp. 315-317; Jelinek, *Carpathian Diaspora*, p. 227; Roos, *Polen*, p. 375. Lukacs es de los pocos estudiosos que escriben en inglés que han prestado atención a este complicado punto (*Last European War*, p. 34 y pássim).

<<

[35] Hitler y Beck, Memorando de Conversación, 5 de enero de 1939, y Ribbentrop y Beck, Memorando de Conversación, 9 de enero de 1939 [conversación del 6 de enero], *Documents on German Foreign Policy 1918-1945*, D, 5: pp. 153 y 160. Véase también Müller, *Der Feind*, p. 110. <<

[36] Ribbentrop y Beck, Memorando de Conversación, 1 de febrero de 1939 [conversación del 26 de enero], *Documents on German Foreign Policy 1918-1945*, D, 5: p. 168; Żarański, *Diariusz*, p. 484; *New York Times*, 25 de enero de 1939. Sobre el 25-26 de enero como punto de inflexión: Roos, *Polen*, pp. 395-396; Kershaw, *Hitler*, p. 475. <<

[37] Esta interpretación está más o menos aceptada entre historiadores de la diplomacia como Roos, Cienciała, Kornat y Karski, que se valen de fuentes tanto polacas como alemanas. Éstas no dejan lugar a dudas de que los diplomáticos polacos trataron por todos los medios de mantener la apariencia de un acercamiento a Alemania, aun cuando en ningún momento se plantearan participar a su lado en una guerra ofensiva. La idea de la «ilusión» alemana también aparece en Korzec, *Juifs en Pologne*, p. 255. <<

[38] Kornat, *Polen*, pp. 158, 169 y 174. <<

[39] Sobre la coordinación propagandística: Roos, *Polen*, p. 135. Véase también: JPI, 67/3/11, «Sprawozdanie P. Ministra Spraw Zagranicznych z Ministrem Propagandy Rzeszy Dr. Goebellsem w obecności Amb. R. P. w Berlinie Lipskiego», 13 de enero de 1938. Los historiadores de Alemania suelen admitir la fecha de marzo, y no de enero, de 1939 como el momento del rompimiento definitivo con Polonia. Esto supone confundir la política de masas con la diplomacia. En marzo, Hitler hizo públicas unas exigencias que sabía que el pueblo alemán acogería con entusiasmo y que los Estados occidentales podían encontrar razonables, pero que a esas alturas ya resultaban irrelevantes para las discusiones entre Alemania y Polonia, cuyo principal asunto era la URSS y los judíos. Esto se aprecia claramente en la correspondencia diplomática entre ambos países y lo confirman los materiales memorialísticos polacos. En la confrontación de septiembre de 1939 nunca tuvo nada que ver Danzig y el corredor; creerlo así implica una lectura en exceso literal de unas fuentes alemanas muy limitadas y la exclusión de dos elementos importantes: las convicciones previas de Hitler y la Segunda Guerra Mundial subsiguiente. <<

[40] Sobre el estatuto de Polonia como satélite: Roos, *Polen*, pp. 380-381. El primer entrecomillado aparece en Cienciala, Lebedeva y Materski, *Foreign Policy*, p. 148; el segundo en Wandycz, «Poland», p. 203. <<

[41] HI, Embajada de Polonia en Londres, Emigración Judía de Polonia 1939, Departamento Consular de Varsovia a Washington, 10 de junio de 1939; HI, Embajada de Polonia en Londres, Emigración Judía 1938, Departamento Consular de Varsovia a París, 23 de noviembre de 1938; HI, Embajada de Polonia en Londres, Emigración Judía 1938, «Problem emigracji żydowskiej», directiva oficial, 20 de diciembre de 1938. Véase también JPI, 67/3/14, «Krótkie sprawozdanie z rozmowy Pana Ministra Spraw Zagranicznych z p. Himmlerem w Warszawie», 18 de febrero de 1939. <<

[42] Sobre los encuentros de Ginebra: NA, CO/733/368/5/29-31; NA, CO/733/368/5/37-39. <<

[43] Sobre el embajador de Varsovia: Kennard a Cadogan, 7 de marzo de 1939; Halifax a Kennard, 8 de marzo de 1939, en *Documents on British Foreign Policy*, tercera serie, 3: pp. 203 y 205. Para un contexto más amplio: Pedersen, «Impact of League Oversight», sobre todo p. 60. Véanse también Mallmann y Cüppers, *Halbmond und Hakenkreuz*, p. 27, y Wasserstein, *On the Eve*, p. 413. <<

[44] La cifra de un millón de judíos aparece en Wasserstein, *On the Eve*, p. 412. La afirmación de que los polacos defenderían su causa aparece en Shavit, *Jabotinski*, p. 221. <<

[45] Sobre la instrucción: Lankin, *To Win*, pp. 35-37; Shilon, *Menachem Begin*, p. 149. Véanse también Yisraeli, «Ha-Raikh», p. 317; Drymmer, «Zagadnienie», p. 71; Heller, *Stern Gang*, p. 46. Sobre su importancia: Weinbaum, *Marriage of Convenience*, p. 146-149. Para una lista de los miembros del Irgún que recibieron adiestramiento: Niv, *M'arkhot ha-Irgun*, p. 172. La cita se encuentra en Lankin, *To Win*, p. 32. <<

[46] Bell, *Terror*, p. 48. Para las discusiones entre los diplomáticos británicos y los servicios de inteligencia a propósito de la procedencia de las armas, véase NA, CO/733/375/5. <<

[47] Existe una abundante literatura acerca de la Enigma tanto en polaco como en inglés. Véanse, por ejemplo, Körner, *Pleasures of Counting*, cap. 13; Gondek, *Wywiad polski*, pp. 262-263; Kozaczuk y Straszak, *Enigma*, y Peplóński, *Kontrwywiad*. <<

[48] *Mein Kampf*, p. 145. <<

[49] «El despido de Litvínov era decisivo»: Govrin, *Jewish Factor*, p. 33. Para la fecha del 20 de agosto: Haslam, *Soviet Union*, p. 227. Sobre la propaganda: Herf, *Jewish Enemy*, p. 104. Véase también Weissberg-Cybulski, *Wielka Czystka*, p. 520. Litvínov fue despedido el 3 de mayo de 1939. <<

[50] Wasserstein, que recrea la escena en *On the Eve*, p. 427, se aparta ligeramente de la cita según aparece en los periódicos yiddish de la época. <<

[51] Sobre la propaganda común: Govrin, «Ilya Ehrenburg». Para las citas del «equilibrio» y la «sangre»: Weinberg, *World at Arms*, pp. 25 y 57. <<

[52] Weber, *On the Road to Armageddon*, p. 92. <<

[53] Stern sobre el pacto: Heller, «Zionist Right», p. 101. Para la imagen del Mesías llegando a bordo de un tanque: Shapira, *Land and Power*, p. 198. Véase, en general, Hazani, «Red Carpet, White Lilies». <<

[54] Todas las citas proceden de Mallmann, *Einsatzgruppen*, p. 54. Véase también Böhler, *Der Überfall*, p. 15. <<

[55] Sobre el desfile: Moorhouse, *Devils' Alliance*, pp. 10-11. Sobre los bombardeos: Böhrer, *Der Überfall*, pp. 169-172. La cifra de siete mil soldados muertos está extraída de Libionka, «ZWZ-AK», p. 18. <<

[56] Klafkowski, *Okupacja niemiecka*, pp. 38, 41, 52, 55, 72, 73, 85 y 95; Madajczyk, «Legal Conceptions», pp. 138 y 143; Mazower, «International Civilization», pp. 556 y 562. Los argumentos de Mazower están basados en Madajczyk, quien a su vez se basa en la obra pionera de Klafkowski, escrita inmediatamente después de la guerra. El estudio de Klafkowski era una respuesta a Carl Schmitt escrita desde la perspectiva de un especialista en derecho internacional que había experimentado en carne propia las implicaciones prácticas de los argumentos de Schmitt. <<

[57] Para el entrecomillado: Chapoutot, «Le loi de sang», p. 330. Para la afirmación sobre Italia: Madajczyk, «Legal Conceptions», p. 144. <<

[58] Sobre el exterminio en masa: Mańkowski, «Ausserordentliche», p. 7. Véase Weitbrecht, *Der Executionsauftrag*, p. 17. Sobre las instrucciones de Heydrich: Husson, *Heydrich*, pp. 201 y 207. <<

[59] La cita de Heydrich aparece en Mazower, *Hitler's Empire*, p. 69. El estudio de Mazower es un texto pionero y convincente en lo tocante a la combinación entre intenciones y descubrimientos accidentales durante el avance alemán desde Austria a Polonia a través de Checoslovaquia. Sobre el establecimiento de la policía permanente, véase Biskupska, «Extermination and the Elite». <<

[60] Sauerland, *Polen*, p. 90. <<

[61] Sobre la libertad de acción de los compinches de Hitler: Mazower, *Hitler's Empire*, p. 227. Sobre el alemán simplificado y otros ejemplos, véase Epstein, *Model Nazi*. <<

[62] Sobre las propiedades y las profesiones de los judíos: Salmonowicz, «Z problemów», p. 49; Salmonowicz, «Tragic Night», p. 13; Engelking y Grabowski, *Przestępczość*, p. 14. <<

[63] Urynowicz, «Stosunki», p. 555; Klukowski, *Zamojsz-czyzna*, p. 135. Sobre la adquisición de bienes y la hostilidad: Staub, «Origins and Evolution of Hate», p. 52. Para las violaciones: Böhler, *Der Überfall*, p. 19; Löw y Roth, *Juden in Krakau*, pp. 27-30. Sobre los guetos, cf. Michman, *Emergence*, p. 95. Vale la pena considerar la discusión de Arendt acerca del colonialismo en África a la luz de esto (*Origins*, p. 206). <<

[64] Löw y Roth hacen afirmaciones similares en *Juden in Krakau*, pp. 19 y 27. <<

[65] Véase, en general, Trunk, *Judenrat*; también Löw y Roth, *Juden in Krakau*, p. 16.

<<

[66] Sobre Szeryński: Friedländer, *The Years of Extermination*, p. 226. Sobre los revisionistas: Trunk, *Judenrat*, p. 490; éste fue el caso también de Lituania, según Dieckmann, *Deutsche Besatzungspolitik*, 2: p. 1056. Sobre las labores de la policía judía: Engelking y Leociak, *Warsaw Ghetto*, pp. 204 y 207. Para los informadores: Finkel, «Victim's Politics», p. 192. <<

[67] Hempel, *Pogrobowcy*, pp. 20, 24, 38, 43, 85, 87, 168, 170, 183, 184 y 435. La cifra de 30 000 agentes procede de Curilla, *Judenmord*, p. 837. Sobre el asedio de Varsovia, véase Biskupska, «Extermination and the Elite». Sobre la racialización: Seidel, *Deutsche Besatzungspolitik*, pp. 184 y ss. Sobre la impunidad alemana: Browning, *Ordinary Men*, p. 170. <<

[68] La observación de los *rickshaws* procede de Engelking y Leociak, *Warsaw Ghetto*, p. 108. Sobre los turistas alemanes: Harvey, *Women*, p. 131. Incluso se publicó una guía Baedeker del Gobierno General. <<

[69] Véase Rutherford, *Prelude*, pp. 56-88. <<

[70] Las cifras son de Rutherford, *Prelude*, p. 9. Sobre Heydrich: Brandon, «Deportation», pp. 77-78 y 86. Sobre Eichmann: Polian, «Hätte der Holocaust», pp. 3, 4 y 19. <<

[71] Husson, *Heydrich*, p. 253. Cf. Müller, *Der Feind*, pp. 107-110. <<

[72] Kershaw, *Fateful Choices*, p. 447. <<

[73] Las citas proceden de Lukacs, *Last European War*, p. 105, y Mazower, *Hitler's Empire*, p. 133. Sobre los planes del 31 de julio de 1940: Müller, *Der Feind*, pp. 216-221, y Megargee, *War of Annihilation*, p. 22. <<

[1] Arendt, *Eichmann*, p. 240; véase también Arendt, *Origins*, p. 22. Resulta interesante que los dos estudiosos que más influyeron en la fundación de los estudios sobre el Holocausto no dominaran las lenguas orientales, ni siquiera el yiddish. Los padres de Hilberg hablaban polaco, pero él no. Friedländer procede de Praga, pero no domina el checo. Ningún historiador del Holocausto aprendió ninguna lengua del este de Europa después de 1989, a pesar de las abundantes fuentes disponibles y de la literatura secundaria que empezaba a aparecer. Algunas de las consecuencias de ello son el tema de mi texto «Commemorative Causality». <<

[2] Arendt, *Origins*, p. 447. Véase también Bloxham, *Final Solution*, p. 283. <<

[3] Sobre la destrucción de los Estados por vía indirecta, cf. Stein, *Adolf Hitler*, p. 99. Sobre Hitler y su imagen de las prácticas soviéticas: *Mein Kampf*, p. 320. Sobre Himmler: Kühnl, *Der deutsche Faschismus*, p. 329. <<

[4] Véase Levin, *Lesser of Two Evils*, p. xi. Abundante literatura sociológica respalda la tesis relacionada según la cual la fuerza de las instituciones locales previene el crimen. Véase Lafree, «Social Institutions», pp. 1349 y 1367. <<

[5] Las cifras son de Morris, «Polish Terror», p. 759. El tema se trata en Snyder, *Bloodlands*, caps. 2 y 3. Véanse también Gurianov, «Obzor», p. 202; Nikols'kyi, «Represyvna diial'nist», pp. 337-340, y Martin, «Origins». <<

[6] En el NKVD ucraniano, por ejemplo, 60 de los 90 oficiales de alta graduación eran judíos en 1936. Zolotar'ov, «Nachal'nyts'kyi sklad», pp. 326-331. El resto de cifras proceden de Gregory, *Terror*, p. 63. Stalin logró aquí uno de sus grandes éxitos políticos, las consecuencias del cual son perceptibles todavía hoy. Las operaciones étnicas ordenadas por él se achacaron a los judíos, ya que éstos se encontraban entre los oficiales que las llevaron a cabo, aunque inmediatamente después los oficiales judíos fueron purgados del NKVD. Por eso quienes se oponen al comunismo pero no a Stalin, la Unión Soviética o Rusia, siempre pueden combinar su postura con el antisemitismo; tanto el nacional-bolchevismo como el fascismo europeo del Este podían, y pueden, recurrir a este expediente. <<

[7] Véanse Gross, *Revolution from Abroad*, pp. 37-44, y Carynnyk, «Palace», pp. 266-267; para las fuentes primarias: HI, Colección Anders, 209/1/4835; 209/6/5157; 209/6/2411; 209/6/4724; 209/7/4112; 209/7/799; 209/7/6601. <<

[8] Sobre la política de la calma después del caos: «Komandiram, Komissaram, i Nachpolitorganov Soedinenii», 24 de septiembre de 1939, CAW, VIII.800.7.15. Sobre la experiencia de los oficiales de la NKVD: HI, Colección Anders, 209/13/3960. Sobre la zona donde se producían la mayor parte de las detenciones: Głowacki, *Sowieci*, p. 292; Khlevniuk, *Gulag*, p. 236. <<

[9] La cifra total está extraída de *Deportatsii pol'skikh grazhdan*, 29. 139 794, y los porcentajes de Hryciuk, «Victims 1939-1941», pp. 184 y 191, y Wnuk, *Za pierwszego Sowietu*, 13, p. 372. <<

[10] Herling, *World Apart*, pp. 39, 65, 131 y 132. Véase también Arendt, *Origins*, p. 438. <<

[11] El entrecomillado aparece en Cienciala, Lebedeva y Materski, *Katyn*, pp. 118 y 140. <<

[12] Sobre Strasman: Korboński, «Unknown Chapter», p. 375. Sobre las familias Engelkreis, Brandwajn y Proner, véase Spanily, *Pisane miłościq*, pp. 49, 112 y 387.

<<

[13] Sobre las familias deportadas: Goussef, «Les déplacements», p. 188; Jolluck, *Exile*, p. 15 y pássim para la experiencia de las mujeres; Cienciala, Lebedeva y Materski, *Katyn*, pp. 173-174. Sobre el caso del vecino de confianza: Spanily, *Pisane miłościq*, p. 187. La mujer en cuestión era Janina Dowbor, arriesgada piloto y paracaidista. Recibió formación como piloto en 1939 y se alistó en la reserva de la fuerza aérea polaca. Por lo visto, su avión fue abatido por los alemanes. Tras lanzarse en paracaídas y ponerse a salvo, fue arrestada por los soviéticos como teniente segundo polaco. El 21 o el 22 de abril de 1940, fue ejecutada en Katyn y enterrada junto con 4409 hombres. <<

[14] Sobre el trasfondo social y sobre Blojin: Cienciala, Lebedeva y Materski, *Katyn*, pp. 25 y 124. Sobre el Gran Terror en Moscú: Schlögel, *Terror und Traum*, p. 602, y Baberowski, *Der rote Terror*, p. 195. <<

[15] Sobre la grandeza moral de matar: Fest, *Das Gesicht*, p. 162. Para una discusión más amplia sobre las semejanzas y diferencias entre ambos sistemas, véase Snyder, *Bloodlands*. <<

[16] Longerich, *Unwritten Order*, p. 47. <<

[17] Sobre el paso de la cárcel al poder: HI, Colección Anders, 209/1/10420, 209/1/2660, 209/1/3571, 209/1/3817/19, 209/1/3517, 209/1/6896 (Dubno); 209/3/6238 (Horochów); 209/6/5157, 209/6/2376, 209/6/2652, 209/6/4303, 209/6/4284, 209/6/9083 (Kostopol); 209/11/4217, 209/11/3887, 209/11/4049, 209/11/3238, 209/9/6105 (Krzemieniec); 210/14/10544, 210/14/4527, 210/14/2526 (Zdołbunów); 209/13/2935, 209/13/8034 (Luboml); 210/12/1467, 210/12/9728, 210/12/5945. <<

[18] Véase Danylenko y Kokin, *Radians'kyi orhany*, pp. 233-255 para ejemplos sobre los agentes. Véanse también Wnuk, «*Za pierwszego Sowietu*», y Nowak-Jeziorański, «Gestapo i NKVD»; revelador, aunque referente a un periodo posterior: Burds, «Agentura». <<

[19] Sobre los carniceros: Margolin, *Reise*, p. 14. <<

[20] Sobre la RAF: Moorhouse, *Devils' Alliance*, pp. 154-155. Para la canción: Kuromiya, *Freedom and Terror*, p. 258. <<

[²¹] Sobre los recuentos: HI, Colección Anders, 310/14/4908. Sobre Cygielman: HI, Colección Anders, 210/9/4061. Sobre las tiendas de Kovel: HI, Colección Anders, 209/7/4775. Sobre las búsquedas de armas: HI, Colección Anders, 210/12/8117. <<

[22] Sobre el súbito cambio en el régimen de propiedad, véase Gross, *Revolution*, p. 37; Sauerland, *Polen*, p. 72. Sobre Szef: HI, Colección Anders, 210/1/5331. <<

[23] HI, Colección Anders, 209. <<

[24] Volinia aparece a partir de 1937 en «Omówienie wydawnictwa Wołyńskiego Urzędu Wojewódzkiego p. t. “Wołyń”», junio de 1937, CAW, I.371.2/A.100. Sobre la abolición del esloti y el contexto general: Bender, *Jews of Białystok*, pp. 60-62, 70 y 83. <<

[25] Cf. Mędykowski, *W cieniu*, p. 243. <<

[26] Para una reflexión teórica acerca de la historiografía polaca sobre la doble ocupación, véase Shore, «Conversing with Ghosts», pp. 5-28. <<

[27] Pueden verse ejemplos excelentes en Wnuk, «*Za pierwszego Sowietą*»; véase también Gross, *Sąsiedzi*, p. 35. <<

[28] Véanse Martin, *Affirmative Action Empire*, y Snyder, *Sketches*. <<

[29] Sobre la confusión ideológica: Dowództwo Okręgu Korpusu II, «Sprawozdanie o ruchu komunistycznym na terenie DOK. Nr. II za czas od dn. 15 VI do 15 X 1933 r.», 13 de noviembre de 1933, CAW, I.371.2/A.91; Dowództwo Okręgu Korpusu II, «Sprawozdanie o ruchu komunistycznym na terenie DOK. Nr. II za czas od dn. 15 X 1934 do 15 I 1935 r.», CAW, I.371.2/A.92; «Nastroje wśród oddziałów 13 D.P.», Równe, 14 de abril de 1937; CAW, I.371.1.2/A.103. Sobre Szprynger y «Hitler»: Dowództwo Okręgu Korpusu II, «Sprawozdanie o ruchu komunistycznym na terenie DOK. Nr. II za czas od dn. 15 VII 1937 do 15 X 1937 r.», CAW, I.371.2/A.92. Éste es el tema de Snyder, *Sketches*. <<

[30] Sobre la destrucción de los partidos legales y la UNDO: Danylenko y Kokin, *Radians'kyi orhany*, pp. 214-218 y 251. Sobre los delatores ucranianos: Il'iushyn, *OUN-UNP*, p. 17. <<

[31] El dato de los alcaldes judíos aparece en Levin, *Lesser of Two Evils*, p. 44. Sobre la colectivización y el cambio de actitudes: «Meldunek specjalny–Sprawa Ukraińska», 25 de noviembre de 1941, SPP, 3/1/1/1/1. Véase un ejemplo en Shumuk, *Perezhyte i peredumane. Revolution from Abroad* (Revolución desde fuera) es el título del estudio, ya clásico, de Gross. <<

[32] Para el arresto de los sionistas: «Calendar of Pain», *Sefer Lutsk*. Sobre Beguín: Shilon, *Menachem Begin*, pp. 25 y 29; Shindler, *Military Zionism*, p. 218. Sobre el NKVD y el Irgún: Hrynevych, *Nepryborkane riznoholossia*, p. 296. <<

[33] Carta del 27 de diciembre de 1939, NA, KV/2/2251/7a. Véanse Lankin, *To Win*, p. 40; Bell, *Terror Out of Zion*, p. 52; Weinbaum, *Marriage of Convenience*, p. 140. <<

[34] Sobre Shamir: Shamir, *Summing Up*, p. 54. <<

[35] Yisraeli, «ha-Raikh», p. 315. <<

[36] Véase Bell, *Terror Out of Zion*, p. 69. <<

[37] Véase Heller, *Stern Gang*, p. 19. Al mismo tiempo, Jabotinski apremiaba (sin éxito) a los británicos a acoger la inevitable oleada de refugiados judíos de Polonia. Véase, por ejemplo, Jabotinski a MacDonald, 5 de septiembre de 1939, NA, CO/733/368/5/9. <<

[38] Véase Mallmann y Cüppers, *Halbmond und Hakenkreuz*. <<

[39] Un muchacho llamado Joseph recuerda que su familia huyó de la zona alemana después de que, entre risas, los alemanes quemaran la sinagoga. Su padre había decidido huir hacia el Este y buscar refugio con un amigo. Se negó a aceptar el pasaporte soviético porque quería poder regresar a su hogar después de la guerra. La familia fue deportada al gulag. Primero murió el hermano de Joseph; después, sus padres (Gross y Gross, *War Through Children's Eyes*, p. 221). <<

[40] Sobre el NKVD: Hrynevych, *Nepryborkane riznoholossia*, p. 299. <<

[41] La cita aparece en Rabin, *Vishnivits: sefer zikaron*, p. 315. Véase Melnyk, «Stalinist Justice», p. 231. *The Lesser of Two Evils* (El menor de los dos males) es el título de la obra, ya clásica, de Levin. <<

[42] Dieckmann, *Deutsche Besatzungspolitik*, 1: pp. 87, 95, 127 y 128. Sobre la ausencia de pogromos, véase Sirutavičius y Staliūnas, «Was Lithuania», pp. 146-150.

<<

[43] La cifra de 23 000 judíos aparece en Dieckmann, *Deutsche Besatzungspolitik*, 1: p. 144. La de 1500, aparece en Łossowski, *Kraje bałtyckie*, pp. 145-147. Sobre Lemkin, véase su obra *Totally Unofficial*, p. 29. <<

[⁴⁴] Sobre el pogromo, véase Dieckmann, *Deutsche Besatzungspolitik*, 1: p. 142. <<

[45] Las citas están tomadas de Levin, *Lesser of Two Evils*, p. 198; Klarman a Levin, 8 de noviembre de 1939, NA, KV/2/2251/4a; NA, KV/2/2251/1a. Sobre los sionistas: Bender, *Jews of Białystok*, p. 66, así como las memorias de Good, «“Yerushalayim”», pp. 13-14. Sobre Vilna como base de Beitar: Hrynevych, *Nepryborkane riznoholossia*, p. 294. Sobre la cuestión lituano-polaca en Vilna, véase Snyder, *Reconstruction of Nations*, caps. 1-4. <<

[46] Ezergailis, *Holocaust in Latvia*, pp. 63, 69 y 83; Angrick y Klein, *Final Solution*, p. 12. Sobre el movimiento Agudat, véase Bacon, *Politics of Tradition*. <<

[47] Weiss-Wendt subraya la humillación al hablar sobre Estonia (*Murder Without Hatred*, p. 39), igual que Plavnieks en su formidable «Nazi Collaborators», p. 41. Dieckmann es más partidario de la idea de vergüenza: *Deutsche Besatzungspolitik*, 1: p. 114. <<

[48] Sobre los «repatriados»: MacQueen, «White Terror», p. 98. Sobre los lituanos: Dieckmann, *Deutsche Besatzungspolitik*, pp. 92-95. Weiss-Wendt (*Murder Without Hatred*, p. 36) cifra en 1821 el número de letones (y en 2055 el de estonios; el caso de Estonia se discutirá en un capítulo posterior). <<

[49] Dieckmann da una horquilla de entre 16 989 y 17 500 (*Deutsche Besatzungspolitik*, 1: p. 152). Un informe soviético da la cifra de 9817 ejecutados en prisión, 1439 ejecutados en los convoyes y otros 1059 fallecidos en los convoyes por razones no especificadas (Vladimirtsev, *NKVD-MVD*, pp. 67-68). <<

[1] En su célebre *Der Begriff des Politischen*, de 1932, discutido en Jureit, *Das Ordnen von Räumen*, p. 358. Es cierto que Schmitt fue criticado desde dentro del partido por su excesivo apego al Estado convencional, pero su concepción del «Estado total» no es la de uno cada vez más grande, sino más bien la de un Estado definido por la energía animal y prepolítica del partido racial, destinado a propiciar una «revolución total». Véase Faye, «Carl Schmitt», pp. 164 y 171. <<

[2] Las citas proceden de Schmitt, «*Grossraum Order*», pp. 101, 105 y 124. Véanse Gross, *Carl Schmitt and the Jews*, pp. 147-149, y Nunan, «Translator's Introduction». Cf. Sternhell, *Les anti-Lumières*, p. 618. <<

[3] «Infección»: Schmitt, «Eröffnung», p. 15. Sobre los otros juristas nazis: Chapoutot, «Le loi de sang», pp. 310-112. La cita de Seyß-Inquart aparece en Liulevicius, *German Myth*, p. 171. <<

[4] Para las citas de Frank: Frank, «Einleitung», pp. 141-142; Frank, «Ansprach», p. 9. Sobre el robo de la cubertería: Snyder, *The Red Prince*, cap. 9. El dato de su esposa yendo «de compras» al gueto aparece en Löw y Roth, *Juden in Krakau*, p. 27. <<

[5] Mallmann, *Einsatzgruppen*, p. 23. <<

[6] Este argumento de tipo político está influenciado por el libro de Longerich, *Politik der Vernichtung*; lo que parece crucial es ampliar el argumento político desde las fronteras del Reich de la preguerra hasta los territorios donde se produjo el Holocausto, y desde los actores alemanes hasta aquellos que interactuaron con ellos.

<<

[7] Saviello, «Policy», p. 24. <<

[8] La cifra de un millón aparece en Brandon, «First Wave». Véase Benz, Kweit y Mathäus, *Einsatz*, p. 33. En marzo de 1941, Heydrich le propuso a Göring un plan para deportar a los judíos a Siberia (Gerlach, *Kalkulierte Morde*, p. 747; Kay, *Exploitation*, p. 109). <<

[9] Husson, *Heydrich*, p. 310. <<

[10] Benz, Kweit y Mathäus, *Einsatz*, p. 73. Véase Angrick, *Besatzungspolitik*. <<

[11] La explicación no política del Holocausto es una línea de razonamiento nazificada que resuena todavía hoy; trato de explicar por qué en Snyder, «Commemorative Causality». Sobre los pogromos polacos: Dieckmann, *Deutsche Besatzungspolitik*, 2: p. 1512 y pássim. <<

[12] Sobre las campañas de posguerra contra los nacionalistas ucranianos y lituanos, que conforma el telón de fondo de estos argumentos, véase Snyder, *Reconstruction*.

<<

[13] Actualmente la mejor síntesis es la de Polonsky, *Jews in Poland and Russia*, vol. 3. Cf. Longerich, *Davon*, p. 161; Ezergailis, *Holocaust in Latvia*, pp. 13-15. <<

[14] No se alude aquí a la racionalidad que implica lo que Foucault denomina «gobernabilidad», sino más bien a la destrucción deliberada del Gobierno en un sentido tradicional en el nombre de la biología y con la esperanza de que, una vez logrado, la biología se reafirme. Esta destrucción no acaba con la política, sino que crea un nuevo escenario en el que emerge un nuevo tipo de política. Véase *Naissance de la biopolitique*, p. 316. <<

[15] Benz, Kweit y Mathäus, *Einsatz*, p. 34. <<

[16] El concepto clave de la doble colaboración fue introducido por Gross en *Sqsiedzi* y desde entonces aparece en estudios de carácter local como Snyder, «Causes»; Brakel, *Unter Rotem Stern und Hakenkreuz*; Penter, *Kohle*, y Weiss-Wendt, *Murder Without Hatred*. Merecería tomarse como tema de un estudio empírico detallado. <<

[17] Véase Mędykowski, *W cieniu*, p. 160. <<

[18] Sobre la colaboración de la Organización de Nacionalistas Ucranianos con Alemania: «Komunikat Informacyjny», 3 de junio de 1932, AAN, MSW/1040/50-57. <<

[19] Sobre la propaganda alemana: Longerich, *Davon*, p. 159. Himka habla de la etnización en «Ethnicity and Reporting». Sobre el caso de Oleksandr Kohut: Kachanovs'kyi, «OUN(b)», pp. 220 y 223. Sobre la ejecución de los prisioneros: Carynnyk, «Palace», pp. 280-281. <<

[20] Sobre la purga del pasado colaboracionista de los ucranianos: Prusin, *Lands Between*, p. 158. Sobre Mizoch: HI, Colección Anders, 210/14/7746; HI, Colección Anders, 210/14/3327. Sobre Mizoch durante el periodo soviético, véase ЗІН, 301/1795. <<

[21] Sobre Klevan: זיח, 301/1190, Abraham Kirschner. Sobre Dubno: זיח, 301/2168, Pinches Fingerhut; Adini, *Dubno: sefer zikaron*, pp. 698-701. Sobre la confusión de los alemanes en Dubno: Carynnyk, «Palace», p. 293. Sobre la continuidad en las filas de la policía: Bauer, *The Death of the Shtetl*, p. 64. Para un desarrollo más amplio del tema de la doble colaboración, véase Snyder, «Causes», pp. 208-209. <<

[22] Los hechos están extraídos de Curilla, *Judenmord*, pp. 246-251, y Bender, *Jews of Białystok*, p. 90; véanse también Matthäus, «Controlled Escalation», p. 223; Machcewicz, «Rund um Jedwabne», pp. 73-74. Sobre los diez hombres asesinados en la pequeña sinagoga: FVA, 2903, Leon F. <<

[23] Heydrich (29 de junio): «*Spurenlos auszulösen, zu intensivieren wenn erforderlich und in die richtigen Bahnen zu lenken, ohne dass sich diese örtlichen "Selbstschutzkreise" später auf Anordnungen oder auf gegebene politische Zusicherungen berufen können*», citado en *Justiz und NS-Verbrechen*, vol. 43, 2010, Lfd. Nr. 856, pp. 177-178. La afirmación de que los ajustes de cuentas eran políticos y no étnicos se encuentra en Machcewicz, «Rund um Jedwabne», pp. 72-73. Lo mismo puede decirse de Rumanía, como se explicará en un capítulo posterior. <<

[24] Sobre la presencia de Himmler y Kurt Dalwege, jefe de la *Ordnungspolizei*, en Białystok el 8 de julio: Bender, *Jews of Białystok*, p. 94. Sobre la decepción de Himmler: Rossino, «Violence», p. 6. Sobre los intereses de Himmler, Heydrich y Göring: Dmitrów, «Die Einsatzgruppen», pp. 127, 145 y 155. <<

[25] Dmitrów, «Die Einsatzgruppen», pp. 112-127; Machcewicz, «Rund um Jedwabne», p. 75. <<

[26] El argumento empírico aparece en Kopstein y Wittenberg, «Intimate Violence», cap. 4. Sobre la polarización local como explicación de la situación general, véase Croes, «Holocaust in the Netherlands», p. 484. <<

[27] Sobre las condiciones para un progromo en Jedwabne: Kopstein y Wittenberg, «Intimate Violence», cap. 4; Bikont, *My z Jedwabnego*; también Gross, *Sqsiedzi*, p. 29. Sobre el traidor: Gross, *Sqsiedzi*, p. 35; Sauerland, *Polen*, p. 83. <<

[28] Gross, *Sąsiedzi*, p. 12. Cf. Cała, *Antysemitizm*, p. 433. <<

[29] Machcewicz, «Rund um Jedwabne», pp. 65, 69, 70 y 72. <<

[30] Sauerland, *Polen*, p. 66; Machcewicz, «Rund um Jedwabne», p. 86. <<

[31] Unos mil cien de los judíos asesinados en Ucrania murieron en los pogromos, menos del 1% de la cifra total (Dieckmann, *Deutsche Besatzungspolitik*, 2: p. 1512).

<<

[32] Según Łossowski, *Kraje bałtyckie*, p. 164, unas cincuenta mil personas salieron de Ucrania como alemanes durante el periodo soviético, de las cuales la mitad regresaron. <<

[33] Las cifras proceden de Levin, *Lesser of Two Evils*, p. 69. <<

[34] En junio de 1941, el Partido Comunista de Lituania estaba formado por un 40% de rusos, un 46% de lituanos y un 13% de judíos. La policía de seguridad comunista contaba con un 46% de lituanos, un 36% de rusos y un 17% de judíos en 1940. En ambos casos, pues, los judíos estaban sobrerrepresentados en comparación con la población general; su proporción con los lituanos era de uno a tres (Dieckmann, *Deutsche Besatzungspolitik*, 1: pp. 165-169). <<

[35] Dieckmann, *Deutsche Besatzungspolitik*, 1: pp. 248-253; véase también Lower, «Pogroms», p. 224. Sobre las juventudes comunistas: Eidintas, *Jews*, p. 257. <<

[36] Wette, *Karl Jäger*, p. 82; Dieckmann, *Deutsche Besatzungspolitik*, 1: p. 297. <<

[37] Dieckmann, *Deutsche Besatzungspolitik*, 1: p. 534. Knyrimas y Baranauskas: Eidintas, *Jews*, p. 256. <<

[38] Sobre la cuestión polaco-lituano-judía en Vilna durante la guerra, véase Snyder, *Reconstruction*, cap. 4. <<

[39] Dieckmann, *Deutsche Besatzungspolitik*, 2: pp. 906 y 1511. Sobre Hitler, Goebbels y las señales identificativas de los judíos: Longerich, *Davon*, pp. 165-168. Sobre la percepción sobre el terreno acerca del curso de la guerra, véase, entre otros, Römer, *Kommissarbefehl*, p. 204. <<

[40] Ingrao, *Believe*, p. 236. Cf. Fritzsche, «Holocaust and the Knowledge», p. 603. La situación en Alemania: Longerich, *Davon*, pp. 160-161. Sobre Filbert y sus traductores: Kay, «Transition to Genocide», pp. 413-425; véanse también Ingrao, *Believe*, pp. 81 y 158-159; Ingrao, «Violence de guerre», pp. 236-237, y Römer, *Kameraden*, pp. 410, 414, 448 y 462. <<

[41] Kay, «Brothers». <<

[42] Sobre el retorno de los letones: Ezergailis, *Holocaust in Latvia*, p. 48, véase también pp. 155 y 165-166. Expulsión de los judíos como liberación: Dieckmann, *Deutsche Besatzungspolitik*, 1: p. 513. Véase también Silberman, «Jan Lipke», p. 87.

<<

[43] Sobre la reacción de la población local: Breitmann, «Himmler», p. 436. Sobre la necesidad de «canalizar» la experiencia: Wette, *Karl Jäger*, p. 78. <<

[44] Sobre Arājs y su comando, véanse *Justiz und NS-Verbrechen*, vol. 43, 2010. Lfd. Nr. 856, pp. 173-183; Kaprāns Vita Zelče, «Vēsturiskie cilvēki», pp. 169-170 y 173-174; Plavnieks, «Nazi Collaborators», pp. 41-49 y 72-85; Vīksne, «Members of the Arājs Commando», pp. 189-202; Angrick y Klein, *Final Solution*, p. 74 y pássim; Ezergailis, *Holocaust in Latvia*, pp. 177, 183 y 188. Sobre los rusos: Kudryashov, «Russian Collaborators», p. 3. Sobre los saqueos: Bender, *Jews of Białystok*, p. 95.

<<

[45] Ezergailis, *Holocaust in Latvia*, p. 206. Véase Bloxham, *Final Solution*, p. 130.

<<

[46] La fecha del 12 de agosto aparece en Kruglov, «Jewish Losses», p. 275. <<

[47] Véanse Pohl, «Schauplatz Ukraine», pp. 142-144; Angrick y Klein, *Final Solution*, p. 130. <<

[48] Segal, «Beyond», pp. 5-9, la cita aparece en la p. 5; Jelinek, *Carpathian Diaspora*, p. 234. Véase también Mędykowski, *W cieniu*, p. 287. Entre 1867 y 1918, los dominios de los Habsburgo eran una monarquía dual conocida como Imperio de Austria-Hungría. El Gobierno de Budapest era soberano en materia de política interior. El rey de Hungría era el emperador de todo el reino, Francisco José. <<

[49] Sobre Vladímir P.: FVA, 2837. Sobre el nombre de «Béla Kun»: Ingrao, *Believe*, p. 153. <<

[50] Breitmann, «Himmler», pp. 433-444. La cifra de 33 000 hombres aparece en Kershaw, *Fateful Choices*, p. 456. Para las cartas de los policías: Schneider, *Auswärts eingesetzt*, p. 215. El dato de que la policía realizó más ejecuciones que los Einsatzgruppen aparece en Lower, «Axis Collaboration», p. 186. Véanse también Pohl, *Herrschaft der Wehrmacht*, p. 152, y Curilla, *Judenmord*, p. 851. <<

[51] Pohl, *Herrschaft der Wehrmacht*, p. 259; Pohl, «Schauplatz Ukraine», p. 147; Pohl, «Ukrainische Hilfskräfte», p. 213. Sobre las violaciones: Schneider, *Auswärts eingesetzt*, pp. 465 y 471. Sobre los métodos: Dina Pronicheva, «Stenogramma», 24 de abril de 1946, TsDAVO, 166/3/245/115-34; véase también Dina Pronicheva, Darmstadt, 29 de abril de 1968, IfZ, Gd 01.54/78/1758-76. Para una descripción de la experiencia desde la perspectiva judía, véanse Berkhoff, *Harvest of Despair*, pp. 61-68, y Berkhoff, «Dina Pronicheva's Story». <<

[52] Se precisa mayor investigación acerca de los pogromos en la Unión Soviética anterior a la guerra en 1941. Sobre Kiev, véase Melnyk, «Stalinist Justice», pp. 230 y 238. <<

[53] Angrick y Klein, *Final Solution*, p. 114. <<

[1] Wasser, *Himmlers Raumplanung*, p. 51. Véase, en general, Gerwarth, *Heydrich*.

<<

[2] Los porcentajes proceden de Arad, *Holocaust*, pp. 521 y 524. Para ejemplos de colaboración, véanse los casos citados más abajo. Sobre el NKVD, véase Kuromiya, *Freedom and Terror*, p. 268. <<

[3] El caso estonio se discutirá en mayor profundidad en el capítulo siguiente. <<

[4] Bemporad, «Politics of Blood», pp. 4-5 y 8. <<

[5] El cálculo de los 300 000 muertos aparece en Pohl, *Herrschaft der Wehrmacht*, p. 119. Sobre las denuncias: Reid, *Leningrad*, p. 125. Para el intervalo ideológico: Hrynevych, *Nepryborkane riznoholossia*, pp. 111-120; Moorhouse, *Devils' Alliance*, p. 130. Para el ejemplo de Kiev: Schneider, *Auswärts eingesetzt*, p. 462; Prusin, «Community of Violence», p. 1. <<

[6] Rabin, *Vishnivits: sefer zikaron*, p. 300. <<

[7] Una obra valiosa sobre todo este periodo y sobre la cuestión del nacionalismo más allá del oeste de Ucrania es Berkhoff, *Harvest of Despair*. <<

[8] Sobre el terror en Zhitomir, véase el capítulo 2. Sobre los panfletos: Lower, *Nazi Empire-Building*, p. 34. <<

[9] Véase Lower, «German Colonialism», p. 22. Véase también Lower, *Nazi Empire-Building*, pp. 34-35. <<

[10] FVA, 3272, Pyotr Borisovich L. <<

[11] El entrecomillado procede de Radchenko, «Accomplices», p. 445. <<

[12] Radchenko, «Accomplices», pp. 443-458; los detalles de la marcha están extraídos de FVA, 3270, Lydia G. <<

[13] Lower, «German Colonialism», p. 26; Radchenko, «Accomplices», pp. 443-458, la cita aparece en la p. 454. <<

[14] Tyaglyy, «Nazi Occupation», pp. 127 y 141. <<

[15] Sobre los gitanos, véase Holler, *Völkermord*, pp. 68-69. <<

[16] Penter, *Kohle*, pp. 270-281; Kuromiya, *Freedom and Terror*, pp. 263-288. <<

[17] Sobre los humedales del Prípiat: Matthäus, «Controlled Escalation», p. 225; *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers*, p. 189. Sobre Nebe: Gerlach, *Kalkulierte Morde*, pp. 544, 549 y 567. Véase Mędykowski, *W cieniu*, p. 231. Sobre los bielorrusos y los polacos: Dean, «Service of Poles». <<

[18] Beorn, *Marching into Darkness*, p. 73. <<

[19] Ibíd., p. 97. <<

[20] Megargee, *War of Annihilation*, p. 99. <<

[21] Gerlach, *Kalkulierte Morde*, p. 588. <<

[22] Beorn, *Marching into Darkness*, pp. 7, 60, 62, 73, 120 y 133. <<

[23] Sobre el 7 de noviembre y otras fechas simbólicas en Minsk: Rubenstein y Altman, *Unknown Black Book*, pp. 238, 245, 251 y 252. Sobre los comunistas: Rein, «Local Collaboration», p. 394; véase también Brakel, *Unter Rotem Stern und Hakenkreuz*, p. 304. Sobre los judíos soviéticos de Minsk, véase Bemporad, *Becoming*. <<

[24] Para la identificación entre judíos y partisanos a partir de septiembre de 1941: Gerlach, *Kalkulierte Morde*, p. 566. <<

[25] Sobre los camiones: Gerlach, *Kalkulierte Morde*, p. 1075. La referencia a los «cuervos negros» es omnipresente; véase, por ejemplo, USHMM, RG-31.049/01, Evgenia Elkina. Las ejecuciones con camiones eran un encargo sumamente desagradable, y algunos alemanes preferían hacerlo disparando. Véase Prusin, «Community of Violence». <<

[26] Sobre Rasch: Lower, «German Colonialism», p. 24. <<

[27] Kudryashov, «Russian Collaboration», pp. 4-5 y 15; Penter, *Kohle*, p. 275; Reid, *Leningrad*, p. 125. Los alemanes también mataron a gitanos en las afueras de Leningrado, aunque resta por ver con qué grado de colaboración. Véase Holler, «Nazi Persecution», p. 157. <<

[28] Cohen, *Smolensk*, pp. 64, 68, 78, 79 y 122. <<

[29] Sobre la política del hambre alemana, véase Snyder, *Bloodlands*, cap. 5. <<

[30] La cita procede de Arnold, «Die Eroberung», p. 35. Dieckmann desarrolla la idea de la distribución del hambre en *Deutsche Besatzungspolitik*, 1: pp. 536, y 579-583.

<<

[31] Cf. Gerlach, «Wannsee Conference». Estoy de acuerdo en que el mes de diciembre supuso un punto de inflexión y me inclino a verlo como el resultado de que Hitler anunciara que tenía la intención de eliminar a todos los judíos más que como una orden explícita de matarlos, si bien dicho anuncio llegó en un momento en que matarlos empezaba a parecer más fácil que deportarlos. A principios de 1942, Heydrich y otros seguían discutiendo sobre las deportaciones a Siberia, lo cual no tendría sentido de existir una orden explícita para las matanzas; el fracaso de las ofensivas alemanas y la muerte de Heydrich debieron de contribuir a que las deportaciones se vieran como un plan poco realista. La técnica de las instalaciones de gaseado desarrollada en Polonia no fue concebida como una solución total, pero se reveló más factible que cualquier otra alternativa y se llevó adelante hasta las últimas consecuencias. Tal como yo lo veo, la intención de Hitler fue desde buen principio eliminar a los judíos del planeta; si para ello había que asesinarlos o deportarlos a algún lugar inhóspito era indiferente. Lo aterrador no es que un plan diabólico como ése se siguiera al pie de la letra (pues no existió tal plan), sino que existiera una cosmovisión en la que un conjunto de individuos son definidos como un colectivo sobrenatural cuya eliminación es vista como una cuestión ética, independientemente del método empleado para eliminarlos. <<

[32] FVA, 368, Yuri Israelovich G. <<

[33] Stieff citado en Edele, «States», p. 374. <<

[34] «Frente común»: Herf, *Jewish Enemy*, p. 132 y pássim. Sobre el discurso de Hitler del 12 de diciembre: Mazower, *Hitler's Empire*, p. 376; véase también Witte et al., *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers*, p. 289. Cf. Friedländer, *Extermination*, p. 281. Cuando Estados Unidos entró en la guerra, Hitler tuvo que presentar el país no como un modelo, sino como un enemigo frágil, «medio judificado y medio negrificado»: Fischer, *Hitler and America*, p. 37. <<

[35] La cita aparece en: Mazower, *Hitler's Empire*, p. 376. La cifra del número de judíos asesinados a finales de 1941 está extraída de Brandon, «First Wave». <<

[36] Unos mil quinientos polacos formaron parte de las fuerzas policiales colaboradoras en los territorios que integran la actual Bielorrusia. En la medida de lo posible, los alemanes trataron de reducir su propio número en favor de los bielorrusos. Véase Dean, «Service of Poles», p. 6. Las principales formaciones colaboradoras polacas fueron los batallones 107.º y 202.º de la *Schutzmannschaft*. En general, los polacos fueron reclutados para estas formaciones allá donde los policías ucranianos desertaron en 1943 para formar un Ejército partisano ucraniano. En ciertos casos, los polacos ingresaban en dichas formaciones para vengarse de la limpieza étnica sufrida a manos de los nacionalistas ucranianos. Véanse Snyder, «Origins», y Snyder, *Reconstruction of Nations*. <<

[37] Hillgruber, «Grundlage», p. 286. Arendt señala algunos problemas con respecto a la profecía de Hitler en *Origins*. <<

[38] *Table Talk*, p. 235. Sobre la cifra de muertos en Leningrado: Reid, *Leningrad*, p. 231. Sobre el millón de muertos en los campos: Pohl, *Herrschaft der Wehrmacht*, p. 181, así como Arad, *Holocaust*, p. 311. Sobre África y la motivación del hambre: Kuwałek, *Vernichtungslager*, pp. 110-111. Véase también Madajczyk, «Generalplan Ost», p. 17. Sobre los Askaren: Black, «Askaris», p. 279; Sandler, «Colonizers», p. 8. Askaren es la denominación alemana (en inglés, *Askaris*; en castellano, áskaris). <<

[39] Sobre la fecha de octubre: Heydrich, *Husson*, p. 437. Véase también Rieger, *Globocnik*, pp. 60-61 y 103, donde fecha la reunión a finales del mes de septiembre. Para una lista de los lugares oprimidos en el distrito, véase Poprzeczny, *Hitler's Man*, p. 208. <<

[40] Wasser, *Raumplanung*, pp. 61 y 77; Schelvis, *Vernichtungslager Sobibór*, pp. 32 y 41; Arad, *Reinhard*, p. 14; Tooze, *Wages of Destruction*, p. 468; Black, «Handlanger der Endlösung», p. 315. Sobre los grupos étnicos, véase Black, «Askaris», p. 290. Algunos historiadores occidentales y polacos acatan, de manera inexcusable, la propaganda etnificadora soviética, aún vigente en el nacionalismo ruso, de referirse a los hombres de Trawniki como «ucranianos». Los ucranianos figuraban sin duda entre ellos, pero también todo aquél a quien los alemanes se lo pidieran, incluidos, por supuesto, los rusos. <<

[41] Poprzeczny, *Hitler's Man*, p. 163, da la cifra de 94 hombres para el T-4; Berger, en el ya clásico *Experten*, habla de 120. Kuwałek in *Vernichtungslager* da una cuenta total de 453. <<

[42] Sobre el procedimiento, véanse Arad, *Reinhard*, pp. 44 y 56; Młynarczyk, *Judenmord*, pp. 252, 257 y 260; Pohl, *Verfolgung*, p. 94. <<

[43] Rieger, *Globocnik*, p. 115. <<

[44] «Una división entre los productivos y los no productivos»: FVA, 147, David L. El entrecomillado final procede de FVA, 404, Marion C. <<

[45] Para la fecha de febrero de 1942: Witte et al., *Dienstkalender Heinrich Himmlers*, p. 353. Véanse Pohl, *Verfolgung*, p. 95; Friedländer, *Extermination*, pp. 343 y 430. El estudio fundacional acerca de la Operación Reinhard es Arad, *Belzec*. Para una descripción de los asesinatos en Treblinka, véase Snyder, *Bloodlands*. <<

[46] Véase Moczarski, *Rozmowy*, p. 200. El surgimiento y la supresión del levantamiento del gueto de Varsovia se discute en mayor profundidad en Snyder, *Bloodlands*, cap. 9. Véanse, sobre todo, Bartoszewski, *Warszawski pierścień*; Ringelblum, *Polish-Jewish Relations*; Engelking y Leociak, *Warsaw Ghetto*, y, para entender cuánto trabajo queda por hacer sobre el asunto, Libionka y Weinbaum, *Bohaterowie*. <<

[47] Kershaw, *Final Solution*, p. 66. <<

[48] Sobre la Policía del Orden alemana: Curilla, *Judenmord*, p. 837. Sobre Lange: Kuwałek, *Vernichtungslager*, p. 49. El dato de las estrellas de David aparece en Gerlach, *Kalkulierte Morde*, p. 686. Véanse Mallmann, «Rozwiązać», pp. 85-95; Friedländer, *Extermination*, pp. 314-318. Sobre el gueto de Łódź, véase Löw, *Juden im Getto Litzmannstadt*. <<

[49] Sobre la tarea principal de la policía y sobre los perros: Grabowski, *Judenjagd*, pp. 9 y 59. <<

[50] Sobre las obligaciones de la Policía del Orden alemana: Browning, *Ordinary Men*, p. 121. El entrecomillado esta extraído de Engelking y Grabowski, *Przestępczość*, p. 195. <<

[51] Markiel y Skibińska, *Zagłada domu*, pp. 23 y 48. Sobre los bandos: Cobel-Tokarska, *Bezludna wyspa*, p. 90. Véase también Skibińska, «Self-Portrait», pp. 469-471; Engelking, *Losy Żydów*, pp. 162 y 188; Grabowski, *Judenjagd*, p. 24. <<

[52] Sobre los hechos de Krosno: Rączy, *Pomóc Polaków*, p. 44; Żbikowski, «Night Guard», pp. 513, 515, 517, 520 y 524; Grabowski, *Judenjagd*, p. 82. Para una crónica de las represalias colectivas: Madajczyk, *Hitlerowski terror*, p. 9 y pássim. <<

[53] Sobre las órdenes de la policía polaca: Engelking y Grabowski, *Przestępczość*, pp. 194-195. Engelking cita el ejemplo de un agente de policía polaco que se negó a disparar a un niño de siete años que suplicaba morir y lo rescató (*Losy Żydów*, p. 198). Pueden encontrarse otros ejemplos en Rączy, *Pomóc Polaków*, y Hempel, *Pogrobowcy*. <<

[54] Grabowski, *Judenjagd*, pp. 11 y 69. La idea de la privatización del poder, argumento arendtiano desarrollado por Gross en *Revolution from Abroad*, puede resultar útil aplicado también a otros contextos. <<

[55] Algunos judíos holandeses fueron enviados a Sobibor, una semejanza más entre la situación de los Países Bajos y la de Polonia. El resto de víctimas de Sobibor fueron, casi en exclusiva, judíos polacos. <<

[1] Véase Longerich, *Davon*, p. 222 y pássim. Sobre los bienes: Aly, *Hitler's Beneficiaries*. <<

[2] Cf. Veidlinger, *In the Shadow*. <<

[3] Véase el último capítulo de Snyder, *Bloodlands*. <<

[4] Más de doscientos mil judíos polacos fueron asesinados en Auschwitz; fueron el segundo colectivo en número de víctimas, por detrás de los judíos húngaros. El tercero fueron los polacos no judíos. <<

[5] Steinbacher, *Auschwitz*, p. 27; Steinbacher, «*Musterstadt*», pp. 275 y 293. <<

[6] Sobre el desarrollo de los campos y los recintos de la muerte en Auschwitz, véase Dwork y Van Pelt, *Auschwitz*, pp. 166, 177, 219, 240, 275, 290, 293, 313, 326 y 351.

<<

[7] Véanse Valentino, *Final Solutions*, p. 234 y pássim, y Croes, «Holocaust in the Netherlands», p. 492; en otro contexto: Straus, *Order of Genocide*, p. 128. El nivel de antisemitismo, en la medida en que éste puede determinarse, no parece guardar relación con las cifras de judíos muertos; lo que sí guarda una fuerte relación con éstas es el nivel de destrucción estatal. Helen Fein desarrolló un argumento asincrónico similar al aquí expuesto en su valioso estudio *Accounting for Genocide*, donde habla de «la falta de resistencia de una contraautoridad» (p. 90). En los capítulos precedentes he tratado de señalar el proceso y las consecuencias de la destrucción de esas autoridades como una de las causas del Holocausto como tal. La destrucción estatal fue terreno abonado para la innovación, descabezó y pervirtió las instituciones existentes y dejó fragmentos que pudieron ser utilizados para otros propósitos. En cualquier caso, mis descubrimientos confirman el fondo de su argumento. Como en tantos otros puntos, la sugerencia para que se profundice en esta investigación se halla en Hilberg, *Destruction*, 2: pp. 572-599. Véase también Birnbaum, *Prier*, p. 130. <<

[8] Sobre el destino de los gobernantes: Kaasik, «Political Repression», p. 310. Sobre el destino de los ministros: Paavle, «Estonian Elite», p. 393. Véase también Łossowski, *Kraje bałtyckie*, pp. 46-55. <<

[9] Sobre la legislación: Maripuu, «Political Arrests», p. 326; Maripuu, «Deportations», p. 363. Para la cifra de 10 200 estonios: Weiss-Wendt, *Murder Without Hatred*, p. 40. <<

[10] Weiss-Wendt, *Murder Without Hatred*, p. 131. <<

[11] Ibíd., pp. 115-116. <<

[12] Ibíd., p. 132. Sobre los policías lituanos y los campos de prisioneros de guerra: Dieckmann, *Deutsche Besatzungspolitik*, 1: p. 525. <<

[13] El entrecomillado procede de Hastrup, «Danish Jews», p. 22. Vilhjálmsón y Blüdnikow, «Rescue», pp. 3, 5 y 7. Sobre la división *Wiking*: Wróblewski, *Dywizja*, pp. 143-147. Unos de los cirujanos de campaña de dicha unidad era un médico alemán llamado Joseph Mengele. Sobre la presencia de los estonios en la división: Strassner, *Freiwillige*, p. 15. <<

[14] Hastrup, «Danish Jews», pp. 23 y 29. <<

[15] Para una descripción desapasionada de estos hechos, véase Herbert, *Best*, pp. 360-372. <<

[16] Sobre la actitud de los alemanes: Dwork y Van Pelt, *Holocaust*, p. 327. Sobre las condiciones en los campos: Hastrup, «Danish Jews», p. 52. <<

[17] Vilhjálms­son y Blüdnikow, «Rescue», pp. 1 y 3. <<

[18] Es probable que el antisemitismo se agravara tanto en los Estados en guerra con Alemania como en los neutrales. Según una encuesta pública, durante la guerra, los estadounidenses opinaban que los judíos constituían una amenaza aún mayor que los alemanes o los japoneses (Nirenberg, *AntiJudaism*, pp. 457-458). <<

[19] Véanse los caps. 5 y 6 de Snyder, *Bloodlands*. <<

[20] Decreto de Frank del 15 de octubre de 1941, en Paulsson, *Secret City*, p. 67. Cf. Moore, «Le context du sauvetage», pp. 285-286. En la región de Rzeszów del Gobierno General de la Polonia ocupada se ejecutó a unos doscientos polacos por dar cobijo a judíos. Véase Rączy, *Pomóc Polaków*, p. 61. <<

[21] Sobre los judíos a los que se les permitía vivir en la Alemania nazi, véase Longerich, *Davon*, pp. 252-253. La cita está extraída de Kassow, *Rediscovering*, p. 13. <<

[22] Kassow, *Rediscovering*, p. 360. La observación sobre Ana Frank se encuentra en Bartoszewski, «Rozmowa», p. 16. Cf. Fein, *Accounting for Genocide*, p. 33. <<

[23] Sobre Schmid, véase Wette, *Feldwebel*, p. 67. <<

[24] Puede que la burocracia soviética sea una excepción, pero en cualquier caso es una excepción que confirma la regla. En primer lugar, el Estado soviético no era, ni desde un punto de vista constitucional ni práctico, un Estado tradicional regido por la ley, sino que se hallaba sometido al Partido Comunista y, por ende, a la lectura subjetiva que los líderes del Partido hacían de la historia. En segundo lugar, en épocas de gran terror, como la del bienio 1937-1938, las prácticas jurídicas convencionales soviéticas quedaban relegadas en favor de un Estado de emergencia. <<

[25] La cita del «torrente sanguíneo» se halla en Pauer-Studer, *Rechtfertigungen*, p. 439. Breitman señala que fue uno de los mayores asesinos de masas, Bach-Zelewski, quien apuntó por primera vez la asociación intelectual entre la muerte y la burocracia («Himmler», p. 446). Wasserstein aporta un sorprendente ejemplo de burocracia judía, la de un consejo destinado a facilitar la emigración judía, que tanto en recursos humanos como en modo de operar guarda similitudes con el *Judenrat* de Ámsterdam. Lo que cambió en el ínterin fue la llegada de los destructores del Estado alemanes, que crearon una zona de no estatalidad a la que fueron enviados los judíos holandeses. Westerbork, que empezó como un campo de refugiados, se convirtió en campo de tránsito hacia los complejos de muerte de la Polonia ocupada (véase su estudio *Ambiguity*, pássim). <<

[26] Gerlach, «Failure of Plans», p. 68. <<

[1] Véanse Manoschek, *Serbien*, pp. 39, 51, 55, 79, 86, 107 y 186; y Pawlowitch, *New Disorder*, p. 281. <<

[2] Korb, *Im Schatten*, pp. 439-449, donde se resumen los hallazgos más importantes; véanse también Korb, «Mass Violence», p. 73; Dulić, «Mass Killing», pp. 262 y 273.

<<

[3] Ward, *Priest, Politician, Collaborator*, pp. 209, 214 y 221. <<

[4] Sobre la reunión con Himmler del 20 de octubre de 1941: Witte et al., *Dienstkalender Heinrich Himmlers*, p. 278. Véase, en general, Ward, *Priest, Politician, Collaborator*, pp. 227, 230, 233 y 235. <<

[5] Iordachi, «Juden», p. 110. <<

[6] Sobre la rumanización, véase Livezeanu, *Cultural Politics*. <<

[7] Véase Geissbühler, *Blutiger Juli*, pp. 46 y 49. <<

[8] Para las cifras de deportados: Olaru-Cemiertan, «Wo die Züge», p. 224. Sobre Iasi y la cifra de 43 500 muertos: Geissbühler, *Blutiger Juli*, pp. 54 y 119. <<

[9] Solonari, «Patterns», pp. 121, 124 y 130, la definición de la labor de las fuerzas rumanas aparece en la p. 125. «No se persigue a nadie excepto a los judíos»: Dumitru, «Through the Eyes», p. 125. Véase también Prusin, *Lands Between*, p. 154.

<<

[10] Glass, *Deutschland*, pp. 144-147, 266-267; Dumitru, «Through the Eyes», pp. 206-213; Geissbühler, «He spoke Yiddish». <<

[11] Para las cifras y su análisis: Glass, *Deutschland*, p. 15. Véanse también Hilberg, *Destruction*, 2: p. 811; Bloxham, *Final Solution*, p. 116. <<

[12] Ancel, *Holocaust in Romania*, pp. 479 y 486; Solonari, «Ethnic Cleansing», pp. 105-106 y 113. Sobre el intento de Hitler por convencer a Antonescu: Hillgruber, «Grundläge», p. 290. Sobre la protección diplomática: Glass, *Deutschland*, p. 230. <<

[13] Para un análisis convincente, véase Case, *Between States*, sobre todo pp. 182-188. Para un ejemplo, véase la conversación de Antonescu con Hitler del 23 de marzo de 1944, citada en *Staatsmänner*, p. 392. <<

[14] La cifra la da Lower, «Axis Collaboration», p. 194. <<

[15] Gerlach y Aly, *Letzte Kapitel*, pp. 81, 83, 104, 114, 126, 148 y 188-189. Para el dato del *New York Times*: Bajohr y Pohl, *Der Holocaust*, p. 115. La cifra de 320 000 asesinatos aparece en Pohl, *Verfolgung*, p. 107. <<

[16] Ungváry, *Siege of Budapest*, pp. 286-291; Segal, «Beyond», p. 16; Kenez, *Coming of the Holocaust*, pp. 244-248 y 257. Sobre el Partido de la Cruz Flechada: Jangfeldt, *Hero of Budapest*, p. 240. <<

[17] Kenez llega a una conclusión parecida en *Coming of the Holocaust*, p. 234. <<

[18] Para la fecha del 29 de abril: Kershaw, *Fateful Choices*, p. 469. «Envenenadores de todas las naciones» (*Weltvergifter aller Völker*): Hillgruber, «Gründlage», p. 296.

<<

[19] Cf. Bloxham, *Final Solution*, p. 7; Ther, *Ciemna strona*, p. 19. <<

[20] Sobre el carácter cambiante de la URSS: *Table Talk*, pp. 587, 657 y 661; Hitler a Antonescu, 26 de marzo de 1944, en *Staatsmänner*, p. 398. Sobre la fortaleza de Rusia: Steinberg, «Third Reich», p. 648; Kershaw, *The End*, p. 290; véase también Jäckel, *Hitler in History*, p. 89. <<

[21] Van der Boom, «Ordinary Dutchmen», pp. 32 y 42. Van der Boom argumenta que si se asesinó a tal número de judíos holandeses, fue porque temían más esconderse que ser deportados. Tal y como él mismo señala, en los Países Bajos los judíos que se ocultaban tenían sesenta veces más posibilidades de sobrevivir que los que no. Las penas por esconderse no fueron privativas de los Países Bajos, y los judíos sobrevivieron en mayor número en otras partes de la Europa dominada por Alemania sin necesidad de ocultarse. El miedo a esconderse podría ser una circunstancia especial de los Países Bajos, pero por sí sola no explica por qué murieron más judíos holandeses que, por ejemplo, alemanes o rumanos. Sobre el antisemitismo holandés, véase Wasserstein, *Ambiguity*, p. 22. <<

[22] Kwiet, *Reichskommissariat Niederlande*, pp. 51-52. <<

[23] Michman, *Emergence*, pp. 95 y 99; Moore, *Victims and Survivors*, pp. 191, 193, 195 y 200; de Jong, *Netherlands and Nazi Germany*, pp. 12-13; Griffioen y Zeller, «Comparing», p. 64. <<

[24] Romijn, «“Lesser Evil”», pp. 13, 14, 17, 20 y 22; Griffioen y Zeller, «Comparing», p. 59. <<

[25] Mazower, *Salonica*, pp. 392-396. Sobre el cementerio, véase Saltier, «Dehumanizing», pp. 20 y 27; sobre los intereses materiales más directos para los alemanes, consúltese Aly, *Hitler's Beneficiaries*, pp. 251-256. <<

[26] Mazower, *Salonica*, pp. 402-403. El resumen de la guerra en Grecia sigue, en líneas generales, el de Mazower, *Inside Hitler's Greece*, pp. 1, 14, 18, 20, 235, 238, 240, 244, 250, 251 y 259, y es de Rodogno, *Fascism's European Empire*, pp. 364 y 390. <<

[27] Para la cita de Hitler, el reconocimiento de Vichy en el extranjero y el número de funcionarios: Rousso, *Vichy*, pp. 15 y 47. Véase también Birnbaum, *Sur la corde raide*, p. 252. <<

[28] Rousso, *Vichy*, pp. 79-81. Madagascar: Marrus y Paxton, *Vichy*, pp. 14, 60 y 113. Véase también: Bruttman, *Au bureau*, pp. 199-201. No puedo entrar aquí en el interesante asunto de las relaciones entre el tratamiento que Francia dispensó a sus súbditos judíos y musulmanes. Véase Surkis, *Sexing the Citizen*; Shepard, *Invention*.

<<

[29] Para la cifra de 7055 judíos desnaturalizados: comunicación personal de Patrick Weil, 11 de octubre de 2012; sobre el proceso de desnaturalización, véase su estudio *How to Be French*, pp. 87-122. Sobre los campos en Francia entre 1939 y 1940: Grynberg, *Les camps*, pp. 11, 35 y *pássim*. <<

[30] París y Drancy: Wieviorka y Laffitte, *Drancy*, pp. 21, 106 y 118-119. <<

[31] Ibíd., pp. 120 y 209. <<

[32] Weil, *How to Be French*, p. 122; Rousso, *Vichy*, pp. 92-93. <<

[33] Véase Marrus y Paxton, *Vichy*, p. 325. El caso de Bélgica, donde el 60% de los judíos sobrevivió, se encuentra a medio camino entre el de los Países Bajos y el de Francia. La ocupación fue básicamente militar, más que civil, como en Francia, y el país mantuvo su soberanía, a diferencia de los Países Bajos. En Bélgica, a diferencia de Francia pero igual que en los Países Bajos, los alemanes lograron colocar a sus hombres en los escalafones superiores de la policía. Como en Francia, en Bélgica había un gran número de judíos que no tenían la ciudadanía, pero a diferencia de lo que ocurrió en el país galo no fueron especialmente señalados por la autoridad soberana. A diferencia de los Países Bajos, no obstante, los alemanes no crearon un gran cuerpo policial propio. Se diría que los belgas estaban mejor informados que los holandeses a propósito de lo que significaba la deportación; de aquí que la explicación que da Van der Boom de la falta de voluntad de los judíos holandeses a la hora de esconderse no pueda aplicarse a los judíos belgas. Véase Griffioen y Zeller, «Comparing», pp. 54-64, así como Conway, *Collaboration*, p. 24, y Fein, *Accounting*, pp. 156-167. <<

[34] Rouso, *Vichy*, p. 93. «Acudieron en tropel»: Marrus y Paxton, *Vichy*, pp. 85 y 364. Sobre la ciudadanía soviética: Sémelin, *Persécution et entraides*, pp. 208-209.

<<

[35] Klarsfeld da la cifra de 26 300 judíos polacos y 24 000 judíos franceses. Muchos de los cinco mil a los que clasifica como soviéticos podrían ser judíos polacos que se hicieron con la ciudadanía soviética tras el pacto Mólotov-Ribbentrop (*Le mémorial*, p. 19). <<

[1] Según Otto Ohlendorf, comandante del *Einsatzgruppe* D, Himmler dijo que la responsabilidad era única y exclusivamente de Himmler y Hitler. Véase Rzanna, «Eksterminacja». <<

[2] Cf. Dwork y Van Pelt, *Holocaust*, p. 348. <<

[3] Hanna Krall recuerda a 45 personas que la ayudaron de un modo u otro (Bartoszewski y Lewinówna, *Ten jest*, p. 299). <<

[4] Christian Ingrao abunda en este punto, sobre todo en *Les chasseurs noirs*. <<

[5] *Los Altos Town Crier*, 15 de abril de 2009; Ralph Bernstein, comunicación personal, 15 de abril de 2013; *Justiz und NS-Verbrechen*, vol. 37, 2007, Lfd. 777, 397, 398, 405, 407-409, 417, 431, 438, 439; Angrick, *Besatzungspolitik*, p. 422. Unos veintiséis mil judíos fueron enviados a los campos en noviembre de 1938 (Goeschel y Wachsmann, *Introduction*, p. 28). <<

[6] Sobre los hechos del bosque de Rumbula: Michel'son, *Ia perezhila*, p. 84. <<

[7] Véase Snyder, «Commemorative Causality». Sobre la experiencia de la minoría judía: Głowiński, *Black Seasons*, p. 170. <<

[8] Para éste y otros cálculos, véase Snyder, *Bloodlands*. <<

[9] Sobre la policía de Bremen: *Bremens Polizei*, p. 124. Véase también Russ, «Wer war verantwortlich», pp. 486, 494 y 503. Cf. Browning, *Ordinary Men*, pp. 165, 202.

<<

[10] Maubach, «Expansion weiblicher Hilfe», pp. 93-94. <<

[11] Koslov, *Gewalt im Dienstalltag*, pp. 482-484. <<

[12] Lower, *Hitler's Furies*, p. 163 y pássim, para toda la cuestión conceptual. <<

[13] YIVO, RG 720, Hirshant Papers, 1/52, Syda Konis. Para consideraciones acerca de los trabajos forzados, véanse Pollack, *Warum*, y Buber-Neumann, *Under Two Dictators*, p. 331. <<

[14] Hryciuk, *Polacy we Lwowie*, p. 59. <<

[15] Matz, «Sweden», pp. 106-109; Jangfeldt, *Hero of Budapest*, p. 161. Dwork y Van Pelt (*Holocaust*, pp. 316-318) cifran el número de cartas entre 15 000 y 20 000. <<

[16] Una excepción es el caso francés de Le Chambon-sur-Lignon. <<

[17] Chan, «Ho Feng-Shan», pp. 1-15, las citas se encuentran en las pp. 5 y 15. <<

[18] Véanse Wasserstein, *Ambiguity*, p. 165; McAuley, «Decision», pp. 4, 7 y 32; Fralon, *Good Man*, 60 y 79. <<

[19] La cifra de abril de 1940 se encuentra en Dieckmann, *Deutsche Besatzungspolitik*, 1: p. 145. <<

[20] Para las memorias de Daszkiewicz, véanse MWP, Kolekcja Rybikowskiego, syg. 6233 [Leszek Daszkiewicz], «Placówka wyw. “G”», pp. 3, 4, 7-10, 18, 21 y 22. Sobre Rybikowski, véase Pięciach, «Szpieg ze Sztokholmu», y para el trasfondo general, véase Dubicki, Nałęcz y Stirling, *Polsko-brytyjska w spółpraca wywiadowcza*, pp. 100, 305 y 342. <<

[21] MWP, Kolekcja Rybikowskiego, syg. 6233 [Leszek Daszkiewicz], «Placówka wyw. “G”», p. 21. <<

[22] MWP, Kolekcja Rybikowskiego, syg. 6233 [Leszek Daszkiewicz], «Placówka wyw. “G”», p. 22. <<

[23] Las citas proceden de MWP, syg. 1675, memorias de Sugihara, p. 9; memorias de Rybikowski, en MWP, Kolekcja Rybikowskiego, syg. 6233 [Leszek Daszkiewicz], «Placówka wyw. “G”», p. 70. <<

[24] MWP, Kolekcja Rybikowskiego, syg. 6233 [Leszek Daszkiewicz], «Placówka wyw. “G”», pp. 50-52, 64 y 67. Sobre Sugihara, sus colegas y sus actos, véanse también Pepłoński, *Wywiad*, pp. 231-233; Kuromiya y Pepłoński, *Między Warszawą a Tokio*, p. 393; Levine, *Sugihara*, pp. 117, 132, 218 y 273; Sakamoto, *Japanese Diplomats*, pp. 107, 114 y 395. <<

[25] Véase Gross, *Revolution from Abroad*; Gross y Grudzińska-Gross, *War Through Children's Eyes*; y Snyder, *Bloodlands*, cap. 4. <<

[26] Begin, *Revolt*, p. 25; Drymmer, «Zagadnienie», p. 74; Korboński, «Unknown Chapter», p. 377. Sobre Beguín y el Ejército polaco en Palestina: «Palestine: Counter Intelligence: Menahem Begin», 24 de septiembre de 1937, NA, KV/2/2251/50a. Para el dato del uniforme y otros detalles referentes al viaje: Shilon, *Menachem Begin*, pp. 40-45. <<

[27] Shilon, *Menachem Begin*, p. 48. Sobre Meridor en Polonia: Bell, *Terror Out of Zion*, pp. 44-45. Sobre Lankin: Bell, *Terror Out of Zion*, p. 111. Sobre Nechmad y Lankin: Niv, *M'arkhot ha-Irgun*, p. 172. Lankin escribió unas memorias tituladas *To Win*, en las que habla del encuentro polaco (pp. 31-40). Interrogado por los británicos, Meridor confirmó que él era el número dos: NA, KV/2/2251/14a. <<

[28] Para una buena descripción de estas interacciones, véase Davies, *Rising '44*. Sobre la reacción de los habitantes de Varsovia ante la huida del Gobierno polaco, véase Biskupska, «Extermination and the Elite». <<

[29] Sobre la «aplastante mayoría» de antisemitas: «*Proszę przyjąć jako fakt zupełnie realny że przygniatająca większość kraju jest nastrojona antysemicko*», citado en Skibińska y Szuchta, *Wybór źródeł*, p. 397. Para un análisis sereno, véase Brakel, «Was There a “Jewish Collaboration”?». <<

[30] Véase Puławski, *W obliczu Zagłady*, p. 412 y pássim; también Engelking y Leociak, *Warsaw Ghetto*, p. 667, y Engel, *Facing a Holocaust*. <<

[31] Sobre el 10 y el 17 de diciembre: Stola, *Nadzieja*, p. 174; Bartoszewski, *Warsaw Ghetto*, p. 49. Para la referencia al *Times*: Bajohr y Pohl, *Der Holocaust*, p. 99. Sobre el «exterminio masivo» y el minuto de silencio de los diputados británicos: Saviello, «Policy», pp. 1, 24 y 27. <<

[32] Fein, *Accounting*, p. 77. <<

[33] Para las labores de Karski como secretario de Drymmer: Jan Karski, «Dziecko sanacji», *Tygodnik Powszechny*, 24 de abril de 2012. Cf. Żbikowski, *Karski*, pp. 10-11. <<

[34] Sobre la actitud de los polacos hacia los judíos: «*Przeważnie bezwzględny, często bezlitośny*», citado en Skibińska y Szuchta, *Wybór źródeł*, p. 390. Véase Ringelblum, *Polish-Jewish Relations*, p. 77; Leder, *Rewolucja*, pp. 23 y 44; Bartov, «Eastern Europe», p. 575. También merece la pena tomar en consideración la obra de Thomas Bernhard, *Heldenplatz*, sobre todo la p. 112. <<

[35] FVA, 1107, Jan K. <<

[36] Ibíd. Sobre Karski y sus misiones, véase Karski, *Story of a Secret State*, y Żbikowski, *Karski*. <<

[37] Puede encontrarse otra traducción inglesa en Pilecki, *Auschwitz Volunteer*, p. 13. El original en polaco puede consultarse en: <http://www.polandpolska.org/dokumenty/witold/raport-witolda-1945.htm>. La traducción alemana del original polaco, a cargo de Jan Skorup, puede consultarse en: <http://pileckibericht.wordpress.com>. Para el dato de los números: Bartoszewski, *Warszawski pierścień*, p. 124. <<

[38] El pasaje está extraído de Pilecki, *Auschwitz Volunteer*, p. 175; aquí traduzco directamente del original polaco. <<

[39] Las cifras de los 28 000 y los 11 600 judíos se encuentran en Paulsson, *Secret City*, pp. 2, 5, 209 y 212. La cifra de los 4000 que recibieron ayuda aparece en Bartoszewski y Lewinówna, *Ten jest*, p. 28. Para el dato de las riñoneras de los paracaidistas: Bartoszewski, «Rozmowa», p. 35; Bartoszewski, *Warsaw Ghetto*, p. 59. <<

[40] Para el dato del Partido Socialista Polaco: Bartoszewski, *Warsaw Ghetto*, p. 46.
Para las personas citadas: Prekerowa, *Konspiracyjna Rada*, pp. 69-75. <<

[41] Sobre Kossak y el debate acerca de los rescatadores antisemitas, véase Podolska, «Poland's Antisemitic Rescuers». Véase también Cała, *Antysemitizm*, p. 447. Para la idea del «compromiso» con otros seres humanos: Tec, *When Light*, p. 176. Véanse también Paulsson, *Secret City*, pp. 26 y 40; Peleg-Mariańska y Peleg, «Witnesses», p. 11; Oliner, *Altruistic Personality*, pp. 6 y 142. <<

[42] Prekerowa, «Komórka», pp. 521-525 y 531. <<

[43] El fenómeno de los judíos asimilados como auxiliadores de otros judíos fue frecuente, por lo menos en Varsovia. Otra forma de ayuda mutua que contribuyó a salvar vidas fue la organización dentro del gueto de Varsovia. Véase Sakowska, *Ludzie*, pp. 117-186. <<

[1] ЗИ, 301/2953. <<

[2] Así se expone en Croes, «Pour une approche quantitative», p. 95. <<

[3] La compleja historia de los judíos de Varsovia durante el Alzamiento de 1944 se discute en Engelking y Libionka, *Żydzi w powstańczej Warszawie*. Para una comparación con Ámsterdam: Paulsson, *Secret City*, p. 230. <<

[4] Véanse Brakel, «“Das allergefährlichste”», pp. 403-416; Musial, *Sowjetische Partisanen*, pp. 189, 202; *Verbrechen der Wehrmacht*, p. 495; Slepian, *Stalin's Guerrillas*, p. 157. <<

[5] Sobre Józewski, véanse Snyder, *Sketches*, y sus memorias en BUW DR 3189. Para Długoborska: Bartniczak, *From Andrzejowo to Pecynka*, pp. 138-140; Gawin, «Pensjonat». Para Koźmiński: Bartoszewski y Lewinówna, *Ten jest*, p. 310. Para Gieruła: Stanisław y Lusja Igeł, en Rączy, *Pomóc Polaków*, p. 280. Stanisław Igeł era miembro del Ejército Nacional. <<

[6] Sobre los «papeles arios»: FVA, 414, Alice H.; FVA, 538, Norman L.; FVA, 2700, Maria M. Sobre Woliński: Libionka, «ZWZ-AK», p. 36. Sobre el *Biuletyn Informacyjny*: Libionka, «ZWZ-AK», pp. 39 y 43. <<

[7] Sobre las armas del Ejército Nacional: Libionka, «ZWZ-AK», pp. 57 y 69. La cita procede de Engelking y Libionka, *Żydzi w powstańczej Warszawie*, p. 91. <<

[8] Kopka, *Konzentrationslager Warschau*, pp. 82-115. <<

[9] Sobre el tratamiento como bandidos y las sentencias de muerte: Libionka, «ZWZ-AK», pp. 119-123. <<

[10] Libionka, «ZWK-AK», p. 136. <<

[11] Sobre la enfermera: Elżbieta Burda, ŻIH, 301/2407. <<

[12] Sobre el reclutamiento de asesinos, véase, en general, Slepyan, *Stalin's Guerrillas*, p. 209. Sobre la amnistía: Penter, *Kohle*, p. 273. Sobre Brins'kyi, véase su obra *Po toï bik frontu*. Sobre la preocupación por los nacionalistas ucranianos: *OUN v svitli*, p. 82. Sobre el policía ucraniano y su novia: *ŽIH*, 301/2879. Sobre la complejidad de los métodos utilizados por los partisanos soviéticos, véanse Burds, «Agentura», y Armstrong, *Soviet Partisans*; véase también *Gazeta Wyborcza*, 15 de abril de 2002. <<

[13] ŻIH, 301/717. Para otros ejemplos de cambio de bando, véase Musial, *Sowjetische Partisanen*, pp. 266-267. Los judíos también reclutaron a polacos para las filas de los partisanos soviéticos; véase el caso de Mojżesz Edelstein en ŻIH, 301/810. <<

[14] Para otro ejemplo de un reclutador judío, véase žIH 301/1795. Para las relaciones con el antisemitismo, véanse žIH, 301/53, Abram Leder; žIH, 301/299, Zoja Bajer; žIH, 301/1046, Lazar Bromberg. Véase también Dieckmann, *Deutsche Besatzungspolitik*, 2: p. 1469. Para una reflexión general, véase Weiner, *Making Sense*, pp. 376-382. <<

[15] Sobre los comunistas judíos y no judíos: Jakub Grinsberg, *ŽIH*, 301/305. Sobre Max: Zoja Bajer, *ŽIH*, 301/299. Sobre la acción punitiva: *ŽIH*, 301/5737, Rena Guz.

<<

[16] A propósito de la aniquilación de los guetos de Volinia, un dato sorprendente es el del inventario de gasolina y aceite utilizado en exclusiva para ir de gueto en gueto a la caza de los judíos que quedasen con vida («Ausgabeliste», DAVO, Fond R-2, Opis 2, Delo 196). Sobre los partisanos judíos de Volinia, tanto hombres como mujeres: ŻIH, 301/299; ŻIH, 301/718; ŻIH, 301/719; ŻIH, 301/1811. Sobre los campamentos familiares, véase Arad, «Original Form». «La magnífica sensación de la acción»: Aron Perław, ŻIH, 301/955. La cita final procede de Leon Jarszun, ŻIH, 301/1487. <<

[17] Sobre Bielski, véase Tec, *Defiance*, pp. 5, 40, 63, 80, 110, 145, 185 y 208. <<

[18] Para el dato del ajedrez y el desarme: Libionka, «ZWZ-AK», p. 112. Sobre la «correcta interpretación de las expectativas soviéticas»: Slepyan, *Stalin's Guerrillas*, p. 210. <<

[19] La cifra de 592 hombres aparece en Petrow, *Psy Stalina*, p. 223. Para la de los 17 000 acusados de pertenecer al Ejército Nacional: Gurianov, «Obzor», p. 205. <<

[20] Véanse Simons, *Eastern Europe*, y Applebaum, *Iron Curtain*. <<

[21] Sobre las ejecuciones: Skarga, *Penser*, p. 28. Sobre la doble colaboración al final de la guerra: Skibińska, «Self-Portrait», p. 459; Grabowski, *Judenjagd*, pp. 93 y 109; Gross, *Sqsiedzi*, p. 115. <<

[22] Algunos artículos que sugieren esta interpretación son Abrams, «Second World War», y Gross, «Social Consequences». <<

[23] Sobre la actitud de los soviéticos y los comunistas polacos respecto al Holocausto, véanse sobre todo Kostyrchenko, *Gosudarstvennyi antisemitizm*; Brandenberger, «Last Crime»; Szaynok, *Polska a Izrael*; Shore, «Język». Para una discusión más pormenorizada, véase Snyder, *Bloodlands*, cap. 11. <<

[24] Sobre Hulanicki: Ginor y Remez, «Casualty». Sobre Wallenberg, las últimas pruebas las aporta Matz, «Cables in Cipher». <<

[25] Véanse Hentosh, «Pro vstavlennia», pp. 318-325, y Motyka, *Cień Kłyma Sawura*, pp. 80-82, para los detalles; la última aportación es la de Himka, «Metropolitan Andrei Sheptytsky». Para las experiencias de algunos de los niños rescatados, véanse Rotfeld, *W cieniu*, pp. 53-54 y 88; Kahane, *Lvov Ghetto Diary*, pp. 118-155; Lewin, *Przeżyłem*, pp. 155-159. <<

[26] Sobre los orígenes de la Iglesia uniata, véanse Gudziak, *Crisis and Reform*, pp. 209-222 y pássim; Koialovich, *Tserkovnaia uniia*, 1: pp. 166-168 y pássim. <<

[27] Sobre Galitzia, Ucrania, Polonia y Sheptyts'kyi, véanse Snyder, *Reconstruction*, cap. 3; Snyder, *The Red Prince*, cap. 3; Himka, *Religion and Nationality*; Jobst, *Zwischen Nationalismus und Internationalismus*. <<

[28] Así lo afirman Braun y Tammes, «Religious Deviance», pp. 3 y 11; Cabanel, «Protestantismes minoritaires», p. 455. Sobre el caso de Alemania, véase Ericksen, *Complicity*, p. 95 y pássim. <<

[29] Sobre el famoso ejemplo francés de Le Chambon-sur-Lignon, véase Sémelin, *Persécutions*, pp. 717-737. <<

[30] Sobre los baptistas como auxiliadores: Spektor, «Żydzi wołyńscy», p. 577; Spektor, «Holocaust», p. 243; ŻIH, 301/397, Jakub y Esia Zybelberg, Hersz y Doba Mełamud. Véanse también *Sefer Lutsk*, testimonio de Fanye Pasht; Ringelblum, *Polish-Jewish Relations*, p. 242. Sobre Lea Goldberg y los estundistas: ŻIH, 301/1011; también Siemaszko y Siemaszko, *Ludobójstwo*, p. 793. Cf. Cabanel, «Protestantismes minoritaires», p. 446. <<

[31] Sobre estas tortuosas reconsideraciones, véase Connelly, *From Enemy to Brother*.

<<

[32] Confino, *World Without Jews*, p. 198. <<

[33] ЗИИ, 301/2502, Wala Kuźniecowa. <<

[34] YIVO, Hirshant Papers, 3/206. <<

[35] Ringelblum, *Polish-Jewish Relations*, p. 226. <<

[36] La reconstrucción de los hechos está extraída de žIH, 301/3726 (también clasificado como žIH, 301/2827) y FVA, 1834; la cita procede de la primera referencia.

<<

[37] Sobre Sheptyts'kyi: Motyka, *Cień Kłyma Sawura*, p. 86. Sobre Iwaniuk: YIVO, Hirshant Papers, 3/206. Sobre el sacerdote y los católicos polacos: Rączy, *Pomóc Polaków*, pp. 100 y 253. <<

[1] Tomkiewicz, *Zbrodnia w Ponarach*, p. 203. Vova Gdud sobrevivió en Ponary de la misma manera. Recibió ayuda en la primera casa a la que llegó. Véase Good, «Yerushalayim», pp. 17-18. <<

[2] Para un relato típico y elocuente de alguien que fue rechazado en múltiples ocasiones, véase Pese Kharzhevski-Zlotnik, «Di Kristlekhe “hilf” far di Kolbutsker yidn», en Yasni, *Sefer Klobutsk*, pp. 247-249. <<

[3] YIVO, RG 104/MK547/7/200, Zelda Machlowicz-Hinenberg. <<

[4] YIVO, RG 104/II/5, Alicja Gornowski. <<

[5] Rubenstein y Altman, *Unknown Black Book*, pp. 60-61. Véase Fogelman, *Conscience*, p. 260. <<

[6] Asimismo las relaciones románticas susceptibles de suministrar una estructura para el rescate podían, por supuesto, ser de tipo homosexual, como en el caso del rescate de un judío por parte de un sacerdote católico polaco y su compañero ucraniano. Véase, en general, Paulsson, *Secret City*, p. 44. <<

[7] ЗИИ, 301/1959. <<

[8] YIVO, RG 104/MK538/1072. <<

[9] Sobre Seweryn: ŻIH, 301/2259. Sobre Jeromiński: ŻIH, 301/1468. <<

[10] ЗИ, 301/2877. <<

[11] Sobre este caso, véase Ostałowka, *Farby wodne*. Sobre las marchas de la muerte, véase Blatman, *Death Marches*. <<

[12] USHMM, RG-68.102M/2007.372/21/206-47. <<

[13] Cf. Engelking, *Losy Żydów*, p. 117. <<

[14] Sobre Noema Centnewschwer: *żIH*, 301/2750. Sobre Chawa Rozensztejn: *żIH*, 301/1272. Sobre Łomża antes de la guerra, véase Gnatowski, «Niepokorni», pp. 156-157. <<

[15] Acerca de su vida: žIH, 301/2739. Sobre el problema del reclutamiento competitivo: TsDAVO, 3833/1/87; AW II/1321/2K; AW II/1328/2K. <<

[16] Sobre los orígenes del UPA y sus matanzas masivas de polacos, véanse Snyder, «Origins», y, sobre todo, Motyka, *Od rzezi*. En relación con sus motivos, las fuentes primarias son abundantes; véanse, por ejemplo, TsDAVO, 3833/1/86/19-20; TsDAVO, 3833/1/131/13-14. Los protocolos de los interrogatorios soviéticos ofrecen pruebas que sirven de confirmación: por ejemplo, Protokol Doprosa, I. I. Iavorskii, 14 de abril de 1944, GARF, fond R-9478, opis 1, delo 398. Sobre el rescate de un polaco por parte de un judío, véase FVA, T-1645. A propósito de la continuación soviética del proyecto nacionalista ucraniano, véase Snyder, *Reconstruction of Nations*, caps. 8-10.

<<

[17] ŻIH, 301/2739; Siemaszko y Siemaszko, *Ludobójstwo*, p. 280. Para más información sobre Woronówka, que ya no existe, véase <http://wolyn.ovh.org>. Las despedidas son un elemento desgarrador y muy presente en las fuentes. Véase Shore, *Taste of Ashes*. En ocasiones, personas que habían cogido cariño a los niños a los que habían rescatado los animaban a marcharse, siguiendo el mismo instinto moral que los había movido en un primer momento. Algunos de ellos lo lamentarían más tarde.

<<

[18] ЗИИ, 301/3598. <<

[19] ЗИ, 301/451. <<

[20] ЗИИ, 301/946. <<

[21] Véase Fogelman, *Conscience*, pp. 73 y 140. <<

[22] ЗИ, 301/6035. <<

[23] Sobre Janina Ciszewska, véanse žIH, 301/2514; 301/2515; 301/4362. <<

[24] ЗИИ, 301/6335. <<

[25] žIH, 301/1263. <<

[26] ЗИИ, 301/2270. <<

[27] Sobre Bauman: Cobel-Tokarska, *Bezludna wyspa*, p. 76. Sobre Joseph C.: FVA, 1065. <<

[28] YIVO, RG 104/MK536/1064, Bronisława Znider. <<

[29] Sobre Olha R.: FVA, 3268. Cf. Fogelman, *Conscience*, pp. xvi y 6. <<

[30] Sobre Chorążyńska: MJH, 1984.T.137. Sobre Cywiński y Żuławska: Bartoszewski y Lewinówna, *Ten jest*, pp. 300 y 330. Sobre Zboromiski: YIVO, RG 104/MK538/1066. Sobre Schmid: Wette, *Feldwebel*, pp. 25 y 27, la carta puede leerse en la p. 121. <<

[31] «*Mam już taki carakter*»: Bartoszewski y Lewinówna, *Ten jest*, p. 318. <<

[32] Sobre Lipke: USHMM, RG-68.102M/2007.372/21/165-205. «Más allá de los límites del heroísmo»: Silberman, «Jan Lipke», p. 100. «Considerábamos la cosa más normal»: MJH, 1987.T.65. Esto confirma los hallazgos de Monroe, *Compassion*, p. 221, y de Jong, *Netherlands and Nazi Germany*, p. 21. Cf. Arendt: «Tan sólo los seres “excepcionales” podían reaccionar “normalmente”» (*Eichmann*, p. 26). <<

[33] De un campesino que apostara más de lo habitual también podía pensarse que estaba aceptando dinero de los judíos. Véase Good, «Yerushalayim», p. 38. <<

[34] USHMM, RG-31.049.01. <<

[35] Sobre Lisikiewicz: Rączy, *Pomóc Polaków*, p. 282. Para el caso del trabajador del alcantarillado: USHMM, RG-68.102M/2007.372/29/2027-164. Sobre Kawka: YIVO, RG 104/MK538/1053. Sobre Ringelblum: *Polish-Jewish Relations*, p. 226. Sobre Lipke y el dinero: USHMM, RG-68.102M/2007.372/16/150-63. Sobre el asunto del dinero y el riesgo, véanse también los recuerdos de Blanche C. y Liubov Svershinskaia en FVA, 262, y USHMM, RG38/49/70, respectivamente. Véase también Tec, *When Light*, p. 88.

<<

[36] Cf. Gross, *Golden Harvest*, p. 81. <<

[37] Ringelblum, *Polish-Jewish Relations*, pp. 77 y 121; Grabowski, *Judenjagd*, p. 136; Good, «Yerushalayim», p. 18. <<

[38] Un artículo de Jadwiga Biskupska sobre Teresa Prekerowa fue el que me llevó a esta conclusión. Pueden encontrarse conclusiones similares en Tec, *When Light*, p. 154; Oliner, *Altruistic Personality*, p. 6; Fogelman, *Conscience*, p. 58. Un profundo estudio a cargo de un historiador que en su momento fue uno de esos niños rescatados apunta en la misma dirección: Redlich, *Together and Apart*. <<

[1] Sobre Wanda Grosmanowa-Jedlicka: Bartoszewski y Lewinówna, *Ten jest*, p. 487. Por lo menos quince mil judíos de Varsovia nunca entraron en el gueto. Véase Kermish, «Activities», p. 374. <<

[2] Grossman, *Life and Fate*, p. 409. Continúa así: «La bondad sólo es poderosa cuando no tiene poder». Véase Monroe, *Compassion*, p. 258. <<

[3] Cf. Bauer, *The Death of the Shtetl*, p. 97. <<

[4] En un nivel metodológico, he opuesto formas de escritura histórica que permiten desembocar en convicciones emocionales previas o consuelos teleológicos recién encontrados. Dicho esto, en cuanto al sustancial asunto de la relación entre la técnica y la experiencia, estoy con los kantianos y contra Heidegger. Para un examen detallado de un debate crucial: Gordon, *Continental Divide*; las partes más pertinentes para nuestro estudio se encuentran en las pp. 15, 17, 31, 35, 217, 220, 225 y 238. Sobre la veloz conquista de América: Hitler se formó durante la época de la frontera, pero no fue partícipe de ella. Véase Webb, *Great Frontier*, p. 280. Incluso las victorias alemanas contra los herero se debieron en parte al contagio de enfermedades a su ganado. Véase Levene, *Rise*, p. 247. <<

[5] Sobre los precios de la comida: Evenson, «Economic Consequences», p. 473. Véase también Federico, «Natura Non Fecit Saltus», p. 24. Para una historia de estos adelantos, véase Olmstead y Rhode, *Creating Abundance*, sobre todo pp. 64-66 y 388-398. <<

[6] Mazower, *Hitler's Empire*, p. 594. Cf. Maier, *Unmasterable Past*, p. 7: «Durante casi cuatro décadas, la República Federal ha vivido, como quien dice, tan sólo de pan». Véase también Bartov, *Mirrors of Destruction*, p. 167: «Estudiar el Holocausto es la mejor manera de prevenir su mistificación». Sobre el especial periodo de la década de 1950: Federico, «Natura Non Fecit Saltus», p. 21. Piénsese en la palabra «caloría», que en Occidente designa casi siempre algo que se consume en exceso. En los años treinta, las personas y los especialistas contaban las calorías para garantizar que cada familia dispusiera de suficientes para su supervivencia o para que los hombres, las mujeres y los animales trabajadores las recibieran en cantidad suficiente para impulsar la economía. <<

[7] China como importador neto: Aliyu, «Agricultural Development». Sobre el alcance de las reservas mundiales de cereales: Denison, *Darwinian Agriculture*, p. 11. Sobre los motines de subsistencia: Moyo, *Winner Take All*, p. 109. <<

[8] Naturalmente, la mera falta de comida ya es mala; en el mundo de hoy, un niño muere de hambre cada cinco segundos (Ziegler, *Betting on Famine*, p. xiii). <<

[9] Cf. Gumbrecht, *Nach 1945*, pp. 245, 264 y 305. Véanse también Rousso, *La dernière catastrophe*; Berger, *After the End*. <<

[10] Los motores de combustión interna y las fábricas producen gases que atrapan el calor del sol en el interior de la atmósfera. La actual destrucción de bosques y humedales acelera el calentamiento, ya que las plantas absorben el dióxido de carbono y emiten oxígeno. Una cantidad abrumadora de datos globales demuestra el aumento de las temperaturas mínimas anuales de la superficie de la tierra, del aire de la superficie de la tierra, de las capas altas de la atmósfera y de la superficie de los océanos. Sobre las relaciones de causalidad: Maslin, *Global Warming*, pp. 1, 4 y 57. Sobre las temperaturas y la causalidad: Alexander, «Global Observed Changes», p. 31; Rohde, «A New Estimate», p. 22; Rohde, «Averaging Process», p. 1; Zhang, «Detection of Human Influence», p. 461. Sobre la modestia de las previsiones: Rahmsdorf, «Comparing Climate Projections», p. 1; *Economist*, 22 de septiembre de 2012; *Guardian*, 27 de noviembre de 2012. Sobre los efectos no lineales: Maslin, *Global Warming*, pp. 112 y 116; Mitchell, «Extreme Events», p. 2217; Latif, «El Niño», p. 20853. Lo apuntado acerca del regionalismo procede de Pitman, Arne y Ganzeveld, «Regionalizing», p. 332. Sobre las especies: Maslin, *Global Warming*, p. 99; también Clarke, «From Genes to Ecosystems», p. 6. Sobre las líneas costeras: Cayan, «Climate Change Projections», S71; Helmuth, «Hidden Signals», p. 191; Rahmsdorf, «Comparing Climate Projections», p. 1. Sobre las tormentas: Tebaldi, «Modelling Sea Level Rise», p. 1. Véase un historial francamente impresionante del cambio climático en periodos anteriores en Parker, *Global Crisis*. <<

[11] Cf. Tooze, *Wages of Destruction*, pp. 477, 544 y 549. Tal y como señala Mount, las teorías realistas de la política internacional tendrán que dar cuenta de los cambios reales que ocurran en el planeta: «Arctic Wakeup Call», p. 10. <<

[12] Federico, «Natura Non Fecit Saltus», p. 23. Sobre las regiones más afectadas: Brown y Crawford, «Climate Change», p. 2. En el futuro será útil el aviso de Kiernan de que todos los episodios de asesinatos masivos se hallan, de un modo u otro, relacionados con el valor de la tierra (*Blood and Soil*, sobre todo el cap. 4). <<

[13] Sobre el agotamiento de la tierra en Ruanda: *New York Times*, 14 de diciembre de 1989. Para el descenso de las cosechas de 1993: Campbell, «Population Pressure», p. 2. Sobre la superpoblación y la motivación de la tierra: Newbury, «Background», p. 13. Sobre la motivación de la tierra: Rose, «Land and Genocide», p. 64. Sobre la organización: Stanton, «Could the Rwandan», pp. 211-215; Hintjens, «Explaining», pp. 249, 261 y 270. Para la organización y las cifras: Straus, «How Many Perpetrators», pp. 86-87. Sobre la lealtad al grupo: Sémelin, *Purifier*, p. 314. <<

[14] Moyo, *Winner Take All*, pp. 32-33; *Economist*, 21 de mayo de 2009; Brautigam, «Land Rights»; Horta, «Zambezi Valley». El dato de que en África se encuentra el 60% de la tierra sin cultivar lo daba el *Economist*, 4 de septiembre de 2013. Para el dato de Madagascar: Ziegler, *Betting on Famine*, p. 200. <<

[15] Sobre la tierra y el agua: Diamond, *Collapse*, pp. 362-365. Sobre la superficie cultivable: Moyo, *Winner Take All*, p. 29. Sobre las hambrunas: Dikötter, *Mao's Great Famine*; Yang, *Calamity and Reform*, pp. 21-42. <<

[16] Como durante la sequía de 2010: Sternberg, «Chinese Drought», p. 8. Véase también Ziegler, *Betting on Famine*, p. 41. <<

[17] Sobre el caso de Sudán: Reeves, *Dying*, p. 3. Sobre la participación de China: Doriye, «Next stage», p. 25; King, «Factoring Environmental Security», p. 151. Véase también Zafar, «Growing Relationship», p. 119. <<

[18] Sobre las regiones tropicales y el ciclo del agua: Stern, *Economics of Climate Change*, pp. 70 y 74. Para la escasez de agua: Sullivan, «National Security», pp. 15-16. Sobre la crisis general en torno a 2050, la escasez actual y las revueltas: Solomon, *Water*, pp. 368, 370 y 371. Sobre el caso de China: King, «Factoring Environmental Security», p. 104; Moyo, *Winner Take All*, p. 41; Stern, *Economics of Climate Change*, p. 78; Solomon, *Water*, p. 440. <<

[19] Para los datos sobre Rusia: Blank, «Dead End»; Kaczmarski, «Domestic Sources»; Lotspeich, «Economic Integration». Un caso ejemplar de estas relaciones se encuentra en Eder, *China-Russia*, pp. 130-131. <<

[20] En 2007, se estimaba que el 11% de la población china vivía en zonas costeras poco elevadas; si el porcentaje es cierto aún en 2015, el número de habitantes podría cifrarse en 149 millones. La población de toda Rusia es de unos 145 millones (McGranahan, Balk y Anderson, «Rising Tide», p. 26). <<

[21] *New York Times*, 11 de noviembre de 2014. <<

[22] Para los ingresos de Rusia derivados de los hidrocarburos: Gustafson, *Wheel of Fortune*, pp. 1 y 5. <<

[23] Véanse los mapas publicados por el periódico *Novorossia*, por ejemplo, el 1 de agosto de 2014. <<

[24] Véase Riabov y Riabova, «Decline of Gayropa?». Para una crónica de la política de Rusia en Ucrania en 2013 y 2014, véanse los aproximadamente cuarenta artículos que he ido publicando en inglés, francés y alemán y que se recogen en timothysnyder.org; también pueden encontrarse traducidos al ucraniano o al ruso en las ediciones citadas en la bibliografía. <<

[25] He discutido esta conexión en varias de las publicaciones referidas en la nota anterior, así como en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 15 de diciembre de 2014. Muchas de las conexiones más fundamentales ya fueron apuntadas por Anton Shekhovtsov en una serie de importantes comentarios. <<

[26] Sobre la pobreza: Xenopoulos, «Scenarios», p. 1562. Cf. Gerlach, *Extremely Violent Societies*, p. 263. Para los casos de Egipto y Libia: King, «Factoring Environmental Security», pp. 99, 100, 117 y 359; Klare, «Climate Change Battlefields», pp. 358-359. Sobre las sequías: Femia, «Climate Change», p. 31. Para la conexión entre el ISIS y el agua: *New York Times*, 14 de octubre de 2014. <<

[27] Weber, *On the Road to Armageddon*, p. 148; Clark, *Allies for Armageddon*, pp. 190 y 229. <<

[28] Spector, *Evangelicals and Israel*, pp. 187-188; Clark, *Allies for Armageddon*, pp. 5, 151 y 170; Weber, *On the Road to Armageddon*, p. 191. Acerca de las actitudes hacia el cambio climático: Smith y Leiserowitz, «American Evangelicals», p. 4; y Anthony Leiserowitz, comunicación personal, 26 de agosto de 2013. <<

[29] Sobre el antisemitismo en tiempos de guerra, véase Abzug, *America Views the Holocaust*, pp. 87-92, 99-103 y pássim. Sobre el juicio de Mauthausen: Jardim, *Mauthausen Trial*, pp. 123, 144, 189 y 210. Sobre el juicio de Bergen-Belsen: Damplo, «Prosecuting», p. 24. Para un balance imparcial de Roosevelt, véase Breitman y Lichtman, *FDR*, pp. 315-330. <<

[30] Puede inferirse de Collier, *Bottom Billion*, sobre todo en la p. 126, que la intervención militar tiene más sentido cuando el Estado ya ha fracasado, y no para hacer que fracase. <<

[31] Sobre los cambios de régimen y las guerras civiles: Goldsmith y Semenovich, «Political Instability», p. 10. <<

[32] Cf. Arendt, *Origins*, p. 310. En *Bloodlands* discuto todas estas políticas. <<

[33] Horkheimer y Adorno, *Dialektik der Aufklärung*, sobre todo en las pp. 212 y 217; las citas se encuentran en las pp. 1 y 15. Véase también Horkheimer, *Eclipse of Reason*, pp. 176-177. El mismo error, aunque formulado de forma menos radical, puede encontrarse en los informes de Neumann a la OSS: *Secret Reports*, pp. 28 y 30. Véanse Habermas, *Der philosophische Diskurs der Moderne*, pp. 135 y 138; Kołakowski, *Main Currents*, p. 347; Zehnppfennig, *Hitlers Mein Kampf*, p. 129. <<

[34] Véase una larga discusión sobre este particular en Judt y Snyder, *Thinking*. <<

[35] Burns, *Goddess*, p. 175. <<

[36] Véanse, en general, Powell, *Inquisition*, pp. 63, 98 y pássim; Oreskes y Conway, *Merchants of Doubt*, pp. 169-215; *Economist*, 15 de febrero de 2012; Tollefson, «Sceptic», p. 441. En 2011, la industria de los combustibles fósiles gastó unos 300 millones de dólares en la investigación de las aguas residuales: Silver, *Signal*, p. 380. Véase Farley, «Petroleum and Propaganda», pp. 40-49. Véanse también Union of Concerned Scientists, «Got Science?», 18 de octubre de 2012, y Weart, «Denial», pp. 46, 48. El capitalismo lleva sin duda un buen registro de los datos del cambio climático. Las compañías aseguradoras disponen de registros detallados de las tormentas, ya que limitan la disponibilidad de los seguros por inundación (Parker, *Global Crisis*, pp. 691-692). El error de la derecha libertaria halla eco, en cierto modo, en algunos miembros de la derecha cristiana. Los creacionistas se oponen a las teorías de Darwin, y a las aportaciones de las posteriores generaciones de científicos, con respecto a los animales no humanos, y en cambio aplican el término «ciencia» a su estático retrato del orden natural creado por Dios. He aquí un caso más de refundición entre ciencia y política. Sin embargo, al apoyar un sistema capitalista sin limitaciones, muchos creacionistas aplican conceptos del darwinismo social a sus congéneres: los humanos tienen derecho a dominar la naturaleza, y los humanos más competitivos tienen derecho a dominar a los que lo son menos. He aquí un ejemplo más de mezcla entre ciencia y política. <<

[37] Sobre la negación de Hitler: *Hitler and His Generals*, p. 62. Véanse Thomä, «Sein und Zeit im Rückblick», p. 285; Genette, *Figures I*, p. 101; Robbe-Grillet, *Pour un nouveau roman*, p. 133. La negación de las ciencias del clima plantea serios problemas a la Armada estadounidense, que se enfrenta a la posibilidad de que sus bases queden inundadas y a la competencia real por las aguas que queden abiertas con el derretimiento del Ártico (*Christian Science Monitor*, 2 de marzo de 2010). <<

[38] Sobre los mercados y la naturaleza: Bloom, *Closing*, p. 84; Bauman, *Modernity*, p. 235. Cf. Moses, «Gespräch». A estas alturas de la argumentación, pretendo señalar las relaciones entre conceptos más que inferir su relación histórica. Cf. Moyn, *Last Utopia*, pp. 82-83. <<

[39] La Alemania nazi asesinó principalmente a ciudadanos de otros países. ¿Qué ocurre, pues, con los Estados que llevaron a cabo asesinatos masivos entre sus propios ciudadanos? Los tres casos más espeluznantes del siglo xx –el de la República Popular China, el de la URSS y el de la Camboya de Pol Pot– eran todos partidos-Estado donde tanto la ideología como la práctica exigían que las instituciones estatales ocuparan un lugar secundario respecto a las instituciones del partido, y donde la legitimidad del Estado estaba completamente socavada por las apelaciones ideológicas de los líderes del partido al futuro del colectivo. Sus historias siguen una trayectoria distinta de la que tuvieron la Alemania nazi y sus vecinos, pero en un sentido la lección es la misma: la importancia del Estado en el sentido conservador y banal de monopolizador de la violencia y como objeto de derechos y deberes recíprocos. Se trata de un tema amplio que requeriría cierta elaboración; algunos de los puntos más relevantes se mencionan en los capítulos dedicados al caso soviético en mi obra *Bloodlands*. <<

[40] Herling, *World Apart*, p. 132. <<

[41] Sólo el Estado puede crear estructuras en las que científicos e ingenieros puedan desarrollar una tecnología provechosa. Los individuos pueden seguir los incentivos del mercado a la hora de desarrollar la fusión y otras tecnologías, pero sólo en la medida en que el Estado moldee dichas iniciativas. La simple decisión de un Estado o Estados de invertir en ciencia podría cambiar el estado de ánimo y reforzar la confianza en el futuro. <<

[42] Para casos de estudio de los dilemas prácticos relativos al salvamento, véase Power, *Problem from Hell*. <<

[1] La traducción castellana sigue las normas de transliteración habituales en esta lengua, haciendo excepciones en los mismos casos que el autor. (*N. de los T.*) <<